



# Historia de la literatura colonial de Chile

## Tomo I

José Toribio Medina



### Primera parte

Poesía

(1541-1810)

*C'est qu'en effet, toujours et partout,  
la poésie de la vie humaine se résume en  
trois mots: religion, gloire, amour.*

MENNECHET, *Matinées littéraires*, I, p. 106. [\[VII\]](#)



### Introducción

¿Qué debe entenderse por literatura colonial de Chile?- Estado intelectual de Chile a la llegada de los españoles.- Oratoria araucana.- Carácter impreso a la literatura colonial por la guerra araucana.- Diferencia de otros pueblos de la América.- Doble papel de actores y escritores que representaron nuestros hombres.- Ingratitud de la corte.- Amor a Chile.- Encadenamiento en la vida de nuestros escritores.- Transiciones violentas que experimentaron.- Principios fatalistas.- Crueldades atribuidas a los conquistadores.- El teatro español y la conquista de Chile.- Creencia vulgar sobre la oposición que se suponía existir entre las armas y la pluma.- Condiciones favorables para escribir la historia.- Las obras de los escritores chilenos aparecen por lo general inconclusas.- Profesiones ordinarias de esos escritores.- Falta de espontaneidad que se nota en ellos.- Ilustración de algunos de nuestros gobernadores.- Errores bibliográficos.- Obras perdidas.- Ignorancia de nuestros autores acerca de lo que otros escribieron.- Dificultades de impresión.- Sistema de la corte.- El respeto a la majestad real.- Prohibición de leer obras de imaginación.- *Id.* de escribir impuesta a los indígenas.- Privación de la influencia extranjera.- Persecuciones de la corte.- Disposiciones legales.- Dedicatorias.- La crítica.- Respeto por la antigüedad.- Prurito de las citas.- Monotonía de la vida colonial.- La sociedad.- El gusto por la lectura.- Bibliotecas.- Preferencias por el latín.- Falta de estímulos.- Sociedades literarias.- Historia de la instrucción en Chile.- *Id.* del teatro.- Importancia del estudio de nuestra antigua literatura.- Uniformidad.- Falta de sentimiento en los poetas.- La poesía sólo fue un pasatiempo.- Pobreza de la rima.- Juegos de palabras.- Citas mitológicas.- Deseo mi posición de palabras.- Un testamento.- Un enigma.- Los lados del rectángulo.- Fiestas.- Ejemplos tomados de Lima.- Un laberinto.- Consideraciones generales sobre los poemas de la conquista de Chile.- *Id.* sobre la prosa.- Los historiadores astrólogos.- Programas para escribir la historia.- Biografía.- Viajes.- Obras de imaginación.- La oratoria.- Teología.- Siglo de oro de la literatura colonial.

¿Qué debe entenderse por literatura colonial de Chile? Tal es la pregunta a que debemos responder antes de entrar al análisis detallado de cada una de las obras que la componen.

Es natural y corriente en todos los que han encaminado sus labores al estudio del desarrollo del pensamiento en un país determinado, [VIII] comenzar por investigar la formación del idioma y aún los orígenes del pueblo de cuyos monumentos literarios se trata. La Harpe, Villemain en Francia, Sismondi, Ginguené respecto de Italia, don Amador de los Ríos en España, en una palabra, cuantos han escrito de la historia literaria de las naciones europeas han debido siempre tomar este hecho capital como punto de partida de sus tareas.

Mas, estas investigaciones quedan manifiestamente fuera de la órbita de nuestros estudios. El idioma castellano, empleado por los escritores chilenos, estaba ya formado cuando los primeros conquistadores pisaron los valles, del sur del desierto. Cervantes aun no había nacido, pero el instrumento de que hiciera tan brillante alarde en el *Quijote* iba a llegar con él a la plenitud de su desarrollo.

Las palabras *literatura chilena* no se refieren, pues, como fácilmente se deja entender, sino al cultivo que el pensamiento en todas sus formas alcanzó en Chile durante el tiempo de la dominación española. Aquella literatura puede decirse que fue una planta exótica trasplantada a un suelo virgen, nada más que el arroyuelo que va a derramarse en la corriente madre. Trátase simplemente en nuestro caso de averiguar y constatar la marcha seguida entre nosotros por los que se dedicaron a las letras, estudiando el

alcance de las producciones del espíritu bajo las influencias inmediatas que obraron en nuestro suelo, bien sea a consecuencia de los hombres que las sufrieron, bien sea a causa de las tendencias impresas a su carácter por el pueblo en medio del cual vivieron o de la naturaleza propia de un país desconocido y como perdido en un rincón del mundo, estrechado por el océano y los Andes.

¿Qué fue lo que los compañeros de Valdivia encontraron en el territorio que Almagro, acababa de explorar hacía poco tiempo? ¿Cuál era el estado intelectual de los pueblos en cuyo centro venían a establecerse?

Desde luego, cuantos han tenido ocasión de examinar la lengua araucana, unánimes testifican su admirable regularidad, lo [IX] sonoro de sus frases, y una sorprendente riqueza de expresiones. «Es cortada al talle de su genio arrogante, dice, Olivares; es de más armonía que copia, porque cada cosa tiene regularmente un solo nombre, y cada acción un solo verbo con que significarse: con todo eso; por usar de voces de muchas sílabas sale el lenguaje sonoro y armonioso»<sup>(1)</sup>. Los araucanos no conocían el uso de la escritura; sus más importantes mensajes apenas si sabían transmitirlos por groseras representaciones materiales, inferiores aun a los *quipos* que los súbditos del Inca acostumbraban. Su atraso era notablemente superior al de los indios peruanos, ya se examine con relación a su industria, de la cual dan espléndido testimonio las grandes calzadas labradas en una extensión de centenares de leguas, ya con relación a las concepciones del espíritu que había sabido elevarse hasta la producción e inteligencia del drama.

Los pobladores de Arauco tenían sus poetas que en el entierro de algún muerto, en medio de la general borrachera, declamaban composiciones en verso, que los parientes remuneraban<sup>(2)</sup> con chichas<sup>(3)</sup>.

«La poesía de esta lengua, dice Olivares, hablando en términos más generales, si no tiene aquellos conceptos altos, alusiones eruditas y locuciones figuradas que se ven en obras poéticas de otras naciones sabias, por lo menos es dulce y numerosa, y aunque sea soberbísimo el juicio de los oídos que condena sin apelación todo lo que no le cuadra, con todo, el más delicado no hallará cosa que reprender en la cadencia y numerosidad de sus metros»<sup>(4)</sup>.

Pero puede decirse que de todos los géneros literarios el único que cultivaban era el de la oratoria. Guerreros por excelencia, conocían perfectamente las grandes determinaciones que en sus reuniones bélicas estaba destinado a producir el uso elegante o apasionado de la palabra, que los llevaba a la pelea prometiéndoles la victoria. «Como en lo antiguo los griegos y romanos [X] tenían y ahora los que profesan las buenas letras usan cotidianos ejercicios de la oratoria, y así estos indios ejercitan, se puede decir, a todas horas los bárbaros primores de que son capaces unos ingenios destituidos de toda ciencia y dejados a la enseñanza de la naturaleza, porque en este particular no hay nación que tenga semejanza con ésta, que practica como moda cortesana lo que entre los escitas fuera la mayor impertinencia. Siempre que uno visita a otro (y esto es continuo por su ociosidad) no traban la conversación como otra gente con alternativa de breves cláusulas, sino de razonamientos prolijos. En tanto que el uno está declamando su sermón, está el otro rindiéndole quietísima atención de sentidos y potencias, porque fuera muy mal caso y de mucha ofensa no hacerlo así; y para dar muestra de que escucha diligentemente, el que oye ha de hacer una de dos cosas: o

repetir la última voz de cada período en que hace pausa el predicador o decirle: *Vellechi, veinocanas, mu piqueimi*, que quiere decir así es, bien decís, decís verdad. Luego coge el otro la mano para corresponder a una declamación con otra, y de este modo gastan comúnmente algunas horas, andando mientras esto muy listas las mujeres para dar jugo y fecundidad al orador. Este modo de ensayos elocuentes practican desde niños, porque saben la mucha cuenta que se hace entre ellos de quien habla bien, y que lo contrario es exacción que se opone para que alguno no suceda en algún bastón, aunque le venga por sangre. Estos razonamientos pronuncian en los congresos particulares con tonos moderados; mas, en las juntas grandes para asentar paces, o persuadir las, que llaman en su idioma *huinca-coyan*, o para publicar, guerra que llaman *auca coyan*, dicen sus oraciones con tal rigor que, como se dijo del griego Pericles, parece que hablan con truenos y que sus operaciones son borrascas deshechas. Verdaderamente, cuando he visto en juntas de muchos centenares de indios declamar a estos bárbaros oradores, juzgué que ni Poreyl y Latrón cuando hacían estremecer las paredes del Gimnasio, ni Marco Tulio, cuando fulminaba en la curia contra un reo el más criminal del Estado, lo ejecutaría con más esfuerzo del pecho y ardor del ánimo. [XI] Y como el orador, movido se halla a mano las fórmulas más vivas y eficaces de imprimir su afecto en los otros, es indecible cuán bien usan estos indios bárbaros de aquellas figuras de sentencias que encienden en los ánimos de los oyentes los afectos de ira, indignación y furor que arden en el ánimo del orador, y a veces los de lástima, compasión y misericordia, usando de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias irónicas, y de aquellas interrogaciones retóricas que sirven, no para preguntar, sino para reprender y argüir, como usó Cicerón en el principio de una oración que hizo contra Catilina en el Senado... En sus persuasiones se valen bellamente de los argumentos que se toman de lo necesario, fácil, útil y deleitable, y en la disuasión, de sus contrarios, omitiendo las pruebas que se sacan de lo honesto e inhonesto, o tocándolas solamente por los respectos extrínsecos que tiene lo bien y mal, hecho a la honra y deshonor que ocasiona; porque, realmente, no han hecho concepto verdadero del precio y hermosura de la virtud por sí sola, y les parece más digna de honra la iniquidad poderosa que la inocencia desarmada»<sup>(5)</sup>.

Nada, pues, tuvieron los invasores que aprender del pueblo que venían a conquistar. Al revés de lo que sucedió en Europa cuando el imperio romano comenzó a segregarse en diversas nacionalidades, en que los conquistadores, encontrando en su camino pueblos más civilizados que ellos, adoptaron sus costumbres, se impregnaron de la civilización mucho más adelantada que hallaron, y, poco a poco, su bárbaro idioma fue trasformándose para dar origen a las diversas lenguas de las naciones modernas; los españoles nada recibieron de los hijos de Arauco, a no ser una que otra voz que vino a aumentar el castellano.

Pero, en cambio, la lucha constante en que vivieron, el peligro diario en que sus vidas se hallaron por la indomable resistencia de un pueblo salvaje, vino a imprimir a los escritos que se elaboraron durante todo el curso del período colonial una fisonomía especial. Interesados en recordar las experiencias del pasado para [XII] resguardarse de los peligros del porvenir, se dedicaron con afán a escribir la crónica de los sucesos de la guerra araucana. Bajo este aspecto, puede asegurarse que, a excepción de los libros teológicos; y de otros de menor importancia, toda la literatura colonial, está reducida a la historia de los hijos de Arauco. Ellos inspiraron a los poetas, ellos dieron asunto a los viajeros, ellos, por fin, ocuparon políticos.

Este continuo batallar, imprimiendo a las letras de la colonial un carácter diverso del que asumieron en el resto de los dominios españoles de América, constituye precisamente su originalidad y su importancia, pues en ese período se escribieron en Chile más obras históricas que las que los literatos de todas las colonias restantes pudieron fabricar, siendo cierto, como dice M. Moke, que «en las muestras de la literatura de un pueblo es donde se reflejan sus sentimientos y sus ideas, porque ella es la que ofrece la expresión más viva, más pronunciada y más inteligente.»<sup>(6)</sup> Así, al paso que en otros lugares se trabajaba con más holgura y sobre temas acaso más variados y abstractos, pero siempre mucho más frívolos, entre nosotros, limitado el horizonte de producción por la necesidad de la conservación propia, nos han quedado, por ese mismo motivo, obras que interesan en alto grado a la posteridad. ¿Quién irá hoy a leer la vida de místicos personajes, los abultados volúmenes de sermones, las recopilaciones de versos disparatados que en la metrópoli del virreinato se escribieron en aquel tiempo? Y, por el contrario, un libro cualquiera de entre los numerosos que se redactaron sobre Arauco, ¿no será siempre un monumento digno de consultarse?

Prescindiendo de este rasgo capital, hay otra circunstancia que concurre a dar a la literatura colonial de Chile cierto sello distintivo, y es el doble papel de autores y escritores que representaron los hombres de quienes vamos a ocuparnos. Este estudio, no revelará, pues, al mismo tiempo que el conocimiento de las obras que la componen las líneas personales de los que la formaron. Tal [XIII] hecho fue siempre anómalo en los anales literarios de cualquier pueblo, pero entre nosotros la excepción la constituye el sistema contrario. Refiriéndose Voltaire a este preciso caso, decía con razón, que punto de vista tan nuevo, debía también originar nuevas ideas.

En nuestra época es difícil explicarse cómo aquellos hombres ansiosos de dinero y dotados de inteligencia muchas veces cultivada, se lanzaban en pos de lo desconocido y del ignorado más allá con tanta fe y entusiasmo que nunca admiraremos bastante sus esfuerzos de gigantes. Para ellos; ajenos siempre a las fatigas, las distancias fabulosas, interrumpidas por inmensos desiertos y elevadas cumbres, eran devoradas en momentos; las acciones más sorprendentes se veían realizadas como la cosa más vulgar, y siempre el desprecio de la vida, asentándose sobre su codicia y crueldad, producía en ocasiones la singular paradoja de llevarlos a la fortuna por los caminos que ordinariamente le son más opuestos.

En cambio, muchas veces, una vida entera consagrada al servicio de la causa del rey para la sujeción de un país que a cada momento reclamaba sacrificios de todo género en sus vasallos, se aproximaba a la vejez sin que el más miserable premio recompensase sus desvelos, terminando al fin oscurecida y olvidada; «hasta morir en un hospital, decía el rey en 1664 don Jorge de Eguía y Lumbe: ordinario premio de los que sirven en las Indias después de haber gastado su juventud en servicio de Su Majestad.»<sup>(7)</sup> En la indigencia no quedaba a esos infelices más recurso que consignar por escrito en forma de memoriales la relación de sus servicios, cuya extensión solo podremos apreciar cuando sepamos que algunos de ellos asistieron a más de cien batallas.

Pero en todos permanecía entero el amor al país en cuyo servicio habían consumido sus mejores años. El nombre de Chile aparece casi siempre en las obras de esos escritores rodeado de una especie de aureola iluminada por los destellos de un cariño [XIV] entusiasta. Ovalle, Molina y más que ninguno, Santiago de Tesillo, que veía

reproducirse en los Andes las montañas de su pueblo natal, no tienen palabras bastantes con que ponderar las bellezas de nuestro suelo.

El estudio de la vida de uno de estos escritores conduce naturalmente, a hablar de la de los demás. Pedro de Valdivia nos recuerda a Góngora Marmolejo y a Mariño de Lovera; fray Juan de Jesús María nos hace pensar inmediatamente en el defensor de don Francisco de Meneses; y así, sucesivamente. Sin embargo, poco a poco, va desapareciendo esa personalidad vinculada a las obras históricas principalmente, hasta llegar a Molina que ha podido prescindir de ella casi por completo.

Hay un hecho biográfico casi constante que se aparece al crítico cual un rasgo marcadísimo de la fisonomía moral de nuestros antiguos escritores. Tal como en España, Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina y otros, después de haber seguido la carrera del siglo y de las armas, daban de repente un adiós al mundo y trocaban su casaca militar por la cogulla del fraile; así, entre nosotros, hubo muchos que, después de haber profesado las armas, entrábanse a un convento a prepararse más en sosiego para el trance de la muerte, procurando olvidar con la penitencia las faltas de una vida más o menos trabajada y azarosa. Caro de Torres, después de haber pasado su juventud en los campamentos, vistió sotana, sin alejarse por eso del ejercicio militar; Carvallo mismo, que era un soldado no poco alegre, lo intentó también, y a este tenor pudiéramos citar varios otros nombres.

Muchas veces estos cambios de estado fueron atribuidos designios de Dios, cuando no hacían entrar de por medio a la Fortuna, esta diosa ciega a la cual tan gran culto rindieron, nuestros antepasados. Aventureros por excelencia, todo lo fiaban a la suerte; fatalistas por principios, no se arredaban jamás ante los peligros de la naturaleza o del enemigo, seguros de salir ilesos si su buena estrella, por anterior designio, no hubiera de eclipsarse todavía. Estas teorías eran sin duda reprochables, pero fueron en aquellos años la fuente de brillantes acciones, y [XV] las doctrinas de la Europa en una época en que Godofredo de Bouillon levantaba todo un continente para partir a la conquista de la Tierra Santa al grito de «Dios lo quiere».

Se ha repetido tanto fuera de España que los conquistadores del Nuevo Mundo fueron los verdugos de los indios, que se hace necesario vindicar a los que escribieron entre nosotros, y especialmente a los poetas de tan grave inculpación. Tenemos casualmente el testimonio lealmente expresado del mismo Ercilla sobre un lance tan grave y doloroso como fue la muerte del valiente Caupolicán, en que declara que, a haber él estado presente, habría sabido impedirlo. Álvarez de Toledo no es menos compasivo. Bascuñán, aun, Tesillo, cuya alma hubiera podido sentirse enconada en tantos años de lucha con un enemigo de ordinario pérfido, no tienen para ellos sino palabras de piedad. Acaso los que por su estado hubieran podido sentirse más distantes, no digo de ser, crueles, sino de odiarlos, cuales eran los frailes, fueron los que levantaron siempre más alto la voz en contra de los araucanos rebeldes a la fe. Mas, el amor desinteresado del héroe de la Compañía de Jesús en Chile, el padre Luis de Valdivia, ¿no ha redimido en este orden las faltas de todos ellos?

Las acciones de esos escritores realizadas en la grandiosa naturaleza de un mundo nuevo y prestigioso, formaba tema admirable para que los autores dramáticos de España no se apoderasen de sus figuras y las presentasen en la escena hermoeadas con el prestigio de una imaginación brillante y de un talento superior. Lope de Vega, Calderón,



Pérez de Montalbán, Ruiz de Alarcón, los más famosos dramaturgos de la Península, en una palabra, tomaron los hechos de la conquista de América, y de Chile sobre todo, y escribieron sobre ellos piezas de sensación que los contemporáneos designaron con el nombre de «comedias famosas». Algunos de ellos, llevados de pasiones mezquinas y de pequeñas rivalidades, falsearon ciertamente la verdad, y a Ercilla, el más famoso de los poetas que contaran nuestra historia, se le vio aparecer en las tablas de los teatros de Madrid ridiculizado por la pluma envidiosa del gran Lope. ¡Era siempre la eterna rivalidad [XVI] de don Alonso y don García, la justa venganza del héroe soldado y el desquite asalariado del magnate.

Fue en aquellos años muy corriente la vulgar creencia de que las armas no hacían consorcio feliz con la pluma. Preocupados los chilenos casi únicamente de asegurar su propio y material bienestar, en la necesidad casi constante de proteger sus hogares contra un enemigo siempre derrotado y jamás vencido, era natural que faltase el suficiente reposo para escribir. Las consideraciones que el solo título de autor pudieran acarrear, no eran suficiente en una sociedad turbada casi siempre por el estrépito de las armas; es constante, en cambio, que los grandes soldados, hombres con frecuencia distinguidos, fueron también los narradores de los sucesos del país. De aquí, por qué cuando un escritor no era a un mismo tiempo militar de distinción, apenas sí la posteridad conoce su nombre. Mas aún: para el que emprende diseñar la vida de uno de esos hombres que brillaron más o menos en las armas, su trabajo tiene mucho de parecido a la tela que ha de recibir el bordado: a trechos, pulida, completa; a trechos, bosquejada, inconexa. Las figuras capitales, ángulos del trabajo, son los grandes acontecimientos en los que, cual la mano del artista, aparece la huella del soldado, he aquí lo perceptible. Los blancos que se observan en el telar son también los vacíos que se notan en los rasgos del hombre que se estudia, que se sabe pertenecen a lo anterior y están ligados a lo que sigue, pero que solo representan los eslabones de una cadena que divisamos a pedazos. Cual el indio de las praderas siempre iguales que se inclina para escuchar un ruido imperceptible que le trae un eco lejano y se mira feliz si descubre una huella, así el biógrafo tiene sus alegrías y sus desfallecimientos: recorre en todo sentido el campo de sus investigaciones, un dato es para él un hallazgo, una palabra un indicio de valor, una fecha un rayo de luz; a veces triunfa, pero las más ¡se esfuerza, combate y sale vencido!

De los precedentes anteriores resulta, que todos esos historiadores se han encontrado en situación de pintar a los hombres y [XVII] las cosas como testigos de vista, dando a su relación cierto colorido propio y un aire de veracidad perfectamente explicable si se considera que escribían en medio de gentes que también habían presenciado los sucesos y que en el acto habrían protestado ante cualquiera falta de verdad. Por estas circunstancias podemos decir, que, sumando los testimonios de todos esos escritores y puede formarse con ellos una relación completa y auténtica de la era colonial entera.

Mas, cualquiera de esas relaciones que se examine se encuentra inconclusa, como si la luz a cuyo resplandor iban renaciendo las cenizas del pasado se hubiese extinguido por alguna ráfaga repentina. ¡Ah! es que de ordinario la muerte venía a cortar aquellos trabajos emprendidos en el ocaso de la vida, o que el historiador, al corriente ya en su relación de lo que en esos momentos sucedía, tiraba la pluma y reservaba para los que viniesen en pos la continuación de su obra. Otras veces, el desaliento se apoderaba del escritor y renunciaba a su tarea; en ocasiones también, dábase a la prensa la primera

parte de algún trabajo y nunca más tarde llegaba a ofrecerse la ocasión de dar a luz lo restante.

Es seguro, sin embargo, que, a no considerarse muy de cerca lo que entonces pasaba en Chile, se podrá decir que esos hombres en apariencia rudos como soldados y faltos de tiempo para darse la instrucción necesaria no eran los más a propósito para el manejo de la pluma; pero si se atiende a que ellos y los miembros de las órdenes religiosas eran casi los únicos que gozaban de los beneficios de la enseñanza, será necesario llegar al resultado de que, consignando impresiones propias, o sucesos pasados perfectamente análogos a los que en su tiempo presenciaban, esos capitanes de ejército o esos eclesiásticos diligentes y activos eran los más idóneos para la tarea que dejaron realizada.

Había, con todo, un poderoso elemento que en gran parte venía a destruir la buena disposición en que nuestros escritores pudieron encontrarse, y era la falta de espontaneidad que presidió a la mayoría de sus trabajos; porque es necesario tener presente [XVIII] que muchas de esas obras de una labor sostenida que hoy poseemos no fueron hijas del impulso propio sino de los mandatos de un superior cualquiera. Tomemos desde el fundador de Santiago en adelante. Pedro de Valdivia no escribió sus celebradas *Cartas* para entretener ratos desocupados u obedeciendo a naturales inspiraciones, sino únicamente porque necesitaba dar cuenta a su soberano de lo que iba adelantando en la conquista de Chile. El doctor Suárez de Figueroa recibía encargo del marqués de Casete para desvanecer en un libro el estudiado silencio de Ercilla. La mayor parte de los frailes escritores se disculpaban con la obediencia debida a sus prelados. Alonso de Ovalle, que es sin duda el mejor de nuestros prosistas, no se decidió a tomar la pluma sino en vista de la completa ignorancia en que entonces, con más razón que ahora, vivía la Europa respecto de nuestras cosas. Tesillo escribía por condescendencias con don Francisco de Meneses, y otro le respondía por enaltecer la memoria de uno que le presidiera en el gobierno; Carvallo, por fin, redactaba su voluminosa historia teniendo en vista un encargo oficial.

Estas órdenes para reducir a libros los sucesos de la guerra araucana partieron en más de una ocasión del mismo soberano de España y encontraron entre nosotros en los gobernadores del reino decididos secuaces. Sábese, por ejemplo, que el presidente Fernández de Córdoba había hecho en su tiempo gran acopio de materiales sobre este asunto, y de que por fortuna, es probable se aprovechase posteriormente el más notable de nuestros cronistas, el jesuita Diego de Rosales; y para nadie es un secreto que el diligente don Ambrosio O'Higgins había encargado durante su administración al capitán Ojeda que redactase una historia chilena.

Felizmente, mucho de los personajes que rigieron el reino fueron personas ilustradas, sin que faltasen tampoco algunas que, cultivando las letras y las ciencias, aspirasen al título de autores. El doctor don Luis Merlo de la Fuente publicó en Lima en 1630 al frente del *Compendio historial* de Jufre del Águila una interesante [XIX] relación de los sucesos de Chile; Porter Casanate, hombre muy versado en las matemáticas y en el arte náutica y estampó un ingenioso libro de estas materias<sup>(8)</sup>; don Alonso de Sotomayor antes de venir a este país, era ya autor de dos *Memoriales* impresos, bastante bien pensados y nada mal escritos, «sobre las razones y causas que hay para que se vean y abran las tierras circunvecinas al Perú»; don Francisco Lazo de la Vega, después de su famosa victoria de 31 de enero de 1631, remitió a Lima para que se imprimiese una



relación del feliz suceso de sus armas; don Manuel de Amat y Juniet, por fin, envió a la corte de España una voluminosa *Historia hidrográfica* de nuestro país que aún se conserva inédita en la Biblioteca Real de Madrid. Después de recordar estos hechos, no nos parecerá, pues, exagerada la conclusión a que el padre Francisco Javier Ramírez arriba en su *Cronicón sacro-imperial* cuando después de tender una ojeada por el pasado intelectual de Chile, declara que «hay muchos literatos y eruditos en nuestras antigüedades, aún en los de capa y espada.»

Es cierto que en ocasiones se ha exagerado mucho la importancia de algunas de las obras atribuidas a ciertos personajes de aquella época, y que en otras, hasta se ha supuesto la existencia de libros completamente imaginarios. Molina habla, por ejemplo, de un *Memorial* del famoso Pedro Cortés, como de un trabajo serio, y supone que Isaac Yañes dio a luz una *Historia de Chile*; a la novela de fray Juan de Barrenechea, intitulada *De la restauración de la Imperial*, no ha faltado tampoco quién le achaque los honores de un relato histórico; y por este estilo sería preciso reducir a su verdadera importancia otros escritos de mediano aliento y escaso interés que la imaginación de los bibliógrafos se ha empeñado en abultar.

Por el contrario, parecen ya perdidas hoy para nosotros no pequeño número de obras históricas que habría sido importante [XX] conocer. Aun libros que se imprimieron han llegado a ser con el tiempo de tan gran rareza que el dar con alguno constituye un verdadero hallazgo<sup>(9)</sup>. Consta que Hernando Álvarez de Toledo era autor de una segunda *Araucana* que el padre Ovalle consultó manuscrita a mediados del siglo XVII; Pérez García cita un poema descriptivo de la *Ciudad de Santiago* que redactara un tal Mendieta, y del cual no se tiene otra noticia; fray Pedro Merino era, igualmente, autor de otro poema «que corre impreso» dice el *Libro del Consulado*, en el cual se contaba la relación de una batalla que sostuvo con los indios cuncos una columna que Amat había enviado para castigarlos en 1756.

Pasando ahora a la prosa, el vacío es mucho mayor. El mismo Ovalle, a quien acabamos de referirnos, habla de dos historias que en su tiempo «estaban para salir», y de las cuales solo una ha llegado hasta nosotros; de Olivares conocemos únicamente las dos terceras partes de lo que escribiera, y el padre Rosales se encuentra más o menos en el mismo caso; del primer rector de la Universidad de San Felipe don Tomás de Azúa, se refiere que, a mediados del siglo pasado, había escrito una *Historia de Chile*; y así de muchos otros autores de quienes nos ocuparemos más adelante. Es de esperar, pues, que el tiempo y un rebusque prolijo, que tantos documentos de importancia han devuelto ya a nuestro conocimiento, completen en adelante en lo posible esta tarea de ilustrada restauración de nuestra pasada literatura histórica.

Es un hecho muy digno de notarse la ignorancia relativa y muchas veces absoluta e increíble en que los que trataron de las cosas de Chile y de América en general, se encontraban respecto de las producciones de otros escritores, y aún de los puntos más culminantes de hechos sucedidos casi coetáneamente con ellos. [XXI] La historia del descubrimiento mismo del Nuevo Mundo era casi un mito para los literatos del coloniaje. La ilustración notabilísima de Rosales no había alcanzado siquiera a penetrar la verdad de los viajes de Colón; y por este estilo se encuentran desconocidos sucesos que hoy los muchachos de escuela repiten sin titubear.

No puede negarse que la dificultad de comunicación entre las colonias americanas, o más bien dicho, el sistema absurdo de dependencia de unas a otras establecido por la corte y que entre nosotros llegaba al extremo de que las mercaderías enviadas de España a Valparaíso, o viceversa, debían hacer primero el viaje de Lima antes de ir al lugar de su destino contribuía por mucho a esta ignorancia hoy apenas explicable para nosotros. La enorme distancia a que Chile se hallaba respecto de las demás naciones era, además, por sí sola una causa bastante para la pobreza literaria. González de Nájera, soldado español que vivió en Arauco a mediados del siglo XVII, reconocía ya que las hazañas de los criollos de Chile «aún para sus mismos progenitores quedan sepultadas en olvido, por causa tan poco suficiente, como es el haberlas obrado en tierra tan remota»<sup>(10)</sup>.

A lo raro y dificultoso de las impresiones, a la suspicacia quisquillosa de la corte, a las trabas religiosas opuestas al libre cambio de las producciones intelectuales, debemos añadir el egoísmo empecinado en que se encerraban los dueños de los libros. Las quejas de los que se daban a escribir, por no poder consultar las obras hoy más vulgares, se repetían diariamente; siendo peculiar esta falta de noticias de lo que otros habían dicho, no solo a la verdadera época de la colonia, sino que se ofrecía hasta en los comienzos de este siglo. El padre Ramírez, primer maestro de don Bernardo O'Higgins, se lamentaba de no tener a mano la *Descripción del Obispado de Santiago* de Fernández Campino, y el benemérito Camilo Henríquez, ansioso de penetrar en la historia de nuestro pasado, más oscura e ignorada que la de otros [XXII] remotos países, decía en el número tercero de *La Aurora*, que don José Pérez García había sido «el único que hasta ese entonces tuviera la bondad de comunicarle sus papeles».

Escasos, pues, de materiales y de ordinario ignorando los que acometían la empresa magna de la redacción de un libro, lo que su vecino tal vez al mismo tiempo que ellos consignaba ocultándose hasta de las gentes de su casa, restaban todavía los afanes de la publicación. En Chile, es inútil decirlo, no había entonces imprenta. En 1789, el Cabildo de Santiago dirigió una solicitud al soberano pidiendo permiso para establecerla; pero ordenose formalizar primero la petición ante la Audiencia, y no se sabe si por este u otro motivo la cosa quedó en nada<sup>(11)</sup>. El que quería, pues, ver su nombre en letras de molde no tenía más recurso (como aconteció muchas veces) que hacer en persona el viaje a Lima o a España, o fiarse de la honradez de un agente. Al probo obispo Villaruel le sucedieron a este respecto (por no citar más de un caso) percances muy desagradables. Había encomendado a cierta persona algunos manuscritos, distrayendo no pequeña suma de su fondo de limosnas, para que se publicasen en España, y al fin de cuentas resultó que los cajoncillos que los llevaban, los que no hicieron naufragio en el mar, corrieron borrasca en la Península, habiéndose alzado el emisario con el dinero y abandonado su encargo. Meléndez, recordando varios ejemplos de esta naturaleza concluye con razón, que «todo este riesgo tienen los pobres escritores de las Indias que remiten sus libros a imprimirlos a España, que se quedan con el dinero los correspondientes, siendo tierra en que lo saben hacer, porque hay muchas necesidades aún estando presentes los dueños, cuando más en las largas distancias de las Indias, y echan el libro al carnero, y al triste autor en olvido»<sup>(12)</sup>. «Si muchos de los excelentes frutos del ingenio americano, dice el *Mercurio Peruano*, han quedado sepultados en el olvido, sin lograr por la impresión la recompensa de la fama, fue efecto en los pasados tiempos de la imposibilidad [XXIII] de costearla, y del riesgo que había en remitirlos a Europa»<sup>(13)</sup>. «Pocas obras han dado a luz los criollos que yo pueda citar, agrega Vidaurre, para garantir la verdad de lo que yo aquí me he avanzado a decir; pero esto no ha sido porque no se hayan aplicado ellos a componer diversas, sino porque los

inmensos gastos de la impresión fuera del reino, donde hasta hoy no ha habido imprenta, las han dejado en el olvido de manuscritos.» Todavía a los comienzos de este siglo, un chileno que se encontraba en Europa, exclamaba: «¡Qué desconuelo para un buen patriota que ha consumido sus años y gastado su dinero el ver que para comunicar sus tareas al público no le bastaba la vida regular de un hombre!»<sup>(14)</sup>

El empeño de la corte española en mantener a sus colonias americanas en una desmedida ignorancia, partía de una doble base: como era desconfiada, vivía en perpetuo desvelo temiendo por la más leve apariencia de que sus humildes vasallos se contagiasen con el conocimiento de sus derechos, o de que llegase hasta ellos un soplo de esa libertad que más tarde conquistarán con su sangre, y que, cual grata armonía, escucharon en la brisa de los mares que bañan las costas de Francia y de la Nueva Inglaterra. ¡Cuántas persecuciones decretadas solamente en Chile contra libros los más inocentes, aún contra las más inofensivas estampas! En veinte y siete días del mes de febrero de 1793, quemose en la plaza de Santiago con gran aparato de fuerza y después de inquisitoriales pesquisas, una lámina que representaba el juicio universal, simplemente porque el escudo de aquellos amados monarcas españoles no estaban en sitio decoroso!

Para que se vea el extremo a que las cosas se llevaban en el terreno del respeto al nombre real, véase si no lo que pasó en ciertas conclusiones celebradas en el convento de la Merced de esta ciudad. El 31 de agosto de 1790 en acto público celebrado por influjo y con aprobación del rector de la Universidad de San [XXIV] Felipe don Juan A. Zañartu y con la del doctor don Vicente Larrain, regente de la Cátedra de Prima de Cánones, que hizo de padrino, propúsose cierta tesis (que corre en letras de molde) en defensa de la potestad real. Fue sustentante don Gabino Sierralta, del medio don Vicente Aldunate, y replicaron los doctores don Hipólito Villegas y don Miguel Eyzaguirre.

Como el tema de la controversia entre Sierralta y Villegas fuese que el romano pontífice no puede directa ni indirectamente privar a los reyes del derecho, imperio, posesión y administración de las cosas temporales, ni absolver a los vasallos del juramento de fidelidad, el doctor cumpliendo con los deberes tradicionales de su cargo, sostuvo, naturalmente, la afirmativa. El tal Sierralta, que a la fecha no contaba sino veinte y dos años, era hombre que había cursado por dos lustros consecutivos en el colegio de Monserrate en la ciudad de Córdoba del Tucumán la filosofía, teología y disciplina eclesiástica, y que a los comienzos del otoño había llegado a Santiago a estudiar, de orden de sus padres, la jurisprudencia en la Real Universidad de San Felipe; y como desease, según se expresaba, entrar en sus nuevos cursos dando una prueba brillante de su anterior aprovechamiento, resolvió de propio dictamen, defender ciento cincuenta cuestiones, las cuales, una vez ordenadas, presentó a la aprobación del rector, Zañartu. Ya sabemos cuál era la que por entonces estaba en tabla.

Continuando el acto solemne de la discusión, el estudiante tucumeño, apartándose del sentir de doctores y teólogos, manifestó extrañeza de que en cierta comunidad (que no nombró) se siguiese defendiendo en sesiones públicas la potestad del papa sobre los reyes «como el declarante lo había visto y presenciado con sumo escándalo de su razón».

Estaba allí presente el doctor y fraile mercedario fray Ignacio Aguirre, autor de un tratado *De Ecclesiae*, que dictara a sus alumnos y que éstos después sustentaban bajo

de su dirección. Con tales antecedentes, el catedrático amostazose con el reproche y se querelló después en el claustro al rector. Diole éste acogida, [XXV] y llamando a Sierralta le manifestó con claridad su desagrado. Es de advertir que asistía a la función un ministro del rey.

Atendía la gran importancia que siempre merecieron en la colonia aquellas controversias, no es de extrañar que sin tardanza se difundiese el caso en el público y que con insistencia se comentase en todos los círculos. Tanto creció la cosa que el presidente O'Higgins que, como es sabido, fue siempre celoso de las prerrogativas e intereses de su amo el rey; dos días después, el dos de setiembre, pasó un oficio al rector ordenándole que sin tardanza le informase qué era lo que en aquella discusión, que no conocía sino de oídas, había pasado, para que con debido tiempo tomase las providencias que tan delicada materia exigía.

Mientras tanto, el provincial de la Merced, fray Felipe Santiago del Campo, en un auto que se apresuró a dictar tan pronto como se apercibió del giro que el negocio podía tomar, comenzó por expresar el dolor con que había visto a fray Ignacio Aguirre arrogarse sin facultad el nombre de su religión. Ni paró en esto el celo del prelado, pues después de protestar de su fidelidad al monarca y que tanto por la Sagrada Escritura como por la opinión de los santos padres y autores creía firmemente en la autoridad del soberano, quiso descargar en santa cólera sobre el pobre Aguirre mandándole bajo precepto formal de obediencia, pena de excomunión mayor, privación de su cátedra y otros castigos a su arbitrio, que en el acto de la intimación entregase al padre secretario el cuaderno en que se contenían las conclusiones contra la autoridad real, «y juntamente busque autores que lleven la contraria opinión, y con intervención del padre regente de estudios, presentado fray Joaquín Larrain, escriba por ellos una conclusión que defenderá públicamente con uno de los más hábiles estudiantes, y se abstendrá en adelante de proferir palabras o expresión alguna contra la autoridad que Dios concedió sin dependencia a los reyes, y porque le pueden oponer la autoridad de nuestros cánones, los hechos de algunos Sumos Pontífices y la doctrina del angélico doctor Santo Tomás, le prevenimos exponga estos lugares y doctrina, con veneración y reverencia, y procurará [XXVI] hacer patente que solo se defendió la conclusión contraria *intento jure canónico*, e ignorando los reales decretos. Y el padre secretario de la provincia recogerá juntamente todos los cuadernos de los estudiantes y los entregará para quemarlos, a fin de que no quede memoria alguna de su doctrina, etc.»

Hallábase, pues, el provincial bien prevenido cuando vio llegar al alguacil que venía a notificarle la resolución del presidente tocante a la materia, que, en buenos términos era la misma que la que el prelado tenía dispuesto poner en planta. Merced a eso, sin duda, escapó sano y salvo, sin arañazos ni represiones. La víctima, el quisquilloso y papista Aguirre, por más abochornado que quedase, se ofreció a trabajar las conclusiones, prometiéndole Larrain ayudarle en el trance a condición solamente de que le enviase los autores que trataban del asunto. Pero a poco los fue mandando cobrar, y él mismo se marchó por largo tiempo al campo «a desahogarse», según se dijo. Mas, como el escándalo siguiese en los claustros y el público se asiese a él con persistencia, se le amonestó de nuevo y al fin tuvo que resolverse a dar satisfacción brillante del desacato inaudito que cometiera.

Solo Sierralta triunfaba y cosechaba laureles por su conducta en aquellas malhadadas conclusiones; pues, de orden superior, el rector en claustro pleno le dio las gracias «por

el amor que había manifestado al soberano y que, continuando con aplicación y constancia sus buenos estudios, debe esperar se le tendrá presente por Su Majestad para emplearle oportunamente en su servicio.»

¡Cuántas pequeñeces de este estilo, cuánto rebajarse por una miserable cosa!

Pero no era solo esto. Por mandato de los reyes de España, se prohibió bajo las penas más severas que los colonos de América leyesen lo que se dio en llamar ociosos libros de ficción, poesías, novelas, dramas, etc. No había medio entre nosotros de deleitarse con la lectura de la obra maestra del genio de Cervantes, no se podía leer ni a Lope de Vega, ni a Quevedo, ni a Moreto, etc.

Como una de las trabas más curiosas opuestas al desarrollo intelectual de la colonia, debe contarse el de la prohibición de escribir [XXVII] impuesta a los indígenas. Entre nosotros no tenemos noticias de algún escritor u hombre ilustrado salido de raza araucana; pero no sucedía lo mismo con los peruanos, por ejemplo, donde un Garcilaso ha enaltecido por siempre la sangre de que descendía. Es oportuno recordar con tal motivo, por más notorias que sean, las discusiones habidas en tantas ocasiones en la corte de los reyes de España sobre los aborígenes de América, en las cuales, como se sabe, se llegó a negarles su calidad de seres racionales, y por fin, a declararlos como esclavos. Pues, saliendo de Chile, vamos a citar como ilustración del asunto un caso que trae el padre Velasco en su *Historia de Quito*<sup>(15)</sup>. «Conocí, dice, a don Jacinto Collahuazo, indiano cacique en la jurisdicción de Ibarra, en la edad de ochenta años, de grande juicio y de singulares talentos. Había escrito cuando mozo una bellísima obra intitulada *Las guerras civiles del Inca Atahualpa con su hermano Atoco, llamado comúnmente Huascar Inca*. Fue delatado por ella el corregidor de aquella provincia, el cual por indiscreto y arrebatado celo, no solo quemó aquella obra, y todos los papeles del cacique, sino que lo tuvo algún tiempo en la cárcel pública, para el escarmiento de que los indianos no se atreviesen a tratar esas materias».

Por estas tendencias de un espíritu intolerante, aumentáronse aún las dificultades (que se multiplicaban tratándose de libros ordinarios) para asumir proporciones colosales respecto de las obras de religión. Se hizo en esto, un lujo de precauciones que sorprende. Además de venir con las correspondientes aprobaciones, era necesario que, al embarcarse, se inventariasen una por una, y que se adoptase igual sistema al llegar al puerto de su destino. La pena de muerte y perdimiento de bienes no era extraño verlas decretadas en caso de infracción de las fórmulas.

Preocupada, por otra parte, la corte española con la supuesta infición que se vinculaba a todo lo que parecía extranjero, no solo prohibió terminantemente que los súbditos de otras naciones pasasen a sus dominios, sino que debía huirse como de una cosa [XXVIII] nefanda de cualquiera de sus producciones intelectuales. Nada importaba que los americanos no entendiesen esos volúmenes escritos en extraño idioma: era necesario, ante todo, aborrecerlos, huir de ellos, no mirarlos.

Con todo, no puede negarse que en buenos términos, esta restricción no importaba una verdadera privación para los criollos americanos. Las leyes no hacían en este caso sino conformarse con lo que encontraban establecido en las preocupaciones y en las costumbres. Religiosos por excelencia, los chilenos de antaño creían contaminarse de herejía en su trato con los extranjeros. Los escritores más moderados, Oña mismo en sus



versos, no trepidaba en afirmar que los ingleses tenían merecido el infierno; ¡y tal es la razón porque en nuestra antigua literatura se tributa ordinariamente tanta atención a todas esas expediciones de las naciones de Europa a nuestras costas! ¡Castigos del cielo decían aquellas buenas gentes que Dios nos envía por nuestros pecados!

En cambio, era preciso que los dominios de América se olvidasen si era posible para la mente y empresas de aquellos extranjeros. Convenía que por medio alguno no llegasen jamás a tener noticia de estas apartadas regiones que debían considerar para ellos como borradas del mapa del mundo. Por los fines del siglo pasado, un misionero franciscano que se firmaba González de Agüeros y que, por haber surcado varios años los canales de Chiloé, se avisó de escribir una corta noticia de sus viajes y de los pueblos con quienes había comunicado, la corte de Madrid mandó incontinenti suspender la publicación del libro, temerosa de que los enemigos encontrasen en él un dato cualquiera; persiguióse al autor, presentáronse largos memoriales en que se demostraba que nada nuevo se contenía en aquellas páginas, y, sin embargo, parece que la prohibición no se alzó.

Por temor a estas persecuciones, los autores no decían toda la verdad, se hacían ignorantes a sabiendas, prefiriendo parecerlo antes que arrostrar el enojo de los reyes. Las miserias de estos pueblos siempre se callaban, o cuando más, esos autores se atrevían a levantar su voz en representaciones secretas que, publicadas, [XXIX] habrían avergonzado a los opresores y escandalizado al mundo civilizado. Agüeros no se atrevió a hablar de la condición verdaderamente horrible a que los infelices hijos de Chiloé se veían reducidos por la injusticia de disposiciones verdaderamente crueles, y el capitán Ribera se estremecía solamente de tomar la pluma para bosquejar tan triste situación. Diríase más bien que los soberanos de España preferían cubrirse la cara para no presenciar tanta miseria.

Además de esta coacción que mataba en su origen los más nobles impulsos, y de la fuerza que reducía al servilismo las producciones mejor intencionadas, vamos a ver cuánto tenía que batallar el malhadado autor de un libro antes de darlo a la prensa.

«Los reyes católicos Fernando e Isabel dispusieron que ninguna obra, pequeña o grande, en latín o en castellano, se pudiese imprimir o vender, si era impresa afuera, sin la licencia previa de las audiencias de Valladolid y Granada, los arzobispos respectivos en las ciudades de Toledo, Sevilla, Granada y Burgos y el obispo de Salamanca en la de Salamanca y Zamora<sup>(16)</sup>.

«Carlos V y Felipe II encontraron que esta atribución conferida a autoridades diferentes, que la ejercían lejos de su inmediata inspección, no era siempre bien desempeñada; y determinaron que dicha licencia no pudiera concederse sino por el presidente y los miembros de su consejo, a quienes se recomendó un especial cuidado en el asunto, «porque somos informados, dijeron, que de haberse dado con facilidad, se han impreso libros inútiles y sin provecho alguno, y donde se hallan cosas impertinentes»<sup>(17)</sup>.

«La pérdida de los libros que debían ser quemados, o la de su precio si se hubieran vendido, y una multa igual al valor de la edición no parecieron a Felipe II suficiente pena contra los infractores de la disposición anterior, y ordenó que toda persona que imprimiese una obra compuesta en el país o vendiese una impresa en otra parte, sin la licencia real y la correspondiente aprobación del [XXX] consejo, fuese castigado con la muerte y la confiscación de sus bienes<sup>(18)</sup>.



«Deseosos de libertarse de las trabas, gastos y dilaciones que ocasionaba toda publicación en España, algunos autores tomaron el partido de enviar sus obras para que se diesen a la estampa en países extranjeros; pero no gozaron mucho tiempo de esta facultad porque Felipe III mandó que ninguno de sus vasallos pudiese hacer publicar libros en otros reinos, so pena de perder la ciudadanía, empleos y dignidades, y la mitad de los bienes aplicada por tercias partes a la cámara, juez y denunciador, quedando siempre en toda su fuerza y vigor la prohibición para la venta de las obras impresas fuera de España<sup>(19)</sup>.

»Por lo común, los doctores a quienes el consejo cometía el examen de las obras sometidas a su aprobación, reducían su dictamen a expresar si ellas contenían máximas contrarias a los preceptos de la moral, a las leyes de la nación y a las regalías de la corona; pero Felipe IV, que bien merece el apodo de imbécil con que le califica Prescott, dispuso que se tuviera 'particular cuidado y atención en no dejar que se imprimieran libros no necesarios o convenientes, ni de materias que deban o puedan excusarse o no importe su lectura; pues ya hay demasiada abundancia de ellos, y es bien que se detenga la mano, y de que no salga ni ocupe lo superfluo, y de que no espere fruto ni provecho común'. Ordenó también que no se pudieran imprimir ni relaciones, ni cartas, ni apologías, ni panegíricos, ni gacetas, ni noticias, ni sermones, ni discursos o papeles sobre gobierno u otro asunto, ni coplas, ni diálogos, 'ni otras cosas aunque fuesen muy menudas y de pocos renglones', sin obtener en la corte la aprobación de un miembro del consejo nombrado al efecto del presidente de las audiencias en las ciudades donde las hubiese, y de las justicias en los demás lugares del reino. Mandaba observar todas las leyes precedentes, y fulminaba severas penas contra los impresores, encuadernadores y libreros que imprimiesen, encuadernasen [XXI] o vendiesen los libros a que faltaban éste u otros requisitos que se designaban<sup>(20)</sup>.

»Habiendo reconocido, dice Carlos II, que resultaban muchos y muy graves inconvenientes al buen gobierno y conservación de mis dominios de que se impriman libros, memoriales y papeles en que se trate o discurra de ellos, o cosa que toque a su constitución universal ni particular por vía de historia, relación, pretensión, representación o advertencia, sin que preceda un exacto examen con el inmediato conocimiento e inteligencia que requiera la importancia de las materias que suelen incluir semejantes escritos, he resuelto se prohíba generalmente la impresión de ellos, sin que primero se haya visto por el consejo a quien tocarse el que se hubiera de tratar, y pasado por censura<sup>(21)</sup>.

»En dos ocasiones diversas, ordenó Felipe V que no se imprimiese papel alguno, por corto que fuese, sin las aprobaciones y licencias que prevenían las leyes, dictando nuevas providencias para que no se eludiesen estas disposiciones<sup>(22)</sup>.

»Los monarcas castellanos daban tanta importancia a la censura, que no se cansaban de decantar sobre este punto, aun cuando sus mandatos fueran verdaderos pleonasmos legislativos.

»Fernando VI volvió a disponer, como si no hubiese ya suficientes leyes sobre el particular, que 'ningún impresor pudiese imprimir libros, memorial u otro papel suelto de cualquier calidad o tamaño, aunque fuese de pocos renglones, a excepción de las esquelas de convites y otras semejantes, sin que le constara y tuviera licencia del

consejo para ello, o del juez privativo o superintendente general de imprenta, pena de dos mil ducados y seis años de destierro'<sup>(23)</sup>.

»Durante el reinado de Carlos III, se creó un juez especial de imprentas y librerías con inhibición del consejo y demás tribunales que hasta entonces conocían de esta materia, el cual debía [XXXII] proceder en conformidad a un reglamento que no brillaba por su sabiduría, y mucho menos por su liberalidad<sup>(24)</sup>.

«Carlos IV fue todavía más lejos, pues para libertarse de la fatiga de leer y prohibir, resolvió que 'con motivo de advertirse en los diarios y papeles públicos que salían periódicamente haber muchas especies perjudiciales, cesasen de todo punto, quedando solamente el *Diario de Madrid* de pérdidas y hallazgos, ciñéndose a los hechos, y sin que en él se pudiesen poner versos ni otras especies políticas de cualquiera clase'<sup>(25)</sup>.

»El mismo monarca renovó la prohibición de introducir en España libros extranjeros sin licencia previa, amenazando tratar 'con todo rigor a los infractores hasta el término que sirviese de escarmiento a los que quisieran imitarlos'<sup>(26)</sup>.

»La repetición de estas leyes está manifestando que debían ser infringidas muy a menudo, porque no es cosa fácil sofocar completamente la vitalidad de un gran pueblo; y que los reyes por quienes la España fue desgraciadamente regida desde el descubrimiento de la América hasta su emancipación tuvieron el propósito deliberado de amoldar el espíritu de sus vasallos, como en algunas tribus del Nuevo Mundo se da una forma especial al cerebro de los salvajes que las componen, comprimiéndoselo desde niños.

»Además de la censura previa para todas las obras en general, las que trataban de comercio, fábricas y metales necesitaban de un permiso especial de la junta de comercio y moneda; las obras de medicina, de un examen o reconocimiento practicado por un médico nombrado por el presidente del protomedicato; los alegatos, manifiestos y defensas legales, de un informe del tribunal ante quien pendía el asunto; las obras que trataban de materias religiosas de una censura del ordinario eclesiástico<sup>(27)</sup>.

»No sólo era la pérdida de tiempo la que tenía que sufrir un [XXXIII] escritor mientras su obra pasaba por los varios y multiplicados trámites a que estaba sujeta (lo que hacía muchas veces que la impresión de un libro fuese una operación más larga que su redacción), sino también la pérdida de su dinero. Los autores debían pagar un salario a los letrados nombrados para examinarla, y no podían venderla, sino al precio que se les fijaba, el cual debía estamparse al principio de cada ejemplar. La tasa de los libros no vino a suprimirse hasta el reinado de Carlos III, exceptuando los de uso indispensable para la instrucción del pueblo, los cuales quedaron sujetos, como antes, al avalúo del consejo. El mismo soberano abolió el honorario señalado a los censores, que calificaba de 'exorbitante y demasiado gravoso', y que había sido establecido por Fernando e Isabel, si bien es justo confesar que estos monarcas habían ordenado que fuese 'muy moderado'<sup>(28)</sup>.

Después que un autor de aquellos tiempos dejaba constancia en las primeras fojas de la obra que iba a dar a la estampa de que según la palabra oficial, nada se contenía en ella de contrario a la religión y a las costumbres y de que había de ser de gran utilidad para el prójimo; después que se le señalaba el número de maravedises en que se había tasado

cada pliego, y por fin, una vez que tenía la patente para venderla y el permiso de la orden para imprimirla, si por acaso fuera fraile, venían indefectiblemente la dedicatoria y algún soneto o párrafo encomiástico, piezas las más características de aquellos años. No era raro dedicar el libro a Jesucristo o a la Virgen Santísima, pero más de ordinario lo colocaban bajo el patrocinio de algún poderoso magnate o encumbrado personaje eclesiástico.

Parece que la envidia maldiciente, o la crítica como entonces se había dado en llamarla, era el terror de los infelices actores de la colonia. Dominados por esta impresión, trataban siempre de buscar la protección de algún gran señor, creyendo que bajo de su amparo se contendría la maledicencia y ellos quedarían desembarazados de enfadosas pullas. Pero al lado de esta tímida desconfianza, [XXXIV] ¡cuánta vana palabrería, qué de citas, qué de alambicados conceptos! Cervantes que tantos traveses estaba destinado a enderezar con ingenio tan felizmente apto para herir el verdadero ridículo, en el prólogo del *Quijote* no podía menos que burlarse de la costumbre de los autores de citar en sus prefacios sentencias contradictorias y que, nada tenían que ver con el asunto que llevaban entre manos; y otro tanto hacía Molière en la introducción a sus *Precieuses ridicules*. El poeta español se supone a él mismo en esas circunstancias con el papel delante, la pluma sobre la oreja, el codo en la mesa y la mano en la mejilla, sin poder descubrir dichos pertinentes y bagatelas ingeniosas que hiciesen a su tema. Felizmente para él, en tan críticos momentos, entra un amigo que lo saca de sus cavilaciones aconsejándole que no se deje arredrar, que toda la dificultad se desvanecerá con que cite el primer dístico que le venga en mientes, y que si por acaso habla de la muerte no deje de acordarse de Horacio, o que si trata de los gigantes mencione a Goliat, con dos o tres latines que, sin duda alguna, lo harán pasar por un teólogo notable o gramático distinguido<sup>(29)</sup>.

«Lo que más ha perjudicado a la gloria de los grandes hombres del siglo XVI, expresa M. de Sismondi, es el respeto ciego que profesaban por la antigüedad, la erudición pedantesca que ahogaba en ellos el genio. La manía de escribir siempre según los modelos que no estaban en armonía con sus costumbres, su carácter, sus opiniones políticas y religiosas, en fin, sus esfuerzos para salir de su lengua y hacer revivir aquellas en las cuales estaban escritas las solas obras maestras que conociesen»<sup>(30)</sup>.

¿Por qué era entonces que si nosotros no podemos leer los mamotretos escritos obedeciendo a este sistema, nuestros antepasados, dieron indicios de gustarlos sobremanera? Recuérdense las prohibiciones fulminadas contra otro género de obras, y oigamos de nuevo a este respecto al literato que acabamos de citar. «Podríamos admirarnos de la paciencia de nuestros abuelos, dice, que [XXXV] devoraban esas largas y fastidiosas páginas, si se olvidase la condición de un pueblo que casi no tiene libros, y que no encuentra fuera de sí casi ningún medio de extender y renovar sus ideas. Conservábase un solo volumen en una casa patriarcal: los días en que el tiempo amanecía descompuesto se le leía al rededor del fuego, se le empezaba de nuevo cuando se le había terminado; se ejercitaba el ingenio a fin de extraerle todo lo que encerraba y aun más todavía; no era lícito juzgarlo; se le respetaba como a la sabiduría escrita, y cuando llegaban a comprenderlo, se alegraban como si hubiese sido grande condescendencia en su autor humanizarse algunas veces».

Esta manía de citar a diestro y siniestro fue una verdadera plaga que vino a entorpecer y deslustrar la mayor parte de las muestras de nuestra literatura colonial. Sin hablar de las

disertaciones teológicas, aún tratados históricos recomendables se vieron afeados por este malvado prurito de tratar de aparecer como conocedor de lo que la antigüedad había dicho. Córdoba y Figueroa es insoportable bajo este aspecto. Núñez de Pineda y Bascuñán no ha conseguido hacerse fastidioso sino merced a este sistema.

Pero no nos figuremos por un momento que toda esa fútil erudición de que tanto alarde se hacía, era verdaderamente propia de los autores que la empleaban. La inmensa mayoría ni siquiera había leído los libros a que hacían alusión en sus citas, pues, cuando más tomaban de éste una línea, de aquel otra, y al fin, de tan singular manera, formaban el monstruo con cuello de caballo y plumas de águila que Horacio ha descrito tan ingeniosamente en el comienzo de su *Arte poética*.

Esos prefacios a que nos hemos referido no carecen a veces de cierto interés para el que trata de escudriñar la vida de nuestros literatos. Acostumbrados a verse con frecuencia obligados a presentar la relación de los servicios que prestaran a olvidadizos amos en prolijos memoriales, valíanse de la ocasión de dar algo a la imprenta para destinar un párrafo a hechos personales, y hasta en algunos casos, las noticias que nos quedan de ciertos escritores puede decirse que están reducidas a esa especie de autobiografías.

[XXXVI]

Mas, es preciso convenir en que, por regla general, esos hechos son muy poco variados. La vida colonial era esencialmente monótona. Fuera de la guerra araucana, de la entrada de los gobernadores de las fiestas religiosas, de las frecuentes competencias<sup>(31)</sup> entre las diversas autoridades o de los capítulos de frailes que preocupaban a la sociedad entera, el horizonte que se ofrecía era escasísimo. Aquello propiamente no era la actividad de la vida, sino el letargo del sueño. Uno de nuestros escritores contemporáneos de bien sentada reputación, dice con mucha exactitud a este respecto que «la cronología tiene muy poca o ninguna importancia en la historia del coloniaje, en que un día, un mes, un año, son iguales a todos los demás días, meses, años; en que el tiempo se desliza por entre una aglomeración de hombres inertes y silenciosos, como la corriente de un río por un lecho de piedras y guijarros; en que la existencia humana, privada de su iniciativa, de su voluntad inteligente, de sus nobles entusiasmos, de sus vicisitudes gloriosas, degenera en una especie de vegetación humana»<sup>(32)</sup>.

Para convencernos de esta verdad, recordemos un momento el modo de ser social de los chilenos durante el período cuyas producciones literarias vamos a estudiar.

Los mismos principios de sumisión ciega que reinaban en el orden político se aplicaban en pequeño en el régimen de la familia; el mismo espíritu de oscurantismo que a toda costa se procuraba implantar en América gobernaba la educación de los hijos de los chilenos. El niño vivía en cierto retiro respecto de sus [XXXVII] padres, temblado, puede decirse, de presentarse en su presencia, de miedo a ese ceño adusto que se miraba como signo primordial de subordinación y respeto; el padre no era el guía del adolescente, ni menos tenía con él sus confianzas cariñosas; era simplemente el amo.

El convento de las Agustinas, fundado especialmente teniendo en vista la necesidad de enseñar algo a los hijos de los patricios santiaguinos, fue el único establecimiento de educación para el bello sexo que existiera durante todo el curso del período colonial.

«A las mujeres, decía, Vidaurre a fines del siglo pasado, las hacen aprender a leer, escribir, contar, algo de baile, un poco de música, así instrumental como vocal; pero en lo que más se empeñan es en adiestrarlas en el gobierno de la casa y manejo de los negocios domésticos.» Su educación sin ser, pues, extraña a los sentimientos calurosos del hogar, procurábase que fuese lo más limitada posible. Una joven que en aquellos años supiese escribir cartas estaba en peligro. Ella, y muchas veces el hombre, no disponían de sus sentimientos y de su corazón. Estas ideas de verdadera tiranía paterna estuvieron tan arraigadas en nuestra atrasada sociedad colonial que un hombre notablemente ilustrado para su época, el padre fray Sebastián Díaz quejábase aún por los últimos años de ese antiguo régimen, de que las uniones de corazón y de elección propia comenzasen a reemplazar ya a los matrimonios tratados de familia a familia.

Mujer que no se casaba iba al claustro por regla general.

En cuanto a las profesiones a que los criollos pudieran dedicarse, no había remedio: o sentaban plaza de militares o se hacían letrados, siguiendo el camino de la chicana y de la argucia, o si no eran de dotes aventajados, o sus padres tenían algún mayorazgo que administrar, se iban al campo

Para vivir cual viven tantos otros

Laceando vacas y domando potros<sup>(33)</sup>. [XXXVIII]

La ilustración de las masas no pasaba más allá de repetir la doctrina cristiana, pues del pueblo eran muy pocos los que siquiera sabían leer.

Por lo que toca a la gente de copete, tan escasos debieron ser los hombres con los cuales se hubiese podido mantener una conversación de mediano interés científico (entendiendo por ciencia la teología y el derecho) o literario, que el obispo Villarroel decía con razón que si se le privaba de tratar a los miembros de la Audiencia no habría tenido con quien comunicar.

Con tales antecedentes será fácil comprender que la lectura era del todo extraña a nuestros antepasados. El principal aprovechamiento de los libros lo encontraban en el papel. Don José de Santa y Silva decía en 1772 al dirigirse al público, con motivo de un corto trabajo que había escrito, estas palabras verdaderamente desconsoladoras: «Si tu piedad me mira con lo que mis cortos talentos necesitan, me confesaré tu más obligado, y de no, irá mi obra a parar, como tantas otras que justamente no lo merecían, en el inútil rincón de una confitería, o cuando bien, libre de una botica, sirviendo en aquella de cartuchos, o en ésta para tapa de los remedios que se despachan»<sup>(34)</sup>.

Por lo restante, el valor de los pergaminos era extraordinario. Legábase en aquellos años una obra (y las había que importaban dos mil duros y más) como hoy se dispone de una casa. Las bibliotecas públicas no existían y las pocas que se contaban entre las órdenes regulares o en poder de particulares, además de ser pobres, versaban sobre materias muy limitadas. Merece notarse a este respecto, porque formó una verdadera excepción, la del oidor de Santiago don Benito María de la Mata Linares en la última mitad del siglo XVIII, notable, sobre todo, por los documentos, históricos que contenía. Los jesuitas, que llegaron a poseer la más copiosa, no habían conseguido agrupar más de tres a cuatro mil volúmenes, y de ellos la inmensa mayoría era en latín y versaban sobre materias teológicas. [XXXIX]

Tales eran en aquella época las ideas corrientes sobre la importancia del latín. Un oidor de Santiago en un discurso pronunciado con ocasión de una fiesta de estudiantes, les ponderaba en estos términos la conveniencia de su aprendizaje: «El estudio de la lengua latina introducirá dulcemente a los jóvenes a la inteligencia de los más sublimes conocimientos y de las más sabias invenciones, que costaron tanto sudor y desvelo a sus propios autores; les hará en cierta manera contemporáneos de todas las ideas, y ciudadanos de todos los reinos, y les pondrá en estado de tratar, aún hoy, con los más doctos varones, que parece vivieron y trabajaron para nosotros. En sus exquisitas obras hallarán otros tantos maestros, consejeros y amigos; y manifiestos en adelante los más preciosos tesoros, nunca subsistirá alguno pobre entre tantas riquezas, o ignorante en medio de todas las ciencias»<sup>(35)</sup>.

Por eso no nos parecerá extraño lo que Olivares había estampado con alguna anterioridad, cuando decía que «no faltaban muchos en Chile que cultivasen con bastante afecto y tesón el estilo latino suelto o ligado a metro, y que escribiesen en uno y otro con limpieza y hermosura; pero bien saben los doctos, agrega, cuan difícil es llegar en este género a la última perfección, y como aquí no aspiran algunos a estampar obras latinas, sino quizá escolásticas, a cuyo argumento se satisface con otra clase de locución menos perfecta, no pensamos que han arribado muchos a aquella excelencia de la más casta latinidad; más tampoco falta uno que otro que se acercan tanto a ella que no será fastidioso al gusto más delicado»<sup>(36)</sup>.

Ésta era, pues, la condenación más palpable que pudiera hacerse por un colega indulgente de las voluminosas obras de la colonia, que no pudieron hacerse estimables ni por su fondo ni por su forma. Fray Alonso Briseño y el padre Viñas, los maestros en este género de tratados, caían de lleno bajo la justa censura del jesuita chileno.

En cambio, nadie se preocupaba de los idiomas vivos. Molina [XL] el padre Díaz en los últimos días de la colonia, fueron los únicos que se hicieron notar por su dedicación a este ramo, despreciado e inútil entre otro tiempo y hoy tan indispensable.

En el convento de la Merced, a mediados del siglo pasado, existían en la biblioteca setecientos cincuenta y seis, volúmenes, distribuidos en la forma siguiente, que apuntamos para dar una idea de la clase de lectura que más predominaba en aquel entonces: Biblias, diez y seis tomos; Santos Padres, veinte y tres; Escolásticos, *ciento cuarenta y seis*; de filosofía, veintiuno; moralistas, ciento cinco; predicables, noventa y cuatro; varios, ciento veinte y siete, en su mayor parte místicos. De literatura, propiamente hablando, no había sino un Séneca, un Josefo, un *De Officiis* de Cicerón, y por fin, las poesías castellanas de un tal Benavides; siendo de advertir que de este convento salió el único hombre que en Chile durante la colonia compusiese una obra con pretensiones de novela.

El que no hubiere estudiado, pues, la lengua latina, no podía ni debía leer, porque existía la firme persuasión de que todo lo mediano siquiera que corriese en letras de molde forzosamente debía encontrarse redactado en el idioma del Lacio. El padre Aguirre se quejaba de tener que hablar en su *Población de Valdivia* en nuestro, «vulgar español»; el deán Machado de Chaves, declaraba que le habría sido más fácil escribir en latín que en castellano; Núñez Castaño, por fin, llevó sus teorías a este respecto tan lejos que, deseando celebrar en un poema la retirada de los holandeses de las costas del sur de Chile, eligió para sus estrofas la lengua de Virgilio.



Si pues, nuestros mayores no tenían modelos, porque sus tendencias literarias eran muy diversas de las nuestras y porque sus paternaes soberanos se las tenían severamente prohibidas, ¿no debemos concluir que si algo mediano nos han dejado, es todo debido a su ingenio natural? Por eso Molina decía con sobrada razón que «los chilenos harían progresos notables [...] si tuviesen aquellos estímulos y aquellos medios que se encuentran en Europa...; pero los libros instructivos y los documentos científicos son [XLI] allí poco comunes, o se venden a un precio exorbitante: así, aquellos talentos, o no se ilustran o se emplean en cosas frívolas»<sup>(37)</sup>.

Un hombre ilustrado, que llegó a Santiago años después de la salida del jesuita chileno, agregaba: «¡Qué plan bien combinado de educación, qué maestros, qué modelos, qué libros, qué instrumentos, qué gloria, qué alabanzas, qué honras seguras, qué comodidades se preparan para que aquí se apliquen al buen gusto o discernimiento de lo mejor y de lo bello!...

»Proporción, razones suficientes, armonía, entusiasmo plausible, cadencia, orden, simetría, unidad, semejanza, dichosa imitación, variedad, contrastes, propiedades, leyes de afinidad, atracción universal, buen gusto, lenguas eruditas: a todos estos gritos es insensible el espíritu, duerme en su letargo la imaginación chilena...

»Comer, beber, vestirse y habitar, son las únicas palabras que incesantemente nos penetran, que se entiendan, y las que deciden del trabajo precipitado de nuestros talentos. La lisonja de la ambición es lo mínimo, lo más dudoso, casi no influyen: capellán o cura pobre para ser canónigo es lo más, aunque nadie debía acercarse al altar sin ser llamado como Aarón; sobre todo, oro y plata, *quomodocunque*, hace abogados...

»Teología y jurisprudencia son las dos cátedras que se frecuentan, ¿cuáles son sus progresos y las ventajas que reporta la providencia? Yo no sé que puedan prometer un método pésimo de educación y enseñanza de los discípulos: unos ensayos equívocos para la calificación prematura de doctores. El empeño, partido, intriga, y aún el soborno en la elección de catedráticos; y este espíritu imprudente de apetecer y procurar los premios de la ciencia ¡no la ciencia misma! He aquí como preocupaciones envejecidas por las costumbres defectuosas vienen a ser el obstáculo a nuestros ingenios, aún cuando todo lo demás fuera favorable...

»Exclusivamente preferimos aquellas dos facultades por lo que [XLII] tienen de lucrosas. Por acercarnos más pronto despreciamos sus prenocios elementales, los rasgos de literatura que pueden imprimirse en la puericia. Nos contentamos con la más arrastrada locución de la lengua de las ciencias. Ciertos meros dispensales para cada examen, tantas ampolletas de obstinación y porfía sobre palabras regularmente sin sentido, o que se dicen y no se comprende su energía; recitados de formulario, evasiones o distingos, e instancias, ya no de partido doctrinal o secta apasionada, pero del cumplimiento lánguido e insulso; hasta enterar el tiempo prefinido. Éste y la propina hacen un doctor. El voto más escrupuloso se contenta con que el doctorando haya mostrado ingenio para poder saber, aunque no sepa, y luego se cree meritorio de una cátedra, como la consiga, sea cual fuere el medio. La enseñanza no es precisa; los discípulos estudian lo que quieren en sus casas, esto es lo regular

»¡Demasiado se experimenta lo que puedo enunciar de la carrera forense! El único incentivo es el lucro pecuniario: sus profesores y arlequines se interesan en la estolidez,

la fe en las pasiones, puesto que sin ella no se moverían pleitos, ni los de duda existirían si hubiera buenos afectos. Las SÚMULAS, la Instituta de Justiniano y treinta y tres cuestiones de las Decretales, componen suficiente materia de los cursos para doctorarse en ambos derechos. Sabiendo procesar y registrar el punto en los autores por sus copiosos índices, ya es abogado, ya es filósofo, a la sociedad, el garante de su armonía, instruido en la historia, instituciones y fines, medios sagaces y científicos...»<sup>(38)</sup>.

Por todo esto, no nos parecerá extraño si en las vidas de los pocos escritores que tuvimos no es posible rastrear en la educación literaria que recibieron, cuales fueron sus autores favoritos, etc., porque podemos, en general, decir que el carácter de todos ellos aparece viciado por la misma falsa enseñanza y la rutina de las escuelas. Estúdiese la biografía de los hombres de otras naciones y siempre se encontrarán diversas tendencias derivadas de [XLIII] sus lecturas, de las impresiones recibidas de un maestro; pero entre los nuestros..., ¡nada, el silencio del vacío!

Las sociedades literarias, que tanto impulsan el desarrollo intelectual, fueron en Chile menos conocidas que en otros Pueblos de América, pues al paso que en Quito se fundaba la Academia Pichinchense para el estudio de la astronomía y de la física<sup>(39)</sup>, Mariño presidía en 1789 una en Bogotá; formábase allí mismo más tarde la llamada Tertulia eutropélica, y por fin, una dama regía posteriormente la del Buen Gusto<sup>(40)</sup>; entre nosotros no hubo ninguna, propiamente hablando. Ciertamente es que bajo el nombre de concilios provinciales tuvimos varias asambleas de gentes más o menos ilustradas, pero fueron convocadas accidentalmente y con fines religiosos y no literarios. Las letras chilenas no les fueron deudoras a este respecto sino de los monumentos escritos que nos dejaron en forma de códigos teológicos<sup>(41)</sup>. [XLIV]

Con estos antecedentes, es llegado ya el caso de decir dos palabras acerca de la historia de la instrucción en Chile.

El bachiller Rodrigo González Marmolejo enseñando a leer a Inés Suárez, la querida del conquistador Pedro de Valdivia, es, sin duda, el primer preceptor que existiera entre nosotros.

En aquellos años, era bien poca la importancia que se atribuyera a un hombre de letras, y bien poco el desarrollo del espíritu público en pro de la instrucción. Nuestros mayores, recién establecidos en el centro de un pueblo que venían a subyugar con la fuerza de las armas, debían pensar, ante todo, en la propia seguridad: valían allí más las armas que la pluma, que entonces solo debía servir para transmitir las premiosas necesidades de aquellos sufridos guerreros.

El cabildo de Santiago, la corporación que representaba propiamente la administración del país, ni por la condición de los hombres que lo componían, ni por la serie de apretados conflictos en que diariamente se hallaba, era posible que pensase en organizar sistema alguno en favor de la difusión de las luces. Más, importaba en aquellos días trabajar por la propia conservación, perfeccionar los medios de hacer sacar oro a los indios o preparar los elementos de la conquista, que fundar una escuela. Por otra parte, ¿quiénes la hubieran frecuentado? No había en Chile más de un puñado de aventureros, y los niños no habían nacido todavía. Pero a medida que el territorio se fue poblando y que los religiosos lograron establecer algunas fundaciones, ellos, como que por su ministerio eran los más a propósito para hacer algo en beneficio de la enseñanza,

comenzaron por disponer en sus propios conventos algunos cursos que siguieron los novicios de la orden o de las otras, y aquellos que por su vocación o tendencias de otro género se dedicaban al sacerdocio.

Ya antes de 1591 se había ordenado por cédula real que en Santiago se fundase una cátedra de gramática, «para que la juventud del reino pudiese aprender latinidad, y que al que leyere se le diese en cada un año cuatrocientos y cincuenta pesos de oro, y no se puso en ejecución por falta de preceptor.» [XLV]

Los religiosos de Santo Domingo ocurrieron entonces al soberano y le hicieron presente que en esta provincia habría siempre gratis lecciones de artes, filosofía y casos de conciencia, y le suplicaron que la referida cátedra de gramática se asignase a su convento, y así se dispuso por despacho de veintiuno de enero de 1591<sup>(42)</sup>.

No es difícil señalar los nombres de los que primero se dedicaron entre nosotros a esta enseñanza. Fray Acacio de Náveda, chileno, fue el primer profesor de filosofía que hubo en el reino, allá por el año de 1587, y fray Cristóbal Valdespino, «religioso no solo de grandes talentos y entendida literatura, sino de igual espíritu y virtud»<sup>(43)</sup>, natural de Jerez de la Frontera, provincial en 1598, fue el primero que leyó teología.

Puede asegurarse, sin embargo, que antes que este orden de cosas tuviese principio, trascurrió medio siglo cabal desde la fundación de Santiago. En ese largo espacio de tiempo, aquellos hombres de carácter elevado que vieron la necesidad de que sus hijos aprendiesen los rudimentos del saber, hicieron sacrificios; de todo género a fin de enviarlos a cursar a la Universidad fundada en la ciudad de los Reyes en 1551. De estos estudiantes que partieron de Chile en aquellos años, ninguno que lograrse más renombre, como se sabe, que el famoso Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol en Chile.

Eran palpables los inconvenientes gravísimos que se seguían de un estado, semejante. Además de los crecidos gastos que demandaba a nuestros antepasados la estadía de sus hijos en la capital del virreinato, y el consiguiente sacrificio de la separación, los jóvenes, chilenos tenían que luchar todavía con los rigores de un clima malsano.

Sucedía, igualmente, que los que cursaban entre nosotros en las aulas de los conventos, como no podían obtener grados<sup>(44)</sup>, patente [XLVI] indispensable para acreditar que habían aprovechado en tiempo, después de algunos años de estudio, salían desanimados y cortaban violentamente su carrera.

Era, pues, evidente la conveniencia de que en la capital de Chile se fundase alguna corporación que, al mismo tiempo que enseñase, dispensase también los grados y gozase de las demás prerrogativas de los cuerpos colegiados que entonces se llamaban Universidades.

Con el fin de hacer manifiesto al monarca estos particulares, hizo viaje a la corte, por los fines del siglo XVI, un religioso de Santo Domingo llamado fray Cristóbal Núñez. Pero a pesar de las razones que daba<sup>(45)</sup> a favor de la fundación que había ido a solicitar, el reino se dio por satisfecho y mandó despachar cédula, fecha marzo 1.º de 1589, al intento de que el gobernador de este reino le informase de si se seguiría algún inconveniente de acordar lo que se pedía. Sucedió, por desgracia, que el procurador de la provincia chilena falleció a las vísperas de su regreso, por lo cual se pasó largo

tiempo sin que la orden de la corte recibiese ejecución. Por fin, en 1610 la Audiencia comisionó al oidor don Juan Caxal para que recibiese una información de testigos al tenor de un interrogatorio presentado por la orden dominicana, y rendida que fue en términos favorables, como era de esperarse, la envió a Madrid, acompañándola de la siguiente nota, que resume muy bien el contenido de los testimonios que se produjeron.

«-Señor: Por cédula de V. M. despachada en Madrid a primero de marzo de mil quinientos y ochenta y nueve años, se comitió al gobernador de estas provincias de Chile, a instancia de fray Cristóbal Núñez de la orden de Santo Domingo, en nombre del convento de Santo Domingo de esta ciudad de Santiago, informase de la utilidad que se seguiría fundando una Universidad en el dicho su convento, o si de hacerse se podrían seguir algunos inconvenientes, y cuáles son, y por qué causa, y de lo que más acerca de ello ocurriese, para que con su parecer se proveyese lo que [XLVII] conviniese, y por haberse detenido la cédula de venir a poder del dicho, convento, por haber muerto en su partida el dicho fray Cristóbal Núñez, se pidió en esta Real Audiencia se hiciese esta averiguación necesaria de la utilidad y provecho que de fundarse la dicha Universidad se seguiría, y habiéndose hecho por ella consta que de fundarse la dicha Universidad se seguirá gran provecho y utilidad a los vecinos y moradores de las provincias de este reino de Chile y a las del Tucumán, Paraguay y Río de la Plata por ser tierra de mejor temperamento y de más salud que no la de las provincias del Perú y ciudad de los Reyes donde los que van a seguir sus estudios enferman y padecen otras muchas necesidades y estar la ciudad de los Reyes muy distante de las provincias, y la mar del sur en medio, muchos dejan de ir a proseguir sus estudios y a graduarse, aunque tienen habilidad y suficiencia para ello, y por la pobreza e imposibilidad que tienen con las ordinarias guerras destas provincias, y que siendo V. M. servido de hacerles merced de concederles la dicha Universidad pasaran adelante con ellos y otros comenzaran de nuevo a conseguir los premios de sus trabajos con los grados de sus facultades, y todas estas dichas provincias estarán muy autorizadas con tener hombres de ciencias y de letras, y que para poder sustentar la dicha Universidad tiene el dicho convento frailes graves, de ciencia y experiencia, que lo podrán sustentar, como son el padre fray Pedro de Salvatierra, maestro en santa teología, provincial que al presente es de todas estas dichas provincias; fray Martín de Salvatierra, prior del dicho convento; el maestro fray Cristóbal de Valdespino, que vino religioso deste reino, natural de Jerez de la Frontera, que han leído muchos años en el dicho convento artes, filosofía y teología; y hay otros muchos religiosos muy doctos, y predicadores, como son fray Juan de Armenta, fray Diego de Urbina, fray Acacio de Náveda, fray Alonso de Alvarado y otros muchos religiosos con quienes se podría fundar y sustentar la dicha Universidad, y de la dicha información no parece resultar inconvenientes para que se deje de conseguir esta merced, y aunque en esta ciudad hay otros muchos conventos, como son el de San [XLVIII] Francisco, Colegio de la Compañía de Jesús, San Agustín y de la orden de la Merced, donde asimismo se lee gramática, artes y teología, no parece ser este inconveniente, antes será premio de los que allí las oyen para que se puedan graduar y conseguir el premio de sus estudios, siendo vuestra V. M. servido de concederles esta merced será ennoblecer mucho estas provincias y muchos se animarán a seguir las letras. V. M. provea lo que más le convenga a su real servicio. De la ciudad de Santiago y de noviembre diez de mil y seiscientos y diez años. -*El licenciado Hernando Talaverano.- El licenciado Joan Caxal.- El doctor Gabriel de Zelada*».

Fray Hernando Mexía, que fue el nuevo mandatario encargado de gestionar por los dominicos cerca de la corte española, pasó al rey los antecedentes; y por fin, siete años

más tarde, previa la licencia superior, fray Baltasar Verdugo conseguía de Paulo V una bula autorizando en Santiago la erección de una Universidad, que se llamó «pontificia de Santo Tomás», facultada para dar los grados que era costumbre otorgar en otras de su género. Debe advertirse que el verdadero inspirador de todas estas medidas fue el padre fray Pedro de Salvatierra, el cual de antemano había escrito al general de la orden pidiéndole que apoyase sus ideas; más, como se la respondiese que era necesario consultar al capítulo general, se hizo preciso solicitar la intervención de Su Santidad.

«Habiendo, pues, llegado a esta provincia el privilegio de la Universidad para este convento de Santiago, donde estaban los estudios generales, para que se pudiesen graduar de bachilleres, maestros y doctores, así los eclesiásticos como los seculares que hubiesen estudiado las doctrinas y opiniones de nuestro angélico doctor Santo Tomás, trató el nuevo provincial (que lo era el mismo Verdugo, que funcionaba desde 1618), de poner en práctica dicho privilegio, el cual se debía publicar con la solemnidad necesaria, para que constase a toda la ciudad y religiones de ella, para lo cual determinó se hiciese en la iglesia de este convento de Santiago, con la asistencia del padre maestro de escuela de [XLX] esta Santa Iglesia Catedral, a quien venía la facultad para conferir los grados a los sujetos que se presentasen, los exámenes y aprobaciones de los cinco examinadores de este convento, los cuales debían dar las dichas aprobaciones. Habiéndose presentado el privilegio de la Universidad en los estudios de este convento de Santiago de Chile, concedido por nuestro santísimo padre Paulo VI ante el ordinario de esta Santa Iglesia Catedral, reconocido el pase del Rey o Supremo Consejo de las Indias por la Real Audiencia, el doctor don Juan de la Fuente Goaste, maestro de escuela, provisor y vicario general de esta Santa Iglesia y Gobernador de este Obispado: el cual, habiéndolos leído los besó y puso sobre su cabeza, diciendo que los veneraba y obedecía como letras de Su Santidad, y nos daba la posesión de todo lo contenido en el dicho privilegio, ofreciendo de su parte por lo que le convenía y tocaba de fuero y de derecho a darles la ejecución y debido cumplimiento, fomentando y dando el auxilio necesario para mantenernos en la posesión de dicho privilegio y aprontándose desde luego a dar y conferir los grados a todos los que estudiasen en dicha Universidad, respecto de tocarle a él la colación de dichos grados, y para que constase en todo tiempo se nos mandó dar testimonio en forma por el notario del juzgado eclesiástico. Y luego en el mismo acto N. M. reverendo padre maestro y padre fray Baltasar Verdugo nombró los catedráticos que habían de regentar las cátedras de dicha Universidad, y las facultades que se habían de leer en ellas. Nombró para la cátedra de Prima al reverendo padre presentado fray Diego de Urbina, para la de Vísperas al reverendo padre lector fray Juan Montiel, para la de Artes al padre lector fray Baltasar Verdugo Valenzuela, y se señaló por generales de los estudios las aulas de Teología y Artes que habían en dicho convento, y se terminó el acto de la posesión de la Universidad...

»Habiéndose tomado la posesión del privilegio en la forma referida, restaba el disponer el método con que se había de gobernar para los grados y otras providencias necesarias que eran precisas, todo lo cual tocaba al provincial de la Provincia; y disponiéndolo todo con el mayor acuerdo, hizo el dicho provincial [L] consejo de Provincia, al cual fueron llamados el regente primero de los estudios, maestros predicadores y lectores para que entablasen las leyes y condiciones necesarias para los grados que se habían de conferir, para que ninguno que no hubiese dado cumplimiento a los estatutos de esta Universidad con la idoneidad y suficiencia necesaria no fuese admitido ni graduado. Determinaron pues, por ley inviolable y estatuto indispensable por ahora, y para los tiempos venideros, los actos positivos con que habían de ser experimentados los



estudiantes, para reconocer si eran aptos y suficientes para recibir los grados, en la forma siguiente:

»Al que se ha de graduar de bachiller en Artes, ha de haber oído dos años de Lógica y Metafísica, y de esto será examinado por cinco examinadores de la Universidad, que serán, el prelado, el regente primario, el lector de Prima, el lector de Vísperas y el lector de Artes, y aprobado que sea por los dichos, se le puede graduar de bachiller.

»El grado de licenciado en Artes se dará acabado el tercer año, con las mismas circunstancias del examen, o se puede conmutar en un acto de todas las Artes, de mañana y tarde. Se advierte que el examen debe durar por una hora de reloj. Como también, después de toda la física, generación y corrupción y *de anima*, se puede dar el grado de maestro en Artes; y para este grado es necesario mayor aptitud y buen expediente en todas las materias referidas.

»Los que se han de graduar de doctor en Teología, han de defender cinco actos públicos en el discurso de cuatro años que la han de estudiar, y serán los siguientes. El primer acto será de la primera parte de nuestro angélico doctor; dos *de Visione Dei*; dos *de Scientia*; dos *de Voluntate*; dos *de Praedestinatione*; tres *de Trinitate*; dos *de Angelis*. El segundo acto que ha de defender será de la *Prima Secundae*; dos *de Beatitudine*; dos *de Bonitate et Malitia*; dos *de Legibus*; tres *de Peccatis*, y tres *de Gratia*. El tercer acto que ha de defender será de la *Secunda Secundae*, tres conclusiones de *Fide*, *Spe et Charitate*; tres *de Contritione*; tres *de Restitutione*, y tres *de Censuris*. El cuarto acto será de la tercera [LI] parte y se defenderán las siguientes: tres *de Incarnatione*, tres *de Sacramentis*, tres *de Poenitentia*, y tres *de Eucharistia*. El último acto será de toda la Teología y durará cinco horas, que éste se llama *actus major*, en el cual han de argüir todos los doctores graduados; acabado el cual se le dará el grado de doctor.

»Éstas fueron las ordenanzas y leyes que se asentaron para el gobierno en adelante de la Universidad, y luego se graduaron todos los religiosos, así pretéritos como lectores, no sólo de nuestra religión, sino también clérigos y de las demás religiones»<sup>(46)</sup>.

Como la primera Universidad había sido concedida por tiempo limitado, y cumplido éste, prescribió la bula, fue a Roma el padre regentado entonces y más tarde provincial, fray Nicolás Montoya, y consiguió de Inocencio XI que diese nueva autorización (30 de setiembre de 1684) para que continuase como hasta entonces aquella corporación, intertanto se fundaba en Santiago Universidad pública de estudios. Para que la cosa marchase sin tropiezo, Montoya pasó a España y consiguió del Consejo de Indias que se aprobase la innovación de que el provincial o prior diese los grados, en lugar del claustro, como antes se acostumbraba. Los examinadores debían solo otorgar las aprobaciones del tiempo y materias que hubieran cursado los alumnos.

Posteriormente, en 1687, en el capítulo celebrado en Santiago se promovió la idea de extender también los estudios a Concepción, y aprobada que fue por el general de la orden, se dio principio a las clases en 1703 bajo la dirección de los padres fray Juan del Castillo y fray José Morales.

Con el curso de los años, decayó insensiblemente la Universidad pontificia de Santo Tomás. Los padres dominicos se involucraron en pleitos con el obispo, lo que ocasionó



una decadencia tal en la enseñanza que en 1711 hubo necesidad de que los alumnos hiciesen segunda vez sus cursos porque no habían aprovechado nada. [LII]

Después que los jesuitas llegaron a Santiago, declara el padre Ovalle que, «viendo la ciudad el gran fruto que comenzaron a hacer en todos, con deseos de que la juventud participase de él más cumplidamente, rogó a los padres que abriesen las escuelas que acostumbran en otras partes, y lo mismo les pidieron las sagradas religiones, y en particular el muy reverendo padre provincial de Santo Domingo, que era muy afecto a la Compañía, ofreciendo si ponían cursos de Artes, once de sus religiosos para honrarle, porque estaban ya bien dispuestos para oír filosofía. El muy reverendo padre Pr. de San Francisco ofreció otros seis de los suyos; y algunos de Nuestra Señora de las Mercedes pidieron lo mismo, prometiendo todos de acudir dos veces al día a nuestra casa a oír las lecciones; con que no pudiendo excusarse los nuestros hubieron de hacer lo que les mandaban, y así se dispusieron luego para ello, y comenzaron el día de la Asunción de Nuestra Señora las primeras lecciones con grande solemnidad y aplauso de todos». «Acudieron al aula, agrega Olivares, los hijos de lo más principal de la ciudad, y se conoció luego cómo por falta de cultivo no rendían aquellas tierras incultas ricos y coposos frutos, así para el cielo como para su utilidad en las letras»<sup>(47)</sup>.

Como se deja fácilmente comprender, la instrucción religiosa era tal vez lo que más preocupaba tanto a los padres de familia como a los profesores de la orden en esa época. En los tiempos de Alonso de Ovalle había en las escuelas de los jesuitas en Santiago cuatrocientos niños españoles que aprendían a leer, escribir y contar; sabían recitar el catecismo, y se les enseñaba a confesarse, y los «mayorcitos» comulgaban también por lo menos una vez al mes. Todos los meses se les hacía una plática, reuniéndolos con este fin, o se ordenaba que fuesen al hospital a arreglar las camas de los enfermos. Otras veces organizaban procesiones, marchando ellos delante de las imágenes, entonando por las calles algunas coplas sagradas, de una de las cuales muy célebre y repetida en su tiempo se conserva el estribillo, que dice así: [LIII]

Todo el mundo en general  
a voces, Reina escogida,  
diga que sois concebida  
sin pecado original.

Cuando llegaban a la plaza, después de cantar las oraciones, se detenían en las puertas de la catedral y se les hacía repetir la doctrina y argumentar sobre los artículos de la fe, «porque como son generalmente tan vivos y despiertos, lo muestran en sus preguntas y respuestas, con admiración y gusto de muchísima gente que se suele juntar a oírlos».

Cada cierto tiempo tenían lugar entre los colegiales algunos actos literarios, que se celebraban en una capilla especial, a que asistía la Real Audiencia y personas de más tono de la capital «hablando de nuestro Santiago -dice el autor que venimos citando- no pienso que queda en nada inferior a otras partes en todas las ceremonias y solemnidades que se usan en las más floridas y lustrosas universidades, porque lo primero se hacen las lecciones de hora con grande concurso, solemnidad y aparato, acudiendo, fuera de las religiones, lo mejor de la ciudad, y tal vez el señor obispo o el presidente, o la real audiencia, o los cabildos eclesiástico y secular, a quien se dedican. Los puntos para la lección de hora dentro de las veinte y cuatro que dispone la institución, se dan con

grande fidelidad, abriendo el texto por tres partes, como se acostumbra, públicamente, en presencia de un gran concurso, ni es dispensable con ninguno el rigor de la ley, así en éste como en todos los demás actos, exámenes y pruebas que preceden para dar al graduando el grado que pretende, el cual se le da el señor obispo en virtud de la aprobación que lleva del padre rector y maestros, conforme a la bula, según la cual no hay obligación de dar propinas; pero para que acudan los doctores con más gusto y la cosa se haga con más solemnidad, se han entablado algunas moderadas, fuera de los guantes, en lugar de la colación que se daba, aunque algunos dan lo uno y lo otro para hacer más ostentación».

Siempre que se trataba de celebrar alguna coronación, natalicio o bodas reales, o la canonización de algún santo, los estudiantes [LIV] organizaban certámenes poéticos en que se repartían premios de cierta estima. Ponderáanse, sobre todo, las fiestas de este género que tuvieron lugar por los años de 1616 cuando el rey de España mandó a sus vasallos que celebrasen con la pompa posible el misterio de la Concepción de la Virgen. En esta ocasión, figuraron en primer lugar tres justas poéticas, costeadas por la catedral, el cabildo y la congregación de estudiantes jesuitas, que se solemnizaron con lucido concurso y varios regocijos.

Cuando se aproximaba el ocho de diciembre, o el día de San Francisco Javier, a quien los colegiales habían elegido por patrono, publicaban un cartel, que se llevaba por toda la ciudad con grande acompañamiento de a caballo, anunciando certamen poético, y una vez llegado el momento, se repartían por la tarde los premios a los poetas con música, «y saraos y otras alegrías». Otras veces daban alguna representación a lo divino, o arreglaban ciertos diálogos alusivos a las circunstancias, que declamaban en público.

Los jesuitas, como los dominicos, habían alcanzado bulas del Sumo Pontífice para que en sus aulas se pudiesen dispensar grados; y aunque de ordinario vivían escasos de profesores por la diversidad de ministerios a que tenían que atender, es constante que sus alumnos dieron comúnmente muestras de gran adelantamiento. El padre alemán Bartolomé Lobeth, que estuvo en Chile por los años de 1688, escribiendo a su provincial le decía que los estudios de filosofía y teología se encontraban en Santiago en los colegios de la orden en tan buen pie como en Alemania, y que en los de latinidad, los alumnos al cabo de dos años sabían tanto como los alemanes en el sexto, pues los del curso de filosofía podían sin titubear escribir en castellano lo que el profesor les dictaba en latín<sup>(48)</sup>. Olivares apunta también el hecho de que los mismos limeños «reconocían alguna ventaja en el modo que se observaba en Chile de enseñar la dialéctica, física, metafísica y teología escolásticas, pues enviaban algunos de los suyos a aprenderlas acá, [LV] queriendo carecer de la vista de sus hijos y hacer mayores costos para lograr en ellos el aprovechamiento que ven en los chilenos, que de muchos que han ido y van siempre a aquella grande Atenas a estudiar la jurisprudencia que en ella florece, los más han logrado la reputación de aventajadísimos estudiantes»<sup>(49)</sup>.

Los hijos de Loyola trasladaron a Santiago en 1612 la casa de estudios que tenían en Córdoba, y en un principio el método que siguieron fue el de viva voz, guiándose casi únicamente por el *Cursus philosophicus* del padre Antonio Rubio<sup>(50)</sup>. Al año siguiente, Luis de Valdivia fundó un establecimiento en Concepción, con dos escuelas, una de leer y escribir, y otra de latinidad<sup>(51)</sup>.

La Compañía poseía en la capital el Colegio de San Pablo, fundado en 1678, y ubicado a orillas del Mapocho a seis cuadras de la plaza principal, donde asistían de ordinario cuatro o cinco sacerdotes y uno o dos hermanos, los que, además de los ministerios comunes de la Orden, mantenían una escuela de niños, donde se enseñaba a leer y a escribir, y a que concurrían «muchos de toda la circunferencia», según asevera Olivares <sup>(52)</sup>.

Pero en materia de estudios el plantel principal que tuviera era el Convictorio de San Francisco Javier, situado en el local que hoy ocupan los Tribunales de Justicia, a cuya fundación dio principio en 1611 el provincial Diego de Torres. Para el recibimiento de los primeros colegiales, organizose una fiesta solemne a que concurrieron el obispo, los cabildos, las religiones, y personas de nota; hízoles una plática el provincial, y por fin, les vistió el traje que en adelante debía distinguirlos. Se reunió entonces a este colegio el seminario que había organizado el obispo Pérez de Espinosa, y en esta forma siguieron por espacio de veinte años. Para su dirección se destinaron cuatro sacerdotes y un coadjutor, que debían regir respectivamente las clases de primeras letras, latinidad, filosofía y teología, a las cuales asistían [LVI] también los estudiantes de la Orden, con separación y preferencia de lugar.

Como el Convictorio, al decir de los jesuitas, no tenía rentas, los padres de familia que hacían educar a sus hijos pagaban cierta cuota, parte en dinero y parte en efectos de la tierra. Solo en los tiempos de Alonso de Ovalle que dotó de su peculio dos becas y media, vino a existir este recurso para los pobres de condición noble.

Divulgose pronto la plausible noticia de la nueva fundación, y no faltaron alumnos que hasta desde el otro lado de los Andes vinieran a incorporarse a sus aulas.

Ya hemos dicho que en Concepción se habían establecido cursos menores, que por entonces bastaban a las necesidades de sus pobladores, de continuo dados al ejercicio de las armas desde niños. Pero cuando en 1647 vino el temblor que arruinó a Santiago, trasladáronse las clases a Concepción, y ahí estuvieron hasta que pudo reedificarse el edificio de la capital.

La organización de los estudios superiores en aquella ciudad se debió más tarde principalmente al obispo Nicolalde, que de las rentas de su diócesis apartó lo necesario para la institución de seis becas, dando de esta manera principio al seminario. Se compró más tarde una casa holgada en la plaza mayor, y con el nombre de Convictorio de San José quedó asentado el nuevo colegio por los años de 1724. Hubo a veces hasta cuarenta estudiantes, que usaban traje colorado, en el cual se dibujaba con seda oro y plata un significativo ramo de azucenas; pero, por regla general, no pasaban de veinte y cinco.

En él asistía un padre rector, un pasante y maestro, y se enseñaba gramática, filosofía y teología <sup>(53)</sup>. En cumplimiento de cédula de 12 de marzo de 1697, se había mandado también fundar en el establecimiento una cátedra de lengua araucana, y otra en Santiago, especialmente para la enseñanza de los misioneros que [LVII] se enviaban de España <sup>(54)</sup>. Después de la expulsión de los jesuitas, las cátedras de ambos colegios que habían estado accidentalmente bajo de su dirección, reuniéronse de hecho con el nombre de San Carlos, conservando el obispo su inspección superior y la facultad de nombrar a los profesores <sup>(55)</sup>.

En cuanto a otros pueblos de la república, en Chillán existió un colegio para los hijos de los caciques, para cuya fundación don José González de Rivera cedió sus propias casas <sup>(56)</sup>. Clausurado en 1767, permaneció de esta manera hasta el 14 de marzo de 1792 en que fue puesto bajo la dirección de los misioneros de propaganda, siendo su primer rector el padre Francisco Javier Ramírez. Pero aunque se dictó un reglamento para el gobierno interior de los educandos, jamás el número de éstos pasó de diez y seis.

«Poco antes, el 5 de marzo de 1775, el presidente Jáuregui había abierto un seminario de naturales en Santiago, en el Colegio de San Pablo, con el doble propósito de trabajar por educarlos y someterlos. Para lo primero se empleaba la enseñanza, y en favor de lo segundo, militaba eficazmente la permanencia de los alumnos en Santiago, sirviendo como rehenes de la fidelidad de sus padres a un rey lejano y desconocido para ellos. El presbítero don Agustín Escandón fue nombrado para dirigir este seminario, el que se abrió al fin con diez y siete alumnos colectados en las parcialidades de Arauco. De ellos, cuatro iniciaron el aprendizaje del latín, y los restantes consagraron sus tareas a instruirse en lectura y caligrafía. Escandón hizo el reglamento, que aprobó el [LVIII] gobierno, y continuó al frente del seminario asociado al presbítero Ortega, sujeto recomendable por sus virtudes y saber.

»Aunque no podemos llamar abundantes los frutos que rindió este establecimiento, sin embargo no fueron tampoco despreciables; algunos jóvenes terminaron su carrera y llegaron a recibir el sacerdocio, y entre otros, los presbíteros don Pascual Raucante y don Martín Milacollán prestaron a la iglesia de Santiago buenos servicios y trabajaron con provecho para la civilización de sus connacionales»<sup>(57)</sup>.

En Valdivia, los jesuitas mantuvieron también escuelas de primeras letras, pero después de su expatriación consta que por los años de 1782 no había allí aula alguna<sup>(58)</sup>.

En Copiapó, según aparece de un auto expedido por el obispo don Juan Bravo del Ribero en 1736, los padres de San Francisco y la Merced se ocupaban en enseñar a los niños el catecismo, y en darles alguna instrucción, y había, además, en el valle una escuela a la cual concurrían algunos alumnos. La autoridad administrativa solo tomó ingerencia en este ramo en 1789, en que O'Higgins comisionó al alférez del cabildo don Gabriel Vallejo para que procediese a establecer una escuela, destinando para su sostenimiento la suma de seis mil pesos<sup>(59)</sup>.

En la Serena, la Compañía de Jesús tuvo también un colegio bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, que en 1772 fue cedido a los agustinos, bajo condición de que continuasen la enseñanza, «pero los padres a poco descuidaron este compromiso, a tal punto que el cabildo por informe del procurador de ciudad, don Miguel de Aguirre, les obligó a abrir clases de artes, de filosofía y teología, que principió a dictar el padre fray Manuel Magallanes»<sup>(60)</sup>.

«Los religiosos de San Francisco y la Merced tenían también algunas aulas de latinidad en sus conventos; pero toda esta enseñanza [LIX] se hacía más bien con fines especulativos que con el exclusivo objeto de ilustrar a la juventud»<sup>(61)</sup>.

Valparaíso tuvo escuela de la Compañía de Jesús el año de 1724, principalmente merced a los esfuerzos de un padre italiano llamado Antonio María Fanelli<sup>(62)</sup>. En el sitio que se compró, «se dispuso un rancho que sirviese de escuela para los niños de leer y escribir.

Desde el principio comenzaron a acudir tantos que se llenó el aula o rancho de muchachos que sus padres enviaban a la escuela. Algunos también estudiaban gramática, de quienes el mismo padre cuidaba, sin faltar todos los domingos a las doctrinas y sermones que hacían en la iglesia»<sup>(63)</sup>.

Por lo que respecta a Chiloé, hubo en la época de los jesuitas una escuela en Quinchao, que no vino a restablecerse después de la expulsión sino a la llegada de los misioneros de San Francisco. El padre González de Agüeros, que asistió cuatro años de capellán en San Carlos, en una representación que dirigió al rey en 1792 le pintaba la situación de aquellas regiones por lo que mira a la instrucción, de la manera siguiente: «Para la crianza y enseñanza de los niños y jóvenes, en que hay notable necesidad, es necesario que por V. M. se encargue eficazmente a los misioneros que se apliquen celosos a este importante objeto, poniendo cada uno en su respectivo destino escuela pública y haciendo que a cada una concurran los del respectivo pueblo y de las inmediatas islas, asistiéndolos sus padres con el alimento, como lo hacían [LX] semanalmente con los que enviaban a la ciudad en tiempo de los expatriados regulares, y también con los que ponían en la escuela en la isla de Quinchao. Sería también muy útil darles maestros de Gramática, Filosofía y Moral para que los que quisieren se dedicasen al estudio de estas y otras ciencias; pero para el logro de todo esto es necesario que se les suministren libros a los principios, pues ni cartillas tienen para empezar a leer, ni catecismo para aprender la doctrina»<sup>(64)</sup>.

Por desgracia, esta exposición era tan fiel y verdadera que cuando los misioneros a que pertenecía González llegaron a Chiloé y abrieron una escuela para enseñar a escribir, a falta de papel, tuvieron que valerse de unas tablas bien acepilladas, «en las cuales luego que escriben (los niños) y se les corrige la plana, lavan la tabla y puesta al sol o al fuego, la secan para repetir en ella la escritura»<sup>(65)</sup>.

Volviendo ahora a Santiago, además de los establecimientos de la Compañía de Jesús y de la Universidad pontificia de Santo Tomás, en los otros conventos existían, asimismo, algunas clases para los principiantes, y aún asegura Carvallo que en San Agustín había cursos de filosofía y teología, a que eran admitidos los seculares. «San Francisco, agrega el padre Ramírez, ha sido desde su fundación casa grande con estudios de artes y teología, y por separado tiene aulas públicas de primeras letras y latinidad, establecidas en 1796, con la advocación de San Buenaventura, siendo guardián fray Blas Alonso»<sup>(66)</sup>.

Pero por muy bien servidos que estos establecimientos se encontrasen, carecía hasta entonces el país de una institución propiamente nacional que llenase las justas aspiraciones de los chilenos. Parecía conveniente dotar a la capital de una Universidad semejante a las que existían en otros pueblos americanos, que dispensase grados y gozase de las demás prerrogativas acordadas [LXI] a las demás corporaciones de su género, y que, hasta entonces, propiamente hablando, se desconocían en Chile.

Penetrado de este pensamiento, un hombre notable para su época, a la sazón abogado en Santiago, don Francisco Ruiz de Beresedo, que había pasado su juventud en Lima, gastando en educarse casi la totalidad de su legítima, en la sesión que celebró el cabildo el dos de diciembre de 1713 provocó un debate que, como se expresa el señor Vicuña Mackenna, honraría a cualquiera asamblea.

«Comenzó el doctor Ruiz de Beresedo su luminosa exposición, encaminada a obtener aquel fin, por manifestar el estado lastimoso y verdaderamente nulo de la enseñanza superior en el país, la falta absoluta de abogados competentes, pues solo existían cinco en esa fecha, siendo dos de ellos eclesiásticos; la decadencia del púlpito por la escasez de predicadores ilustrados, y las conveniencias mismas del peripato que necesitaba teólogos doctos para sus consultas y controversias de *ergo* y de aula.

»Hizo ver, en seguida, el alcalde en sus luminosa arenga que la Universidad de Lima estaba demasiado distante e imponía a los pocos chilenos que podían ir a educarse en sus claustros desembolsos superiores a las fortunas mediocres del país, como le había acontecido a él mismo, añadiendo que en el caso de plantearse en Santiago una casa de estudios como la de San Marcos, vendrían a cursar en ella los estudiantes del Tucumán y aún del Paraguay (como en efecto sucedió), dando así expansión y hasta lustre a nuestra república literaria. Ya se ha gastado, dijo en conclusión, lo suficiente en los adelantos materiales de la ciudad, con las más de sus calles empedradas, corriente la pila, y terminado el palacio y la Real Audiencia. Pero la más precisa, y éstas son sus preciosas y notabilísimas palabras, la más prominente y la más conveniente al alivio de los vecinos de este reino, y que, entre todas ellas, reputaba el dicho señor alcalde (reza el acta) por otra de mayor utilidad del servicio de ambas majestades, era la erección de una Universidad real, perteneciente al real patronato»<sup>(67)</sup>. [LXII]

«Es algo que honra altamente a los miembros de aquel ayuntamiento, tan remoto en nuestra crónica y particularmente en el desarrollo de nuestro progreso intelectual, la aceptación unánime que hicieron de aquella indicación, según quedó estampado en el acta de aquel día. Era el corregidor del cabildo en esa coyuntura don Antonio Matías de Valdovinos y el alcalde colega de Ruiz de Beresedo llamábase don Pedro Gutiérrez de Espejo»<sup>(68)</sup>.

En esta virtud, el licenciado don Manuel Antonio Valcarce Velasco se encargó de representar al monarca a nombre de la ciudad, las aspiraciones de sus habitantes para que se les concediese aquella deseada fundación.

Pasáronse, sin embargo, siete años antes de que estos votos pudiesen llegar a los pies del trono, en un memorial impreso, cuyo texto elocuente, en la parte que a nuestro asunto se refiere, dice así:

«Este beneficio de Universidad y estudio general de todas ciencias, con la misma ley debe comunicarse y darse a aquel reino de Chile y provincias, pues siendo del fundamento expresado con el de la conveniencia de los vasallos, súbditos y naturales, éstos totalmente carecen de ella y no la pueden gozar, ni pueden aprovecharse ni instruirse en todas las ciencias y facultades, por imposibilitarles y privarles de él, la suma distancia que hay de Chile a Lima, que es de más de quinientas leguas por uno y otro rumbo, siendo el de tierra por la travesía de montes, malos pasos y caminos tan peligrosos como el de mar; y por ella en el derecho se hallan establecidas tantas especialidades y recomendaciones, como refieren...

»Y como las leyes, a quien animan el celo y la justificación con [LXIII] que gobierna el magnánimo piadoso corazón real de Vuestra Majestad, procurando el descanso, comodidad y aumento de los que tiene debajo de su dominio, y siéndoles tan superior el



del estudio y Universidad general; con razón y piedad, se les debe franquear en dicho reino y ciudad de Santiago, cabeza de él.

»Porque, como la causa es pública y común de unos como de otros reinos, y conveniente a unos y otros naturales y vasallos, tener en los suyos estudios y Universidad general, conforme a la ley 1.<sup>a</sup> del título 22 referida, no será común de estos de Chile, aquella que por la imposibilidad o dificultad de conseguir, se le quiere comunicar, pues para que pueda gozarla y obtenerla se le debe franquear en lugar, no de dificultad si, empero, en él en que goza de la comodidad el natural para su manutención y estabilidad. Y así, debe ser el lugar donde se funde y erija saludable y no costoso, según la ley de partida.

»Por cuya causa fueron siempre y son muy pocos los naturales de aquel reino y provincias circunvecinas de Tucumán, Paraguay y Buenos Aires, que hayan podido y puedan pasar a Lima, mantenerse en ella, y costear el tiempo cursos y años, estudios y grados, tanto por la distancia tan dilatada y asentada como por lo peligroso y trabajoso de ella, como refiere Ovalle; pues aún que se pospusiesen riesgos tales, no se puede conseguir sino con excesivos gastos y expensas del viaje, y lo más invencible, los de manutención en Lima, de que, como la carestía y sumo costo y gastos les apartan de ella, así la fertilidad y abundancia de Chile por sus frutos facilita a sus naturales (aún los más pobres) la existencia y progreso de la Universidad, si en él y su ciudad de Santiago, se crease y erigiese (como lo esperan).

»Siendo de igual asunto y apoyo, conforme a la ley referida, el que los naturales de Chile y sus provincias se conserven en su nacimiento y patria con robustez y salud, la que fácilmente pierden saliendo de ella, porque como es fría, experimentando el calor, enferman y se mueren los más; y así providenció la ley de partida y los más autores académicos, la conservación de ellos, eligiéndoles lugares saludables, de abundancia y más comodidades, [LXIV] con que toleren la fatiga a que se exponen por el amor de las letras.

»Con atención tal, se erigieron las dos de Lima y Méjico, por el mucho amor y voluntad de honrar y favorecer a aquellos naturales, y vasallos (motiva la ley). Y los de este reino, por la prolija guerra que tantos años ha sustentado con los araucanos, y otros indios, (según Herrera, Ercilla, Ovalle y otros en la historia de él) con más razón merecen en el amor que experimentan del católico paternal celo de V. M., mayor honra y favor, por componerse lo más de él y de sus ciudades de descendientes que con el lustre de sus personas y casas, mantienen y han mantenido en las guerras la generosa ascendencia de tantos y tan nobles castellanos que le han ilustrado en su conquista y población, derramando su sangre en las sangrientas guerras que han ocasionado, aún después de reducidos y bautizados, siendo más guerreros que otros algunos de la América, imitadores y antípodas de los españoles.

»Y por ello disponiéndose que los servicios sean remunerados donde se hubieren hecho, y no en otra provincia y parte de las Indias; estos de Chile, como de guerra viva y sangrienta se exceptuaron, previniéndose el que de él se sacasen cada año hasta doce soldados y oficiales, conforme a los tiempos, para que se les gratificase e hiciese merced, según sus méritos, calidades y servicios, procurándoles premiar lo más que permitiese la disposición de las cobas; y aún por ser tan ponderosos, se resolvió y mandó que los que se hicieren en los presidios de las costas de las Indias y islas de

Barlovento, se regulen, como los que se hacen en la guerra de Chile, teniéndola por tan viva como ésta, y tan expuesta a las ocasiones de batallas.

»Y si para alentar y premiar las armas extendieron su estimación los gloriosos progenitores de V. M. a aquellos vasallos y naturales, que con su sangre, valor y nobleza trabajaron para merecerla, con igual razón en las letras es muy propio en el magnánimo real corazón de V. M., continuar el favor con mayores aumentos; los que consiguen en las ciencias y facultades con el [LXV] fomento de la Universidad, por ser sus naturales muy dóciles, de muy noble condición, aplicados a la virtud y ejercicios de las letras en que se aventajan.

»Con su erección y fundación, no es dudable, crece la estimación y honor; éste impele a la aplicación y trabajo, y a los que gozan de algunas conveniencias, les alienta a otras mayores. Y a los más naturales que la incomodidad y pocos medios no ha permitido salir del reino, los conduce a los de su alivio más condigno para éstos por pobres; a quienes, para que lo gocen en sus provincias, estatuyó el Santo Concilio colegios seminarios en las iglesias metropolitanos y catedrales, y en observancia se establecieron las leyes *toto titul. 23, lib. I., Recop. Indiar.*

»Lo más del reino se compone de ellos, y ha crecido en su aumento y población (como es bien manifiesto) y refiere Ovalle, por todo el lib. 5, dilatándose con los dos obispados de Santiago y la Concepción, en muchas ciudades, poblaciones, fuerzas y presidios, temiendo por el occidente por vecinos las dos provincias de Tucumán y Buenos Aires, con quien, corriendo el nordeste, continúa la del Paraguay; y los naturales e hijos de estas tres provincias y obispados gozarán igualmente de la comodidad del estudio y Universidad general, por el continente, cercanía y vecindad de Chile, la que no pueden conseguir en Lima por la suma y crecida distancia, sus pocos medios y caudales, con lo que pueden mantenerse en Chile, por la que tienen con la abundancia de sus frutos.

»El remedio, señor, a que aspiran del estudio y Universidad general, es tan útil como necesario a este reino y provincias, porque sus naturales obtendrán el beneficio de ser instruidos en uno y otro derecho, civil y canónico, tan necesarios como precisos para la común utilidad y bien público del gobierno de las ciudades y pueblos, asistencia y patrocinio en los pleitos y negocios, así de la Audiencia Real como el de las eclesiásticas; dirección en las iglesias catedrales para la oposición de las prebendas, y ejercicio de los más oficios y empleos, así eclesiásticos como seculares. Y la conservación y aumento de uno y otro florece más cuando son mayores [LVI] y muchos los sabios, que produce la Universidad; la que igualmente es precisa para la enseñanza de la medicina, necesaria para la vida humana.

»Por cuyo defecto se halla aquel reino y provincias sin sujetos que las ejerzan y practiquen, precisándoles la necesidad a conducir a gran costa, expensas y con crecidos salarios, sujeto de Lima, que pueda asistir al público de alguna ciudad; lo que se hace condigno de la piadosa consideración de V. M., pues, aunque con el supuesto de estar permitido en la ciudad de Santiago hubiese estudio, se quiso providenciar se ganasen cursos y diesen grados; no tuvo efecto, así por haber sido temporal la licencia, que la ley expresa, y de estudio y Universidad menor, como por no haberse plantificado con asignación de cátedras de cánones y leyes, salarios y lo más necesario para su erección y duración.

»De que ya en lo mismo que se reconoció, se encuentra el fundamento de la necesidad que se padece, pues si en aquel tiempo se quiso establecer, en éste en que el reino y provincias se hallan en el mayor aumento de ciudades, poblaciones y vecinos, insta con superior razón que el conocimiento de lo pasado y presente, la providencia de lo futuro, siendo más precisa para la propagación y aumento de la religión, reducción y explicación y enseñanza de los indios en la doctrina cristiana; cuyo medio es la inteligencia de la lengua general de ellos, de lo que está prevenido haya una cátedra en las Universidades de Lima y Méjico.

»Y este medio es necesario para que los sacerdotes salgan a las doctrinas, el que consiguen al mismo tiempo que se dedican a la teología escolástica y moral en la Universidad, la que con la erudición de las sagradas religiones que iluminan aquellos reinos, se ilustrará, y aún a los hijos de ellas excitará a más esplendor, como se reconoce en las de éstos.

»Para tan cristiano como glorioso asunto del agrado de Dios y beneficio de la causa pública, sirve el estudio y Universidad general, la que al modo de las más, debe componerse de las tres cátedras, de prima, vísperas y teología, de escritura y dos de filosofía; a la que da aumento, lustre, beneficio y enseñanza la [LXVII] doctrina del sutil doctor Scoto, que por ser una de las escuelas más conocida y celebrada, se destinaron y señalaron maestros que la leyesen y enseñasen en las Universidades, así de Salamanca como de Alcalá, por reconocerse y haberla así exaltado las Santidades de Urbano VIII, Inocencio XI y otros pontífices. Y con celo igual y amor tan grande V. M. se sirvió conceder a sus discípulos y opositores a las cátedras y el que sean atendidos y provistos en ellas igualmente en uno y otro turno, o sea de tomistas o de jesuitas, para que florezca, cuyo medio es el de las cátedras de teología y filosofía, que se le deben conceder en ella, así por el esplendor y extensión de la Universidad, como por el de la doctrina y servir las dos cátedras sus hijos sin salarios por su instituto y regla, que es igual beneficio a la inclinación y devoción que tienen a la seráfica religión aquellos naturales. Y en las demás ciencias y facultades, las dos de prima y dos de vísperas de cánones, y leyes, una de instituta, y en la de medicina las dos de prima y método, y la de lengua general igualmente útil y necesaria.

»Y como la dotación de rentas para los salarios es el fundamento de su erección y duración, la consideraban (con el permiso de V. M.) en el producto del ramo de la balanza, que es una contribución y derechos que los vecinos de la ciudad de Santiago le han impuesto en los frutos y géneros que trafican para la ciudad de los Reyes, para hacer las obras públicas; lo que se aprobó por real cédula, concediéndoles el que usasen de él por tiempo limitado. Y teniendo ya perfeccionadas y acabadas las obras públicas, casas de la Audiencia y del gobernador, es sin duda más ventajoso, de mayor beneficio al público, vecinos y naturales, la destinación y conversión de este derecho y contribución en la dotación y salarios de la Universidad, el que se puede imponer, y aún repartir, como gabela. Y a los doctores de leyes y profesores ordenó el emperador Constantino les diesen salarios de propios, sin licencia imperial. Y así como en gastos de edificios públicos se deben convertir los propios, que fue para los que se impuso aquel arbitrio y derecho de la balanza, con la misma causa se debe convertir en estos de la manutención y salarios. Porque siendo indisputable [LXVIII] la utilidad pública del reino, provincias y pueblos, la razón y política cristiana precisa a tan justa aplicación de esta contribución.

»Pues separados en su producto el importe de los salarios de los catedráticos, que el regular y moderado para la decencia y manutención, en aquel reino no puede ser menos que a seiscientos pesos a los de prima de teología, cánones y leyes, cuatrocientos a los de vísperas y de escritura, trescientos a los de filosofía y instituta, al de prima de medicina cuatrocientos y al de método de ella y de la lengua general a trescientos, y doscientos pesos para dos ministros; que todos componen cinco mil y quinientos: y aún queda de residuo, en el del ramo de la balanza, dos mil y doscientos para el gasto de obras públicas, o reparos de las hechas.

»Siendo generosa acción, incluso en los límites de la razón, el que el subsidio que propone y a que aspira, producido de en contribución, se convierta primero en ésta que en otra destinación, en que también resulta al patronato de V. M. (sin las expensas de dotarla) la gloria de dirigirla con el título de San Felipe, por ser esta munificencia el primor más excelso de la soberanía, que elevándola a la cumbre de la perfección, la hace como portentosa; y así dijo el sabio ascendiente de V. M.: 'Grande es la virtud de la franqueza que está bien a todo home poderoso, e señaladamente al rey'.

»En tanto grado es cierto que dijo un grave político cristiano: ser en los soberanos la beneficencia propio carácter de su cuna y tan connatural y aún tan precisa, que ejerciendo la liberalidad sin la mediación del que suplica, conocida la necesidad, es como de su obligación el remediarla. Y aún dijo el emperador Justiniano que en materia de hacer bien y de ser los reyes liberales, la regla es no contenerse en regla.

»Es verdad que esto es cuando el mérito precisa, porque como dijo el sabio rey don Alonso, 'franqueza es dar al que ha menester o al que lo merece', no siendo lustre de la Majestad el merecer el ruego justo, los consuelos que puede benignamente distribuir su munificencia. [LXIX]

»Parece que la reverente súplica que a los pies de V. M. postra la ciudad de Santiago, Reino de Chile, tiene las dos circunstancias de menesterosa y benemérita, que incluye en estos políticos y legales fundamentos, espera y se asegura de la alta paternal piedad y magnificencia de V. M. el que se digne de erigir y fundar el estudio mayor, Universidad general, con el título y nombre de San Felipe, en dicha ciudad de Santiago y asignación de las cátedras expresadas con las regalías, privilegios, estatutos y prerrogativas de que goza la de Salamanca, y con que se ha fundado la de Lima, concediéndole la facultad, para la situación de la dotación en el derecho y contribución o impuesto de la balanza, a fin de que logre beneficio tan necesario al servicio de Dios, y de V. M., cuya católica persona guarde y prospere como la cristiandad y esta monarquía ha menester y sus humildes vasallos, fervorosos se lo suplican»<sup>(69)</sup>.

La corte en este caso no discutió, como sucedió con los dominicos, la conveniencia de la fundación solicitada, sino que, siguiendo la norma usada siempre por ella en casos análogos, trató de indagar con qué medios se contaba para el sostenimiento de la institución, una vez que se concediese, sobre lo cual hizo despachar cédula el 20 de marzo de ese mismo año.

La Real Audiencia, en contestación a las dudas del monarca, le repetía que la fábrica material de la Universidad se costearía «con la supresión de las rentas de los tres primeros años de los catedráticos, que servirán sin estipendio por el bien público, y aplicados igualmente a aquel fin los grados que por indulto se confirieren.

Los togados disentían, sin embargo, en un punto de los entusiastas vecinos del cabildo, pues miraban como excesivo el número de cátedras que se había propuesto, «así por no haber tanta gente en este país, decían, que necesite de la enseñanza tan copiosa de facultades, como porque los medios son cortos». [LXX]

Por fortuna, como para desvirtuar esta última aseveración, convocaron los cabildantes a una sesión pública a todos los moradores de Santiago, a fin de que cada uno se suscribiese con lo que sus medios le permitieran para manifestar al rey la buena disposición en que se hallaban. El presidente don Gabriel Cano fue el primero en ofrecer un donativo gracioso de trescientos pesos, y así fueron siguiéndole los demás, hasta enterar la suma de tres mil pesos. Dirigiéronse circulares a las diversas ciudades del reino con el objeto de incrementar la suscripción y ya por los comienzos de abril de 1723 se enviaron a Madrid con las precauciones de estilo las contestaciones a su recordada cédula, que en oficio separado adjuntaron, el presidente, el obispo y la ciudad.

Paráronse, con todo, más de diez años después de estas últimas gestiones y la corte nada resolvía. Mas, los santiaguinos que no podían mirar sin pena un descuido tal, resolvieron enviar a Madrid a don Tomás de Azúa, quien, en efecto, hizo imprimir un memorial en que recordaba lo obrado hasta entonces por el vecindario cuyos intereses representaba y lo elevó a su majestad.

Mandó entonces este alto señor que diese su opinión el Consejo de Indias, quien a su vez, se la pidió a su fiscal, y por fin, después que estuvo satisfecho de los pareceres que solicitara, expidió con fecha 27 de junio de 1738 la siguiente real orden que vino a llenar de gusto a los buenos chilenos. -El Rey. -«Por cuanto por don Tomás de Azúa, como diputado y en nombre del cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santiago, capital del reino de Chile, se ha representado dilatadamente lo conveniente que sería la erección de Universidad en aquella ciudad, así para los naturales de aquel reino, como para las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay, que siendo al presente las más pobres del Perú, la escasez de medios no les permite conducirse a Lima por la distancia de mil leguas, en que sobre el riesgo de tan dilatada navegación y oposición de climas consumen en país tan costoso crecidas cantidades de sus caudales; añadiendo que en el año de 1720 hizo igual instancia aquella ciudad con la expresión de que la dotación de cátedras se podía ejecutar del ramo [LXXI] de balanza, sin costo de mi real hacienda, y la fábrica de dicha Universidad del caudal de los vecinos de aquella ciudad y otras del reino, y porque aunque el citado ramo está aplicado para las obras públicas de la ciudad, pasando éste como pasaba, de once mil pesos, distribuidos seis mil en cátedras, restaban cinco mil para las referidas obras, debiéndose considerar la fábrica de Universidad como la primera pública, así para adorno de la ciudad, como por la utilidad y adelantamiento de sus naturales; suplicando la referida ciudad concediese la gracia de esta fundación con el título de San Felipe, permitiendo para ello que del ramo de balanza se destinen los enunciados seis mil pesos para salarios de catedráticos, señalándose dellos 600 pesos a los de prima de teología, cánones, leyes y matemáticas: 400 a los de vísperas de teología, cánones y leyes y al de prima de escritura, y prima de medicina y al 300 a dos de filosofía, al de método de medicina y al de lengua general: 200 al de instituta, y otros 200 para dos porteros, cuya erección sea con las mismas facultades y constituciones que la de Lima, concediéndose a un tiempo las cátedras de Santo Tomás, Scoto y Suárez, propias de sus órdenes, y que haya de honorarios, de cosmografía y anatomía, y la de instituta sea propia del colegio de San Francisco Javier.



Y habiéndose visto en mi Consejo de las Indias, con lo que al fiscal de él se le ofreció, y teniéndose presente todos los antecedentes de esta materia, desde la primitiva instancias y los informes que a su favor han hecho últimamente el presidente, Audiencia y obispo y el mismo cabildo secular de dicha ciudad, se ha reconocido lo primero, ser constante que el ramo de balanza está destinado para las obras públicas de aquella ciudad y que la de Universidad es una de las más principales de ella, y de las más útiles y convenientes a aquel reino, para que se instruya la juventud, sin los crecidos costos de haber de hacer ten dilatado viaje a Lima, y mantenerse en ella, que solo podrá ejecutar así de Santiago como de las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay, el que sea muy rico y acaudalado, privándose los demás, de poder dar a sus hijos la crianza correspondiente. Lo segundo que el costo de dicha Universidad, según los informes [LXXII] y regulación que se hizo por las demás obras públicas, llegaría a quince mil pesos, y que a cuenta de ellos se supone haberse recogido en Santiago cerca de cuatro mil de donativo gracioso, que junto con lo ya remitido de las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay compondría la cantidad de cerca de seis mil pesos, con lo que se podrá comenzar dicha fábrica. Y lo tercero, que de las cuentas del anual producto del ramo de la balanza, se reconoce, que en los años de 1727 y 728, en el primero produjo este ramo 14,962 pesos y en el segundo 15,133, de cuya cantidad, rebajados los 5,500 pesos, que se consideran suficientes para la dotación de cátedras; el residuo que es más de 9,500 pesos conviene el presidente, Audiencia, obispo y cabildo secular, ser suficiente para costear la subsistencia del tajamar y demás obras públicas. En cuya inteligencia he resuelto, sobre consulta del mismo Consejo, conceder a la enunciada ciudad de Santiago de Chile la licencia qua solicita para la fundación de la referida Universidad, con el establecimiento de tres cátedras, de prima, de las facultades de teología, cánones y leyes, dotadas con 500 pesos cada una; otra de medicina con otros 500 pesos; otra del Maestro de las sentencias con 450 pesos; otra de matemáticas con 450; otra de decreto con 450 pesos; otra de instituta con 450 pesos; y dos de artes, y lenguas con 350 pesos cada una; que todas son diez cátedras, y sus salarios componen la cantidad de 4,500 pesos que con 500 pesos más para la manutención de ministros de esta Universidad será el importe de esta dotación el de cinco mil pesos, que es la planta y forma en que apruebo su fundación. Y asimismo he venido en aprobar la aplicación del efecto propuesto del derecho de balanza, con las precisas condiciones siguientes: la primera que la asignación expresada empiece desde enero del año pasado de 1737, y que su importe y el de los donativos mencionados, que se haya de emplear en la fábrica material hasta que esté concluida, respecto de que hasta entonces no han de leer, ni devengar los catedráticos. Y la segunda que esta consignación sea y se entienda sin perjuicio de las obras públicas, a que está aplicado el arbitrio o derecho [LXXIII] de balanza, pues éstos han de preferir siempre en tanto grado, que en el caso fortuito de no producir algún año, íntegramente, para uno y otro cargo, se satisfaga primero todo el importe de las obras públicas, y lo que sobrase, se prorratee entre los catedráticos y ministros sueldos a libra. Por tanto, por la presente, y bajo las calidades enunciadas concedo y doy licencia para la fundación, erección y establecimiento de la mencionada Universidad, en la precitada ciudad de Santiago del Reino de Chile, y mando a mi gobernador y capitán general de él, Real Audiencia, oficiales reales de la citada ciudad de Santiago y demás ministros y personas de dicho reino, que en la inteligencia de esta mi real resolución coadyuven por su parte a su más exacto cumplimiento, sin permitir en manera alguna se altere en nada la planta y regla con que es mi voluntad y se ejecute la citada fundación de Universidad, en la referida, ciudad de Santiago. Y de este despacho se tomará razón por los contadores de cuentas de mi Consejo de las Indias y por los oficiales reales de la mencionada ciudad de Santiago de Chile.»



«En consecuencia, comprose en 1743 el sitio que hoy ocupa el Teatro Municipal de Santiago, y cuando éste estuvo suficientemente adelantado, nombró el presidente Ortiz de Rosas seis examinadores (diciembre 3 de 1746), eligiéndolos entre los graduados en otras Universidades, con el objeto de que prepararan la apertura de las cátedras. Un mes más tarde (el 10 de enero de 1747) en calidad de vice-patrono, nombró rector perpetuo al mismo benemérito Azúa, que después de Ruiz de Beresedo, nadie como él lo merecía.

»Aunque con estas providencias, puede decirse, quedó definitivamente instalada la Real Universidad de San Felipe, tardose todavía cerca de diez años, probablemente por la escasez de fondos, en la terminación del edificio, que desde 1748 corría a cargo del celoso vecino don Alonso de Lecaros»<sup>(70)</sup>. Solo en 1768 terminose la construcción, y entonces llenos de orgullo pusieron los santiaguinos [LXXIV] sobre su puerta un escudo dividido en dos mitades, con la efigie del santo patrono a un lado, y al opuesto, las armas de la ciudad, con una orla que decía: *Academia chilena in urbi Sancti Jacobi*.

Posteriormente, Amat y Junient, eligió los diez primeros catedráticos y fue todo aprobado por cédula de Fernando VI dada en Madrid a 25 de octubre de 1757. Por fin, se abrieron las aulas (10 de junio de 1756) y quedó corriente «aquel alcázar de las ciencias», como se expresa Carvallo.

Ya en el mismo año en que la Universidad diera principio a sus funciones, el provincial de Santo Domingo ocurrió al rey pidiéndole que se fundase cátedra del angélico doctor Santo Tomás, o que la de latinidad, qué por la ley 54, título 22 del libro primero de Indias se mandaba que funcionase en su convento, se conmutase en aquella con la misma renta. Algún tiempo después, la de Artes que se tenía concedida al convento de la Merced, fue asignada también a los padres de Santo Domingo, a solicitud del presidente del reino.

La instalación de la Universidad fue uno de los acontecimientos de más bulto que ocurrieran en Santiago en todo el curso de la segunda mitad del último siglo, y siempre en adelante y la apertura de las clases fue solemnizada con grande aparato de música, voladores y asistencia de los doctores y personajes de más nota.

Ni era la fiesta de apertura la única que la corporación celebrase, pues siempre que se trataba de la llegada de un nuevo presidente, después de asistir al obligado besamanos, los doctores echaban por las ventanas las arcas y preferían quedarse sin sueldo a trueque de esmerarse en el recibimiento que debían hacer a aquel alto funcionario, una vez que anunciaba que devolvería la visita. Con el curso de los años estas funciones de pura vanidad fueron perdiendo su importancia, pero en ocasiones volvíase al antiguo fausto y ostentoso aparato.

Cuando llegaba el 30 de abril, víspera del apóstol San Felipe, organizábase también todos los años una fiesta, mitad profana, [LXXV] mitad religiosa, que se juntaba con el *paseo* que se daba al rector nuevamente elegido. Es inútil agregar que aquellos buenos catedráticos no perdían asistencia a procesiones, juras reales, exequias fúnebres, etc., en todas cuyas circunstancias era su primer empeño aprovecharse de las precedencias de que gozaban, sobre lo cual formaron en ocasiones grandísimas querellas a otras dignidades.

El régimen a que la corporación debía obedecer se mandó que fuese el que estaba establecido en la Universidad de San Marcos de Lima, régimen ceremonioso y lleno de etiquetas y fórmulas.

Los estudiantes debían matricularse cada año, jurando la obediencia al rector *in licitis et honestis*, pagando como derechos al secretario medio real los gramáticos, y un real los de las otras facultades. También anualmente eran obligados a obtener certificación de los catedráticos de asistencia a los cursos durante seis meses y un día, y de haber satisfecho a las faltas cometidas.

Según el sistema de instrucción vigente durante la colonia, después de las primeras letras se estudiaba el latín; algunos a los trece años cursaban ya filosofía, empeñándose, sobre todo, en la lógica para lucir en las conclusiones públicas a que debían concurrir. Seguía después con la física, para terminar con la teología, durante cuyo aprendizaje se sostenían tesis generales. Los teólogos eran también obligados a oír lección de Escritura sagrada, y los canonistas, lección de Instituta, y a la inversa, en la de Prima de leyes debían estudiarse los cánones.

Por fin, se reglamentaba el traje y se recomendaba a los estudiantes que viviesen en casa honesta<sup>(71)</sup>.

Las cátedras que vacaban se proveían siempre por oposición, debiendo los aspirantes presentar memoriales, especie de autobiografías en que se hacía relación de los méritos de cada cual.

«La confección de los grados era motivo de grande alboroto en la pacífica Santiago... El graduando, llevando en el brazo el capelo [LXXVI] y birrete, insignias del doctorado, recorría las casas de los doctores, acompañado de un padrino de la facultad a que iba a entrar. Esta visita tenía dos objetos: pedirles su concurrencia y erogarles una cuota que les donaba el arancel universitario. Absueltas las pruebas de suficiencia, el rector fijaba día para inaugurar el nuevo doctor, y con éste el graduando, acompañado de sus deudos y amigos, traía al rector de su casa a la Universidad, y desde allí, acompañado de todos los doctores, marchaba a la catedral, donde el canónigo maestro escuela le confería el grado, invistiéndole el capelo y birrete que le quitaba del brazo»<sup>(72)</sup>.

Los que eran elegidos doctores, licenciados o maestros tenían por obligación hacer la profesión de fe de la iglesia romana, jurando, asimismo, obediencia al soberano, a los virreyes y audiencias, y últimamente al rector de la Universidad<sup>(73)</sup>. EL rey tenía también encargado que cuando los catedráticos llegasen a tratar la cuestión de la limpieza de la Concepción de María no la pasasen en silencio, «y expresamente lean -decía-, y prueben cómo fue concebida sin pecado original, pena de perder la cátedra, y los cursos que tuviesen, los estudiantes que no denunciasen ante el rector»<sup>(74)</sup>.

En la reelección de vice-patrono eran de cajón los discursos pomposos, llenos de declamaciones sobre la virtud, el mérito, la inmortalidad del hombre y otros lugares comunes, sazonados de ordinario con alabanzas al sujeto que presidía la reunión y grandes protestas de modestia por parte del orador.

Las facultades que sobre la Universidad tenía el presidente del reino, en fuerza del real patronato, eran las de confirmar la elección de rector y conciliarios mayores y menores,

«para cuyo efecto era obligado el claustro a remitir la fe de su escrutinio con el secretario, antes de su sala, y aguardar en ella la providencia del superior gobierno, y, por consiguiente, la facultad de visitarla cuando considerase ser conveniente»<sup>(75)</sup>.

[LXXVII]

Como fácilmente podemos comprender, no eran escasos en aquellos tiempos los capítulos que se formaban para la elección del primer funcionario de la corporación, o siquiera de los doctores catedráticos, y larga hubiera de ser la lista de estos enredos si nos quisiéramos mezclar en relatarlos<sup>(76)</sup>.

Una vez que conocemos ya los establecimientos de educación establecidos entre nosotros en aquella época, vamos a dar ligera cuenta del estado sucesivo porque fueron pasando los estudios.

Hemos visto sobre este particular los méritos contraídos en favor de la enseñanza por la orden de Jesús, y la suerte que en algunos puntos corrieron las escuelas fundadas por ella. Su expulsión evidentemente produjo entre nosotros trastornos considerables en esta materia.

El convictorio de San Francisco Javier fue convertido en el Colegio Carolino, trasladándolo al que se llamó Máximo de San Miguel, que en los tiempos del historiador Carvallo llegó a contar con tres maestros y setenta alumnos de primeras letras y latinidad, que pagaba de sus rentas. Estos vestían traje color canela y beca colorada, y contribuía cada uno con cien pesos anuales, recibiendo comida y cena. Siguió funcionando también un seminario, con la advocación del Ángel de la Guarda, con capacidad para doce estudiantes, que debían asistir a la catedral y vivir de las entradas del establecimiento; pero podían entrar otros, mediante el pago de sesenta pesos. Estos llevaban hopa parda y beca azul.

En los primeros tiempos que siguieron a la salida de los jesuitas, la cosa fue todavía peor. En el Convictorio no había más de dos pasantes, uno de filosofía y otro de teología, que se limitaban a repetir lo que habían oído a los regulares expulsos.

Por el artículo 28 de la primera instrucción que acompañó al decreto de extrañamiento, se ordenó que en los lugares en que hubiese casa de seminarios se proveyesen inmediatamente los [LXXVIII] puestos que los jesuitas ocupaban con seculares, y que los regulares conservasen sus funciones; y por el artículo 23 de la de 23 de abril de 1767, que donde quiera que existiese Universidad, se agregasen a ellas los libros de la orden, como se hizo con la de San Felipe. Dispúsose también, en octubre del mismo año, que la enseñanza de primeras letras, latinidad y retórica se subrogase en maestros seculares, por oposición; completándose los sueldos que no se enterasen con lo que en tiempo de los jesuitas daba el pueblo con las mismas temporalidades ocupadas.

A pesar de todo, el estado de la instrucción no podía ser más deplorable. Habíase ideado el sistema de celebrar conferencias en lugar de las lecturas usadas en los cursos, pero los pocos estudiantes que había preferían quedarse en sus casas, «y ocurrían rara vez, por no tener quien les obligase la asistencia a las aulas.» El profesor de filosofía confesaba que cuando quería celebrar alguna conferencia tenía que valerse del catedrático de medicina para que le «franquease» el único alumno que tenía.

Por esta falta de estudiantes no se había realizado progreso alguno después de quince años a que se habían instalado las cátedras; pues, aunque entonces había algunos alumnos en San Francisco Javier, no se pudo conseguir jamás que ganasen cursos con asistencia a las aulas, según lo dispuesto por las leyes, alegando por excusa la distancia.

Con el fin de subsanar este inconveniente, el procurador universitario, a instancias de la corporación, propuso que se instalase el colegio en los mismos claustros del de San Felipe. Pidióse informe al procurador de la ciudad, el presidente Jáuregui lo pidió al Real Acuerdo, y la Audiencia a su fiscal; resolviéndose, al fin, por el gobierno que mientras el rey decidía continuasen los estudios como antes.

Es curioso sobre este particular conocer lo que decía el fiscal de la Audiencia. Quejábase, en primer lugar, del lastimoso estado en que encontró el reino, «destituido de las fuentes de literatura», y agregaba que, deseándose tomar informe sobre el Convictorio, de los individuos que lo habitaban y estudios que en él se promovían, [LXXIX] no se había encontrado en aquella casa, «más persona que un negrito pequeño que dio una confusa razón de los que moraban en aquel lugar desierto». Declara después que con este motivo, preparó un formal y especioso pedimento que hubiera presentado, sin duda, a no haber llegado en esas circunstancias a su noticia una real cédula de 16 de mayo de 1774 por la cual el rey, en virtud del conocimiento anticipado que se le diera por la presidencia del infeliz estado a que se veía reducido la Universidad de San Felipe y el Colegio Convictorio, pedía que se le expusiese si convendría o no la traslación a la nueva construcción que se proyectaba en el sitio sobrante de la calle de San Antonio. Añadía que, en consecuencia, había tenido que estudiar de nuevo y abandonar su primitivo plan, pidiendo que se librase las más ejecutiva providencia, porque no podía olvidar que en aquel nido había tenido alas y logrado elevarse al punto en que se veía. «¡Qué dolor, exclamaba, aquel plantel convertido en un esqueleto que no merece la inscripción de 'aquí fue Troya'!»

No es que el natural de los habitantes del reino no se preste al estudio, agregaba aquel funcionario, pues ha producido grandes hombres, obispos, arzobispos, togados, etc., siendo tan notorios los progresos que han realizado «que se pueden llamar espontáneos y casi casuales, habiendo carecido de los eficacísimos auxilios que el monarca esparce.» Y en esto, preciso es confesarlo, no hacía sino reconocer lo que Ovalle declarara más de un siglo antes, cuando estampaba «que los naturales por lo general, eran de buenos ingenios y habilidades, así para las letras en que se señalan mucho los que se dan a ellas, como para otros empleos»<sup>(77)</sup>.

Constaba, además, que mucho antes del año setenta y uno se había pensado en formalizar el Convictorio, a cuyo efecto se dictaron algunas constituciones, en parte aprobadas en ese año, y en parte en 1772; pero quedando el Colegio con reglamentos duplicados, no había habido sujetos a quienes aplicarlos.

Trocado el Convictorio en el Carolino, bajo la dirección de un [LXXX] rector, ministro y pasante, despertose al principio cierto entusiasmo, tanto que, habiéndose fijado el diez y seis de noviembre para que a las ocho de la mañana compareciese el primer opositor a picar puntos sobre el Maestro de las Sentencias, señalándose desde luego replicantes y lugar de reunión muchos pretendientes presentaron sus pedimentos al rectorado y otros empleos; mas de repente, en tres días, se desvaneció aquel ardor, porque el gobierno

dispuso, no sabemos con qué motivo, que se suspendiesen las diligencias, con lo cual fueron despidiéndose, los opositores.

Fue cabalmente entonces un año después, cuando el rector de San Felipe, «deseando resucitar aquel cuerpo muerto y olvidado», presentó la idea de construir el Colegio en el mismo local de la Universidad, no dejando arbitrio que no absolviere en beneficio de ambos cuerpos y utilidad visible de maestros y cursantes.

Versaba, pues, la cuestión, sobre si la Casa de San Pablo, situada a trece o catorce cuadras de la Universidad, era no solo útil, sino «mas útil», como decía el rector, que la construcción que se proyectaba en la calle de San Antonio. Por otra parte, las autoridades chilenas estaban facultadas para destinar los colegios de la extinguida Compañía a la enseñanza de los indios llamados de «tierra adentro», y como entonces era cierto que algunos de ellos vivían en San Pablo bajo la dirección de eclesiásticos competentes, esto solo era bastante para no pensar en la referida residencia.

Se explicaba que en tiempo de los jesuitas, el Convictorio, de por si estrecho e incómodo, sirviese de casa de estudios, atendida su proximidad al Colegio. Máx. donde sus alumnos podían asistir a las clases; pero en esa época posterior las lluvias y terremotos, y especialmente el riguroso invierno que acababa de pasar, habían dejado el edificio en un estado tal que su reparación habría importado tanto como la nueva construcción que se proyectaba.

Es conocido cuál fue el resultado de todas estas gestiones. El antiguo Convictorio fue convertido en aduana; en el local de San Pablo se fundó la primera Casa de Moneda, y por fin, el Colegio Máximo de San Miguel se destinó a los estudios. [LXXXI]

Por los años de 1796, el presidente O'Higgins, introdujo en la instrucción una revolución sin precedente, «consintiendo en qué el ilustre Salas abriese en su *Academia de San Luis*, especie de Ateneo de ciencias, de dibujo y lenguas vivas, creado a las puertas del siglo que moría, como si ya asomara por las grietas de su fosa la luz del que venía en pos»<sup>(78)</sup>.

Uno de los gobernadores posteriores, don Luis Muñoz de Guzmán, penetrado del aniquilamiento creciente en que, a pesar de todo marchaba la instrucción (pues reunidos en 1805 los alumnos *azules* y *colorados* no pasaban de treinta y ocho) se afanó, aunque inútilmente, por buscar arbitrios con que contrarrestar aquella espantosa decadencia. «Se limitó únicamente, en consecuencia, a proponer la disminución de los escasísimos sueldos de los profesores para conciliar la subsistencia del Colegio Carolino, y en esto quedó por entonces el negocio, para renacer ocho años más tarde en la forma robusta que desde su primera instalación tuvo el Instituto Nacional. Entre los alumnos de aquel se habían contado, entretanto, los tres Carreras, los tres Rodríguez, y don Diego Portales, cuyos nombres bastan para que el suyo no perezca»<sup>(79)</sup>.

La Universidad de San Felipe solo vino a cesar en sus funciones oficiales por decreto supremo de 1843, año en que fue reemplazada por la Universidad de Chile.

En cuanto a entretenimientos intelectuales, el teatro principalmente, eran muy pocas las ocasiones en que los hijos de la capital, lograran solazarse asistiendo a la representación de un drama, que solo se ofrecía cuando la llegada de los presidentes, los natalicios

reales, la toma de posesión de un obispado, o cuando en algunos establecimientos de educación tenían lugar ciertos actos solemnes que los estudiantes solían celebrar con algún festejo teatral «a lo divino», según se usaba ya en los tiempos del padre Ovalle. Este autor refiere con especial complacencia la función pomposa que tuvo lugar en Santiago con motivo de la declaración del misterio de la Concepción, en la cual se hizo una especie [LXXXII] de fiesta dramática que el buen padre cuenta en esto términos: «Los regocijos exteriores que se hicieron a este intento duraron muchos días. Tocó uno de ellos a la congregación de españoles, que está fundada en nuestra Compañía, la cual hizo una muy costosa y concertada más cara en que concurrían todas las naciones del mundo con sus reyes y príncipes todos vestidos a su usanza, con grandes acompañamientos, y detrás de todos el Papa, a quien llegaba cada nación con su rey a suplicarle favoreciese aquel misterio; fuera de los gastos de libreas, diversos trajes y carro triunfal de grande máquina en que se representaba la Iglesia; fue muy grande el de la cera por valer allí muy cara y haberse hecho de noche esta fiesta. Los demás días se repartieron entre los negros, indios y españoles de todas artes, y procurando con una pía emulación aventajarse los unos a los otros, hicieron invenciones y disfraces muy de ver y de mucho gusto; pero los que en esto excedieron entre los demás fueron los mercaderes, particularmente en un torneo y justas que jugaron en la plaza, donde salían los aventureros fingiendo cada cual su papel, o como quien sale del mar o del bosque o del lugar del encanto, representando muy propiamente el personaje de su particular invención; corrieron sus lanzas y ganaron los premios que fueron de mucho valor»<sup>(80)</sup>.

Con todo, nunca faltaban en estas fiestas rencillas entre las autoridades respecto de la colocación que habían de ocupar en ellas o del traje con que debieran asistir. Fray Gaspar de Villarroel por poco no pierde la habitual armonía que siempre le distinguió en sus relaciones con el poder civil por la manera en que se arregló su sitio en ciertas, comedias que se dieron en la Merced, y, posteriormente, en los tiempos de Marín de Poveda, en unas *conclusiones* que se dedicaron al oidor don Manuel Blanco Rejón y a las cuales debía asistir el presidente, se negaron los miembros de la Audiencia a concurrir a pretexto de haberlo divisado en el patio de su palacio vestido con hábito militar a tiempo que se preparaba para salir, sobre lo cual formaron expediente que remitieron al rey para su resolución. [LXXXIII]

Las tales funciones duraban entonces varios días consecutivos, alternando con procesiones cívicas y religiosas, y corridas de toros y de cañas, y se celebraban con sol, porque así lo tenía dispuesto el monarca, y porque, como fácilmente se adivinará, ninguno de aquellos pacíficos vecinos habría arrostrado la oscuridad, el barro, la distancia y la soledad de las calles de Santiago. Además, el retiro de la gente a su casa a la hora de la queda era forzoso, y las velas de sebo no bastaban indudablemente para alumbrar un local poco menos que dejado a merced del viento.

Son muy pocas las indicaciones que nos quedan de las piezas que subían en aquella época a las tablas; pero, por regla general, puede asegurarse que eran en su mayor parte autos sacramentales, entremeses y sainetes. Parece que las primeras representaciones dramáticas propiamente tales que tuvieron lugar entre nosotros, o al menos aquellas que recuerde la historia, fueron las que se dieron en Concepción por los principios de 1693 para festejar, la llegada del presidente, María de Poveda y su casamiento con doña Juana Urdanegui, noble dama que había hecho el viaje de Lima en busca de su novio. «Constaba el obsequio, dice Córdoba y Figueroa, de catorce comedias, y la del *Hércules chileno*, obra de dos regnicolas, toros y cañas, cuyas demostraciones antes ni después



vistas, bien dan a entender la aceptación y aplauso que causó el ingreso del presidente»  
(81).

A esta pieza del *Hércules chileno*, son contadas las que podamos añadir como trabajadas entre nosotros durante el período colonial. Mientras en España, Lope de Vega y Calderón solos asombraban al mundo con la fecundidad maravillosa de su ingenio, en Chile fueron escasísimos los ensayos de dramas que se hicieran.

Entre varios manuscritos pertenecientes a Chile, hemos encontrado [LXXXIV] fragmentos de autos sacramentales; pero no podemos asegurar, y, por el contrario, nos parece muy dudoso que hayan sido compuestos por autores del país. Quizás con más fundamentos aunque siempre con harta desconfianza, diríamos que cierto sainete, entremés o comedia, (como quiera llamársele) que debemos a un origen semejante, ha sido escrito entre nosotros. No lleva título alguno, pero su argumento es éste.

Un maestro de escuela llamado Tremendo, a fin de hacerse más llevaderas las tareas de su oficio, concertó con un compadre que le alquilase a su hijo Silverio para que le ayudase a regir a sus alumnos. Entre las instrucciones que le dictara, fue una la de que diese de azotes a todo el que se presentase sin llevar la rosca de ordenanza. Silverio, que era un gran glotón, a medida que los muchachos llegaban les pedía la rosca y como algunas veces no la encontrase de buen tamaño, se excedía de las órdenes del maestro y menudeaba los golpes. Entre los castigados figuró el hijo de cierto doctor Jervacio, el cual, tan pronto como supo el hecho, se presentó en la escuela a reclamar del trato que recibiera el chicuelo. No sabes la dijo a Silverio, que a ningún hijo de noble

¿Se lo puede en ningún tiempo  
en la escuela castigarlo,  
aunque no quiera traer,  
aunque ande a sopapos con el maestro  
y con todos los demás muchachos?

El auxiliar de Tremendo que no aceptaba tales principios, como viese que el doctor don Jervacio tampoco llevaba la rosca, entendió que también debía regir con él la azotaina, y en efecto, se la dio de maravilla. A los gritos del pobre doctor, acudió el alcalde del pueblo y le pasó otro tanto, y hasta al mismo don Tremendo que se había presentado a saber quien formaba aquella algazara. Por fin, reúnen todos los aporreados, y consiguen hacer salir de la escuela a aquel ayudante tan estricto en cumplir su consigna.  
[LXXXV]

La primera parte de la pieza no carece de cierta chispa; pero, como se ve, está fundada en una circunstancia demasiado pueril e inverosímil.

Sin pedir nada a la imaginación, nuestros dramaturgos hubieran tenido vasto campo en que ejercitar su talento con solo haberse aprovechado de los temas fecundos que la lucha de españoles y araucanos ofrecía. Pero, por desgracia, fue prohibido expresamente a los americanos llevar al teatro este género de invención. En las *Ordenanzas* dictadas en 1776 por don Teodoro de Croix para el régimen interior del coliseo de la capital del virreinato, se declaró por el artículo 23, «que quedaban excluidas y reprobadas las piezas sobre degollaciones y destronizaciones de reyes, conquistas, *especialmente las de*

*parte de dominios de América*, y otras semejantes por las poderosas y atendibles razones que constituyen en la clase de irregular, pernicioso e inoportuno su representación en el teatro<sup>(82)</sup>.

Pero acaso el drama perpetuo en que vivían los chilenos, jugando diariamente su existencia, era de por sí una causal bastante poderosa para que no pensasen en este género literario. Uno de los lances de esta guerra de sorpresas y emboscadas motivó efectivamente una comedia (como era entonces costumbre llamar a esta clase de composiciones) cuyo héroe fue don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán.

Sábese que este personaje durante su «cautividad entre los indios, logró interesar vivamente el amor de la hija de un cacique, y que después, andando el tiempo, cautiva ella a su vez, vino a poder del capitán español, quien la tomó a su servicio y la hizo cristiana. Aprovechándose de estas peripecias, cierto personaje que vivía en el Perú compuso una comedia «en que representó estos amores muy a lo poético, estrechando los afectos a lo que las obras no se desmandaron»<sup>(83)</sup>.

Consta también que alguien que no se nombra era autor de [LXXXVI] una pieza dramática titulada *Araucana* que los patriotas de Quito hicieron representar en 1808 para festejar la entrada del presidente Ruiz de Castilla<sup>(84)</sup>.

En la jura que la ciudad de Santiago de Chile hizo por el advenimiento de Carlos IV al trono de España, sabemos que se representaron por aficionados, en un local inmediato al puente llamado *El Basural* (cuyo arreglo había costado cinco mil pesos), *El Jenízaro de Hungría*, el *Hipocóndrico*, los *Españoles en Chile* de Gonzales de Bustos, de cuya pieza hablaremos más adelante, *El mayor monstruo los celos*, y por fin, el *Dómine Lucas*<sup>(85)</sup>.

Don Manuel Concha en su apreciable *Historia de la Serena*<sup>(86)</sup>, refiere que en esa ciudad, con motivo de la exaltación de Fernando VI, después de emplearse seis días en la disposición de un coliseo, se principió la serie de representaciones de comedias con la intitulada *Resucitar con el agua o San Pedro Masnara*, «compuesta de quince personajes, galanes, damas y ángeles que, costosamente vestidos de ricas galas y adornados de mucha cantidad de joyas, de piedras preciosas y perlas finas, cadenas de oro y demás ropas y aderezos correspondientes, que el generoso esmero y desvelo de las señoras principales franquearon con su trabajo en vestir a las damas y ángeles. Se representó primero una bien compuesta e ingeniosa loa, hecha al real asunto de la festividad, que admirablemente se representó y terminó con muchos loores y vivas a nuestro rey y señor don Fernando VI y una salva de artillería.

«Se prosiguió en la representación de la comedia compuesta de ingeniosos y armoniosos enredos, que los cómicos representaron con destreza, fue sumamente gustosa y aplaudida del auditorio, así vecinos como forasteros.

»Día siguiente, con los mismos aparatos de prevenciones de sonoros instrumentos y concertados coros de música y demostraciones [LXXXVII] de refrescos y demás cortesanía y agasajo al auditorio, se empezó a representar la segunda comedia titulada *El Alcázar del secreto*, cuyos personajes que la componen estaban admirablemente vestidos y adornados, y con lucido acompañamiento de guardias y criados, formaban una vistosa y gustosa representación.

»Se representó primero una bien concertada loa al asunto del glorioso y dichoso de nuestro invicto monarca el señor don Fernando VI, y nuestra heroica reina y señora doña María, infanta de Portugal, la que dio fin con sonora armonía de instrumentos y música y una salva de artillería.

»Se prosiguió la representación de la comedia, que con admirable destreza ejecutaron cada uno de los personajes, cada uno según su papel, en particular el que hizo de Alzina, que tenía una voz singular y gracia especial, así en la voz como en los accidentes de representar; lo que causó al auditorio tanto divertimento y gusto, que pidieron a voces la representación de dicha comedia, y de la que se había representado primero; lo que se ejecutó, domingo y lunes, con el mismo aparato de celebridad y esplendeza de refrescos y demás ostentosas circunstancias que los antecedentes días; finalizándose la aclamación y gloriosa exaltación de nuestro invicto monarca el señor don Fernando VI, día lunes 13 del mes de mayo de 1748 años, habiendo durado esta festividad veinte días continuos»<sup>(87)</sup>.

Había, además de las circunstancias que anteriormente hemos mencionado, otras dos que eran grave obstáculo a que en los tiempos coloniales pudiese adquirir el gusto por el teatro mediano desarrollo, la falta de un local adecuado y las preocupaciones religiosas.

El mismo don Vicente Carvallo, hombre hasta cierto punto liberal, decía todavía a los fines del siglo pasado: «No tiene esta ciudad de Santiago diversiones públicas de comedias, óperas ni corridas de toros; pero acaso en este defecto consistirá que no sea tan sensible la relajación de costumbres que se experimenta [LXXXVIII] en otras poblaciones de América donde las hay». En cambio, refería con especial complacencia cuales eran las diversiones con que los santiaguinos se resarcían de aquella privación. «En primavera, contaba, son muy frecuentes los paseos a las quintas y casas huertos donde tienen buenos banquetes, bailan mucho y se divierten todo el día. El populacho y también la gente noble acostumbra salir a merendar por las inmediaciones del cerro de San Cristóbal. En verano salen por temporadas a los Baños de Colina, la Angostura y Cauquenes, donde a más del restablecimiento de la salud, se logra explayar el ánimo en la sencillez del trato del campo, donde no tienen lugar las fastidiosas ceremonias y cumplimientos de la ciudad. En el otoño hacen el costo las estancias y las chácaras con las matanzas de ganados, y con la abundancia da sazoadas frutas; y en el invierno en que todo su vecindario está reunido, se hace la diversión en unas partes con la música o el baile, porque rara casa es la que no tiene alguna señorita que no tenga la habilidad de cantar y de tocar algún instrumento de música; en otras, forman de noche sus tertulias, donde se tratan asuntos de instrucción, y se rige la variedad de discursos sobre diferentes asuntos; y a cierta hora determinada, con proporción a que cada uno se ha de retirar a las once, se sirve un moderado refresco de chocolate, bizcochos, excelentes dulces y aguas de limón, de naranja o del tiempo: y esto es allí tan corriente que no es menester ser de grande caudal para este obsequio, y luego, se sigue la moderada diversión de mediator o malilla, de un cuartillo de real el tanto, dirigido todo a que sea pura diversión. Por, otra parte, todas las familias celebran los días de sus santos con abundantes convites, a que se siguen refrescos correspondientes y baile. Este es el compensativo que allí tiene el defecto de comedias».

Como se ve, ante las funciones del estómago, las de la inteligencia eran insignificantes.

Por la pascua de Navidad de 1777 se abrió en Santiago un teatro provisional para celebrar con algunos sainetes y autos a lo divino el nacimiento del Salvador. Nuestro público poco acostumbrado [LXXXIX] entonces a funciones de esta especie se manifestó sumamente complacido de aquella fiesta celebrada sin decoraciones, ni aparato escénico por unos cuantos cómicos vestidos con casacas militares y algunas damas o muchachos de buena cara que hacían los papeles de la Virgen, Santa Ana y Santa Isabel.

El empresario de aquel teatro, que merced a los sueldos de seis y ocho pesos mensuales que pagara a los actores por la temporada (que duró hasta la entrada de cuaresma) y a la afluencia de gente que había tenido, se propuso establecer definitivamente el negocio, a cuyo efecto solicitó permiso de la autoridad superior para que se le permitiese fundar un teatro permanente<sup>(88)</sup>, y el presidente que a la sazón gobernaba, hombre ilustrado y liberal, sin duda alguna lo hubiese concedido a no haberse interpuesto el obispo don Manuel de Alday, que en esos momentos llegaba a Santiago después de terminar la visita de la diócesis. Dirigiéndose sin demora al presidente en una carta que ha sido publicada después de manifestarle que era opinión constante de los Santos Padres y de los más graves doctores de la Iglesia que las representaciones teatrales eran dañosas a las buenas costumbres, lo decía, refiriéndose especialmente a Santiago: «En esta ciudad hay más motivos para que se niegue el establecimiento del coliseo (o casa de comedias, como entonces se le llamaba). El comercio interior del reino es muy corto, porque en casi todas sus partes se producen los mismos frutos; el exterior consiste en el trigo que se extrae para Lima, cuyo precio por su abundancia es tan bajo que apenas sacan su costo los labradores; el ramo de sebos, cordobanes y suelas está reducido a solo los hacendados, y según lo que expresan, tampoco les da mucha ganancia; los que trafican géneros de Castilla se quejan de la poca utilidad con que venden de contado y del mucho peligro que experimentan de las ventas al fiado: sin embargo, el lujo crece cada día el menaje de las casas; el corte de los vestidos, la variedad de libreas, principalmente de las criadas, y otros gastos exceden ahora cerca de un cuádruplo a los que se hacían treinta años atrás: así, todos los [XC] padres de familias para mantener las suyas necesitan mucho trabajo, y a veces menoscabar su principal. Si US. se informa de los vecinos y hacendados, estoy en que le dirán lo mismo, con que la ciudad necesita una pragmática suntuaria que minore los gastos, y no le es útil un motivo nuevo como el de las comedias para aumentarlos, etc.».

Con el rechazo que se dio a la pretensión anterior, «continuaron las comedias de ocasión, y algo de no muy conforme al orden debió ocurrir en alguna de sus representaciones, porque existe una real cédula de abril 18 de 1789, en que se prohíbe hacer ruido, gritar «ni pedir cosa alguna» en las comedias que se dieran en Santiago, que hasta en esto se metía la mano del rey»<sup>(89)</sup>

Sin embargo, con ocasión de las comedias que se representaron para celebrar la jura de Carlos IV, el público santiaguino cobró creciente afición -a este género de espectáculos; un nuevo empresario llamado Aranaz, continuó dando otras representaciones, y al cabo de ellas, solicitó del cabildo que se le permitiese edificar un teatro permanente.

La corporación pidió informe al oidor don Juan Rodríguez Ballesteros, quien lo evacuó sin pérdida de tiempo.

Así como en los tiempos de Jáurequi, el obispo se negó terminantemente a dar su voto a las pretensiones del empresario anterior, así también el prelado de la diócesis protestó de la petición de Aranaz pero Rodríguez Ballesteros que no podía ignorar que contaba en su apoyo con la opinión del ilustre Gaspar de Villarroel, a quien indirectamente tratara de combatir Alday en su carta referida, comenzó, valiéndose de su testimonio, por discutir el asunto en abstracto, para concluir por afirmar que en las varias noches que concurriera a las representaciones de Aranaz, solo en una de ellas había notado «algunas palabras de una tonadilla poco decente y conformes, y llamando a uno de los que representaba, le previne, observa aquel funcionario, que dijese a Aranaz, o corrigiese aquellas voces o no volviesen a cantar semejante tonadilla, lo que así ejecutaron; y ni entonces, ni fuera del [XCI] sitio de la representación, oí que se hubiera notado el menor escándalo, torpeza ni exceso en semejantes diversiones, y antes por el contrario, que el uno y otro sexo salían gustosos y divertidos de ella. Tampoco advertí que en los concurrentes hubiese el menor desorden, pues, aún los de menos obligaciones, estaban todos entregados a la diversión, no facilitándoles el sitio ni su iluminación aquellos medios que suelen servir de fomento para distraerse y entregarse a vicios propios del libertinaje a que suelo dar margen el desarreglo y confusión».

En vista de esto, el cabildo no trepidó, y con fecha de 1793 dispuso que «sin pérdida de tiempo se estableciese una casa pública de comedias, a semejanza de la que se había formado en las últimas fiestas reales del señor don Carlos IV», quedando así sancionado bajo los auspicios del entendido don Ambrosio O'Higgins, un derecho que importaba un verdadero adelanto social para la época; aunque, preciso es confesarlo, por un motivo o por otro no se llevó entonces a término la construcción proyectada.

A poco andar, estas ideas se acentuaron más todavía, pues dos años más tarde, a propósito de una solicitud del escribano don Ignacio Torres, en que, con ocasión de una fiesta análoga a la de 1777, requería permiso para representar cuatro comedias, los cabildantes declararon que «no solo no encontraban el menor embarazo en que se le franquease la licencia, sino que es *laudable* que así se empiece, a fomentar en esta ciudad una diversión pública que, a más de entretener honestamente a los concurrentes, los instruye y aún mejora las costumbres».

Apenas se habían enterado cuatro años después de la licencia otorgada a Aranaz para construir un teatro estable, cuando vemos a don José de la Cruz Iriberry presentarse de nuevo al presidente para que se le permitiese levantar en Santiago un coliseo que fuese «capaz, decente y cómodo», ofreciendo trescientos pesos anuales a la ciudad por el goce del terreno en que hubiera de edificarse, y dar representaciones todos los días de fiesta y media fiesta, los de gala y los tres últimos de carnaval<sup>(90)</sup>. [XCII]

Mas, habiendo fracasado también esta última tentativa, las representaciones dramáticas continuaron en Santiago solo por incidencia. Así, cuando en 1798 se trató de festejar la entrada del gobernador don Joaquín del Pino, el cabildo acordó, «conforme a lo que se usaba en iguales casos, que se hiciesen cuatro corridas de toros y dos comedias; comisionando para lo anterior al regidor don Teodoro Sánchez, quien con su acostumbrado celo arbitrará un teatro de regular decencia que con sus productos compense los costos que en él va a impenderse y demás gastos que ocasionen las personas que representen dichas comedias».

Es de creer que algún tiempo más tarde estuviesen ya más generalizadas las funciones teatrales, pues cuando por los fines del gobierno de Muñoz de Guzmán se trató de idear recursos para oponerse a los ingleses cuya llegada a Chile se temía, las comunidades religiosas, la Universidad y cabildo eclesiástico propusieron que se rematase el ramo de comedias.

A la verdad existía entonces un teatro, «que, si bien modesto y casi humilde (como su sola localización lo dejaba ver) bastaba, sin embargo, a infundir una nueva vida en la sociedad, organizándose bajo ciertas reglas juiciosamente acordadas por el cabildo desde marzo de 1799 y que, aún hoy mismo, formarían un excelente reglamento. Ocupaba aquel el sitio en que por el año de 1840 edificó su casa el conocido constructor civil y municipal don Antonio Vidal en la plazuela de las Ramadas, y allí existió hasta 1818»<sup>(91)</sup>.

Estaba reservado al último de los presidentes españoles la construcción de un teatro con carácter más duradero, edificio que existió en el local de la casa que hoy se ve con el número 43 en la calle de la Merced, esquina de la del Mosquito<sup>(92)</sup>.

Existen fundamentos para creer que por esta época vino a Chile cierta compañía francesa, que dio también algunas representaciones, supliendo su escaso personal con mozos adocenados y una que otra damisela que [XCIII]

Imitaba con tal maña  
la francesa simetría  
que pareció que decía  
como yo francesa ufera  
maldito lo que sintiera  
ser hija de *Picardía*.

Un hombre de buen humor que concurrió a esas funciones, escribió con este motivo ciertas décimas satíricas, sino muy recomendables por su pulcritud y versificación, bastante interesantes por los detalles que nos han conservado.

Hablando de la fábrica del teatro, decía:

No niego que el edificio  
es tan noble constructiva  
que inventó el primor, y apura  
las leyes del artificio:  
con todo, tiene la falta  
de ser de muy poca dura.

Don Manuel Fernández Ortelano, a quien con buenas razones pudieran atribuirse las tales décimas, reconocía que la obertura, desempeñada por cuatro o cinco ejecutantes, había agradado a la concurrencia, solo

Porque música y jalea



a todo el mundo le gusta.

Pintando la manera con que los actores se presentaron, añade que

Traían éstos, postizos  
cómicos de estilo nuevo,  
arroba y mediado sebo  
entre *pindajos* de rizos:  
de forma que para visos  
de esta femenil matraca  
uncen tan extraña saca  
que apuran el matadero  
los rebaños de carnero  
y las *infundias* de vaca<sup>(93)</sup>. [XCIV]

En cuanto al desempeño de la representación, el crítico chileno la encontraba abominable, concluyendo por sentir, más que el mal rato que ella le ocasionara, los cuatro reales que había tenido que pagar.

En el teatro de la calle del Mosquito, en que probablemente funcionaron los cómicos franceses, Marcó del Pont se presentaba con frecuencia en las noches en un palco muy adornado que se había hecho preparar. Comenzáronse a repartir anuncios impresos de las funciones, y el público que antes tan complacido se mostraba de todas esas fiestas, aprendió a impacientarse y a silbar a los actores. Poco más tarde, abandonó su gusto por las comedias y se lanzó a representar en los campos de batalla el drama heroico de nuestra independencia.

Estudiadas las influencias que más o menos directamente pudieron obrar sobre el espíritu de nuestros escritores, es tiempo ya de que tendamos una ojeada sobre el campo de las producciones que nos legaron.

«Si hubiésemos de juzgar por su valor intrínseco las obras de nuestros escritores antiguos, dice don José María Vergara, poco hallaríamos de qué hablar; pero si se desea estudiar el creciente movimiento de las ideas en este país o imponerse del sesgo que sucesivamente iban tomando, allí se encontrarán juiciosos testimonios del progreso intelectual, precursor de las transformaciones sociales y políticas porque hemos pasado, y servirán al historiador de hilo para conducir certeramente su narración»<sup>(94)</sup>. Y lo que este autor expresaba respecto de la Nueva Granada, es perfectamente aplicable a Chile. Nuestra literatura, en absoluto, apenas si tiene un monumento digno de recordarse; pero estudiada en su conjunto, y siguiendo paso a paso su desarrollo, es fácil convencerse que por la marcha natural de las cosas iba adelantando sus ideas y encaminándolas por la senda de la emancipación y del progreso. La tarea puede ser árida, mas será siempre provechosa. [XCV]

El lector nos permitirá con este motivo recordarle unas palabras del ilustre crítico M. Villemain, que representando a sus oyentes la pobreza de la literatura en cierta época, les decía: «Encontrareis una porción de cosas que no he sabido deciros, porque procuro menos daros mis pensamientos que excitar los vuestros... Os muestro estas obras de un

arte ya sublime, ya mezquino y corrompido, estas altas y raras columnas delante de las cuales nos detenemos, estos adornos sin número que llenan sus intersticios. En todo hay que observar dos cosas diversas en esta larga época, la unión de algunos hombres de genio y el movimiento de la sociedad misma que se confunde con el carácter general de la literatura... Algunos escritores de genio constituyen la gloria de una época. Echemos una ojeada al siglo XVIII..., Francia, por ejemplo: ahí el arte de escribir fue poderoso y estuvo a la moda, el espíritu de las letras formaba parte del espíritu del mundo, el cual le ha reproducido y excitado a la vez, y ese es su carácter distintivo, ese es el fondo de su historia, y por eso mismo, los nombres que no se hallan colocados en el primer lugar ofrecen un interés curioso y son una parte necesaria del cuadro»<sup>(95)</sup>.

«No pocos chilenos, expresa el jesuita Vidaurre, se han aplicado a las bellas letras de la poesía, tanto latina como española, a la retórica y al conocimiento de las lenguas de Europa. Otros se han empleado en la geografía, en la historia antigua y moderna juntamente; quien en la eclesiástica, quien en la civil. No faltan tampoco quienes se den al estudio de la naturaleza, como a muchas partes de la física experimental. Ellos no cuidan de pagar a un sumo precio cualquier libro que allí llega sobre alguna de estas facultades; y para facilitarse la inteligencia de las obras francesas que sobre estas materias tratan, se aplican a entender la lengua francesa, que solo a este fin ha de servirles».

A pesar de esto, debemos reconocer que no existe en nuestra antigua literatura otra alguna que, estrictamente hablando, puede clasificarse en alguno de los géneros literarios reconocidos por [XCVI] los preceptistas. La epopeya misma de Ercilla, dispútase si sea o no un poema, y esto es cuanto puede decirse.

No hay tampoco un libro que lleve impresa la marca de una época o que sea el reflejo fiel de las costumbres e ideas que dominaban el siglo en que fue escrito, o que revele el genio de un período cualquiera. Los indios son el gran coloso en torno del cual se agrupan todos los escritores. Las generaciones se suceden y el ideal no desaparece. El poeta y el historiador se acercan siempre a contemplarlo, lo delinean, y prosiguen su camino admirados y cabizbajos, o llenos de odio y de desprecio.

De ahí viene esa uniformidad en nuestra literatura, siempre la igualdad del paisaje, siempre las crónicas y siempre los araucanos. Agréguese a esto la monotonía de una sociedad donde la influencia extranjera era desconocida; que pasaba sus días aislada entre la cordillera, el mar y los desiertos, en la guerra y la siesta; las etiquetas y las procesiones; cuya vida privada la representaban la sujeción, la ignorancia y la superstición, y se tendrá explicado el porqué de nuestra pobreza en las producciones del ingenio.

La influencia de las doctrinas esparcidas por un libro y las ideas trocadas de nación a nación, nosotros no las conocimos jamás. Es curioso rastrear en otras partes las huellas, más o menos duraderas, que imprimiera a sus contemporáneos o a las generaciones posteriores una obra notable. Los franceses, los alemanes, los ingleses experimentaron las influencias españolas con las victorias de los tercios de Carlos V y aprendieron de los autores dramáticos castellanos una multitud de cosas que modificaron su gusto y lo hicieron progresar. Pero en este Flandes indiano, un autor no conocía a otro, y apenas si se conocía a sí mismo.

No puede negarse que Ercilla ejerció una influencia muy notable sobre nuestra literatura, porque casi no hubo autor que no le citase, apoyándolo o combatiéndolo. Mas, las enseñanzas que de su estudio hubieran podido deducirse, los historiadores sobre todo, las desecharon, porque estimaron siempre que la historia y la poesía andaban reñidas. Véase si no, el desprecio con que un hombre de tan buen criterio como Tesillo miraba a los autores de [XCVII] los poemas sobre la guerra de Chile: «No ha tenido pluma que la describa, dice, sino la de unos poetas antiguos que, ceñidos a sus versos, o a aquel género de consonantes y frases de que usan, parece que casi han hecho ridícula una materia, sin duda grande y digna de particular atención»<sup>(96)</sup>.

Para proceder con método conviene, sin embargo, que en esta apreciación de las obras de nuestra literatura, distingamos el verso de la prosa, distinción tanto más reclamada por el asunto, cuanto que entre nosotros, propiamente hablando, no se vieron esos espíritus superiores que, como Cervantes, Argensola, Voltaire, sabían manejar a un tiempo la austera prosa y la encantadora poesía.

«Donde ha habido tanta bravosidad de armas, exclamaba con razón el ínclito Garcilaso de la Vega, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos para que en los tiempos venideros florezcan en todo aquel famoso reino, como yo lo espero en la Divino Majestad»<sup>(97)</sup>.

Cuando esto escribía el Inca, Ercilla había ya dado a luz su inmortal epopeya, y otros vates de menos nota popularizaban por el mundo las hazañas de los hijos de Chile. Esa época envolvía, con todo, en su origen gérmenes de una completa desorganización. Aquello no era el legado del porvenir: «era la ausencia de un sentimiento serio y verdadero, buscado en los objetos mismos y que los transforma en su totalidad, desde luego en la imaginación, después en los versos del poeta. No inspiró el entusiasmo religioso a los numerosos versificadores; el amor no dictó uno solo de los sonetos, baladas y madrigales que repitieron hasta el cansancio su nombre; el sentimiento de la naturaleza, el aspecto de sus bellezas, no produjo un solo trozo que naciese del corazón o de una imaginación vivamente impresionada. Cualquiera que fuese el asunto que se elegía para hacer versos, no se veía en él más que un juego de ingenio, una ocasión de combinar, más o [XCVIII] menos ingeniosamente, palabras más o menos sonoras e ideas más o menos agradables; y nadie al hacer versos ideó buscar en su alma sus verdaderos movimientos, sus verdaderos deseos, sus temores y sus esperanzas; interrogar las inclinaciones de su corazón, los recuerdos de su vida, ser poeta, en una palabra y no un versificador»<sup>(98)</sup>.

«El prurito de la erudición, añade M. de Sismondi, existía no solo en España sino también en Francia, bien fuese aplicado a la prosa, y con más especialidad a la poesía. Esto no era, por otra parte, sino una de las variantes del apartamiento continuo de la naturaleza en que se complacían los escritores, pues si lo forzado y pedantesco reinaba en la forma, una demostración de sentimientos falsos e imaginarios se asentaba más ampliamente todavía en el fondo».

Todo lo anterior es profundamente verdadero aplicándolo a la historia de nuestra literatura colonial. Son infinitas las muestras que pudieran citarse del culto ciego que nuestros antepasados rindieron a la forma, en olvido completo de sus ideas y sentimientos. En las pocas ocasiones en que los poetas de circunstancias dieron muestras de su ingenio, en las reales parentaciones y otras fiestas análogas, pueden

tomarse al acaso muchas muestras de esos juegos de palabras en que hacían consistir todo el mérito de la versificación.

«Los poetas, dice don Adolfo Valderrama, no comprendían el alcance de las vibraciones del arpa. Para ellos, el arpa del bardo era como uno de esos instrumentos que no se tocan sino en la intimidad del hogar, y cuyos sonidos expiran antes de haber tenido el tiempo de ser arrebatados por el aire y llevados fuera del techo bajo el cual se producen. Por eso, la poesía de aquella época era solo un pasatiempo, una gracia: el arte no había recibido la gran misión que tiene hoy en la sociedad; no había podido elevarse hasta ser un elemento de la civilización y de la grandeza nacional»<sup>(99)</sup>. [XCXIX]

El valor de la rima estaba poco menos que olvidado. A un poeta de la colonia se le dio la glosa siguiente para que escribiese sobre ella:

Si la libertad lloráis  
ojos que perdido habéis,  
aunque más lágrimas deis  
en vano las derramáis.

Esta estrofa hecha sin un propósito determinado y con una sorprendente pobreza de versificación y de lenguaje, dio origen a estas décimas, en que los grandes defectos del modelo aparecen más exagerados todavía.

Ojos, llorad el crecido  
mal del bien que os ha faltado,  
mas por no haberle estimado  
que por haberle perdido.  
Guardarlo no habéis sabido,  
y hoy que lo perdéis, lo amáis;  
mas, ya que a otro bien lo dais,  
cautivos del ciego amor,  
no divertáis mi dolor  
si la libertad lloráis.  
¡Qué riguroso tormento  
es el dulce desear,  
que aún no acaba de llegar  
cuando acaba el sufrimiento!  
Deseáis tener el contento,  
y tal fuego padecéis  
que jamás lo apagareis,  
aunque más llanto virtáis,  
sí el bien ¡ay de mí! no halláis  
ojos que perdido habéis.  
Es la ingrata que entregáis

este bien que no adquirís:  
ni penando la rendís,  
ni llorando la ablandáis:  
llorad, pues no la alcanzáis.  
Mas, ¡ay ojos! no lloréis,  
que si con desprecios veis  
que acrecienta mis ardores,  
no ablandareis sus rigores  
aunque más lágrimas deis.  
Ved que penas conseguís,  
pues viendo sus tornasoles  
sepáis, si veis sus dos soles,  
y si no los veis, morís:  
de ningún modo vivís [C]  
Después que tiernos penáis  
con las lágrimas que echáis  
sino por temblar las penas,  
pues, echándoos más cadenas,  
en vano las derramáis <sup>(100)</sup>.

En el soneto que va a leerse, hacíase estribar su mérito en el manejo de la palabra *tiempo*.

Es el hombre del *tiempo* combatido  
bajel que con el *tiempo* está engolfado,  
que si no advierte en el *tiempo* el mal estado  
perece con el *tiempo* sumergido.  
Mas, yo no estuve en *tiempo* revenido  
para no recelar del *tiempo* airado:  
que del *tiempo* que inútil he gastado  
ya no hay regreso al *tiempo* que he perdido.  
¡Oh! ¡*tiempo*! ¡Qué dolor! Mas ¡ay!, ay de mí,  
como en iras el *tiempo* se convierte  
porque el buen tiempo en vano divierte:  
y pues, no es *tiempo* de enmendar mi suerte  
ya del *tiempo* la ocasión perdí,  
sírvale al *tiempo* de perdón mi muerte.

Por la muerte de un obispo, solía acostumbrarse trabajar algunas composiciones poéticas en que se hacía sobre todo alarde de conocimientos mitológicos. Cuando se celebraron aquí los funerales de don Francisco José de Marán, el 9 de mayo de 1807, don Juan José Concha escribió unas octavas que comienzan:

Si los ojos sirviesen de instrumento  
a querer expresar la angustia mía;  
si todos los sentidos a porfía  
dan con su estilo a mi pesar aumento,  
y aún si pintan el cuadro del tormento,  
ponderan sus pinceles la energía:  
pues retirado ya Marán al cielo,  
en lo humano no puede hallar consuelo. [CI]

Por desgracia, el autor abandona a poco esta manera de expresión y deslustra sus conceptos con frecuentes alusiones a la antigüedad sabia. En el mismo defecto incurrió el doctor don Bernardo Vera, que con aquel motivo había compuesto unos dísticos latinos en que se citaba con preferencia a Horacio.

Era tanto el abuso de las palabras, tan pervertido se hallaba el gusto de los versificadores que formaban composiciones solo con la mira de que algunas frases pudiesen ser escritas con números en lugar de letras, lo que constituía muchas veces verdaderos enigmas. Así en la octava que se verá, la dificultad estaba principalmente en entender el comienzo del quinto verso, *Ofre 700 ca*, que se traduce *Ofre-sete si en tosca*, descomponiendo las diversas sílabas de *setecientos*.

Chile, si murió Alday (pena excesiva)  
hará si 1000, y tú morir procura.  
Y porque todos vean tu fe viva,  
a rendir la cerviz con que cordura  
Ofre 700 ca mano estriba  
para que no repr 80 altura,  
diciéndole a Mapo 8 adiestra el canto  
y que re 9 por febrero el llanto.

La dificultad estaba vencida, pero en buenos términos todo eso carecía de sentido.

Entre los juegos de imaginación a que se dedicaban los versificadores, merecen notarse los enigmas que solían proponerse siempre que se trataba de algún suceso todavía poco conocido.

Ni era uno de poca monta un cambio de gobernador en la colonia. Tan pronto como alguno de esos funcionarios cesaba en el ejercicio de su cargo, los desocupados comenzaban a dar vueltas a su magín preguntándose quien sería el señorón que viniese a gobernarlos.

Cuando en 1762 comenzó a circular en Chile la noticia de que venía a regir el reino don Manuel de Amat, alguien imaginó cierto diálogo entre un escribano receptor y el procurador de la Real Audiencia, destinado principalmente a preparar el enigma.

Es una pieza curiosa que merece conocerse. [CII]



## PERSONAJES

IGNACIO DE LA CUEVA, *escribano*.

ÁNGEL FRANCISCO DE VILLELA, *procurador*.

CUEVA.- Francisco, por lo que tienes de Ángel y por procurador de los que cayeron, que entras y sales en estudios de oráculos de este tiempo, dime ¿es cierto que ya se ha llegado el de enderezarnos?

ÁNGEL.- Tú que por tu catadura y atrás eres curvo debías saberlo; pero yo que soy más tieso que un ojo ¿qué me va y qué viene?

CUEVA.- No seas tonto, Pancho, amigo, que todos, curvos y rectos nos interesamos en el sosiego y ya no hay vida para que cuando uno menos se cate aparezca un drama infernal o una ordenanza, ya con apremios o ya llamándonos, sin saber si aquella hecha, correrá uno como entre puertas o irá a Valdivia. En fin, ¿se va o no se va el caballero en la Esquina?

ÁNGEL.- Así lo dicen dormidos que de pocos días a esta parte han empezado a sacudir la modorra.

CUEVA.- Es que sería a los golpes de algún porrazo.

ÁNGEL.- Algo de eso, y no ha sido pequeño el de una esquila volante que corre inserta en una papeleta.

CUEVA.- ¡Hola! ¡Sancho por Dios! ¡qué docto que estás! ¿Qué es eso de esquila y papeleta? Pues, hombre, si a esos dos terminazgos forasteros añades los de discusión, resorte, invención responsable y otros gacetales, te habrás salido con ser un consumado político que se las apostarás a... Dejemos eso: ¿se va o no se va el hombre?

ÁNGEL.- ¡Hay tal moledera! ¿Pues que en forma no has leído esa tal papeleta? ¿que de todo has de ser calvo?

CUEVA.- Algo he oído en cierta parte de unos gamonales entre dientes; pero no estoy muy cierto.

Escucha que aquí lo traigo en el bolsillo, y con sus palabras: En el navío el «Valdiviano» escribe el virrey a este señor presidente, después de la carta principal una esquila de su mano y dice así:

«Esté U. S. prevenido para el mes de agosto de este año que le despacharé navío en el que se ha de venir a esta ciudad para quedar de virrey interino luego que yo llego a España y su Majestad [CIII] dispone del gobierno con propiedad, y en el navío que fuese la despacharé la persona que ha de quedar de presidente interino en ese reino, etc., etc.». Esto lo dice y nada más, de su letra y *puño*.

CUEVA.- ¡Cuérnigas! ¡y qué fuerte capítulo! ¡Cuérnigas! ¡qué duro y qué suave!  
¡Cuérnigas! ¡vuelvo a decir, y qué bien pensada! ¿Con que así se tratan con esa tiesura  
estos señores? ¿y qué quiere decir eso de interino?

ÁNGEL.- Que el señor virrey nombra a otro señor virrey.

CUEVA.- Con que este señor será virrey de virrey, como *lumen* de *lumine*; ¡eso sí que  
es alcanzar! ¡gallardo pensamiento; si digo que cada día se pulen más los tertulianos!  
Pero dejemos eso, que aquí lo que nos importa es que Dios lo lleve cuanto antes, que en  
mi juicio es tan virrey como Ignacio. Lo que no alcanzo es, lo uno, el silencio a voces  
de este secreto misterioso; lo otro, por donde ha venido este regente, ¡cerrando ambas  
vías, como dicen! Y lo principal, ¿por qué le callará el nombre del sucesor?

ÁNGEL.- Tú discurre como perro, viejo marrajo; en cuanto a la vía creo que es la  
ociosidad por donde ha venido, y en cuanto al silencio es cierto que puede dar cuidado,  
si se reflexiona con juicio. Y en cuanto al nombre del sucesor ¿no has oído nada?

CUEVA.- Sí, me parece que dicen que es el general del Callao.

ÁNGEL.- Y dicen muy bien porque ha de ser moral y grande el que les ha de quedar.

CUEVA.- Vamos, hermanito, decidme si sabéis algo porque yo ando temiendo no sea  
que huyendo de las llamas caigamos a las brasas, porque nuestro gremio bien sabéis que  
es desgraciado.

ÁNGEL.- No lo hagas y no la temas.

CUEVA.- Pero ¿cómo se puede humanamente dejar de hacerla para pasar la vida, y más  
después de tanto ayuno?

ÁNGEL.- Pues, ¿qué cuaresma ha sido ésta? Explícate y me explicaré.

CUEVA.- Bien se conoce que sois mozo y sin experiencia. Como vos no entraste más  
que ayer, se puede decir, en el oficio, no sabéis la persecución que hemos padecido en  
estos cinco o seis años, que ya es cosa de espirar, porque este santo caballero, ¡Dios se  
lo [CIV] pague! nos ha traído al retortero sin dejar hacer de las nuestras, y es cosa que  
yo no sé con que conciencia unos oficios que daban entre otras cosas manos libres,  
trampa atrás y maula adelante, los ha dejado en la cricuerere porque a cualquiera  
triquitruque de un pobretón, llama a éste, quita a el otro, apercibe a los unos y hace  
prender a los otros; de manera que todo ha sido una bolina y un remolino de plumas que  
topa hasta los cielos.

ÁNGEL.- ¿Pues que no ha sido, siempre así?

CUEVA.- No, amigo, que de solas ingeniaturas lo pasábamos, yo y otro con desahogo;  
pero este señor se ha salido con tijeras catalanas y nos tiene en continua vuelta; y así,  
decidme por lo que podís querer más en esta vida ¿quién diablos será este sucesor?  
¿Qué tapado es este que ya me estoy asustando?

ÁNGEL.- Yo no me atrevo a decírtelo claro porque sois la campana de la agonía.

CUEVA.- Eso no, que soy la Cueva y poseo los secretos; te juraré si es necesario.

ÁNGEL.- Peor por ahí: ahora es más segura la mentira; pero para librarme de tu broma te lo diré sin decírtelo.

CUEVA.- ¿Cómo es eso?

ÁNGEL.- Te diré dos enigmas que jamás he oído decir. Son de su nombre y apellido, y tú discúrrelo que yo no lo entiendo.

CUEVA.- Veamos como dicen esos inicuos.

ÁNGEL.- Escucha el nombre:

Latín, francés y español,  
la pregunta tuyo y yo  
son tres dicciones de que  
mi nombre se fabricó.

Apellido:

El todo es flor de los llanos  
mitad de fruta chilena,  
aquella que sin las aves  
no se ha de contar entera.

CUEVA.- Pillete, condenado. Yo se las llevaré a un sujeto que es [CV] bueno como él solo para estas adivinanzas; pero para quedar sin escrúpulo, ¿oístes si es mozo o viejo?

ÁNGEL.- Lo que puedo asegurar,  
amigo, que no es muy tierno  
porque ya es tercer gobierno  
del que nos viene a mandar.

CUEVA.- Adiós, adiós, Angelito,  
que ya me voy a dormir:  
que es justo que no oiga más  
quien no tiene más que oír.

Cual era el aprecio que se hacía de los versos, cual la estima en que se les tuviese, puede deducirse del hecho siguiente. En los primeros años del siglo XVII, cierto sujeto santiaguino se hallaba postrado en cama, padeciendo al parecer, más de mal de amor que de otra cruel enfermedad. Mandó llamar en esas circunstancias al escribano público y de cabildo don José Rubio, y comenzó a dictarle su testamento en esta forma:

Pues, señora, por tu causa  
infaliblemente muero,  
en la cama del desdén

aguardo el último aliento,  
 todo envuelto en parasismos.  
 Quiero hacer, pues ya fallezco,  
 mi última disposición,  
 y ordenar mi testamento;  
 y así, cuidado, escribano,  
 que a la cabecera tengo.  
 Al tenor de mis suspiros,  
 y siga en esta foja escribiendo.  
 En el nombre de Cupido,  
 Dios vendado, lince ciego,  
 todo poderoso, amén:  
 porque en todo tiene imperio,  
 sepan cuantos esta carta  
 vieren, como yo, Cardemio,  
 del pesar y la desdicha  
 hijo legítimo y nieto...

El bueno del escribano, acostumbrado a la gravedad de lance semejante, se incomodó con aquello y mandó a su escribiente que suspendiese la nota de pieza tan singular.

Un alumno del Colegio Carolino, al parecer de origen francés, llamado José Darcourt, en un certamen que se dedicó al presidente [CVI] don Manuel de Amat, se propuso demostrar en versos latinos, guardando al mismo tiempo la similitud de la forma, que todos los lados del rectángulo son iguales entre sí, del modo siguiente:

#### A R M O R U M M A V O R S

¶rtes portentum semper conjungere et

¶aximus est miles, tu Saphe,

¶nimus est tibi Caesaris, aut tibi spiritus

¶otum nam est Mavors, est et Aprillo

¶rma

¶aguanimus

¶iter

¶ius

ARTIS JUVET APOLLO

Otros aislados sucesos que merecieron también ocupar la ociosa pluma de nuestros antepasados, fueron ciertas fiestas que celebró la sociedad colonial. Las prensas de Lima se vieron con harta frecuencia ocupadas en describir los aparatos de duelo y regocijo con que los buenos criollos y fieles vasallos de Su Majestad el rey de España se alegraban o se dolían oficialmente, cuando llegaba noticia de una muerte, de un matrimonio o de un nacimiento ocurrido en la familia real. Además de los populares voladores, aún a la fecha tan en boga en la moderna ciudad de los Reyes, y de los interminables y atronadores repiques de sus sesenta templos, celebrábanse ciertas funciones, cívicas y literarias a un tiempo, en que cada corporación, cada comunidad religiosa, o los simples vecinos, mostraban a porfía las dotes de su inteligencia, fabricando composiciones poéticas (muchas veces en latín) inverosímiles por lo vacío del asunto y no menos estafalarias por las dificultades rítmicas que se buscaban. Era lo

último a que podía llegar la extravagancia y decadencia de literatura alguna en el peor de sus periodos.

Como entre nosotros no hubo imprenta durante la colonia, es muy difícil procurarse muestras de los esfuerzos tan absurdos como extraordinarios que hacían los hijos de las Musas a fin de celebrar con aplauso las pocas ocasiones a que eran llamados a concurrir. Pero en Lima, asiento de los espíritus más cultivados, donde las letras de molde eran consagradas a conservar a la posteridad aquellas pomposas ceremonias (que los nuestros trataban de imitar) sobran ejemplos que elegir. [CVII]

Era de uso corriente que en las exequias, matrimonios, etc., luciesen su numen poético, bien fuera latino o castellano, los colegios, la Universidad, los conventos, los diversos gremios, etc. En la *General pompa, y solemnidad en las Exequias a la muerte de la católica y serenísima Reina madre doña Mariana de Austria que celebró en la iglesia Metropolitana de Lima el Excelentísimo Señor don Melchor Porto Carrero* (Lima, 1697, 4.º) dos jesuitas idearon sacar a nombre del colegio de San Pablo a un indio chileno a caballo, armado con lanza, embistiendo a la muerte con su guadaña por haberse atrevido a la reina, el cual debía declamar estos versos en su propio idioma:

Chile puche allcutumun  
quiñe gei ñi allcúviel  
chuchi eimun tamun piel?  
Tamun dûam mutantumun.  
Puhuinca meù inel lalli?  
Apo chemeu ladcúcay?  
Vuta guera dgù gèi:  
huera lan tahuerilcalu.  
Rey ñe ñuque lai piam:  
vey tahuera dgù gèi,  
tegua lan ta iegueley  
vey pilay tamun duam?  
Inchecona llucalaviñ  
ta lan calli cupapé  
calli ieguequilepe  
inche lan langumauñ.  
Nobiñ ta lan nè vemel  
reyñe ñuque languimu  
vey meu Apo ladcuy  
la uñe lan ni ayuel.  
Lan ta aldu huericalu  
tañ Rey ñe ñuque lay  
calli inchi lachi cay  
tañi huaiqui meu layalu.

Cuya traducción dispuesta en un soneto, era esta:

¿Por qué tan cruel, ¡oh! ¡mal nacida muerte!  
 ¿Tu guadaña cortó la mejor vida?  
 Cuando la fe chilena enfurecida  
 pena tan triste en más furor convierte.  
 Con un robusto impulso he de vencerte  
 y aunque tanto blasones de temida,  
 nunca mi lanza se verá rendida,  
 pues tanto como tú mi amor es fuerte. [CVIII]  
 Pero si muerte de la más tirana  
 muerte es la vida: ¿qué vengar intento?  
 ¿Cómo puede mi fe quedar ufana?  
 Si es mi aliento mi vida, en mi ardimiento,  
 dad la vida en la muerte de Mariana:  
 es dar a su muerte con mi aliento.

Aquello era nuevo, ingenioso. Los jesuitas dejaron, pues, muy atrás en esa ocasión a las demás órdenes religiosas.

Cuando murió Luis I, católico rey de las Españas y emperador de las Indias, el virrey don José de Armendáriz erigió en la catedral de Lima un suntuoso mausoleo para recordar «la inmortal memoria de aquel augusto nombre», con cuyo motivo don Julián José Sánchez Molero, legista, escribió un soneto de arte mayor en laberinto, fundado en la siguiente redondilla:

A ti, rey Luis, la li.....  
 En holocausto die.....  
 El corazón si fue..... ra  
 Pisa lo que respi.....

Dice así:

¿P-tropos	¿H-nemiga	¿H-n	¿U-rimave-
¿H-irana	¿Z-os quitó	¿L-a luz tu	¿H-
¿E-en el confuso	¿O-rror	¿O-on que	¿E-spi-
¿H-igores	¿L-os que	¿O-stentas	¿P-zañe-
¿H-res	¿O-diosa	¿P-ara	¿L-isonje-
¿A-al cayado i	¿O-rona	¿A-od-	¿O-ji-
¿L-a	¿P-trevida	¿N-egur-	¿O-ue flechas ti-
¿E-ed en	¿C-rna el	¿O-caso que	¿E-ene-
¿A-todo	¿U-entimiento	¿Z-o s-	¿P-a-
¿U-i en desconsuelo	¿H-ri-	¿U-te el	¿H-ímac llo-
¿L-a luz	¿O-paca	¿A-en qu	¿T-tu ava-



Y-l	Dis-eño	Hatal, mas	Ue mino-	
La pena	En	Verdad si se re-	Ha-	
Infinito	El	Impíreo goza	Mi-	<a href="#">(101)</a>

## RA

Y lo peor es que esta malhadada tendencia a olvidarlo todo por vanas apariencias, iba cobrando cada día más crédito. En las exequias y fúnebre pompa que a la memoria del muy alto y muy poderoso señor don Juan V, rey de Portugal y de los Algarbes, [CIX] mandó celebrar don José Manso el día 8 de febrero de 1752, el presbítero y licenciado don Félix de Alarcón compuso un soneto retrógrado en las voces, de tal suerte que leído al derecho o al revés se le encuentra igual en el método y en el sentido.

Traidora, infiel, tirana venenosa,  
ardiente Parca, vengativa, insana,  
detente, atroz, altiva, cruel, ufana,  
deudora audaz, flechera vigorosa.  
Aurora real, recibe lacrimosa  
patente herir, corona soberana.  
Siente infeliz, augusta regia hispana,  
cortadora tijera pavorosa.  
Memoria triste, cruel, infausta, errante,  
constante hará deshecha fiel historia,  
vanagloria sentida, horror triunfante.  
Amante premio exalta palmas, gloria  
accesoria, alta luz, donde brillante  
canto felice celestial victoria [\(102\)](#).

Mucho hubiéramos de extendernos si quisiésemos entrar en las citas de otros juegos de esta naturaleza, que constituyeron la delicia de la gente docta de la colonia; pero no debemos concluir sin dar a conocer lo que se llamaba en aquellos tiempos un laberinto, que estuvo muy de moda en todas esas fiestas de duelo o regocijo.

En el mismo libro que acabamos de recordar, hay uno del licenciado don Félix de Colmenares, asesor del cabildo de Lima y abogado de la Real Audiencia, que lo arregló en figura de una cruz de Malta, con alusión a la que se coloca entre los blasones de la monarquía portuguesa, y cuya lectura, principiando por la letra D, que ocupa el centro, corre a toda la circunferencia, señalando la expresión que formaron el amor y el deseo con estas palabras: *Dad a don Juan V una vida.* [CX]

A D I V A N U N A V I D A  
 I V A N U V U N A V I  
 A N U U N V U N A  
 U V N A V N U  
 A                    N A U A N                    A  
 D I                A V J V A                    I D  
 I V A              U I D I U                    A V I  
 V A N U            J D A D J                    U N A V  
 A N U V N A U J   D A D A D   J U A N V U N A  
 N U V N A U J D   A D A D A   D J U A N V U N  
 U V N A U J D A   D A D A D   A D J U A N V U  
 N U V N A U J D   A D A D A   D J U A N V U N  
 A N U V N A U J   D A D A D   J U A N V U N A  
 V A N U            J D A D J                    U N A V  
 I V A              U J D J U                    A V I  
 D I                A V J V A                    I D  
 A                    N A U A N                    A  
                     U V N A N V U  
                     A N U V N V U N A  
                     V U A N U V U N A V I  
 A D I V A N U N A V I D A

Todo esto revela, pues, que la forma de aquella sociedad estaba debilitada, envejecida, y que, por eso, como dice M. Villemain, las letras debían bajar con ella. El estudio no bastaba para desarrollar los gérmenes del talento natural, era preciso una vida trabajada por las pasiones, los combates, las probaciones, para que esos hombres de ingenio muchas veces superior nos hubiesen podido legar algo de notable. Pero esto no era posible en aquellos pueblos que vivían en la santa paz del ocio, en medio de las pequeñas intrigas de corte o de convento, aislados en un extremo del mundo, sin modelos, sin alicientes, sin esperanzas. Jamás se vio allí ninguna de esas luchas que agitaron las ciudades del viejo continente, ninguno de esos triunfos alcanzados por conseguir la independencia religiosa, política o civil: cuando más, a la inquisición pronta a ahogar toda idea que trascendiese a novedad, y a condenar a los benefactores de la humanidad, como el desgraciado Juan Fernández que fue a espiar en un calabozo su delito de haber [CXI] puesto al habla dos pueblos hermanos. Y la sociedad que esto dejaba hacer, carecía evidentemente de la conciencia de su propia dignidad, permitía que se ahogasen sus sentimientos morales y era imposible que pudiese depurar su gusto, elevándose de la más vulgar esfera de lo que veía a su rededor.

Mas, dejemos este campo estrecho de las composiciones de corto aliento para ocuparnos de las epopeyas de la guerra de Arauco.

«Los poemas que se fundan en los hechos históricos del Nuevo Mundo, dice Ferrer del Río, la mayor parte son tan admirables, que, sin faltar a la verdad, tienen en sí bastante caudal de lo maravilloso y lo grande»<sup>(103)</sup>. «Seducidos los poetas españoles por el ejemplo de Lucano, agrega M. Alexandre Nicolás, han aspirado a hacerse los poetas de la veracidad histórica. Esta tendencia a la realidad simple y desnuda, no es una señal de las viejas leyendas heroicas de la península, de los orígenes indígenas de la epopeya, como lo quería Quintana; es debida a la acción más o estruendosa y más seria de un poeta adoptado por la España como una de sus glorias, y cuya librea bajo este punto de vista, han cargado todos, más o menos, posteriormente. La exactitud en las relaciones ha llegado a ser la regla y la ficción lo accesorio. El dominio de las Musas, ha sido

circunscrito por el de los hechos reales, y la epopeya se ha visto expuesta a ser sofocada, falta de poder lanzarse libremente en los aires. Salvo algunas excepciones, la epopeya de alas majestuosa, la que rueda en los espacios fabulosos para encanto eterno de la imaginación, la de Virgilio y de Homero, de Ariosto y del Tasso, fue abandonada y reemplazada por esta relación que llamaría gustoso *pedestre*, y que celebra aún la gloria de los grandes hombres, pero siguiéndola por la superficie del suelo donde se arrastra y donde les erige trofeos militares. Fue una sucursal de la historia, otra forma de narración histórica embellecida esta vez por el arte de los versos<sup>(104)</sup>.

Como se sabe, Ercilla fue el primero en abrir esta carrera a [CXII] sus sucesores. «Sería difícil encontrar en su obra, continúa, el autor que acabamos de citar, una impresión más viva del siglo XVII español. Las grandes pasiones de la monarquía de Carlos V y de Felipe II, la de la guerra, la de la navegación atrevida, la de las lejanas conquistas, la inclinación a lo desconocido, las aventuras, el infinito, se encuentran en el fondo de esta epopeya... El sentimiento religioso, los objetos sagrados del culto y de la fe, todo lo que la España del siglo XVI cree y venera, hallan también en Ercilla una impresión fuerte y apasionada...

«Este defecto (si puede llamarse tal) que lo es común con generalidad de sus compatriotas, está compensado, en él con una incomparable belleza, la de la realidad misma, de la cual tan ricas pinturas nos hace. Es cierto que muchos poetas y escritores de un orden superior que trazaron los acontecimientos y las tradiciones distantes ya del siglo en que ellos mismos vivían, han alterado muy a menudo los verdaderos colores de la historia y representado el estado moral que les rodeaba más bien que el de sus personajes. Nada perdemos con eso; si no tenemos la imagen de la sociedad contemporánea de los actores, tenemos, por lo menos, la sociedad contemporánea del que los pone en escena. En Ercilla, por el contrario, vivimos en el seno de las realidades que nos describe: las tribus salvajes de América, son en la Araucana lo que en los cronistas; los viajes atrevidos, los descubrimientos difíciles y penosos, la exploración de lo desconocido, se ven aparecer en Ercilla tal como los percibimos en las relaciones de los navegantes, pero ilustrados por las vigorosas tintas de una imaginación llena de orgullo y de audacia. La poesía ficticia ha cedido su lugar, casi siempre, a las empresas de la vida real. La marcha firme y altiva sobre el suelo terrestre ha sucedido al vuelo rápido al través de los aires, a las sublimidades de la invención, las sublimidades de la historia embellecida»<sup>(105)</sup>.

Todos los autores de esos poemas, a excepción de Pedro de Oña o de Santisteban Osorio, que no contaba la realidad sino los sueños [CXIII] de su fantasía, habían desempeñado una parte activa en los sucesos que después se encargaron de celebrar. Por eso todos ellos escriben con calor, renovando impresiones propias, o los recuerdos de los héroes a quienes tuvieron ocasión de conocer. Al frente de sus obras cada uno de ellos habría podido estampar lo que Eneas decía hablando de las desgracias de su patria:

*Quaeque ipse miserrima vidi  
et quorum pars magna fui.*

Ha resultado de aquí que por haber sido Ercilla actor en los hechos que refiere, ha dejado muy atrás a Oña, que escribía por lo que otros le contaban. Don Alonso ha podido, de esa manera, variar con la verdad y dentro de la naturaleza sus narraciones,

que constituyen la base de todo poema; mientras que, por el contrario, Santisteban, por más alarde de imaginación que ha intentado desplegar, se ha hecho frío y monótono.

Esta superioridad del autor de la Araucana debemos verla todavía en lo que precisamente le ha sido reprochado como un defecto. No era propio, se dice, que el interés de una epopeya española estuviese basado en las simpatías por los enemigos, los enemigos de la fe y de la civilización. Pero esos indios defendiendo sus hogares de la invasión extranjera, sacrificando todo al amor de la patria, han debido forzosamente despertar por ellos nuestras afecciones. Ercilla ha consultado en esto, a nuestro juicio, la verdadera belleza y las tradiciones. Romero, presentando triunfantes a los griegos al caer las murallas de Troya vencida, veía vengada a su patria, y a la inversa, con el triunfo de César en Farsalia los romanos asistían a la muerte de sus libertades.

Dejando estos ejemplos remotos, ahí tenemos lo que sucede a Oña. El licenciado natural de Engol presenta a don García como héroe del drama que se ha encargado de contarnos, adorna su carácter con todos los atributos de la perfección caballerescas de un general valiente y de un mandatario digno; pero, lejos de interesarnos por él, tenemos siempre fijas nuestras miradas en los hijos de los valles de Puren. Ciertamente es que, como se expresa Martínez de la Rosa<sup>(106)</sup>, [CXIV] debe haber en el poema un personaje que despliegue cualidades grandes y elevadas; mas, es necesario que sean dramáticas, según las palabras de Aristóteles, esto es, que estén sujetos a las debilidades del hombre (aunque sus defectos nazcan de un origen noble y digno) y que haya en ellos lucha, contraste del deber y las pasiones. He aquí, por qué Eneas es tan frío, tan poco humano en la obra de Virgilio, como don García en la de Oña; y al paso que el hijo de Anquises abandona a Dido por obedecer a los dioses, agrada ver llorar a Aquiles porque ha recibido una afrenta, como lo observa Boileau.

Si es cierto que los autores de nuestros poemas han tenido que seguir en su narración la marcha ajustada de los sucesos, ha resultado que todos se han hecho demasiado largos y han dejado indeterminada la acción, pecando contra la regla primordial de que toda composición literaria, poema, drama o novela, debe ir despertando poco a poco nuestro interés, hasta llegar al desenlace. Por eso Virgilio que conocía la superioridad de la *Ilíada* merced a la observancia de este precepto, se negaba a leer a su augusto amo los últimos cantos de la *Eneida*, y prefería condenarlos a las llamas antes que legar a la posteridad una obra imperfecta.

En todos esos poemas, la acción misma existe, grande y extraordinaria, porque los araucanos figuran allí como pueblo y los españoles como héroes; pero la variedad de sucesos, que se repiten una y otra vez, esas guerras interminables y aventuras sin cuento distraen el interés único y alargan inmensamente la narración. Homero se había limitado a cantar la «cólera del hijo de Peleo», y era casualmente por lo que Horacio criticaba a aquellos poetas que pretendían cantar la guerra de Troya desde el huevo de Leda.

Este defecto a ninguno de nuestros relatos poéticos puede reprocharse con más justicia que al de Hurtado de Mendoza, que ha querido referir los sucesos de Chile desde el descubrimiento, [CXV] siendo que la acción comenzaba propiamente medio siglo más tarde.

Aunque en rigor el poeta no esté obligado en la epopeya sino a observar la unidad de la acción, por ser, como hemos indicado, esencialmente narrativo tal género de

composiciones, esto de ninguna manera autoriza que los episodios con que se pretende adornarlas no tengan relación ajustada con el asunto de que se trata. Virgilio pudo llevar al lector a las tres partes del mundo, conocido entonces, refiriendo la destrucción de Troya en Asia, la fundación de Cartago en África, y el arribo de Eneas a Italia; pero era porque estos incidentes se ligaban sin esfuerzo a la relación de las aventuras de su héroe, de tal modo que, si hubiese adoptado otro procedimiento, con razón se le tacharía de oscuro o deficiente<sup>(107)</sup>.

Ercilla fue el primero que, cegado por su pasión por Felipe II, injertó en su libro la historia de la batalla de Lepanto y el encuentro de San Quintín, «piezas añadidas y mal dispuestas, como dice Puibuisque, que suspenden la acción en vez de doblarla»<sup>(108)</sup>, y es más sin disculpa todavía cuando en la epopeya de los hijos de Arauco mezcla su antojadiza relación de la muerte de Dido. Vino más tarde Oña, y por un motivo análogo al que guiara a Ercilla, intercaló también en el *Arauco domado* la sublevación de los indios de Quito y las aventuras de los piratas de Inglaterra en el Pacífico.

Para hacer entrar estos episodios ha sido precisamente cuando nuestros autores han ocurrido al *maravilloso* y a la *máquina* de la epopeya. El mágico Fitón, Megera, etc., son personajes fantásticos que se encuentran completamente fuera de su lugar en estas narraciones destinadas principalmente a recordar hechos verdaderos. En general, los escritores que durante la colonia se ocuparon de estudiar los sucesos patrios, criticaron casi siempre el empleo del verso como poco ajustado a la gravedad histórica, y si en ello fueron injustos, sin duda que en sus convicciones [CXVI] ocuparon gran lugar las evocaciones imaginarias de Ercilla y de Oña.

Debemos reconocer que existe en nuestros poemas épicos otra fuente de lo maravilloso en la intervención que atribuyen a la Virgen o al apóstol Santiago en alguno de los encuentros que los españoles sostuvieron contra los araucanos. Era esta una creencia enteramente peculiar y profundamente arraigada en el espíritu de los conquistadores castellanos, que por una de esas curiosas aberraciones de la inteligencia, al paso que condenaban a muerte cruel o a bárbaros suplicios a nuestros valientes indios, o abusaban de su fe, les predicaban lanza en mano la conversión a una religión que estaban muy distantes de practicar, y de la cual, sin embargo, se creían especialmente favorecidos. Ninguno que haya exagerado tanto estos falsos principios como Hernando Álvarez de Toledo, y ninguno que haya sabido respetar tanto la verosimilitud como el autor del poema inédito que analizamos más adelante.

El narrador de sucesos históricos no necesitaba de *invocación* ni de un plan combinado, sino simplemente de la elección de su asunto y de un desenlace cualquiera como término; y, propiamente hablando, salvo Ercilla, todo los demás de nuestros poetas se han creído dispensados de esta exigencia de los preceptistas. Hay, por el contrario, otras circunstancias que son comunes a Ercilla como a Oña, a Hurtado como a Álvarez de Toledo, y son, las repetidísimas descripciones de batallas, los largos discursos en boca de los personajes más culminantes, y el prurito de la erudición.

En general, puede asegurarse que las batallas son animadas y mantienen de relieve la atención del lector desde el principio hasta el fin, y que, a la inversa, las arengas son inoportunas, demasiado largas y sobre todo muy frías. Tal vez Ercilla ha escapado con rara felicidad a este común escollo, sin que pueda negarse tampoco que Hurtado en las que atribuye a los indios es expresivo y hiere la dificultad sin divagaciones. [CXVII]

«Una de las inclinaciones, o si se quiere una de las manías de esta era de renacimiento era citar con frecuencia a los antiguos: de aquí ha resultado para muchos autores cierto embarazo y cierta torpeza en su marcha y un aire de pedantismo grotesco. Ercilla toca en este defecto, sin tomar de él una gran parte»...<sup>(109)</sup>. Pero, en pos de ese primer poeta, los que siguieron su escuela y la adoptaron por modelo, exageraron sus malas cualidades, especialmente Oña y Álvarez de Toledo que tomaron a manía las frecuentes alusiones a la antigüedad griega y latina.

Mas, no era solo la superioridad literaria del poema de Ercilla lo que se presentaba como un modelo a sus contemporáneos: él había combatido por aumentar los dominios del rey de España en América como vasallo leal y valiente. A su prestigio de poeta, se añadiría la consideración de sus hechos, porque, como dice uno de sus admiradores,

.....la suerte  
para cosas más altas le aguardaba,  
y muy seguro y libre de la muerte  
dificultosas pruebas acababa,  
haciendo lo que debe un hombre fuerte:  
en el mayor peligro se arrojaba,  
defendiendo al rey y sus estados  
con su propia sangre y vida conquistados<sup>(110)</sup>.

Su aventura con don García Hurtado de Mendoza, que influyó grandemente sus destinos conduciéndolo a Europa, vino a repercutir como un eco poderoso en la literatura chilena, e hizo nacer en torno de la *Araucana* una serie de escritos, destinados a contraponerse los unos a los otros, como se habían opuesto entre sí las personas del poeta y del magnate.

Clamaron los partidarios del futuro virrey del Perú, después que la obra de Ercilla vio la luz pública, por el despreciativo silencio que guardara respecto del caudillo destinado en apariencia a animarla. Dijeron unos que el poeta había querido vengarse, [CXVIII] otros que había hecho bien. Animose poco a poco la controversia, y desde Oña, que llamó «domados» a los araucanos, hasta el famoso Lope de Vega que trató de ridiculizar a don Alonso, presentándolo en la escena entumecido por el miedo, no cesaron de agitarse los partidarios de uno y otro bando.

Álvarez de Toledo reclamó posteriormente para los bárbaros de Puren el calificativo de *indomables*; y por fin, don Melchor Jufre del Águila vino a terminar la serie de escritos en verso dirigidos a cantar las luchas de españoles y chilenos. Con él puede decirse que se extingue la época en que nuestra poesía despidió sus más brillantes fulgores, pues en adelante, si exceptuamos un solo ejemplo, poco digno de imitarse, la crónica poético-histórica se apaga del todo entre nosotros.

La guerra que con su estrépito y sus heroicos esfuerzos había hecho germinar aquellas obras, continuó todavía ardiente, amenazando la vida de las comarcas del sur; pero no hubo ya bardo que recordarse sus hechos. Cambió entonces el rumbo de esta literatura, y no volvió a producir ya nada realmente serio.



Resulta, sin embargo, que las Musas chilenas durante el período a que nos referimos, sintieron todavía inspiradas por hechos de alguna importancia para el país, y que en la mente de los poetas aparecían como funestos para su futuro bienestar. Aléjase uno de sus más populares mandatarios, y no falta quien llore su ausencia; es expulsada una de las órdenes religiosas más preeminentes, y uno de sus miembros pulsa su lira y exhala el dolor que lo agita al abandonar el suelo natal; muere uno de sus prelados, y a porfía se disputan los versificadores el ir a depositar fúnebres coronas a los pies del amado pastor. «Hubo, añade también don A. Valderrama, una poesía menos ilustrada..., la poesía del pueblo, las *tonadas* de nuestros campesinos, las *corridos* del rancho, las *pallas* de la *chingana*»<sup>(111)</sup>. «Las gentes del campo, añade Molina, aman la música y componen versos a su modo, los cuales, aunque rústicos e ignorantes, no dejan de tener una [CXIX] cierta gracia natural, la cual deleita más que la afectada elegancia de los poetas cultos. Son comunes entre ellos los compositores de repente, llamados en su lengua del país *palladores*. Así como éstos son muy buscados, así cuando conocen tener este talento, no se aplican a otros oficios»<sup>(112)</sup>. Pero en este largo intervalo no se escucha un solo acento que celebre las hazañas de los soldados de la frontera en la lucha con los indios, que fuera, en otro tiempo, fuente inagotable de inspiración para los viejos conquistadores; y ni una tímida voz se levanta de las apacibles tardes de la primavera que pondere los encantos de una mujer, o lamente sus desdenes. Cuando más algún fraile o devoto seglar trabajaba de tarde en tarde para alguna novena versos que se cantaban en las iglesias y se repetían por el pueblo, y, como sucede con todo lo que el pueblo ama, sea o no suyo, se apasiona de él, lo hace su propiedad, y para nada se preocupa de su autor.

El círculo en que los versificadores se movían no podía ser, pues, más estrecho: carecían de un sistema propio que fuese a la vez la expresión de su vida y costumbres.

Si, por lo tanto, hubiésemos de juzgar por las escasas muestras que nos han quedado de aquellos años, que revelan una sociedad al parecer solo ocupada de las competencias religiosas, de una que otra fiesta, y de los indispensables sueños de los días calurosos del verano; todo contribuiría a indicar que aquella hubiese sido una siesta interminable y profunda. Y si tendemos la vista hacia los últimos días de existencia del antiguo régimen, nos veremos obligados a afirmarnos más y más en tan triste opinión; llegó el día de nuestra emancipación, y solo se encontró un bardo, un sacerdote, el benemérito Camilo Henríquez, que revelase a los chilenos medio asombrados los primeros destellos refulgentes de una nueva era.

Mientras llega la ocasión de apreciar las estrofas de los poetas de la República, continuemos, pues, nuestra ojeada general sobre los diversos géneros literarios que nos legara la colonia. [CXX]

«Muchos españoles y americanos, dice Carvallo, escribieron sobre la conquista de Chile. Corre un excesivo número de impresos y manuscritos. Se nota en ellos tan monstruosa variedad en unos mismos hechos, trascendental hasta el orden cronológico, que no hay arbitrios para conciliarlos. Escribieron unos siguiendo relaciones sueltas de los hechos que cada uno refiere, o según lo que vio, o adhiriendo a su pasión, o con referencia a la más o menos parte que tuvo en la acción. Otros tomaron la pluma para decirnos lo que oyeron a los indios, y conducidos, ya del odio, o la nación conquistada, y ya a la natural propensión que tiene el hombre a disculpar sus excesos, aunque sea en perjuicio del honor ajeno; falsamente criminalon la conducta de los conquistadores y

denigraron las de otros jefes que los subrogaron, sin que su maledicencia perdonara lo sagrado. No falta escritor, (no hablo de extranjeros, que en este negocio no tienen derecho al asenso) que adopte y aún apoye estas criminosas falsedades, y con serenidad de ánimo las traslade a la posteridad como sólidas verdades. Tampoco faltan hombres seducidos de su particular interés y alucinados de su desmedida ambición que se hayan abandonado a persuadir al público, y aún a informar siniestramente a la corte, sobre el gobierno y poder que no tienen los indios de aquel reino»<sup>(113)</sup>.

Puede sentarse, por regla general, que cuantos se ocuparon de historiar las cosas de Chile, como se tratase de un país tan lejano del centro de la civilización, se vieron muchas veces obligados a entrar en detalles que hoy acaso nos sorprenden, pero que, en aquellos tiempos, eran perfectamente motivados. ¿Quién, por ejemplo, llamaría hoy la atención sobre las calidades corporales, de los chilenos o sobre las dotes de su inteligencia?

Con todo, debe decirse que de los dos géneros históricos, el narrativo fue el único que encontró representantes entre nosotros. Ni la educación, ni los principios de la época podían dar origen a una obra medianamente filosófica, pues cuando más, se [CXXI] encuentran a este respecto consideraciones generales sobre algunas circunstancias de la conquista, que ninguno, a nuestro juicio, ha compendiado tan bien como Alonso González de Nájera. Cuando salían de la esfera de los hechos, los más de aquellos escritores andaban con poca fortuna. Imbuidos en las creencias de aquellos siglos, por su espíritu novelesco e inclinado a lo maravilloso, y fiándose «en esos conocimientos embusteros que ilusionaban a los sabios de entonces, como la astrología y las combinaciones místicas de los números, según dice M. Moke<sup>(114)</sup>, se negaban a ver en los sucesos causas naturales y preferían atribuirles un origen celeste. Por qué se resistían los araucanos a las armas españolas, se preguntaban, y luego iban en busca de la astrología a que los sacase de dudas. El mismo don Alonso de Ercilla cuando de vuelta en su país natal contaba en sonoras estrofas las hazañas de nuestros bárbaros, afirmaba que, según el estudio de los astros,

...El hado y clima de esta tierra,  
*si su estrella y pronóstico se miran,*  
es contienda, furor, discordia, guerra,  
y a solo esto los ánimos aspiran.

El autor del poema inédito a que hemos hecho referencia anteriormente, agregaba, pintando las influencias de que hablamos:

Que pues aqueste estado furibundo  
*por astro natural que en él domina*  
la parte es do mejor en este mundo  
te ejerce del valor la disciplina.

Esta inclinación a la guerra en los araucanos, que tantos desastres costó a los disciplinados tercios españoles, que vencedores en las campañas de Flandes, hallaron muchas veces su tumba en las ciénagas de Puren, no solo llamó la atención de los que vestían cota de mallas y empuñaban formidable tizona. Guerreros habituados a esperarlo

todo de la buena ventura, y la generalidad sumamente supersticiosos, no era de extrañar que atribuyesen a [CXXII] una causa sobrenatural la resistencia valerosa que se les oponía; mas, tan común era aquella creencia en esa época que dos sacerdotes, fray Gregorio de León y el muy ilustre Alonso de Ovalle dudosos se interrogaron sobre el particular, y después de examinar las consideraciones generales que a todo hombre impulsan a defender sus hogares invadidos, concluyeron por decir «que no sabían si esta valentía y superioridad de ánimo de los indios nacía de esos principios *o de algún particular influjo del cielo o constelaciones de estrellas*»<sup>(115)</sup>.

Pero mucho más decididor que todo esto son las expresiones que pronunció con tal motivo un historiógrafo de la guerra de Chile, que mereció grandes elogios del más fecundo de los poetas españoles. Luis Tribaldos de Toledo, (que así era su nombre) pasaba por un sabio, y era natural que hubiese, como tal, estudiado la astrología, y así parece que se desprendiera de sus palabras que luego vamos a citar.

Las opiniones anteriormente emitidas se conoce a la simple vista que son hijas del propio sentir; no se trasluce en ellas pensamientos ulteriores de ningún género. Ya en nuestro autor no sucede lo mismo.

Tribaldos había sido encargado de orden real del desempeño de las funciones de cronista de Indias. Gran acaloramiento había por aquel entonces en los ánimos discutiéndose la clase de guerra que sería conveniente en adelante seguir contra los indios chilenos; los pareceres dividíanse entre el plan defensivo propuesto por el padre jesuita Luis de Valdivia y el de los combates llevados al seno mismo de la Araucanía.

Compaginando desde la distancia sus notas, tuvo necesidad Tribaldos de Toledo de ocurrir al estudio del país cuya historia diseñaba en los libros de escritores anteriores. Pero después de dar a conocer a Chile por lo que sabía de otros, quiso a su vez utilizar sus conocimientos en la astrología y se encargó de pedir a las estrellas le revelasen cuales eran las inclinaciones de los [CXXIII] hombres que vivían a su luz; y como probablemente nadie hoy podría decirlo, seguro de agradecimientos, manifestaré al curioso lector lo que el destino anuncié a aquel sabio.

«...En suma, *en cuanto astrológico alcanza y puede juzgar del clima de estas naciones peregrinas*, toda su inclinación no aspira a otra cosa que a contiendas, barajas, furor bélico, disensiones y tumulto militar, y en solo esto hallan su mayor gusto y regalo, sin presuponer fuera de él otro bien ni mal que más haga a su genio y natural»<sup>(116)</sup>.

Con esto, Tribaldos halló ya resuelto el problema y zanjadas cuantas objeciones pudieran oponerse a la guerra de conquistas; y con sus creencias y principios y por un rasgo sublime de estadista consumado y de hombre de estado perspicaz, declaró que era indispensable que los araucanos fuesen exterminados uno a uno.

En la segunda mitad del siglo XVII, cierto padre chileno a quien se le antojó borrar su nombre de pila y vestirse con el hábito el de fray Juan de Jesús María, discurriendo muy seriamente sobre el método de escribir la historia, expuso que «en el examen de los hechos pasados era menester aplicar todo el juicio, considerando bien las circunstancias y accidentes, las personas y el tiempo; porque *como esas segundas causas de los cielos siempre giran y con ellas se van mudando los aspectos de los astros*, que, si no mueven inclinan, se mudan también los efectos, mudadas las causas y los accidentes».

Fiel a este programa, tan pronto como llega el caso de poner en acción al protagonista que ha elegido por tema de sus recuerdos, afirma que era incuestionable que los movimientos de revuelta que los indios recelosos dejaban ver a la aproximación de don Francisco de Meneses, eran ocasionados «por los prodigios del cielo que anunciaban mudanza en la República, etc.»<sup>(117)</sup>.

Y como si aquel gobernador hubiese llamado especialmente la atención de la Divinidad, otro autor, en unos fragmentos inéditos sobre *Historia de Chile*, expresa: que «a la llegada de su sucesor [CXXIV] desvaneció un cometa que todos los días había aparecido desde su salida del Callao».

El mismo Rosales, de ordinario tan juicioso, no había podido escapar tampoco a esta vulgar opinión. «Y es, sobre todo, admiración, dice el buen padre con su atrayente estilo, el ver que estos indios fuertes, sin castillos, ni murallas..., baluartes, ni trincheras; sin armas de acero, sin bocas de fuego, ni piezas, de artillería; sin lanzas de hierro, espadas, ni alfanjes de acero, sino solo con armas e instrumentos de palo, hayan hecho tantos años tan valerosa oposición a las ventajosas armas españolas, peleando desnudos y armados solo con el esfuerzo que les da su altivo y poderoso ánimo, y *el que la constelación de su cielo les infunde*»<sup>(118)</sup>.

En general, es necesario avanzar mucho en el curso de la vida política de la colonia para poder encontrar en el camino histórico otra cosa que meros cronistas, simples relatores de lo que sabían por conocimiento personal o por ajenos testimonios. Carvallo y Goyeneche, bajo este punto de vista, supone cierto adelanto en su manera de escribir, discutiendo los hechos y esclareciendo por medio de notas los puntos más notables. Es, sin duda, el más moderno de aquellos autores bajo cualquier aspecto que se le mire.

Un sujeto muy dado también al estudio de la historia y contemporáneo de Carvallo, el padre fray Francisco Javier Ramírez, al tomar la pluma para redactar su *Cronicón sacro-imperial de Chile* formulaba un programa de lo que a su juicio se entendía por género histórico, y declaraba que «la historia no era ciencia matemática, en que todo es demostraciones y evidencias, tiene mucha luz, y medios y caminos por donde buscar la verdad y lo verosímil, así como el entendimiento tiene funciones y medios de conocerla. Puede muy bien servirse de la conjetura, de la persuasión y fe, de la opinión a falta de la ciencia o certeza científica».

Otro religioso también de la orden de San Francisco, que escribiría siglo y medio antes, no andaba, asimismo, muy fuera de quicio cuando al frente de su obra estampaba las frases siguientes: «Los [CXXV] hechos y acciones de los que viven ni se cuentan con seguridad, ni se oyen sin peligro. Los que tratan de darlos a luz pública buscan una gloria vana, una gloria incierta que se acaba con el mundo; y para nosotros el mundo se acaba con la vida. Pensar solo en el provecho de lo porvenir, sino es ambición, suena a capricho, o toca en vanidad: en ésta se enciende el fuego de la envidia y de la emulación; áspero y dificultoso es el camino. No pudiéndose negar que las acciones de los antiguos si se malician no se examinan; óyense con gusto las alabanzas de aquellos que, ya apartados de la envidia y del comercio de los vivos, con sus grandes hechos realzaron la flaqueza del ser humano; y si algún vituperio se da a las acciones de los que ya pasaron, no desagrada mientras disminuye la fama la mala opinión de lo presente. Empero, como los casos de los presentes corren por instantes y los futuros se ignoran, es fuerza que la prudencia alguna vez se valga de los pasados para que aprendamos en las

experiencias propias o en las ajenas, haciendo una política anatomía en las acciones y hechos de los que fueron para que se anime la virtud o se desengañe el vicio»<sup>(119)</sup>.

Debemos, por tanto, reconocer que si nuestros cronistas no supieron de ordinario elevarse a la consideración de las causas y efectos, fueron, sin embargo, bastantes sinceros para no consignar en sus escritos sino lo que estimaron digno de crédito. Hubo uno que otro que por gratitud o lisonja exageró méritos, pero pudieran contarse los que hicieron de su ministerio una arma de combate. Dejando aparte las crónicas versificadas, es constante que desde los orígenes de nuestra nación fueron consignándose para la posteridad los sucesos de la conquista. Aún puede agregarse que mientras las condiciones de existencia del país no se vieron medianamente aseguradas, no se pensó en escribir otra cosa. Fue necesaria una tranquilidad relativa, una holgura mayor para que naciesen otros géneros literarios, la teología principalmente, que por desgracia solo sirvió para extraviar entre nosotros durante [CXXVI] cierta época el curso del pensamiento. Pedro de Valdivia, sus compañeros que asistieran con él al combate, Góngora Marmolezo, Mariño de Lovera, las actas mismas del cabildo, todo da testimonio de aquellos años de asentamiento y de labor. Viene en seguida cierto interregno en que se fabricaron relaciones cortas sobre hechos determinados y especialmente sobre la guerra de Arauco, como las del licenciado Herrera, Diego Ronquillo, Gaspar de Salazar, fray Bernardo Becerril, Matienzo, Eraso, etc.<sup>(120)</sup>, como preparando los que más tarde habían de escribir Ovalle, Rosales, Jerónimo de Quiroga, Tesillo. Las relaciones biográficas y las descripciones de algunos parajes determinados del país motivaron también algunos trabajos estimables, que por la especialidad de materias de que tratan es difícil encontrar en estudios más generales. De repente, todo queda en silencio, y transcurre casi un siglo sin que se presente un solo historiador. Nace, por fin, don Pedro de Córbova y Figueroa, e inicia una nueva era a que pertenecieron Olivares, Carvallo y Pérez García.

La biografía, hablando propiamente, solo motivó en Chile relaciones absurdas de personajes de claustros. Esas obras no contienen ninguna enseñanza. A los tipos elegidos se les presentaba como a seres más que humanos, completamente ajenos a las luchas de la existencia, a las caídas del hombre como a sus triunfos: es difícil imaginar nada más fastidioso. Solo se oye repetir una nota falsa, sin una melodía ni un solo acorde. Y cuando llega a tomarse entre manos la vida de algún sujeto que hubiese figurado en la historia de la nación, los autores no supieron medirse en sus detalles y se hicieron reos de una desigualdad chocante.

Un género de trabajos que servía de auxiliar poderoso a la historia en un país que estaba por explorar, eran las narraciones de los viajeros, que con increíble valor y admirable constancia recorrieron la parte austral de nuestro territorio. La novedad de los sucesos tiene gran atractivo en esas aventuras extraordinarias, y nuestras impresiones son tanto más vivas cuanto que se trata [CXXVII] de un mundo nuevo que ofrecía espectáculos tan diversos a los de los pueblos civilizados de la vieja Europa. Escritos comúnmente en un lenguaje sin pretensiones, limítanse a dar cuenta de lo que acontecía diariamente, y su interés aparece vinculado por exclusivo a los actores y no a sus obras.

Es cosa singular, sin embargo, que a pesar de que tantos hombres distinguidos hicieron el viaje del Estrecho, a ninguno se la ocurriese contar a sus compatriotas las maravillas de aquellos países. Apenas sí en este orden podemos citar un corto manuscrito sin firma de autor, intitulado *Viaje que hice del Chile por el Cabo de Hornos*, destituido de todo

atractivo, y el *Viaje por España, Francia e Italia* de don Nicolás de la Cruz, cuyos tomos impresos circularon entre nosotros cuando se había dado ya el primer grito de independencia.

Escribir de la historia eclesiástica de un pueblo, es sin duda, hablar también de su historia política. Y este principio en parte alguna ha recibido más estrecha confirmación que en Chile, donde en verdad, el género histórico no ha tenido, como decíamos, más representante que la crónica. Excluyendo a Rosales y Olivares, que se ocuparon de referir por separado la vida de los jesuitas que aquí vivieron y las fundaciones que dejaron, todos los demás escritores, aún los que gastaron traje militar, dieron ancho campo en sus obras a la relación de los sucesos religiosos. Y a la inversa, Aguiar y Ramírez que estudian especialmente los orígenes religiosos, no pudieron prescindir, sobre todo el último, de hacer largas alusiones a los acontecimientos militares.

En Chile no hubo obras de imaginación. El padre mercedario fray Juan de Barrenechea y Albis, es cierto que tejió, con patente y pedantesca imitación de Virgilio, en un lenguaje pomposo y florido, las peripecias del matrimonio de dos indígenas y su conversión al catolicismo. Pero este fue el pretexto: su verdadero propósito lo debemos ver en las descripciones que introduce del destruido obispado de la Imperial, objeto de culto apasionado para los antiguos y religiosos chilenos.

En cuanto a la oratoria sagrada, existieron entre nosotros, a [CXXVIII] mediados del siglo XVII, algunos predicadores notables, que nos han dejado muestras del talento y del gusto que nuestros compatriotas admiraron. Cultivada en un principio principalmente por los jesuitas vino a verse más tarde en manos de algunos obispos que hicieron oír su voz hasta bien lejos de nuestra patria. Pero, cargada de citas latinas y teológicas y de una vana palabrería, don Felipe Gómez de Vidaurre declaraba que de todos los ramos a que los chilenos se dedicaron ha sido el último que, «ha principiado a ser lo que debe ser, sólida, razonada, fundada en razón y en discurso, y adornada con tpos y figuras, sin hinchazón de períodos, sin irreverentes versiones de la Sagrada Escritura».

«La sola elocuencia que se cultivara en España, añade M. de Sismondi, aún en los siglos del esplendor de la literatura, fue la del púlpito. Jamás en ninguna otra carrera un orador tuvo el permiso de dirigirse al público. Pero si la influencia de los eclesiásticos y las trabas con que habían abrumado el espíritu de la nación, destruyeron al fin casi por completo toda poesía, puede juzgarse lo que el arte oratorio llegaría a ser en sus manos. El estudio absurdo de un galimatías ininteligible, que se presentaba a la juventud bajo el nombre de lógica, de filosofía, de teología escolástica, falseaba sin remedio el espíritu de los que se dedicaban a la cátedra sagrada. Para formar su estilo no se les presentaba más modelo que el de Góngora y su escuela; y este lenguaje precioso e inflado, que él el primero llamara estilo culto, había llegado a ser el de todos los sermones. Los predicadores se esforzaban por formar periodos abultados y retumbantes, de los cuales cada frase era casi siempre un verso lírico; en acopiar palabras pomposas que se asombraban de verse unidas; en tergiversar la construcción de sus frases por el modelo de la lengua latina; y, fatigando el espíritu que deslumbraban, ocultaban a sus oyentes la falta de sentido de sus discursos. Apoyaban casi cada uno de sus períodos en una cita latina; pero con tal que repitiesen más o menos las mismas palabras, jamás buscaban una relación en el sentido, y se aplaudían, por el contrario, como de un rasgo espiritual, cuando, separándose de los textos de la Escritura, [CXXIX] encontraban medio de



expresar las circunstancias locales, los nombres, las calidades de los oyentes en el lenguaje de los escritores sagrados. Por lo demás, para procurarse tales adornos, no limitaban sus investigaciones a la Biblia; ponían a contribución todo lo que conocían de la antigüedad pagana, y más aún de los expositores de la antigua mitología, porque según el sistema de Góngora y la opinión que se tenía del estilo culto, el conocimiento de la fábula y su frecuente uso era lo que distinguía el lenguaje hermoso del lenguaje vulgar. La puntuación y los juegos de palabras, los equívocos, les parecían también golpes oratorios dignos de la cátedra sagrada, y los predicadores populares no se hubiesen contentado jamás si risas frecuentes y estrepitosas no les aseguraban el éxito. Atraer y dominar la atención desde el principio les parecía la esencia del arte, y para llegar a ello no juzgaban indigno despertar a su auditorio con alguna chocarrería, o casi escandalizarlo con un comienzo que parecía contener una blasfemia o una herejía, con tal que la continuación de la frase, que no venía jamás sino después de una larga pausa, explicase naturalmente lo que antes causara confusión»<sup>(121)</sup>.

En cuanto a los otros géneros de oratoria, parece fuera de duda que si el académico alcanzó entre nosotros un desarrollo insignificante, no sucedió lo mismo con los discursos jurídicos, en esos tiempos de oro para los curiales y de tanta distinción para los letrados. Litigaban las órdenes religiosas, las ciudades, el reino, los mismos tribunales, y con ese motivo se componían piezas que en muchas ocasiones revelan largo trabajo. Lo que, ante todo, distingue a esos escritos es el método con que están redactados, el inmenso cúmulo de citas con aires de erudición de que se procuraba revestirlos, y el abominable lenguaje con que se les presentaba.

Esto nos lleva a tratar de las obras, de jurisprudencia.

Hiciéronse notar en Santiago algunos miembros de la Audiencia por las muestras aventajadas que nos dejaron de su infatigable [CXXX] tesón para el trabajo, demostrando al mismo tiempo, que tenían un amplio conocimiento, no solo de las leyes civiles, sino también de los negocios administrativos, y que eran tan versados en el derecho canónico que no temían abordar las delicadas cuestiones de dogma y de disciplina eclesiásticas en aquella edad religiosa y crédula por excelencia. Mas, estos conocimientos diseminados en obras de más o menos extensión, este saber que hoy se encuentra tan poco en boga, formaba en esos años la delicia de los desocupados oidores de la colonia. Ellos necesitaban, además, por su posición espectable y los numerosos lances en que se veían envueltos con otras autoridades, y que, como se sabe, originaron el libro monumental del obispo Villarroel, tener muy presentes la multitud de reales cédulas y las diferentes prácticas acostumbradas, para salir airosos de aquellas batallas de frívolas competencias, pero que ellos estimaban más que el honor. De esta manera se explica por qué en Chile como en el resto de América, ingenios despejados fueron a buscar ocupación a su inteligencia por caminos que hoy nos parecen extraviados, pero que en ese tiempo eran los únicos que pudieran abrazar con lustre los hijos de la nobleza.

«Los criollos, dice Herrera, se dedicaban con frecuencia a la teología, porque si bien apenas podían aspirar a la magistratura y a la toga, estaban a su alcance las doctrinas y las canonjías»<sup>(122)</sup>.

Los estudios teológicos, como se deja entender fácilmente, encontraron gran favor en la colonia. Desde los primeros obispos que gobernaron las diócesis chilenas, comenzose a

cultivar con ardor este ramo de las letras. Florecieron también algunos místicos que nos legaron sus elucubraciones espirituales, especialmente algunos jesuitas que escribieron en el promedio del siglo XVIII.

Pero la teología buscó un lenguaje aparte y consignó sus sutiles distinciones en el idioma del Lacio, tan en favor entonces [CXXXI] entre nosotros como en el resto de América. Aún puede agregarse que su aprendizaje comprendía el de las ciencias, o al menos el de la física, entendida según las teorías de Aristóteles. Los jesuitas, que fueron los que produjeron obras más acabadas en la materia, gozaron de tal reputación en su enseñanza de este ramo que muchas de las órdenes religiosas enviaban sus estudiantes a las aulas de San Ignacio, olvidando esas pequeñas rivalidades que jamás dejaron de existir de convento a convento.

«En filosofía, no había, generalmente hablando, otro sistema que el peripatético, y en el que desplegaban los profesores y discípulos grandes recursos de ingenio, pero sin ninguna utilidad. Los criollos o españoles americanos, estaban casi siempre reñidos con los *chapetones* o españoles europeos en cuanto a las cuestiones filosóficas, pues los primeros eran *virtualistas*, y *tomistas* los segundos, según el lenguaje de las escuelas»  
(123).

Todo este ficticio sistema se desquició en gran parte con la salida de los jesuitas, que habían sido sus grandes propagadores; pero tocole casualmente a uno de ellos, que era entonces un simple estudiante, ocurriendo en el destierro a los recuerdos de una patria ausente que adoraba y a los dictados de su espíritu profundamente observador, legarnos el más bello monumento científico de la colonia. Llamábase este libro el *Compendio de la historia natural de Chile*, y era su autor el abate don Juan Ignacio Molina.

Antes de terminar este rápido bosquejo de nuestra antigua literatura, debemos insistir en un hecho por demás curioso y que hemos tenido oportunidad de insinuar ya en más de una ocasión, y es la notable coincidencia que se observa en la marcha de nuestras letras en relación con las de la Península. Florecían en España, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Villegas y en nuestra tierra los conquistadores se entregaban con ardor al ejercicio de la rima; Ovalle escribía el libro de estilo más acabado de aquella época, y Rosales estaba ya acopiando los materiales de su apreciable Historia. Termina en España el siglo de oro de su [CXXXII] literatura, y entre nosotros no se ve aparecer durante casi un siglo entero más que las indigestas obras teológicas a que acabamos de referirnos.

La decadencia de la nación española, que alcanzara su más alto desarrollo durante el reinado de Carlos II, se extendía a la vez a todos sus dominios. «Toda literatura concluía entonces en España, dice Sismondi: el gusto de las antítesis, de los *conectti*, de las más exageradas figuras, se había introducido en la prosa como en los versos; nadie osaba escribir sin llamar en su auxilio, sobre el tema más sencillo, todos sus conocimientos mitológicos, sin citar en apoyo de su más vulgar pensamiento, a todo los autores de la antigüedad: no podía expresarse el sentimiento más natural sin hacerlo resaltar por una imagen pomposa»  
(124).

Por el contrario, inicia Luzán una favorable reacción con sus antecedentes del gusto francés, y al mismo tiempo se ve nacer de nuevo entre nosotros el cultivo de la historia.

¿Era todo esto un hecho casual? ¿Era simplemente el eco de las influencias de la madre patria?...

△

## Capítulo I

Don Alonso de Ercilla<sup>(125)</sup>

▽△

### - I -

Primeros años de su vida.- Viaje a Chile.- Cómo nació la *Araucana*.- Algunas de sus aventuras en Arauco.- Expedición a Chiloé.- Ercilla y don García Hurtado de Mendoza.- Lo que hizo antes de llegar a España.- Su vida en Europa.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga<sup>(126)</sup>, caballero del Orden de Santiago y gentilhombre de la cámara del emperador Rodolfo II, nació en Madrid<sup>(127)</sup>, el 7 de agosto de 1533<sup>(128)</sup>. Fue su padre Fortún García de Ercilla, caballero de la misma Orden, señor del antiguo castillo y solar de Ercilla, gran jurista que por sus obras y raro ingenio fue llamado por los extranjeros el *sutil español*; y su madre doña Leonor Zúñiga, señora de Bobadilla hasta la muerte [2] de su marido, y durante viuda, guardadamas de la emperatriz doña Isabel. Su abuelo Martín Ruiz de Ercilla fue también persona muy distinguida, y tan autorizados, en general, los Ercillas en la corte que un hermano de Alonso llamado don Juan sirvió de limosnero mayor a la reina Ana de Austria y de maestro al príncipe Fernando<sup>(129)</sup>.

Constaba la familia del poeta de tres hermanas y otros tantos varones, el menor de los cuales era Alonso, que a la muerte de su padre contaba apenas poco más de un año.

No tuvo mucho que sufrir doña Leonor con la pérdida de su esposo, pues quedaba en una situación holgada, y mediante las influencias de su puesto no tardó en hacer paje del monarca que debía llamarse Felipe II a su hijo menor que a la fecha, sin embargo, no pasaba de ser un niño. Llegaba escasamente a los catorce años cuando le tocó acompañar a su señor en el viaje que hizo a los estados de Flandes a tomar posesión del ducado de Brabante, alternando en ocasión de tanto brillo entre espectáculos y festejos y rozándose con los personajes de más nota.

Desde entonces demostró cierto despejo y una notable inclinación a inquirir lo que no sabía. El año 1551 en que regresaba a España después de haber recorrido varias veces lo mejor de Alemania, Francia e Inglaterra, contaba solo veintiún años: había alcanzado a algunos de los contemporáneos de Colón y tratado a no pocos de los conquistadores de Méjico y el Perú; llevaba solo dos años a don García Hurtado de Mendoza y le conocía ya desde París y Londres.

Asistía el joven Alonso en esta ciudad con el rey Felipe cuando llegaron nuevas de la sublevación de los indios araucanos que costara la muerte a Pedro de Valdivia y que prometía dar cuenta de todo lo conquistado hasta entonces.

Se encontraba a la sazón en la corte Jerónimo de Alderete, nombrado capitán y adelantado con cargo de pacificar el rebelde suelo de Chile: partió con él Ercilla, empuñando por primera vez [3] la espada, y después que la expedición se desorganizó con la muerte del jefe ocurrida en Taboga, siguió su viaje hasta llegar a Lima.

Tan «romántica resolución», como dice Ticknor, era demasiado trascendental para los destinos de nuestro hombre para que se hubiese olvidado de recordarla en su *Araucana*, y en efecto, en el canto XIII habla de ella en estos términos;

...Estando en Inglaterra en el oficio  
que aún la espada no me era permitida,  
llegó allí la maldad en deservicio.  
Vuestro, por los de Arauco cometida,  
y la gran desvergüenza de la gente  
a la real corona inobediente.  
Y con vuestra licencia, en compañía  
del nuevo capitán y adelantado  
caminé desde Londres hasta el día  
que le dejé en Taboga sepultado;  
de donde, con trabajos, y porfía  
de la Fortuna y vientos, arrojado  
llegué a tiempo que pude juntamente  
salir con tan lucida y buena gente.

Se refería el autor con estas últimas palabras al socorro que el virrey del Perú despachaba al mando de su hijo don García Hurtado de Mendoza, y como era natural, no trepidó en embarcarse para el país que iba a satisfacer su espíritu de aventuras, darle ocasión de combatir por su rey y acaso olvidar en una muerte gloriosamente recibida las penas que es de creer amargaban entonces su corazón de joven.

Cuando pisó la playa de Talcahuano se encontró con la comarca toda revuelta; juzgose, en consecuencia, necesario resguardarse en un fuerte, que hubo que construir mientras venía la ocasión de tomar la ofensiva con los refuerzos que venían caminando de Santiago; mereciendo elogios la conducta del soldado novel por su actividad y comportamiento en aquella operación<sup>(130)</sup>.

Desde el primer ataque de los indios, que no se hizo esperar, y en el cual don Alonso logró que se dijese de él «que había [4] hecho con la espada aún más de lo que hizo con la pluma»<sup>(131)</sup>, sintió el poeta en su interior que esos guerreros toscos pero valientes y esforzados no era fácil reducirle, y que la noble empresa en que se hallaban empeñados era digna de celebrarse y de trasmitirse a la posteridad. Y si esto debió ocurrirle sin esfuerzo, por lo mismo no se olvidó de consignarlo al frente del poema, que sin duda desde el primer momento concibió su espíritu, despertando su instinto poético y haciéndole pensar en una distracción tan grata como provechosa.

Fue, pues, en balde que intentase cantar solo las hazañas de sus compatriotas, porque ahí estaban los araucanos con su denuedo, con su patriotismo y su constancia para

distraer su atención y llevarla por la fuerza a celebrar la heroicidad de acciones que, aún cerrando los ojos, no habría podido menos de mentir; mucho más si se toma en cuenta la hidalguía de su carácter altamente imparcial, justiciero y humanitario.

Por lo tanto, el Arauco y sus pobladores, las empresas realizadas en ese estrecho pedazo de tierra, fueron las que despertaron el genio poético de Ercilla e influenciaron completa y decididamente las tendencias de su obra. A no haberse tratado más que de los españoles o de otros enemigos que los araucanos, es muy probable que jamás hubiese intentado hacer resonar la trompa épica en otras soledades que no fuesen las de Puren. De aquí por qué la *Araucana* es eminentemente chilena y debe ocupar un lugar en nuestra literatura; siendo digno de notarse que no sucedía en Ercilla lo que en algunos de sus compatriotas que desde sus primeros años demostraron decidida inclinación a versificar, de tal modo que ella habría germinado en cualquier lugar y ocasión que fuese. Nuestro poeta no contaba más bagaje literario en esta época que cierta «Glosa» conservada en el *Parnaso español* y que más tarde tendremos oportunidad de examinar.

Otros escritores, como los que sucedieron a Ercilla, pudieron recibir sus inspiraciones de fuentes muy heterogéneas, de sus propias [5] impresiones, de sus lecturas, de la imaginación; pero Ercilla solo a sí mismo y a los paisajes que le rodeaban y a los actores entre los cuales se movía, debe única y exclusivamente la mejor producción de su talento y su timbre inmortal de gloria. Comenzó a rolar entre aquellos jefes indios de un valor que los acercaba a los antiguos héroes de la mitología, de resistencia incontrastable, entre los Caupolicán, Rengo, Tu capel, etc., a quienes conoció desde el día mismo de su llegada puede decirse, y no le fue posible excusarse de salvar del olvido hechos memorables, hechos reales y verdaderos y que sin embargo se prestaban a la entonación de la poesía épica. Tendrá, pues, ante sí una historia y una epopeya y lejos de amedrentarse por ello, cobrará ánimos, luchará contra la escasez de recursos materiales y de tiempo ¡y la obra estará hecha! Y cuando en ella llegó ya a la parte en que realmente le correspondía un papel activo, después de haber relatado la historia precedente del país hasta su arribo, a fuer de imparcial y sincero, el mismo tiempo que tiene cuidado de expresarlo, demuestra sus propósitos ulteriores, los móviles a que obedece, la intervención que en los lances que se van a seguirle ha cabido:

Hasta aquí, lo que en suma he referido  
yo no estuve, señor, presente a ello;  
y así, de sospechoso, no he querido  
de parciales intérpretes saberlo:  
de ambas las mismas partes lo he aprendido,  
y pongo justamente solo aquello  
en que todos concuerdan y confieren,  
y en lo que en general menos difieren.

Pues que, en autoridad de lo que digo,  
vemos que hay tanta sangre derramada,  
prosiguiendo adelante, yo me obligo,  
que irá la historia más autorizada:  
podré ya discurrir como testigo

que fue presente a toda la jornada,  
sin cegarme pasión, de la cual huyo,  
ni quitar a ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado  
que no haya por mis pies sido medida;  
golpe ni cuchillada no se ha dado  
que no diga de quien es la herida; [6]  
de las pocas que di estoy disculpado,  
pues tanto por mirar, embebecido  
trajo la mente en esto y ocupada,  
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó a que yo escribiese  
con mi pobre talento y torpe pluma,  
fue que tanto valor no pereziese,  
ni el tiempo injustamente lo consuma:  
que el mostrarme yo sabía me moviese,  
ninguno que lo fuese lo presuma:  
que, cierto, bien entiendo mi pobreza  
y de las flacas sienes la estrechez.

De mi poco caudal bastante indicio  
y testimonio aquí patente queda:  
va la verdad desnuda de artificio,  
para que más segura pasar pueda:  
pero si fuera desto lleva vicio,  
pido que por merced se me conceda  
se mire en esta parte el buen intento,  
que es solo de acertar y dar contento:

que aunque la barba el rostro no ha ocupado,  
y la pluma a escribir tanto se atreve,  
que de crédito estoy necesitado,  
pues tan poco a mis años se lo debe;  
espero que será, señor, mirado  
el celo justo y causa que me mueve;  
y esto la voluntad se tome en cuenta  
para que algún error se me consienta.

*Canto XII*



Según esto, la historia de don Alonso de Ercilla en Chile será la misma *Araucana* estudiada paso a paso, encuentro por encuentro, lance por lance, pues como repite en otra parte hablando de sus compañeros:

Yo con ellos también que vez ninguna  
dejé de dar un tiento a la fortuna.

Si, en consecuencia, podemos omitir muchos detalles, no debemos silenciar algunos de los especiales recuerdos del poeta en esta campaña sembrada de penurias y peligros y de extrañas extraordinarias aventuras.

Sea uno la batalla de Millarapue. Después de referir don Alonso el comienzo de la refriega y los prodigios de valor intentados por [7] uno y otro bando, expresa que los indios iban ya en retirada y se metían por un bosque, cuando llegando Rengo en su auxilio

Cobrando luego el ánimo perdido,  
con nuevo esfuerzo y muestra confiada,  
con escuadrón formado y escogido  
vuelve el rostro y pechos esforzados  
a la corriente de los duros Hados.

Yo, que de aquella parte discurriendo  
a vuelta del rumor también andaba,  
la grita y nuevo estrépito sintiendo  
que en el vecino bosque resonaba,  
apresuré los pasos, acudiendo  
hacia donde el rumor me encaminaba,  
viendo al entrar del bosque detenidos  
algunos españoles conocidos.

Estaba a un lado Juan Remón gritando:  
«Caballeros, entrad, que todo es nada»;  
mas ellos el peligro ponderando,  
dificultaban la dudosa entrada.  
Yo, pues, a la sazón a pie arribando  
donde estaba la gente recatada;  
Juan Remón que me vio luego frente,  
quiso obligarme allí públicamente.

Diciendo: «¡oh! ¡don Alonso! quien procura  
ganar estimación y aventajarse,  
éste es el tiempo y ésta es coyuntura

en que puede con honra señalarse:  
no impida nuestra suerte esa espesura  
donde quieren los indios entregarse,  
que al que abriese la entrada defendida  
le será la victoria atribuida».

Oyendo, pues, mi nombre conocido  
que todos volvieron a mirarme,  
del horror y vergüenza compelido,  
no pudiendo del trance ya excusarme,  
por lo espeso del bosque y más temido  
comencé a romper y aventurarme...

.....

Tendidos por el campo amontonados  
los indómitos bárbaros quedaron,  
y los demás con pasos ordenados,  
como ya dije, atrás se retiraron;  
de manera que ya nuestros soldados  
recogiendo el despojo que hallaron,  
y un número copioso de prisiones,  
volvieron a su asiento y pabellones.

..... [8]

Yo, que estaba a par dél, (Galvarino) considerando  
el propósito firme y osadía,  
me opuse contra algunos procurando  
dar la vida a quien ya la aborrecía;  
pero al fin los ministros porfiando  
que a la salud de todos convenís,  
forzado me aparté y él fue llevado  
a ser con los caciques justiciado.

*Canto XXVI*

Este episodio que muestra el arrojo del poeta no será tampoco el último en que veamos en esta historia lucir en compasión para con enemigos inermes, pues sin ir más lejos, la muerte de Caupolicán va luego a presentarle ocasión de oponerse a otra bárbara crueldad.

Poco después del hecho de armas referido, los indios dieron un asalto a los cristianos en las quebradas de Puren, en que

Como cuando se ve el airado cielo  
de espesas nubes lóbregas cerrado  
querer hundir y arruinar el suelo

de rayos, piedra y tempestad cargado;  
las aves mata en medio de su vuelo,  
la gente, bestias, fieras y ganado  
buscan corriendo, acá y allá perdidas  
los reparos, defensas y guaridas;

Así, los españoles constreñidos  
de aquel granizo y tempestad furiosa,  
buscan por todas partes mal heridos  
algún árbol o peña cavernosa,  
de reparados algo y defendidos,  
con la virtud antigua y generosa,  
cobrando nuevo esfuerzo y esperanza,  
a la victoria aspiran y venganza:

Y desde allí con la presteza usada,  
las apuntadas miras acertando,  
les comienzan a dar una rociada,  
muchos en poco tiempo derribando.  
Ya por la áspera cuesta derrumbada  
venían cuerpos y peñas volteando  
con un furor terrible y tan extraño  
que muertos aún hacían notable daño.

Así andaba la coma, y entre tanto  
que en esta estrecha plaza peleaban,  
con no menos revuelta al otro canto  
donde mayores voces resonaban,  
se habían los indios desmandado tanto [9]  
que ya el bagaje y cargas saqueaban,  
haciendo grande riza y sacrificio  
en la gente de guarda y de servicio.

.....

Viéndonos ya vencidos sin remedio  
por la gran multitud que concurría,  
procuré tentar el postrer medio  
que en nuestra vida y salvación había;  
y así, rompiendo súbito por medio  
de la revuelta y empachada vía  
llegué do estaban hasta diez soldados

en un hueco del monte arrinconados,

diciéndoles el punto en que la guerra  
andaba de ambas partes tan reñida  
que, ganada la cumbre de la sierra,  
la victoria era nuestra conocida;  
porque toda la gente de la tierra  
andaba ya en el saco embebecida,  
y solo en ver así ganado el alto  
los bastaba a vencer el sobresalto.

Luego, resueltos a morir de hecho,  
todos los once juntos de cuadrilla  
los caballos echamos al repecho  
cada cual soliviado alto en la silla:  
y aunque el fragoso cerro era derecho,  
por la tendida y áspera cuchilla  
llegamos a la cumbre deseada,  
de breña espesa y árboles poblada.

Saltamos a pie todos al momento,  
que ya allí los caballos no prestaban,  
que llenos de sudor, faltos de aliento,  
no pudiendo moverse, ijadeaban:  
donde sin dilación ni impedimento,  
al lado que los indios más cargaban,  
en derecho y gran derrumbadero  
nos pusimos a vista y caballero.

Dándoles una carga de repente  
de arcabuces y piedras que os prometo  
que aunque llevó de golpe mucha gente,  
hizo el súbito miedo más efecto:  
y así remolinando torpemente,  
les pareció, según el grande aprieto,  
moverse en contra de ellos cielo y tierra,  
viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza  
en nuestra ayuda algunos arribaron,  
que deseosos de áspera venganza

el daño y miedo en ellos aumentaron, [10]  
tanto que ya, perdida la esperanza,  
a retirarse algunos comenzaron,  
poniendo presto pies en la huida  
remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por ésta,  
cargado de fardel o saco, guía;  
cuál por lo más espeso de la cuesta  
arrastrando el ganado se metía:  
cuál con hambre y codicia deshonesto,  
por solo llevar más se detenía,  
costando a más de diez allí la vida  
la carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando  
saqueados en parte y vencedores,  
la victoria y honor solemnizando  
con trompetas, clarines y atambores,  
al rumor de los cuales caminando,  
con buena guardia y diestros corredores,  
llegamos al real todos heridos,  
donde fuimos con salvas recibidos.

*Canto XXVIII*

Pero el acontecimiento que el poeta refiere verdaderamente complacido y que deja traslucir muy bien sus inclinaciones y espíritu aventurero, es aquella famosa expedición a Chiloé, que vamos a relatar en seguida.

El joven Hurtado de Mendoza había llegado en el territorio chileno hasta «do nadie jamás pasado había», y deseoso aún de conocer y certificarse de lo que más allá existiera, dio permiso a sus soldados para que sin demora plantasen sus pisadas en aquella región desconocida, acaso un nuevo orbe cuajado de riquezas y glorias.

Luego, pues, de tropel toda la gente  
a la plática apenas detenida,  
pisó la nueva tierra libremente,  
jamás del extranjero pie batida;  
y con orden y paso diligente,  
por una angosta senda mal seguida  
en larga retahíla, y ordenada,  
dimos principio ala primer jornada.

*Canto XXXV*

Caminaron así los expedicionarios por espacio de algunos días, abriéndose paso trabajosamente por entre la espesura de bosques [11] vírgenes, sin más guía que el sol cuando se mostraba; subiéndose a veces a lo alto de las montañas y corriendo por entre peligrosísimos despeñaderos o perdidos en lo hondo de quebradas casi privadas de la luz; hasta que al bajar de un collado, dice Ercilla,

Vimos salir diez indios de repente  
por entre un arcabuco y breña espesa,  
desnudos, en montón, trotando apriesa.

¡Era Tunconobal y sus compañeros que venían a disuadir a los expedicionarios de su proyectada aventura! No hagáis tal, les dijo, de pasar adelante: si buscáis riquezas apenas hallareis un país miserable que escasamente produce un grosero alimento a sus habitantes. Además, la senda se hace cada vez más áspera y fragosa y de seguro que ninguno de ustedes dará la vuelta. Agrega entonces el poeta:

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,  
que era de proseguir siempre adelante,  
y que el fingido aviso malicioso  
a volvernós atrás no era bastante,  
con un afecto tierno y amoroso,  
mostrando en lo exterior triste semblante,  
puesto un rato a pensar, afirmó cierto  
haber cerca otro paso más abierto.

Al fin de otros cuatros días de camino siempre por sendas peligrosas, huyose el guía que llevaba la columna, pero todavía incontrastables en su ánimo de dar fin al proyectado descubrimiento, siguieron y siguieron. Comenzó a atormentarlos la lluvia continua de las regiones australes, las nubes les ocultaron el cielo, los pantanos los detenían a cada paso, las breñas y rosales los tenían lastimados. Todavía la falta de provisiones vino a aquejarlos con el hambre;

Pero luego también considerando  
la gloria que el trabajo aseguraba,  
el corazón los miembros reforzando,  
cualquier dificultad menospreciaba  
..... [12]

Siete días perdidos anduvimos  
abriendo a hierro el impedido paso,  
que en todo aquel discurso no tuvimos  
do poder reclinar el cuerpo laso;  
al fin una mañana descubrimos  
de Ancud el espacioso y fértil raso,  
y al pie del monte y áspera ladera



un extendido lago y gran ribera.

Desde allí divisaban el archipiélago que cruzaban las piraguas de isla en isla; ¡era un pueblo el que nacía del mar! Arrodillados en las alturas del que hoy se llama seno de Reloncaví, llenos de gozo y de ternura, dieron esos valientes a Dios las gracias porque así había querido escaparlos de tantos peligros, terminando sus fatigas y regalando a su ambición nuevas conquistas y a la religión nuevos prosélitos.

Aquella gente que por primera vez se ofrecía a sus miradas, era bondadosa y sencilla;

Daban bien a entender que la codicia  
aún no había penetrado a aquellas tierras;  
ni la maldad, el robo y la injusticia,  
alimento ordinario de las guerras,  
entrada en esta parte habían hallado,  
ni la ley natural inficionado.

Salían a verlos al camino, suspensos y admirados, como cosa milagrosa; a porfía les ofrecían sus pobres regalos; los invitaban a que se quedasen en sus posesiones, y sobre todo no se cansaban de mirar a los caballos y de espantarse del fiero estruendo de la pólvora. Caminaban ellos siempre al sur, costeano la «torcida ribera», y descubriendo numerosas y pobladas islas que se ensanchaban y crecían más y más a la distancia. Yo, dice Ercilla,

Yo, que fui siempre amigo e inclinado  
a inquirir y saber lo no sabido,  
que por tanto trabajo arrastrado  
la fuerza de mi estrella me ha traído,  
de alguna gente moza acompañado,  
en una presta góndola metido,  
pasé a la principal isla cercana,  
al parecer, de tierra y gente llana.

..... [13]

Pues otro día que al campo caminaba,  
que de nuestro viaje fue el tercero,  
habiendo ya tres horas que marchaba,  
hallamos por remate y fin postrero  
que el gran lago en el mar se desaguaba  
por un hondo y veloz desaguadero,  
que su corriente y ancha travesía  
el paso por allí nos impedía.

Una gran tristeza se apoderó entonces de todos. ¡No podían pasar a nado la corriente los caballos, las piraguas no podían soportar peso tan grande, volver atrás era la muerte! Visto el apuro en que se hallaban, un joven indio se ofreció alegre a volverlos por otro

camino mejor que el que habían traído, trayendo con la nueva la alegría a los semblantes y la esperanza de un próximo regreso, porque ya señales manifiestas anunciaban el crudo invierno de esas regiones.

El poeta añade aquí:

Mas yo que mis designios verdaderos  
eran de ver el fin desta jornada,  
con hasta diez amigos compañeros,  
gente gallarda, brava y arriscada,  
reforzando una harca de remeros,  
pasé el gran brazo y agua arrebatada,  
llegando a zabordar, hechos pedazos  
a puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,  
sin lengua y sin noticia, a la ventura,  
áspera al caminar y pedregosa,  
a trechos ocupada de espesura;  
mas visto que la empresa era dudosa  
y que pasar de allí sería locura,  
dimos la vuelta luego a la piragua,  
volviendo a atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito,  
que era poner el pie más adelante,  
fingiendo que marcaba aquel distrito,  
cosa al descubridor siempre importante,  
corrí una media milla, do un escrito  
quise dejar para señal bastante,  
y en el tronco que vi de más grandeza  
escribí con cuchillo en la corteza:

«Aquí llegó<sup>(132)</sup>, donde otro no ha llegado,  
»don Alonso de Ercilla, que el primero [14]  
»en un pequeño barco deslastrado,  
»con solo diez pasó el desaguadero<sup>(133)</sup>,  
»el año de cincuenta y ocho entrado  
»sobre mil y quinientos, por febrero,  
»a las dos de la tarde, el postrer día,  
»volviendo a la dejada compañía».

Llegado, pues, al campo que aguardando  
para partir nuestra venida estaba,  
que el riguroso invierno comenzando  
la desierta campaña amenazaba;  
el indio amigo práctico guiando,  
la gente alegre el paso apresuraba;  
pareciendo el camino aunque cerrado,  
fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,  
que siempre en su opinión estuvo fijo,  
y por una encubierta selva espesa  
nos sacó de la tierra, como dijo.

*Canto XXXVI*

Pero de cuantas aventuras le acontecieron al poeta en Chile, ninguna que merezca llamar tanto la atención como la que le ocurrió con el mismo gobernador don García Hurtado de Mendoza, a cuyas órdenes servía. Desde luego, ella influyó grandemente en los destinos de Ercilla conduciéndolo a Europa, y sobre todo, hizo nacer en la literatura referente a Chile y en torno de la [15] *Araucana* una serie de escritos destinados a contraponerse los unos a los otros, como se habían opuesto entre sí las personas de don García y don Alonso.

Como se recibiese en Chile a la entrada del verano de 1558 la noticia del advenimiento al trono de España del rey Felipe II, dispuso don García que en la Imperial, donde se hallaba, se celebrara el feliz suceso con fuegos de sortijas, cañas y estafermo.

Al decir del cronista contemporáneo Góngora Marmolejo, en uno de esos días destinados a las fiestas, se le ocurrió al gobernador salir por una puerta falsa de su posada, disfrazado con una máscara, «a correr ciertas lanzas en una sortija». Iban delante muchos hombres principales y más cerca de su persona Ercilla y Pedro Olmos de Aguilera, cuando otro caballero llamado Juan de Pineda pretendió meterse entre los dos. Don Alonso que advirtió el intento, revolvió hacia a él echando mano a la espada, haciendo don Juan otro tanto. «Don García que vio aquella desenvoltura, tomó una maza que llevaba colgando del arzón de la silla y arremetiendo el caballo hacia don Alonso, como contra hombre que se había revuelto, le dio un gran golpe de maza en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron a la iglesia de nuestra Señora y se metieron dentro»<sup>(134)</sup>.

Un cronista de la religión agustina en América, el padre Bernardo de Torres, refiere el incidente de modo muy diverso. Según él, cuando la comitiva de caballeros se hallaba en la iglesia Mayor de la Imperial, ya para celebrarse los divinos oficios, Pineda y Ercilla tuvieron cierto altercado respecto a la precedencia en los lugares, acalorándose con las palabras y echando luego mano a la espada. El concurso sin más se dividió en dos bandos y allí mismo se armó una verdadera pendencia que no podían contener ni los sacerdotes ni el gobernador<sup>(135)</sup>.

Don Pedro Mariño de Lovera hace estribar también la discordia [16] de los dos capitanes sobre quién había de ir en mejor lugar a las fiestas dispuestas por don García; pretendiendo que por haber éste divisado a Ercilla sacar primero la espada, «recelándose no fuese alguna traición de las que en estos lances se han experimentado en las Indias... cargó luego sobre él, y dándole en las espaldas un furioso golpe con una maza de armas que tenía en la mano, le partió del caballo abajo y mandó al capitán de la guardia le llevase preso a buen recaudo»<sup>(136)</sup>.

Por último, el doctor Suárez de Figueroa da lugar al hecho de que tratamos en estos términos:

«...Hubo entre otros regocijos, estafermo a que salieron muchos armados. Sobre quién había herido en mejor lugar, hubo diferencia entre don Juan de Pineda y don Alonso de Ercilla, pasando tan adelante, que pusieron mano a las espadas. Desenvaináronse en un instante infinitas de los de a pie, que sin saber la parte que habían de seguir, se confundían unos con otros, creciendo el alboroto en extremo»<sup>(137)</sup>.

Cualquiera de estas relaciones que se adopte<sup>(138)</sup> (puesto que la del poeta es tan vaga) todos están conformes en atestiguar que los dos campeones fueron sacados de la iglesia en que se habían asilado para ser llevados a degollar públicamente, de orden del severo e implacable gobernador, y como dice Ercilla,

...cuando estuvo en el tapete ya entregado  
al agudo cuchillo la garganta,

se obtuvo la revocación de la fatal sentencia. Don García presintió muy bien que hacía en este caso alarde de una rigidez extremada por un hecho de poca importancia y sin ulteriores consecuencias; pronto supo el clamor general que se levantaba en el pueblo [17] contra sus órdenes, y por no verse obligado a usar de condescendencia con las súplicas que iban a lloverle, se encerró con llave en su aposento, sin permitir que nadie se le acercase.

Pero tantas eran las simpatías con que los dos jóvenes y desgraciados caballeros contaban en la ciudad que, al decir de un autor, las damas en persona escalando la morada de don García por una ventana fueron a arrancarle el perdón de los reos.

Tan críticos fueron en verdad los extremos a que los presos llegaron que el buen padre Torres nada creyó más oportuno que suponer en el caso la intervención divina, refiriendo con gran seriedad que San Agustín en persona inspiró al gobernador su última resolución, movido del voto que le hizo Pineda de vestir el hábito a su religión.

Lo cierto del caso fue que por más que los apologistas de Hurtado de Mendoza intentaron más tarde excusarlo de su proceder, cuando vieron el gran nombre que el autor de la *Araucana* se había conquistado, cargando la culpa a su teniente Luis de Toledo, jamás consiguieron desvanecer el reproche de injusto y de «mozo capitán acelerado» que el poeta le diera en un momento impercedero.

Al fin, los dos jóvenes caballeros salieron desterrados, yendo Pineda a morir a Lima<sup>(139)</sup> de fraile agustino y en opinión de gran religioso, y preparándose ya Ercilla para pasar a España. En la obra en que trabajaba desde entonces solo tuvo dos palabras para su mal

juez; pero al paso que el poeta se ceñía con ella los lauros de la inmortalidad, el magnate solo procuraba escapar al olvido y vindicarse de tan desdeñoso silencio: con eso Ercilla estaba vengado y algunos sinsabores, sin embargo, debió acarrearle posteriormente un lance tan en mala hora acontecido: algunos años después había de verse defraudado en sus pretensiones por influjos de la poderosa familia a quien dejaba resentida, y escritores [18] asalariados hubieron más tarde de tratar de ridiculizarlo en las tablas; pero...

Calló su esfuerzo el Araucana;  
tuya, marqués, la culpa fue aquel día  
de oscurecer tu gloria soberana:  
pites con tan raro autor así te hubiste  
que su sublime voz enmudeciste<sup>(140)</sup>.

Durante el tiempo que el poeta permaneció todavía en Chile estuvo constantemente preocupado del agravio que recibiera, hasta que, como él dice,

...después del asalto y gran batalla  
de la albarrada de Quiepo, temida  
donde fue destrozada tanta malla,  
y tanta sangre bárbara vertida,  
fortificado el sitio y la muralla,  
aceleré mi súbita partida.

.....

Y en un grueso barcón, bajel de trato,  
que velas altas de partida estaba,  
salí de aquella tierra y reino ingrato,  
que tanto afán y sangre me costaba;  
y sin contraste alguno ni rebato,  
con el austro que en popa nos soplaba,  
costa a costa y a veces engolfado  
llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada  
por el gran Marañón hizo la gente,  
donde Lope de Aguirre en la jornada  
más que Nerón y Herodes inclemente,  
pasó tantos amigos por la espada  
y a la querida hija juntamente,  
no por otra razón ni causa alguna  
más de para morir juntos a una.

Y aunque más de dos mil millas había  
de camino, por partes despoblado,  
luego de allí por mar tomé la vía,  
a más larga carrera acostumbrado: [19]  
y a Panamá llegué do el mismo día,  
la nueva por el aire había llegado  
del desbarate y muerte del tirano,  
saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en Tierra-Firme detenido  
por una enfermedad larga y extraña;  
mas luego que me vi convalecido,  
tocando en las Terceras vine a España;  
donde no mucho tiempo detenido.  
Corrí la Francia, Italia y Alemaña,  
a Silesia y Moravia hasta Posonia,  
ciudad, sobre el Danubio, de Panonia.

Pasé y volví a pasar estas regiones,  
y otras y otras por ásperos caminos,  
traté y comuniqué varias naciones,  
viendo cosas y casos peregrinos,  
diferentes y extrañas condiciones,  
animales terrestres y marinos,  
tierras jamás del cielo rociadas  
y otras a eterna lluvia condenadas<sup>(141)</sup>.

Cuando Ercilla llegó a España vino a saber que su madre había muerto en Viena, por cuya razón tuvo que marchar a Alemania en busca de su hermana Magdalena, dama de la reina que estaba para casarse; no sin haber impuesto antes al rey Felipe de las penalidades y aventuras que había corrido en el Nuevo Mundo.

Cuando volvió, a principios de 1564, hizo el viaje por los cantones suizos y el Languedoc, viéndose detenido por las nieves en el puerto de San Adrián, en Mondragón y otros pueblos, donde es probable conociese al historiador Garibay que habló de él en sus Genealogías.

Ya en su patria se dedicó a poner en orden sus papeles y a preparar los materiales para la *Primera parte de la Araucana*, que vio la luz por vez primera en 1570.

A principios de este mismo año había contraído matrimonio con doña María de Bazán, dama de ilustre prosapia, que le proporcionó no interrumpida ventura hasta el fin de sus días. Fueron padrinos de la boda la reina doña Isabel de la Paz y el emperador [20]



Rodulfo, pero otros dicen<sup>(142)</sup> que la madrina debió ser doña Ana de Austria porque Isabel había fallecido en 1568.

No nacieron hijos de esta unión, aunque Ercilla los había tenido antes de casarse: uno de ellos, don Diego, vino al mundo en 1566, y otro, María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz María, casó muy ventajosamente con don Fadrique de Portugal.

En 1571 Felipe II le dio el hábito de Santiago, y en el aniversario de la batalla de Millarapue decidida por su arrojo, lo armó caballero el que después fue duque de Lerma.

Aún por tres años continuó todavía en el favor real; y sin duda que debió perderlo inmerecidamente cuando más tarde jamás quiso llamarse gentilhombre de Felipe II y sí de Rodulfo. Pasó, después a Nápoles de donde debía salir a combatir a los turcos que sitiaban a Túnez; pero a su llegada supo que los sitiados habían sucumbido. Fuese entonces a Roma, siendo presentado en 6 de abril de 1575 al papa Gregorio XIII que había conocido al padre del poeta. Mucho agradaron a Su Santidad las aventuras y que Ercilla le relató, especialmente las que se referían al estrecho de Magallanes, despidiéndolo colmado de indulgencias.

Cuarta vez pasó don Alonso a Alemania, siendo graciosamente acogido por el emperador Maximiliano y por la reina María, a quien sirviera en otro tiempo doña Leonor de Zúñiga. En setiembre de 1575 asistió a la coronación de Rodulfo, su padrino, por rey de Bohemia, y en Ratisbona, a su elección de rey de los romanos; antes le había creado ya su gentilhombre y cúpole en esas ceremonias, como su camarero que era, llevarle la falda...

Visitó esta vez la Estiria, Corintia y Croacia, regresando a España por Italia en 1577. Este mismo año fue a Ucles a profesar de caballero de Santiago en manos del prior Diego Aponte de Quiñones, posteriormente obispo de Oviedo.

Sin ánimo de salir de Madrid, se dedicó en 1578 a la impresión de la *Segunda parte* de su *Araucana*<sup>(143)</sup>; pero a poco se le dio [21] comisión de ir a recibir a Barcelona al duque y duquesa de Branevich con cargo de dar cuenta de su cometido al rey, donde quiera que se hallase, por cuya razón tuvo que avanzar hasta Zaragoza. Prodigios de ingenio debió Ercilla desplegar esta vez para impedir que sus huéspedes, se penetrasen de que el monarca no deseaba verlos, porque así era la voluntad real.

Por esta época quiso el antiguo soldado de la guerra de Arauco ir a pelear a Portugal, merced; tal vez a las influencias de Hurtado de Mendoza que no carecía de valimiento en el ejército.

Vivió desde entonces retirado en su casa, gozando de las consideraciones debidas a su clase y renombre y con el empleo de examinador de libros, para el cual le había designado el Consejo de Castilla.

En 1588, su hijo Diego que se había educado en la casa del marqués de Santa Cruz y que pasaba ya de los veinte años, pereció ahogado en el desastre de la *invencible armada*, suceso que afligió grandemente al poeta y que dejó traslucir en la *Tercera parte* de su obra, publicada el año siguiente<sup>(144)</sup>.

Continuó desempeñando su oficio de examinador, y por cartas suyas que se conservan, se ve qué a los sesenta años no había perdido aún su habitual jovialidad; aunque él mismo reconoce que se había vuelto viejo y perezoso. Se sabe también que en diciembre de 1593 tuvo que guardar cama a causa de la estación fría de las nieblas. Cristóbal Mosquera de Figueroa<sup>(145)</sup> refiere que Ercilla se ocupaba en sus últimos años de escribir un poema sobre [22] las victorias del marqués de Santa Cruz; pero nada más se sabe de esta promesa.

El último acto que de él se conserva es la aprobación que en 1594 prestó a las *Navas de Tolosa*, poema heroico de Cristóbal de Mesa. En 24 de noviembre de este año se encontraba gravemente enfermo, sin poderse, confesar ni hacer testamento, que al fin por autorización suya vino a otorgar su esposa, a quien instituía de heredera universal, dejando además legados a sus sobrinos, a sus pajes y a ciertos monasterios. El 29 del mes, día martes, había pasado a mejor vida. Sus restos fueron trasladados al año completo hasta Ocaña y después a Madrid, donde yacen<sup>(146)</sup>. [23]

▽△

## Capítulo II

Ercilla

▽△

### - II -

Disposición de la *Araucana*.- ¿Es un poema épico? -Bellezas que contiene; los araucanos.- Batallas y descripciones.

La *Araucana*, como hemos tenido oportunidad de notarlo, está dividida en tres partes que los críticos han insinuado la conveniencia de distinguir, ya que las dos últimas se resienten de notables diferencias respecto de la primera, dejando traslucir muy a las claras las diversas modificaciones que el espíritu del autor iba experimentando a medida que avanzaba en la redacción de un trabajo continuado por largos años y entre peripecias más o menos notables.

Todas tres comprenden treinta y siete cantos, cuyo argumento, en lo pertinente, puede decirse que está reducido a contar la historia de Chile desde su descubrimiento hasta casi los fines del gobierno de don García Hurtado de Mendoza. El hecho capital e histórico que cierra el poema es manifiestamente el suplicio de Caupolicán, pues las otras incidencias posteriores que aparecen añadidas en la obra, o son personales al poeta o contienen sucesos que de ninguna manera hacen al fondo de la relación, como ser las ideas proclamadas por el autor respecto a la guerra considerada bajo el punto de vista del derecho de gentes.

En la parte primera, exclusivamente histórica, y en los hechos referidos en ella, no tuvo Ercilla participación de ningún género, [24] consignándolos según los había sabido

tanto de boca de los españoles sus compañeros, como de los indios sus enemigos. Publicados estos primeros cantos del poema en 1569, cuando el autor los repasó más tarde se persuadió de que estaban así demasiado áridos y que, en consecuencia, la amenidad exigía que en adelante se mezclase con la relación de sucesos verídicos algunas incidencias que distrajesen agradablemente el ánimo; y como buen español, nada vio más adecuado, a este objeto, (porque al mismo tiempo era halagador para el orgullo nacional) que contar algunas de las famosas empresas en que su patria, entonces que era poderosa, estaba empeñada en Europa, y se fijó en la batalla de San Quintín dada por Carlos V a los franceses.

Más tarde y solo cinco cantos más adelante, siempre sin salir de la parte segunda, insertó todavía la relación de los grandes hechos de armas de que con justicia podía lisonjearse la España, la batalla de Lepanto, sobre todo, que había ahuyentado para siempre a los turcos de las aguas europeas.

Como estos incidentes eran completamente extraños al asunto que tenía entre manos, para ingerirlos en el tronco de la obra no tuvo más recurso que apelar a la ficción, introduciendo así en ella cierta especie de *máquina* o algo parecido a lo que los preceptistas dan por tal en una epopeya. Supuso, pues, que Belona se le apareció cierta noche, y lo animó a que llevase su musa a un campo más extensor y de más gloria que aquel que estaba recorriendo; con cuyo fin lo trasportó a un altísimo collado de donde vio a lo lejos, aunque con toda claridad, lo que sucedía, o más bien dicho, lo que había de verificarse años después.

Para el otro episodio se vale de un medio de ficción distinto, dando a entender que perdido una vez en unas quebradas por donde iba persiguiendo a una corcilla, se encontró con un viejo llamado Guaticolo que le ofreció llevarlo a casa de su tío el mágico Fitón.

Al pie de una asperísima montaña,  
pocas veces de humanos pies pisada,  
hace su habitación y vida extraña  
en una oculta y lóbrega morada [25]  
que jamás el alegre sol la baña,  
y es a su condición acomodada,  
por ser fuera de término inhumano,  
enemigo mortal del trato humano.

Mas, su saber y su poder es tanto  
sobre las piedras, plantas y animales,  
que alcanza por su ciencia y arte cuanto  
pueden todas las causas naturales:  
y en el oscuro reino del espanto  
premia a los callados infernales  
que digan por áspero conjuro  
lo pasado, presente y lo futuro.

En la furia del sol y luz serena  
de nocturnas tinieblas cubre el suelo,  
y, sin fuerza de viento llueve y truena  
fuera de tiempo el sosegado cielo:  
el raudo curso de los ríos enfrena,  
y las aves en medio de su vuelo  
vienen de golpe abajo modorridas  
por sus fuertes palabras compelidas.

Las yerbas en su agosto reverdece,  
y entiende la virtud de cada una,  
el mar revuelve, el viento le obedece  
contra la fuerza y orden de la luna;  
tiembla la firme tierra y se estremece  
a su voz eficaz sin causa alguna  
que la altere y remueva por de dentro  
apretándose recio con su centro, etc.

*Canto XXIII*

Cuando Ercilla llega donde el hechicero, éste se presta a descubrirle el porvenir, merced a la intervención de su guía Guaticolo; y al efecto lo hace asomarse a una esfera que representa el mundo, y cuya fábrica al decir del mágico le había costado cuarenta años de estudio, donde podría divisar fácilmente cuanto ocurría a la distancia, en cualquier tiempo y lugar que fuese. De este modo, asiste el poeta a la jornada de Lepanto, describiéndola con alguna prolijidad y con harta complacencia en el canto XXIV de su obra.

A poco andar supone que se encuentra otra vez con el mágico por las soledades de Arauco, entrevista que aprovecha para entretenerse en describir muchas provincias y ciudades famosas por la [26] naturaleza o por sus hechos de armas: incidente de pésimo gusto, completamente extraño al asunto y cuya congruencia no se divisa de modo alguno.

Por último, entre los episodios tratados por el autor de la *Araucana* se halla la historia de la reina Dido, contada al gusto del paladar español, según veremos más adelante.

Pero aparte de estos desvíos, muy conformes con la intemperancia ordinaria de la imaginación española, según lo dice con mucha exactitud el ameno Baret, hay todavía otros que se rozan mucho más directamente con el argumento del poema, más agradables de leer y que nada deslucen del marco en que están colocados, los cuales pertenecen en su totalidad a la historia del amor conyugal entre los indígenas. Pronto llegará también el caso de recorrerlos.

Impuestos ya de la trabazón de la obra de Ercilla, creemos oportuno mencionar una cuestión largamente debatida por los críticos, a saber, si reúne o no las condiciones de

un poema épico; y antes de entrar en ella conviene que tomemos nota de dos circunstancias: que la *Araucana* está escrita en verso, octavas reales, y que su autor más que otra cosa, tal vez lo único que se propuso en un principio fue la ordenación de los sucesos históricos acontecidos en Chile hasta su salida del país.

En muchos pasajes de su libro insiste Ercilla en este hecho, expresando desde un principio que su labor

en relación sin corromper, sacada  
de la verdad cortada a su medida;

y aunque él no lo dijera, la posteridad acepta como histórico cuanto Ercilla refirió como tal. Aún entre los mismos historiadores chilenos de la colonia, que tan poco indulgentes se mostraron con los poetas que contaran sucesos del país, podemos escoger a este efecto el respetable testimonio y aprobación de Ovalle que declaraba (como decíamos) que, «abstrayendo las hipérboles y encarecimientos propios del arte poético, todo lo histórico es muy conforme a la verdad, y el autor (Ercilla) por ser un caballero de tanta suerte [27] y haber visto casi todo lo que escribió por sus ojos, es digno de todo crédito...»<sup>(147)</sup>.

Los pareceres de los literatos se hallan divididos acerca de la cuestión (en verdad de poca trascendencia) que llevamos entre manos, siendo mucho el caudal que se ha hecho de un tema que de por sí se prestaba a la controversia.

«Poema verdaderamente épico ninguno existe en nuestra literatura, expresa Quintana muy redondamente, agregando con exageración que esto «es una verdad innegable demostrada por todos los críticos, y que por lo mismo no necesita de nuevas pruebas»<sup>(148)</sup>.

Martínez de la Rosa, resumiendo su sentir sobre el particular no acierta a mirar como epopeya a la *Araucana*, fundándose en que la *acción* sobre que está basada no es realmente *grande*; opinión que el inolvidable rector de nuestra Universidad don Andrés Bello combate muy juiciosamente en estos términos: «No estamos dispuestos a admitir que una empresa, para que sea digna del canto épico, deba ser *grande* en el sentido que dan a esta palabra los críticos de la escuela clásica, porque no creemos que el interés con que se lee la epopeya, se mida por la extensión de leguas cuadradas que ocupa la escena y por el número de jefes y naciones que figuran en la comparsa. Toda acción que sea capaz de excitar emociones vivas y de mantener agradablemente suspensa la atención, es digna de la epopeya, o para que no disputemos sobre palabras, puede ser el sujeto de una narración poética interesante»<sup>(149)</sup>.

Don Antonio Ferrer del Río se contrae a otra de las condiciones que se indican como anexas al poema épico, la cuestión del maravilloso y indicando que «salvo raras excepciones, debidas a una dichosa contradicción, en la epopeya española se le excluye casi siempre o se le presenta con singulares pretensiones. ¿Ercilla quiere contar una cosa increíble, extraordinaria? Se autoriza con las afirmaciones de todo un pueblo, y parece no dejar escapar de su imaginación la pintura del milagro sino con una prudencia extrema, [28] después de haberlo hecho pasar por la criba de la crítica más minuciosa. Lo que ante todo desean exponer estos tímidos relatores son los hechos, es la verdad

que los atrae por su grandeza heroica, y sin duda que Lucano, su poeta favorito, ha inspirado o enfriado con sus ejemplos la epopeya española»<sup>(150)</sup>.

M. Alexandre Nicolás, entusiasta admirador de Ercilla, expresa en opinión sobre la materia en la forma algo redundante y enfática que acostumbra: «¿La entonación celeste alumbra el desarrollo de la obra o no es realmente más que un tejido de hazañas guerreras? Aquí está para nosotros el nudo de la controversia si queremos llegar a la conclusión de que la obra española es realmente una epopeya, bajo el punto, de vista tan justo y elevado de E. Quinet y de Ozanan... Todo esto maravilloso testifica en favor del genio poético e inventiva de Ercilla. Comprendía que la acción humana no bastaba, por más heroica y grandiosa que fuese, para llenar el cuadro ideal de la epopeya. Ha querido mezclar en su narración los prodigios que la Edad Media había hecho nacer, las ficciones del mundo de las hadas, que formaban de algún modo una segunda mitología aceptada por los poetas y por la inmensa mayoría de los espíritus, y que tendían a reemplazar diariamente más y más los graciosos sueños del paganismo... Todo este mundo de ficciones sobrenaturales empleado por Ercilla, aunque con mucha discreción, nos deja ver muy bien cuán indispensable le parecía en las creaciones de la epopeya la intervención de los caracteres divinos, la influencia divina; y bajo este punto de vista, la *Araucana* estaría justificada, en cierto modo, a los ojos de los teóricos que exigen de los poetas épicos la presencia de lo maravilloso, de una acción superior a la nuestra dirigiendo y dominando la existencia y la voluntad de los mortales. La *Araucana* es, pues, un poema épico en sus condiciones más severas. Nos presenta la relación de un hecho heroico, acciones de guerra de un incontestable interés donde brillan la bravura y la magnanimidad de los héroes. Es la imagen viva y pintoresca del siglo mismo en [29] el cual se han desarrollado los acontecimientos, y donde estaba situada la cuna del escritor. La unidad de conducta es notable; y todos los incidentes se agrupan con habilidad bajo la dependencia de un carácter principal que provoca nuestro apego y nuestra admiración. Otros caracteres en gran número, dibujados con exactitud y fieles a él mismos, forman en el poema contrastes conducidos con arte. La intervención celeste, el maravilloso en su lugar, bien que minorado y guiado por un falso principio de literatura y bajo la dominación del inflamamiento nacional heredado de Lucano, numerosos episodios y casi todos ligados a la acción heroica, al pensamiento inspirador del poeta, embellecen esta concepción de un genio feliz; y si algún reproche puede dirigirse por el desenlace de su obra, esta imperfección tiene para nosotros su explicación. La *Araucana* es un poema que no se concluyó jamás. Pero, tal cual es, este poema interrumpido por el sufrimiento y el dolor, puede con justo título considerarse como una de las glorias literarias de España y forma una legítima, una invencible objeción a los árbitros de la fama, bastante exigentes para rehusar a la nación española el honor de haber producido una verdadera epopeya»<sup>(151)</sup>.

La seriedad inglesa, por el contrario, cae en otra exageración por boca de Ticknor<sup>(152)</sup> al suponer que «la primera parte de la *Araucana* no es otra cosa que una historia en verso del principio de la guerra que tiene toda la exactitud geográfica y estadística que puede apetecerse; en una palabra, es obra que se debe leer con un mapa al lado, puesto que lo que al autor más ocupa es el orden sucesivo de los acontecimientos. Es claro, agrega más adelante, que una obra de esta especie no es, estrictamente hablando, una epopeya; es más bien un poema histórico a la manera de Silio Itálico, en que se trata, con todo, de imitar las rápidas transiciones y el estilo fácil de los maestros italianos, y se lucha desventajosamente por acomodar a las diferentes partes de [30] su estructura algo de la maquinaria sobrenatural de Homero y de Virgilio».



Ferrer del Río ha resumido muy bien las condiciones que contribuyen a realzar a la *Araucana* sobre otras obras españolas semejantes, cuando ha dicho: que «el carácter heroico del poema, el reflejo vivo del siglo XVI, el espíritu que lo anima y lo inspira, la unidad del plan del autor, el elemento maravilloso que se mezcla a sus ficciones, son las condiciones esenciales que se encuentran, pero con un brillo nuevo en cuanto a lo último, en Ercilla»<sup>(153)</sup>. En resumen, como se ha visto, la resolución del punto discutido pende más que de la realidad, del modo de observación bajo el cual se le considere.

En verdad sea dicho, sin embargo, que ni los que defienden a la *Araucana* en sus condiciones de poema épico según lo que se ha convenido en llamar por tal, ni los que por un espíritu de apocamiento la deprimen hasta un extremo opuesto, se colocan en el terreno de una neta imparcialidad. Según esto, hablando con precisión, la *Araucana* no es un poema épico, porque ni pudo serlo, ni menos se intentó; pero evidentemente es el mejor tipo del género que haya producido en tiempo alguno el ingenio español, de por el poco sujeto a reglas, caprichoso, desordenado, amigo de lo imposible. La obra de Ercilla nada pierde con esta resolución, y por el contrario, tiene para el pueblo chileno, como también lo decía Bello, el gran mérito de haber hecho de él el único hasta ahora de las naciones modernas, cuya fundación haya sido inmortalizada con un trabajo semejante; y como agrega Quinet refiriéndose a Chile, Ercilla es su poeta.

Sea como quiera, nadie ha negado que la *Araucana* contiene bellezas de primer orden. La gran figura de los araucanos se destaca del fondo del cuadro apenas se le ve, y natural es entonces que principiemos por ellos nuestro análisis.

Partiendo de la base de que la obra de Ercilla estaba destinada desde sus principios a celebrar las acciones de los españoles [31] en Chile y que se trataba, por consiguiente de una epopeya propiamente nacional, circunstancia que, como vimos desde el principio, no está en manera alguna de acuerdo con el plan que el poeta se propuso, se le ha reprochado como un defecto el que en ella se celebre a los enemigos; aunque justo es agregar que quienes así proceden se apresuran a declarar que si esto redundaba en contra de la propiedad literaria de la obra, demuestra muy claramente y de un modo honroso la buena fe del poeta. Dice a este respecto un crítico español que «si el autor de la *Araucana* inspira, cierta simpatía y cariño no puede provenir más que del carácter de ingenuidad y nobleza que le adornaba en vida y que trasladó íntegro a su obra. Uno de los mayores defectos que en este poema se censuran, a saber el realce que respecto de los españoles se da a las figuras de los bárbaros, prueba la candorosa honradez y la sensibilidad poética de Ercilla. Los españoles, feroces como todo conquistador a quien impaciente la resistencia, repugnaban con su crueldad al alma joven, noble, valiente y generosa del poeta que, siendo español también hubiera querido ver limpios de toda mancha a sus compatriotas; al paso que los araucanos, víctimas al fin de una suerte veneranda, defendían su religión y su libertad, y esta aspiración los engrandecía a los ojos del poeta que en una mano llevaba la espada para defenderse de ellos y en otra la lira para celebrar, tal vez exagerándolas, sus hazañas»<sup>(154)</sup>.

Desde luego al tratar de los araucanos tenía el poeta una ventaja nada despreciable, cual era que «por lejanos e ignorados se prestaban más a la voluntad de la fantasía y podían recibir las proporciones y el color de personajes verdaderamente poéticos, mientras que los jefes españoles, conocidos de todos y vivos aún algunos de ellos, no podían, so pena de hacerlos ridículos, ser presentados en otra forma que la que tenían, esto es, prosaica, histórica y común»<sup>(155)</sup>. [32]

Además, Ercilla dio pruebas en más de una ocasión de la nobleza y generosidad de su alma lastimada en presencia de las crueldades que se cometían contra esos indios que eligiera merecidamente por héroes de su epopeya. Y en verdad, como dice uno de sus traductores, «la tenaz defensa de sus estériles (!) y peligrosas montañas contra adversarios ilustrados en los dos mundos, la firmeza del valor de los rebeldes y su astuta audacia, la misma inferioridad de las armaduras que oponían a la artillería de los invasores, todo contribuye a conciliar a estos salvajes casi desconocidos, confinados en la otra extremidad del globo, pero que saben luchar con tales antagonistas, una simpatía verdadera y que el mismo escritor parece dividir con cada uno de nosotros»<sup>(156)</sup>.

Sea desde luego el viejo Colocolo el tipo que se nos presenta; veámoslo cómo manifiesta su prudencia y buen juicio, no opuestos al valor, en el consejo celebrado por los jefes para la elección de capitán general. De los indios, cada uno engreído hasta no más, pretendía para sí el mando, y lo confesaban sin rebozo; nadie quería reconocer superioridad en los demás, y como eran no bien decisores cuanto hombres de acción, llegando a poco a las manos, la junta prometía acabar muy mal. Levántase entonces el anciano y les habla así:

...¿Qué furor es el nuestro ¡oh araucanos!  
que a perdición os lleva sin sentillo?  
Contra nuestras entrañas tenéis manos,  
y no contra el tirano en resistillo?  
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos  
volvéis contra nosotros el cuchillo?  
Si gana de morir os ha movido,  
¡no sea en tan bajo estado y abatido!

Volved las armas y ánimo furioso  
a los pechos de aquellos que os han puesto  
en dura sujeción, con afrentoso  
partido, a todo el mundo manifiesto:  
lanzad de vos el yugo vergonzoso;  
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:  
no derramáis la sangre del estado  
que para redimirnos ha quedado. [33]

No me pesa de ver la lozanía  
de vuestro corazón, antes me esfuerza;  
mas temo que esta vuestra valentía,  
por mal gobierno el buen camino tuerza:  
que, vuelta entre nosotros la porfía,  
degolléis nuestra patria con su fuerza:  
cortad, pues, si ha de ser desamano,  
esta vieja garganta la primera:

que esta flaca persona, atormentada  
de golpes de fortuna, no procura  
sino el agudo filo de una espada,  
pues no la acaba tanta desventura.  
Aquella vida es bien afortunada  
que la temprana muerte la asegura;  
pero a nuestro bien público atendiendo,  
quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza;  
el cielo os igualó en el nacimiento;  
de linaje, de estado y de riqueza  
hizo a todos igual repartimiento;  
y en singular por ánimo y grandeza  
podéis tener del mundo el regimiento:  
que este precioso don no agradecido  
nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero  
que puede en breve tiempo remediarse,  
mas ha de haber un capitán primero  
que todos por él quieran gobernarse:  
este será quien más un madero  
sustentase en el hombre sin pararse;  
y pues que sois iguales en la suerte  
procure cada cual ser el más fuerte.

#### *Canto II*

Hemos citado poco menos que íntegra esta arenga porque, realmente, merece ser conocida después de los elogios que Voltaire le prodigó tan a manos llenas. Este hombre célebre contribuyó a difundir con ellos en Europa el poema de Ercilla; pero, como dice Sismondi, la obligación es hasta cierto punto recíproca: pues «quizá la lectura de la *Araucana* sugirió al poeta francés la bella creación de Alzira; quizá le hizo sentir cuántas emociones profundas podría excitar su genio poniendo a nuestra vista la sangrienta lucha del antiguo y del nuevo mundo, oponiendo la libertad antigua de los americanos al fanatismo de [34] los españoles»<sup>(157)</sup>. Voltaire, establece primeramente la analogía que en el discurso de Colocolo se encuentra, compárandolo con el de Néstor en la disputa de Aquiles y Agamenón, y al dar la preferencia a Ercilla sobre Homero, agrega: «Considerad por una parte la destreza con que el bárbaro se insinúa en el ánimo de los caciques, la respetuosa dulzura con que calma su animosidad, la ternura majestuosa de sus palabras, cuánto le anima el amor de su país, cuánto penetran su corazón los sentimientos de la verdadera gloria, con qué prudencia alaba su valentía reprimiendo su furor; con qué arte no da la superioridad a ninguno: es un censor, un

panegirista hábil; así todos se someten a sus razones, confesando la fuerza de su elocuencia, no por vanas alabanzas, sino por una pronta obediencia»<sup>(158)</sup>.

Si Colocolo es el modelo de un hombre sensato y de experiencia, lo que los hebreos habrían llamado el anciano de la tribu, destituido ya de la fuerza física y viviendo de sus acciones en el pasado, pero renovándolas, puede decirse, en mayor escala con sus acertados pareceres y consejos, guías del ardor y entusiasmo de la juventud, véase también en Lautaro, retratado en sus palabras, la serenidad del indio en el combate, su amor a la patria, el arte con que afeando a sus compatriotas ya próximos a la fuga la acción que van a cometer y presentándoles las probabilidades de la victoria en el cansancio de los enemigos, hace renacer en ellos nuevos e irresistibles bríos:

¡Oh ciega gente del temor guiada!  
¿A dó volvéis los temerosos pechos?  
Que la fama en mil años alcanzada  
aquí perece y todos vuestros hechos,  
la fuerza pierden hoy jamás violada,  
vuestras leyes, los fueros y derechos:  
de señores, de libres, de temidos,  
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Mancháis la clara stirpe y descendencia,  
y engerís en el tronco generoso  
una incurable plaga, una dolencia,  
un deshonor perpetuo, ignominioso: [35]  
mirad de los contrarios la impotencia,  
la falta del aliento y el fogoso  
partir de los caballos, las ijadas  
llenas de sangre y en sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre  
que de nuestros abuelos mantenemos,  
ni el araucano nombre, de la cumbre  
a estado tan infame derribemos:  
huid el grave yugo y servidumbre;  
al duro hierro osado pecho demos;  
¿Por qué mostráis espaldas esforzadas  
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,  
que el ciego y torpe miedo os va turbando;  
dejad de vos al mundo eterna historia,  
vuestra sujeta patria libertando:

volved, no rehuséis tan gran victoria,  
que os está el hado próspero llamando:  
a lo menos firmad el pie ligero,  
veréis como en defensa vuestra muero.

### *Canto III*

Pero más que las figuras anteriores merece llamar en primera línea la atención Caupolicán, el vencedor en las justas propuestas por Colocolo para la designación del jefe que había de llevarlos al combate contra los invasores.

Era este noble mozo de alto hecho,  
varón de autoridad, grave y severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero, riguroso, justiciero,  
de cuerpo grande y relevado pecho,  
hábil, diestro, fortísimo y ligero  
sabio, astuto, sagaz, determinado  
y en casos de repente reportado.  
...Tenía un ojo sin luz de nacimiento,  
como un fino granate colorado;  
pero lo que en la vista lo faltaba  
en la fuerza y esfuerzo le sobraba...

Este fue el hombre que en tantas ocasiones supo resistir incontrastable con su valor y los recursos de su ingenio siempre fecundo, el empuje de las armas extrañas; que se vio vencido a veces y solo abatido al presentir, ya prisionero, que su estrella iba a eclipsarse para siempre. Aún después de encadenado, cuando ofrece a sus carceleros la subyugación del estado araucano en premio de su [36] libertad, todavía su fisonomía es noble y grande, y un cierto sentimiento de pena cae involuntariamente sobre nosotros al ver al esforzado guerrero de otro tiempo en la desgracia preocuparse ya solo de su vida. No resistiremos al deseo de deseo aquí las circunstancias de la muerte del héroe, porque además de ser dramáticas e interesantes, es la mejor manifestación que pudiera hacerse de su carácter y del corazón honrado y humanitario del poeta.

Decía a Reinoso el prisionero:

«Tenme en prisión segura retirado  
hasta que cumpla aquí lo que pusiere;  
que yo sé que el ejército y senado  
en todo aprobarán lo que hiciere:  
y el plazo puesto y término pasado,  
podrá también morir si no cumpliese;  
escoge lo que más te agrada desto,  
que para ambas fortunas estoy presto».

No dijo el indio más, y la respuesta  
sin turbación mirándole atendía,  
y la importante vida o muerte presta  
callando con igual rostro pedía:  
que por más que fortuna contrapuesta  
procuraba abatirle no podía,  
guardando, aunque vencido y preso, en todo  
cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesión como lo escribo,  
con más rigor y priesa que advertencia  
luego a empalar y asaetarlo vivo  
fue condenado en pública sentencia.  
No la muerte y el término excesivo  
causó en su gran semblante diferencia,  
que nunca por mudanzas vez alguna  
pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudole Dios en un momento,  
obrando en él su poderosa mano,  
pues con lumbre de fe y conocimiento  
se quiso bautizar y ser cristiano:  
causó lástima y junto gran contento  
al circunstante pueblo castellano,  
con grande admiración de todas gentes  
y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice día,  
que con solemnidad lo bautizaron,  
y, en lo que el tiempo escaso permitía,  
en la fe verdadera le informaron, [37]  
cercado de una gruesa compañía  
de bien armada gente le sacaron  
a padecer la muerte consentida,  
con esperanza ya de mejor vida,  
descalzo, destocado, a pie, desnudo;  
dos pesadas cadenas arrastrando,  
con una soga al cuello y grueso ñudo  
de la cual el verdugo iba tirando,  
cercado en torno de armas, y el menudo



pueblo detrás, mirando y remando  
si era posible aquello que pasaba,  
que visto por los ojos aún dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado  
que estaba un tiro de arco del asiento,  
media pica del suelo levantado,  
de todas partes a la vista exento;  
donde con el esfuerzo acostumbrado,  
sin mudanza y señal de sentimiento,  
por la escala subió tan desenvuelto  
como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo  
a un lado y otro la serena frente,  
estuvo allí parado un rato viendo  
el gran concurso y multitud de gente,  
que el increíble caso y estupendo  
atónita miraba atentamente,  
teniendo a maravilla y gran espanto  
haber podido la fortuna tanto.

Llegose él mismo al palo donde había  
de ser la atroz sentencia ejecutada,  
con un semblante tal, que parecía  
tener aquel terrible trance en nada,  
diciendo: «Pues el hado y suerte mía  
me tienen esta muerte aparejada,  
venga que yo la pido, yo la quiero,  
que ningún mal hay grande si es postrero».

Luego llegó el verdugo diligente,  
que era un negro gelofa, mal vestido,  
el cual viéndole el bárbaro presente  
para darle la muerte prevenido,  
bien que con rostro y ánimo paciente  
las afrentas demás había sufrido,  
sufrir no pudo aquella aunque postrera,  
diciendo en voz alta desta manera:

«¿Cómo, qué? ¿en cristiandad y pecho honrado

cabe cosa tan fuera de medida,  
que a un hombre como yo tan señalado  
le dé muerte una mano así abatida? [38]  
Basta, basta morir al más culpado,  
que al fin todo se paga con la vida;  
y es usar deste término conmigo  
inhumana venganza y no castigo.

¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas  
contra mí se arrancaron a porfía,  
que usada a nuestras míseras gargantas  
cercenara de un golpe aquesta mía?  
Que aunque ensayo su fuerza en mí de tantas  
maneras la fortuna en este día  
acabar no podrá que bruta mano  
toque al gran general Caupolicano».

Esto dicho, y alzando el pie derecho  
(aunque de las cadenas impedido)  
dio tal cozo al verdugo, que gran trecho  
le echó rodando abajo mal herido:  
reprendido el impaciente hecho,  
y él del súbito enojo reducido,  
lo sentaron después con poca ayuda  
sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,  
por más que las entrañas le rompiese  
barrenándolo el cuerpo, fue bastante  
a que al dolor intenso se rindiese:  
que con sereno término y semblante,  
sin que labio ni coja retorciese,  
sosegado quedó de la manera  
que si asentado en tálamo estuviera.

Paréceme que siento enternecido  
al más cruel y endurecido oyente  
deste bárbaro caso referido,  
al cual, señor, no estuve yo presente,  
que a la nueva conquista había partido  
de la remota y nunca vista gente;

que si yo a la sazón allí estuviera  
la cruda ejecución se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte  
que por vivo llegaban a mirarlo,  
que la amarilla y afeada muerte  
no pudo aún puesto allí desfigurarle:  
era el miedo en los bárbaros tan fuerte  
que no osaban dejar de respetarle;  
ni allí se vio en alguno tal denuedo  
que puesto cerca dél no hubiese miedo.

*Canto XXXV*

¡Qué bien se trasluce la nobleza del indio cuando se indigna [39] de la clase de muerte y del verdugo que le han destinado! ¡Cuánto su valor al ver la serena entereza con que él mismo se ofrece al horrible suplicio; cuánto lo brillante de sus acciones y la majestad de su valor sobreviviendo aún a la muerte en las líneas de su rostro! En verdad que el poeta para ser tal en esta ocasión no tenía más que contar lo que había pasado; y para conmovernos decirlo como lo ha hecho, simple y honradamente. Razón tuvo Quintana para exclamar después de este inhumano sacrificio elevado por el jefe cristiano a sus resentimientos de enemigo y a la dureza de su alma: «En medio de aquel campo en que solo se veía la agitación de la independencia, los esfuerzos de la indignación y los gritos de rabia de parte de los indios, y de la de sus dominadores irritados, el orgullo de su fuerza, el desprecio hacia los salvajes, y los rigores de una autoridad ofendida y desairada, Ercilla es el solo que en su conducta y sus versos aparece como un hombre entre aquellos tigres feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la compasión y siguiendo los máximas de la equidad y justicia».

Muchas otras figuras de indios podríamos presentar, Tu capel, Rengo, Galbarino; pero bástenos con expresar aquí con el autor que acabamos de citar, que en todas ellas «débase admirar la natural expresión y graduación conveniente de los caracteres dibujados a manera de Homero, tan semejantes al parecer entre sí y en realidad tan distintos... Tenían además los indios los motivos morales y sentimientos que los animan, con los cuales simpatiza siempre el corazón humano en todas las edades de la vida y en todos los parajes del mando y que junto con un espectáculo tan nuevo en poesía de hombres y países venían a aumentar el interés que ofrecía el asunto de la obra de Ercilla. Si los araucanos eran unos salvajes oscuros, sus adversarios los españoles eran harto conocidos en uno y otro hemisferio, teniendo asombrado y agitado el antiguo con su ambición y su poder, y con su osadía descubierto y subyugado el nuevo. La duración y tenacidad de la lucha entre fuerzas tan desiguales, la oposición de caracteres y de costumbres, daban por sí mismas un realce casi maravilloso a la [40] pintura, sin que la imaginación del poeta tuviese que esforzarse mucho por darle interés y añadirle solemnidad».

Sin duda que el arte del poeta y su buen gusto son bien notables en los discursos que atribuye a los indómitos y salvajes araucanos, simples adornos literarios destinados a hermostrar la obra, pero, como es fácil de creer, de ninguna verdad.

El mismo artificio es también de primer orden en la descripción de las batallas, pues además de que, como dice Quintana, «el arte de contar, arte más difícil de lo que se piensa, está llevado a un punto de perfección a que ningún libro de entonces pudo llegar ni aún de lejos», el fuego que en ellas despliega, según la expresión de Voltaire, la animación y brillo que presta su pluma a cada uno de los combatientes y la variedad de peripecias con que las reviste, siguiendo los sucesos en su conjunto y en sus menores detalles, no contribuyen por poco a hermostrar la *Araucana*. Es inútil que presentemos aquí un ejemplo, porque son ellas tan frecuentes en la obra que basta abrirla en cualquiera parte para posesionarse de esta verdad. Pero, véase siquiera como en este orden de ideas sabe usar de su talento descriptivo haciendo palpitar de ansiedad el corazón por la suerte de los españoles vencidos que huyen con todo el temor de hombres amedrentados:

...Venían ya los caballos por el llano  
las orejas tremiendo derramadas;  
quíérenlos aguijar, mas es en vano,  
aunque recio les abren las ijadas;  
el hermano no escucha al caro hermano:  
las lástimas allí son excusadas:  
quien dos pasos del otro se aventaja,  
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso  
siente al furioso toro avecinarse,  
que piensa atribulado y temeroso  
huyendo de aquel ímpetu salvarse,  
y se aflige y congoja presuroso  
por correr, y no puede menearse;  
así éstos a gran priesa a los caballos  
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza  
sigue el alcance y siempre los aqueja: [41]  
dichoso aquel que buen caballo alcanza,  
que de su furia un poco más se aleja:  
quien la adarga abandona, quien la lanza,  
quien de cansado el propio cuerpo deja:  
y así la vencedora gente brava  
la fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atrás venía,  
ninguno [aunque sea amigo | le socorre,  
despacio el más ligero se movía,

quien el caballo trota mucho corro:  
el cansancio y sed los afligía...

*Canto VI*

La inspiración no lo abandona, ora trate de pintar una reunión de los araucanos, (bien notables de por sí, sin más que las arengas atribuidas a los oradores); ora una de esas fiestas guerreras tan comunes entre ellos, en que cada cual hace alarde de su fuerza y destreza; a cuyo efecto citaremos como ejemplo solo estas tres estrofas que ponen a nuestra vista lo obrado por un guerrero y la admiración que produce:

...Esto dicho, la lanza requerida,  
en ponerse en el puesto poco tarda;  
y dando una ligera arremetida,  
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:  
la lanza por los aires impelida  
sale cual gruesa bala de bombardas,  
o cual furioso trueno, que corriendo,  
por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo  
de la señal y raya delantera;  
rompiendo el hierro por el duro suelo,  
tiembla por largo espacio la hasta fuera:  
alza la turba un alarido al cielo,  
y de tropel con súbita carrera  
muchos a ver el tiro van corriendo,  
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho a pies medían  
y examinan el peso de la lanza,  
otros por maravilla encarecían  
del esforzado brazo la pujanza:  
otros van por el precio, otros hacían  
al vencedor cantares de alabanza,  
de Leucotón el nombro levantando  
le van en alta voz solemnizando.

*Canto X. [42]*

En una sola estrofa describe la vuelta del día que llega a despertar con su luz en el campo a los labradores:

Ya la rosada aurora comenzaba  
las nubes a bordar de mil labores,

y a la usada labranza despertaba  
la miserable gente y labradores:  
ya a los marchitos campos restauraba  
la frescura perdida y sus colores,  
aclarando aquel valle la luz nueva,  
cuando Caupolicán viene a la prueba;

o la llegada del invierno con todo el colorido local y las circunstancias que lo acompañan en la guerra de Arauco:

Espárcese y derrámase la gente,  
dejan el campo y buscan los poblados,  
cesa el fiero ejercicio comúnmente,  
la tierra cubren húmidos nublados.  
Mas, cuando enciende a Escorpio el sol ardiente  
y la frígida nieve los collados  
sacuden de sus cimas levantadas,  
ya de la nueva yerba coronadas.

En este tiempo el bullicioso Marte  
saca su carro con horrible estruendo,  
y ardiendo en ira belicosa, parte;  
por el dispuesto Arauco discurriendo  
hace temblar la tierra a cada parte,  
los ferrados caballos impeliendo;  
y en la diestra el sangriento hierro agudo  
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego, a furor movidos los guerreros  
toman las armas, dejan el reposo;  
acuden los remotos forasteros  
al cebo de la guerra codiciosos;  
de los hierros renuevan los aceros;  
templan la cuerda al arco vigoroso;  
el peso de las mazas acrecientan,  
y el duro fresno de las astas tientan.

*Canto IX* [43]

▽△

## Capítulo III



- III -

El amor

El amor en otros poetas.- Por qué Ercilla no habla de amor en su poema.- Antecedente literario.- Cuestión de crítica.- Costumbres españolas.- Testimonio de la *Araucana*.- De qué amores habla Ercilla.- Episodios.- Dido.- Guacolda.- Tegalda.- Glaura.

Una de las particularidades que indudablemente llama a primera vista la atención en el poema de Ercilla, es la voluntaria prescindencia que quiso imponerse en cosas de amor, y que desde un principio formalmente expresó:

Venus y Amor aquí no alcanzan parte  
solo domina el iracundo Marte.

Al emprender la tarea de cantar la guerra de los araucanos en la defensa de sus hogares invadidos, quiso así que desde que el lector tomase el libro, supiese ya de lo que se trataba y lo que él ofrecía: declaración tanto más necesaria cuanto que esta circunstancia, cabalmente, era una de las diferencias capitales de su epopeya, y que por mucho contribuiría a su originalidad de entre las demás producciones literarias de su especie.

Desde que el poema épico ocupó un lugar en la literatura, esto es, desde que el género mismo literario tuvo un modelo en Homero, todos los que habían seguido sus huellas daban un lugar preferente en sus cantos a las divinidades que Ercilla iba a excluir [44] de las acciones de sus héroes. Sin duda alguna, «el amor es la pasión que los poetas han explotado con más complacencia en todos los siglos y en todos los países», dice M. Mennechet. Por lo tanto, era muy natural y justificada la declaración que el poeta presentaba al lector desde sus primeras líneas, para evitarle la sorpresa que tarde o temprano había de experimentar cuando viese la ninguna parte que concedía el amor en sus versos. En la antigüedad, tal prescindencia jamás tuvo lugar, pues desde el cantor griego que basaba la acción de su poema en el rapto de Helena por Paris, y que había de constituir el pretexto para la invasión de los griegos al Asia en busca de la venganza del honor de un marido ultrajado, siempre la imaginación dio un vasto campo al amor, bien sea como pasión, o simplemente como moral aparente de la intriga que sostenía el interés, o inspiraba a sus héroes; de ahí habían de nacer todos los episodios de los combates al frente de la ciudad sitiada, la destrucción e incendio de Troya, las aventuras de Ulises y sus compañeros de expedición.

Virgilio, siguiendo las huellas de Homero, como su fiel imitador, iba a prestar a la *Eneida* uno de sus mejores cantos dedicándolo a la pasión amorosa de Dido y al abandono de Eneas. Lucano mezclaba a la pintura de las luchas civiles la histórica figura de Cleopatra, llena de ambiciones pero no excluyendo de sus empresas al amor, al cual asociaba por mucho en su muerte. Jasón, yendo en busca del vello de oro, iba a detenerse en la Cólquida el tiempo suficiente para que Medea ardiese de amor por

él; de cuya pasión utilizándola en beneficio de la fácil realización de su empresa, nacería al asesinato de su padre y más tarde la muerte cruel de sus hijos y la infelicidad del seductor.

En general, en todos sus predecesores, encontraba Ercilla al amor como inspirador de grandes acciones y de hechos ruines, siempre amoldado a la naturaleza humana de los héroes y de los dioses, que no podían pasarse sin contribuir por su parte a realizarlo y que una divinidad superior había puesto en el fondo de sus corazones desde la primavera hasta el invierno de la vida; afecciones de la primera edad cuya ley es ser hijas del entusiasmo [45] de la pasión, tranquilos sentimientos de una época más avanzada en que los dulces afectos del hogar y de la familia vienen a reemplazar los ardientes arrebatos de la juventud: por todas partes la misma ley suprema y generadora, instinto en los animales, inclinación en el ser cuya herencia es la razón.

Aquellos poetas vieron también que entraba por mucho en el agrado del lector la sucesión de risueños cuadros a las borrascosas escenas de disturbios civiles y a los grandes hechos de los cuales nacían la destrucción de unos pueblos o la formación de otros, y que era imposible lograr del todo su instrucción y entretenimiento, sin aquella alternada sucesión que ellos notaban, por otra parte, perfectamente demarcada en la naturaleza y a la cual debían conformarse para ser verdaderos y para ser amenos. Esta regla primordial de composición y buen gusto, no era posible que pasase desapercibida para Ercilla, y él mismo ha tenido cuidado de declararlo así. Yo sé dice,

Que no hay tan dulce estilo y delicado  
ni pluma tan cortada y sonora,  
que en un largo discurso no se estrague  
ni gusto que un manjar no lo empalague.

Que si a mi descripción dado me fuera  
salir al campo y escoger las flores  
quizá el cansado gusto removiera  
la usada variedad de los sabores:  
pues como otros han hecho, yo pudiera  
entretener mil fábulas y amores;  
mas que tan adentro estoy metido,  
habré de proseguir lo prometido.

*Canto XV*

Aún más: tan distante estaba nuestro autor de abrigar dudas a este respecto que, ya por un espíritu de exagerado sistema, sostenía que cuanto bueno existe es obra del amor, y que los poetas han debido siempre las mejores producciones de su pluma a los dictados de una pasión amorosa. Poco antes de los versos transcritos ha principiado el canto en que se hallan con los siguientes: [46]

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?  
¿Qué verso sin amor dará contento?

¿Dónde jamás se ha visto rica vena  
que no tenga de amor el nacimiento?  
No se puede llamar materia llena  
la que de amor no tiene el fundamento:  
los contentos, los gustos, los cuidados  
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero  
rompe la dura y áspera corteza;  
produce ingenio y gusto verdadero  
y pone cualquier cosa en más fineza:  
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero  
Amor los trujo a tanta delgadeza;  
que la lengua más rica y más copiosa  
si no trata de amor es disgustosa.

Estas palabras demuestran claramente cuán penetrado se hallaba del realce que una obra puede encontrar en sí misma y en el ánimo de los demás a quienes su autor sabe interesar con la relación de sus propios sentimientos. Patente se halla ahí representado el espíritu del compatriota de Santa Teresa y las opiniones de los autores modernos que tan decididamente sostienen la influencia del amor que regenera al hombre de perversas inclinaciones y de malas costumbres y que hace de las mediocridades, héroes en las batallas, mártires en los sufrimientos y modelos de constancia en las diarias luchas de la vida. ¿Cómo es entonces que con tales antecedentes, Ercilla no entra de lleno en ese camino sembrado de flores por las orillas y poblado con las seductoras creaciones de las heroínas de todos los tiempos, Hero, Virginia, Graziella? ¿Por qué conociendo cuanto podría ganar su historia con el enlace de agradables ficciones que en nada irían a perturbar su fidelidad, lejos de adornarla, sigue un camino diverso al de todos sus antecesores y hasta no teme desafiar la monotonía? Nosotros no podemos admitir la disculpa que el poeta nos da, porque ello significaría buscar su absolución en las pruebas que él mismo alega y admitir como justificación de su proceder un propósito que nunca fue tarde para enmendar. Ercilla conocía todo esto muy bien antes de poner mano a su obra, y al dar la primera pincelada iba ya haciendo alarde de sus propósitos y manifestando que obedecía a un plan concebido de antemano. Conocía que [47] iba a luchar con tradiciones respetables y constantes, y tanto más dignas de imitarse cuanto que ellas tenían por fundamento el estudio del corazón que él desde mucho tiempo atrás había realizado.

Es necesario, por consiguiente, que busquemos en otra fuente la explicación de una conducta cuando menos singular, si no queremos inculpar al poeta una falta que rechaza naturalmente el deseo que cada autor se forma de hacer su obra lo menos imperfecta que posible le sea. Hemos insinuado en otra parte que acaso es probable contribuyese por mucho en su determinación de pasar a América, el anhelo de olvidar en las aventuras, en los largos viajes, en las impresiones de un mundo nuevo, los recuerdos de un amor desgraciado. No desconocemos que pueda tal vez tacharse de antojadiza y avanzada tal suposición; pero es también innegable que esa creencia no parecerá del todo destituida de fundamento si se observan con atención ciertas particularidades que se notan en el

poema, la inconsecuencia misma de que acabamos de hablar entre el buen gusto del autor que lo lleva a reconocer aquel proceder como aceptado por la buena crítica y la estética, y su decidida resolución de separarse de esos principios; lo que no es otra cosa que las huellas que el hombre deja de sí en su camino, (como si dijéramos) cual las chispas de los cohetes que se encumbran o el humo de la locomotora en los caminos. En el estudio de esta parte de las obras y de la vida de Ercilla, debemos declararlo desde luego, vamos a llegar a encontrar la explicación buscada, única aceptable a nuestro juicio, esto es, que los contratiempos e infortunios que en su juventud primera debió al amor, le obligaron en su poema, como en desquite, a silenciar completamente todo lo que se refería a las relaciones de los dos sexos en cuanto precursoras de un enlace eterno, o como simples brillantes y rápidas estrellas fugitivas de los primeros años, ya felices o desgraciados, de imperecederos recuerdos o de tristes memorias.

Es preciso suponer que en su determinación de pasar a Chile haya habido una causa bien poderosa, más que el simple deseo de aventuras y el atractivo de lo desconocido, para dejar aquella vida en la cual respiraba como en su nativo elemento. [48] Educado en la corte, lleno de afecciones por su rey, no es fácil explicarse una determinación tan opuesta a su modo, de ser habitual y al cual lo ligaban todas las expectativas de su carrera. No es posible ocultarse que el espíritu de aventuras dominaba en él, que al cabo era joven y de esa escuela de conquistadores y osados aventureros que por su audacia y con solo su espada y su valor regalaron a su patria los más opulentos imperios de América; pero, a no atribuir a nuestro personaje un tardío arrepentimiento, difícil de explicarse con la precoz madurez de sus años, es necesario que convengamos en que ni el continuo azar de la vida que llevaba en los campamentos de Arauco ni las fatigas de la guerra a la cual se entregó con extremado ardor, no perdiendo encuentro, ni emboscada, ni correría contra el enemigo, pudieron conseguir apagar las aspiraciones que siempre divisaban su campo en las guerras de Europa y al lado de su rey. En esas escenas se figura siempre colocado en sus sueños, en medio de franceses, españoles y alemanes, entre bellezas de corte, adornado de los lujosos atavíos de los caballeros, y no en aquella que sus ojos lo presentaban diariamente entre guerreros feroces y desnudas beldades. Si lo hubiese conducido únicamente su espíritu de aventuras, no habría tenido para qué tender la vista lejos de sí, pues el peligro diario y las interminables fatigas y los nuevos descubrimientos en una tierra completamente desconocida o que asumía todos los caracteres de la leyenda, habría bastado para satisfacer las más encumbradas exigencias. No el desengaño tampoco de la pobreza de un suelo del cual jamás pudo esperar obtener riquezas, tanto más cuanto que dejaba a sus espaldas el Perú, la tierra del oro y de las fabulosas fortunas; la codicia siempre estuvo lejos de sí, y este móvil tan poderoso y muchas veces exclusivo, en los más de los españoles que pasaron en aquel entonces a América, no debió entrar para nada en sus planes: el oro no era para él más que un «vil metal» que no podía obtenerse sino mediante al sacrificio inhumano de sus semejantes (y que después de todo jamás bastaba para acallar los sufrimientos que podían aquejar a su poseedor), y cuya adquisición no valía la pena de procurarse a costa de los [49] gritos de una conciencia delicada que en la hora de la muerte, que nunca olvidó, debía forzosamente enrostrárselo.

Entre las cosas que dejaba a su espalda al partir, una de las que más sentía era no hallarse al lado de Felipe II, que asumía para él todos los caracteres de un ser privilegiado y al cual, como buen hidalgo español, había hecho el ídolo de su veneración y el representante, de Dios en la tierra para regir a sus reinos. Ya que no le era dado desde la distancia encontrarse a su lado, su fantasía, ocurría a todos los

recursos de la magia para dar una realización a sus deseos, aunque fuese siquiera en sueños. Esta afección que supo resistir a todas las ingratitudes del monarca, siempre la conservó hasta el último de sus días, y madurada ya al tiempo de su partida, debemos pensar qué grande debió ser la fuerza que lo impulsaba a separarse de lo que había llegado a ser una necesidad para sus afecciones de súbdito. Ésta es una de las líneas prominentes de su carácter, que luego tendremos oportunidad de bosquejar, y solo entonces podremos apreciar por completo cuánto debió costarle separarse del lado de su monarca en cuyo servicio, es cierto, todavía desde una inmensa distancia, en medios de las selvas de Puren, había de ofrecerle el homenaje de su espada en la conquista del pueblo más belicoso de la tierra.

Es un hecho, hemos visto ya, que el poeta en su obra ha convertido algunas reminiscencias de sus afectos de joven durante su permanencia primera en Europa, y es asimismo indiscutible que consignó allí sus propias hazañas, en medio de las acciones que cuenta de la guerra de Arauco, de sus ulteriores propósitos y de su norma de conducta para sus últimos años, retirado ya de las agitaciones de una vida de aventuras.

Nadie ha puesto en duda la veracidad, no solo del fondo del relato, que tiene los caracteres de la historia, sino de cuanto se refiere al autor mismo, que nos entretiene y atrae nuestra compasión hacia sus desgracias y miseria. Siendo ello así, si queremos ser consecuentes y conformarnos con las deducciones de la única lógica rigurosa, o aceptamos como cierto cuanto el poeta nos dice, o si por el contrario no damos asenso a su palabra, debemos también [50] rechazarlo todo. Conformes en que son verdaderamente fieles las relaciones de la parte de su vida activa o de sus últimos pasos, reconocemos por lo mismo que es exacto cuanto nos dice de los años anteriores a su estadía en América; y, por lo tanto, debemos creer existió para él esa pasión cuyos efectos nos describe en su obra como de penosos recuerdos. Es, por consiguiente, un hecho que sufrió de amor en su primera juventud; quedando así establecida esa clave que buscábamos de una conducta que tan poderosamente influyó tanto en su carrera literaria como en su carrera pública. Sin aquellos sufrimientos que lo condujeron al destierro y acaso a buscar una muerte esperada, que no le sería difícil encontrar en medio de tantos peligros en los cuales se iba a lanzar, no habríamos tenido la *Araucana* y ella no hubiera sido concebida bajo el plan en que se llevó a término; y en lugar del poeta que cantaba en las selvas y escribía a la luz de las estrellas después de las fatigas y azares del combate, solo habríamos tenido probablemente alguno de tantos personajes que se hacían matar entre hermanos en las guerras que la ambición o la política de sus reyes encendían entonces en Europa.

La historia de su vida estaba demasiado ligada a los acontecimientos que celebraba en su poema para que hubiera podido excusarse de hablar de sí: actor y testigo en esos mismos sucesos debía figurar precisamente al lado del resultado de un combate el nombre del que había asistido a él, o el modo como había llegado a noticia del que lo relataba, porque, como se expresa M. Bancel, «todo poema, no es más que un eco de las ideas, de las pasiones de su tiempo. El poeta es el metal sonoro, el timbre de oro, de plata o de cobre, sobre el cual golpea la historia. Pero, ¿basta al poeta este rol pasivo? Debe mezclar al espíritu de las cosas su propio espíritu. Sin esta comunión, sin este augusto himeneo por el cual se fecundan el uno y el otro espíritu, la poesía no sería más que el registro armonioso y estéril de los acontecimientos humanos»<sup>(159)</sup>. [51]

Erigido por la mano que guiaba su pluma el monumento en que había figurado con la espada, eran dos cosas inseparables la guerra de Arauco y uno de los capitanes del ejército enemigo; y aún al lado de la obra histórica era forzoso que su autor asentase en el ánimo del lector la veracidad de sus palabras con la declaración de las fuentes a que había ocurrido antes de consignar en el papel lo que daba como cierto a la posteridad: de nuevo, el testigo debía figurar al lado de su deposición para el juicio de las generaciones venideras. Mas, Ercilla que había perseverado en realizar en medio de obstáculos de todo género, la conclusión de su obra, se veía en ella interesado de dos maneras poderosas para hablar de sí y para permitirse algunos recuerdos de ese tiempo: era la una, el placer que hallaba cuando divisaba lejos de él los acontecimientos que muchos años después dulcificaba con la armonía de sus versos; y por el necesario encadenamiento de los hechos, la relación de una de las peripecias forzosamente le acarrea lo que había preparado a la última; y así, poco a poco, fue consignando los rasgos más prominentes de su carácter. Por lo demás, en los escritores de esos tiempos, y sobre todo en la literatura de Chile, nada más común, ni más natural tampoco, que nos hablen de sí, como de algo a que tenían derecho por la obra que emprendían y por la necesidad de colacionar los acontecimientos en que muchas veces habían sido actores principales.

La otra debemos deducirla de la estrecha indisolubilidad a que el poeta debía mirar ligada la suerte de su obra y la de su propia vida. Si aquella debía ser duradera, si no había de naufragar en el océano del olvido, debió embarcarse en el bajel que con su genio levantaba a sus héroes y a su nombre; era natural entonces echarse al mar con los efectos de más valor que podía presentar y llevar a su lado para anclar con él en el puerto de salvación, la historia de sus sentimientos, sus sufrimientos, sus alegrías, sus inclinaciones, la compañera de su vida. De este modo se explica que en una relación continua de guerras, única prometida, figuren sus propias reminiscencias y sus esperanzas. Ya que en el campo de su acción no le era lícito ni posible celebrar las victorias de su [52] país, el triunfo de la cruz sobre el mahometismo, las hazañas de los ejércitos de su rey, los lugares que había recorrido, ocurría a la ficción y pedía a sus sueños para que le presentasen lo que más amaba y esperaba. El bajel no habría ido así en un día de paseo, en que solo banderolas flamearan en sus bordes, surcando las ondas con toda su gallardía; mas en un día de naufragio y por la propia conservación de lo que constituía el círculo de sus afecciones, nada importaba que el andar disminuyese, menos galanura, si al fin podían todos escapar.

Hemos dicho que la carrera literaria de nuestro autor no contaba como precursor de su poema más título que simple glosa que Sedano nos ha conservado en la página 200 del tomo XI de su *Parnaso Español*, que dice como sigue:

#### GLOSA DE ALONSO DE ERCILLA

*Seguro estoy de nuevo descontento  
y en males y fatigas tan probado  
que ya mis desventuras han hallado  
el término que tiene el sufrimiento.*

Amor me ha reducido a tanto estrecho  
y puesto en tal extremo un desengaño



que ya no puede el bien hacer provecho,  
ni el mal, aunque se esfuerce, mayor daño;  
todo lo que es posible está ya hecho;  
y pues no puede ya el dolor extraño  
crecer ni declinar solo un momento  
*seguro estoy de nuevo descontento.*

¿Qué desventura habrá para mí nueva?  
¿Qué pena es la que no he padecido?  
No ha habido mal, que al fin no se me atreva,  
y en mí no tenga un golpe conocido:  
todos en mi paciencia han hecho prueba,  
ensayando su fuerza en un rendido;  
estoy de tener bien desconfiado,  
*y en males y fatigas tan probado.*

Sufro y padezco tanto cada día  
que estoy corrido en verme cual me siento  
pues viene a ser bajeza y cobardía  
querer de no matarme sufrimiento  
mas queriéndolo ver, señora mía,  
no es bien que quiera yo contentamiento  
si no aquel triste y miserable estado,  
que ya mis desventuras han hallado. [53]

He sido tan aprisa desdichado  
y está todo mi daño tan apuesto  
que solo del primer paso ha llegado  
al último dolor y postrer puesto:  
la fortuna y amor se han conjurado  
de hacerme todo el mal que puedan junto,  
para poder medir por mi tormento  
*el término que tiene el sufrimiento.*

He ahí, pues, como el poeta pinta el dolor de sus desengaños, la tristeza de sus sufrimientos y la amargura que para siempre había de encerrar su alma impresionable, generosa y caballeresca. Era tal su abatimiento que nada podría ya contra él ni el mayor daño: su desesperación involuntariamente le llevaba a reconocer como que nada era posible más allá de su dolor. En vano procuraba él mismo estimularse, estando *corrido* del extremo a que se dejaba llevar; excitaba a su alma a que se moviese, o que volviese, de nuevo a la vida, saliendo del sepulcro en que se consumía, y ella, sorda, le respondía siempre ¡no puedo!

Su juventud combatida y experimentada por la fortuna y un amor desgraciado a un mismo tiempo, demostraría cuanta tensión alcanza el alma del hombre en sus angustias; pero atacada en sus fuentes y cuando las fibras del corazón no se endurecen todavía con el conocimiento que los años acarrearán, quedaría agotada para siempre y nunca una flor podría brotar en un campo que de por sí no era infecundo, pero al cual un violento cataclismo acarrearía la esterilidad.

Bien, dirá alguien: esas estrofas revelan sentimiento, los entusiasmos de un poeta novel; pero ¿por qué creer que indican ellas la expresión del estado moral de su autor? ¿Acaso no vemos todos los días que los ingenios alegres son los cultivadores del género lúgubre y que los caracteres sombríos producen en muchas ocasiones las más jocosas composiciones? ¿De cuándo acá el que compone versos queda responsable de las pasiones que ellos expresan? No procuramos disminuir la fuerza que pueda darse a esta objeción, y así trascribimos en seguida algunos pasajes de M. de Saint Marc Girardin que al mismo tiempo que resume la historia de este proceder se manifiesta su más decidido campeón. [54] Y esto porque abrigamos la persuasión de que en el caso actual pesarán más en la balanza de un sano criterio las consideraciones que luego nos haremos un deber de exponer.

Girardin se pregunta si los celos de Alceste en el *Misántropo* deben su enérgica e inimitable pintura a la situación en que Molière se encontraba entonces respecto de su mujer, de la cual estaba celoso, y según él mismo lo había confesado a un amigo en una relación íntima, o si acaso el genio del poeta bastó para dominar completamente la situación, y después de hacer hablar al hombre en Molière, prosigue así: «¡Cuán cerca estamos, al verlo, de Alceste y de Celimena! Pero qué ¿acaso es necesario experimentar todas las pasiones que se quiere pintar? ¿El genio está condenado a sufrir por sí mismo para procurar la emoción a los demás? Imaginémonos por un instante la singular condición en que colocaríamos al poeta dramático, al novelista, aún al pintor, a cualquiera que representa las pasiones humanas. Como no se trata en el drama de pintar una sola pasión sino varias, sería preciso que el poeta estuviese enamorado como el Cid, celoso como Alceste u Otelo, que fuese ambicioso como César, patriota como Bruto, hipócrita como Tartufo, crédulo como Orgon. Qué se yo! Sería menester que abrigase en su alma todas las virtudes y todos los vicios de la humanidad.

«La idea de atribuir o de imponer al poeta todos los sentimientos que representa, ha cobrado gran crédito en nuestros días durante la primera mitad de nuestro siglo, y esto por la misma pretensión de algunos poetas o de algunos escritores a quienes parecía bien se confundiese en ellos al poeta con el hombre, viéndose en su persona el original o el rival de los héroes que pintaban. Ésta ha sido principalmente la manía de Lord Byron, y ésta manía del maestro se ha esparcido entre los discípulos [...] No, los autores no tienen necesidad de ser los actores de sus dramas, y la experiencia que deben tener para pintar bien las pasiones del hombre no debe venirles del sufrimiento, sino de la observación»<sup>(160)</sup>. [55]

Así, el crítico citado reconoce que el cómico francés al poner en escena y dibujar con colores maestros al tipo completo del celoso, estaba él mismo dominado de los celos; y nada más natural entonces que las mismas impresiones de su corazón hayan contribuido por mucho en la demarcación de un personaje cuyos rasgos dominantes los veía y los sentía en su interior. La creación no será toda copiada de la realidad personal, pero a ello habrá contribuido por mucho los acentos de su alma perturbada por una idéntica

pasión. Razón tiene también al creer que los héroes soñados por los poetas, puestos en acción por el novelista, o representados en el drama, son más los tipos imaginados de lo que los autores querrían ser, que no ellos mismos. Mas en el caso de Ercilla ¿qué habría querido darnos a entender al pintarnos las desgracias amorosas de un joven, que con ellas ve solo nubes opacas en el horizonte de su vida? ¿Dónde estaría la personalidad imaginada del héroe, dónde el ideal de sus aspiraciones? Por eso es necesario concluir con M. Villemain que «no se puede, no se debe separar al hombre del escritor. Esta naturaleza original en la vida común, esta independencia caprichosa, rebelde a todo yugo, habrá sin duda, dejado alguna cosa suya en las obras las más artificiales del poeta <sup>(161)</sup>»; o como dice A. Bossert, que «no es más natural separar al hombre del escritor, al poeta de su obra, que al árbol de sus frutos»<sup>(162)</sup>.

Los impugnadores de la doctrina de los que ven en los personajes literarios la representación de los sentimientos del autor, podrán decir todavía que cuando Petrarca celebraba la belleza de Lauro, por ejemplo, o cuando sus canciones estaban llenas de sus sentimientos o de su nombre, debemos referirlas a ella; que sin duda el Dante eligiendo a Beatriz bajada del cielo para guiarlo a los infiernos, o conservando en sus cantos la memoria de su nombre, al cual lo ligaban las primeras impresiones de sus años juveniles, no podríamos aplicarlos a otra. Pero ¿por qué creer que [56] los versos de Ercilla simbolizan los desencantos de un amor desgraciado y fatal?

Es cierto, contestamos, que no podríamos producir con ello la certidumbre moral o material de nuestra hipótesis; pero ¿no es verdad también que así como en ocasiones la expresión de un acento nada significa cuando el contexto, el tono general y nuestra propia impresión nos dicen, no es cierto; así también, las vivas emociones expresadas de un modo conforme a lo que todos sentimos, para nada necesitan esa palabra que ninguna mayor animación vendría a dar a la frase y cuya falta no notamos porque dominados de antemano hemos seguido el arranque del poeta? Pues bien, eso es lo que la glosa traduce, es toda ella el grito desgarrador de una alma herida pero resignada que, en un raptó de dolor, ha creído desahogarse confiando al papel la causa de su infortunio. Lope de Vega tan lo comprendió así, o tan bien lo sabía, que no quiso sino insinuarlo como uno de los perfiles que caracterizaban a Ercilla, al decir de él en su *Laurel de Apolo*:

Don Alonso de Ercilla  
tan ricas Indias en su ingenio tiene,  
que desde Chile viene  
a enriquecer la musa de Castilla;  
pues del opuesto polo  
trajo el oro en la frente como Apolo,  
porque después del grave Garcilaso  
fue Colón de las Indias del Parnaso,  
y más cuando en el único instrumento  
cantaba en tiernos años lastimado:  
«Que ya mis desventuras han hallado  
el término que tiene el sufrimiento.»

Las palabras estampadas sobre aquellos pliegos reemplazan muchas veces para el lector la declamación del artista cuyos cuadros en la tela, cuyos ademanes y entonación en la escena nos impresionan por lo mismo que reconocemos en ellos la verdad; sin esa condición, en ambos pasos, en lugar, del efecto buscado, se obtiene el que más distante estuvo de la mente del autor.

Es necesario todavía no olvidar un rasgo del carácter español de esa época, que concurre por mucho en favor de nuestras presunciones. Entre los recuerdos tradicionales más gratos al pueblo [57] español, porque tienen mucho de caballeresco y de la poesía meridional, se encuentra aquella curiosa costumbre de los estudiantes que con la espada al cinto y la guitarra bajo los pliegues de la capa, iban por las noches a entonar al pie de conocidos balcones en alguna solitaria calle de Sevilla, esas tiernas endechas impregnadas del fuego de la raza de los árabes. Ya celebraban los encantos y anhelos de la pasión que espera, o ya, acompañándose de su favorito instrumento, entonaban la barcarola de costumbre que había de abrir la reja tras la cual asomaba alguna beldad de ojos negros condolida de la quejas de un amante rendido. El conde de Almagro cantando a los balcones de Rosina es un personaje de un colorido sorprendente y que no deriva su figura de la imaginación del poeta sino de la observación que éste hizo de lo que a cada momento podía verse en algunas ciudades de España. Esos nocturnos trovadores no iban a celebrar las hazañas de algún señor feudal o a apropiarse las canciones que otros por su profesión o por gusto habían compuesto alguna vez: ellos se interrogaban a sí mismos y en el fondo de sus corazones entusiastas siempre sabían encontrar ardientes palabras que tradujesen fielmente su pasión, razón por la cual esos versos además de expresar los sentimientos propios del cantor, algún tanto exagerados si se quiere, eran siempre conmovedores, porque no hacían más que representar una situación que hallaban en sí mismos y que era hija de la naturaleza. De ahí los rasgos distintivos de esa poesía encantadora. La verdad del estado moral de sus autores y lo común que era en aquella época en que la juventud amante del peligro y de lo misterioso, y debemos decirlo, forzada también de la necesidad a que los obligaba el ceño adusto del tutor o el justo temor de un padre hacía necesaria la declaración de esos sentimientos en la forma en que se realizaba.

Con el tiempo, se olvidaron los poetas de cantar sus versos; pero no dejaron esas inclinaciones de encontrar siempre el lenguaje sonoro que su genio heredado de las naciones orientales les dictaba, persistiendo todavía en hacer de los versos el intérprete de sus amorosos sentimientos. Aún en este siglo XIX se [58] conservan restos de ese modo de expresión, y es cosa averiguada que, hoy como entonces, el poeta más grande es aquel que en sí mismo encuentra la fuente de inspiración, que arrastra al lector, lo seduce por la verdad y exactitud de sus pinturas y lo hace preguntarse si es posible refiera así lo que no se siente. Nada, pues, más natural que las endechas de Ercilla traduzcan una pasión verdadera, porque a ello conspiran las costumbres de su tiempo y la ingenuidad de sus conceptos que dejan traslucir lo cierto del dolor de su corazón.

Ésa es la impresión que la lectura de la glosa de Ercilla deja en nuestro ánimo; impresión que cobra tanta mayor fuerza si se la relaciona con las palabras que en su *Araucana* dejó una vez escapar.

Apenas había concluido de referir la historia de Tegualda, que era también una desgraciada, comienza su canto VII con estas palabras:

Pérfido amor tirano, ¿qué provecho  
piensas sacar de mi desasosiego?

.....

¡Ay que ya siento en mi cuidadoso pocho  
labrarme poco a poco un nuevo fuego!

.....

Que así de tal manera me fatiga  
tu importuna memoria en cada parte,  
déjeme ya; .....

Al último rincón vas a buscarme,  
y allí pones tú fuerza en aquejarme.

De ninguna manera puede objetarse que estos versos no sean la manifestación de la verdad, siendo que no había para qué expresarlos, y ya que también si admitimos que en la *Araucana* hay algo suyo, debemos asentir en el mismo grado a todo lo demás que con él se relaciona. Pues bien, esos versos carecen de sentido y son del todo importunos sin nos apartamos del punto de vista que venimos tomando en consideración. ¿Qué significado podrían tener esas palabras en que se queja del desasosiego que el recuerdo de un amor le produce; qué aquel deseo de no verse aquejado por tales ideas? Mas si tenemos presente que una vez él también [59] amó y que por una causa o por otra su pasión le acarreó crueles sufrimientos, nos explicamos perfectamente tanto el sentido de sus expresiones, como la oportunidad con que las pronuncia. Tegalda refiriendo los pesares que un amor cortado por la muerte de su esposo le producía, refiriéndoselos a quien como ella había conocido esos sufrimientos, era natural se los trajese a la memoria para desear en seguida no viniesen a importunarlo; y esta semejanza de situación es también la que materialmente nos explica la simpatía y la compasión de Ercilla por aquella mujer.

Esto todavía nos demuestra cuanta razón y cuanta verdad había en la glosa al lamentarse de su situación: los años habían pasado, se encontraba en medio de las aventuras guerreras que a cada paso comprometían su vida, y todo eso, y más, no habían conseguido aún borrar de su memoria lo que debemos creer fue grande y sincero cuando con la volubilidad de sus años y el cambio total de su existencia no había podido olvidarlo. Si hubiese consultado un poco la naturaleza del hombre, luego habría podido convencerse de que los remedios que buscaba a su mal, no los iba a hallar donde creía; porque es un hecho que cuando en sí propio se lleva el germen de inquietud e intranquilidad, será inútil buscar en otras tierras y horizontes remedios de males que de antemano tienen un curso prefijado.

Pero es preciso que no creamos que la prescindencia de Ercilla en lo que al amor se refiere fue absoluta, a tal punto que ni una escena de ternizas nos presente o no nos haga oír allá en las noches los suspiros de sus indómitos amantes. Lo que únicamente Ercilla pensó excluir de su poema, como lo hemos ya dicho, fue el amor que no ha sido consagrado por el matrimonio. A esa alternativa lo llevó acaso la voz de su corazón, que en ella le había hecho ver lo percedero de esas relaciones, las que, por lo demás, no se armonizaban con su estado, en el cual le habrían faltado colores para pintarlo. La misma seriedad de su carácter y el distintivo de una relación histórica como era la que emprendía, tendrían también cada una por su parte a disuadirlo de una empresa cuyas

seducciones veía perfectamente y de las cuales sabría prescindir. En [60] la unión consagrada de dos almas notaba muy bien que salía del terreno de la novela y de lo que alguien miraría como ficción, para entrar de lleno en un campo no tan ameno, pero que tendría la ventaja de presentar a sus heroínas conspirando con sus maridos en la grande y gloriosa empresa en que estaban empeñados, la lucha con los extranjeros invasores que había de acarrear la independencia de su caro suelo:

Vienen acompañando a sus maridos,  
y en el dudoso trance, están paradas,  
pero si los contrarios son vencidos  
salen a perseguirles esforzadas:  
prueban la flaca fuerza en los rendidos  
y si cortan en ellos sus espadas,  
haciéndolos morir de mil maneras:  
que la mujer cruel eslo de veras.

*Canto X*

Así podía, sin faltar a su propósito, presentarnos las relaciones de los dos sexos, pero no come el fondo mismo del cuadro, por aislado que fuese, sino únicamente como uno de aquellos lejanos grupos que se divisan en lontananza para contribuir al mejor efecto de la perspectiva que el pintor se propuso. Sin duda que en esas mujeres no iremos a admirar el candor, la sencillez, el sacrificio, hijo únicamente de la pasión; pero sí a la mujer araucana que ve en la causa de su marido la misma de la patria. Habrá menos suavidad en los colores, menos belleza en los tinte, pero la paleta revelará la energía de la mano que los trazó y la armonía en que se hallan respecto del conjunto, sombrío como la opresión, incontrastable como el valor.

Muy luego procuraremos dibujar alguno de esos caracteres en que se detuvo con más complacencia y que, ¡cosa singular! ha sabido mediante su talento y luchando contra toda corriente, hacer que nos interese por ellos. En verdad que a esto contribuye en mucho nuestra propia razón y sentimiento que, olvidando el irresistible pero pasajero encanto de la pintura de los amores primeros, nos dice que hay algo que vale más que eso: la manifestación de la intimidad del hogar en la unión del alma de [61] los esposos, conspirando al mismo fin de la felicidad de la familia.

Nada revela mejor la transformación que su carácter había sufrido en pro de sus nuevos sentimientos. Al paso que procura alejar de su mente todo recuerdo de sus amores de joven, se detiene con cierta grave y circunspecta complacencia en presentarnos a la que fue su esposa en medio de las demás damas de la corte que había visto pasar ante sus ojos en una visión. Ella, sin duda, fue la que le hizo olvidar sus pasados pesares, que una vez llegó a creer irremediables, y en su seno fue a buscar una tranquilidad que jamás pensó alcanzar en sus momentos de desesperación. He aquí los términos en que se expresa acerca de su esposa:

.....

Con gran gana y codicia de informarme  
de aquel asiento (la corte) y damas tan hermosas,

en especial y sobre todas de una  
que vi a sus pies rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba  
en su sosiego discreción madura,  
y a mirarme parece la inclinaba  
su estrella, su destino y mi ventura;  
yo, que saber su nombre deseaba,  
rendido y entregado a su hermosura,  
vi a sus pies una letra que decía:

DEL TRONCO DE BAZÁN DOÑA MARÍA.

*Canto XVIII*

Nada más significativo y delicado que este modo de terminar su sueño: las sangrientas guerras habían comenzado en él por llamarle, como siempre, su atención, y poco a poco va dulcificando su entonación hasta parar en las hermosas de la corte, entre las cuales solo una atrajo sus miradas. Su despertar debió serle dulce y al restregarse los ojos debió sentirse con más fuerza para proseguir la tarea en que se hallaba comprometido.

En estas pinturas del hogar doméstico, en que es verdad solo figuran los jefes, y que nunca han hallado un lugar en el drama o la novela, que ordinariamente se detienen en este umbral, como [62] si la vida no comenzase solamente entonces, completo ya el hombre en su ser y asociado para continuar en una senda que hermocean sentimientos comunes e idénticos fines, con todas las peripecias de una lucha más llevadera por lo mismo que hay dos que se aman para compartir sus penas y alegrías y cuyos lazos creen han obtenido una consagración del mismo Dios; Ercilla supo desentenderse de toda rutina y desafiar, valientemente la opinión de un público que hallaba sus delicias en lo mismo que sus hábitos y gustos habían consagrado; pero firme en la santidad de sus propósitos y seguro de que tal innovación sería aprobada por la gente de un seso maduro, supo seguir impertérrito la tentativa empezada. Además, el mismo lugar de sus escenas y la verdad histórica que respetaba en principio, justificarían perfectamente su proceder; tomando sus cuadros de entre salvajes menos inhumanos que sus civilizados conquistadores, podría dar al mundo una lección de doctrina cristiana, predicando la inviolabilidad de la fe que los esposos se habían jurado, los tiernos sacrificios del amor conyugal y el innato amor a la patria que unidos llevaba al campo de batalla a hombres y mujeres.

Ese respeto de Ercilla por el matrimonio, ha sido inculcado por él en cada uno de los cuadros que ha presentado a nuestra vista, y ora observemos a Guacolda, Tegualda o Glaura, siempre veremos en ellas ir junto con el amor patrio el respetuoso cariño al marido y aún algunas veces sobreponerse el primero al segundo. Así, mientras Caupolicán fue por su valor el digno elegido de sus compatriotas para rechazar al extranjero, Fresia fue su inseparable compañera; cuando abatido por su desgracia se deja doblegar hasta pedir el perdón, su mujer ya no le conoce, y sin querer que de él quede ni el hijo que no había ya de ser el heredero de un nombre que ha deslustrado con su última acción, lo sacrifica destrozándolo contra las piedras a vista de su padre.



«Una de las originalidades más seductoras del siglo XVI y que la *Araucana* refleja con una singular fidelidad, dice con razón uno de sus traductores, es ese sentimiento noble y desinteresado, ese orgulloso afecto, ese culto respetuoso a la mujer que parecían [63] condensar la antigua caballería, y del cual están fuertemente impregnadas las costumbres españolas»<sup>(163)</sup>. Muy luego, en el examen que haremos de sus heroínas, tendremos oportunidad de ver realizado el ideal de nuestro Ercilla; mas, antes, en su comprobación, debemos ocuparnos de uno de los más curiosos episodios del poema inspirado por las mismas ideas: queremos hablar de la historia de Dido.

Nada más extraño en apariencia que la admisión de una historia semejante en un poema como la *Araucana*, cuya acción pasa en América y cuyos actores pertenecen todos a la historia moderna de la conquista de los españoles en el Nuevo Mundo. Ni la índole del relato, ni sus personajes puede sostenerse que tengan la menor cabida en una epopeya destinada a celebrar las guerras de los bárbaros de Chile, allí donde jamás se había oído hablar de Troya y sus destructores, del robo de Helena y de las expediciones de los griegos. Virgilio celebrando a Eneas y refiriendo las aventuras de los troyanos después de la destrucción de su patria, estaba en su derecho, y el asunto se prestaba de por sí a colocar entre esas aventuras la residencia de su héroe en Cartago y la pasión que por él concibió la reina Dido. Por otra parte, su voz armoniosa había prestado a su lira sus más bellos acordes en la relación de aquellos ardientes sentimientos, y el canto que casualmente en su poema parecía irretocable, fue ¡cosa curiosa! el elegido por Ercilla para modificarlo completamente, apartándose aún ya que no de la historia, al menos de lo que la tradición uniforme y largas generaciones aceptaban como un hecho inconcuso, y cuyo trastorno había de resonar desagradablemente en los oídos de los lectores a quienes la *Eneida* y las conquistas de Roma eran familiares.

No pretendemos, sin duda, ni justificar la oportunidad del episodio en cualquiera parte del poema que lo supongamos, ni sostener su bondad intrínseca o el parangón con el poeta de Mantua. Porque, en efecto, ¿cómo es posible que la heroína africana, la [64] fundadora de Cartago, rival de Roma, pueda tolerarse en un asunto destinado a celebrar las guerras de los araucanos? Hay en una obra de largo aliento circunstancias que disculpan y que, aún en ocasiones hacen necesaria la colocación de los incidentes para evitar se fatigue el lector con la continuada narración de un asunto, algunas veces de por sí poco ameno; y de ahí nace entonces la discreción y buen gusto del autor para injertar en el tronco episodios de una naturaleza diversa de la principal, pero que a ella se relacionan con alguna circunstancia, como la corteza y el injerto que, siendo en sí mismos diversos, vienen a verse armonizados por la misma savia que a ambos debe animar. Mas, cuando el jardinero ignorante quiere formar alianza entre elementos de por sí heterogéneos, no los ve fructificar, pierde su trabajo y ya para otra vez se cuida de incurrir en semejante despropósito. Los episodios, por lo tanto, (y esto todo el mundo lo sabe) no deben ser tan lejanos que olvidemos el asunto principal; y el autor que de esta manera no proceda, aunque el incidente sea una obra maestra, mal colocado, además de perder su mérito intrínseco, deslustra el marco en que figura. El oasis perdido en el desierto, estando apartado del camino, lejos de contribuir a dulcificar la ruta, solo aumenta sus fatigas con la seguridad del viajero que no ha de llegar hasta él. Ercilla no se situó absolutamente en este punto de vista, y por eso nada bastará a disculparlo, pero puede legítimamente buscarse qué fue lo que tuvo en mira al intercalar la narración de la muerte e historia de Dido entre las figuras de Lautaro Rengo y Caupolicán; y ese fin no fue otro que su apología del matrimonio o la exclusión de los amores fáciles o no santificados por la religión. Veamos ese episodio.

De nuevo, pues, viene a encontrarse a Ercilla en un dilema sin salida, y en el cual, debemos sin duda confesarlo, cualquiera que sea la solución que se le dé, ha de serle precisamente desfavorable. Al atreverse a modificar lo que en el mundo literario pasaba como un modelo en su especie, debemos creer que obedeció su ánimo a muy poderosos influjos para determinarlo a [65] cometer tal profanación. Y aunque su talento hubiese sido grande en la audaz modificación que emprendía, muy grandes los recursos de su imaginación, muy feliz la concepción del episodio y muy de admirar, por último, las inspiraciones de su musa, todo eso no habría podido pasar contra la opinión de verdad o de ilusión que el poeta latino se había creado con sus versos. ¿Fue por tanto el mal gusto del poeta español, algún sentimiento de secreta rivalidad intelectual los que lo llevaron a modificar una creación anterior, o el ingenio estragado de su siglo? Sin duda que no. Contra lo primero, ahí están sus declaraciones y su obra misma; contra lo segundo, nada habría podido el temple de su alma incapaz de abrigar ideas de ese género y su misma admiración por la literatura latina, en la cual, especialmente en Lucano, había ido a buscar sus modelos y cuya superioridad era para él un hecho incuestionable; y no tampoco las tendencias de un siglo que casualmente iba a inaugurar el más bello período que jamás hayan tenido las letras españolas. Así como respecto de la exclusión de los amores en su poema, hemos procurado investigar el móvil que lo condujo a ese extremo, también en esta dificultad hemos anunciado ya, debemos esforzarnos por buscarle una explicación que, podemos engañarnos mucho, mas que vemos la única aceptable, si no queremos admitir en nuestro poeta uno de aquellos lunares que de mucho tiempo atrás se le vienen reprochando y cuya materialidad a todos ha atraído, sin darse el trabajo de encontrar esa solución que ahora perseguimos.

«La memoria de la reina Dido -dice Ticknor hablando de la *Crónica general de España*-, ha sido siempre defendida por los cronistas y poetas más populares de España, contra las imputaciones de Virgilio». Y en una nota puesta a este pasaje agrega Gayangos: «La historia de Dido merece verse, y especialmente por aquellos que han leído las extrañas alusiones de Ercilla, Lope de Vega y otros poetas populares, los cuales no están por cierto muy conformes con la versión romana dada por Virgilio. Encuéntrase este pasaje en la *Crónica de España* (parte I, cap. 51-57) concluyendo con una carta verdaderamente heroica de la [66] reina a Eneas. La relación de la *Crónica* española está tomada de la *Historia universal* de Justino. 16. 18. cap. 4».

«Es digno de averiguarse, continúan los traductores de Ticknor, qué motivos pudo haber para que los poetas españoles, entre los cuales no fue el primero Ercilla, se apartasen de la tradición histórica conservada por Virgilio y se hiciesen partidarios celosos de la reina Dido, o Elisa Dido, como la llaman. Apenas conocemos uno de cuantos han tratado el asunto, que no haya pintado a Eneas bajo los más negros colores y echádole en cara su alevosa perfidia y negra ingratitud. Quizá el origen de tan marcada simpatía haya de buscarse en la manera harto romántica y a guisa de libro de caballerías con que el asunto está tratado en la *Crónica* del rey Sabio. Un poeta del tiempo de Felipe IV, el padre maestro fray Tomás de Avellaneda, escribió un poema burlesco y en extremo gracioso, con el título de *Fábula de Dido y Eneas*, en el que injirió trozos de antiguos romances y canciones, en todas las cuales se acusa a Eneas de aleve y traidor. Henríquez de Calatayud, que tradujo en octavas el poema de Carlos Dolce, dice en su dedicatoria a Felipe III, que Virgilio acusándole la conciencia de haber levantado un falso testimonio a Eneas, mandó en su testamento quemar la *Eneida*, pero que Augusto no lo quiso nunca consentir»<sup>(164)</sup>.

Después de contar Ercilla como dejó a Lauca en camino de su casa, hallado el cuerpo de su marido que había ido a buscar al campamento español, retornando ya al fuerte, dice:

La vuelta del presidio caminando  
sin hallar otra cosa de importancia,  
iba con los soldados platicando  
de la fe de las indias y constancia,  
de muchas (aunque bárbaras) loando  
el firme amor y gran perseverancia:  
pues no guardó la casta Elisa Dido  
la fe con más rigor a su marido.

*Canto XXXII* [67]

A estas palabras, un soldado joven que iba en la compañía y al cual no le era desconocida la *Eneida*, interrumpió diciéndole que sus palabras estaban muy distantes de hallarse de acuerdo con lo que de esa reina refería el poema latino. No, le contestó Ercilla: Virgilio levantó en eso una calumnia al honor y castidad de Dido por lisonjear a Augusto que pretendía descender de Eneas y al cual, por consiguiente, quiso el poeta hermohear como al héroe de una aventura amorosa. Pero ya que no tenemos otra cosa de que hablar (y acortaremos así el camino) les contaré la historia verdadera de esa reina:

Que la causa mayor que me ha movido,  
demás de ser, cual veis importunado,  
es el honor de la constante Dido  
inadvertidamente condenado<sup>(165)</sup>:  
preste, pues, atención y grato oído  
quien a oír la verdad es inclinado:  
que el mal ofende aún dicho en pasatiempo,  
y para decir bien siempre es buen tiempo.

*Canto XXXII*

Como se ve por las dos estrofas citadas, el medio de que se ha valido el autor para hacer entrar su cuento, no es ingenioso ni oportuno: en lugar de entretenernos con esa historia, hubiera podido hacerlo con cualquiera otra. Pero ella demuestra claramente el natural del poeta castellano que ya que no puede desenvainar su tizona por defender el honor de una dama muerta siglos ha, pone sin embargo, a contribución su talento y sus estrofas para purificarla de toda mancha. Y no puede negarse que en verdad sus dos últimos versos son hijos de una naturaleza religiosa e inspirada en las más puras fuentes de la moral y de una conducta cristiana. Así, mientras el gusto literario desapueba el episodio, el hombre de bien aplaude la invención de Ercilla, en cuanto ella está conforme con la verdad. [68]

Para no alargarnos inútilmente con lo que nuestros lectores pueden ver en el original, baste decir que la mujer que nosotros conocimos como un modelo de amor apasionado y como el tipo de uno mal correspondido, que busca su remedio en el olvido de la muerte, desesperada de alcanzar el que los hombres y el mundo pueden darle,

desaparece completamente en el poema del conquistador de Arauco. Dido, es verdad, atravesado su corazón con el puñal que su mano empuña serena, muere en la hoguera, desde la cual Virgilio la hace asistir a la partida de la armada de su amante, que distante por el mar corre a velas desplegadas; pero lejos de sacrificarse a la pasión, a su orgullo humillado y a su despecho, es solo víctima de su fanatismo por la fe que cree debida a la memoria de un esposo muerto. En efecto, una vez fallecido Siqueo, Yrbas, un rey de las cercanías de Cartago, solicita la mano de Dido, y al mismo tiempo que encarga a sus emisarios de un mensaje que, llevado a feliz término, colmaría sus deseos, los autoriza para que en caso contrario ofrezcan su inmediata declaración de guerra a ese pueblo que recién se levantaba a impulsos de una hábil administradora y del carillo de sus súbditos. He aquí una cruel alternativa para Dido: ¿cómo aceptar una alianza que destruiría el respeto que su corazón conserva a la memoria del que fue su esposo? ¿Cómo rehusarla cuando de ello pende la conservación de su pueblo? Pues bien, se dice a sí misma, ya que estaba crítica situación no puede salvarse sino muriendo yo, estoy pronta a ello, y así satisfaceré al cielo y a la tierra,

Pues muero por mi pueblo y guardo entera  
con inviolable amor la fe primera.

El día señalado para la respuesta que debía darse a los embajadores del pretendiente se mostró la reina lujosamente ataviada bajo un dosel a cuyos pies estaba la pira para los sacrificios de costumbre, y ahí en una exhortación a su pueblo en que le manifestó la razón que la obligaba a dejarlo para siempre,

Se abrió con un puñal el casto pecho,  
dejándose caer de golpe luego  
sobre las llamas del ardiente fuego. [69]

No tenemos para qué entrar en la comparación de lo que cada uno de los autores imaginó, ya que en las escuelas aprendimos a conocer el armonioso estilo que el antiguo poeta emplea en la narración de la aventura. En la Dido de Virgilio, es más fácil explicarse esa muerte, y sin duda que su tinte general tiene cierto aire de romanticismo que agrada más a la imaginación que la de la esposa de Siqueo en Ercilla, cuyos móviles son tan aceptables como se quiera en una mujer antigua, a la cual las religiones del Oriente aún imponen como un deber el sacrificar, de la vida en los umbrales de la tumba del marido, pero que cuando largas generaciones de por medio nos apartan de esos remotos tiempos y costumbres, ya el colorido local, diremos así, desaparece mucho para el interés que se requiere y el cual solo puede suplirse por la influencia de los sentimientos generales de la humanidad que nunca tienen su época y que en el primero como en el último día de un siglo son siempre los mismos. He aquí como el poeta español ha sacrificado todo a su pensamiento dominante: ni respeto por las tradiciones, ni observación de la verdad en la historia o de lo recibido como tal en la imaginación de los pueblos, ninguna consideración ha bastado a detenerlo para reivindicar un honor que quería; emplear en beneficio de un pensamiento al cual dedicaba todos sus fuerzas. Noble fin, sin duda; mas ¿el buen gusto literario aceptará el cambio de papeles empleado como medio en la defensa de una causa bastante buena para triunfar por sí misma?

Siguiendo a Ercilla en la realización de su plan, procuraremos bosquejar algunos de los caracteres de sus heroínas, principiando por Guacolda, mujer de Lautaro. Es un hecho que en todos esos diseños, muchos de ellos simples bocetos, nunca hallaremos el amor entusiasta y si solo el afecto tranquilo de los esposos. Ercilla dejaba cuantos arrebatos imaginó la pasión para un campo que no es la arena de los combates, sino el dosel del triunfo, o había puesto a la vista del lector, no una pareja obrando a la vez, sino en las más de las ocasiones a la mujer inspirada por el recuerdo del cariño a uno que fue. Por otra parte, sus escenas no han sido tomadas, como a ello se presta el amor conyugal, del [70] interior del hogar o del cambio de afecciones realizadas en una esfera que se acerca mucho a la prosa de la vida, pero que es más duradera, porque es menos ficticia e hija menos del impulso del momento que de la reflexión y de una compañía que se ha prolongado o deberá prolongarse por años, por toda una eternidad. La situación en que coloca a sus heroínas no es una de esas serenas que los poetas se complacen en pintarnos como realizadas en la hermosura de las tardes del otoño, bajo el techo de la casa que cubren las sombras de los árboles o que abriga el fuego que arde en la chimenea, preparando la cena del esposo que retorna de sus faenas o hilando el vestido que ha de cubrir a los hijos. En la *Araucana* nada de esa poesía sentimental o del reflejo de la vida patriarcal: solo escenas de guerra y exterminio en que a la mujer no le es dado desempeñar otro papel que el de celebrar el triunfo del ejército en que su marido combate, o ir a llorar en la tumba que ha de encerrarlas cenizas de un ser querido.

He aquí por que esas pinturas no pueden ser completas: el movimiento de la guerra arrastra en sus remolinos y en sus vueltas vertiginosas todo acontecimiento que no sea bastante notable para influir en los destinos de las batallas o en la suerte del país. En el poema esos sucesos son como las pequeñas detenciones que el viajero fatigado por las largas marchas le es dado hacer en las postas del camino, en que apenas se le concede el tiempo necesario para un ligero descanso, mientras de nuevo alistan las cabalgaduras. Con todo, esos episodios, especialmente el de Glaura, ponen una vez más de manifiesto las ideas y propósitos del autor. Mas no adelantemos y volvamos a Guacolda.

Lautaro en la embriaguez de sus primeros triunfos y en los mirajes de su imaginación exaltada por sus encumbrados propósitos de nuevas victorias, acampaba cerca de Santiago, procurando cumplir la promesa que había hecho al general en jefe de desalojar a los españoles de sus últimos baluartes en el territorio de Chile. Su campamento descuidado velaba precisamente en los momentos en que el enemigo, conducido por guías seguros, esperaba el momento oportuno para sorprenderlo. [71]

El araucano se había despojado por un momento de las pesadas armaduras de la guerra. Esa noche, después de muchas otras de fatiga, era la primera en que le era dado descansar un momento buscando en los brazos de su Guacolda nuevos bríos y reposo. Pronto un sueño pesado se apodera de él,

.....despierta congojoso  
y la bella Guacolda sin aliento  
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro lo responde: amiga mía,  
sabrás que yo soñaba en este instante  
que un soberbio español se me ponía

con muestra ferocísima delante,  
y con violenta mano me oprimía  
la fuerza y corazón, sin ser bastante  
de poderme valer; y en aquel punto  
me despertó la rabia y pena junto.

*Canto XIV*

Contesta Guacolda:

Soñaba yo lo mismo y ¡triste de mí! veo ya llegada la hora en que, concluyendo tu suerte, ha de terminar también mi ventura; y aunque el hado

Trabajo por mostrármeme terrible  
y del tálamo alegre derribarme;  
que si revuelve y hace lo posible,  
de ti no es poderoso de apartarme:  
aunque el golpe que espero es insufrible,  
podré con otro luego remediarme;  
que no caerá tu cuerpo en tierra frío  
cuando estará en el suelo muerto el mío.

Así aparece el guerrero de Arauco con todo el orgullo de los de su raza. ¿Qué importa que esté desarmado cuando vengan los enemigos si en brazo ha bastado para quitarles todo lo que se extiende hacia el sur y estrecharlos como se hallan? En medio de la seguridad de en arrogancia, sin embargo, su esposa por uno de esos presentimientos que el alma sensible de la mujer, como delicado instrumento, adivina en su corazón cuando aún no llega la terrible realidad, le dice que nada importa el valor y la potencia de su brazo cuando muerto, él su desventura no ha de hallar otro término [72] que en el día en que una misma sepultura los reúna. Y así fue en realidad. Al venir la aurora se descolgaron los españoles sobre el campo araucano y apenas si uno escapó con vida. Lautaro había caído de los primeros, herido de una flecha.

Sin duda que en las palabras del salvaje hay mucho de ficticio, una cultura, una prodigalidad de expresiones amaneradas y de costumbres de andantes caballeros que está muy distante de armonizarse con la rudeza y hasta brutalidad (diremos) de unos indios sin educación y sin más conocimientos que los que las continuadas guerras habían podido darles. Pero al lado de esos *concetti* están las palabras y las inspiraciones de Guacolda que son verdaderas, porque son hijas del corazón, cuyo lenguaje de amor es siempre el mismo: iguales acentos puede hallar y tener en esas circunstancias la dama de alta alcurnia y la dueño de palacios que la pobre hija de un pescador, María Antonieta puede ser en esa ocasión tan sublime como Graziella.

No debemos ocultarnos que estas pinturas ofrecidas a países de una civilización adelantada, como realizadas en un tosco teatro de un pueblo salvaje y desconocido, por héroes que apenas conocen otro lenguaje que el de los instintos y el de su astucia, colocan al poeta en una situación verdaderamente embarazosa. ¿Cómo retratar la verdad en absoluto y cómo agradecer a la vez a los lectores? Es ir de Scila a Caribdis y por



escapar de un escollo caer en otro. Si el araucano fuese menos pulido en su expresión y maneras, aparecería a nuestros ojos como grosero y lo haríamos a un lado; si se conserva tal como se halla, traspasa demasiado a ficción para que pueda, proporcionarnos un placer. No queda más recurso que acudir un poco a nuestra propia imaginación y sacrificar algo de lo uno a algo de lo otro. Sucede aquí lo que en los romances pastoriles en que se supone siempre a los héroes ocupados en cuidar de sus ganados y en mudar sus tiendas de cuando en cuando debajo de la sombra de los árboles, o yendo a abreviar el rebaño a orilla de los cristalinos arroyuelos que corren, por entre el verde césped; esas pinturas siempre idénticas nos fastidian, y por eso, reconociéndose cuanto de ficticio tiene tal género literario, cada día [73] cae en más descrédito, especialmente en nuestro siglo que tan poco sacrifica al idealismo de los poetas y soñadores y tanto a las ideas prácticas y a lo positivo.

Pronto tendremos ocasión de volver al carácter general atribuido por Ercilla a los araucanos en sus relaciones sociales; mas, desde luego, dejaremos establecido que el lenguaje de Lautaro, que debió tener más naturalidad, pudo también, sin pecar de grosero, ser admisible en un pasaje tal como el que se nos presenta, a condición de ser más sentido y menos locuaz, de lo cual, nace casualmente que sea también ficticio un idioma destinado a pintar sentimientos imaginarios. ¡Tan cierto es que todo lo que se aparta de lo natural, es por lo menos defectuoso, pues una copia en desacuerdo con el modelo, es forzoso que sea, asimismo despreciable!

Hemos visto en lo anterior que el poeta acompaña a su heroína únicamente hasta el momento en que todo es placer y felicidad, amargada cuando más de vagos presentimientos: papel hasta cierto punto fácil y que encuentra en las literaturas de todos los países repetidos modelos; mas, en la descripción de la aventura de Tegualda el poeta ha salido de lo común y ha caracterizado a la mujer fiel a la memoria de su marido.

Cuando don García desembarcó en Arauco, su primer cuidado fue la construcción de un reducto que resistiese los violentos ataques de los bárbaros ensoberbecidos con sus anteriores victorias. Parapetados tras de las murallas, sus soldados apenas habían podido contrarrestar los golpes de los araucanos que, a la voz de Caupolicán y guiados por sus más denodados jefes, emprendieron derribar el fuerte. La lucha había sido sangrienta, atroz; y la luna que oscurecida se levantó en el horizonte, vino a alumbrar esa noche el foso del castillo cegado con los cadáveres de los asaltantes. A pesar del desastre que habían experimentado los indios, el jefe español temía todavía un nuevo ataque, y los centinelas desde lo alto, vigilantes, se relevaban por sus turnos. Ercilla, a quien le cupo el cuarto de prima, velaba «en un bajo recuesto junto al fuerte». En otra parte hemos relatado ya las penurias que había sufrido en la [74] campaña y que ahí, en esas horas de fatiga recordaba su mente. La noche estaba oscurísima. Era imposible distinguir los muertos tendidos en la llanura y solo el viento dejaba oír gas susurros misteriosos azotando contra las murallas de las fortificaciones. A veces traía en su aliento un ruido singular, como un sollozo, un suspiro, que partiendo de entre los cadáveres venía a morir donde el centinela. Ya venía de un lado, ya de otro, vagando cual los fuegos fatuos de allá para acá. El soldado estaba inquieto y atemorizado. ¿Qué sería aquello? ¿algún espía, quizá algún fantasma, el alma de algún muerto que se lamentaba? Sin más vacilaciones, picado de la curiosidad, y alentado por el cumplimiento de su deber, se encaminó despacio, caminando inclinado sobre el pasto, hacia el lugar en que se oía el ruido misterioso. Muy pronto pudo distinguir un bulto que en cuatro pies circulaba por entre los cadáveres. Poco satisfecho de tal reconocimiento, empuñando la espada,



afirmando la rodela e invocando a Dios, aguijó luego sobre él; mas, a este movimiento una mujer se paso de pie,

Y con medrosa voz y humilde ruego  
dijo: «Señor, señor, merced te pido,  
que soy mujer y nunca te he ofendido;  
. . . . . si por ventura  
o desventura, como fue la mía,  
*con amor verdadero y con fe pura*  
*amaste tiernamente en algún día,*  
me dejes dar a un cuerpo sepultura  
que yace entre esta muerta compañía», etc.

*Canto XX*

Dudoso todavía, nada le contestaba; al fin, convenciéndose que era verdad lo que le decían,

Y que el pérfido amor ingrato y ciego  
en busca del marido la traía,

la llevó en su compañía para su puesto de guardia, deseando le contara cual era la historia que a tales horas la llevaba a buscar el cadáver de un hombre al campo de batalla.

¿Cómo habría podido resistirse Ercilla a aquella súplica tan humilde, a un pedido dirigido acaso a lo que podía tener más fuerza en su corazón? A él que había amado, que también había sufrido [75] pero que conservaba el culto de una religión muerta ya para su alma debieron presentársele en ese instante todas las imágenes que acababa de abandonar; en medio de tan extraños acontecimientos en un paraje tan singular, en un cementerio, debieron ser para don Alonso, como una nueva aparición la imagen de la mujer que amó, los sitios en que la vio, toda la historia de su amor. ¡Este amor muerto ya venía de nuevo a aparecerse al borde de una tumba; al usar para la pobre mujer de una clemencia que siempre estaba dispuesto a dispensar no hacía más que emplearla también para con sus propios recuerdos!

Yo soy Tegualda, le cuenta, hija desdichada del infortunado cacique Bracol. ¡Fue para mí un tiempo en que libre de cuidados mis días se deslizaban tranquilos y jamás un pesar turbaba la calma de mis noches o empañaba la felicidad de mi alma! ¡No amaba! Un día la fortuna, celosa de mi alegría, airada por mi libertad, quiso poner fin a un estado que hasta entonces había constituido las delicias de mis años. En balde numerosos pretendientes asediaban a mi padre, que me rogaba me decidiese por alguien: tales ruegos eran para mí importunos y nunca podía explicarme la pasión que los llevaba a cometer locuras semejantes. Llegó un día, sin embargo, en que ese mal que no temía, amargó mi dicha, y ahogóme el dolor que hoy causa mi muerte.

Mis amantes habían dispuesto fiestas para obsequiarme y a ellas debía concurrir. A orillas del claro y apacible Gualebo, junto al lugar en que después de correr por fértiles

y anchurosos campos entrega su corriente al ancho Itata, allí debían tener lugar las fiestas. El trayecto, adornado con verdes ramas de los árboles entretejidos de flores que al sol ocultaban mi hermosura, conducía a un bien compuesto y levantado asiento;

El agua clara en torno murmuraba;  
los árboles movidos por el viento  
hacían un movimiento y ruido  
que alegraban la vista y el oído.

En la arena había muchos jóvenes apuestos que parecían prontos a luchar en mi honor; mas yo en nada me fijaba, dejando a [76] mi pensamiento vagase en libertad. Alzose repentinamente un gran murmullo en la asamblea y al preguntar lo que era me dijeron: ¿No has visto como aquel joven ha dado en tierra con Mareguano el vencedor de los demás? Éste no se da por vencido y solicita ensayar otro partido; pero como las leyes del juego se oponen, vienen ahora donde vos, a fin de que se les permita combatir de nuevo. En esto llegó el tropel hasta donde yo estaba, y después de pedirme licencia de un modo respetuoso y lleno de cortesía, Crepino (que así se llamaba el joven)

.....con baja reverencia  
la respuesta mirándome esperaba;  
mas yo, que sin recato y advertencia  
escuchándole atenta lo miraba;  
no solo concederle la licencia,  
pero ya que venciese deseaba;  
y así le respondí: «Si yo algo puedo  
libre y graciosamente lo concedo».

Trabose de nuevo el combate, y de nuevo salió vencedor.

Luego de mucha gente acompañado  
a mi asiento los jueces lo trajeron;  
el cual ante mis pies arrodillado  
que yo le diese el premio me dijeron.  
No sé si fue su estrella o fue mi hado,  
ni las causas que en esto concurrieron,  
que comencé a temblar y un fuego ardiendo  
fue por todos mis huesos discurriendo.

Halleme tan confusa y alterada  
de aquella nueva causa y accidente  
que estuve un rato atónita y turbada  
en medio del peligro y tanta gente;  
que volviendo en mí más reportada  
al vencedor en todo dignamente,

que estaba allí inclinado ya en mi falda  
le puse en la cabeza la guirnalda.

Pero bajó los ojos al momento  
de la honesta vergüenza reprimidos,  
y el mozo con un largo ofrecimiento  
inclinó a sus razones mis oídos.  
Al fin se fue, llevándome el contento  
y dejando turbados mis sentidos  
pues que llegué de amor y pena junto  
de solo el primer paso al postrer punto.

*Canto XX [77]*

. Ya no fue entonces en mí aquella despreocupación que me hacía indiferente a lo que pasaba a mi rededor, y muy pronto mis ojos siguieron por doquiera las pisadas del mancebo que me había cautivado. ¡Cuál fue mi placer al verlo de nuevo triunfar en la carrera y con cuánto gozo no le entregué otra vez el anillo, premio del vencedor. ¡Juntamente le había dado mi libertad!... Él, aceptándolo, me lo ofreció, diciéndome que si era pequeño el don, grande era la voluntad, y

Yo por usar de toda cortesía,  
le dijo que el anillo recibía  
y más la voluntad de tal persona.

Por tres semanas callé mi dolencia. Al fin, acordándome de las instancias de mi padre, le manifesté que estaba ya hecha mi elección. Mi mano había de ser de Crepino. Mi padre aceptó gustoso, y hoy ¡dura suerte! un mes se enteró cabal a que se celebró el triste casamiento.

¡Éste es, pues, el proceso, ésta es la historia,  
y el fin tan cierto de la dulce vida:  
he aquí mi libertad y breve gloria  
en eterna amargura convertida!

Al llegar aquí se deshizo en llanto, exigiendo la seguridad de que se le permitiría enterrar a su marido.

Al día siguiente, cuando la infeliz amante dio con el cadáver de Crepino, pálido y desfigurado por la muerte, le besaba la boca y las heridas, procurando con su aliento devolverle la vida que una mano cruel le había arrebatado.

Tomando una angarilla con tablones, pusiéronlo sobre ella, y la india acompañada de sus sirvientes se encaminó a su tierra, escoltada por Ercilla hasta una altura inmediata, de donde se despidió llena de reconocimiento.

Hay en la relación anterior cierto entusiasmo varonil y cierta dulzura de sentimientos que hacen de este episodio de Ercilla, el mejor de su poema, a no dudarlo. La energía de su pincel y la suavidad de sus colores están felizmente combinados, contribuyendo mutuamente a su buen efecto. Sin duda que los personajes son algo [78] pulidos para la escena en que se les representa; pero la galantería no pasa en él de los límites del buen gusto y de la verosimilitud, y aún nuestro propio placer viene en apoyo del proceder de Ercilla. Aquí, como en todas partes, la vida inquieta del amor solo merece reproches del poeta, quien cuando más la acepta como un mal necesario que no tiene otra compensación que la afección que más tarde puede llevar a los esposos a realizar grandes cosas al uno en favor del otro. Es siempre el desgraciado preliminar de un drama que no recibe aplausos de los espectadores sino en vista de los buenos sentimientos que despierta, la apacibilidad que lleva a las almas agitadas y la felicidad del desenlace. Los desencantos de la primera edad, el desengaño de lo conocido lo llevaban a fundar mejores cosas en el porvenir con la fe de sus pocos años, esperando que el sacramento tuviese para él las que no había realizado la pasión. Las expectativas no le salieron fallidas, y ya en el tercer canto de su poema pudo recordar la belleza y encantos de su esposa, que fue para él una fiel y digna compañera de su suerte.

Glaura y Cariolano figuraron en un círculo demasiado estrecho para que hayan podido tener un desarrollo las pasiones de que el poeta los supone animados; puede decirse con exactitud que la historia de su pasión es un relámpago que brilla en medio de tempestuosas nubes, pero que se extingue al desvanecerse su resplandor. La exposición de sus sentimientos, es, además, tan súbita e inesperada, que si le presta ocasión al autor para mostrarnos nobles y elevadas acciones, en cambio perjudica mucho a la verosimilitud, a pesar de los rasgos primordiales y externos del episodio en los cuales Ercilla tomó parte y que se nos dan con todos los caracteres de la historia.

Glaura era una de esas muchachas robustas, alegres, de ojos grandes y risueños, que a la sombra de sus bosques y del pajizo techo de las chozas de los salvajes, conservaba toda la frescura de la juventud. Su padre Quilacura, uno de los más notables y poderosos caciques de la tierra, la había visto crecer en el regalo de su afecto, dueña de su voluntad y respetada por su lenguaje y hermosura. Fresolano, su amigo y pariente, había llegado a hospedarse [79] bajo su techo. Junto con la hospitalidad había encontrado allí al amor «turbador del sosiego». Las frecuentes ocasiones que una común habitación y la protección del padre le ofrecían, procuraba encaminarlas a obtener una correspondencia de sus declaraciones a la joven; pero ésta siempre los había rechazado con desdén y dignidad. Una vez una partida enemiga llegó hasta el patio de la casa. Fresolano, despreciado en su afecto, buscó la muerte en la punta de las lanzas españolas. En la turbación producida por la llegada de los enemigos, Glaura se escondió en un monte inmediato, a tiempo para ver, sin embargo, morir a su padre, que al bullicio había salido a informarse de lo que acontecía y que había caído allí atravesado de una lanza. Despavorida, echó a correr sin dirección por la montaña, detenida a cada paso por los zarzales, lastimada por las espinas y desgarrada por los abrojos. En su camino se encontró con dos negros que luego la despojaron de cuanto llevaba; conservando aún intactos su honor y castidad, solo merced a las lastimeras voces que daba, hasta que aparece un joven guerrero que poniéndose de su lado acomete a los cobardes asaltantes, mata al primero, atraviesa de un flechazo a otro y lo última a puñaladas tendiéndole en el suelo.

En seguida Cariolano, vase donde Glaura, la cual cuenta como terminó para ella la aventura, en los versos siguientes:

Supo decir allí tantas razones,  
haciendo Amor conmigo así el oficio,  
que medrosa de andar en opiniones,  
que es ya dolencia de honra y ruin indicio,  
por evitar al fin recriminaciones  
y no mostrarme ingrata al beneficio  
en tal razón y tiempo recibido,  
le tomé por mi guarda y mi marido.

*Canto XXVIII*

Muy luego se perdieron en las espesuras de un bosque por el cual anduvieron gran trecho errantes, para salir, por último, a orillas del Lauquen,

Por do venía una escuadra de cristianos  
con diez indios, atrás presas las manos. [80]

¡Atrás! les gritaron, y ante un encuentro tan inesperado, Cariolano hizo que Glaura se entrase de nuevo por el bosque inmediato, mientras él resistía a los enemigos.

Luego el temor a trastornar bastante  
una flaca mujer inadvertida,  
me persuadió, poniéndome delante  
la horrenda muerte y la estimada vida;  
¡Así, cobarde, tímida, inconstante  
a los primeros ímpetus rendida  
me entré!. . . . .

Escondida en el hueco del tronco de un árbol, pudo oír desde la distancia ruido de gentes que corrían, armas que se entrechocaban y tropel de hombres,

Como que combatiesen fuertemente.  
Aquel rumor y grito que se oía,  
cuando la obligación ya calentando  
la sangre que el temor helado había,  
revolví sobre mí, considerando  
la maldad y traición que cometía  
en no correr con mi marido a una  
un peligro, una muerte, una fortuna.

Sin embargo, cuando la joven india asomó a lo llano, nada se veía, ni un caballo ni un enemigo, ¡ni un polvo levantándose del camino! ¡Su desesperación exaltándose

entonces con la falta que creía haber cometido la hacía correr en todas direcciones, dando gritos y llamando a su marido; pero nadie le respondía y solo sus ecos le devolvían las montañas! Llena de pena y confusión, combatida por la duda, resuelta a pasar por todo para dar con las huellas de su marido, se dirige al campo español, escondiéndose en los lugares cercanos y rondando por las noches. En esas circunstancias la sorprendió Ercilla.

Lamentaba la bella bárbara sus aventuras y desgracias cuando un yanacona del servicio del poeta se acercó a decirle que huyese a toda prisa si no quería caer en manos de una gruesa emboscada que se acercaba.

Ercilla se había dado vuelta para dar las gracias al indio, cuando ve a su cautiva que prorrumpe en exclamaciones de sorpresa y de alegría, y que se acerca a Cariolano, que paso a paso iba [81] siguiéndolos. El guerrero español era quien venía con sus compañeros cuando llegaron al Lauquen Glaura y su marido. Cariolano había resistido valientemente el primer ataque, y el poeta viendo su denuedo, había conseguido que no se le matase. Cuando de nuevo los vio reunidos, no quiso retardar por más tiempo el concederles la dicha que estaba en su mano otorgar y los dejó ir, diciéndoles:

Amigos, adiós; y lo que puedo  
que es concederos libertad, yo os la concedo.

En este relato destinado a celebrar los sacrificios del amor y cuyos héroes se dicen inspirados por él, apenas le concede en su pintura unas cuantas frases. Colocado en medio de sangrientas contiendas y destinado a endulzar las feroces pasiones, hijas de la guerra, no le ha sido posible al autor borrar completamente de su pluma el rastro de la sangre con que había sido salpicada en el encarnizamiento de los combatientes, y por eso, esta parte se resiente de la inspiración que lo dominaba al celebrar las hazañas de sus guerreros, pues es como el reflejo de los móviles a que obedecía. Hay en ella rasgos sobresalientes de nobles pasiones, de caballerescos sentimientos, pero revisten la altiveza del soldado y no el sentimiento del amante. Cariolano defendiendo el honor en peligro de Glaura al ser asaltada por los negros, es una figura simpática, que asume los colores de la grandeza y del heroísmo cuando de nuevo por protegerla desafia solo el empuje de la partida de españoles que los sorprenden a orillas del Lauquen. A su lado es justo que coloquemos a Ercilla, oponiéndose a su muerte nada más que por el valor que demuestra el indio al verse atacado y la bella acción que ejecuta al dejarlos en libertad, diciéndoles: ¡sed felices! Pero si vemos en esto al caballero, y si hallamos los nobles instintos del valor y la generosidad en Cariolano, ¿dónde está el amante?...

Glaura resistiendo con dignidad las seducciones del amor de Fresolano, arrepintiéndose de su cobardía al abandonar a su marido, que pone en peligro su vida por procurar librarla de la deshonra, [82] son también bellos rasgos de poesía; pero bajo este ropaje se traduce demasiado al escritor tenido con la sangre de la conquista al decirnos los móviles a que Glaura obedece al salir de su escondite. Su suerte nos interesa cuando peregrina en busca de Cariolano, ronda el campo español y recorre el bosque y el valle en persecución de sus huellas; mas ¿dónde está la mujer, la amante, al imponernos que ha elegido por esposo a Cariolano?...

No se explica de un modo satisfactorio el desenlace de la aventura que la lleva a unirse con el joven bárbaro, ni es aceptable la fácil aquiescencia de éste a una unión cuyos

anteriores lazos desconocemos completamente. Ello no hace más que obedecer al propósito del poeta, que rechaza toda pintura de pasiones amorosas y que busca su desahogo y su entretenimiento solo en la descripción de los sacrificios y de las ternuras del hombre a quien himeneo ilumina con su antorcha. Tal es la razón por la cual este episodio tiene mucho de ficticio, y también por que encuentra en él el lector un vacío que hubiese sido fácil de llenar para el poeta abandonando su sistema y dando a Glaura y Cariolano sentimientos anteriores a la relación de sus aventuras y contratiempos. Así serían de explicar los desdenes de Glaura por Fresolano, sería mucho más dramática la aparición de Cariolano cuando la liberta del poder de los negros, más verosímil su unión, más interesante el encuentro de ambos prisioneros, y más de aplaudir aún la libertad que el poeta les concede para que gocen en paz de su amor.

## Capítulo IV

Ercilla juzgado por la *Araucana*

▽△

### - II -

Rasgos morales y pintura y vicios, etc.

Carácter español en el siglo XIV.- La fortuna.- La muerte.- Religiosidad de Ercilla.- El honor.- Otros pensamientos.- Comparaciones.- Defectos de la *Araucana*.- Estilo y versificación.- Testamento literario del poeta.- Aventuras que se le han atribuido.- Su persona en el teatro.

En el bosquejo que se emprenda de los rasgos más prominentes del carácter e inclinaciones morales de Ercilla, en el estudio de sus afectos como de sus pasiones, se tropieza precisamente con algunos que pertenecieron en general al siglo en que floreció o que son inherentes a la raza de que es hijo, y otros que llevan el timbre de su carácter personal y que son propiamente suyos. Bajo estos dos puntos de vista se hace necesario, por consiguiente, estudiarlo, apoderándose de lo primero para penetrarnos de las modificaciones que esas influencias generales sufrieron al transformarse en el tamiz de su cerebro, y para marcar con separación cada uno de los últimos, que serán para nosotros un distintivo, el sello de las facultades que le cupieron en suerte al nacer o que desarrollaron sus inclinaciones posteriores o su método de vida. Nada más determinado que el carácter español en el siglo XVI, en ese siglo que vio añadirse un mundo a la marcha y progresos del hombre de la civilización y que con su espíritu innovador tan violenta escisión produjo en el seno de las creencias. Disputando a la invasión de los moros durante siglos el terreno que en otro tiempo sus mayores ocuparon, el genio español obedeció a dos influencias [84] poderosas que marcaron con signos indelebles sus huellas en el porvenir.

En esa lenta conquista por recuperar el suelo de la patria en poder de invasores divididos por la fe, naturalmente debieron exaltarse y extender hondas raíces en el pecho del castellano su amor al país nativo, su veneración por sus caudillos, cuya bandera los llevaba a la victoria, salvándolos de la esclavitud, y su entusiasmo por una religión en cuyo nombre luchaban y que al alentarlos para el combate de la hora presente les aseguraba también para después un lugar en el reino del descanso. Amor al



rey, ciega creencia en las verdades religiosas, estricto cumplimiento de sus prácticas y el espíritu de aventuras que los grandes acontecimientos del día habían despertado, fueron en adelante los distintivos del carácter español. A ellos se unían un culto por el honor, que lo desfiguraba hasta llevarlo a las cosas más insignificantes y que tan bien ha representado Calderón en el teatro; cierto culto caballeresco por la mujer, heredado de la edad media, que se iba ya con sus almenados castillos, sus señores feudales agrupados en torno del cetro real y los trovadores improvisadores de sentidas y amorosas endechas, verdaderos narradores de la crónica de los sucesos verificados en casos particulares; para dejar en su lugar solo una nación poderosa por la unión verificada bajo los reyes Fernando e Isabel, y consolidada más, tarde por las grandes empresas a que la ambición o política de sus sucesores Carlos V y Felipe II, dueños ya de inmensos territorios y de fabulosas riquezas, la condujeron.

En esa falange de aventureros que como aves de rapiña se dejaron caer sobre América en busca de fáciles y abundantes tesoros, y que confiados en el empuje de su espada y de un valor a toda prueba para desafiar los peligros de los hombres y los mayores que una naturaleza virgen y vigorosa les ponía a cada momento al paso, deteniéndolos en su marcha al través de regiones desconocidas y pobladas a lo más por hordas salvajes y hostiles, o por los fantasmas que sus sueños de riqueza les hacían ver; el buen éxito que en muchas ocasiones coronó sus más atrevidas [85] empresas había desde entonces dejado establecido en su carácter el culto a una nueva divinidad, la fortuna. ¡Los efectos de las más graves impresiones sería ella quien los había de salvar! A tanto llevaron su confianza en la veleidosa divinidad que al paso que reconocían sus repentinos e inmotivados cambios, excitados por su celo religioso, llevadas sus creencias hasta el fanatismo, no se detuvieron en esa pendiente y muy pronto se hicieron fatalistas. De aquí a veces nació que los rasgos más prodigiosos de valor y de audacia, que aún hoy nos sorprenden en los conquistadores de América, fueron debidos a la seguridad que habían llegado a formarse de que de nada servía cuidar la vida y afanarse por prolongar unos días que de antemano estaban contados, sin que a nadie le fuese lícito pasar más allá de la última hora, del último minuto que el destino en un principio señalara a cada hombre.

Sentimiento patrio personificado en la persona del rey, el fanatismo religioso y un constante tributo a la antigua diosa Fortuna restaurada, son pues, los distintivos del genio español en ese tiempo, y por lo tanto, rasgos también del carácter de Ercilla. Su poema que ha sido para él, como lo hemos dicho ya, y como no pudo menos de ser, el depositario de todo lo suyo, de sus acciones como de sus pensamientos, nos revelará lo que él le confió y los colores especiales con que su imaginación adornó o transformó esos caracteres generales.

Nada más propiamente personal, humano, diremos que la *Araucana*, y sin duda que su estudio nos deja entrever más del hombre de lo que a primera vista pudiera pensarse: es como uno de esos objetos de arte de algún autor famoso en que la producción revela de por sí el nombre a quien le debe su existencia y cuyo nombre implica, por el contrario, la obra. Comenzaremos pues por presentar esas líneas dominantes para ocuparnos en seguida de las complementarias que terminan y explican el conjunto.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,  
ya que se muestra alguna vez amiga,

que no ha llegado el bien a nuestra puerta  
cuando el mal dentro en casa nos fatiga. [86]  
Y pues sabemos ya por cosa cierta  
que nunca hay bien a quien un mal no siga,  
roguemos que ne venga; y si viniese,  
que sea pequeño el mal que lo siguiese.  
*Canto XXVIII*

Véase, pues, cómo el autor formula su doctrina respecto a la serie de acontecimientos que componen la vida y que, eslabonados uno a uno, se dividen la sucesión de nuestros días. Felicidad, alegría, placer en este instante: cuando más llenos nos sentimos, cuando ha llegado el caso de bendecir la existencia, de seguro a esas horas fugitivas han de reemplazar sombríos ratos de dolor y horas de eterno sufrir. He aquí, cabalmente, donde se revela el espíritu del autor. ¿Qué nos aconseja hacer cuando sintamos en nuestro interior el contentamiento de nuestra alma? Guiados por el temor del momento que ha de seguir, que no solo será la incertidumbre sino también el mal, que roguemos, que pidamos al cielo que continúe para nosotros ese estado, o que, por lo menos, no sea acibarado por el dolor. Su espíritu religioso se traduce de nuevo, y abriéndose un campo en el mundo exterior se esfuerza por hacer prosélitos en pro del bien de cada uno.

Un genio activo, al cual fueron desconocidas las doctrinas del cristianismo, para el cual la duda reemplazaba a las creencias y que, incierto del mas allá de la muerte, solo se preocupaba de pasar lo mejor posible unos días que los dioses nos habían ofrecido como un mezquino regalo, aconsejaba, por el contrario, que aprovechásemos esos momentos. El que hablando con póstumo reconocía en aquella oda inimitable

*Heu, Postume, fugaces labuntur anni*

cuán fugaz se desliza el tiempo, le repetía después *carpe diem*, aprovecha la ocasión, que una vez perdida acaso jamás retomarás.

Otro poeta moderno, inspirado ya por el escepticismo y con el desaliento del desengaño y la desilusión, cuando la fe lo había abandonado en toda la lozanía de su juventud y en todo el vigor [87] de su inteligencia, imitando al poeta latino le decía también a su amigo:

Y es triste a la verdad ver cómo huyen  
para siempre las horas, y con ellas  
das dulces esperanzas que destruyen  
sin escuchar jamás nuestras querellas.  
¡Fatalidad! ¡Fatalidad impía!  
¡Pasa la juventud,  
y nuestro pie que nunca se detiene,  
recto camina hacia la tumba fría!<sup>(166)</sup>

El favorito de Mecenas, reconociendo en la vida humana un estado precario, se valía de una filosofía utilitaria para tomar el partido más grato a sus ideas y más en armonía con sus gustos. Ercilla, al revés, recordando las ideas de sacrificio que había aprendido de una religión divina, se conformaba con el estado perecedero en que una mano infinitamente poderosa colocó a su hechura y solo reclamaba para él que se dignase prolongar esa situación. Sabía perfectamente que

Vernos muchas veces convertida  
la alegre suerte en miserable estado,  
en dura sujeción las libertades,  
y tras prosperidad adversidades:

lo que no era para él solo un principio que la ajena experiencia o su estudio del corazón le hubiese dictado, sino que personalmente había tenido ocasión de pasar por ello, pues repetía

Que yo de acuchillado<sup>(167)</sup> en esto siento  
que es de temer en parte la ventura:  
el tiempo alegre pasa en un momento  
y el triste hasta la muerte siempre dura.

En esta parte el poeta se limitaba a hacer notar las variaciones por las cuales al hombre le es dado atravesar: era, por decirlo así, el anatómico de la verdad filosófica, pero que en su observación no pasaba más allá de apuntar el hecho sin combinarlo con otras ideas o sentimientos, sin relacionarlo con otras funciones, como haría el fisiólogo. [88]

Mas, en otra parte de su poema no se ha detenido ahí, pues ha ido en su investigación hasta averiguar el efecto que la buena fortuna produce sobre el hombre:

Cuando la varia diosa favorece  
y las dádivas prósperas reparte  
¡cómo al ánimo flaco fortalece!  
¡Qué de triste mujer se vuelve Marte!  
Y derriba, acobarda y enflaquece  
el esfuerzo viril en la otra parte,  
haciendo cuesta arriba lo que es llano  
y un gran cerro la palma de la mano.

*Canto X*

De este modo el favorecido de la suerte, por eso solo, se creará capaz de emprender más de lo que buenamente podría en sus circunstancias normales, y el hombre pusilánime, desalentado, sin actividad, halagado por la buena fortuna, se convertirá en guerrero valiente, el valiente en héroe, el esforzado en gigante, el mediano en superiores, pues, el éxito el que acarrea el éxito, un esfuerzo otro esfuerzo, y al fin podrá llegar el caso en que con pequeños elementos pueda realizarse una gran empresa.

Sin embargo, cuando llegados a la cumbre estimamos pequeños a los que quedan al pie y desde la distancia contemplamos pigmeos a los que abajo se quedaron, es casualmente cuando el peligro empieza y entonces también cuando las caídas son tanto más peligrosas.

Penetrándose de las mutaciones que constituyen la fortuna, exclamaba:

¿Del bien perdido al cabo qué nos queda,  
sino pena, dolor y pesadumbre?  
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,  
antes dejará el sol de darnos lumbre:  
que no es su condición fijar la rueda,  
y es malo de mudar vieja costumbre:  
el más seguro bien de la Fortuna  
es no haberla tenido vez alguna.

*Canto II*

Desde lo antiguo la Fortuna había sido objeto del acatamiento de los iniciados en los misterios de la voluble divinidad, a la [89] cual se representaba como un ser implacable, verdadera fatalidad a cuya influencia no escapaban los mismos dioses del Olimpo. Schlegel dice a este respecto: «Los antiguos miraban el destino como una divinidad sombría e implacable, habitando una esfera inaccesible y harto más arriba de la de los dioses, porque los dioses del paganismo, simples representantes de las fuerzas de la naturaleza, aunque infinitamente superiores al hombre, estaban colocados en un mismo nivel en lo referente a este poder supremo»<sup>(168)</sup>.

Ercilla, al mismo tiempo que reconocía su carácter esencial, familiarizado con sus mutaciones, por un rasgo de su espíritu sentencioso, propio del pueblo español y de la seriedad de sus inclinaciones, se repetía a sí mismo:

¡Y es malo de mudar vieja costumbre!

Prosiguiendo aún más allá en su análisis, ya su filosofía tomaba otro rumbo y saliendo del camino de la experiencia para refugiarse en una doctrina que acaso tal vez aceptaba pero con la cual muy pocos sabrían conformarse, se repetía: para no tener que sufrir por la pérdida de lo que una vez se poseyó, ¡el mejor partido es no tener nada! Pensamiento que, sin duda, revela un espíritu libre de ambiciones, incapaz de intrigas; partidario de las condiciones humildes; pero que reduce al hombre a un estado de conformidad que excluye el progreso y que lo condena a una perpetua estagnación. Es la misma filosofía de los pueblos del Oriente, viviendo del pasado, reducidos a los estrechos límites del presente, pero incapaces de abrazar lo porvenir, de desafiar sus peligros e ignoradas regiones, único sistema que eleva al hombre haciéndolo capaz de grandes cosas y de nobles esfuerzos con sus inspiraciones audaces y sus felices realizaciones.

Esta determinación es hija en Ercilla de un pensamiento que lo asediaba a cada paso, que en su mente ocupaba un lugar muy prominente y al cual, por otra parte, lo conducía con la mayor facilidad [90] el mismo tributo que ofrecía a la fortuna. Reconociendo su inestabilidad, había llegado a convencerse de que dominándola ella todo con su cetro

inexorable, que gobernaba el mundo y se señoreaba de la vida, él como filósofo que veía más allá de lo presente y como cristiano alimentado con la enseñanza de una doctrina toda de regiones superiores a las de esta vida, asociaba a aquella idea de inestabilidad otra que le era opuesta, y, que, no sujeta a cambios ni mudanzas, todo lo igualaba con su mano descarnada pero no menos poderosa, esto es, la muerte. El contraste hizo asociar elementos tan heterogéneos, y así al lado de la diosa que repartía hoy sus favores para arrebatarnos al día siguiente, reduciendo al mortal favorecido ayer a una condición más triste todavía con la situación de hoy, había de figurar lo que venía a despojar al objeto de todas las preferencias de aquella de cuanto hubiese acumulado a su favor, sabiendo que marchaba con paso siempre seguro y que pisaba la cabaña del podre o el rico techo del poderoso con paso igualmente seguro.

He aquí la divinidad ante la cual cesaban las inconstancias y que sabía dar la igualdad. Las dos habían sido unidas en su mente con un mismo lazo, y mientras examinaba lo que ensalzaba una de sus manos, no olvidaba que en la otra se hallaba la que todo eso sabría rebajar.

Pero en su ánimo no aparecía solo la idea filosófica trabajando y adquiriendo las severas formas de su lenguaje sino en un grado muy superior el elemento religioso. Es cosa singular pero de muy fácil explicación si se advierte que se trataba de un español aventurero de esos tiempos, el que ocupase en sus pensamientos de cada instante un lugar tan eximio esa figura de la muerte. La idea que de ella se había formado no era, a decir verdad, una de aquellas que ciertos filósofos nos dan, risueña, consoladora, digna de tentación. No, nada más distante ya sea de Ercilla o de cualquiera de los escritores chilenos de esa época, que pintarnos la muerte bajo un aspecto seductor y que pudiera llevar al suicidio. Werther no se habría escrito para ellos. Por el contrario, en sus concepciones pudiera decirse que reina más bien aquella expresión [91] del famoso maestro griego que la definía «lo más terrible de lo terrible». A su imaginación de poeta, y poeta conquistador y católico, se le representaba mejor con todo el misterio de lo desconocido y todo el terror de un trance cuyas angustias a nadie le ha sido aún dado revelar. Mas allá estaba todavía la justicia eterna que reserva premios a la virtud pero que también tiene castigos para las faltas. Cuando esto consideraba Ercilla, no podía menos de decirse, después de manifestar la inconstancia de los bienes de la tierra:

¿Del bien perdido al cabo qué nos queda  
sino pena, dolor y pesadumbre?

Hay en esta exclamación cierto recogimiento interior del hombre que se examina en lo íntimo de su alma y que a solas se pregunta qué impresiones, qué de duradero permanece en él después de lances que el mundo llama venturosos. Todo ha pasado cuando la seriedad viene con la razón fría y desapasionada a gritar como un eco lúgubre a oídos del que acaso se vio mecer por una brillante posición ¡todo ha sido ilusión, sombras, recuerdos, nada!

Es esta misma verdad de observación y este mismo dolor verdadero, el que inspiró a Jorge Manrique sus inmortales coplas, el mismo que le hacía exclamar:

Recuerde el alma adormida.  
Avive el seso y despierte

contemplando,  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando.  
Cuán presto se va el placer,  
cómo después de acordado  
da dolor;  
cómo a nuestro parecer  
cualquiera tiempo pasado  
fue mejor.

Esa experiencia y ese conocimiento le hacían estampar a renglón seguido estas conclusiones:

Que en el fin de la vida está la prueba  
por el cual han de ser todos juzgados,  
aunque lleven principios acertados. [92]

Este último término era lo que *Ercilla* jamás podía apartar de su memoria, mirándose tanto más cerca de él precisamente cuando el torbellino de la vida más se lo hubiera hecho olvidar:

Bien descuidado duerme cada uno  
de la cercana inexorable muerte;  
cierta señal, que cerca de ella estamos  
cuando más apartados nos juzgamos.

*Canto XIV*

Bastaría lo expuesto, para manifestar la religiosidad del poeta si no hubiesen otras circunstancias que tornadas también de su obra, viniesen a manifestarnos la regla de conducta que se había impuesto en virtud de sus principios y que hacen de él un cumplido caballero, un hombre de bien y un católico fiel observante de las prácticas religiosas. Eso sí, que estas ideas lo llevaron demasiado lejos y en vez de contenerse en los límites de la razón, y de la observación de lo que pasaba a su rededor, o que su inteligencia le daba como exacto, traspasó ciertos límites, que en el siglo XIX muy pocos le perdonarán. Queremos referirnos a la exagerada influencia que atribuía en las acciones de los hombres a la intervención de la Divinidad en su más bello privilegio, la libertad. De advertir es también que su ejemplo fue pernicioso para los imitadores que, hijos de su misma escuela, vinieron en pos de él y que, como todo discípulo, llegaron a exagerar los principios del maestro autor del sistema.

Bien sea que se examine la obra de Oña o de Álvarez de Toledo, u otro poema inspirado por el Arauco y las acciones de sus pobladores, la participación de lo que llamaron el «hado», la «fortuna» y aún la «mano de Dios», fue muy notable y vino a arrebatarnos a esas producciones algo del mérito que para escritores imparciales puede asumir una historia. Porque es de notar que esos autores no se preocupaban solamente de la

composición de un trabajo literario, en el cual la fantasía o la imaginación del poeta pudiese vagar a su antojo y poblar su creación de las imágenes maravillosas que le ocurriesen; sino también de verdaderas [93] crónicas en que la fidelidad del relato corría parejas con la imparcialidad del autor, que en ellas se proponía seguir a todo trance la verdad y olvidar ciegamente sus inspiraciones. Sin duda que Ercilla no puede asumir la completa responsabilidad de esas faltas de sus sucesores por el ejemplo que les dio, ya que ellos también obedecían a influencias idénticas, influencias de educación, igualdad de aventuras y similitud de razas; pero el prestigio de su nombre contribuyó a ello por mucho, ya que veían aplaudido en su obra lo que se proponían imitar.

Esta materia se toca con la cuestión del maravilloso, reemplazado por el milagro en el poema, y que ya hemos examinado en la introducción al estudio de la poesía chilena de la colonia. Aparte de este paréntesis seguiremos iniciando a nuestros lectores en los diversos rasgos del genio de nuestro poeta que en su conjunto hacen de él no solo un escritor sino también un hombre.

Guiado por su creencia del gran influjo que el acaso, la fatalidad, o la fortuna, la diosa del paganismo ejerce sobre el destino de los hombres, sucede muchas veces que de un suceso cualquiera, la realización de una desgracia especialmente (en las cuales siempre se concede a aquella divinidad una participación mayor) no son obras de la imprevisión, descuido o temeridad de las víctimas, sino simplemente de lo señalado por el Hado como objeto de sus iras. Si una batalla fue perdida, si un valiente murió, no se verá en lo primero un efecto puramente humano, nacido del mayor número de fuerzas, de la mayor pujanza o valor del vencedor, sino que humilde inclinará su cabeza ante esa fuerza invencible, a la cual no se sentía capaz de resistir y que se llamaba el Hado. Véase, por ejemplo, la muerte de Pedro de Valdivia. La batalla en que este conquistador vino a hallar su tumba, dice fue comenzada bajo los más favorables auspicios; nada había podido el número ante la inteligencia, valor y superioridad de unos pocos esforzados españoles. Pero,

He aquí que el incontrastable y duro hado  
dio un extraño principio a lo ordenado. [94]

Esta creencia, es necesario lo tengamos presente, no es simulada, hija de las necesidades de la rima o de los adornos del lenguaje, pues existía en la conciencia del poeta y a ella sometía el resultado de las acciones de sus personajes. En esto se mezclaba y unía por mucho, lo repetimos, sus teorías religiosas, que miraban en un acontecimiento desgraciado de los compañeros o del enemigo, la mano de Dios, castigando a los primeros por sus pecados o su ambición, lujuria, codicia, etc., y a los segundos por su vanidad. Esta opinión la ha vertido formalmente en más de una octava de su poema.

Contribuyen además a reforzar esta opinión el camino seguido por sus sucesores, cuyas palabras no dejan la menor duda a tal respecto.

Y esto no debe admirarnos si consideramos un instante la grandísima influencia que esos cerebros crédulos atribuían a un suceso en apariencia de difícil explicación; y menos aún si observamos su tendencia para admitir sin dificultad cuanto sirviera a demostrar que eran el objeto de especiales favores de la divinidad, la cual creían ver ya en un árbol (como lo refiere Ovalle), o ya en el apóstol Santiago combatiendo por ellos, o ya en Satanás presentándose a los enemigos, seduciéndolos con promesas o



revistiendo las formas de un perro de color negro que a veces se les aparecía pero de nuevo salimos aquí de este estudio particular para invadir un campo que hemos explotado ya.

Decíamos que Ercilla divisaba la mano de Dios en acontecimientos puramente humanos, y en apoyo de este avance vamos a citar un solo ejemplo que creemos bastará por sus términos para justificarnos. Sabido es que tan pronto como Villagra se vio desbaratado en Marigüeñú, viéndose incapaz de resistir en Concepción, determinó abandonar la ciudad. Con este motivo nuestro autor dice al principiar el canto VIII que esa determinación fue acaso disculpable en vista de la diferencia de fuerzas de ambos ejércitos y del temor de que con la derrota de los españoles los araucanos pasasen a cuchillo a los ancianos, niños y mujeres; y agrega: [95]

Si no es disculpa y causa lo que digo,  
se puede atribuir este suceso  
a que fue del Señor justo castigo,  
visto de su soberbia el gran exceso:  
permitiendo que el bárbaro enemigo,  
aquel que fue su súbdito y opreso,  
los eche de su tierra y posesiones,  
y les ponga el honor en opiniones.

Esta teoría no era peculiar al poeta español y estaba muy distante de deberle a él su existencia si recordamos por un momento que había leído esa doctrina nada menos que en la *Biblia*, que a cada paso se encuentra llena de prodigios obrados por Dios para castigo o como protección de su pueblo amado<sup>(169)</sup>. Por lo demás, el espíritu de ambos escritores era el mismo cuando aseveraban la intervención divina en los sucesos de los hombres tendiendo a corregirlos y enmendarlos.

Para completar el cuadro, de las opiniones y sentimientos de Ercilla, debemos continuar analizándolos en cuanto se refieren a su conducta de guerrero, de hombre probo y de paladín quisquilloso en cuestiones de honor. Llegados a ese término estaremos ya en situación de exhibir en toda su integridad la figura de un hombre notable bajo todos aspectos, ya se la mire como poeta o ya se le observe en sus delineamientos de hombre privado. Estamos muy distantes de lisonjearnos de poderlo presentar a la altura en que merece estar colocado, y más que todo, de poder cumplir de un modo medianamente satisfactorio la tarea que nos hemos impuesto y en muchos de cuyos rasgos principales hemos sido precedidos de personalidades distinguidas por su talento y erudición; mas se nos disculpará en vista de nuestro sincero propósito de buscar la verdad en lo que podríamos llamar la reconstrucción de un edificio nuevo con materiales en mucha parte destrozados, ya que en esa obra tanta parte corresponde a la discreción, tino y prudencia del arquitecto.

En aquellos siglos de heroísmo caballeresco en los cuales se contaban por mucho los lances de honor, se ha visto Ercilla naturalmente dispuesto, como soldado y castellano valiente, a hacer figurar [96] por mucho lo que se convenía según el mando y según las leyes militares en llamar honor. A tanto se creía obligado por esta parte, que cuando, doña Mencía de Nidos, por ejemplo, levantándose del lecho en que yacía postrada para

aconsejar a los españoles que no abandonasen el cuidado de Concepción amenazada por los araucanos victoriosos, ella, aún como mujer, se olvida de presentarles en su peroración los sentimientos más naturales del corazón. A hombres que eran padres de familia o poseedores de riquezas que iban a perder, a pesar de su codicia, para procurar llevarlos a la defensa, solo se cuida de increparlos como violadores de la honra que debían tener como soldados.

Volved, (les dice), que a los honrados vida honrada  
les conviene, o la muerte acelerada.

Y ella en persona, empuñando la espada y armada de la pesada rodela, ofrecía presentarse al frente del enemigo.

Poco antes, Villagra, desfalleciendo de ánimo sus compañeros en la batalla de la cuesta de Audalicán, en sus exhortaciones para que continuasen peleando, para nada se acuerda del sentimiento más propio del corazón y que con más fuerza impera en él, el de la propia conservación; para nada menciona la prosperidad que les aguarda en caso de triunfo o los laureles que han de cosechar. ¡No! solo les grita, que el honor está en peligro, y es preciso conservarlo a costa de la vida, porque de otro modo ¿qué se dirá de nosotros?

..... Caballeros, nadie tuerza  
de aquello a que su honor es obligado.

.....  
La vida y honra está en el vencimiento,  
la muerte y deshonor en ser vencidos;  
mirad esto, y veréis huyendo cierta  
vuestra deshonor y más la vida incierta.

.....  
Que por dolencia o mancha se reputa  
tener hombre el honor puesto en disputa.

*Canto V*

Tales son sus ideas y sentimientos respecto al honor: que ni una [97] sombra venga a empañar su propio cristal, porque desde ese momento, ya la ajena consideración y la propia dignidad desaparecen; y en su lugar, con solo la duda, con una suposición, todo el edificio tan trabajosamente levantado, vendrá al suelo por su misma base.

Véase en seguida como pinta los efectos producidos en el hombre una vez que abriga la creencia de que ha sido menoscabada su honra, cuando ya no puede presentarse ante sus compañeros con el orgullo del que nada tolera a ese respecto.

Un limpio honor del ánimo ofendido  
jamás puede olvidar aquella afrenta,  
trayendo al hombre siempre así encogido,  
que de ello sin hablar da larga cuenta:

y en el mayor contento, desabrido,  
se le pone delante y representa  
la dura y grave afrenta, con un miedo  
que todos lo señalen con el dedo.

*Canto VIII*

Ese hombre se verá perseguido como un criminal por los remordimientos de su conciencia; la tranquilidad, el sosiego no se habrán hecho para él; si vuelve de sus fiestas siempre verá aparecersele como un espectro el sentimiento de su deshonra; por las noches lo verá en sus sueños y como su sombra lo seguirá a todas partes. Podrá comparársele a Orestes, perseguido por las Furias después del asesinato de Clitemnestra, implacables divinidades que irán con él a donde vaya, que le seguirán al templo, a los pies de los dioses y con cuyo arrepentimiento no se conformarán en el infamado, como se conformaron con el del hijo parricida.

Después de pintarnos los efectos que la conciencia del propio deshonor produce en el infeliz que es su víctima, nos manifiesta también cuánto estímulo ofrece, cuán grande aguijón es para el hombre de honor cuando se ve colocado en un trance difícil. Entonces,

Cuando los corazones nunca usados  
a dar señal y muestra de flaqueza  
se ven en lugar público afrentados,  
entonces manifiestan su grandeza, [98]  
fortalecen los miembros fatigados,  
despiden el cansancio y la torpeza,  
y salen fácilmente con las cosas  
que eran antes, señor, dificultosas.

*Canto XI*

Y este pensamiento ve modo de presentarlo a poco andar, realizado por la experiencia, que no puede menos que reconocerlo como cierto. Rengo, hombre denodado y de gran esfuerzo, acababa de caer casualmente en su lucha con Leucotón; este contratiempo lo enardece, enciende aún más sus primeros bríos y realiza, en el temor de verse deshonrado por el triunfo de su competidor, prodigios de destreza y de valor.

Un hombre que abriga tales ideas en este orden, si puede ser valiente al frente del enemigo y desafiar sereno cualquiera contienda en que se trate de sostener un puntillo de honor, es natural también que, como todo valiente, sepa usar de la victoria, contentarse con el triunfo y no gastar violencias para con un enemigo ya vencido.

La más sabia deducción luego nos dice que esto no ha sido desmentido por las opiniones del poeta. Al comenzar el canto XXVII ha dedicado al asunto algunas estrofas que, si traicionan cierta dureza y cierta prosa en su estilo y manera, en cambio enaltecen a su autor.

Más adelante, apartado ya mucho de su asunto y llamando la poesía en su auxilio para ventilar cuestiones de derecho de gentes ha consagrado largas estrofas a celebrar el poder de la clemencia, los beneficios que reporta y el noble papel que asume el rey que la sabe emplear oportuna y dignamente. Con todo, esta parte se resiente de cierta sutileza en el análisis que, si puede estar al nivel del gusto de su tiempo, la poesía noble, la que vive de sentimientos no estudiados y de ideas elevadas, rehúsa esas distinciones, hijas de la escolástica y propias de los tratados de teología. Él debió dejar correr su pluma movida solo por los impulsos de un corazón bien puesto, y no dejar la ancha senda del río que corre libre y majestuoso para engolfarse en esa multitud de arroyuelos [99] poco cristalinos, muy sonoros, pero a los cuales falta el encanto de los bellos paisajes, la claridad de las aguas, las sombras de los árboles, los rayos del sol.

La obra de Ercilla está también salpicada de pensamientos muy variados sobre la humana filosofía y los estudios de las inclinaciones y vicios de los hombres que, bajo la seductora apariencia del poeta, dan a conocer toda la seriedad del moralista, su espíritu de observación y la certeza y precisión de sus juicios. Su pincel no siempre ha asumido los rojizos colores de los sangrientos combates de enemigos encarnizados y las crueles peripecias de una guerra atroz, sino que, a la vez, ha sido guiado por tintas más tranquilas, que no dejan huellas en el mando exterior, pero que no por eso revelan combates menos serios o triunfos menos dignos de aplauso.

Allá en los ratos en que la incesante actividad de empresas no terminadas aún cuando se presentaban de nuevo otras, en esos momentos en que recogido en sí mismo podía darse cuenta con calma de sus acciones, y en que juzgando a los otros por sí o apropiándose lo que veía en los demás, podía reflexionar tranquilo, consultar sus sentimientos y estudiar su corazón, no dejaba de consignar lo que ellos le dictaban. Su libro, (aunque parezca extraño) contiene más de un curioso detalle sobre las pasiones y los vicios; y esta circunstancia es la que hace de la *Araucana* no solo una simple historia, sino también una epopeya filosófica, hija tanto del poeta como del hombre, libro para el historiador como para el filósofo. La profundidad de los pensamientos muchas veces se ve en una alianza feliz con la facilidad y armonía de la forma, y la oportunidad de la reflexión viene, asimismo, en ocasiones, a manifestar la utilidad de la lección que de los hechos que refiere puede deducirse; particularidad que concurre por mucho al tono de majestuosa gravedad que en su conjunto asume la historia de los valientes araucanos y de los esforzados guerreros y conquistadores castellanos.

Este carácter que por tanto contribuye a distinguir la obra de Ercilla de las creaciones de su mismo género, fue objeto de una [100] especial atención por parte de sus imitadores, que, en su virtud, se creyeron obligadas a no escasear las reflexiones morales, pero que es raro sobresalgan o por las ideas que nos ofrecen, o por el aire de dignidad y nobleza que revisten las de Ercilla. No supieron tampoco contenerse dentro de los límites que la clase de trabajo emprendido les permitía, y, por eso, de nuevo también, el ejemplo del maestro, que en él puede ser una belleza exagerado en los discípulos, vino a constituir en defecto. Ercilla en sus expresiones y en sus ideas en este orden, que traduciríamos relacionándolas con las de sus imitadores, tiene cierto aire distinguido que no se halla en los que marcharon en pos de él. Hay entre uno y otros la misma diferencia que entre las maneras de una persona cuya finura dejan en transparencia al hombre educado y aristocrático, del pedante siempre parodiar de lo que en ocasiones pudo notar. De ahí, la superioridad del primero sobre los otros; y de ahí igualmente, la facilidad de una noche de verano en las soledades de Arauco, repetían las montañas para llevar el eco hasta el

otro lado de los mares, a la vieja Europa, cuando confundía las guerreras melodías, las bellezas descriptivas y los himnos de victoria con los estudios más severos de la razón. No acababa aún de hablar de la situación de los españoles en el territorio testigo de sus hazañas y derrotas, cuando exclamaba:

El felice suceso, la victoria,  
la fama y posesiones que adquirían  
los trajo a tal soberbia y vanagloria,  
que en mil leguas dos hombres no cabían;  
sin pasarles jamás por la memoria  
que en siete pies de tierra al fin habían  
de venir a caber sus hinchazones,  
su gloria vana y vanas pretensiones.

*Canto I*

Véase cómo coloca al lado de las causas del orgullo de los españoles, la forma y dirección que éste había adquirido; y cómo [101] después de manifestar la cumbre a que alcanzarán, pone a nuestra vista la triste suerte que se les aguarda, mendigando después un estrecho pedazo de tierra que había de encerrar tanto orgullo y vanidad. En esto Ercilla se manifestaba consecuente con sus ideas, que no empañaban su claro y desapasionado juicio, y con ese fin último que fue siempre una de las pesadillas de su espíritu. El término de todas las hazañas, las mayores glorias, todo había de concluir al borde del sepulcro, que nadie podía escaparse de pisar; y al llegar a sus umbrales con una conciencia demasiado pesada ya con el rigor de innumerables faltas serían un nuevo acápite más para la larga cuenta que rendir era necesario al entregar el alma para ser juzgada por su Criador.

Sus compañeros, preocupados con su sed de oro, verdaderos hidrópicos de riquezas, o jadeando anhelantes por conquistarse un nombre o apagar sus instintos de crueldad, verían venir los acontecimientos sin preocuparse para nada de sus consecuencias o de sus antecedentes. Por lo mismo que se encontraban en medio de su torbellino, no podían explicarse lo que pasaba a su derredor, tal como el que colocado al pie de una alta torre, no le es dado divisar la cruz que la termina y necesita alejarse lo bastante para percibirla, en toda su imponente altura; Ercilla, por el contrario, constituía entre ellos una personalidad aparte, a la cual no habían contagiado ni sus rencillas, ni sus estrechas ambiciones, y que no se veía guiado por el mismo sistema: relativamente respiraba en una esfera muy inferior a la altura de su espíritu, a su esmerada educación y al valor de sus principios. Por eso supo conservar intacto su juicio, y a pesar de constituir en el poema un notable papel como autor, nadie podrá increparle por su parcialidad. Engalanando nuestras palabras con la comparación de un poeta, nos atreveríamos a decir de Ercilla en cuanto a la situación en que se hallaba colocado respecto de sus compañeros de los cuerpos de guardia, y de los acontecimientos en que tomaba parte, que permanecían para él como las nieblas que el observador divisa desde lo alto de los cerros arrastrarse por sus pies o cubrir los valles con sus movibles ondas. [102]

No había prolongado por largo espacio su relación, cuando de nuevo nos ofrece magníficas estrofas sobre la codicia, la influencia que ejerce en las acciones de sus héroes y los funestos resultados a que llegan teniéndola en vista. Abandona por un

momento la marcha de la acción para elevarse hasta las regiones más recónditas del corazón, y ahí, con su linterna en la mano, no teme alumbrar esos sombríos escondrijos y oscuridades y arrebatarle al vicio sus secretos. Se pasea sereno por esas regiones, y ya, o lleva su antorcha a la morada de los grandes, o ya desciende hasta el humilde labrador que encorvado por el arado y jadeante de fatiga y de calor, abre los surcos y esparce la semilla que ha de traerle con la vuelta de los años y de la fortuna riquezas y una condición mejor. Por su estímulo, el hombre abandona lo más querido a su corazón, se despide de su tierra natal, parte del hogar y familia para lanzarse en pos de ignoradas regiones que pueden ser la patria del oro, pero en las cuales también las enfermedades, las penalidades de todo género, y por fin, la muerte, reinen sin temor. Pero aguijoneado por la codicia, el hombre no se arredra, marcha a paso firme, oyendo en el aire, en el volido de las aves y en el aspecto de la naturaleza signos y voces que le gritan, ¡siempre adelante! Ella dio al rey los indios de las extremidades de la tierra por el sur, y ella también ocasionó la guerra, la desolación y la muerte. El poeta no se detiene aquí, y observándose quizá a sí mismo, exclama: ¡cuán fácil es aconsejar cuando estamos libre de dolencia, cuán sencilla la realización de empresas que no hemos acometido; hay verdad sin duda en la voz general que afirma que va mucho del dicho al hecho! Mas, como siempre, remite a Dios toda resolución final, esperando solo de Él que decida de quién fue la razón.

No tememos presentar a nuestros lectores esas estrofas porque aunque suspendan nuestro aliento por un breve espacio, bastante disculpa llevaremos, apreciada su elevación y belleza.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga!  
Con tanta diligencia alimentada,  
vicio común y pegajosa liga,  
voluntad sin razón desenfrenada, [103]  
del provecho y bien público enemiga;  
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,  
principio y fin de todos nuestros males,  
¡oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado a los señores  
contentos en el alto asiento vemos,  
ni a pobrecillos bajos labradores  
libres de esta dolencia conocernos:  
ni el deseo y ambición de ser mayores  
que tenga fin y límites sabemos:  
el fausto, la riqueza y el estado,  
hincha, pero no basta, al más templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante  
si era poco el estado que tenía  
cincuenta mil vasallos que delante

lo ofrecen doce marcos de oro al día:  
y esto, y aún mucho más no era bastante,  
y así la hambre allí lo detenía;  
codicia fue ocasión de tanta guerra,  
y perdición total de aquella tierra.

Esta fue quien halló los apartados  
indios de las antárticas regiones;  
por ésta eran sin orden trabajados  
con dura imposición y vejaciones:  
pero rotas las cinebas de apretados,  
buscaron modo y nuevas invenciones  
de libertad, con áspera venganza,  
levantando el trabajo la esperanza.

¡Cuán cierto es, cómo claro conocemos,  
que al doliente en salud consejos damos,  
y aprovecharnos de ellos no sabemos!  
Pero de predicarlos nos preciamos.  
Cuando en la sosegada paz nos vemos,  
¡Qué bien la dura guerra platicamos!  
¡Qué bien damos consejos y razones  
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan  
los que están libres en seguro puerto!  
¡Qué bien de allí las cosas encaminan  
y dan en todo un medio y buen concierto!  
¡Con qué facilidad se determinan,  
visto el suceso y daño descubierto!  
Dios sabe aquel que la derecha vía,  
¡metido en la ocasión, acertaría!

### *Canto III*

Estos versos serían una demostración nada dudosa de las aptitudes que Ercilla poseía como hombre de observación y de la feliz [104] alianza que en él se verificaba del poeta, del guerrero y del filósofo. Quizá no habría estado distante de acercarse a Lucrecio, aunque, sin duda, no habría sido sectario del panteísmo, y lejos de haber cantado la naturaleza de las cosas habría cantado la naturaleza de los hombres.

Donde puede hallarse, asimismo, una curiosa observación de sus miras, es en los recursos a que ocurre cuando su imaginación lo lleva al campo de las figuras y sobre todo de las comparaciones. Abundan en la *Araucana* muchas tomadas de imágenes



ligeras y graciosas, algunas muy notables (que ya veremos) acerca de la cabeza, la ocupación que acostumbraban los nobles para recordar en sus ocios las fatigas de la guerra; pero hay también más de una elegida en otra región más elevada, que sin duda habían de recibir bien los hombres de pensamiento y de serios y elevados estudios. En las primeras se encuentra cierto placer suave, como las imágenes que les sirven de base, pero que la movilidad de sus líneas y la poca acentuación del conjunto hacen que pronto desaparezcan de la memoria; en las segundas, por el contrario, hay firmeza y estabilidad en las formas, cierto aire austero y grave que sorprende a la imaginación por el extremo opuesto. Podríamos decir que aquello es la novela que divierte, el ligero cuento que agrada; esto, el bien meditado libro que hace de su lectura la fuente de reflexiones y de duraderos resultados; reuniéndose así felizmente las concepciones de Shakespeare con sus cuadros sombríos, con sus escenas de dolor intenso y de pasión ardiente, que se graban en el alma para no borrarse nunca, con el andar gracioso y risueño de Meléndez, halagando y meciendo dulcemente la imaginación, pero cuyos bosquejos se desvanecen con el tiempo, como los sueños placenteros de la adolescencia. Este estudio, que también será para nosotros una comparación, nos va a demostrar la facilidad con que el genio del poeta sabe amoldarse a lo grave y a lo tierno, como si los acentos de su lira fuesen el teclado de un piano con sus notas ya graves y profundas, ya vivas y alegres.

Veáse, por ejemplo, con qué delicadeza de observación pinta el modo de instalarse de un campamento: [105]

Del modo que se ven los pajarillos,  
de la necesidad misma instruidos,  
por techos y apartados rinconcillos  
tejer y fabricar los pobres nidos,  
que de pajas, de plumas y ramillas  
van y vienen los picos impedidos:  
así en el yermo y descubierto asiento  
fabrica cada cual su alojamiento.

*Canto XVI*

Estas figuras tiernas y sencillas, que en realidad son la historia del hombre afanándose por obedecer a los instintos con que el Criador lo dotara en beneficio de la especie, y que han recibido como garantía de cumplimiento el mismo placer con que se realizan, tienen su origen en la naturaleza, fuente inagotable de inspiraciones para las almas sensibles, y que adelanta en sus prodigios a cuanto se ha podido idear de más bello y sublime.

En otros lugares, ocurriendo a idéntico manantial, deja el idilio, lo apacible de las dulces emociones para entregarse al ruido, al bullicio y al estruendo:

Cuales contrarias aguas a toparse  
van con rauda corriente sonora,  
que resistiendo al tiempo del mezclarse  
aquella más violenta y poderosa  
a la menos pujante sin pararse,

volverla contra el curso es cosa cierta:  
así a nuestro escuadrón forzosamente  
le arrebató la bárbara corriente.

*Canto IX*

Las fuerzas inanimadas pero poderosas de los elementos, armándolas de pasiones y afectos encontrados, hacen que lleven con nosotros todo el interés de verdaderos personajes, a cuya realidad contribuye el término que les sirve de comparación: aquí son las opuestas corrientes de dos ríos, más allá las poderosas olas del océano:

Como por sesgo mar del manso viento  
siguen las graves olas del camino  
y con furioso y recio movimiento  
salta el contrario coro repentino  
que las arenas del profundo asiento  
las saca arriba con turbio remolino,  
y las hinchadas olas revolviendo  
al tempestuoso coro van siguiendo: [106]  
de la misma manera nuestra gente  
que el alcance sin término seguía,  
la súbita mudanza de repente  
lo turbó la victoria y alegría, etc.

Dominado ya por su estro poético no se detiene, y cual el río cuya corriente nos acaba de pintar, también el poeta se desborda, traduciendo su inspiración en fáciles y armoniosos versos, sin salir de la serie de imágenes que va presentando:

Mas, como un caudaloso río de fama,  
la presa y palizada desatando,  
por inculto camino se derrama  
los arraigados troncos arrancando,  
cuando con desfrenado curso brama,  
cuanto topa delante arrebatando,  
y los duros peñascos enterrados  
por las furiosa y aguas son llevados:  
Con ímpetu y violencia semejante  
los indios a los nuestros arrancaron, etc.

*Canto XI*

Estos indios que en ocasiones le prestan todo el ardor guerrero de los combates y todo el entusiasmo del valor, lo conducen todavía en sus derrotas a dar brillo y animación a sus palabras. En la estrofa siguiente puede fácilmente penetrarse el realce con que exhibe ante nosotros los momentos que preceden a la huida de un enemigo ya en desorden:

Como tímidos gamos que el ruido  
sienten del cazador y quietamente  
altos los cuellos tienden el oído,  
atentos a aquel rumor confusamente;  
y el balar de la gama conocido  
que apedazan los perros crudamente,  
con furioso tropel toman la vía  
que más de aquel peligro se desvía, etc.

*Canto XIV*

Dejemos de presentar estas pinturas para deslizarnos a tiempo a otras regiones y horizontes, complemento indispensable del estudio que venimos haciendo. Cuando *Ercilla* dice:

Como los malhechores que en su oficio  
jamás pueden hallar parte segura  
por ser la condición propia del vicio  
temer cualquiera fortuna o desventura: [107]  
que no sienten tan presto algún bullicio  
cuando el castigo y mal se les figura  
y corren a las armas y defensa,  
según que cada cual valerse piensa;  
así, medio dormidos y despiertos  
saltan los araucanos alterados, etc.

*Canto XV*

es siempre la naturaleza el original que tiene a la vista; mas, al patio que en las estrofas precedentes se copia lo que todos podemos presenciar, para saber lo que aquella expresa se necesita la concentración íntima del alma que venga a alumbrar los pliegues de nuestro organismo moral con la espiritual luz de la lámpara que solo al hombre de talento es dado llevar en su mano. Sin salir de esta esfera podríamos señalar muchos rasgos que revelan la elevación de la pluma de nuestro poeta y el estudio emprendido por él y felizmente realizado de llevar la observación al campo de la filosofía moral y revestirla del encantador halago de su lenguaje, que omitimos para apuntar solo algunas de sus frases que pueden servirnos para la reconstrucción de sus creencias, opiniones y guía de conducta:

De los vicios el menos de provecho  
y por donde más daño a veces viene,  
es el no retener el fácil pecho  
el secreto hasta el tiempo que conviene:  
rompo y deshace al fin todo lo hecho,  
quita la fuerza que la industria tiene,  
guerra, furor, discordia, fuego enciende:

al propio dueño y al amigo vende.

*Canto XII*

Al paso que aquí proclama la necesidad de la reserva cuando las circunstancias lo requieren, no va menos acertado al darse cuenta del efecto producido en el ánimo por el temor del «qué dirán», que en persona había tenido ocasión de experimentar en cierta aventura que referimos poco antes según sus propias palabras:

Cual suelo acontecer a los de honrosos  
ánimos, de repente inadvertidos,  
o cuando en los lugares sospechosos  
piensan otros que van desconocidos, [108]  
que en pendencias y encuentros peligrosos  
huyen; pero si ven que conocidos  
fueron de quien los sigue, avergonzados,  
vuelven furiosos del honor forzados, etc.

*Canto III*

Hay mucha viveza y naturalidad en las imágenes de la siguiente comparación, que pinta muy bien la astucia del indio y pone delante de nosotros toda la paciencia y los ardides que solo ellos saben emplear en sus empresas:

Como el cursado cazador que tiene  
la caza y el lugar reconocido,  
que poco a poco el cuerpo bajo viene  
entre la yerba y matas escondido:  
ya apresura el andar, ya le detiene,  
mueve y asienta el paso sin rüido,  
hasta ponerse cerca y encubierto  
donde pueda hacer el tiro cierto:  
Con no menor silencio y mayor tiento  
los encubiertos indios parecieron, etc.

*Canto XXXI*

Al lado de tanta belleza apenas parece necesario decir que existen también en la *Araucana* defectos inherentes a una obra de tan largo aliento, a su siglo y a la naturaleza de la relación. Muy especialmente se ha criticado a Ercilla que cuando en su poema quiso dar noticia exacta de la posición que Chile ocupa en la carta geográfica, «no haya sentido, que en poesía era preciso pintar un clima o un país y no medirlo, que era necesario poner a nuestra vista esas salvajes montañas de los Andes, [...] y no decir simplemente que la cordillera tiene mil leguas de largo; que era preciso bosquejar esa vegetación variada y tan diferente de la de Europa; ese clima que en un angosto espacio presenta los extremos del calor y del frío; que era preciso, en fin, que las decoraciones de la escena donde iba a introducirnos pareciesen enteras ante nuestros ojos»<sup>(170)</sup>.

Mas, es necesario tener presente que escribía de un país enteramente desconocido para casi la totalidad de sus lectores, y en [109] un tiempo en que las dificultades de la navegación hacían de las regiones americanas sitios verdaderamente fabulosos; lo que no obsta naturalmente a que Ercilla, escribiendo a la vez como poeta e historiador, hubiese debido verter las mismas ideas en lenguaje no tan descarnado y prosaico.

Defecto menos cuestionable es el empleo de hipérbolos como la siguiente al estilo de Góngora y que tiene muchísimo de parecido con la que Calderón usó en una de sus comedias:

Viéronse allí las balas escupidas  
por la bárbara furia detenidas;

o estrofas afeadas por la multitud de nombres que las abruman y que es imposible, por lo tanto, que tengan algo de poético:

Suéñase que Puren allí venía  
tomé, Pillocco, Angol y Cayeguano,  
Tu capel que en orgullo y bizarría  
no le igualaba bárbaro araucano,  
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,  
Caniomangue, Eficura, Mareguano,  
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,  
Chileano, Leucotón y Mareande.

*Canto IX*

Empero, dejando aparte estos detalles, vamos a ver apreciar el estilo y la versificación de la *Araucana* por los más eminentes críticos, citando en primer lugar al profundo autor de la *Gramática castellana* que se estudia en nuestros colegios. «El estilo de Ercilla, dice Bello, es llano, templado, natural; sin énfasis, sin oropeles retóricos, sin arcaísmos, sin trasposiciones artificiosas. Nada más fluido, terso y diáfano. Cuando describe lo hace y siempre con las palabras propias. Si hace hablar a sus personajes es con las frases del lenguaje ordinario en que naturalmente se expresaría la pasión de que se manifiestan animados. Y sin embargo, su narración es viva, y sus arengas elocuentes»<sup>(171)</sup>.

«La fuerza de la dicción, agrega Quintana, la propiedad de la frase, el interés y verdad de las pinturas, la animación de las descripciones, [110] la variedad y expresión de los caracteres, especialmente en los de los indios, la oportunidad y calor de los razonamientos ¿no son cualidades suficientes a perpetuar la memoria de un poeta y la duración de sus producciones?...»

En el escrutinio que se hizo de la librería de don Quijote, el cura declaró que la *Araucana*, la *Austriada* y el *Monserate* «eran los mejores libros que en verso heroico en lengua castellana estaban escritos, y podían competir con los más famosos de Italia, debiendo guardarse como las más ricas prendas de poesía que tenía España».

El gran Lope de la Vega vimos ya los elogios que le prodigara, al parecer conociendo los secretos íntimos del poeta; el chileno Pedro de Oña llamó a Ercilla casi divino, calificando a su obra de superior al ingenio humano; y hasta noble dama hubo como doña Leonor de Iquiz, señora de la baronía de Raffles, que a porfía se empeñara en rivalizar con los hombres más notables en la celebración de las alabanzas de don Alonso.

Y sin embargo, ¡en cuán pobres pañales había nacido esta la más notable producción épica de la literatura de España! como observa muy bien el señor Amunátegui. ¡Cuánta amargura debió experimentar su autor mientras llegó a concluir! Tan pronto como Ercilla se vio en territorio chileno y en presencia de sus denodados defensores concibió la idea de poner en verso hazañas que estimó dignas de transmitirse a la posteridad. Ocupado de continuo en la guerra tuvo que *hurtar* al tiempo algunas horas para dedicarse a su proyecto, «escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos»<sup>(172)</sup>. Después que en 1569 publicó su *Primera Parte*, fue en seguida avanzando poco a poco, en ocasiones medio aburrido y cansado, prosiguiendo adelante solo por cumplir la palabra empeñada, según lo recuerda en el canto XX en estos términos: [111]

De mí sabrá decir cuan trabajada  
me tiene la memoria y con cuidado  
la palabra que di (bien excusada)  
de acabar este libro comenzado:  
que la seca materia disgustada  
tan desierta y estéril que he tomado  
me promete hasta el fin trabajo sumo,  
y es malo de sacar de un terrón zumo.

Es idéntica cosa había repetido poco antes muy formalmente en el *Prólogo* con que acompaña su *Segunda Parte*, dirigiéndose al público en el severo lenguaje de la prosa: «Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir de materia tan áspera y de poca variedad, etc.»

Había muerto al fin pobre, desengañado, casi abatido; pero como buen español con una fe ciega en el monarca que le había sido ingrato, y lleno de resignación, arrepentimiento y esperanza en Dios. Él mismo, como que hubiese hecho su testamento al despedirse para siempre de sus lectores en las últimas octavas de su *Araucana*: testamento grandioso en que al paso que resume su vida pasada, como que vislumbra y presiente para lo futuro cierta aureola superior que la ingratitud de los hombres no podría arrebatárle. Este último rasgo del poeta es también el más propiamente suyo que se encuentre en su obra, que trasciende mejor a su carácter y a su genio: acentos profundamente tristes y melódicos, ¡como los del cisne que cauta antes de espirar!<sup>(173)</sup>. [112]

Canten de hoy más los que tuvieren vena,

y enriquezcan su verso numeroso,  
pues Felipe les da materia llena  
y un campo abierto, fértil y espacioso;  
que la ocasión dichosa y suerte buena  
vale más que el trabajo infrutuoso:  
trabajo infrutuoso como el mío,  
que siempre ha dado en seco y en vacío. [113]

Cuántas tierras corrí, cuántas naciones  
hacia el helado norte atravesando,  
y en las bajas antárticas regiones  
el antípoda ignoto conquistando:  
climas pasé, mudé constelaciones,  
golfos innavegables navegando,  
extendiendo, señor, vuestra corona  
hasta casi la austral frígida zona. [114]

¿Qué jornadas también por mar y tierra  
habéis hecho que deje de seguiros?  
A Italia, Augusta, a Flandes, a Inglaterra  
cuando el reino por rey vino a pedir  
de allí el furioso estruendo de la guerra  
al Perú me llevó por más serviros,  
do con suelto furor tantas espadas  
estaban contra vos desenvainadas. [115]

Y el rebelde indiano castigado,  
y el reino a la obediencia reducido,  
pasé al remoto Arauco, que alterado  
había del cuello el yugo sacudido;  
y con prolija guerra sojuzgado,  
y al odioso dominio sometido,  
seguí luego adelante las conquistas  
de las últimas tierras nunca vistas. [116]

Dejo, por no cansaros y ser míos,  
los inmensos trabajos padecidos,  
la sed, hambre, calores, y los fríos,  
la falta irremediable de vestidos  
los montes que pasé, los grandes ríos,  
los yermos despoblados no rompidos,



riesgos, peligros, trances o fortunas,  
que aún son para contadas importunas.

.....

Y aunque la voluntad, nunca cansada  
está para serviros hoy más viva,  
desmaya la esperanza quebrantada  
viéndome proejar siempre agua arriba:  
y al cabo de tan larga y gran jornada  
hallo que mi cansado barco arriba  
de la adversa fortuna contrastado  
lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía  
me tenga así arrojado y abatido,  
verán al fin que por derecha vía  
la carrera difícil he corrido;  
y aunque más inste la desdicha mía  
el premio está en haberle merecido,  
y las honras consisten no en tenerlas,  
sino en solo arribar a merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene  
arrinconado en la miseria suma  
me suspende la mano y detiene  
haciéndome que pare aquí la pluma. [117]  
Así, doy punto en esto, pues conviene  
para la grande innumerable suma  
de vuestros hechos y altos pensamientos  
otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero  
no puede andar muy lejos ya mi nave,  
y el temido y dudoso paradero  
el más sabio piloto no le sabe:  
considerando el corto plazo, quiero  
acabar de vivir antes que acabe  
el curso incierto de la incierta vida,  
tantos años errada y distraída.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,

y a reducirme a lo postrero aguarde,  
sé bien que en todo tiempo y toda arte  
para volverme a Dios jamás es tarde,  
que nunca su clemencia usó de arte;  
y así el gran pecador no se acobarde,  
pues tiene un Dios tan bueno cuyo oficio  
es olvidar la ofensa y no el servicio,

y yo que tan sin rienda al mundo he dado  
el tiempo de mi vida más florido,  
y siempre por camino despeñado  
mis vanas esperanzas he seguido,  
visto ya el poco fruto que he sacado,  
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,  
conociendo mi error de aquí adelante  
será razón que llore y que no cante. [119]

▽△

## Capítulo V

Don Diego de Santistevan Osorio

Cuarta y quinta parte de la *Araucana*<sup>(174)</sup>

Propósitos y declaraciones del autor.- Nulidad histórica de la obra.- Datos sobre Santistevan.- Argumento de la continuación de la *Araucana*.- Crítica de la obra.

«Por ser tan recibida de todos la historia de las remotas provincias del hemisferio antártico, quise (aunque con gran trabajo) seguirla, y acabar lo que el elegante poeta don Alonso de Ercilla dejó comenzado, por parecerme que con esto servía a todos sus aficionados y yo cumplía con lo que se debe a quien con tantas ventajas escribió su poema. Y si el haberme yo atrevido con tan pocas partes de ingenio a proseguir y llevar al fin lo que él dejó comenzado, fuese tenido a demasiada osadía, suplico al que me leyera no lo eche a esa parte, ni entienda que por modo de competencia lo hice, que yo me conozco y sé a cuanto puede llegar el [120] poco caudal de un ingenio tan pobre como el mío; y ponga los ojos en la voluntad que tengo de servir a todos con mis trabajos, que tomado esto en cuenta podrá servir, lo uno de disculparme y lo otro de perdonar las faltas en que como mozo puedo haber caído... No quiero que se me agradezcan los trabajos míos, ni menos alabanzas de lisonjeros, que gloria y alabanza será mía cederla y darla a quien con tantas razones la merece, que yo para mí no tomo más que el deseo de acertar a servir a todos con esta obra, que aunque su historia fuera mejor y de más alto estilo, no igualará con la voluntad con que la ofrezco...».

Sin duda que era una tarea difícil la de continuar una obra que había merecido tantos aplausos, y hacía muy bien por eso el que la acometía de pedir mil perdones a su público por las faltas en que pudiera incurrir. Pero esta exigencia creció más todavía cuando el audaz se vio en medio de la empresa, palpando la realidad de las dificultades que la envolvían, sintiendo de nuevo la necesidad de insistir en las protestas que hiciera en un principio. Hacer notar, sobre todo, una y mil veces que su ánimo no había sido rivalizar con su inmortal predecesor y pedir gracia para sus pocos años; tal era lo que convenía. Por eso dijo después, refiriéndose a Ercilla:

Y si a algunos parece atrevimiento  
que su historia inmortal haya tomado  
prosiguiendo adelante y con el cuento,  
que indeciso quedaba y destroncado:  
respondo, que no fue mi pensamiento  
usurparle la fama que ha ganado,  
sino acabar el punto de su historia,  
siendo suyo el laurel, suya la gloria.

Esta fue la ocasión que me ha movido,  
y si alguno pensó que por mostrarme,  
que no lo entienda le suplico y pido,  
que es engañarse a sí y a mí agraviarme:  
nadie que fuese sabio y entendido  
piense de mí que pudo eso arrojarme,  
que yo sé bien mi poca suficiencia,  
y por mis pocos años la experiencia.

P. I, *Canto VI* [121]

Y más tarde: ya realmente afligido por los tropiezos que se le iban presentando en la realización del programa en mala hora abrazado, pedía auxilio e invocaba la protección del monarca español, (a quien la obra estaba dedicada) para que con su nombre lo escudase de las críticas que irremisiblemente iban a pesar sobre él. Al principio de la segunda parte, recordando al marinero combatido de las tempestades que acude a Dios, decía de sí:

Así soy yo que habiéndome metido  
en este golfo y mar arrebatado,  
de mi varia fortuna removido,  
que hasta el punto en que estoy no me ha dejado,  
puesto en peligro de quedar perdido  
si no soy muy a tiempo remediado,  
acudo a vos y vuestra gracia invoco,  
que podéis hacer mucho de lo poco.

Después exclamaba:

Volved el rostro a mí que confiado  
en vuestra gran clemencia, el pensamiento  
a más de lo posible he levantado  
con este voluntario y noble intento:  
del cual merezco ser bien disculpado  
pues tuvo un muy loable atrevimiento  
en ofrecer hoy mi buen deseo  
y de mis pocos años el empleo.

P. II, *Canto XVII*

Más adelante, como náufrago desesperado, ocurre otra vez a cobijarse bajo el ala del rey, protestándole la buena voluntad con que le hacía el ofrecimiento de su *cuento*,

Después que no me es dado y permitido  
mezclar con armas cosas de contento,  
y por camino estrecho y mal sabido  
tengo de ir acabando con *mi cuento*;  
prosiguiendo, señor, lo prometido,  
de mi trabajo os hago ofrecimiento,  
y éste y la voluntad con que se ofrece  
de mis faltas y error perdón merece.

*Canto XVIII*

Razón tenía el autor para hablar de su obra como de un *cuento*, pues si la austera diosa de la historia prestó sus inspiraciones a Ercilla y la verdad fue a depositar a sus pies su más bello colorido, su continuador no hizo más que hilvanar en su imaginación [122] unas cuantas aventuras, revestirlas con los nombres algo cambiados de los héroes indios, y regalar al público una obra que solo el poco estudio y la falta de atención pudieron mirar como histórica<sup>(175)</sup>.

Otros versificadores cuidaron de expresar con toda claridad que escribían de cosas realmente acontecidas, y en verdad que el tono general del lenguaje con que revestían los hechos, las mismas particularidades que daban a conocer, manifiestamente traslucían que antes de lo imaginado estaba la realidad, (que respetaban en principio) y todo lo que daban como cierto. Podían entretener fábulas, solo por dar variedad al asunto, pero jamás llegaron a permitirse invenciones que los hiciesen sospechosos de no ser más que simples poetas que se dejaban guiar de los caprichos o de los dictados de su fantasía. Mas, en el continuador de Ercilla no existe nada parecido: su obra desde el principio hasta el fin es, lo repetimos, el parto de un cerebro juvenil entusiasmado con la lectura de una obra maestra, realmente apasionado del que la escribió, y que contaba con algunas noticias de los sucesos acaecidos en el hemisferio antártico, como él decía, por haber leído algunas relaciones de testigos presenciales.

El autor de esta idea realmente singular llamábase don Diego de Santistevan Osorio y había nacido en la ciudad de León en España<sup>(176)</sup>. «Acerca de este escritor, declara Ticknor, solo sabemos lo que él mismo nos dice, a saber, que escribió su poema siendo muy joven y que en 1598 escribió otro de la guerra de Malta y toma de Rodas»<sup>(177)</sup>.  
[123]

La continuación de la *Araucana* está dividida en dos partes, *Cuarta* y *Quinta*, con relación a la tercera y última de Ercilla, y comprende la primera trece cantos y la segunda veinte.

Comienza el relato con estas palabras:

Salga, con nueva voz, mi nuevo acento  
entre las roncadas cajas concertado,  
y el animoso espíritu y aliento,  
entre rotas banderas reforzado:  
que el Arauco bárbaro, sangriento,  
metido entre las pocas que han quedado,  
publica nuevas armas, nueva guerra  
por los anchos contornos de la tierra.

Y esta especie de proposición la completa el autor en el canto XIII cuando dice:

Canto las armas y furor de Marte  
horrible, cruel, fantástico, sangriento,  
temerario, imparcial, terrible en parte,  
riguroso, colérico y violento:  
la industria, fuerza, maña, aviso, el arte,  
la destrucción, conquista, el rompimiento,  
las españolas fuerzas levantada  
en juveniles pechos alteradas.

Así como en vista de esto pudiéramos decir que falta en el poema una verdadera *proposición*, del mismo modo agregaremos que carece también de una *invocación* metódica; aunque es verdad que al comienzo de la *Parte Quinta* se dirige el autor en los términos siguientes a la Virgen María, quien viene de esta manera a verse mezclada con las frecuentísimas alusiones a la mitología pagana<sup>(178)</sup> que encierra la obra de Santistevan, y con Eponamón, nombre dado al señor de los infiernos en las creencias atribuidas a los araucanos:

Vos sacrosanta Virgen, cuya planta  
pisa el cielo, de ardiente luz vestida,  
cuyas entrañas y morada santa  
le dieron carne a Dios, y de hombre vida, [124]  
de quien tiembla el rey tártaro y se espanta

veros tan adelante y preferida,  
depositaria y curadora Madre  
del mayorazgo del Eterno Padre:

tú me gobierna, rige y encamina,  
que si tu gracia en popa da a mi mano,  
como próspera, rica y tan divina,  
no dudo yo que mi jornada acabe...

P. 64.

La obra de Ercilla había terminado a poco del suplicio de Caupolicán, toqui araucano. Hallábanse, pues, los indios sin jefe, y a efecto de elegirlo supone el poeta que los principales caciques se reúnen en el valle de Ongolmo. Nacen en la asamblea grandes disputas, ponderando cada cual sus propios méritos, que, como en Ercilla, termina el anciano y prudente Colocolo.

Valientes araucanos (les dice) cuyos hechos  
han sido por famosos celebrados,  
¿por qué os ponéis los hierros a los pechos  
pudiendo en otros ser ensangrentados?  
¿Viendo a los españoles satisfechos  
con el favor de sus piadosos hados,  
y estando tan de golpe entre nosotros  
las pasiones volvéis contra vosotros?

Qué hacéis, pues: ¿no miráis que es desatino  
el quereros matar con vuestras manos?  
¿Estando el enemigo tan vecino  
las espaldas volvéis a los cristianos?  
¿No veis que el nombre y título divino  
perdéis con eso, fuertes araucanos?  
¡Volved a dar venganza a los amigos  
que es afrenta temer los enemigos!, etc.

C. I., pág. 4.

Los notables entonces, a propuesta del buen viejo, convienen en votar por alguno. Llueven las apuestas y los nombres se escriben de carrera; una urna de ébano guarnecida de perlas va recibiendo los votos, que se dividen entre Tu capel y Caupolicán II. Entre una serie de máximas triviales, y traicionando en cada estrofa cierto aire amanerado y escolástico que excluye toda grandeza y energía, se anuncia al fin al lector que el último campeón ha sido en definitiva el favorecido por la voluntad de sus compatriotas. [125]

Pintase al nuevo jefe llevando

un fuerte y duro arnés que le cubría,  
y de escudo también le aprovechaba  
una grande tortuga que traía...

La gran cabeza de una gran serpiente  
más dura de romper que el duro acero  
llevaba por celada suficiente  
para cubrir el rostro horrible y fiero:  
cerrábase con uno y otro diente,  
dejando para ver un agujero,  
y al fin cuando la cara les mostraba  
las cóncavas, quijadas apartaba.

Andresillo yanacona del capitán Reinoso, llega a noticiarle la defensa que los indios preparan fortificándose en el valle del Talcahuano. Ocurren con este motivo varios hechos de armas entre los soldados españoles de don García Hurtado de Mendoza y los caciques Ainavillo, Caupolicán, etc.

Cuenta el poeta, en seguida, los asaltos librados entre ambos ejércitos al pie de las sitiadas murallas de la Imperial, cuyo cerco concluye al fin con el desafío y derrota de Millalanco por Reinoso.

En la parte segunda de la obra especialmente se encuentran los acontecimientos más desligados del asunto principal: las aventuras imaginadas de don Alonso de Ercilla; el encuentro del *curaca* Mitayo<sup>(179)</sup>, que hubo de contar a don García las cosas que sucederían en Quito y en la provincia de Chile; y, por último, la aparición de Belona, que el autor pinta en estos términos:

. . . . .Viendo que comenzaba nuevo canto  
quedé en un raptó y éxtasi dormido  
todo el entendimiento recogido.

Durmiendo las potencias y durmiendo  
con ella el espíritu cansado,  
el ciego Dios Morfeo a mí viniendo  
me puso en dulce sueño aunque pesado:  
segura centinela al alma haciendo  
dio la imaginación rienda al cuidado,  
para soñar en esto que me vía  
en un campo muy lleno de alegría. [126]

Vi estando de esta suerte que llegaba  
una mujer gallarda y muy hermosa  
moviendo el blanco pie donde yo estaba



con esta carga dulce y deleitosa:  
un coselete y fino arnés llevaba  
con paso moderado y vista airosa,  
mostrando un libre modo en su presencia  
y grave autoridad y suficiencia.

Suelto el cabello de oro al fresco viento,  
hermosa por extremo y colorada,  
que me dio el verla general contento  
por venir tan compuesta y bien armada;  
yo que a saber su nombre tenía intento,  
del fuerte escudo en torno figurada,  
vi esta letra por una y otra parte,  
Belona, hermana del sangriento Marte.  
P. II, C., 8.º

Esta mujer lo exhorta a cantar y lo conduce a un jardín donde se hallan las nueve Musas tejiendo las hazañas de los héroes de la mitología y de los dioses del paganismo. En un carro van la Fe, la Esperanza y la Caridad;

Y las otras virtudes generosas  
iban en otro asiento levantadas,  
en forma de unas vírgenes hermosas,  
con vistosas guirnaldas coronadas;  
y cantando canciones amorosas,  
del vivo afecto del amor tocadas,  
daban a Dios la gloria y alabanza  
siguiendo su carrera en ordenanza.

Al dejarlo Belona, después que ha hecho sumaria relación de las victorias de Pavía, Lepanto, San Quintín y de algunos hechos de la historia romana, se le aparece un viejo

Con la cara decrepita arrugada  
pequeños ojos y encogida frente,  
larga la barba, calvo, y sin cabello  
que grande admiración causaba el vello,

quien le aconseja que ya que había emprendido una obra tan larga y estaba a lo postrero de ella, para hacerla más autorizada, escribiese del

. . . . .valor de los cristianos  
contra los belicosos africanos. [127]

Llévalo después a una cueva, donde en un pedestal estaba una estatua de un anciano sosteniendo un espejo muy adornado de piedras preciosas, en el cual al asomarse el poeta de curioso vio una imagen del mundo. Sacó entonces el guía un gran libro de debajo de su túnica y por medio de horribles conjuros consiguió que se presentase Zoroastro, que viene de la Laguna Estigia a contar en el lenguaje más altisonante la dichosa victoria de Orán. A poco, con el pretexto de que llega la noche, supone otro sueño en que Belona manda al autor que escriba las cosas del Perú; se lo lleva a su lado en un carro que arrastra a escape por el aire un grifo, hasta que arriban a un altísimo monte; entran a una cueva y de allí a un patio y un jardín, donde había cuadros de mujeres hermosas: allí estaba Dido, Semíramis, Zenobia, Tomiris, Porcia, Cornelia, etc. Suben después a una gran peña desde donde divisan al mundo en forma de globo, hasta que deteniendo su vista en el Perú, el autor habla de la entrada de los españoles, de su conquista y posteriores disensiones.

Cuando el poeta despierta de su sueño, se halla de nuevo en los campos de Arauco, que continúan presenciando las derrotas de los indios. Eponamón entonces (que sea dicho de paso es muy erudito en la antigua mitología) lastimado al ver tanto desastre,

Dijo y mandó que se juntasen luego  
los espíritus fieros infernales,  
que obedeciendo el mandamiento y ruego  
de venir al lugar dieron señales:  
y ardiendo en negro y espantoso fuego  
los ángeles que fueron celestiales  
se juntan a la voz, y al hondo centro  
entrando juntos allá dentro.

Tomó su silla Eponamón ardiente  
que de fuego mil llamas arrojaba  
cuya cabeza un áspid o serpiente  
con la escamosa cola rodeaba:  
el tosco pelo le cubría la frente,  
que hasta los anchos pechos le llegaba  
con corona de fuego la cabeza,  
temeraria y diabólica fiereza.

Y el cetro de dos víboras alzando  
que como superior y rey regía,  
una túnica negra desplegando  
que sin quemarse un solo punto ardía, [128]  
y por la boca en cantidad brotando  
humo y fuego de pez, como se vía,  
en el más alto asiento y voz primera  
a todos les habló de esta manera <sup>(180)</sup>.

Acordado en el consejo la persecución a los españoles, vuela Eponamón envuelto en una nube, la cual se abre al llegar donde estaban los araucanos y da paso a una especie de dragón que los exhorta a combatir prometiéndoles el triunfo. Entusiasmados los indios, dan la batalla, pero pierden en ella casi todos sus jefes; concluyendo por dar la paz en manos de don García, después que de despecho se suicida el valiente Caupolicán.

Tal es el absurdo argumento de este poema escrito sin orden y sin concierto alguno. Ficción puede decirse en último resultado es todo lo que respira la continuación de la *Araucana*.

Si pone a nuestra vista a los indios haciendo alarde de sus fuerzas y hazañas, no son por cierto aquellos hijos de la barbarie que tan bien retrata Ercilla, hombres rudos, terribles en su terquedad, admirables por su valor. En Santistevan luego se conoce que jamás los ha divisado siquiera de lejos, y que, por consiguiente, las descripciones que hace de ellos son hijas de la fantasía y de sus recuerdos mitológicos.

Los discursos que les atribuye pecan por demasiado prolijos y eruditos y decaen del tono más o menos elevado de guerreros épicos para degenerar en la más trivial conversación. Al leer esas frías y frecuentes arengas se conoce que el poeta no tiene alas con que remontarse: no hay en él sino vulgaridad, bajeza, muchas palabras, nada de valiente y entusiasta que recuerde por un momento siquiera a los héroes de la verdadera *Araucana*, tal como las aves de rapiña que se arrastran llenas ya y fatigadas sin poder levantarse por el aire. De intento y como muestra hemos dado ya a conocer las palabras de Colocolo en la junta primera de los caciques, que por la semejanza de situaciones en que se supone pronunciado aquí como en la *Araucana*, marcará perfectamente la enorme distancia que reina entre ambos poetas. [129]

La tenacidad en resistir a los invasores y el ánimo jamás quebrantado con las derrota que la historia ha reservado siempre a los araucanos como rasgos peculiarísimos, Santistevan se los arrebató completamente. Los bárbaros aparecen en su obra tímidos en exceso, necesitando largas exhortaciones para poder lanzarse al ataque; que si no se les habla de venganza, si no se les recuerdan pasados lances, (como si se tratase de un pueblo envejecido que se alimenta de sus recuerdos de gloria), si no se les excita en su orgullo y amor propio, permanecen fríos e impassibles, y que si es cierto saben morir, es con el valor de las ovejas en el corral.

Bastante bien los pintó el autor al poner en boca de una mujer el siguiente concepto que reza con los guerreros más valientes:

Que sola una mujer haya podido  
mostrarse más que un campo inexpugnable.

¿Un indio araucano que no fuese falsificado habría podido permanecer impassible al oír de su jefe Caupolicán razones como éstas que siguen?:

¡Generosos y fuertes araucanos!  
¡Pensar que con las armas que tenemos  
han de dar la obediencia los cristianos  
muy mal nos persuadimos y entendemos:

venimos en la muerte a dar de manos  
y lo que es más peor, que nos perdemos,  
y el crédito y la honra ya ganada  
queda con esta afrenta mancillada!  
2.<sup>a</sup>, IV, 74.

¡Es cierto también que los soldados castellanos no se mueven sino mediante a la persuasión y esfuerzos de sus jefes!

Si se trata de una batalla, el ánimo no se exalta, no hay hechos que admirar, porque todo lo que ahí se ve es el empeño del autor por dar variedad a los movimientos de los guerreros, que va siguiendo uno a uno. En las exhortaciones de los jefes a los soldados no se manifiesta ese espíritu bélico que comunica el entusiasmo de pelear y de morir, todo se trueca en alabanzas al [130] nombre español y a la honra de dar la vida por el rey; pero ni una de esas pinceladas maestras y golpes oratorios que hacen palpar el corazón y desear el combate.

Las reflexiones morales con que se empeña en encabezar cada uno de sus cantos, carecen de toda variedad y elevación, no son más que variantes del tema inestabilidad de la fortuna que predica y recuerda a cada momento, como temeroso de su porvenir o escarmentado de su vida pasada.

Falta a la verdad más evidente y a los ejemplos de su antecesor, cuando describe a Chile alimentando en sus bosques osos, tigres y panteras, solo con el ánimo de hacer eximio en la caza de animales salvajes a su héroe favorito Caupolicán II; en los trajes de los indios, que supone son en mucho a la europea, con arneses de infinita variedad, celadas que ostentan penachos, espadas grabadas de oro, y con la táctica militar de los grandes ejércitos, etc.

Toda la acción se convierte en una serie de marchas y descripciones, alistamientos militares, ataques sin plan y sin otra verdad que la de ser hijos de la imaginación del autor.

Está, asimismo, muy exagerada la figura del yanacona Andresillo, que desempeña un papel de los más importantes y cuya representación exacta sería la de uno de esos personajes comodines que en las comedias siempre están a mano cuando se necesitan.

Con motivo de una derrota sufrida por los indios, cae prisionera Brancolda, a quien el poeta da lugar para que refiera el lastimoso proceso de su historia. En esta ocasión en que Santistevan pudo lucir las dotes de su ingenio, libres de todo embarazo, y adornar el episodio con todos los encantos de un tema, aunque viejo, muy agradable siempre cuando la poesía lo reviste, no ha salido tampoco de la prosa e inventiva más vulgar: la rudeza de los salvajes, por más que no deje de manifestarse en los juegos que se celebran y en los premios que se han de otorgar, aparece, por desgracia, completamente afeada con las galanterías de amantes almibarados. Y todo esto tan mal colocado que las largas páginas que lo encierran se suceden casualmente cuando el interés que se [131] supone existir está todo pendiente de la suerte de los héroes que combaten.

En los episodios de amor que ha intercalado falta pues todo rasgo de invención. Queda además, muy lejos de lo bueno por su amaneramiento y frías razones, que fueran sin duda muy de extrañar en Santistevan, que era joven y presumía de poeta, sino debiésemos culpar antes al siglo en que vivió y al gusto de la sociedad que lo viera florecer.

Para él, el amor causa es de las acciones que pueden reprocharse a muchos de los más grandes, personajes que haya producido el mundo; que lejos de animarlos y hacerlos más dignos, solo consigue detenerlos en su carrera de triunfos; él eclipsó la estrella de Aníbal en Capua, rebajó a César, produjo el desprecio y humillación de Caupolicán.

¡Dura pasión de amor, duro accidente,  
pues vence al corazón más valeroso,  
que no hay valor, no hay ánimo valiente  
que resista este fuego riguroso!

Hay, sin embargo, a este respecto, escenas que no carecen de interés dramático, de las cuales habría podido sacar mucho partido un ingenio mediocre. Gualda, por ejemplo, encuentra a su marido que acaba de ser empalado: lejos de exhalar sus acentos en quejas del corazón, se dirige al muerto en un largo discurso en que cita a Lucrecia, Dido y otras heroínas de la antigüedad, apologizando el suicidio para justificar su resolución de sacrificarse; pero su tierno hijo que lleva en brazos no le merece una queja de madre, ni una exclamación de venganza para los crueles matadores.

Muy bien se comprendió, pues, así mismo don Diego de Santistevan cuando dijo en cierta parte de su libro:

Que me falta el caudal y falta el arte.

La posteridad no ha tenido sino sobrada razón para afirmarse más y más en este juicio tan francamente expresado.

△

## Capítulo VI

Pedro de Oña

▽△

- I -

*El Arauco domado*

La ciudad de Los Infantes.- El capitán.- Gregorio de Oña.- Infancia de Pedro de Oña.- Su viaje a Lima.- Sus estudios.- Expedición a Quito.- Aparición del *Arauco domado*.- Lisonjas del poeta.- Argumento del poema.- Carácter de don García Hurtado de

Mendoza.- Mérito histórico del libro.- Falta de verdad.- Episodios.- Fresia y Caupolicán.- Tu capel y Gualeva.- Quidora.- ¿El *Arauco* es un poema épico? -Lenguaje y versificación.- Cómo fue escrito el *Arauco domado*.- Estilo.- Nueva estrofa.- Descripciones.- Comparaciones.- Otras bellezas.- Defectos.- Oña estudiado en su obra.- Aplausos tributados a Oña.- ¿*Arauco* está domado?.- Segunda parte del poema.- El proyecto de cantar los lances de don García en la corte.

En la ciudad que Francisco de Villagra fundara en noviembre de 1552, a nombre de don Pedro de Valdivia, primer conquistador de Chile, bajo la designación de los Confines, por ser la última en el territorio araucano, entre los ríos Malleco y Huequen, y que por orden de don García Hurtado de Mendoza trasladara más tarde (1560) su maestre de campo Alonso Reinoso con el nuevo nombre [134] de Los Infantes<sup>(181)</sup>, a las llanuras de Engol «con tanto efecto que, asentada la tierra, será esta ciudad muy principal en el reino para en guerra y paz, porque tiene todas las partes buenas que una ciudad para ennoblecerse debe tener»<sup>(182)</sup>; nació el primero a quien las musas chilenas contaron entre sus hijos. «Natural de Los Infantes de Engol en Chile» llamose él mismo con cierto orgullo patriótico, no sin asomos de lisonja, en una ocasión solemne en que desde tierra extranjera lanzaba al público los acordes de su lira, como deseoso de alejar así para siempre toda duda que pudiera abrigarse respecto de tan notable circunstancia<sup>(183)</sup>.

Aquel pueblo, sin embargo, no tenía de ciudad más que el nombre: era más bien una especie de fuerte avanzado sobre la línea araucana, con casas pajizas diseminadas<sup>(184)</sup> en un espacio de terreno no muy extenso, y que poblaron en el principio de su segunda existencia solo cuarenta soldados<sup>(185)</sup>. Es probable que entre éstos se contase<sup>(186)</sup> el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos en España<sup>(187)</sup>. [135]

Fue su hijo mayor<sup>(188)</sup> Pedro de Oña<sup>(189)</sup>, nacido en el decenio mediado de 1560 a 1570<sup>(190)</sup>.

Andaba entonces el sur de Chile sumamente revuelto con las cosas de la guerra: cuadrillas de indios salteadores se avanzaban hasta Concepción a robar caballos y ganado; el terror y sobresalto se extendían por las moradas de aquellos infelices colonos, y sus voces de socorro llegaban hasta la ciudad de Los Reyes. [136]

Por ese año de 1570<sup>(191)</sup>, doce hombres, entre vecinos y soldados, salían de Angol con dirección a la Imperial, distante unas diez y ocho leguas. Sorprendidos por la noche en su primera jornada cuando apenas habían andado una tercera parte del camino, se detuvieron, «como mal pláticos de guerra» junto a unos carrizales que por allí crecían.

Dijéronle los demás al capitán Gregorio de Oña, que los mandaba, que sería bueno que «estuviesen con cuidado y se velasen con sus caballos muy en orden, y que haciendo muestra de dormida allí, pasasen dos leguas adelante y desmentirían a los enemigos si algunos había».

«Midiendo mal sus razones y hablando a lo rasgado, como es costumbre de algunos soldados bravos, 'respondió el aludido que tan seguros estaban allí como en Sevilla'.»

Sin más decir, desensillaron los caballos y se echaron a dormir, dejando por precaución centinela que velase a alguna distancia.

Mientras tanto, los indios avisados por sus espías de la marcha de aquellos doce hombres, se habían ido juntando hasta el número de quinientos, y bien provistos de sus lanzas, solo aguardaban las sombras de la noche para intentar una sorpresa.

Conocían el terreno palmo a palmo, pero para asegurarse aún más del éxito se dividieron en dos grupos y se dirigieron al campamento de los cristianos. Con el ruido que iban formando, voló una perdiz que puso sobre aviso al centinela, «que se estuvo con cuidado mirando hacia aquella parte» y que a poco, sintiendo a los enemigos que venían dando arma, corrió a advertir a sus compañeros.

Desgraciadamente, los indios llegaron con él: sorprendieron descuidados en sus camas a los infelices españoles, «y como se levantaban vencidos del sueño, yendo a tomar sus armas, topaban con las de los contrarios que los alanceaban y mataban». Algunos que sabían la tierra se metieron por el carrizal que por [137] allí estaba, «y como los indios tuviesen tino a robar lo que llevaban y era de noche, pudieron escaparse cuatro soldados que llevaron la nueva de lo sucedido hasta Angol».

Gregorio de Oña había caído hecho piezas<sup>(192)</sup>.

Muy niño debía ser por ese tiempo Pedro de Oña. Atravesaba casualmente la época en que el alma, no marcada aún con ninguna penosa huella, se conmueve con violencia, y como blanda arcilla guarda por siempre la primera dolorosa impresión que viene a caer en ella y sacudirla. Al menos, bastante sabido parece que era ya cuando largos años después recordaba con calor y santo entusiasmo la historia de la muerte de su padre.

En el discurso de una relación histórica que compuso, aconteció una vez que quiso dar cuenta de cierto alarde militar en que debía ir nombrando uno por uno los caballeros que en él más habían descollado. No podía olvidar, pues, al capitán Oña que ahí figurara también, en otro tiempo ya pasado; y, como si aún le fuera dado platicar con el que ya no existía, le habla en estos términos:

Y tú, mi padre caro, más perdona,  
que no he de dar motivo con loarte,  
a que diciendo alguno que soy parte,  
ofenda mi verdad y tu persona:  
por esto callaré lo que pregona  
la voz universal en toda parte,  
y perderás por ser mi padre amado,  
lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Solo diré que en guerra te criaste,  
en guerras (como en crédito) creciste,  
en guerras tu principio recibiste,  
y en guerras hecho piezas acabaste:  
donde el servir al rey solo ganaste,  
y por mejor serville te perdiste,  
dejando a los que somos de tu casta



no más que el bien de serlo y este basta<sup>(193)</sup>. [138]

Es necesario que dejemos pasar veinte años cabales desde la muerte del padre de nuestro poeta, para que volvamos a encontrar alguna de sus huellas. ¿Qué había sido de él durante tan largo espacio? A estarnos a lo que refieren estos cuatro versos, que hablan con los araucanos,

Helo sabido yo de muchos dellos  
por ser en su país mi patria amada,  
y conocer sus frasis, lengua y modo  
que para darme crédito es el todo...

debió permanecer en el sur, muy inmediato a las fronteras, para que, como él dice, conociese su «frasis, lengua y modo», sus costumbres, sus prácticas religiosas, etc.

Lo cierto del caso es que en 1590 era «colegial del real Colegio mayor de San Felipe y San Marcos de Lima», como a él le gustaba titularse. «No sabemos de qué edad era cuando pasé al Perú, expresa al señor Gutiérrez; mas, según nuestros cálculos, se infiere que rayaría entonces en los veinte y cinco años.» Pero como vamos a notarlo, cuando se incorporó en las aulas de la Universidad limeña, era ya bastante adelantado en otros conocimientos. ¿Cuándo, pues, había salido de Chile? ¿Dónde había estudiado anteriormente?

Padece un error evidentemente el que suscribió bajo el pseudónimo de Arión en *El Ferrocarril* de Abril 23 de 1857, que «Oña parece pasó a Lima en 1590 con don García Hurtado de Mendoza»; pues, como es sabido, este personaje partió de Chile en febrero de 1561 y en la fecha que se indica era virrey del Perú.

Parece si incuestionable que los móviles que lo alejaron de su país, en vista de su vida al principio de la época en que volvemos a dar con él en Lima, fue el deseo de estudiar, «hidrópica sed», a su decir; y, como era natural, la legítima aspiración de graduarse de doctor en leyes, profesión muy estimada en todos tiempos [139] entre los chilenos, según la expresión del abate don Juan Ignacio Molina.

Muchas familias de Chile enviaban sus hijos a la capital del Perú, emporio entonces de las letras en América, a cursar bajo el dictado de eruditos y renombrados maestros. Los libros de la antigua Universidad registran los nombres de muchos que después se distinguieron en su país natal. ¿Qué había sido, sin embargo, de la madre de aquel colegial, qué de sus parientes o hermanos? Siempre el poeta guardó silencio a este respecto, quizá, como algo aventuradamente pudiera suponerse, por encerrarse en esto algún misterio de alcurnia. Al menos, no debe olvidarse que ese silencio es difícil de explicar en los recuerdos de un hijo que demostró ser tan amante de su padre de otro modo que por un delicado sentimiento en pro del buen nombre de sus deudos, y que nació en medio de Arauco, en un fuerte, donde, como es notorio, muchos conquistadores vivieron de manera no muy cristiana.

Ignoramos además cómo y en qué parte estudió; pero de presumir es si se atiende que en aquel tiempo no lo pudo verificar en su país, que fuese en la mismísima ciudad de Lima. El hecho es que en una partida asentada en el primer libro de matrícula de la que se

llamó Universidad de San Marcos, que se entiende desde el 20 de setiembre de 1583 al 9 de julio de 1593, se lee dando vuelta la foja 11: «En los Reyes en ocho días del mes de Agosto de mil e quinientos e noventa años se matricularon para el primer curso de Artes Pedro de Oña, Efrancisco Rodríguez, etc., los cuales juraron la obediencia al rector, e trajeron cédulas de examen. *Juan Delgado*».

Significativa es la última frase, porque bien claro demuestra que nuestro Oña había rendido en esa fecha todas las pruebas que se exigían para poder inscribirse entre los cursantes de las clases de Derecho. Contadísimos, con todo, eran los alumnos que se vieran preparados para seguir los estudios superiores, y menos aún aquellos que la posteridad no ha olvidado completamente. De agrado parecerá al lector, sin embargo, saber que conocido del poeta en ese tiempo de colegio debió ser otro joven que seguía [140] sus clases ya desde 1587, cuatro años cabales de la apertura de la Universidad, y a quien la iglesia chilena reservó más tarde un lugar distinguido entre los obispos de Santiago, fray Diego de Medellín.

Desde aquel día podemos seguir por algún tiempo casi paso a paso la carrera literaria del estudiante Pedro de Oña que tan ansioso de saber demostraba estar.

Feliz debió andar en sus pruebas del año cuando al siguiente se apresuró a satisfacer por derecho de matrícula el real que las constituciones universitarias designaban porque quedase constancia de la incorporación del alumno a una clase superior<sup>(194)</sup>: «En los Reyes a veinte e nueve de mayo de mill e quiniento e noventa y un año se matriculó para el segundo curso de artes Pedro de Oña, natural de Chile, y juró en forma la obediencia al rector.- *Juan Delgado*».

Prosiguió aún ese año con el mismo aprovechamiento que el anterior, y de nuevo pudo el secretario Delgado asentar en su libro un memorándum en esta forma: «En los Reyes en ocho días del mes de Abril de mill e quinientos e noventa y dos años, se matriculó Pedro de Oña, natural de la ciudad de los Confines, reino de Chile, para el tercero curso de artes, y juró la obediencia al rector».

Tanta prisa debió darse el joven estudiante que más que probable es que desde ese mismo año se pasease ya por las calles de la coronada ciudad de los Reyes luciendo el manteo y bonete que los bachilleres de la Facultad de leyes debían cargar según disposiciones vigentes<sup>(195)</sup>.

Ocurrió en la misma época la sublevación de Quito a consecuencia del impuesto sobre alcabalas, y el recién graduado bachiller marchó con los tercios reales a extinguir aquel peligroso amago<sup>(196)</sup>.

. [141] De aquí, sin duda, la idea que tuvo más tarde de injertar entre los cantos de la guerra de Arauco aquellas escenas que había presenciado de cerca.

No fueron solo las leyes las que distrajeron la atención de nuestro joven, y era porque, como había notado muy bien,

. . . . .mientras más en algo duda

la hambre del ingenio es más aguda.

De vuelta de su expedición al norte pudo emprender también, desde julio del año siguiente, el aprendizaje de la teología, complemento indispensable del buen saber y de la ilustración colonial, y que tanta influencia ejerció después sobre su espíritu y su carrera de escritor. Por lo menos existe constancia de que asistió a las lecciones de primer año, según puede verse en la partida siguiente que Antonio de Neira asentó en el folio cuarenta y cinco del libro que venimos citando: «En la ciudad de los Reyes a diez y siete días del mes de julio de mill e quinientos e noventa y tres años se matriculó Pedro de Oña, natural de la ciudad de los Infantes de Chile, para el primer curso de Theultigía y juró la obediencia al rector y guarda de las constituciones en forma».

Por más que hemos minuciosamente rebuscado en los archivos universitarios, no nos ha sido posible descubrir ni la fecha en que se graduó de licenciado, ni si prosiguió alguna sus estudios de teología. Por aquellos años llegaba a los veinticinco. Un largo mostacho ocultaba la pequeñez de su boca. Su continente fino a que añadía una singular gravedad lo correcto de sus facciones, veíase aumentada con una calvicie prematura.

Pero tiempo es ya de que abandonemos el polvo de tales antiguallas y los mal trazados caracteres de aquellos graves maestros para que veamos lucir el nombre del poeta, que se firmaba ya licenciado, en la primera hoja de un libro en 8.º, (que llevaba al frente el retrato de su autor) publicado en Lima<sup>(197)</sup> en 1596 con el [142] título de Primera parte del *Arauco domado*<sup>(198)</sup>, escrito en octavas que sumaban diez y nueve cantos y más de diez y seis mil versos y que ávidos se disputaban gentes de letras y cortesanos.

No se habían enterado todavía veinte años a que por vez primera viera la luz pública el poema que don Alonso de Ercilla y Zúñiga destinó a cantar las luchas de los españoles en territorio araucano. Recién fallecía su autor en la época en que el licenciado don Pedro daba también a la estampa el suyo en la corte de los virreyes. El efecto había sido grandioso; pero el poeta, en desquite o por descuido no se había acordado para nada bueno del capitán a quien se debía la conquista de la tierra que desde entonces pudo la lisonja calificar de *domada*. Palpitaba, pues, allí un cuerpo, pero ni un soplo venía a animar esos restos. ¿Cuál sería el Prometeo que se atreviese a robar a la inspiración una chispa de su fuego para dar vida a un nuevo canto reparador de pasados olvidos?

¿Quién a cantar de Arauco se atreviera  
después de la riquísima *Araucana*?  
¿Qué voz latina, hespérica o toscana,  
por mucho que de música supiera?  
¿Quién punto tras el Buyo compusiera  
con mano que no fuese más que humana?  
¿Si no lo removiera el pecho tanto  
el ver que sois la causa de su canto?

Pues esta ha sido casi todo el punto,  
de donde le tomé para cantaros,  
doliéndome que en cánticos tan raros  
faltase tan subido contrapunto.

Lo que nuestro poeta declaraba en sus versos, lo había informado ya en el prólogo de su poema. «Solicitado de tan grandes temores -decía-, cuanto lo son las causas de tenerlos, pongo (discreto lector) este mi libro en tus manos, porque demás del ordinario y justo recelo en que todos sacan sus obras a la almoneda [143] de tantos y tan variados gustos, donde cada uno corta a la medida del suyo, tengo ya otros muchos particulares motivos para encogerme y temblar de sacar a luz de los altos y claros entendimientos la oscuridad y bajeza del mío; así por ser en la era de agora, cuando todo y en especial el arte de la divina poesía, con su riqueza de lenguaje y alteza de concetos, está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no sería perfección sino concepción el pasar del término a que llega; *como por suceder yo* (si así lo puedo decir) a los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercilla y Zúñiga, y escribir la misma materia que él, cosa que en mí (si aspirase a más que a traer a la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) parecería tan grande locura como envidia el no confesarlo. Ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado mis pocos años. Mas, todas estas dificultades atropelló el solo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor de la patria) celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que sirviendo en ella a su rey dieron a costa de sus vidas, plumas y lenguas a la fama...»

Esta aparente oposición de los dos vates, necesario es declararlo, no nacía, pues, de sentimiento alguno de secreta rivalidad: Oña se declaraba desde luego un franco imitador. La discordancia de ambos sin duda que existe bajo el punto de vista del fin primordial del asunto que se propusieron, del fondo mismo de las intenciones, pero de ninguna manera bajo el aspecto literario. Bastaba el influjo adquirido por la superioridad del poeta español, para que, de buen o mal grado, se tradujese en todas las obras análogas posteriores, destinadas por su misma naturaleza a ser simples imitaciones. Ercilla prescindía por completo de don Garella y llamaba todo el interés del lector sobre aquellos indios cuya dominación intentó celebrar, al paso que Oña, sin despojarlos completamente de todo prestigio, atribuía a su héroe, entonces el virrey del Perú la aureola del valor y la victoria, la suma de virtudes las perfecciones. [144]

Con todo, no significaba este proceder que mediase una adulación. Cuando el libro aparecía, ya el elevado personaje cuyo encomio encerraba, estaba lejos. El poeta no podía esperar recompensas. Por el contrario, tan delicadamente se portó Oña en este particular que vamos a ver lo que decía a don Hurtado de Mendoza, primogénito de don García al dedicarle aquella primera labor que salía de sus manos: «Ha días que lo tengo trabajado (el poema,) y *aún impreso, dilatando* el sacarlo en público hasta que el Marqués se fuese, como ya (por daño nuestro) se va de estos reinos, porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (a lo menos en dañados pechos, y de poca consideración) algún género de sospechas, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato».

Todavía si hemos de creer (y no habría por qué dudar) a lo que el mismo don García expresó a este respecto, solo vino a tener noticia de que un tal Pedro de Oña había compuesto un poema en que se hacía su elogio cuando ocurrió a él por el permiso para la publicación. «Por cuanto por parte de vos -decía-, el licenciado Pedro de Oña, me fue hecha relación que habíades compuesto un libro, intitulado *Arauco domado*, que trata de las guerras de Chile, durante el tiempo que estuvo a mi cargo el gobierno de aquellas provincias; el cual os había costado mucho trabajo, y que entendíades sería provechoso

por la noticia que en él dais de las condiciones de la tierra y gente della, como porque contáis en él con limpieza de verdad, los hechos señalados de muchos caballeros, y otras personas que gastaron el dicho tiempo en servicio del Rey Nuestro Señor, y me pedistes y suplicastes se mandase dar licencia y privilegio para poder imprimir y vender el dicho libro en estos Reinos por término de veinte años, o como ya más determinase, [...] he cometido su examen y aprobación al maestro Esteban de Abila, de la Compañía de Jesús, acerca de si contiene alguna cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres; y lo tocante a su estilo y entereza de verso con lo demás contenido en el dicho libro al licenciado don Juan de Villela, alcalde de corte desta Real Audiencia». [145]

Después que el maestro examinador le dijo: «He visto este libro que se intitula *Arauco domado*, y no tiene error contra nuestra santa fe: es libro provechoso porque tiene muchas y graves sentencias, muy importantes para la vida humana; y es muy aparejado para incitar, mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros a emprender hechos señalados y heroicos, en defensa de la religión cristiana y de su Rey y patria [...] y todo lo cual arguye el grande ingenio de que Dios dotó al autor, etc.». Y después que el alcalde emitió su dictamen en estos términos: «He visto el libro, [...] en el cual de más del nuevo modo de la correspondencia de las rimas, muestra su autor una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio, con que (levantado en sus propias fuerzas) descubre muchas lumbres de natural poesía, tanto más dignas de estimación en un hijo destes reinos, cuanto (por la poca antigüedad de la nación española en ella) tienen menos de cultura y arte. Y así, fuera de ser muy justo que se le dé la licencia que pide, *merece ser muy estimado, favorecido y premiado de V. E.*». Solo entonces, el grave y ceremonioso virrey, concedió la licencia. En cuanto al privilegio, ¡tuvo a bien rebajar diez años a los veinte que el autor había solicitado! No anduvo tampoco más feliz el licenciado cuando en 1605 los señores del Consejo real, le tasaron en Valladolid a tres maravedís cada uno de los cuarenta y cinco pliegos de que constaba el ejemplar; «y mandaron que a este respecto le venda y no más, y que esta tasa se ponga al principio dél para que se sepa lo que se le ha de llevar, y que no se pueda vender, ni venda de otra manera».

Por más que, como dice uno de sus biógrafos más amenos y estudiosos, Oña «agote materialmente en su poema el vocabulario de las lisonjas, convirtiendo la adulación en figura de retórica»; hay, sin embargo, un no sé que en sus palabras que muy a las claras revela cuán lejos de su ánimo estuvo el medrar. Era más bien el que lo moviera uno de esos afectos que los humildes saben concebir por los hombres de mérito y posición y que después, así como pudo permanecer ignorado, el talento le hace camino. Hay figuras así a quienes estudiándolas de cerca se les cobra [146] cariño desinteresado, sin más esperanza que la de satisfacer las propias necesidades o exigencias del espíritu seducido o apasionado. Oña encontraba, además, en don García muchos puntos de contacto en el giro de sus inclinaciones, igual seriedad, un natural religioso, y era consiguiente que, en un todo de acuerdo en el campo de las ideas, ensalzase a quien podía mirar como la encarnación de sus principios, y jefe, por lo tanto, de su misma secta.

Con claridad testimoniada se ha puesto de manifiesto que el joven cantor no marchaba en camino de lucrar con sus versos cuando iban a ver la luz pública; séanos, pues, lícito concluir con el crítico más arriba citado, que Oña se expresaba de aquel modo «por apocamiento de espíritu, por vicio y culpa de su educación, que su lenguaje era el tributo humilde del vasallo, el homenaje sumiso del siervo que hablaba de sus amos».

En conclusión a este respecto, llega el caso de expresar cómo ha sostenido el poeta el carácter de su héroe favorito en el curso de su relación; pero antes una conveniente hilación exige que sepamos cuál es el argumento del libro.

Canto el valor, las armas, el gobierno,  
discanto aviso, maña, fortaleza,  
entono el pecho, el ánimo y nobleza  
del extremado en todo joven tierno:  
hincho la fama ahora el áureo cuerno,  
apreste de sus alas la presteza,  
redoble su garganta el claro Apolo,  
y llévese esta voz de polo a polo.

Tal se inicia el poema. Para que veamos lucir las acciones del «joven tierno», es preciso, pues, que se nos muestre el teatro en que sucedieron.

Llegó del reino de Chile al virrey del Perú don Andrés Hurtado de Mendoza un pedimento de socorro por la necesidad y aprieto a que los indios araucanos lo tenían reducido después de las desgracias acontecidas a los primeros capitanes que habían ido a su conquista. Prestó aquel elevado funcionario benigno oído a la voz de aquellos desgraciados colonos y dispuso al efecto que su hijo don García fuese en persona llevando los deseados auxilios. [147] Dase éste a la vela, y al fin, después de una espantosa tormenta, consigue arribar con la mayor parte de su gente a los sitios en que era preciso combatir. Los indígenas reunidos en borracheras generales, habían escuchado ya de boca de sus agoreros la suerte que se les aguardaba.

Desembarcados los expedicionarios, es su primer cuidado la construcción de un fuerte que los ponga a cubierto de los ataques de los enemigos, mientras llegan de Santiago refuerzos que permitan tomar la ofensiva.

Júntase, entre tanto, todo el infierno por ver modo de perder a don García, y acuerda despachar a Mejera que corra a avisar a Caupolicán, jefe indio, de la buena oportunidad que se ofrece de dar sin pérdida de momento sobre el fuerte y destruirlo.

Aprovechándose del consejo, se reúnen los araucanos a la voz de sus capitanes y emprenden el ataque, que se sostiene con gran tesón de ambos bandos, aunque con harta más fortuna de parte de don García.

Vienen en seguida las diversas maniobras y parciales encuentros de los ejércitos, entretejidos por episodios amorosos de los indios y por el sueño en que la hechicera Quidora se propone referir lo acontecido en la famosa rebelión de Quito y la victoria obtenida por las armas de don García, sobre la armada del pirata inglés Richard Hawkius cuando años después de su expedición a Chile se hallaba de virrey del Perú.

Este es el fondo sobre que giran los versos de nuestro poeta: en él lo defectuoso del plan y lo inconexo del argumento se traicionan a cada paso por la falta de orden en los sucesos y por la confusión intencional que se hace de épocas y hechos sucedidos en varios y remotos países y en fechas distantes.



Así cualquiera historia sale fea,  
si con la variedad no se hermosea,

dijo el autor en alguna parte de su libro; pero tan lejos ha llevado este principio de buena literatura que, como luego nos informaremos, los episodios absorben la mayor parte de la *composición*. [148] Solo se ha procurado que los hechos y carácter de don García salgan de relieve, no importa que se violenten la unidad indispensable del trabajo literario, ni que se falte a las reglas más elementales del buen gusto. Sus alabanzas ha sido el tema propuesto, y a él es preciso amoldar los sucesos, y no éstos a la clase de obra que se emprendía, como debió ser.

¿Cómo ha realizado Oña el programa que al principio nos ofreció? ¿Qué figura asume don García en las pinturas que de él nos hace el *Arauco domado*? O lo que es lo mismo, veamos hasta qué punto se halla en armonía el carácter del domador de Arauco retratado por Oña con el que la historia, desnuda de todo afecto o lisonja, le atribuye.

Sin duda que ella jamás se avanzará a decir lo que, aún para una figura poética es exagerado y, que el autor, sin embargo, expresó de él en los siguientes versos, contando cierto rey que dio:

...El mar del sur, del norte y de Lepanto,  
el más pequeño pez y oculta foca  
sintieron claro el son del golpe avieso,  
¿qué sentirá quien siento encima el peso?

Ni que se permita afirmaciones como ésta:

No dudo que el espíritu supremo  
estuvo siempre en él aposentado,  
pues mal pudiera a tanto fuerza humana  
sin asistir allí la soberana;

pero es innegable que la posterioridad atribuirá siempre a don García notables cualidades de guerrero, felices disposiciones de administrador y todas las bellas inspiraciones de un hombre honrado y de un súbdito fiel. ¡Si tuvo ideas exageradas en algunos puntos, a ello conspiraron, es cierto, las creencias del siglo y el género corriente de educación! Sin referirnos a Suárez de Figueroa por motivos que se adivinarán, escritores modernos de nota se hallan más o menos de acuerdo en hacer el elogio de los méritos del antiguo virrey. [149]

Pero, o mucho nos equivocamos, o el poeta chileno por probar mucho, como dicen los psicólogos, no probó nada; contra la opinión del señor Amunátegui, no creemos pues que las muchas perfecciones hayan concluido por hacer interesante al lector aquel personaje. Porque, en efecto, ¿se armoniza con la poesía y con la aureola que ha de ceñir la frente del héroe y el prestigio del general de un ejército, aquello de pintarlo como un simple combatiente entre las filas de los bárbaros, luchando cuerpo a cuerpo con ellos? Si se hace descender al ídolo del pedestal que ocupa y se le roza con los demás mortales, resultará que el santo respeto de que se le rodeaba pronto se trocará en



familiaridad y vendrán las burlas y la risa. Es muy natural que se llame la atención del que lee hacia las refriegas particulares de los indios por la disciplina especial que observaban, por la novedad de sus modos de ataque: esto está bien y se explica; más lejos de ensalzar al caudillo español refiriendo los descomunales golpes que acertaba, pensamos que más bien se le deprime.

Casualmente en estos detalles (prescindiendo de lo dicho anteriormente) es donde Oña se diferencia de Ercilla en la manera de presentar a sus actores. El uno, sobre todo en las batallas, sostenidas como se sabe por los mismos luchadores que ofrece Oña, observa la táctica de presentar no solo el detalle de lo que cada guerrero realizó durante el ardor del combate, sino que también se ocupa de los movimientos de las masas: el heredero de su lira no tiene más anhelo que el de seguir a cada guerrero hasta verlo muerto o victorioso, desde el jefe hasta capitanes y soldados.

Las materias que venimos tocando se relacionan demasiado con la historia para que no nos ocupemos de saber cual sea el mérito que como a tal, pueda prestarse al *Arauco domado*. No hablamos aquí, naturalmente, ni de los amores supuestos a los salvajes pobladores del sur del Biobío, que constituyen en gran parte los episodios con que el poeta se propuso amenizar el relato y de que luego trataremos, ni de las fábulas inventadas para procurar al *poema* cierta especie de *máquina*, accesorio puramente literario. Nos referimos, pues, solo a las campañas de don García Hurtado [150] de Mendoza en Chile y a lo que el autor refiere de sus habitantes, usos y costumbres, etc.

Planteada así la cuestión, interroguemos primero al mismo autor a fin de que nos manifieste sus intenciones; apreciándola en seguida con los medios de comprobación de ciertos hechos, y pidiendo, por último, su dictamen a críticos o historiadores.

En cuanto a lo primero, tan penetrado estaba Oña de que ni aún podría dudarse de su verdad que ni siquiera se cuidó de expresar con detención la clase de obra que acometía bajo el respecto histórico: esta era la condición primordial del trabajo ofrecido a quien había llevado a feliz término las empresas de que iba a dar cuenta. Se limitó a decir como de paso

No es fábula ni poética figura,  
ficción artificiosa ni ornamento,  
sino verdad patente la que cuento,  
que es de lo que se precia mi escritura...

Presentes se hallaban, además, todos esos guerreros que habían ido a la conquista, frescos en la memoria del pueblo los brillantes hechos que habían ilustrado las armas españolas en el sur de Chile: el engaño no era posible ni siquiera resultaba provecho de intentarlo. Podían aceptarse en el discurso de la relación las apreciaciones del escritor respecto de las causas del buen o mal éxito de un encuentro, sus elogios para los que estimase más sobresalientes; o en otros términos, le serían lícito los adornos del estilo y las figuras empleadas por la retórica en la expresión de sus sentimientos, pero el fondo de los acontecimientos, los cimientos del edificio por su naturaleza tenían que permanecer inalterables. Y esto fue lo que Oña hizo, sin contar con que la verdad histórica se desprende con bastante claridad, en fuerza solo de las cosas de entre el rimar de los versos y el agrupamiento de las estrofas.

Aún más: el autor expresa a veces que no puede por falta de espacio, entrar en todos los detalles de un suceso, remitiéndonos para ellos a otros escritores, a quienes no teme juzgar desde su [151] papel de simple versificador: prueba evidente de que creía ser tan verídico como el que más.

Se hace de ocasión con este motivo el que comprobemos algunos hechos de los que da como verdades, a cuyo efecto solo elegiremos dos de los más sencillos.

Sea el primero la descripción de las costumbres de Santiago en 1557 que con mano firme y severa trazó en el canto tercero.

...Mapocho,  
albergue de holgazanes y baldíos,  
adonde el vicio a sus anchuras mora,  
y tierra do se come el dulce loto,  
que al filo de la guerra tiene boto.

Es la vadosa sirte donde encallan  
o todos o los más gobernadores,  
y a donde por hablar cosas de amores,  
las del guerrero adúltero se callan...

Es una Circe pésima que encanta  
y en animales sórdidos transforma.

Es la Sirena Mélode que canta,  
de quien sagaz el Itaco se informa,  
y atado al mástil oye desde afuera,  
ensordeciendo a los demás con cera.

Habla aquí el poeta, y esto dice el historiador:

«Tales ejemplos y la continuación de la guerra, abrieron la puerta a la licencia más completa de los soldados. La mayor parte de estos eran solteros, y para satisfacer sus pasiones viciosas se mezclaban sin recato alguno con mujeres infieles»<sup>(199)</sup>.

Existe en la historia primitiva de Chile un rasgo altamente filosófico que los que se han ocupado después de ese período jamás lo omiten, y en ello tienen razón. Poco antes de llegar a Chile Hurtado de Mendoza, largos altercados se habían levantado entre los caudillos Villagra y Aguirre, disputándose el derecho de mando en aquella sociedad que apenas podía mantenerse con vida por los ataques de los indios y escasez de recursos de toda especie. El caso fue que reunidos en la Serena los dos competidores, el mandatario que recién arribaba metió preso en [152] un bajel al Aguirre, el cual ya embarcado le habló de la manera que Oña refiere en los versos siguientes:

Salióle Aguirre en viendo que venía,  
a recibir al bordo de la nave,

y aún dicen que le dijo en tono grave  
esta razón tan llena de energía:  
y a lo que en todo Chile no cabía,  
ahora en una tabla sola cabe:  
mi fe, señor, un niño de la cuna  
nos muestra a la vejez, lo que es fortuna.

En cuanto a pareceres extraños, un crítico nacional establece que el libro de Oña merece fe en lo que da por cierto, por el crédito que se concede a todo testigo presencial que habla y escribe para los actores de los mismos sucesos que refiere<sup>(200)</sup>.

Don Juan María Gutiérrez encuentra que «es precioso, [...] porque es una de las fuentes a que se ocurre a empaparse en la verdad cuando se ha de escribir sobre ciertos períodos de la antigua historia de Chile».

Aún en las circunstancias en que Oña pudo ver comprometida su imparcialidad, se dio trazas para salir siempre airoso y con todo el prestigio de su corazón noble y desinteresado.

Cuando en su obra se le ocurrió referir la campana naval emprendida contra los ingleses en el Pacífico, tuvo así que ocuparse no solo de los enemigos del pendón real sino también de los que a un tiempo lo eran de la fe; y precisamente en esta parte es donde el poeta chileno ha dejado más en claro lo juicioso de su talento y sus buenas prendas de narrador imparcial. Nadie podría decir, por ejemplo, que en la descripción que da del jefe enemigo se trasluzca ni siquiera lo menor de la proverbial prevención española en América contra todo lo que oliera a extranjería:

...El audaz pirata se decía  
. . . . . clara gente,  
mozo, gallardo, próspero, valiente,  
de proceder hidalgo en cuanto hacía: [153]  
y acá, según moral filosofía,  
[dejando lo que allá su ley consiente]  
afable, generoso, noble, humano,  
no crudo, riguroso, ni tirano.

Esta buena cualidad, nos complacemos en decirlo, le ha sido reconocida a su obra por un ilustre hijo de la raza del vencido en aquella jornada. «Las circunstancias de la prisión del pirata inglés Hawkins en 1594, dice Ticknor<sup>(201)</sup> ha sido referida por Oña con bastante exactitud y con una imparcialidad que admira en un escritor español de aquellos tiempos».

Tomemos también nota en este lugar del juicio que del poeta chileno emite sobre tal circunstancia el señor Amunátegui: «Pedro de Oña -dice-, está muy distante de justificar la muerte del individuo que profesa principios religiosos contrarios a los suyos..., y es muy capaz de alargar la mano a un enemigo y de hacerle plena justicia aunque sea de diversa raza y de distintas creencias... Menester es declarar, y declararlo bien alto,

porque le honra, que abriga a este respecto máximas más liberales que las de muchos de sus contemporáneos».

Otro mérito del *Arauco domado* al respecto histórico, es la pintura que contiene de las costumbres de los indios, a cuyo lado puede decirse vivió su autor por algunos años y que, como él asienta,

Helo sabido yo de muchos dellos  
por ser en su país mi patria amada,  
y conocer su frasis, lengua y modo  
que para darme crédito es el todo.

M. Ternaux Compans, que, como declara Gutiérrez, «se muestra demasiado severo al juzgar el mérito literario de la obra del licenciado», la considera muy estimable bajo esa faz. Los defectos del lenguaje que les atribuye al ponerlos en escena pronto los apreciaremos al juzgar la fisonomía de los araucanos en el libro.

Mientras tanto, parécenos también oportuno llamar la atención hacía las imaginadas pinturas de la naturaleza en Chile, de que [154] Oña no ha sabido resguardarse, y que, a no dudarlo, constituyen un chocante lunar en esos cantos que se dan como históricos. Al leerse, por ejemplo, esta estrofa,

Pues por el bosque espeso y enredado,  
ya sale el jabalí cerdoso y fiero,  
ya pasa el gamo tímido y ligero,  
ya corren la corcilla y el venado:  
ya se atraviesa el tigre variado,  
ya penden sobre algún despeñadero  
las saltadoras cabras montesinas,  
con otras agradables salvajinas<sup>(202)</sup>,

cualquiera que no sea hijo de esa tierra se creería trasportado al corazón de África; por eso creemos que si Oña, por el contrario, nos hubiese hablado de los animales que nos son peculiares, habría dado a su obra un colorido local del mejor gusto.

Idéntica falta de verdad se nota en algunos rasgos que atribuye a los araucanos, a quienes a pesar de haber inmolado a su padre, no por eso dejaba de estimarlos y de ensalzar sus nobles prendas.

Oña es natural cuando refiriéndose a ellos dice:

. . . . .batalla...  
que fuera bien de ver a costa dellos,  
a causa de que son de erguidos cuellos  
y poco estimadores de la vida,

Es exacto al expresar que

.....no tenían  
en todo su caudal del ciclo abajo  
sino su propio personal trabajo;

y digno de elogios condenando con generosa indignación la avaricia y crueldad de los españoles para con aquellos que tenían a su servicio. Pudo, asimismo, acontecer que alguno, como Orompello, fuese tan desprendido que viendo en el combate a un valeroso enemigo a punto de perecer, se lance a defenderlo, despidiéndolo sin más recompensa que el contentamiento de su propio hecho. [155]

Mas ¿cómo admitir en el bárbaro Talhuen un lenguaje como éste:

¿Oí que ya el *relox* se apresuraba,  
queriendo dar las doce de mi vida,  
sentí que ya la *Parca* endurecida  
a dividir mis partes caminaba?

Se encontraba el poeta, no hay que negarlo, en la misma situación embarazosa en que se halló su predecesor *Ercilla* y cuantos después se ocuparon del asunto al poner en acción a los indios. ¿Serían bastantes fieles para trasladar al papel las expresiones groseras, los términos bajos e indignos del estilo poético usado por los hijos de Arauco? Al revés, ¿les prestarían galanura en el decir, fondo en las ideas, cultura en su comportamiento? Lo primero, sin cuestión, que redundaría en pro de la verdad; mas, ¿convendría decirla desnuda? Este término medio fue el que el poeta no supo encontrar, y sus indios pudieron no ser groseros pero debieron ahorrarse de hablarnos de la *Parca* y de otra porción de ficciones de la mitología griega. Como dice bien *Chaparro*, los héroes y heroínas y agoreros araucanos que saben mitología estarían perfectamente colocados en la *Ilíada* o en la *Eneida*»<sup>(203)</sup>.

Oña no se ha mostrado con ellos muy caritativo tampoco. Es muy fácil de observar que mientras el autor del *Arauco domado* se abandona a solo los impulsos de su corazón, es sencillo, bondadoso; pero en cuanto llega el caso de aplicar sus ideas religiosas se transforma en una especie de oráculo fatídico destinado a pronunciar en toda ocasión siniestros pronósticos de eternas condenaciones para los gentiles o herejes. En los cuatro versos siguientes hace la aplicación de sus principios teológicos sobre la materia, suponiendo que ciertos araucanos que mueren en un lago «humoso y pestilente» comienzan a sufrir desde estas regiones terrenales, [156]

Para que cuando baje al hondo infierno,  
a profesar tormento eternamente,  
el indio miserable y desdichado  
haya tenido aquí su noviciado.

Con esto, llegamos ya a los episodios del poema que como desempeñados por actores indios, vamos a tener ocasión de apreciarlos aún bajo el punto de vista de sus relaciones

sociales, y especialmente del amor; pero no de ese amor ardiente y apasionado de la juventud con el cual la rigidez de los principios del autor y el estiramiento aparente de los sujetos a quienes el libro se destinaba no se armonizarían bien, o que no le habrían aprobado, quizá, sino del que ha santificado la religión, el solo legítimo a su juicio.

Oña pensaba que el único medio de amenizar una relación seguida de sucesos verídicos era mezclarle variedades que diesen descanso al espíritu recreándole y preparándole nuevas fuerzas para poder continuar con holgura en la tarea comenzada,

Que como la verdad desnuda, amarga  
si no la viste el blando lisonjero,  
así, cualquiera historia sale fea,  
si con la variedad no se hermosea.

Otro guía que estimó podía servirle de auxiliar poderoso para procurar agrado a sus cantares, era el sembrarlos de reflexiones morales:

Ultra de que es el blanco de mi intento  
que entre estos cantos suene un contrapunto  
de cosas del espíritu morales.

El poeta fue, por desgracia, más que fiel a este programa, pues a deseos de cumplirlo a la letra, se excedió respecto de los episodios que de los araucanos hacen mérito, y a cada cauto se dio principio con largas disertaciones sobre cosas variadísimas; sin contar todavía con la multitud de estrofas dedicadas al recuerdo de la sublevación de la ciudad de Quito y al festejo del triunfo sobre el inglés. Por esto fue que el libro nació muy desigual, marchando la relación interrumpida y como a saltos. No negamos que muchos de los pensamientos que al acaso sembró el indiano, como [157] se le apodó en la corte de Madrid, dejan traslucir una sana moral y un ingenio, nada vulgar. En cambio, en otros, tanto lo extravió la sutileza de las escuelas que una vez se ocupó en dilucidar la conveniencia de que haya males en este mísero planeta, y otras nimiedades ajenas a un espíritu serio.

Si observamos un poco la época en que figuró, no nos será difícil persuadirnos que este sistema debió conquistarle grandes aplausos, y la prueba está en la decidida imitación de que fue objeto de parte de los que escribieron después, y muy en especial del que en nuestros estudios va a seguirle casi inmediatamente.

Tiempo se hace ya de que recorramos esos episodios en que el poeta una vez más debía serle infiel a la exactitud, poniendo a nuestros ojos cuadros de amorosas parejas que, como él bien debía haberlo visto, no era la monogamia el precepto a que más se ajustaban. No era, pues, la realidad lo que iba describir, sino el ideal de sus deseos y la explicación de sus principios.

Fresia y Caupolicán vivían en el valle de Elicura. Era ella

. . . . .de cabello liso y ondeado,  
su frente, cuello y mano son de nieve,

su boca de rubí, graciosa y breve,  
la vista garza, el pecho relevado:  
de torno el brazo, el vientre jaspeado  
coluna a quien el Paro parias debe,  
su tierno y albo pie por la verdura  
al blanco cisne vence en la blancura.

Sentados a las márgenes de un arroyo poblado de mirtos que enredaba la yedra  
enamorada, le recordaba el indio sus pasados lances en la guerra, entregándose sin  
temor a las confidencias y desahogos, alejados ya los sobresaltos y graves cuidados de  
las batallas tan gloriosamente libradas.

Él le dice:

¿Hay gloria o puede habella, que se iguale  
con esta que resulta de tu vista?  
¿Hay pecho tan de nieve que resista  
al fuego y resplandor, que della sale?  
¿Qué vale cetro y mandó, ni qué vale  
del universo mundo la conquista,  
respeto de lo que es haberla hecho  
al muro inexpugnable de tu pecho? [158]

Dichosos los peligros desiguales,  
en que por ti me puse, amores míos,  
dichosos tus desdenes y desvíos,  
dichosos todos estos y otros males:  
pues ya se han reducido a bienes tales,  
que entre estos altos álamos sombríos  
tu libre cuello rindes a mis brazos,  
y a tan estrechos vínculos y abrazos.

¡Ay! (Fresia lo responde), dueño amado,  
y como no es de amor perfecto y puro  
hallarse en el contento tan seguro,  
sin pena, sin temor y sin cuidado:  
pues nunca tras el dulce y tierno estado  
se deja de seguir el agro y duro,  
ni viene el bien (si vez alguna vino)  
sin que lo ataje el mal en el camino.

Nótese bien desde luego el trasunto de la imitación de Ercilla en este pasaje, el cual,  
como se recordará, pintó a una de sus heroínas en ocasión parecida, llena también de



presentimientos. Y es porque el culto de la fatalidad, diosa en cuyas aras Oña como su antecesor y los que le siguieron sacrificaban ciegamente, venía a turbar al poeta en medio de sus más felices concepciones.

Creía nuestro autor:

Que cuando la desdicha se adelanta,  
aunque se meta el hombre allá en el centro,  
y en sus cavernas íntimas se aloje,  
allá lo va a buscar y allá lo acoge;

y así, no era inconsecuente al poner en boca de la querida del indio temores de infortunio.

Convidado por la frescura de las aguas, dirígese Caupolicán al baño, y

Desnudo al agua súbito se arroja,  
la cual con alboroto encanecido  
al recibirle forma aquel rüido,  
que el árbol sacudiéndole la hoja:  
el cuerpo en un instante se remoja,  
y esgrime el brazo y músculo fornido,  
supliendo con el arte y su destreza  
el peso que le dio naturaleza.

Su regalada Fresia que lo atiende,  
y sola no se puede sufrir tanto,  
con ademán airoso lanza el manto  
y la delgada túnica desprende: [159]  
las mismas aguas frígidas enciende,  
al ofuscado bosque pone espanto,  
y Febo de propósito se para,  
para gozar mejor de su vista rara...

Al agua sin parar saltó ligera,  
huyendo de miralla con aviso,  
de no morir la muerte que Narciso,  
si dentro la figura propia viera:  
mostrósele la frente placentera,  
poniéndose en el temple que ella quiso,  
y aún dicen que de gozo al recibilla  
se adelantó del término y orilla.

Va zbullendo el cuerpo sumergido,  
que muestra por debajo el agua pura  
del cándido alabastro la blancura,  
si tiene sobre sí el cristal bruñido:  
hasta que da en los pies de su querido,  
adonde con el agua a la cintura,  
se enhiesta sacudiéndose el cabello,  
y echándole los brazos por el cuello...

Alguna vez el ñudo se desata,  
y ella se finge esquiva y se escabulle  
mas el galán, siguiéndola zabelle,  
y por el pie nevado la arrebatá:  
el agua salta arriba vuelta en plata,  
y abajo la menuda arena bulle:  
la tórtola envidiosa que los mira  
más triste por su pájaro suspira.

«Octavas admirables, dice el señor Valderrama<sup>(204)</sup> en que Oña parece agotar su paleta para iluminar la imagen de la india inmortal... Nada es más natural que esta pintura; los versos son fáciles y elegantes; los pensamientos tienen una verdad encantadora. La idea de que la india no quiso mirar el agua para no enamorarse de su propia imagen, es bellísima, y el agua que sale a recibirla a la orilla, es una hipérbole tan graciosa y delicada que nada deja que desear». Escritor ha habido, sin embargo, que tildase de poco decentes las escenas del baño de los amantes<sup>(205)</sup>.

Divertíase con aquellos juegos la enamorada pareja, cuando de súbito se les presenta «la disfrazada furia de Mejera», que [160] viene a avisar al jefe araucano del nuevo ejército que acaba de desembarcar en el suelo de la patria. Excita con ello su amor propio, y le advierte que es tiempo ya de que se deje de esos pasatiempos.

Aprovechándose de la turbación que al indio le causan sus palabras, arranca con presteza la mensajera infernal dos víboras de las que están sobre su frente, y se las arroja. Arde en iras Caupolicán; y continúa la hechicera desarrollándole el plan que debe seguir para que salgan otra vez más vencidos aquellos intrusos. De otro modo, si no corre presto, le intima que se verá,

Estando el remediallo a tu albedrío,  
sin hijos, sin mujer, sin señorío,  
sin dulce libertad, que es sobre todo:  
pues no te quieras, ¡ay! poner de lodo,  
por dar al blando amor lugar vacío,  
ni de famoso rey potente y bravo,  
venir a ser infame y triste esclavo...

Con esto remató la furia horrible  
su caviloso encanto persuasivo,  
dejando al pecho bárbaro y altivo  
nadando en puro fuego inextinguible:  
y haciéndose a sus ojos invisible,  
vuelve al Estado el paso fugitivo,  
adonde su furor, veneno y llama  
por las médulas íntimas derrama.

Furioso parte Caupolicán en dirección a su rancho, olvidándose de Fresia que se empeña en seguirlo;

. . . . aplica el cuerno  
al tímido carrillo y recia boca,  
de dó la voz horrisona revoca  
allá en lo más oculto del infierno:  
suena de mano en mano en su gobierno,  
y en breve casi todo se convoca,  
porque iban como en vuelo arrebatados,  
de aquel furor diabólico llevados.

Congregados los principales caciques y mocetones de la tierra, resuelven el asalto del fuerte que don García acababa de construir. Etc.

Estos rasgos que el autor nos da del héroe araucano y su compañera, están distantes de guardar armonía con la pintura, que de [161] ambos Ercilla nos dejó, pintura siniestra donde solo se divisa al guerrero vencido y abatido con la desgracia, y a aquella madre desnaturalizada que destroza sin piedad al hijo de sus entrañas a la primera muestra de flaqueza del marido. Esto estaba bien para el temple robusto del alma de don Alonso, pero era superior a la timidez y al encogimiento del buen licenciado.

Retirados los indios del asedio del fuerte, se encuentran a sus espaldas con sus mujeres que habían ido a informarse del resultado de la refriega. Entre ellos iba Gualeva «de Tu capel amada tiernamente». Pregunta por él y nadie le responde; entonces,

Cual descuidada cierva que huida  
del insidioso y cauto balletero,  
ya sigue aquel, ya deja este sendero,  
vagando por la selva entretejida:  
o cual oveja triste y desvalida,  
que sola va buscando su cordero:  
tal va moviendo a lástima Gualeva  
por donde el poderoso amor lo lleva.

Desesperada por el dolor y la ansiedad, cae desmayada en la yerba; esméranse sus compañeras por asistirle, hasta que recobrado el conocimiento,

A poco rato abrió sus ojos bellos,  
sus ojos dos lumbreras celestiales;  
mas luego con suspiros desiguales  
hizo que padecieran los cabellos  
la fuerza tan villana de sus quejas  
dejando enmarañadas sus madejas.

No pudiendo contenerse, arrebató sus armas a un mocetón y se marcha en busca de Talhuen, el amigo amado de su esposo, por ver si alguna noticia puede darle. ¡Nuevo desengaño! ¡Talhuen tampoco parece! Lánzase a su vez Quidora a preguntar por él, y deja así el poeta hilvanados dos cabos de una nueva aventura.

Después de vagar todo el día, al llegar de la noche, exhala así sus quejas la india contristada:

. . . . Los elementos, plantas animales,  
y los negociadores racionales  
reposan en silencio el más profundo: [162]  
yo sola con mis duras voces hundo  
los mudos campos, breñas y jarales,  
haciendo que despierte a su gemido  
la ya dormida tórtola en su nido.

Yo sola me deshago en mi lamento,  
y nadie puede en él acompañarme,  
que amor quitó (por más atormentarme)  
de todos, para dármele, el tormento:  
mas, ¡ay! ¿a quién mis ansias represento,  
o que provecho saco de quejarme,  
no habiendo quien responda mis congojas  
sino el ciprés funesto con sus hojas?

Oye de repente en el silencio cierto ruido de voces que la detienen. Escucha atenta y reconoce a Rengo y Leucotón, los postreros en retirarse del combate; y

Como el que estando en un lugar oscuro  
si va a salir de súbito a lo claro,  
no yendo con las manos al reparo,  
lo vuelve deslumbrado el rayo puro:  
así los dos que vienen de hacia el muro,  
viendo en Gualeva aquel semblante raro,

y el rayo que de luz sus ojos tiran,  
se ciegan, se deslumbran, se retiran.

Infórmanle los indios, después de prolijos razonamientos mediados de una y otra parte, que el que busca ha quedado tendido en tierra al pie de la estacada, sin poderse mover a causa de las heridas que su arrojo y el brazo enemigo le causaran. Irritada porque han abandonado así a un compañero, incrépalos la india de cobardes y dirigiéndose a Rengo lo desafía a singular combate. Ante las disculpas del jefe araucano que se ofrece a acompañarla en su excursión, prosigue Gualeva su camino, distrayéndose en fingidas pláticas con su amante que se halla lejos,

Que cuando el amor el ánimo lastima  
más suele estar donde ama que do anima.

Al encontrarse en medio de un bosque, invoca a la muerte y dice a los campos, a los ríos, a los anchurosos valles, a las húmedas riberas,

Si percibís la voz que doy en vano  
llevádsela a mi bien de mano en mano. [163]

Quiso en esto «el cielo santo»

Que oyese no muy lejos de do estaba  
una cansada voz que se quejaba;

y al percibir al caro esposo ensangrentado...

Que al pie de un roble sólido y ñudoso  
estaba como el pece palpitando  
en una grande balsa de sus venas,  
ya de furor y no de Sangre llenas;

Cual águila caudal que desde el cielo,  
en viendo al ballenato dar en tierra,  
prestísima con él en punta cierra,  
dejando roto el aire con su vuelo,  
y dando con las alas por el suelo  
encima dél se arroja y dél se afierra,  
tal sobre el cuerpo echado en sangre roja,  
la bárbara frenética se arroja.

Con palabras cariñosas procura volver a la vida a ese cuerpo que parecía ya cadáver; y cuando al fin consigue que una voz responda a sus lamentos, es solo para saber que en aquel espíritu se asienta el delirio y sus engaños. ¡Tu capel la desconoce! Quebrantada por este nuevo dolor, fáltanle las fuerzas y cae en tierra desmayada; vuelve más tarde el

herido en su cabal entendimiento, pero ¡oh! ¡rabia! ¡su lengua se anuda y no halla una palabra con que contestarle!

Después de estas peripecias se reconocen al fin los dos amantes, para entregarse en seguida a largas pláticas sobre su mutuo cariño y sus futuros proyectos; restaña Gualeva las heridas a su marido, y con esto interrumpe el autor el episodio para volver a su favorito don García.

A mucho andar se nos manifiesta de nuevo la continuación, a punto que una leona de aspecto feroz se presenta a poca distancia de la conturbada pareja con la evidente intención de dar un ataque.

Era la hora en que el lucero de la mañana aparece en el cielo anunciando la salida del sol. En tan terrible lance, Gualeva lo invoca en estos términos: [164]

Oh, tú, deidad sagrada, oh Venus bella,  
de aquel tercero polo moradora,  
alegre mensajera de la aurora,  
¡Oh! símbolo de amor, ¡oh! ¡clara estrella!  
Pues sabes lo que puede su centella,  
y el bien y mal de una alma que le adora,  
no niegues tus favores a esta mía  
en tan dudoso trance y agonía.

Con el ánimo ya sereno, recibe impertérrita la embestida de la fiera, y consigue al fin matarla; y aquí es el discutir de ambos esposos a cuál de ellos debe atribuirse tan feliz desenlace:

En esta amorosísima contienda  
se están a la sazón los dos amantes,  
diciéndose conceptos elegantes,  
que amor les da larguísima la rienda:  
al fin ninguno de ellos hay que entienda  
haber sus fuerzas sídole bastantes  
más cada cual se exime de la gloria  
atribuyendo al otro la vitoria.

Una tristeza repentina viene a oscurecer el rostro del marido. Algo como los celos preocupa entonces a Gualeva; Tu capel la interroga, pero ella se hace la enojada. Confiésale él en el instante que debe la vida a su íntimo amigo Talhuen, quien por salvarlo fue peligrosamente herido. Postrado a su vez, nada ha podido saber de su abnegado compañero. ¿Cómo, pues, no ha de suspirar si él no se halla allí a su lado?

Quiso la casualidad que la india divisase en ese momento andando por un lado del monte a un hombre todo ensangrentado en quien con alegría reconoce al fiel Talhuen. Pregúntanle que ha sido de él, y a esta indicación, sentándose a descansar, se prepara

para referirles las cosas extrañas, estupendas, milagrosas que en la noche que acaba de expirar le han sucedido.

Con este incidente puede decirse que terminan las aventuras de Tu capel y Gualeva, pues ya el poeta comienza a enhebrar, continuando sus prometidas variedades, nada menos que el larguísimo sueño de Quidora, la esposa del indio recién llegado.

Sabemos que en esa ficción, destinada a cantar las glorias de don García en el porvenir, se comprende la relación del levantamiento [165] de Quito y la batalla naval ganada por don Beltrán de Castro.

En todo el poema fue lo que más trabajo y esfuerzo demandó al autor, según lo confiesa en el Canto XVI:

A mí me ha sido bien dificultosa,  
por ser de cuanto falta y queda escrito  
el reventón más áspero y fragoso  
estéril, intrincado y peligroso.

Gualeva, aparte de ciertas pinturas sobre las costumbres de los valientes araucanos, que con motivo de sus peregrinaciones tuvo ocasión de presentar el poeta chileno, parece más que otra cosa, sobre todo cuando recién la vemos figurar, una de esas mujeres comparable sólo a las que la antigüedad pagana ideó de más diformes con sus Furias, etc. Y a renglón seguido, ¿qué significa ese lenguaje de miel en tales personajes? ¿Habrá mayor inverosimilitud en la descripción de la naturaleza que el suponer a Tu capel y en india en las críticas circunstancias en que se ven, entregándose a coloquios delgadísimos en que a la par campean la refinada galantería de salón y los menudos propósitos? ¿No es antojadizo y ridículo aquel supuesto combate de la leona, al parecer traído sólo con el fin de proporcionar a los amantes una nueva ocasión de discutir sobre el mérito de la hazaña? ¿Para qué distraer también tanto la acción principal en la cual debía ya creérsenos interesados?...

Además, todo eso está demasiado abultado, abarca mucho espacio, que podía utilizarse de mejor manera. La interrupción de la aventura, así como los incidentes que la acarrear y la continúan, son, por otra parte, muy poco naturales y a nadie se le pasaría por la imaginación tomarlos como verosímiles.

Oña queda aquí, pues, muy abajo de Ercilla, como oportunidad, como extensión, y aún más, como ejecución. Pero fue porque éste había visto, conocía la realidad, y Oña quería dar como ciertas las ficciones de su gusto estragado.

Así como en la *Araucana* hubo sueños y agoreros que descubrían [166] lo que estaba por venir, siempre en el interés de poner de manifiesto hasta en lo futuro cuanto pudiera redundar en alabanza del elegido del poeta; y si el mágico Fitón revelara a Ercilla las victorias de la cruz sobre el islamismo invasor, ¿por qué el *Arauco domado* no había de hermostearse, asimismo, con las gloriosas empresas de las naves españolas en el Pacífico contra enemigos también de la fe? Oña veía practicado el sistema en su antecesor y no quiso quedarse atrás, y *Arauco* registró sueños y pronósticos. Quidora se encargó entonces de contar en larguísimas estrofas los sucesos del ínclito don García cuando



regía en sus manos el cetro del virreinato. Fuese, pues, lejos de Chile, la musa del poeta semiaraucano a inspirarse en lo acontecido años más tarde en las distantes regiones del Ecuador sacudidas en esa época con la resistencia que los vecinos de la capital oponían a los nuevos tributos sobre alcabalas. A este modo especial de conocimiento era precisamente al que se refería Talhuen al hablar a Tacapel y Gualeva de aquellas cosas «estupendas, maravillosas» que le habían ocurrido en la noche en que vagaba herido.

Con tales antecedentes, es natural que nos preguntemos hasta qué punto la obra del colegial de San Felipe y San Marcos reúne las condiciones que los preceptistas indican como inherentes al poema épico. Esta cuestión es idéntica a la que promovimos al ocuparnos de la *Araucana*, e idéntica, por lo tanto, será la resolución que nos corresponda darle.

Averiguado, ante todo, que el poeta no se propuso la composición de una epopeya, es evidente que no pudo producirlo. Sus aspiraciones no pasan más allá de alcanzar a lo que gustosos llamaríamos (si lícito nos fuera formar una nueva designación) las formas de una *crónica histórico-poética*. No es, pues, equitativo exigir a la obra de Oña las cualidades que desde un principio estuvo condenada a no realizar.

Sin duda que algunas circunstancias acercan a la epopeya esos trabajos literarios, y especialmente al de Oña en que hay siquiera un principio de máquina, como puede verse en la mitad última del canto IV en que las potencias infernales se congregan [167] a efecto de perder a don García, de cuyo conciliábulo resultó, según se recordará, el envío de Mejera a poner sobre aviso al bravo Caupolicán. En esta parte el licenciado se conformaba en su imitación a lo que había visto practicado en la *Jerusalén libertada*.

La aparición de Lautaro a Talhuen en el canto XIII, maravilloso imitado de la *Eneida*, concurre, por su parte, a darle un nuevo viso de poema épico al *Arauco*. Pero si el género creado por Homero ha de constituirse por una acción noble, grande, única, aunque el libro de Oña contenga los orígenes de un pueblo, sus costumbres y el estado de civilización en que se hallaba, infinitamente más cerca del tipo adoptado por modelo se encuentra la creación de Ercilla que la del licenciado. La grandiosidad de la defensa de los araucanos en el poema a que han dado con justicia su nombre, aparece ahí mucho más de manifiesto, como que en buenos términos son los vencedores; al paso que Oña pensó desde un principio presentarlos humillados por el brazo del joven y afortunado don García. Agréguese que si la *Araucana* carece de un verdadero desenlace, muchísimo más pobre es a este respecto el libro del poeta chileno, que jamás pasó de su *primera parte*.

Vaya ahora aquí algo sobre el lenguaje en que esta *Primera parte* está escrita y sobre su versificación.

Habla el señor Gutiérrez:

«No tenía nuestro poeta por rémora de su impaciencia el precepto de trabajar con reposo a pesar de toda urgencia y de cualquier mandato, pues probablemente ya no podía oír las voces del mundo cuando Boileau publicaba su *Arte poético*. Parece, por otra parte, que bajo el cielo que inspiraba a Oña, sazonan en menos tiempo los frutos literarios, y que, por consiguiente, no es allí donde haya de hacerse caso del *nonun prematur in annum*. Bastaron al don Peralta Barnuevo, diez y ocho meses *interrumpidos*, para relatar en *mil*

*ciento cuarenta octavas*, no sólo la conquista del Perú y fundación de Lima por el marqués de los Atabillos, sino el elogio de los virreyes y arzobispos; santos y varones ilustres de aquel *vasto imperio*. Y por cierto que ni carece de bellezas el poema [168] *Lima fundada*, ni los resabios de culteranismo desvirtúan del todo la discreción de las palabras con que su autor se defiende del cargo de apresurado que pudiera hacersele: es cultura enfadosa -dice-, gastar muchos años de riego para no ser palma; irrisible trabajo, pintar eterno para no ser Zeuxis»<sup>(206)</sup>.

Tras la grave opinión del famoso licenciado, no es, pues, de admirarse encontrar en el *Arauco* mismo la formal declaración de la prisa con que marchaba. Decía:

Es el discurso largo, el tiempo breve,  
cortísimo el caudal de parte mía,  
y danme tanta priesa cada día,  
que no me dejan ir como se debe:  
por donde si a disgusto el verso mueve,  
no yendo tal (señor) como podía,  
es porque va, cual sala de su tronco  
así con su corteza rudo y bronco.

En obra de tres meses que han corrido,  
he yo también corrido hasta este canto,  
mirad si para haber corrido tanto,  
es mucho no ir el verso tan corrido:  
mas yo con él quedara bien corrido,  
si no corriera todo lo que canto,  
derecho a socorrerse de un Mecenas,  
que bien hará correr las cojas venas.

*Canto VIII*

Sin más que la lectura de los primeros cuatro versos, sin pecar [169] de malicioso, grave tentación ocurre de creer que bajo las expresiones «el tiempo breve y la priesa de cada día», se envuelve algún compromiso que el poeta mantuvo secreto en sus términos pero cuya sustancia no es difícil de adivinar. Era claro que si a su libre voluntad le hubiese sido dado proceder ajena de extrañas influencias, por nada habría confesado, después de lo apurado que escribía, que esto no era «ir como se debía». Pero hubo cierto oidor de la Audiencia de Santiago que, residiendo en Madrid en 1647, se le llevó para que examinase un libro titulado *Guerras de Chile*, del maestre de campo Santiago de Tesillo, y al estampar su aprobación, completó lo que nuestro licenciado dejó entrever, contando que «del asunto habían escrito antes don Alonso de Ercilla y el insigne Pedro de Oña, aquel con afecto, éste por *apremio y tarea de veinte octavos al día*, ambos con estilo métrico»<sup>(207)</sup>.

A graves consideraciones se presta revelación tan importante, pues salta a la vista desde luego que algún encumbrado personaje de la corte de Lima, deseoso de hacerla al virrey, se fijase en el poeta chileno para que escribiese en breve tiempo la suma de las

heroicas hazañas de don García. Porque no queremos creer que el mismo virrey se preocupase desde la cumbre de sus prosperidades en que se hallaba entonces en subsanar el maldito silencio que al porfiado de don Alonso en mala hora se le ocurrió guardar respecto de su elevada persona. La desgracia no golpeaba aún a las puertas de su familia para que necesitase darle lustre en el pasado; los términos en que dio la licencia de la impresión (que ya hemos visto) no habrían sido los que se produjeron en público instrumento bajo su firma; y, en todo caso, como sucedió con el libro de Suárez de Figueroa o con la comedia del insigne Lope de Vega, no se habría hecho el misterio que en la obra de nuestro licenciado pudiera presumirse<sup>(208)</sup>. [170]

Bástenos ahora saber que Oña, según él testifica en los versos transcritos, tanto había corrido en los primeros tres meses de su trabajo que se había dado trazas para terminar los ocho primeros cantos de su obra, o lo que tanto vale, casi la mitad de toda ella. No podríamos decir cuándo le diera principio, pero existe, constancia auténtica de que al final del verano de 1594 estaba por rematar la *Primera parte*. Así lo dijo en el canto XVIII:

El año es el presente, en que esto escribo,  
de mil, que con quinientos y noventa,  
contando cuatro más, remata cuenta,  
a la sazón que sale el tiempo estivo.

Con tales antecedentes luego ocurre que su estilo no pudo ser muy trabajado, pero que, por idéntica razón, muy poco debía entorpecerlo la rima y el andar del verso. «Oña -dice el señor Valderrama-, es un versificador bastante notable». Y, con efecto, es cualidad que brilla a primera vista lo fácil de la versificación en el libro destinado a celebrar los hechos de don García en la conquista del suelo araucano, lo cual, por cierto, no justifica los defectos que, a haber tenido menos prisa y más tiempo, no le habría sido difícil borrar. Tales son, el abuso de adjetivos iguales inmediatos en la rima, o como simples calificativos en el discurso, iba demasiada prodigalidad de consonancias de unas mismas palabras entre sí o con sus compuestos.

A juicio del crítico más arriba citado, también le falta a nuestro autor talento para fabricar bonitas metáforas y para tocar el corazón de sus lectores con la ternura y delicadeza de sus versos. Su estilo, dice otro, es a trechos florido o enérgico, a trechos prosaico por las exigencias de la verdad de la crónica; a que agrega Rosell, que las locuciones bajas e indignas de la poesía culta que [171] en él no es difícil encontrar, suelen revestir su estilo de cierta originalidad.

Pero Oña en su obra había venido a constituirse en inventor de una especie de octava diferente a la que hasta entonces se había usado, que desde el principio llamó la atención del público, por el «nuevo modo de la correspondencia de las rimas», según se expresaba el alcalde Villela en su dictamen al virrey.

A la estrofa usada por Ercilla, que consuena en su primero, tercero y quinto verso, y segundo cuarto y sexto, sétimo y octavo, el colegial de San Felipe y San Marcos sustituyó en el *Arauco domado* una que rima, primero cuarto y quinto, segundo, tercero y sexto, conservando iguales el sétimo y octavo. En la llamada octava real se busca la

armonía del conjunto, de la estrofa, y en la inventada por Oña la simetría en las partes, derivada de la proximidad de los consonantes.

Cuando el joven chileno quiso dar a la estampa su obra, llovieron poetas que a porfía se disputaban el honor de poder decir algo al autor por la magnífica empresa a que venía de dar cima, o al virrey don García en cuyo honor se había emprendido. Contribuyeron con sus sonetos don Pedro de Córdoba Guzmán, caballero del hábito de Santiago, el doctor Jerónimo López Guarnido, catedrático de Prima de Leyes en la Universidad de Lima; don Pedro Luis de Cabrera, capitán de la guardia del virrey, que dijo:

No sé lo que me cause más espanto  
en este milagroso y bel poema...  
O el joven, que con pecho fuerte y santo  
domó la gente indómita y blasfema;  
o tú que en tierna edad con mano extrema  
eterno le celebras por tu canto:  
porque si en él la dura espada veo  
en ti la delicada pluma miro...

Cristóbal de Arriaga Alarcón; Diego de Ojeda y el doctor Francisco de Figueroa<sup>(209)</sup> con una *Canción* al Marqués; «un religioso grave», y por último llevó la palabra oficial del aplauso, de la [172] Antártica Academia, el licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña, abogado de la chancillería real de los Reyes.

Los ecos de la fama que Oña conquistara desde entonces repercutieron en más de un admirador de la bella poesía. Dama hubo «muy entendida en la lengua toscana y portuguesa», (que por recato escondiera su nombre) que lo calificó de divino, y que, procurando disimular el nombre tan impropiaemente concedido al poema por el licenciado, le dijo:

Espíritu gentil, doma la saña  
de Arauco (pues con hierro no es posible)  
con la dulzura de tu verso extraña<sup>(210)</sup>.

Solo tituló éste de *domada* la patria de los araucanos por lisonja: la verdad se sobrepuso a todos sus aduladores epítetos, y andando su carrera tuvo que exclamar, pintando el empuje del valor de don García,

¿Qué cuello tan erguido no domara  
aquel heroico brazo poderoso,  
excepto la cerviz de Arauco fiera?

Diego de Ojeda al escribir en elogio del licenciado, conociendo lo mentido de la frase que encabeza la obra, trató de disculparlo y ocurrió a un subterfugio bien galante y donoso:

Mas tú, reino feroz, tierra *indomable*,  
de la cruda Belona casa fuerte...  
Ya que no pudo a la razón moverte  
la vencedora pompa,  
la voz terrible de la hueca trompa;...  
Minerva mueva tu pecho diamantino  
el que puede mover ligeramente  
más intrépidamente  
que mover pudo el músico divino...  
Oña famoso y en virtud supremo, etc.

En balde el gran Lope de Vega tituló su comedia *Arauco domado*, y en balde otro poeta tratando de adular a don García Hurtado de Mendoza, dijo que [173]

La suma de las glorias se olvidara  
cual de otros que no obligan escritores  
si tu magnificencia no obligara  
al docto indiano, bueno entre mejores.  
Su métrico discante o musa rara  
te otorga justamente los loores  
de haber a pura guerra en paz dejado  
sujeto el reino indómito alterado.

El chileno por halagar el amor propio del magnate pudo llamar vencidos a los matadores de su padre, pero conocía muy bien que aquel calificativo merecía una aplicación y no se olvidó de darla. «Acordé darle título de *Arauco domado*, porque aunque sea verdad que agora (por culpas nuestras) no lo esté, lo estuvo en el gobierno de don García, pues trajo pacífico a todo el estado. Fue, pues, mi intento que hasta el nombre significase lo que solo su valor y no otro antes y después dél ha podido acabar; y aunque en la primera parte no quede *Arauco domado*, al menos dispónese, como se verá por el discurso, para que lo quede en la segunda». «Más le valiera, agrega un soldado de la conquista, y su trabajo le fuera más debido y más bien contado por lo que le competía, que el que tomó en dar por domados a los que se hallan más que nunca victoriosos y casi invencibles» (211); pues, como Olivares concluye con razón, «se puede decir que *domado* solo fue en el deseo, pues ni en su tiempo ni hasta el presente, en casi doscientos años lo ha sido del todo; ni todo el poder de España lo ha podido domar» (212). En efecto, jamás historiador alguno admitió ese apodo para la tierra de los héroes de la libertad, y muy pronto otro poeta vino a restituir a la frente de sus hijos el lauro que se pretendía pisotear, titulando su epopeya *¡El Puren indómito!*

Después de haber publicado la *Primera parte del Arauco domado*, Oña se propuso sacar

...tras ésta la segunda  
con pie más lento y mano más fecunda.

No sabemos si alguna vez trabajó en tal proyecto, pero de lo [174] que no queda duda es que jamás salió a luz la anunciada *Segunda parte*.

Siempre seducido por las tendencias de su espíritu y sus afecciones, se prometía también cantar más adelante,

Cuando mejor lo sepa dar el corte,  
y si la Parca no me corta el hilo,  
yo cortaré (Señor) con otro filo,  
tus venturosos lances en la corte:  
mas has de permitirme que los corte  
en traje pastoril, *mi propio estilo* <sup>(213)</sup>.

Parece que el poeta chileno se figuraba que estaba en su elemento cantando en estilo pastoril, porque así a su sabor podría dar ancho campo a su imaginación, no estragada ya por las exigencias [175] de la crónica histórica; tal como en otra ocasión se le ocurrió decir:

Si yo para las armas nada valgo  
verase que a las armas me acomodo,

como haciendo poco aprecio de su numen poético y creyéndose meritorio más bien por las acciones en que pudo militar, (bien sea en tierras chilenas, o cuando fue a Quito con la expedición pacificadora) que por sus armonías épicas.

El hecho fue, sin embargo, que jamás la posteridad ha llegado a conocer las aventuras de don García en la corte, vestidas con el traje pastoril con que las ofrecía el licenciado.

Oña no carece en sus descripciones de talento para pintar ni de tacto para elegir las imágenes que puedan sernos agradables. Sus versos asumen cierta plácida melancolía y su lenguaje un andar sereno, castizo y sonoro que produce en la lectura de sus estrofas un verdadero placer. Véase, por ejemplo, la descripción que hace del invierno, en que chispea cierto tono confidencial producido por el empleo de palabras familiares sin ser bajas, procurando dirigirse al corazón, que se siente oprimido ante sus imágenes, y no a la inteligencia que procura deslumbrar.

Llegada era del tiempo aquella parte  
opuesta por diámetro al estío,  
cuando con gafa mano, el hierro frío  
en pellas el carámbano reparte:  
a la sazón ya por toda parte  
viene de monte a monte el raudo río,  
y al blanco amanecer se ven los prados  
envueltos en vellones escarchados.

Cuando camina todo con su funda

para que el aguacero no lo moje,  
y a su chozuela el rústico se acoge  
soltando el manso buey de la coyunda;  
la tierra de mil rivulos abunda,  
que en sí la turbia ciénaga recoge,  
y cuando por los cerros van a gatas  
rompidas las celestes cataratas.

Está callada y mustia Filomena,  
Itis se encoge, Progne se marchita,  
erízase el jilguero en la ramita,  
y de aterido su dulce voz no suena; [176]  
Alcione sale ya sobre el arena,  
la grulla por el aire sola grita,  
y la infeliz corneja está en su playa  
al marinero mártir dando vaya.

Desgájanse los árboles frondosos,  
rendidos al airado ventisquero,  
descarga con granizo el aguacero  
relámpagos y truenos espantosos:  
Vulturno, Cierzo y Áfrico furiosos  
parecen aventar el mundo entero,  
entóldanse los cielos con ñublados  
de tempestades túrbidas preñados.

*Canto III, pág. 69.*

Cuando pinta a la noche, es de notar el contraste que se observa entre la primera y la segunda de las estrofas que le dedicas aquella, pesada con el empleo de voces altisonantes y de ningún significado, la otra llena de una expresión de calma apacible y de belleza por las figuras elegidas:

Su curso tenebroso había mediado  
la negra libertada de la noche  
que va en el pavonado y lerdo coche,  
de búhos y murciélagos tirado;  
y el celestial bohemio turquesado,  
adonde resplandece tanto broche,  
a cuantos tienen ojos embozaba  
y al sueño más profundo convidaba.

Callado estaba el aire, el mar, el suelo



y mudas, aves, peces, animales,  
en plácido silencio los mortales,  
y solamente hablaba el claro cielo.  
Las flores por tener echado el velo  
encima de sus rostros virginales,  
negaban a la vista la belleza  
que para ver les dio naturaleza.

*Canto XIII*

Es muy curioso observar cómo el poeta solo se ha complacido en tomar las cosas bajo su aspecto sombrío, que es, a no dudarlo, también donde alcanza más éxito. Tras el invierno, la noche; después de la noche, la tempestad, un crecer continuado de lo triste hasta llegar a lo lúgubre; [177]

De fresca nubecilla mal cuajada  
el velo celestial se vio mancharse,  
tras quien corrieron otros a juntarse,  
no pareciendo en su principio nada;  
mas vése a pocas horas aumentada  
tenderse de manera y condensarse,  
que deja al cielo puro y espejado  
ya de escurana lóbrega empañado. . . . .  
.....

Envueltos en furor desemejante  
los vientos de sus cárceles salieron,  
y al antes llano piélago lanzados  
hicieron cordilleras y collados.  
.....

El claro sol se fue y la noche oscura  
batiendo al mar sus negras alas vino  
con un desaforado torbellino,  
armado de granizo y piedra dura:  
la grita, el alboroto, la presura,  
la turbación, el pasmo, el desatino,  
la amarillez del rostro ya difunto,  
se apoderó de todos en un punto.

Ya la menuda arena hierve abajo,  
y arriba las soberbias ondas braman,  
ya sobre lo más alto se encaraman,

ya vuelven desgalgándose a lo bajo;  
parece que se arranca el mar de cuajo,  
y que sus aguas frías se inflaman,  
marchando en escuadrón de ciento en ciento  
a dar asalto al cabido elemento.

.....

El duro y trabajado marinero  
que nunca sosegó sin sobresalto,  
visto del temporal el fiero asalto  
salta de entre sus cables el primero:  
ya trepa por el cáñamo ligero  
ya súbito aparece en lo más alto,  
ya muestra por un cabo solo asido  
el cuerpo sobre el agua suspendido.

.....

El Uno sin color al otro mira,  
la gente a puras voces está sorda,  
atónita, confusa, derramada,  
la más temblando en pie y arrodillada.

Quién a la religión se ofrece en voto,  
quién el favor divino apriesa invoca  
quién con el sacro símbolo en la boca  
de todo corazón está devoto; [178]  
cuál mira atento el rostro del piloto,  
por ver si su tristeza es mucha o poca,  
cuál en su estrecha cámara se esconde  
queriendo allí morir sin ver por donde.

Las yertas rocas miran por un lado  
con duro ceño y áspero semblante,  
por otro al mar soberbio y arrogante,  
revuelto, removido y elevado;  
arriba de rigor al cielo armado,  
abajo los abismos por delante,  
mirad la triste nave que está en medio  
en que tendrá esperanza de remedio.

*Canto III*

Pero no es sólo en estas profundidades de la materia donde el autor me complace en pasearnos, alumbrando con su antorcha los más sombríos resquicios: también ocurre a los dolores morales más terribles aún, e interroga al alma del hombre y hace que los desgraciados exhale en amargas quejas el sentimiento que los abrume. ¡Tema fecundo había de encontrar su estro en las miserias de una raza oprimida y en la crueldad de conquistadores mudos ante el dolor y ciegos por la codicia!

El poeta se iniciaba con valor en la noble misión de contar al mundo los abusos que en su patria se cometían con los infelices indios, y esta semilla no había de ser estéril. En el campo de la literatura otros ingenios seguirían con igual desinterés, y en el de la realidad y del remedio, las cédulas reales que es cierto infelizmente tan mal se interpretaron y peor aún se ejecutaron. Sus pinturas (advírtase) no se las puede considerar como hijas de la exageración del entusiasmo y de la simpatía: hablaba con el virrey que había palpado aquella de cerca, y así sus versos asumen el doble mérito de atraernos por su belleza y de instruirnos con las amargas verdades que encierran.

No solamente echaban a las minas  
los diputados ya para este oficio,  
sino también el personal servicio,  
hambrientos por las votas de oro finas:  
y contra humanas leyes y divinas,  
(que todo estaba entonces por el vicio)  
aún no eran reservados de esta cuenta  
los viejos tremuloso de noventa. [179]

Tampoco el niño tierno se libraba  
a título de serlo, de estos daños,  
que puesto en el doceno de sus años  
con la barreta al hombro caminaba:  
la madre con dolor le acompañaba  
humedeciendo bien sus pobres paños,  
y siempre que la carga le afligía  
en el trabajo de ella sucedía.

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas  
que era contento y lástima el mirallas,  
llevaban el sustento y vituallas  
(por más que fuesen débiles) a cuestas:  
y por quebradas ásperas y cuestas,  
quebrados de subillas y bajallas,  
sus delicados pies iban rompiendo,  
y alguna vez de sangre el rastro haciendo.

Así cargadas viérades algunas

los encolmados vientres a las bocas,  
y fuera de este número, no pocas  
con sus recién nacidos en las cunas:  
mirad que cargas dos tan importunas,  
(aunque lea tristes fueran más que rocas)  
y más que no hay dejar ninguna dellas  
por no dejar el ánimo con ellas.

En vez de las diademas y guirnaldas  
iba el pesado yole y grave cesta,  
y en trueque de la llegada compuesta,  
el enchiguado a las espaldas;  
en cambio de las perlas y esmeraldas,  
llevaban la inclinada frente honesta  
bordada de un licuor aljofarado  
a fuerza de fatigas destilado.

### *Canto III*

En esta senda del dolor, Oña se ha complacido en seguir caminando despacio, muy despacio. Su libro era la historia de una guerra, la conquista de Arauco, donde los campos de batalla más de una vez presenciaron el choque furioso de ambos bandos, de los invasores y de los indígenas que morían en defensa de su bandera. Nada que se preste más a una poesía seria y conmovedora que los destrozos que al día siguiente pueden verse en los lugares del combate. Las batallas son los lugares obligados a que ocurren todos los que hacen resonar la trompa épica. Una vez por todas, vamos a divisar a Oña en este terreno. [180]

Quedaron de los bárbaros altivos,  
seiscientos, pocos más, en tierra muertos,  
ya parte dellos frígidos y yertos,  
y parte palpitando medio vivos:  
de golpes crudelísimos y esquivos  
unos desde la cinta al hombro abiertos,  
otros se ven rajadas las cabezas  
y muchos de las piezas hecho piezas.

¡Oh! cuánta compasión causara el vello  
al uno todo un muslo cercenado,  
al otro por el pecho atravesado,  
o cuerpo trunco solo con el cuello:  
Cuál echar por las llagas el resuelto,  
cuál ve su corazón por el costado,  
y cuál de los ajenos pies vecino

hallados sus bullentes intestinos.

Allí se vieron llagas y aberturas  
aunque a los ojos puestas, no crecidas,  
y al despedir las ánimas perdidas,  
visajes espantosos y figuras;  
mil fieros ademanes, mil posturas,  
los ojos vueltos, bocas retorcidas  
hacer un espectáculo tremendo,  
horrible, pavoroso y estupendo.

Aquel está saltando con el pecho  
este los pies y piernas levantando,  
esotro contra el cielo blasfemando,  
y al fin se estira todo a su despecho.  
Pero los más se ven en tal estrecho  
volverse boca abajo agonizando,  
que como allá los lleva su destino,  
se ponen desde luego en el camino.

*Canto VIII*

Fácil es penetrarse en vista de estas estrofas que el autor describía de pura imaginación: fáltales a esos versos mucho de real, un soplo que los aliente para que nuestro criterio se deje seducir. Oña podía explicar y describir las torturas del alma, pero como no resistía la vista de la sangre, carecen de mérito los cuadros que presenta de la guerra. Se conoce que aquí no respira bien y que solo las circunstancias de la relación en que trabajaba podían obligarlo a entrar en esas descripciones.

Siguiendo al cantor de Arauco en el campo de las figuras que la poesía le prestó para adornar su lenguaje, presentaremos desde luego algunas de las comparaciones de que usó. [181]

Pinta la fuerza de los guerreros españoles que combatían en Chile por la causa real, abatida por el peso de la ley, de este modo:

Así como en soberbios torreones,  
y siempre sobre alcázares subidos  
vienen a dar los rayos encendidos  
dejando los humildes paredones:  
sobre estos validísimos varones  
en Chile por pirámides tenidos,  
asiento de ambición y de cudicia,  
cayó desecho el rayo de justicia.

Forma contraste con la anterior por la ligereza de las imágenes una en que pinta los gallardetes de una armada movidos por el viento:

Bien como si el arroyo cristalino  
a su raudal entrega la ramilla,  
que estaba remirándose en la orilla,  
sin ver por donde o cómo el agua vino:  
veréis que por llevarla de camino  
él hace su poder por desasilla,  
y ella según se tiende, y se recrea  
parece que otra cosa no desea.

El señor Gutiérrez, después de citar varias otras comparaciones, agrega: «nos parece sobresalir la siguiente por lo remoto de los símiles entre sí, por su aire sin afeite, y por su mucha precisión»:

...Pues cuanto bien parece la llanada  
en la sublime cumbre del collado,  
parece la humildad allá en la cima  
del hombre que es tenido en más estima.

Hay también en el poema bellezas de otro género, unas que se refieren al fondo de las ideas expresadas, otras a la elegancia en la forma o demás particularidades del estilo. Ya es un español que viéndose próximo a ser sacrificado por los indios,

Defiéndose y oféndelos de frente,  
volviéndose furioso a todos lados,  
que de sus duros golpes redoblados  
aún huye con temor la propia muerte;

Ya la petulancia de un bárbaro muy bien expresada en cortas palabras: [182]

...No lo creo,  
porque matar a un hombre de su brío  
no es obra de otro brazo que del mío.

No seríamos imparciales ni fieles tampoco al lector, si después de haberle dado a conocer algunas de las bellezas que hermean el poema de Pedro de Oña, no le manifestásemos también que por el desgraciado privilegio de toda obra humana, siempre al lado de lo hermoso está lo deforme, como que la perfección no es dote que cupiera al hombre en la herencia recibida de una mano, infinitamente bienhechora, sin embargo.

Fue muy corriente entre el culteranismo de los antiguos poetas coloniales (porque les parecía de buen gusto) entretenerse con juegos de palabras, valiéndose de las de doble significado, o empleándolas en circunstancias en que una misma tuviese doble acepción.

Mereció siempre la preferencia *el tiempo*, que varió Oña en su empleo en lata forma:

Su tiempo tiene todo señalado,  
y pues que de llorar agora es tiempo,  
quererlo así gustar en pasatiempo,  
¿No echáis de ver que es tiempo mal gastado?  
Por Tu capel a tiempo he preguntado,  
si dél sabéis decir, decid con tiempo  
primero que sin tiempo el ansia fuerte  
llegue mi vida al tiempo de la muerte.

¿Se encuentra con frecuencia, en Oña, expresa el señor Valderrama, el prurito de torturar la frase para hacer un juego de palabras, pero este defecto es hijo de su época, y nada más fácil que hallar en el *Arauco domado* las señales de un culteranismo que Oña no se cuida de ocultar»<sup>(214)</sup>.

Como puede suponerse, las malas estrofas no escasean en la larga extensión del *Arauco domado*, bien sea por la pobreza de la rima, o por la vaciedad del sentido, por las metáforas forzadas o figuras de mal gusto, como la siguiente: [183]

Y las espesas nubes antes ralas  
se vienen cerrando de manera  
que al cielo calan toda la vicera;

o por el empleo de términos poco propios e indignos de la poesía, como cuando hablando del mar detenido en límites prefijados, dijo:

Porque sino, según su vientre hincha  
reventará por medio de la cincha.

Fue costumbre de los antiguos historiadores y literatos chilenos hablar por boca de sus héroes y el ocuparse forzosamente de sí mismos por las exigencias de los asuntos que trataban, en los cuales muchas veces les cupo parte no pequeña. Mediante esta circunstancia, le es dado en ocasiones al que recompone siglos después los episodios de una vida olvidada, aprovecharse de los rasgos que aquellos hombres esparcieron en sus obras y resucitarlos así de sus propias cenizas, como cuenta la fábula del misterioso fénix.

A esta declaración general, aceptada por la crítica moderna, y en nuestra obra más que en ninguna necesaria, podemos agregar todavía una declaración especial que el poeta togado asentó en una ocasión en el último verso del canto décimo quinto. Refería esa vez las aventuras de una de las mujeres indias que ha puesto en escena en su libro y dijo sin rebozo y en términos muy formales,

. . . . .hablo por su boca.



Que entonces lícito nos sea ensayar el delineamiento de los rasgos principales del carácter de Pedro de Oña por lo que es presumible dijo de sí en su obra.

Oña era, ante todo, un hombre religioso. El estar bien con Dios era para él el mejor término a que pudiera aspirarse: de ahí se derivarían el feliz éxito en las empresas que pudieran acometerse, de ahí la fuente del valor, la grandeza de alma para rechazar las adversidades de la fortuna y el sobreponerse a las desgracias que hubieran de sobrevenir. El que está con Dios bien puesto, decía, [184]

. . . . .no teme cosa alguna  
ni rinde vasallaje a la fortuna  
ni un tanto se le da por todo el resto,  
porque ese pecho está lleno de frío,  
que vive de pecado más vacío.

Las derrotas de los ejércitos, los desaciertos de los generales, debían tener su origen precisamente en las trasgresiones cometidas contra la ley de Dios, que

. . . . .el padre de los hombres  
de vidas es autor, que no de muertes,  
y así no mata Dios; mas, bien mirado,  
a cada cual le mata su pecado.

Sentados estos principios, no se limita a proclamarlos en teoría, porque luego encuentra en el asunto de que trata fácil comprobación a sus asertos. Por eso repetía, que

Mientras surcó el ejército cristiano  
en Chile el mar del vicio a vela y remos,  
jamás gozó de próspera fortuna,  
porque sin Dios mal puede haber alguna.

Pero el poeta chileno pasó más allá aún. Viose en la obra obligado a tratar de las expediciones de algunos piratas ingleses a las costas del virreinato, y era consiguiente entonces que diese noticia de quien era esa gente aparecida como por encanto en aquellas aguas hasta esa fecha solo surcadas por los galeones del rey de España, de dónde venían, cuáles eran sus propósitos, qué fe profesaban. Declaró, pues, que

. . . . .eran de una tierra  
llamada por las gentes Inglaterra  
que en torno el ancho mar ciñe y escota,  
la cual porque lo ponen cierta nota  
de que en la falsa fe que signo yerra,  
estando en sus errores ciega y dura,  
se fingió tan lóbrega y oscura.

Con esto, Oña no hacía más que conformarse con las ideas corrientes, imbuidas a los colonos del Nuevo Mundo y firmemente creídas por ellos, de que los herejes, (como llamaban a los ingleses), eran de una raza pervertida, hija del demonio y solo acreedores a que se les tratase como a perros. De acuerdo con estas [185] creencias, la rubia Albión aparecía en sus imaginaciones y en sus cartas geográficas diseñada con negros colores, tales como los que la fantasía del vulgo atribuía a Satanás.

Llega más tarde la ocasión de un ataque en el mar entre los bajeles de aquellos corsarios y los que el virrey del Perú hizo alistar. Hubo muertos y hubo naufragios. Piadosamente podía suponer entonces que el español que, moría sosteniendo la noble y santa causa de la fe amagada «volase con el alma al cielo»; así como aquellos infelices sectarios del demonio «bajasen por entre el agua al fuego ardiente».

Después de notar esta particularidad, que, como sabemos, estuvo muy distante de ser peculiar al autor del *Arauco domado*, viene en seguida una segunda, su inseparable compañera, que tan propiamente ha llamado un estudioso escritor contemporáneo «el dogma de la majestad real». Porque es un hecho muy curioso de observar en aquellos hombres antiguos la dualidad que se producía en sus almas respecto de sus sentimientos patrióticos: uno puramente ficticio, crecido, por decirlo así, con la educación sistemática, y el otro, real y verdadero, como hijo de la naturaleza. Primero, ese apego a una figura solo imaginada, que nunca habían visto, pero que se soñaban adornada de todas las perfecciones, especialmente el amor a sus súbditos, aunque solo se acordara de ellos siempre que se trataba de los donativos que solía exigírseles para atender a los gastos locos o inmorales de ambiciosos o depravados favoritos; y el otro, del amor al suelo que los viera nacer. Aquel los hacía humildes, rendidos, hasta palaciegos; el segundo, orgullosos, capaces de todo sacrificio.

Oña no comprendía que en la vida humana hubiese más anhelo que el de servir al rey y sacrificarse por sus intereses: sentimiento falso, pero que por carecer de patria independiente, no acertaba a explicarse todo el absurdo que envolvía. Y no se crea que exageramos:

. . . . .Servir al rey con limpio, celo  
es el que puede haber acá en el suelo,

se repetía. Nada de extraño, tendrá, por consiguiente, que a este [186] mismo hombre a quien la sola educación de la época dictaba principios tan nobles (aunque equivocados) para la condición que asumía, lo observemos, en seguida, hablar de la patria, de la verdadera en que le cupo ver la luz, con sincero y no aprendido cariño, llamándola con entusiasmo «su Chile, patria cara».

Si algún distintivo hay que bien cuadro al licenciado, es, sin duda, la seriedad. Seriedad respira todo el poema, seriedad cada uno de sus versos: no se podría señalar uno en que se hubiese jamás permitido una alusión picante, un chiste de ocasión. Enemigo de burlas, como decía, es necesario, aún con el amigo, ir en ellas con tiento.

De aquí, otro rasgo de conducta muy en armonía con el precedente y su inseparable gemelo, la reserva. Quizás ambos los había adquirido en el ejercicio de su profesión, o, por lo menos, en ella habría tenido ocasión de cerciorarse cuán de necesidad era al que vestía toga de letrado o que se firmaba *licenciado*.

Es un profundo abismo de cordura  
en tales ocasiones ser callado,  
y estando el corazón alborotado,  
fingir tranquila y mansa la figura:  
el río mientras tiene más hondura  
veréis que va más sesgo y sosegado,  
disimulando a causa de su fondo  
aquel raudal que lleva por lo hondo.

Esta tranquilidad de lo interior, este buen cimiento del edificio, quería aún que se tradujese en igual forma en las líneas del rostro, como un trasunto el estoicismo de cierto filósofo antiguo que aspiraba para modelo de un sabio el de uno que permaneciese impassible por más que el mundo se escurriese.

Esta superioridad de espíritu, él la traducía así:

Cual es aquel Olimpo de alto nombre  
que deja el aire abajo de su cumbre,  
sin que le den sus vientos pesadumbre,  
tal debe ser el ánimo del hombre:  
pues no ha de haber encuentro que le asombre,  
ni cosa que lo altere ni deslumbre,  
si no mostrarse tal, a cuanto venga,  
que el propio miedo en verlo se lo tenga.

Por esto es que aconsejaba se reflexionase de antemano en las [187] desgracias que podían afligirnos, proveerlas, si era posible de antemano, y cuando llegasen, recibirlas sin sorpresa. La resignación cristiana mezclada al estoicismo, la manifestación de sus creencias de católico en alianza con su estudio de la filosofía pagana, tal era su programa.

A cuanto mal fortuna darle pueda,  
a tanto ha de esperar el que es prudente,  
para que nunca venga de repente,  
ni turbación le dé cuanto suceda:  
y a las contrarias vueltas de su rueda  
debe mostrar igual y sesga frente,  
de suerte que con rostro tan sereno  
reciba el mal suceso como el bueno.

De esta manera adquiría el hábito de mirar siempre hacia adelante, sin confiar nada al acaso: hacía más bien pesimista antes que atreverse a esperar algo de la buena ventura. Oña se trocaba así en caviloso y repetía con frecuencia

Que quien de lo presente se confía  
no tiene que esperar de lo futuro...

No se crea, sin embargo, que los principios que esta regla de conducta envolvía, viniesen a significar para él y a traducirse en su esfera de acción por proyectos eternamente elaborados y destinados a fracasar en seguida cuando llegase el caso de aplicarlos; que fuese como alguno de esos sabios que la comedia nos pinta ocupados día y noche de lo que pasa en la luna y olvidados del arreglo de los negocios humanos y hasta de la marcha del hogar doméstico. No, el antiguo colegial de San Felipe y San Marcos había utilizado muy bien su tiempo, vivía por su profesión muy al corriente de lo que sucedía en la vida real para que no se preocupase de fijar también su atención en lo que en los afueras pasaba y de atrapar así la ocasión tan pronto como golpease a la puerta.

Ninguna buena suerte habrá segura  
habiendo en la milicia negligencia,  
pues (como dicen bien) la diligencia  
es madre de la próspera ventura:  
y aquel saber gozar la coyuntura  
es el sutil primor de la prudencia;  
mas, esos que le saben son contados,  
y solo con el dedo señalados. [188]

Ya que con estos antecedentes alguna luz creemos derramar sobre la figura del cantor de los hechos de don García, oportuno parecerá, con la misma antorcha en la mano, pasearnos un momento todavía por el campo de sus ideas, que completará en cuanto nos es dado el estudio de sus inclinaciones. Después; no nos será difícil colocarnos en los verdaderos puntos de vista, para apreciar algunos de los hechos capitales de la crónica que vamos analizando, bien sea examinándola en su fondo o en su forma.

A pesar de sus gustos religiosos, y no obstante haber estudiado la teología, aunque no sabemos si alguna vez confió su felicidad al cariño de una mujer, Oña, es un hecho que vivió en el mundo, sin duda entre fastidiosos clientes y acaso entre la turba de palaciegos cortesanos. Tuvo, por lo tanto, alguna experiencia y parece que, por desgracia, la idea que de los hombres se formó no fue de las mejores; al menos, es muy digno de notarse, que siempre hablé de los negocios humanos con el más declarado escepticismo. A continuación van algunos versos en que manifiesta su sentir sobre el particular:

Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya  
caduco mundo, báculo cascado,  
adonde bien lo paga quien se arrima,  
pues dando al fin en vago, se lastima.

Qué de horas malas das por una buena,  
por un granillo de oro cuánta escoria,

por el adarme y átomo de gloria  
qué bien pesado va el quintal de pena;  
tu mano ya se vacía, ya se llena,  
como los arcaduces de la noria,  
aunque por ser menor el del contento  
¡sin agua suelo estar la boca al viento!

Con tales ideas preconcebidas, nada de extraño tendrá que lo oigamos quejarse de la vida, lamentar la fragilidad de la existencia y hacer hincapié en todos los contratiempos que la aquejan y contribuyen a amargarla. La muerte será de este modo un consuelo esperado como el término de males irremediables que venga a abrir la aurora de un nuevo día y hacer olvidar pasados sufrimientos: [189]

Oh frágil vida, mar sin gobernalle,  
do baten tantos golpes de maceta  
y no hay seguridad de alguna suerte  
hasta llegar al puerto de la muerte.  
.....  
Que lo que en semejante base estriba  
su misma pesadumbre lo derriba.

A pesar de sus decantados desengaños, debemos ser justos con él y reconocerle que no siempre miró las cosas bajo un punto de vista sombrío o iluminado de continuo por la duda. Oña creía en la amistad, sin ocultársele tampoco que a veces

. . . . .dura mientras luce el sol dorado  
y acábase en habiendo algún nublado.

No llevaba, pues, su escepticismo como sistema, ni pretendía que el mundo debiera marchar de otro modo: su buen sentido le hacía solamente reconocer que en la viña del Señor hay de lo bueno y de lo malo, pues como las piedras preciosas, por más que todas luzcan, unas son falsas y otras verdaderas.

Van aquí los términos en que consignó su opinión respecto de aquel sentimiento que lo hermana en esta parte con un famoso filósofo griego.

¿Qué gusto, qué descanso, qué consuelo,  
qué bien mayor, qué bienaventuranza,  
qué gozo, qué placer igual se alcanza,  
qué gloria frisa más con la del cielo,  
si alguna puede haber en este suelo,  
que tenga con aquella semejanza,  
(salvo lo que es tener a Dios consigo)  
cuál es, sino tener un fiel amigo?

Él hinche de placer aquel vacío  
que tiene de pesar lo más interno  
él sabe endurecer un pecho tierno  
y enternecer a tiempo el duro y frío:  
él es la fresca sombra del estío  
él es el sol caliente del invierno,  
porque los grandes males son menores  
y los pequeños bienes son mayores.

En suma, aquel que halla un buen amigo  
(riqueza que de pocos es hallada,  
y casi de ninguno conservada)  
Para cualquier borrasca tiene abrigo, [190]  
y aún tiene más, que es poco lo que digo,  
la vida tiene en parte duplicada,  
pues tiene quien por dársela infinita,  
en siendo necesario se la quita.

Reconocen los moralistas cierta afinidad entre la amistad y el amor, especie de arroyos que hasta cierto punto marchan unidos y que, sin duda, deben su nacimiento a un mismo origen. El poeta chileno que lleva aquella hasta la abnegación y solo la comprende como un cambio de sacrificios desinteresados, es natural que despierte nuestra curiosidad respecto a su sentir sobre el amor y como un consecuente preciso, hacia la mujer, su más bello instrumento y su más inspirada artista a la vez.

Oña no deja aún en esta parte su tono lastimero y pesimista:

Qué pocos hay decía, en esta edad presente  
(aún de los que se precian más de amantes)  
que tengan sentimientos semejantes,  
o sepan qué es amar perfectamente...

¡Oh! ¡Bienaventurada aquella gente  
de pecho limpio y ánimo sincero,  
do vive amor tan puro y verdadero  
que no publica más de lo que siente!  
Que no le mueve ilícito accidente,  
que el interés con él no vale un cero,  
y es a querer de solo un fin movido,  
cual es, querer no más y ser querido.

Después de formar así el desiderátum de los términos en que concebía las relaciones de los dos sexos, no escasean en su obra frecuentes rasgos que contribuyen a darnos una idea de sus observaciones propias al tenor de aquella pasión.

A veces reconoce el gran poder del amor, la energía y entusiasmo que produce, cómo hace fácil cualquiera dificultad; otras, los inquietos temores que despierta en los enamorados, por la suerte que uno de ellos pueda correr, colocado en una situación difícil; las transformaciones que lleva al ánimo del que se ve herido de las flechas del dios tirano:

Porque éste deja mansos los leones  
y blandos los más duros corazones. [191]

Pasa después a examinar los efectos de la pasión sobre el corazón de la mujer, y exclama:

Adonde luce más amor tirano  
con el poder intenso de su llama,  
es el cerrado pecho de la dama,  
si ya una vez en él metió la mano;  
el áspero camino le hace llano,  
sin que repare en bienes, vida, o fama,  
que todo con su furia lo atropella  
hasta que en el barranco da con ella.

Tan bravo es el rigor con que procede  
si se apodera dél su mano cruda,  
que allí pretende el pérfido sin duda  
hacer ostentación de lo que puede  
.....

Así no gana el crudo amor aleve  
tan extendido crédito y renombre,  
mostrando su potencia con el hombre,  
pues hay capaz materia en que la bebe;  
pero que en la mujer que es paja leve,  
pueda causar efectos con que asombre,  
eso es con instrumento que es de nada  
hacer lo que Sansón con la quijada.

Aunque si vale en esto el voto mío,  
la causa porque más amor las hiere,  
es porque cuando entrar su pecho quiero



le impelen con mayor esfuerzo y brío,  
que entonces instándole el desvío  
por acabar de entrallos rabia y muere,  
seguro que después estando dentro,  
le pagaran la fuerza del encuentro.

Una ligera observación bastará para convencernos que ante Oña la mujer no aparecía con colores muy lisonjeros. Además de increparles su debilidad física, las miraba también como inferior circunstancias. Peor que la víbora pisada, cuando los celos la enojaban; incapaz de tomar la iniciativa, sea para lo que fuere, pues

. . . en la mujer es cosa llana  
que quiero ser en todo compelida:  
y aunque su propio gusto la convida,  
si no la dan combate no se allana,  
y es porque solo tiene fortaleza  
en ocultar al hombre su flaqueza. [192]

Constantemente expuestas a la influencia de las variaciones, inconstantes con el tiempo; incapaces de conservar amistad cuando media el propio egoísmo; astutas y pérfidas;

Que saben darse maña para todo,  
y en el mayor peligro así tan presto  
se hallan el remedio que es más sano  
como si le tuvieran en la mano.

Y es que naturaleza en cualquier obra  
con la perfección, que puedo, esmalta  
lo que por una parte en ellas falta,  
por otra lo repara, suple y sobra:  
pues como en las mujeres flacas obra  
aquella inclinación de caer en las faltas  
según habían de dar los tropezones  
así las proveyó de los bordones.

Por lo demás, solo les reconoce alguna preeminencia en las dotes que naturaleza quisiera otorgarles para dar a sus acciones y cuidados suavidad y dulzura; y que, a diferencia de los hombres, incapaces de olvidar jamás el interés, ellas saben ser abnegadas y generosas por inclinación o afecto y no por cálculo.

A juicio nuestro, proceden estas apreciaciones del poeta jurista más bien de lo que él mismo hubiera tenido ocasión de experimentar, de la influencia de sus estudios favoritos, de la teoría y no de los hechos. Las ideas de aquellos siglos, fielmente traducidas en las leyes, predispusieron ya desde el colegio su juicio contra la mujer, siempre rebajada y esclavizada en las civilizaciones antiguas, pero a quien los códigos

modernos, y más que eso el propio convencimiento y la dignidad del hombre tienden cada día a elevar. Las alas que de antaño el egoísmo le mantuvo siempre cortadas, hoy poco a poco se le restituyen, y día llegará en que una devolución que el progreso reclama la coloque en el verdadero sitio que le corresponde. Habrá al principio exageraciones por la reacción consiguiente a los cambios inusitados, pero ya se divisan cercanos horizontes que no empañarán ni un exceso de libertad, ni una indigna y odiosa esclavitud.

△

## Capítulo VII

Pedro de Oña

▽△

### - II -

Controversia literaria con Sampayo.- Un soneto de Oña.- *El Parnaso Antártico*.- Temblor de Lima del año 1609.

De intento por no interrumpir el hilo de nuestros juicios, hemos demorado hasta ahora dar cuenta de una controversia literaria en que el bueno de Pedro de Oña se vio envuelto cuando trabajaba en la composición de su *Arauco domado*. Túvose noticia por primera vez de este pequeño incidente de la carrera literaria de nuestro poeta después que uno de nuestros más distinguidos historiadores adquirió en España una copia de los manuscritos que la referían, escritos en letra de fines del siglo XVI, justamente en la época en que ocurrían los sucesos<sup>(215)</sup>.

Fue el caso que un tal Sampayo pretendió colocarse, no sabemos por qué causa, en el número de los pocos destinados a subir hasta el Parnaso. Irritose el licenciado de semejante atentado y dirigió al audaz, ocultando su nombre, un soneto satírico. Respondió el aludido y se armó la disputa; y tan bien respondió, que el agresor, llevando la peor parte, tuvo que confesar que igual derecho [194] asistía a los dos para beber de aquellas aguas escogidas que sólo corren por las laderas del monte tantas veces celebrado.

Vino esta contienda a demostrar que la musa del poeta de Arauco estaba muy distante de amoldarse al tono ligero, hiriente y fácil del escritor satírico. Renunció una vez a su seriedad y salió mal, tan mal como podrá el curioso verlo en el *Apéndice*, donde insertamos las piezas de que hacemos mérito y las apreciaciones que han merecido al autor del *Bosquejo histórico de la Poesía chilena*.

Después de la publicación de la primera «labor que salía de sus manos», el licenciado probablemente se dedicó al ejercicio de la carrera para la cual había sido educado y que debía serle grata<sup>(216)</sup>. Acaso en los ratos en que no hojeaba expedientes, trabajaba con el despacio que se había prometido, las estrofas de los dos poemas en embrión que anunciara anticipadamente al público y que en definitiva venían a constituir un verdadero compromiso de su parte para con el virrey Hurtado de Mendoza. Es cierto sí

que éste no había alcanzado a oír en Lima las numerosas y exageradas alabanzas de que se le hizo objeto en el *Arauco domado*, pues ya desde 1595 se encontraba en España de pretendiente cortesano.

Lo que no admite duda es que en un libro que apareció en Lima el año de 1602 con título de *Constituciones y Ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos*<sup>(217)</sup>, se registraba el *Soneto* siguiente en honor de la «florestísima Universidad de los Reyes, dedicado al glorioso evangelista San Marcos, que tiene por símbolo al león, y acrecentada por el león de España nuestro muy católico rey Felipe III. El menor hijo de ella Pedro de Oña».

Esclarecida fuente de agua pura,  
tan pura que ante el sol victoria cantas  
por quien el valle antártico, sus plantas  
Baña de humor y viste de frescura. [195]

En que conforme al peso de tu altura  
a la región sublime te levantas,  
donde tus gotas son estrellas santas  
que toman con su luz la luz oscura.

No dudes ya de que las aguas vivas  
de tu doctrina y regla saludable,  
alcance a las últimas naciones,

pues en un Marcos y un Felipe estribas  
que por mostrar tu fuerza inexpugnable  
figuradas están en dos leones.

¿Significaba esto un progreso? ¿Había depuración en el gusto? Por el contrario, la tal composición no pasa de ser un conjunto de versos amanerados, que se procura hacer lucir con las gruesas hipóboles y las más alusivas y lisonjeras metáforas al rey y a los sabios oficiales. Era justamente el caso de aplicar el célebre parangón de Boileau; ¿pero cómo el *pequeño poema* podría siquiera leerse al lado del *Arauco domado*?

Esta muestra del ingenio llegado a Lima del valle de Angol, fabricada en honor de aquella ilustre corporación, estaba, sin embargo, destinada a no quedar sin recompensa, pues al menos ella no se olvidó de Pedro de Oña, «su hijo menor.»

En 1596 navegaba en busca de las costas de la Nueva España «desde los riquísimos reinos del Perú, más por curiosidad de verlas que por el interés que por sus empleos tenía» un cierto Diego Mexía; pero quiso su mala suerte que antes naufragase la embarcación en un paraje llamado el golfo de los Papagayos, desde donde emprendió por tierra una larguísima jornada. Mexía, que sabía de latín, compró a un estudiante que halló al paso, una colección de las *Epístolas* de Ovidio Nasón con el laudable objeto de leerlas una a una y acortar así el camino. Tantas trazas se dio para leerlas y tanto duró el

camino que cuando llegó al término del viaje se encontró sin saber cómo con que había puesto en verso castellano catorce de las veintiuna epístolas que componían la colección.

Entusiasmado con resultado tan lisonjero, dio cima al trabajo iniciado, y al fin y al cabo se resolvió a enviar años después desde [196] Lima a España los originales para que se publicasen, (puestos bajo la protección de aquel mismo alcalde Juan de Villela que tan lisonjera aprobación prestara al libro de nuestro licenciado) como en efecto lo hicieron cajistas de Sevilla el año de 1609, con el título de *Primera Parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*<sup>(218)</sup>.

Libro tan docto y tan honorífico para las letras americanas, no podía pasar desapercibido para la Universidad de San Felipe y San Marcos de la ciudad de los Reyes, como que ella daba el tono del buen gusto y del saber. Para expresar la aprobación que el trabajo le merecía, quiso la encopetada Academia que en los preliminares de la obra fuese alguna palabra suya, uno de esos elogios acostumbrados y tan embusteros, pero que tan indispensables eran para el autor deseoso de no salir deslucido. Acordáronse entonces los doctores de aquel estudiante que tan reconocido se mostraba a las aulas del establecimiento universitario, según lo había demostrado en el *Soneto* que registraban las *Constituciones*, [197] y que por añadidura contaba con el timbre de haber celebrado las hazañas de un virrey.

Salió, pues, de nuevo a lucir Pedro de Oña, con su indispensable título de «licenciado», y escribió en nombre de la Antártica Academia de la ciudad de Lima en el Perú, este *Soneto*:

Hasta agora tuvimos por muy cierto  
llevados (Delio) tras la simple gente,  
que navegar el Sol del rojo Oriente,  
a donde en el cerúleo toma puerto.

Era guardando el orden, y el concierto  
de la naturaleza providente;  
que le manda asistir atentamente  
acá en el vítreo mar, y allá en el muerto.

Mas, ya que habemos visto el vivo rayo  
del celestial ingenio que os adorna,  
gloria de nuestra edad en las postreras;

hallamos ser aquello un solo ensayo  
y una sombra de luz, que va, y que torna,  
imitando su burla a nuestras veras. [198]

¡Nuevo desencanto para el crítico ávido e incorregible! Busca la inspiración, rastrea un pensamiento original, una frase bien cortada, y sólo halla, como siempre, mucha

prodigalidad de vanos y repetidos elogios, comparaciones triviales a fuerza de uso; ¡ni un destello de armonía y sólo la más desesperante vulgaridad! A haberse juzgado estas últimas producciones del licenciado, cualquiera diría, y con razón, que decaía visiblemente, que las halagüeñas esperanzas que dejara concebir de mozo, el viento se las había llevado lejos. Por fortuna, no pasará mucho sin que nos sea dado registrar algo del indiano más notable por cierto, que las dos piezas que hemos transcrito.

Cuentan las crónicas<sup>(219)</sup> que allá por los años de 1609 un furioso temblor sacudió la ciudad de los Reyes, de ordinario tan tranquila.

Un temblor en aquellos siglos era algo más que un acontecimiento puramente natural: como no aparecían sus causas y sus efectos se hacían demasiado manifiestos, luego las gentes decían ¡castigo de Dios por nuestros pecados! y venía el llanto y las penitencias y los propósitos de enmendarse para siempre. Seguíanse después las rogativas y en adelante por cada año la conmemoración solemne del terrible cataclismo.

En nuestra Biblioteca Nacional existe un manuscrito (tal vez copiado de un impreso) intitulado *Verdadera relación en que se da cuenta del temblor del año 1746. -Romance*, en que vamos a ver expresadas, las creencias contemporáneas sobre la materia.

Su autor, que era limeño, (aunque desconocido) principia por advertir:

Todo mortal que entregado  
a los deleites y vicios  
vive sin ver que no vive,  
pues nadie en culpa está vivo:  
de ese letargo en que duerme [199]  
que despierte solícito,  
.....  
porque este recuerdo sea  
del sueño total olvido.

Hace en seguida notar el autor que era Lima

...albergue de los delitos,  
lo que aunque yo no dijera  
confiesa ella en el castigo;

y después de estos versos tan poco armoniosos, agrega que la circunstancia de haber acontecido el suceso en día viernes era de por sí bastante vaticinio.

Cuando quiere entrar ya a referir el destrozo del temblor, exclama en tono de queja:

Más, ¡ay! que mi pretensión  
vana parece que miro,  
pues de sentimiento pierde

hasta la voz el sentido.

Pero en esa pintura donde pudiéramos esperar que se hallase alguna frase siquiera sentida, se limita a decir:

Vio Lima (caso inaudito)  
tan horrible un terremoto  
que la voz tiembla al decirle;

y cree excusarse con expresar sencillamente

¿Qué palabras, qué elocuencia,  
qué retórico artificio  
podrá dejar figurado  
lo que aún no se ha comprendido?

Pero es de reírse cuando interroga a la tierra en estos términos:

¿Qué es esto tierra de Lima,  
eres madre de tus hijos?  
No, sin duda eres madrastra,  
tus efectos me lo han dicho,

y la tierra le responde:

¿No he de temblar cuando  
enojado al cielo miro,  
y con razón, pues yo más  
que otras tierras lo he ofendido? [200]

Sin duda que era este un bonito tema para escribir versos muy donosos, y más todavía que cultivo de las letras, una buena obra para recordar a la imaginación del pueblo con la cadencia del ritmo aquellas señales manifiestas de la ira de Dios. Aquel hombre tan religioso y timorato que conocimos escribiendo con tanta facilidad el *Arauco domado*, resolvió acometer empresa tan tentadora, púsose a la obra sin más dilación y ese mismo año de 1609 circulaba en Lima un librito en 8.º, que decía en su primera página *El temblor de tierra de Lima*<sup>(220)</sup>, que, aunque no nos ha sido posible consultar, sabemos de buena tinta que se componía de un sólo canto y estaba dividido en octavas<sup>(221)</sup>. [201]

▽△

## Capítulo VIII

Pedro de Oña

## - III -

Aparición del libro.- Dedicatoria.- Argumento.- Hechos que se desprenden de su estudio.- Algunas pinturas.- Algunos pormenores.- Crítica.

Pasó uno y otro, muchos años, y nadie había vuelto a oír hablar del licenciado Pedro de Oña: pero he aquí que de repente, treinta años cabales desde la última vez que su nombre había aparecido en letras de molde, corría por Sevilla un libro que llevaba a su frente con la fecha de 1636<sup>(222)</sup> nada menos que dos aprobaciones, una del famoso doctor don Juan Pérez de Montalván y otra del más famoso todavía don Pedro Calderón de la Barca concebida así:

«Por mandado de V. A. he visto un poema sacro, que su autor intitula *El Ignacio de Cantabria*; aquel soberano patriarca fundador de la sagrada religión de la Compañía de Jesús: está escrito con el decoro, la agudeza, el celo y la atención que requirió tan grande asunto. No sólo no he hallado en él pequeño inconveniente, [202] pero antes mucha utilidad, porque debajo de la numerosa suavidad de los versos, está más apacible la ejemplar enseñanza de sus virtudes».

Después de estos honrosos testimonios, en que era muy curioso de ver agrupadas las firmas de los mejores ingenios de ambos mundos, venía la constancia del privilegio concedido al autor, otorgado ante Francisco Gómez de Lasprilla, secretario de S. M.; y que se extendía hasta diez años «para que él o quien su poder tuviere, pudiera imprimir el libro». No se fijó tasa de privilegio porque la obra no estaba destinada a venderse, según es de presumirlo del tema sobre que versaba como de la dedicatoria que la precedía<sup>(223)</sup>.

Decía Pedro de Oña en esa pieza, dirigiéndose a la Compañía de Jesús, «ilustre y religiosa familia del gloriosísimo patriarca San Ignacio de Loyola»: «Pongo en vuestras manos nuestro Ignacio, y mío... Coronado os le devuelvo, cual héroe al común orden superior, pero con los lauros estériles que los Parnasos de la inculta América pudieron ofrecer a tan altas sienes... Coronáis nuestro Ignacio, imitándole; coronad el mío admitiéndole; puesto que por ser mío (dad licencia a mi afecto, dadle a mi desvelo piadoso, *ocupado por quince años* en seguir con el vuelo de mi pluma sus glorias, para que así le llame) no ha perdido el ser vuestro... Vuestro es el que *a expensas* de nuestra beneficencia en honrarme sale de la oficina de mis musas laureado y vestido... Así que, a logro he puesto mis desvelos en ilustrar a Ignacio, y la devoción de mis votos en dedicárosle (cual pude, no cual quise) pobrementemente ilustrado... Ni solamente pido sino recibo de nuestro heroico padre (como espero) los laureles de inmortal gloria; de vos, esclarecida Compañía, la corona, de vuestra protección minerval, que [203] mayor no pudo aspirar mi deseo, y que apenas mi mérito igualará».

Esta dedicatoria o prólogo verdaderamente entusiasta, ofrece a los ojos del literato un marcadísimo interés y datos de bastante importancia sobre el autor y sus tendencias.

Ocurre desde luego fácilmente el tesón inquebrantable con que durante quince años se ocupara Oña en hilvanar las octavas del poema que al fin se resolvía a dar a luz; su afecto decidido por toda creencia religiosa conforme con sus ideas; y la humildad de su



carácter devoto que llevaba a única gloria el que se le admitiese como cantor de los altos hechos y virtudes de Ignacio. Era manifiesto el progreso operado en su espíritu por sus inclinaciones primeras, pues, como dice el señor Amunátegui, «a medida que se iba envejeciendo y aproximando a la tumba, los objetos tomaban a su vista tintes más oscuros, como al sepultarse el sol en el ocaso las sombras de la noche comienzan a cubrirlo todo con un fúnebre crespón; junto con los años las ideas religiosas le iban invadiendo y dominando cada vez más; al *Arauco domado* sucedía el *Ignacio de Cantabria*, al poema profano, el poema sagrado»<sup>(224)</sup>.

Pero más que estas apreciaciones generales interesan al lector algunas noticias sobre la obra, sobre su argumento, su versificación y su estilo, las doctrinas que proclama, y por eso nos anticipamos ya a su impaciencia.

Formuló Oña el asunto que se proponía cantar en las dos primeras estrofas de su trabajo, que comienzan:

De aquel Cántabro capitán del cielo,  
musa, de allá las altas pruebas dime,  
y el arduo fin, que su gigante celo  
siguió alentado, y alcanzó sublime.  
Por quien la Fe [llevada en limpio vuelo]  
donde a un discurso bárbaro se imprime,  
ves ya esculpida, ves grabado el nombre  
que ensalza Dios, que reverencia el hombre.

Dime la estrecha, dime el agria vía,  
por donde a los extremos de la tierra  
su bien disciplinada Compañía  
ha penetrado, haciendo ilustre guerra [204]  
a la gentilidad y apostasía  
al que sin luz, al que con ojos yerra,  
aquí extirpando siempre, allá instruyendo,  
y mártir sangre allá, y aquí vertiendo;

proponiéndose de este modo referir tanto las altas pruebas a que Ignacio fue sometido en su peregrinación por el mundo, como la propagación de la sociedad que formara.

Era del tiempo aquel dichoso, cuando  
a la de Dios bondad eterna plugo  
librar por Isabel, y por Fernando  
la ibérica cerviz del mauro yugo.

Pijada ya en el suelo la hora en que han de comenzar a moverse sus actores, se remonta el poeta hasta el trono del Altísimo. Los santos más grandes del cristianismo discuten allí en una especie de cónclave los sucesos principales de la historia de España.

Compara de la manera siguiente lo que pasa en la tierra y lo que sucede en el cielo.

El tiempo se compone acá de instantes,  
que allá la sabia eternidad ignora;  
vecinos son de acá el después, y el antes,  
que allá no hay más de un bien templado agora.  
Acá en tiniebla, y luz, dos hay semblantes,  
y allá es con uno bello siempre Aurora;  
que puro a mano llena da el rocío,  
de la sin mezcla gloria, y sin hastío.

Pide Elías:

Descargue tu furor, venga ruina  
sobre esos, que con frente despejada,  
lenguas sin manos dan a tu doctrina...

San Pedro, a su vez, acordándose de Lutero, pregunta al Criador:

¿Sufrir a este Luzbel podrás moderno  
que allá sobre Aquilón alzo la silla?  
¿Dónde al rigor de un largo hereje invierno  
se pierda la católica semilla?  
¿O faltará un Miguel, que al hondo Averno  
despeñe a ese dragón con su cuadrilla?..  
..... [205]  
Opóngase al apóstata un osado  
un héroe capitán por ti escogido:  
para que deste quede restaurado,  
cuanto en aquel se hubiere destruido...

...Postrado... en el pie monarca  
imprime labios trémulos, y luego  
Tomás contra el dragón la ceja enarca:  
a su bermeja cruz da el brazo Diego.  
Elías, que al soberbio heresiarca  
oye nombrar, de airado arroja fuego...

Mas el que fuerte Dios, los fines toca,  
y disponiendo en todo va suave;  
el que por mar traidor, y oculta roca  
segura ve pasar su esposa nave

responde con mirar...

Ve, Pedro, a Ignacio, que doliente yace;  
cobre por ti salud y alcance aliento,  
para una gran facción, que así me place  
de su valor usando y sufrimiento...

Éste, con diestra mano, a gloria mía,  
mientras Luter, banderas mil tremola,  
a conducir vendrá una Compañía,  
que cierre con las mil, venciendo sola.

Les dijo:

Las Ursas dos, vecinas tanto al polo  
Setentrional, que nunca el Océano  
las hospedó en las aguas, donde Apolo  
lava su rubia crin con fresca mano:

sola esta vez en este punto solo  
cayeron de turbadas, en el cano  
mar; y por blanca espuma y verdes ovas  
calaron a las húmedas alcobas.

Corrieron por Levante luces bellas,  
en que el Olimpo santo ileso ardía,  
muchas no vistas, vio el Ocaso estrellas,  
extravagantes émulas del día.

. . . .El apóstol glorioso  
a medianoche en punto, la segura  
mansión del Orbe deja luminoso  
y pisa la región del aire oscura...  
Crespo el cabello y barba; crespo y cano;  
sandalias a los pies, y llave en mano.

Al fin

...suspende el pie sobre la sola  
y solariega casa de Loyola. [206]

Conócese ésta a primera vista por la muchedumbre que se agrupa a la puerta de la alcoba del «joven floreciente».

Era la hora universal del sueño.  
Al tiempo que la esquiva noche, llena  
de olvido y coronada de beleño,  
con paso altivo y frente va serena;  
descansan los cuidados, y su dueño:  
a solas da el reloj; desierto sueña  
el pájaro sin jaula: cuando lucha  
Ignacio con la Parca y los escucha.  
*Lib. I, fol. 11 v.*

Las horas cuenta ya, el instante aguarda  
de la espantosa y no inevitable cuenta.  
Aquel tremendo azote, que si tarda,  
con golpe suple atroz la mano lenta.

Entregábase Ignacio, abrazado de un crucifijo sangriento a todos los terrores y angustias de esa hora suprema; se reconocía pecador, pero la esperanza no lo abandonaba: moría resignado.

En tales circunstancias llega el mensajero celestial y anuncia al enfermo que ha de recobrar la salud, que se le destina para grandes empresas; que larga y estrecha sería la jornada, pero que al fin estarían también la recompensa.

Había sido este un sueño deleitoso: cuando despertó, un perfume sobrenatural saturaba la estancia, y ya no estaba enfermo. Reconoce entonces la verdad de lo que le ha pasado y se entrega a largos coloquios sobre la escasez de sus fuerzas para lucha tan gigantesca como la que se le aguarda.

Al fin de prepararse a ella, empieza Ignacio dura penitencia; huye de la compañía de los demás, y a veces se le sorprende sollozando.

Un criado

Que por antiguo en casa merecía,  
por vieja edad, por tiempo bien gastado,

alarmado con lo que sucede, refiere al hermano mayor de Ignacio (cuyos pasos ha seguido): [207]

. . . . hallele ayer  
con brazo desangrándose robusto:  
mírele y viome: y trasladó al instante  
lo rojo de la cuerda en el semblante.

Quedamos, yo suspenso, y él perdido:

él, vuelto el rostro en púrpura, yo en cera;  
yo bien cortado, él mucho más corrido,  
como si dar la sangre, insulto fuera.  
Cubriose honesto, y djome torcido:  
esto merece ver quien tanto espera.  
Luego cosió los labios y partiose  
el que sin tiento apenas los descose.  
*Lib. II, fol. 18 v.*

Preocupado a su vez el jefe de la familia con nueva tan extraña, resuelve llamar al hermano menor. Un día lo conduce bajo un precioso emparrado que había en la casa y allí sentado, le dice: tú desde muchacho has mostrado afición a la guerra; la corte de Fernando te conoce; glorias te han dado las campanas que hicistes en Francia, y como al último de los doce hermanos que fuimos, parece que la Fortuna se empeñó en arrullarte. Tú que eres, pues, la esperanza de nuestra casa, que tanta honra parece aparejarte el porvenir, ¿rehúsas ya al mundo? ¿Acaso tras el duro casco y la coraza no pueden esconderse los cilicios, si es que penitencia te llame?

A este razonamiento Ignacio responde.

Con un si acento equívoco, no doble

. . . . tres razones solas:  
palabra os doy, Señor, a ley de noble  
de que por mí no pierdan los Loyolas,  
ni en vos esa esperanza su derecho:  
y la siniestra palma puso al pecho.

Satisfecho con la respuesta; se va Martí a dar un aseo a caballo, mientras que Ignacio se recoge a sus habitaciones. Bellísimos cuadros profanos adornaban las paredes: por aquí se ve al joven Teucro.

Cuando a juzgar le dieron su hermosura  
sin velo, Palas, Juno y Citerea;

más allá un domador de monstruos perseguido por el dios tirano; [208] por acá, cierto rey se viera desconocido «por no perder de vista un mirar tierno». Poseído de un santo furor, el joven desearía destruir esos cuadros mundanos, pero porque no sospechen en la casa la fuga que medita, se contenta con volverlos. Se pone en seguida a contemplar una imagen de la Virgen María que sostiene en sus brazos al niño Jesús. En el recogimiento profundo a que se entrega va el poeta a sorprenderlo, revelándonos el ideal que formaba de una vida perfecta y la escasez de medios que reconocía tener para la gran empresa que se le ha anunciado.

En esto Ignacio mira, (y no se engaña)  
que de la Virgen santa el rostro bello

se va encendiendo, y que un sudor la baña  
desde la crin luciente al níveo cuello.

Queda el joven turbado en un principio; mas, con las lágrimas que comienzan a desprenderse de sus ojos recobra una tranquilidad apacible. En el éxtasis que sucede tiene una visión en que divisa lo que pasa en las alturas celestiales, serafines que pulsan acordes liras, querubines que cantan en coro. La segunda jerarquía «y su dominación» celebra las glorias de María al son de dulcísimos violines; las virtudes a una cantan en vihuelas; las potestades en el órgano; cantan los principados; el escuadrón de los volantes,

Galán rasgando armónicos discantes  
tecla pulsando igual con hábil dedo.

Júntanse todos a una voz y en medio de los cánticos de alabanza preguntan a la Virgen Santísima, a quién del suelo baja, quién es aquel a que tanta gloria se concede.

A Ignacio voy (los dice) allá descende  
la esclava del Señor, si Reina vuestra.

Al dejar la virgen aquellas regiones llenas de armonías, va pasando en revista todos los planetas, hasta que llega donde Ignacio; le da una cinta

Cortada de la piel de un albo armiño  
que en el empíreo monte se reparta,

la cual, cayéndole al joven a manera de estola sobre los hombros [209]

En castos grillos prende al torpe fuego,  
libre la *yesca* dél quedando, y sola.

Con esto, huye al «Ángel toro», haciendo temblar los montes, brotando espuma y sangre; con blasfemias horribles

Embiste a la cerrada vidriera,  
vidrios y telas rompo, y tizna el marco,  
el que una torre, el que un peñol rompiera,  
y al hondo se despeña Estigio charco.

Ignacio, entre tanto, guarda «sabio silencio».

Resuélvese al fin a partir acompañado de dos sirvientes de confianza, a quienes despide a poco trecho, al tomar la dirección de Monserrate. Pasa por ahí la noche atormentándose para vencer la carne rebelde, hasta que amaneciendo ya, percibe en lo alto de un árbol un rui Señor que lo pronostica la larga serie de descendientes que le aguardan con el tiempo, cual a Abraham profetizara el ángel en su visión.

Prosigue la marcha y topando con un moro, se entretiene con él largamente, discutiendo sobre la Concepción de María; se acaloran a poco; ocurre Ignacio a su espada; ya lo sigue, ya se detiene, hasta que llega así a un paraje en que el camino aparecía dividido en dos, uno ancho y otro áspero y angosto, el cual elige el caballo, suelta la brida.

Espoléalo, con todo, el jinete; pero entonces, ¡oh! ¡prodigio sin igual! se detiene el bruto y le habla, postrado de hinojos; y, cosa más rara todavía, es el caballo el elegido por el poeta para que pronuncie estas palabras que han de disuadir al acalorado caballero que siga en persecución del moro blasfemo:

Que Dios no quiere ya semejantes manos,  
después que en afrentosa cruz las puso;  
mostrando quien por hombres dio la vida,  
lo mucho que aborrece al homicida.

Rásgase con eso el cielo y una voz en tono grave anuncia la batalla de Lepanto y las glorias que la casa de Austria reserva en lo porvenir a España.

Después de estos prodigios, Ignacio trata de pariente a su caballo [210] y no lo monta ya más, continuando a pie hasta el monasterio de Monserrate. Encuentra a su paso una posada y se compra las armas que le han de servir en los combates que se prepara a librar.

Como hallase cerrada la puerta del convento, repasa en la memoria su vida pasada, preparándose para una confesión general; y encerrado por fin en su celda se entrega lo Ignacio a una vida contemplativa, llena de visiones sobre la Virgen y el cielo. Doma sus pasiones; la fama de sus virtudes crece a poco en la comarca: ¡el ángel rebelado se siente ya vencido!

Pero antes de confesarlo quiere ensayar una prueba. Toma una enorme bocina de bronce y la hace resonar por todos los ámbitos infernales, convocando a sus subordinados. Al ruido que los llama, acuden

El Ticio enorme, el vano Salmoneo,  
magas Erictos, líbicos Pitones;  
inmundas aves, plaga de Tineo  
Circes obscenas, impíos Ixiones,  
grifos volantes, lobos licaonios,  
y bravos jabalíes licaonios.

Llega la «turba ingrata» al palacio de Plutón, en cuyo umbral se asientan la muerte,

. . . . . la desdichada  
vejez; están los pálidos langores,  
la hambre a todo insulto aparejada,  
y los llevados hasta el fin errores:  
discordia loca de áspides crinada,



bastardas guerras, íntimos rencores,  
y junto al que ladrando encrespa el corro,  
las Furias tres en tálamos de hierro.

Entrados por aquí a la oscura estancia,  
en lobreguez y horror eterno envuelta,  
donde es cadáver yerto la esperanza,  
por fácil ida y no posible vuelta,  
no más lugar ocupan del que alcanza  
su atropellada confusión revuelta:  
que el orden, como es bien, huye de un seno  
donde se agrega el mal de males lleno.

Sobre sitial de azufre y pez ardiente,  
que altísima exhalando va una llama  
no rubia, negra sí, y un pestilente  
vapor que intolerable se derrama, [211]  
sentado está Plutón, la horrible frente  
con diez taurinos ganchos, y la escama  
de un bronce, que domó pujante mano  
sudar haciendo a Brontes, y a Vulcano.

Crudía majestad su aspecto muestra,  
terror acrecentando en quien le mira,  
por cetro empuña un gran dragón su diestra,  
todo es (mirando) rabia, todo es ira:  
al hombro dél no alcanza cumbre nuestra,  
en cuanto el viejo y nuevo mundo gira,  
con magnitud no igual así levanta  
tal frente y armazón, que aún él se espanta.

Dos veces rodeando fue la esquiva  
sangrienta vista en torno del teatro,  
y tres, la testa sacudiendo altiva,  
mostró de férreo diente andanas cuatro:  
con que se estremeció de abajo arriba  
no el Orco a solas, no el voraz Báratro,  
que aún Abila su asombro dijo al Calpe,  
y pompa desgajó nevada el Alpe.

Tarda en salir de aquel abismo pecho

la voz tronante, y cuando ya se arranca,  
se rompe la pared, se raya el techo,  
el raudo Flejeron su curso estanca:  
torcido queda el monte más derecho,  
hallan al mar los vientos puerta franca,  
tiembla el Rodope tracio y al bramante  
fragor vacila el mauritano Atlante.

Después de describir así el poeta al dios de los infiernos, le atribuye un largo discurso en que pinta la situación a que puede conducirlo la cruzada que Ignacio va a emprender contra sus fuerzas. Azuza pues a sus legiones para que caigan sobre el enemigo:

Haláguele flaqueza cosquillosa,  
y vana gloria sálgale al camino,  
el crepúsculo tenaz con él se abraza,  
hasta que sus entrañas despedace...

Álzase sordo entre ellos un ruido,  
mayor que el del torrente arrebatado;  
cuando de turbias ondas bastecido  
viene por altas breñas desatado,  
mayor que el del voraz fuego atrevido,  
por ya caduca selva encaminado,  
que apriesa va estallidos dando ronc  
por seca rama y semiverdes troncos. [212]

No aguarda un punto más la gente aviesa,  
tiende veloz las ágiles cuchillas  
de sus noturnas alas, y a la presa  
garras ofrece negras y amarillas.  
Cual recio torbellino en pluvia gruesa  
envuelto, que por mar volcando quillas,  
y encinas va por tierra, tal se arroja  
aquel turbión, que a tierra y mar enoja.  
*Lib., VI. fol. 96 v.*

Muy pronto, signos precursores anuncian al hijo de Cantabria la tormenta que lo va a envolver; supone el poeta que se verá en medio de ella como los bajeles, juguetes de olas enfurecidas, y en este estilo figurado continúa por largo trecho hablando de las costas desoladas, de los terribles naufragios, etc.

Comienzo al fin la batalla. Ignacio

Las cajas oye y ve venir derecho  
un fresno firme en busca de su pecho.

Es presunción el nombre desta lanza,  
amor la engendra propio; es madre suya  
la necia de sí mismo confianza,  
la que virtud no habrá que no destruya  
es una casi viva semejanza  
de la soberbia intolerable, a cuya  
odiosa voz Miguel se altera tanto,  
que saca el medio filo y tercia el manto.

Sobre las armas desta mil diamantes  
brillan, y el del penacho es una estrella  
entre rizadas plumas tremolantes,  
con que de cuerpo airosa, se descuella:  
a los estribos lleva dos gigantes,  
y un monstruoso enano amante della,  
levanta un chino tirasol de pluma,  
que al mar colores presta y a su espuma.

*Lib.*,VII, fol. 104 v.

Entáblase una conversación en que Ignacio sale vencedor merced a su humildad, pues se ocupaba a ese tiempo en hablar de Dios a unos pordioseros, y cuando oye las razones del provocador se acerca más al pobre y «la mendiga ropa le besa humilde».

Vienen a continuación el Tedio y el Qué dirán a probar también sus armas en aquel torneo, y salen derrotados. [213]

Dulce vertiendo risas de albos dientes,  
por carmesíes orlas, y entre el manto,  
avaras despidiendo, cuan ardientes  
flechas de amor, con halagüeño encantó;  
llegó después de cuatro combatientes,  
aquella que es en Chipre honrada tanto,  
la enfermedad común, la Citerea,  
la que nació del mar, y no es marea.

*Id.*, 108 v.

Al fin y al cabo, el triunfo es completo. La fatiga rinde, sin embargo, al denonado paladín, que pregunta a Dios hasta cuándo durará el temporal, pues las aguas han entrado al último aposento del alma «cuya lengua sale a nado». Victorioso en una segunda lucha, que de nuevo se empeña entre aquellos esforzados campeones, cuando

ya sus fuerzas las siente agotadas, prémialo Dios desplegándole en sueños ante su vista las maravillas de la creación.

En estos términos pinta el poeta aquellos momentos solemnes:

...vio desierta una distancia  
honda sin pie, latísima y oscura.  
Sin forma de accidente ni sustancia;  
un algo como en sombra, o nada pura:  
cuando una voz de trina consonancia,  
oyó sonar de más, y más altura,  
que dijo así: haya luz, y al mismo instante  
la nada se vistió de luz flamante.

.....

Ve cómo Dios ordena que en un seno  
recoja el mar sus aguas, porque pueda  
la tierra parecer, y echarle el freno,  
que su espumosa furia tiene queda.  
Su estéril sequedad en campo ameno  
ve súbito volverse; y de arboleda  
poblar su yermo en una, en otra banda,  
a la eficiente voz que así lo manda.

.....

Ve cómo graduando va la vida,  
y sin aceptación de mimbre o palma  
virtud para crecer les da escondida,  
sentido al animal, discurso al alma;  
que a todo en peso, número y medida  
dio el ser su mano, y todo está en su palma,  
para que, si la vuelva, en solo un punto  
a nada se reduzca todo junto.

*Lib. VIII. [214]*

Orando en la cumbre de un monte, ve patente la Eucaristía, y un coro de ángeles que viene a entonar un himno le habla de teología y le esclarece algunas dudas que abrigaba respecto de las penas eternas, las jerarquías celestiales, etc.

Sintiéndose enfermo, se recoge a un hospital, donde lo creen muerto a consecuencia de un éxtasis que le duró siete días, y que tuvo en compensación de otros siete que ayunara cuando recién convertido.

En un viaje que emprende a Barcelona calma una recia tempestad con solo su palabra. En el camino de Roma, hallándose en una hostería ve que dos soldados quieren abusar de una dama, la protege y ella le refiere su historia.

En la ciudad eterna no deja iglesia que no visita, reliquia que no examina. Parte después para Venecia. En una de sus jornadas se le aparece Jesús para confortarlo. Dentro de los muros de la «reina del Adriático», un noble arenga al Senado, expresando que ha tenido una visión en que ha divisado a un justo durmiendo bajo un portal mientras él descansaba en mullido lecho; hace indicación para que se busque, a fin de que por su mediación se consiga del cielo que cese la peste que aflige al pueblo. Ese justo es Ignacio.

Continuando sus peregrinaciones, se embarca para Chipre y como los marineros de la nave intentasen abandonarlo en un lugar desierto un viento furioso levantado de repente se los impide.

Llega hasta Jerusalén y vuelve a Venecia a tiempo de presenciar un duelo entre dos soldados, a uno de los cuales absuelve moribundo.

Tal es el argumento de la obra, que hemos procurado diseñar fiel y prolijamente de entre el dédalo de disertaciones teológicas en que se encuentra casi perdido. Creemos, en cambio, que el lector habrá podido apreciar de una manera cabal, tanto la inventiva del licenciado como las bellezas y defectos que la envuelven, según el especial cuidado que hemos tenido de presentar el asunto, en cuanto ha sido posible, con las mismas palabras del autor. Fácil es notar que la acción marcha con extrema lentitud; en [215] vez de la vida y movimiento que respiran otros poemas sólo se hallan en éste eternas descripciones de las miras y tormentos espirituales del héroe. De aquí la pesadez del libro y su falta de interés.

Hay dos hechos que conviene dejar establecidos con el estudio del *Ignacio de Cantabria*, útiles para el conocimiento de la vida y carrera literaria de su autor: el progreso de sus ideas religiosas y el cambio radical de su versificación.

Cuando salía la primera labor de sus manos, Oña daba expansión a sus inclinaciones religiosas sembrando en el *Arauco domado* reflexiones morales importantes para la vida humana, como decía Villela; cuando el curso de los años carga ya sobre él, entonces no se preocupa de filosofía ni de moralidades y toda su atención se absorbe en el misticismo más exaltado, pues si en aquel trabajo se admiraba al hombre timorato, en este *Ignacio de Cantabria* se percibe un trasunto del anacoreta.

Los versos de su primera obra corrían sin trabajo y sin esfuerzo, como que se desprendían de una pluma llevada a escape; pero en la última, pesa cada frase, busca las trasposiciones por violentas que sean, parodia el estilo poético y lima sus estrofas por espacio de quince años.

Es cierto que en aquella ocasión se ocupaba de las guerras de los hombres, y en ésta de las luchas religiosas de un fraile y de las conversaciones de Dios y de los santos. Su lenguaje se tornaba de aquel andar ligero que vistió los hechos de don García en el rebuscado y confuso que ensalzaba las virtudes de Ignacio de Cantabria. Pero ¡cosa singular! al paso que cuando joven sus palabras eran siempre cultas y casi en todo

dignas de la poesía, más tarde desciende a gran prisa y se hacen bajas y hasta groseras. Esta cualidad que la habrá notado el lector atento en más de uno de los versos que hemos transcrito, se hace más imperdonable que nunca cuando trata de los más elevados asuntos que al hombre le sea dado remover con su pluma. Su gusto declinaba rápidamente; puede decirse que estaba completamente estragado.

Basta recordar la pintura que hace de las mansiones celestiales. [216] Dice muy bien a este respecto el señor Amunátegui, «esto de retratar al Ser Supremo en su naturaleza íntima y prestarlo un lenguaje conveniente para hacerle entrar en conversación tirada con los santos, es una empresa muy ardua, que requiera fuerzas sobrehumanas». Los más insignes poetas que la humanidad entera ha producido ya sabemos cuantos esfuerzos de talento y cuanto de su genio han necesitado siquiera para hacerse perdonar sus páginas relativas a lo que es difícil soñar. Oña, por lo tanto, no debió apurar sus fuerzas y contentándose mejor con un tema no tan difícil y no por eso menos interesante, habría cosechado más aplausos y menos desdén.

Pero sus pinturas del infierno son todavía peores, si cabe, y lo que es más grave, ha cometido en ellas el contrasentido de ocurrir a los poetas paganos, especialmente a Virgilio, para podernos, decir lo que allí pasa. Ya que escribía un poema católico y más que católico esencialmente místico, absurdo era, inspirándose en las Sagradas Escrituras y hablando del arcángel Miguel, venimos a contar lo que a ese respecto ideó la antigüedad pagana y escribió con el encanto del lenguaje que hace inimitable la *Eneida*. Y todavía tiene la desgraciada ocurrencia de poner en acción seres tan imaginarios como Amor propio, el Tedio, etc., que no estaban llamados a contribuir en nada al interés.

Pero no era entonces la primera vez que el poeta chileno imaginaba descender a las regiones del dolor donde ausente reina la esperanza. Se recordará que cuando don García, el otro predilecto de su corazón, fue a la conquista de Arauco, se congregaron los negros habitantes del abismo para procurar perder al joven guerrero. Mas, el bosquejo que entonces hizo, aunque se veía deslustrado con la misma deplorable confusión del elemento cristiano y mitológico, siquiera tuvo en aquella ocasión acentos no del todo destituidos de agrado. Hablando del barquero Carón, había dicho:

Entró la yerta barba rebujada,  
cerdoso inculto y hórrido el cabello,  
lanzando humo azul por el resuello,  
perfume de la fétida mirada; [217]  
su vil persona trémula y gibada,  
metido entre los hombros todo el cuello,  
y el remo por el uno atravesado  
de gruesa y verde lama embanderado;  
*Canto IV, pág. 99.*

lo que ni está mal expresado ni carece de inventiva. No se atrevió en aquel lance a describir al «azufrado rey del hondo Averno»; pero, además de que no era estrictamente exigido por el fondo del asunto, supo medir sus bríos y no se aventuró por regiones tan oscuras como llenas de escollos para el poeta. Más tarde cobró alientos y tendió

libremente sus alas, pero con desgracia, pues, cual el Ícaro de la fábula, a poco andar dio en tierra con estrépito, falto de inspiración y entre el bostezar de sus oyentes.

El poeta había vuelto también en su nueva obra a cantar en el metro típico de la octava real (que había abandonado en el *Arauco* por otra de su invención) durante los doce libros que comprende la primera parte del *Ignacio de Cantabria*, unos seis mil versos en todo.

Oña dejó inconclusa su segunda obra de largo aliento, como había quedado el monumento que dedicara al virrey del Perú, y es indudable que jamás catálogo alguno o erudito bibliógrafo registró después una segunda parte<sup>(225)</sup>.

Ante el juicio de sus contemporáneos lo que más contribuyó a cimentar la reputación de que el poeta chileno aún en Europa disfrutó, fue su *Cantabria*. Nada menos que el mismísimo Lope de Vega Carpio le dirigió en su *Laurel de Apolo* la estrofa siguiente:

...Que el mar septentrional en trompa oyera  
en la última Tile,  
el aire navegando vagorosa,  
si propia a Escocia nuestra lengua fuese, [218]  
pues que por serlo en la remota Chile,  
con fuerza sonora  
las musas despertó de Pedro de Oña,  
no con ruda sampoña,  
sino con lira grave,  
poema heroico, armónico y suave  
del patriarca Ignacio de Loyola,  
entre los cisnes de las Indias sola<sup>(226)</sup>.

A pesar de este magnífico encomio, no debió gustar mucho la obra del licenciado, si se atiende a que nunca tuvo una segunda edición. La posteridad ha sido aún más severa, si hemos de prestar oído a los críticos que alguna vez han hojeado el libro de Oña. «Su único mérito -expresa Gayango<sup>(227)</sup>-, consiste en algunas octavas fáciles»; el fastidio que se experimenta en su lectura, añade el señor Amunátegui, es tan mortal que estaríamos inclinados a definirla, opio en páginas». Hoy nadie la lee, y por la escasez de sus ejemplares ha llegado a ser una verdadera curiosidad literaria que los chilenos debieran buscar con empeño. [219]

▽△

## Capítulo IX

Pedro de Oña

▽△



#### - IV -

Cabildo de Santiago.- Fiestas celebradas por la ciudad en honor de San Francisco Solano.- Llega la noticia a Madrid.- *Canción* de Oña.- Últimos datos.

Era el 26 de Agosto de 1633 años. Reunidos en su sala se hallaban ese día los cabildantes de la ciudad de Santiago y grave debía ser el negocio que los ocupaba a juzgar por lo que se decía de puertas afuera.

Era el caso que el presidente del reino don Francisco Lazo de la Vega, después de haber adolecido largo tiempo de una cruel enfermedad, había tenido una tarde la feliz inspiración de solicitar del reverendo padre guardián del convento de San Francisco que le enviase, por ver si mejoraba, una reliquia del bienaventurado Francisco Solano que habiendo muerto hacía poco en Lima, llenaba ya aquellas ciudades con la fama prodigiosa de sus milagros.

El guardián, que era hombre asequible, no se negó naturalmente a una súplica tan humilde y envió al afligido gobernador la reliquia que pedía, la cual «al entrarla por la cuadra donde el doliente esperaba por instantes el último de la vida, hizo que saliese la enfermedad».

«Descubrió don Francisco su corazón al cabildo, justicia y regimiento de la ciudad y, en especial, a su corregidor el general don Diego de Jara Quemada y a sus alcaldes ordinarios que con pío [220] y santo celo hicieron propia la acción. Entraron en su ayuntamiento, que particular hicieron para tratar este negocio, donde confiriéndolo determinaron se diese parte cerca dél a los padres teólogos de las religiones para que viesen lo que se podía hacer en honor y veneración del venerable padre fray Francisco Solano».

Nombrados los comisarios y propuesto por ellos el caso a los prelados de las religiones, éstos después de conferir largamente el asunto con los teólogos de más nota, habían llevado escritos aquel día sus pareceres.

Hecha relación del asunto por el general Jara Quemada, y de lo actuado hasta ese momento, «dijeron los señores capitulares, sin que en esto hubiese discordancia, ni capítulo alguno previo, que todos miran y desean que se pida al santo su favor y protección para con Dios Nuestro Señor, y en este reino por sus culpas necesita dellas para que Su Divina Majestad aplaque su indignación y la mire con ojos de piedad y misericordia; [...] conformándose con los dichos pareceres, propusieron tener al bendito padre fray Francisco Solano por patrón y abogado de la paz deste reino, en conformidad de lo que hizo la ciudad de los Reyes, [...] para que como tal se la dé en la guerra que se tiene con los indios rebelados dél y le favorezca y ampare en todas sus necesidades: [...] y que ahora en demostración de tan cristiano y devoto afecto se jueguen en su memoria toros y cañas, y se pongan luminarias en todas las casas de esta ciudad: y dichas fiestas se continúen y agreguen a las que con tanta piedad y veneración hace al dicho esclarecido fray Francisco Solano el señor presidente y gobernador don Francisco Lazo de la Vega, y que con todo cuidado este cabildo suplique a su Santidad se sirva beatificarle y canonizarle, y lo firmaron. (Siguen doce firmas). Ante mí. -Diego Rutal, escribano público<sup>(228)</sup>.»

«Ordenáronse las fiestas y regocijos. La primera acción, y la de ingenio, que fue un certamen poético, se sacó de las Casas Reales y palacio, a los veintiocho de agosto, domingo a la tarde, delineada en limpísima vitela la Fama con dos alas, que tomando vuelo [221] resonaba su trompa, que traía aplicada a la boca, demostrando no había que temer se acabase la del bendito padre fray Francisco Solano, porque a fuer de ser justo, era eterna para desempeño de la palabra divina: *In memoria aeterna erit justus*.

»Traía en el brazo derecho escrita del verso cuarto del Salmo 18, esta letra: *In omnem terram exhibit sonus*. Y en el siniestro, una tarja en que ingeniosamente estaban escritas al modo de laberinto estas dicciones: PATRÓN DE CHILE SOLANO.

Con el índice de la mano diestra señalaba en tres certámenes las diferencias de versos, e intentos sobre que se habían de glosar, señalando para los que se aventajasen varios premios de plata, cortes de tabí y damascos, finas medias de seda, y un corte rico de clavo pasado...

»Y porque la brevedad y concisión que llevo no permite detenerme en todo, solo pondré la redondilla del primer certamen sobre que habían de ser las principales glosas, por ser del ingenio y devoción del muy docto y noble consejero de Su Majestad, el doctor don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, oidor más antiguo de aquella Real Audiencia. Decía así:

Sola, no, Padre Solano,  
rara, sí, fue tu virtud,  
porque tuvo plenitud  
de espíritu soberano.

Jueces: el ilustre presidente, el reverendísimo doctor don Francisco de Salcedo, obispo de aquella diócesis, y el muy reverendo padre maestro fray Juan de Ahumada, provincial del orden de predicadores.

»A este certamen ceñía en circuito rica tela azul y oro. La asta era de plata, en que con preciosos lazos de bien obrados cordones de seda verde, que remataban borlas de una y otra, parte suspensas hasta la mitad del certamen, le mostraba patente a todos; llevando en la mano diestra uno de los capitanes del ejército del reino, a caballo ricamente aderezado y enjoyado de diamantes, que le publicaban festivo. Acompañábanle las justicias de la ciudad, su cabildo y todo lo noble, con que fue muy copioso el acompañamiento. [222] El aplauso de todos los conventos fue unísono, repique de campanas, desde que las daba el cartel, hasta que le volvieron al lugar de donde había salido.

»Martes seis de setiembre, se hizo un alarde general, y se formó el campo por orden del gobernador presidente. Dijo el día con la representación. Ya se deja entender que en reino que profesa las armas, sería ocioso si intentara particularizar los capitanes, los ministros y demás oficiales. Conocióse en la puntualidad con que todos acudieron al marcial ejercicio lo jocundo de los ánimos.

»Miércoles siete de setiembre, al esconder el sol sus luces, no se echó menos su falta, porque sus luminarias, que en todas las casas de la ciudad lucían, convirtieron en día la

noche; los caballeros con primor y destreza corrieron hachazos, sin que alguno pretendiese excusar la acción.

»Jueves ocho de setiembre, salió del colegio Seminario del Ángel Custodio una bien ordenada e ingeniosa máscara, compuesta de variedad, madre de toda hermosura. Diela principio un maestro de campo, galantemente vestido sobre un cuatralba, que hace humano sentimiento al son de acordadas cajas, que iban delante.

»Siguióse una danza de seis gigantes, acompañados de seis enanos, que tejía un monstruo de siete cabezas.

»Los elementos siguieron después por su orden. El fuego sacó el vestido de su natividad, y sin permitirse al arte, naturalmente despedía su actividad centellas, sacudía llamas. El agua vestía blanco, virtiéndose por la boca de un búcaro de cristal. La tierra hizo ropaje verde de las flores y yerbas, de cuya variedad iba sembrada, y cornucopia debajo del brazo llena de frutas.

»Después de los elementos se siguieron los tiempos. La primavera iba como quien es, llevaba cuatro niños a los lados, coronados de flores, y esparciéndolas. El estío vistió amarillo, y se coronó de espigas. El otoño sacó vestidura naranjada, cuya guirnalda adornaban varias frutas. Acompañábanle cuatro niños ingeniosamente dispuestos. El invierno salió debajo de fieltro, con cuatro niños a sus lados que vistieron pellones, representando muy al vivo su papel. [223]

»A los planetas y tiempos siguió la compañía de los dioses de los cielos, mar e infierno, según los pintan las fábulas.

»Dio principio la luna, vestida de blanco, y de la misma color el caballo en que iba.

»El dios de las ciencias Mercurio, llevaba a su lado la diosa Minerva su hermana, ambos vestidos de rico terciopelo carmesí, y tela blanca con muchas joyas, y pedrería, y coronados de laureles, y sobre éstos, borlas de todas ciencias y facultades, esfera en la mano, y Mercurio una trompa. Llevaba en la cabeza, y en los hombros alas y en su acompañamiento doctores con capirotes y borlas.

»El sol, presidente en el cuarto cielo, iba vestido de carmesí, todo cercado de rayos de oro; iba solo como sol.

»El quinto lugar tuvo Marte con su mujer Belona: aquel armado de punta en blanco, y ésta ricamente enjoyada. Precedíales una compañía de gallardos soldados armados.

»Plutón, dios del infierno, vestido de negro y colorado, con bomba encendida en la mano, ocupaba el sexto lugar.

»Neptuno, el séptimo, con vestido azul, tridente en la mano, caballero en un delfín. Y Anfitritis su mujer, con galano ropaje sobre una ballena, le acompañaba. Llevaban por delante vistoso acompañamiento de veinte y cuatro ninfas con mantos de preciosas telas, guarnecidos de joyas y pedrería, con tocados de espumas, hechos en galana forma, con velillos de plata sembrados de varias joyas, y al último una sirena en caballo blanco, de la cintura arriba en forma de mujer, lo demás de pescado.

»Júpiter ocupó el octavo lugar: adornábale armador y calza carmesí, de rica obra: rodeábanle el cuerpo vistosas rosas; coronábanle rayos de oro, que pendían también de un arpón que llevaba Juno su mujer, y hermana iba a su lado ricamente vestida, con una cuna en la mano. Era grande el acompañamiento que delante llevaban.

»El perezoso Saturno, llevó la retaguardia, vestido de negro, corona en la cabeza y cetro en la mano, comiendo sus hijos. Ope, su mujer, procuraba impedirselo. [224]

»Siguiéronse después las cuatro partes del mundo. La África, ricamente aderezada, traía quitasol e incensario en las manos en señal de los frutos de aquellas tierras, y de los efectos que el sol causa en ellas. El rey de Guinea salió propiamente vestido. Era morcillo el caballo en que iba, traía las insignias reales, cetro y corona y paje de guión.

»A la África siguió la América, vestida al uso de la tierra con las armas y divisa de ella. El Inca vestido con propiedad.

»La Asia fue en tercer lugar, rodeada de lo que abunda aquella provincia, cera y sedas, que representó en su traje rico y vistoso. El Turco vestido con mucha riqueza y gala. Sus armas las llevaba el paje de guión, con majestuoso acompañamiento de turcos.

»Dio el complemento a esta máscara nuestra Europa, vestida muy galanamente, con estoque en la mano, a quien siguió un grave acompañamiento de grandes señores y caballeros de hábito, y del Tusón, que cortejaban a nuestro católico Rey don Felipe IV (que guarde Dios). Precedió a todos estos títulos el capitán de la Guardia, con que se dio fin a esta máscara.

»Siguiose otra de varias, muchas y graciosas invenciones, que bastantemente movieron la pasión de la risa: no se refieren, porque fueron más para vistas que para narradas. Ocupaban ambas muchas cuerdas, y así hubieron menester el gobierno de tres sargentos mayores, que repartidos en sus puestos la gobernaron a satisfacción del señor Presidente y Real Audiencia.

»El viernes 9 de setiembre se corrieron toros. Hiciéronse por los caballeros (que entraron lucidamente a la plaza) como por los de a pie, extremadas suertes, y siendo muchos los toreadores, ninguno salió con detrimento, que la ferocidad de estos animales reconocía y respetaba la santidad, a cuyo honor se hacían estas fiestas. A la noche salió otra máscara con muchas invenciones y gastos, que hicieron los oficios.

»Sábado diez de setiembre, ni fue de menos regocijo, ni faltaron primores en los caballeros en los toros que se corrieron. Este día fueron pocos por dar lugar a las cañas: para que hicieron seña cuatro clarines de las cuatro esquinas de la plaza, por ser cuatro [225] las cuadrillas, cada una de doce caballeros (que harían con los padrinos en número cincuenta y dos) que se vieron a un mismo tiempo correr parejas por los cuatro lienzos de la plaza, tan uniformes, que parecía gobernaba un solo caballero ambos caballos. La bizarría de los caballos, lucimiento de vestidos, libreas costosas, supongo como pedían tan nobles personas.

»Hechas sus entradas comenzaron a jugar con primor sus cañas, deseando cada uno dañar en competencia al contrario; puso las paces un toro, con que entró la noche.

»Domingo once de setiembre estaban prevenidos dos tablados, y vestidos los cuatro lienzos del palacio de riquísimas colgaduras: en el lienzo del oriente estaba vara y media en alto el teatro terraplenado, en que se habían de personar las comedias, no por comediantes, sino de los capitanes, sargentos mayores, caballeros de hábitos, licenciados y nobles del Reino, que presentó el señor Presidente, efecto de su gran devoción al esclarecido padre fray Francisco Solano, cuya bendita imagen estuvo éste, como los demás días, allí debajo de un cielo de rico terciopelo verde y sobre dosel del mismo color. El retrato del Santo renovaba las memorias de su vida y muerte, y movía dulcemente a los que con atención ponían en él los ojos, a gozo, devoción y ternura del corazón.

»En el lienzo del occidente estaba otro tablado, que cubrían riquísimas alcarifas turquescas, y pretendía competir con el techo de las altas paredes. Aquí tuvo su lugar el señor Presidente, el señor Obispo y la Real Audiencia. Seguíase el nobilísimo Cabildo secular. Al lado siniestro de éste estaba otro tablado de la misma altitud, y en él la autoridad sagrada del Cabildo eclesiástico y clerecía, y gente ilustre de la ciudad; y en el diestro, otro con no menor aparato, «que ocupaban las religiosas familias de las Ordenes. El vacío de abajo llenaba la numerosa gente de la ciudad y la de sus valles y lugares circunvecinos, que había concurrido a ver sus maravillas.

»Martes trece de setiembre, se pusieron todas las tarjas en los doseles del teatro; a muchas les faltó lugar con ser el de aquel [226] de tantos espacios. Púsose un aparador cubierto de rica tela blanca, adonde se colocaron los premios en grabadas fuentes; y habiendo el día antes los ilustres jueces juntándose a hacer juicio, lo hicieron recto. Salió al teatro un secretario, y habiendo cantado una letra y orado una oración de maravilloso ingenio en loor del santo fray Francisco Solano, leyó una discretísima ficción poética. Introdujo a Apolo, que hacía juicio de las glosas; dio el repartirlas con donaire y placer, y en los tres certámenes fueron premiados los que más se adelantaron, cuyos nombres, glosas, canciones y sonetos, no caben en tan breve escritura, y por eso no se escriben aquí.

»Repartidos los premios, se cantó una letra en gloria del Santo; y bajando del tablado el secretario, danzaron en él doce hombres adornados y con preciosos vestidos turqueses, un sarao, con que se dio fin a los regocijos a las ocho de la noche, hora oportuna para que se encendiesen los fuegos, que estaban prevenidos en la plaza, y los viesan todos los que al repartir los premios habían asistido, que fue el mismo concurso que el de las comedias: disparose un castillo y un árbol vestido de bombas y cohetes, que pareció intervenir en su artificio Plutón.

»No se pudieron continuar estas fiestas con dos comedias, de que los plateros se encargaron, por haber sido apresurados, y así se dilataron hasta el veinte de setiembre. Hízose en el tablado y teatro un jardín hermosísimo, donde se puso una fuente de plata, fundada en arquitectura: tenía basa, y columna, y tasa, con una columna compósita de sobrepuestos. Sobre la tasa estaba una pirámide con cinco caras de agua, que la tasa recibía, todo de sobrepuestos y cincelado de valor inestimable. El complemento de estas fiestas le dieron las buenas nuevas que luego vinieron a la ciudad, porque al tiempo y cuando se celebraban las glorias del Santo, treinta indios valentones de tierra de guerra, los más escogidos y soldados de grande opinión, vinieron muy encubiertos por unas montañas para dar en unas estancias junto a la ciudad de Chillán, en nuestras tierras, y quemarlas, y llevar la gente que pudiesen. Fueron sentidos de algunos soldados

españoles que [227] el gobernador tenía en cierto paraje, y errando con ellos pelearon matando nueve, y cautivando veinte que llevaron al gobernador en triunfo: sólo se escapó uno mal herido que llevó la nueva a sus tierras. Juzgó (dice el gobernador en una carta que escribió a Lima al venerable padre fray Juan de la Concepción) ha sido este suceso por medio e intercesión del santo Solano, que aunque en la cantidad no era el mayor, en la calidad ha sido una gran suerte porque eran los mayores corsarios que tenían en tierra de guerra y los más formidables».

La noticia de estas fiestas celebradas en honor de fray Francisco Solano, que desde entonces quedaba elegido patrono de Santiago por órgano de sus legítimos representantes los señores del cabildo, había llegado hasta Madrid en una relación que el muy reverendo padre maestro en Santa teología fray Agustín Carrillo de Ojeda, del hábito de San Agustín, compusiera de orden superior, y que el cronista de la religión franciscana remitió en estampa <sup>(229)</sup>.

Circulaba también en aquella metrópoli un libro impreso en Lima en 1629 con el título de *Vida, virtudes y milagros del santo padre fray Francisco Solano*. Su autor el padre fray Alonso Mendieta que deseaba sacar en el año que corría de 1643 una segunda muestra de la obra con nuevas adiciones, dio casualmente con el indiano Pedro de Oña que desde cuatro años antes <sup>(230)</sup> por su poema *Ignacio [228] de Cantabria* cosechaba aplauso y admiraciones de los teólogos y literatos de más nota en la corte. El religioso licenciado, que estaba al cabo de la elección que la ciudad capital del reino en que naciera, había hecho de su patrono en el bendito fray Francisco, sin más ni más se entendió con el bueno de fray Alonso y le ofreció trabajar para los documentos de introducción de la segunda estampa que proyectaba, una pieza poética de gran efecto. Estaba interesado en ello como buen creyente, como poeta místico y, sobre todo, por su doble nacionalidad de chileno y de americano, ya que americano, por el teatro en que figuró, era aquel cuyas virtudes se trataba de preconizar.

Puso, pues, mano a la obra, y pronto viose con agrado en una de las primeras páginas de la edición proyectada una *Canción real del licenciado Pedro de Oña, en que se recogen las exequias del santo, derramadas por este docto libro. Introduce el poeta al río Lima, hablando con el Tibre de Roma; para el intento de todo lo aquí escrito*.

#### RÍO LIMA AL RÍO TIBRE

A ti, que en otra edad, si más dorada,  
menos feliz por Arbula solías  
ser conocido; nombre a la blancura,  
de tus cristales dado; en cuyos días  
aún era tu corriente venerada  
del culto, que hoy le dan, como en figura; [229]

A ti; que de una fuente naces pura,  
(blasón del Apenino)  
y poco de él distante,  
no en corta cuna ya, sino gigante  
te mira el Aretino

correr soberbio; si besar te mira  
humilde la mayor de todas ara,  
(de Rómulo sitial, de Remo pira)  
donde en pequeña cruz la gran Tiara  
remata de otro Arón más ensalzado:  
a cuyo Apóstol pie (si bien calzado  
de pastoral abarca)  
se postra con su púrpura el Monarca.

A ti; que en curso eterno a paso libre  
por Hostia vas entrando al mar Tirreno  
y admiración le das en vez de parias;  
a ti, pues, Río claro, Río bueno,  
si en otros tiempos Albula, ya Tibre;  
que a iglesias de una fe, en regiones varias  
das con tus ondas luz, das luminarias;  
yo, aquel indiano Lima,  
que nunca está en silencio,  
saludo suplicante, y reverencio  
desde mi enhiesta cima,  
donde en su centro están blancura y frío,  
(triste de quien la ve de cerca, o bebe)  
y dónde, si la embiste el sol con brío,  
del mismo sol es émula mi nieve:  
yo, pues, alegres nuevas [Tibre santo]  
a darte vengo. Escúchame; y en tanto  
te para, o te serena;  
o ven con pie ladrón pisando arena.  
Sabrás que un sol (no viento, aunque Solano)  
saliendo por Montilla, en mí se puso,  
de luz dorando el aire, el mar, la tierra;  
con que a la densa lobreguez se opuso  
del ángel enemigo, y mundo insano  
y desa, que nos da intestina guerra.  
Mis llanos te lo digan, y la sierra;  
por donde con desnuda  
planta corrió Francisco  
tras la ovejuela, ausente de su aprisco,  
que la garganta cruda  
iba ocupando ya del fiero lobo.  
Y digan (pues les consta) mis jueces,



si alegre a la majada con el robo  
volvió sobre sus hombros muchas veces,  
a los de buen pastor, hallando espinas,  
que a costa son de sangre, clavelinas:  
mas, la del cielo angosta  
vereda, no florece a menos costa:

sobre el casero polvo pudo apenas  
mal firme señalar dudosa planta;  
cuando en la vida entró con pie derecho [230]  
sin que torciese un paso de la santa.  
Ni bien rompió la voz niñas cadenas,  
cuando el divino amor habló en su pecho.  
Vistió poco después el saco estrecho  
de aquel humilde Santo,  
que sucedió en la silla  
del Serafín mayor; si quien se humilla  
subir merece tanto;  
allí de rojo humor la tierra tire,  
orando allí le ve la noche larga;  
y más holgado está cuando se ciñe  
allí con dura cuerda tosca sarga;  
no sale de la celda sino al coro;  
guarda de la virtud el gran tesoro,  
y guárdase del vicio:  
que en esto es guardián desde novicio.

Novicio tal, que los profesos notan  
cuan adelante pasa, cuanto luce  
su religión impar, su ejemplo raro:  
lumbre y farol, que al puerto los conduce,  
cuando los otros vasos se derrotan:  
farol en vela siempre, y siempre claro.  
Deje Mesina de alabar su faro,  
y Rodas su coloso:  
(si fue milagro al mundo)  
porque del sol primero al sol segundo  
es este sol hermoso:  
que por comunicar su luz más lejos  
del Norte vino al Sur; pasó agrias vías:  
hasta que con bellísimos reflejos

en las gorgóneas ondas<sup>(231)</sup>, y en las mías  
reverberó: y los valles con las cumbres  
bañando fue de milagrosas lumbres;  
y así templó sus rayos  
que, deshaciendo Agostos, hizo Mayos.

En ánimas de arena infructuosa  
jardines labra y entreteje flores,  
para que pase Dios allí la siesta;  
(Dios, antes de venganzas, ya de amores)  
cortando allí el clavel, aquí la rosa,  
a ruego de la mística floresta.  
¡Oh! ¡qué trabajo, y qué sudor le cuesta  
al jardinero santo!  
¡Con cuánta pena esquivada,  
con cuánto afán lo planta, lo cultiva,  
y riega con su llanto!  
Mas, como a la labor se siga el fruto,  
no echa de ver si va pisando abrojos  
con pie descalzo, y no con rostro enjuto:  
que es propio del amor andar sin ojos. [231]  
Mas, ¿quién vergel hiciera un arenisco  
sino la fuerza y fe de este Francisco?  
¡Derecho tuvo al nombre  
de aquel tan parecido al Dios, y hombre!

Aquel (entre infinitos) árbol solo  
(bien como el gran pastor le vio romano),  
que sube sus pimpollos hasta el cielo:  
con su raíz no es hondo el Océano,  
y las propaga de este al otro polo.  
La copa de él, circunda cuanto en vuelo  
guía el señor de la materna Delo;  
y más si a más distancia  
en llano alumbra o sierra:  
sus flores son abriles de la tierra  
el aire, a su fragancia  
es ámbar; abrigado entre jazmines  
su fruta (en platos) mártires envía  
por ante a Dios, por postre a serafines;  
del Persa, del Japón, de la Turquía,

hay fruta roja: envuelta en velo pardo,  
hay árbol tan umbroso, tan gallardo,  
que en Siria (Sión se nombra)  
con una rama das a un monte sombra.

Desde sus tiernos años hoja bella  
de este gran árbol fue mi primitivo  
celícola, que siendo virgen hoja,  
ser mártir deseó<sup>(232)</sup>; y ese motivo  
al soplo de un Solano dio con ella  
en este mar, donde mi humor se arroja:  
mas, aunque vuelto en clavelina roja,  
no vio su blanco lirio,  
ni el confesor guerrero  
bañó su estola en sangre del cordero;  
especie de martirio  
llamarse puede aquel fervor ansioso  
de dar la fiel cerviz al mártir yugo  
entre gentil dominio criminoso;  
si un gastador deseo es buen verdugo  
con estas ansias, pues, no en busca vino  
de plata en toda ley, ni de oro fino:  
que quien del cielo trata  
escoria el oro es, orín la plata.

Por bien mayor a su sandalia deja:  
del gaditano margen se despido;  
al barro da los pies, al mar se lanza,  
por alumbrar al indio, que reside  
en bárbara provincia: si él se aleja  
de aquella luz que quien la pide alcanza.  
Y por hurtarse a voces de alabanzas<sup>(233)</sup>, [232]  
que el justo, no fingido,  
la juzga por sirenas,  
y antes hallarse quiere a las faenas  
del timón el curtido,  
y ese otro marinaje, que a su canto:  
por ser el popular aplauso un viento  
que entra sutil al corazón más santo,  
haciéndole al oído un dulce acento,  
tan dulce que si el paso no se ocupa

con cera de humildad, no habrá chalupa,  
ni galeón que baste  
para que no se dé con todo al traste.

Por eso pues a tierra firme pasa  
y un fiero temporal en la Gorgona  
lo encierra; donde el mismo navío,  
(con ser en fortaleza una mahona)  
por medio ve, que su movable casa  
se parte con horrísono desvío.  
¿Mas quién dirá de aquel cristiano brío?  
¿De aquella fe animosa?  
¿Con qué a morir dispuesto  
de pies Francisco en la toldilla puesto  
con mar y vientos osa  
sólo quedarse? Oh cuánta esclava gente  
(habiéndola instruido y bautizado)  
al cielo van desde la sacra fuente<sup>(234)</sup>:  
cielo, que noble, viéndose obligado,  
en el esquife a cuantos caben saca;  
que imprimen (a pesar de la resaca)  
sus labios en arena,  
de llanto abriendo una copiosa vena.

Va el botiquín a tierra, y viene a bordo:  
y el último se queda (heroico celo)  
en su alta popa el gran varón; pasando  
por agua los etíopes al cielo.  
De predicar no cesa: y aunque sordo  
de lo que ronca el mar, lo está escuchando.  
Al fin descende por la escala, cuando  
no queda ya quien baje,  
y entre confusa grita,  
al barco, de remate ya lo cita  
para el postrer viaje.  
El preñado batel no bien se alarga,  
cuando la media nave no teniendo  
a quien respete ya, preciosa carga  
en los abismos da con alto estruendo: [233]  
cierta señal sino milagro visto  
de que la tuvo en pie (queriendo Cristo)

el que en sus llagas posa,  
y es a la llama de ellas mariposa.

En tierra estando, con su voz y ejemplo,  
mudo predicador y con sus obras,  
al natural poder aventajadas,  
¡serenas turbaciones, y zozobras!  
Hace de aquella soledad un templo,  
las ánimas alienta desmayadas  
respétanle coléricas espadas,  
que el interés desnuda,  
cuando por medio de ellas  
en sus espaldas va clavando estrellas  
la disciplina cruda,  
(¡Oh! ¡ciega, oh! vil codicia) por la ropa  
que va sacando el mar a su ribera  
de la que ya tragó, infelice popa,  
mal estimada de él, pues la echa fuera;  
para que contra ti (¡oh! codicia) clame  
la sangre que verter hiciste. Infame,  
idólatra codicia,  
¡que adoras lo que el agua desperdicia!

De la Gorgona en otro vaso viene,  
que Panamá le dio, a pisar mi valle <sup>(235)</sup>.  
Mas ¿quién habrá, que sus proezas diga?  
Su gran valor me manda que las calle,  
y ese valor, (si el agua lengua tiene)  
¡Oh! Tibre a celebrártelas me obliga:  
callo, que la obediencia tan su amiga,  
(para que allá mostrase  
lo activo do su fuego)  
al Tucumán le despachó a su ruego,  
donde la fe sembrase.  
Callo los que cogió, valientes frutos;  
sus maravillas callo, y cuanta copia  
de espinas labró, diamantes brutos,  
con eficaz buril, con sangre propia.  
Sus fundaciones dejo <sup>(236)</sup>. Sólo digo,  
que allí la limpia ley creció a su abrigo,  
y como en él crecía,

si don de lenguas, don de profecía.

Diga el ameno, ahora paraíso,  
como terreno entonces infecundo,  
(mal huésped a los hombres y animales)  
la fuente, que este abrió Moisés segundo,  
cuando la tierra despoblar se quiso [234]  
por la sedienta falta de cristales;  
donde hoy se ven aceñas y frutales<sup>(237)</sup>.  
Diga la horrible Parca,  
(a nadie lisonjera)  
si vuelve cuatro la vital ribera,  
habiendo ya en su barca  
pasádoslos Carón. Confiese el fuego  
si obediente le fue, y el mar si puso  
su alborotada cólera en sosiego.  
Hágame lenguas yo por quien compuso  
la suya; lengua en él también templada,  
que mientras tuvo el alma encarcelada  
en el corpóreo velo,  
no dio palabra al aire, sino al cielo.

Quiso mi estrella, quiso el cielo santo,  
que a mi país del Tucumán volviera  
aquel a quien los brutos, peces, aves  
en tierra, en agua, en la región ligera  
con su ferocidad, mudez, y canto  
servían mansos, frescos y süaves:  
como si hubiera dádole las llaves  
de todos sus te[s]oros  
en selva, en mar, en viento  
aquella, que es de Dios el instrumento;  
pues los heridos toros  
humillan a sus pies la armada frente,  
y en abundancia peces y marisco  
(a donde río no los da ni fuente,  
ni mar los cría) buscan a Francisco;  
libres las aves, con alegre salva,  
a saludar le vienen, como al alba<sup>(238)</sup>;  
y no es venida en vano,  
que es alba, y sol mi cándido Solano.

Mas, no es el bello albor así agradable  
al fastidioso enfermo desvelado,  
como su rostro plácido y modesto,  
ni al que por un desierto pasa helado  
el rubio sol salió tan amigable,  
si bien a la maldad nocturna infesto;  
ni vierte, al reventar por el recuerdo.  
Mas vivos resplandores  
que los que le rodean  
cuando procura más que no le vean,  
hablando a sus amores  
en éxtasis veloz, que de la tierra [235]  
el tardo cuerpo al aire lo traslada<sup>(239)</sup>.  
Sol que a mis humedades hizo guerra,  
y así mi lobreguez dejó ilustrada,  
que con dudoso rayo en una hora  
purgó mis aguas. Oye, Tibre, ahora,  
oye que a ti consagro  
de los que suyos vi, el mayor milagro.

Dudoso rayo dije; porque habiendo  
la voz alzado equívoca en la plaza  
de la ciudad, que el nombre tiene mío,  
vieras allí [del cielo fue la traza]  
entrar por todos un temor horrendo,  
y luego arder el corazón más frío.  
Vieras al tiempo que con pie sombrío  
va entrando la que esconde  
ilícitos placeres;  
en tropas hombres, de tropel mujeres  
que, sin sabor y a dónde,  
tan vagas como atónitas corrían:  
y al confesor primero que pasaba,  
asiéndose al manteo, le pedían  
que allí (si en puerta, o callo las hallaba)  
a la secreta luna las oyese;  
porque de su dolor testigo fuese  
el fácil astro amigo:  
queja de sus ofensas fue testigo.



Allí de cuatro lustros mal calladas;  
por ser atroces culpas a la boca  
saliendo van con aguas de los ojos;  
restituirse en cantidad no poca  
allí se ven haciendas usurpadas:  
y aquellas, que a un encuentro son despojos  
de libre lengua, o llama entre rastrojos.  
Aviéndose enemigos;  
mil torpes amistades  
llegan a ser conformes voluntades  
con párroco y testigos;  
espaldas mil rojean penitentes;  
en su lugar no queda cruz enhiesta;  
los templos al concurso están patentes:  
está la blanca prenda manifiesta.  
Repártense en aquella noche sola  
entre la oscura gente, y la española  
seis mil (dudarse puede)  
de aquellas, que a mi Rey su amor concede. [236]

Antes que el día venga no esperado,  
(creyendo ser el término postrero  
la gente aquella noche de su vida)  
tal fruto coge el celestial obrero,  
con solo haber tan eficaz hablado<sup>(240)</sup>;  
haciendo luces dos. ¡Oh! qué cumplida  
cosecha. ¡Oh! cómo espero que no mida  
mis costas ya el pirata,  
o que lo intente en vano,  
si le entra por la proa este Solano;  
custodio de la plata,  
que está brotando siempre aquel fecundo  
cerro, que entrambos mundos alimenta<sup>(241)</sup>,  
y es nuevo Atlante de uno y otro mundo,  
si yo quisiese (¡oh! Tibre, darte cuenta  
de otros milagros de él; siquiera en suma)  
primero los vellones de tu espuma  
a numerar me atrevo,  
y los traviesos átomos de Febo.

Pero (si por ventura) el gusto inclinas

a no ignorar cómo pasó en resumen  
su justa vida y su preciosa muerte;  
las joyas puedes ver de este volumen,  
adonde humanas letras y divinas  
la erudición con elocuencia vierte.  
Así la hubiera en mí para moverle,  
a que en tu nombre, y mío,  
como de mis Pastores,  
del Serafín en carne, y sus Menores  
con un afecto pío  
al Sumo Archimandrita suplicaras,  
y a los que con la púrpura y capelo  
son lumbre de la Iglesia y sus aras.  
Que a este Francisco, a este varón del cielo,  
que tanta perfección en sí acrisola,  
con la mayor honrasen laureola <sup>(242)</sup>;  
como a la flor primera  
que santa inclina el cuello en mi ribera. [237]

Esto, que pidas, pido: y si conviene,  
repárate cortés a suplicarlo,  
y aguarda que comience el poderoso,  
el gran bisnieto del ínclito Carlo <sup>(243)</sup>,  
el que por juro hereditario tiene  
(católico vigor, celo piadoso)  
en peso a Roma (;oh! ¡peso glorioso!)  
y nunca en él torcido.  
No pongas, pues, en duda,  
que la Cristiana Majestad acuda  
a lo que yo te pido:  
pues suyo es el Perú, por buen derecho,  
y suyo el interés de que la tierra  
produzca fértil (al primer barbecho)  
al que por Santo aclaman valle y tierra:  
dichoso yo, y dichoso desde luego,  
si a instancia de Felipe y a tu ruego  
(hay Padre, hay Tibre sacro)  
mis aras ha de honrar tu simulacro.

Tú solo en buena ley de antonomasia  
eres el sacro, el venerable Río,

no yo, ni el Indo; en cuyo testimonio  
te ofrezca su caudal, te rinda el mío,  
el perlas, oro yo, por Mirra y Casia;  
si a mi Solano sopla tu Favonio,  
dichoso yo otra vez, si al mar Ausonio,  
(como al sur vecino)  
llegar pudiera un día,  
precipitando la corriente mía  
por ver aquel divino  
pastor, que bien conoce a su ganado:  
y bien que dar el silbo no aprovecho,  
arroja pocas veces el cayado  
dejándole crear su lana y leche:  
diera mi boca yo a la planta suya,  
pontifical sandalia:  
pende la cristiandad y tiembla Italia.

Canción, aislada os veo de mi parte;  
y para vadear tan grandes ríos  
caudal Cristóbal, ni Golias arte  
lleváis; porque este yerro entre los míos  
encelado parezca; mas ¿qué temo  
si en hombros vais de un santo Polifemo?  
Parad, que quien lo manda  
os dejará de pies en la otra banda.

Esta pieza, sin duda la más interesante de cuantas conocemos del licenciado chileno, se hace notar por la elevación de su estilo, por más que trasposiciones violentas y otras figuras de un gusto no [238] muy puro vengan en ocasiones a deslustrarla. La ficción a que el poeta ocurre suponiendo que el río Rimac se dirige al Tíber para referirle todos los prodigios atribuidos a fray Francisco nos parece demasiado violenta, como que deja traslucir en alto grado las huellas del culteranismo de mal tono de que el autor estaba ya viciado.

Contaba Oña al dar a luz su último trabajo probablemente la respetable cifra de sesenta y ocho años.

¿Qué fue de él después? Hay alguien que ha dicho, no sabemos con qué fundamento, que murió a poco de haber oído provisto de fiscal de la Audiencia de Lima, lo que indicaría, por consiguiente, que el poeta había abandonado su residencia del viejo mundo para volver a los templados aires de la ciudad de los Reyes.

Deseosos de certificarnos del hecho fuimos en demanda del archivo de aquella corporación por si el nombre de nuestro poeta aparecía en el acta de alguna sesión, por si había puesto su firma al pie de algún dictamen, cuál fuera la fecha de su

nombramiento o de su reemplazo; pero, por desgracia, nada o casi nada existe de los papeles que pertenecieron a aquella antigua autoridad<sup>(244)</sup>.

Oña fue sin duda el poeta más grande que tuvo Chile en su período colonial, y, como dice el señor Amunátegui, ha merecido bien de su país.

Como hombre, el recuerdo de su carácter bondadoso, honrado sencillo, amante de su patria y de su familia, no puede menos de despertar profundas simpatías; y como poeta, los versos del *Arauco domado* están destinados a durar bajo el doble aspecto de la historia y de la literatura. Su nombre fue familiar a los chilenos de la colonia, y su influencia muy notable en los escritores que posteriormente hablaron en verso, especialmente en Álvarez de Toledo que se precia de seguirle los pasos «cual en un f laco rocín».

△

## Capítulo X

Don Juan de Mendoza

Un poema inédito

Detalles bibliográficos.- Argumento.- Excelencia del fondo.- Discusión sobre el autor.- Análisis.

Pertenece también a la historia de la literatura colonial un poema sin nombre de autor, dividido en once cantos con cerca de ocho mil versos, destinado a celebrar las guerras de los araucanos y españoles en Chile.

Fue el manuscrito original en un principio de la reina doña Mariana de Austria, cuyas armas estaban grabadas en la pasta; pasó de ahí en seguida según toda probabilidad a la librería de Barcia<sup>(245)</sup>, concluyendo por ir a dar a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde lo halló el señor Barros Arana confundido en un rincón entre otros libros. Pero vemos ya que en el *Índice* de las obras raras y curiosas que Gallardo publicó en Madrid con las anotaciones de Sancho Rayón ninguna mención se hace de él.

El manuscrito existente en Chile fielmente copiado del original, no tiene más título que el sumario del Canto I, que dice así: [240]

*Hácese descripción de las provincias que el Reino de Chile en sí contiene. Las que por más belicosas han sustentado las guerras. Los modos que en gobernarse tienen, y algunas no escritas hasta aquí de sus costumbres y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola que, viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Curalaba.*

Entrando ya a su discurso hace el autor manifestación de sus propósitos en los versos siguientes:

La guerra envejecida y larga canto,  
tan grave, tan prolija y tan pesada  
que, a un reino poderoso y rico tanto  
lo tiene la cerviz ya quebrantada;  
y en el discurso de ella también cuanto  
han hecho memorable por la espada  
aquellos que a despecho del Estado  
el gran valor de Arauco han sustentado.

Los casos contaré más señalados  
en el discurso de esto acontecidos  
entre los españoles no cansados  
y los rebeldes indios invencidos.  
Los casos que jamás fueron contados  
dignos de ser por graves preferidos,  
al tiempo y al olvido en tal historia  
que vivos los conserve la memoria.

A vos, marqués invicto, a quien es dado  
egregio disponer de un mundo entero  
del gran monarca ibero señalado  
por recto, por preclaro, por sincero,  
suplícocos de favor necesitado  
lo deis con escuchar la que refiero,  
que estando el vuestro, basta de mi parte  
a que el decir exceda en todo al arte.

*Canto I*

Para llegar a su asunto, ha necesitado el poeta trabajar un compendio de los primeros tiempos de la historia de Chile, tan bien expresado por la concisión del relato, la rapidez de la acción y el fácil enlace de los sucesos, y trazado con pluma tan diestra, que en esta parte suelen bastarle dos pinceladas para presentar todo un cuadro a vista del lector.

[241]

Después que cuenta la muerte de Loyola es cuando puede decirse que comienzan a desplegarse los verdaderos propósitos del autor. Desde el canto III aparecen los caciques araucanos reunidos en consejo para discutir el plan que debe adoptarse en las futuras operaciones de la guerra. Muchos indios emiten sus pareceres, pero no hay uno solo de ellos que al través de sus arengas no sepa conservar una fisonomía propia y peculiar: el pintor descuella de nuevo esta vez por la felicidad con que maneja su pincel.

Entretanto, los soldados españoles de guarnición en un fuerte de la frontera, traicionados por un tal Sánchez emprenden la retirada hacia el Cauten. Llegan allí casi despavoridos, lastimados, y en medio del llanto de los niños y los ayes de las mujeres: acompáñalos el

poeta en su dolor y exhala sus sentimientos y apura su ternura. Los enemigos que llegaban casi a la empalizada del recinto, al percibir tan gran gritería, creen que viene socorro a los sitiados y emprenden la retirada; pero conducidos de nuevo al «que por el denodado Pelantaro se traba la batalla en un cerro inmediato. Hallábanse medio vencidos los indígenas cuando son auxiliados por doscientos de sus compañeros; arriba también Vizcarra en protección de los españoles; mas, aunque intentan prodigios de valor, habrían sido éstos derrotados a no venir en su protección el valiente Quirós, cuya ayuda fue tan eficaz que apenas si uno de los contrarios escapó la vida.

La acción se traslada después al Perú. Sabedores allí de la desastrosa muerte del gobernador Loyola, se describen los aprestos que se hicieron para la salida del convoy que se mandó a las órdenes de don Francisco de Quiñones.

Concluye con esto el canto quinto, para comenzar en el sexto la relación de un asalto dado al fuerte del Cauten por el cacique Pailaguala, que sale al fin derrotado.

Pelantaro auxiliado por Quelentaro se preparaba a incendiar el fuerte, a cuyo efecto había acopiado una grandísima cantidad de leña, y lo hubiera logrado sin duda a no ser por Iván y Quezada que le prendieron fuego anticipadamente, y comenzando a degollar [242] a la luz de la hoguera a los indios ebrios y amedrentados, consiguieron que se retiraran.

Por allá a lo lejos se divisan en el mar unas naves que azota la tempestad en las alturas de Juan Fernández y que traen el deseado socorro, que arriba por fin a Talcahuano. Dos hombres se acercan a las embarcaciones y uno de ellos relata a los recién llegados la historia de los padecimientos que por seis meses han sufrido en el fuerte los compañeros del capitán, Urbaneja, sitiados de los enemigos acosados por el hambre, disminuidos hora a hora por los combates de cada día, y el viaje que ambos han hecho en una canoa desde lo interior para demandar auxilios y referir los extremos a que se veían reducidos: parte bien interesante del poema en que el lector se siente conmovido y deseoso de aplaudir el talento del poeta que tan bien ha relatado el heroísmo de ese puñado de valientes.

Noticiados los indios de la llegada de la expedición, arriban en número de seis mil a presentar la batalla; pero con su derrota es socorrida la ciudad a tiempo que la vuelta de la primavera

Daba, vistiendo a Chile de verdura,  
la más noble sazón, graciosa y pura.

En el canto noveno se ofrece al lector el tiernísimo episodio de Guaquimilla y Anganamón y la fiesta a que da lugar, cuya relación aunque muy bien traída y no falta de interés, peca por demasiado larga, hace distraer la atención y aún preguntarse cuál es la verdad que pueda hermosearla.

Más tarde, aumentándose ya el gusto del autor, por las ficciones, supone que un mago indio pide a Eponamón que caiga sobre Chile una gran sequedad. Descríbese ésta largamente, y su pintura no carece de talento por la amena variedad con que está hecho el cuadro y el vigor de los tintes que han solido emplearse.

La ciudad en extremo afligida dirige su vista hacia Dios y le invoca con sentidas palabras. Se aprovecha el poeta de esta circunstancia para describir los efectos de la omnipotencia del Ser [243] Supremo, eligiendo con muy buen gusto las grandes escenas de la naturaleza, los ríos, las montañas, la luna y los astros, etc.

Distrae después su musa contando la venida de los holandeses a las órdenes de Simón de Cordes a las riberas de Castro. Se le aparece entonces al intruso la Venganza, le manifiesta los castigos que en el mundo ha ejecutado con los ambiciosos desde Júpiter acá y le predice su muerte.

Una vez terminada la relación de las aventuras de los extranjeros, un cacique toma la palabra y les da noticias del lugar a que han arribado, la odiosa sujeción en que se tiene a los indígenas, y concluye con los últimos versos del poeta pidiéndoles que los liberte del yugo de los españoles.

Aunque la acción pudiera parecer a primera vista perdida en la serie de acontecimientos subalternos que la envuelven como procurando ahogarla, se destaca bastante bien el fondo y se reduce a la historia de los padecimientos experimentados por las ciudades españolas en la guerra de los araucanos al finalizar el siglo XVI, asunto verdaderamente dramático y digno de llamar la atención de la trompa épica. Pero el autor se penetró muy bien de ese defecto que resalta a la simple lectura de la obra, y cuidó, en consecuencia, de significar el porqué de su proceder, en unos versos que dicen así:

No os enfade, señor, en esta historia  
el ver que de mi pluma el boto filo  
os dejó en tanta boga la memoria  
tomando yo alternada por estilo,  
que orden la división hace notoria  
y no trama una tela un solo hilo:  
andar de grado en grado es de importancia  
para llegar al fin de una distancia.

*Canto II*

Pero esto mismo demuestra que el autor obedecía a un programa que supo llevar a término, dejando la puerta abierta para una continuación posterior. La ejecución del plan se resiente de demasiado desarrollo en los accesorios, que así difunde el argumento primordial y hace perder al lector el hilo de la narración. Si [244] Mendoza o llámese como quiera el que lo compuso, sabe contenerse al dar cuenta de los sucesos que contribuían a llevar al lector un cabal conocimiento del asunto destinado a recordarse en primera línea, es evidente que su obra habría sido la mejor ideada de cuantas nos legara nuestra antigua literatura. Así, por ejemplo, pudo acortar muchísimo la relación de los primeros sucesos ocurridos a los españoles desde que llegaron por primera vez a Chile, y hasta prescindir por completo de detalles anteriores a en asunto, suponiéndolos conocidos de aquellos a quienes se dirigía. Lo único que en su abono podría decirse es la circunstancia especial de que su trabajo se refería a un país tan desconocido como Chile lo era en aquel entonces en las cortes europeas, que, visto lo que hoy sucede, nos parece perfectamente posible que alguien al tomar el libro y leer en él el nombre de



Chile se hubiera preguntado qué posición ocupaba en el mapa de los pueblos de la tierra.

Más, prescindiendo de este particular, no debería juzgarse otro tanto respecto de alguno de los demás episodios que abultan la narración; por no decir de algunos en que se hace relación en términos desmesurados de unos juegos a que los araucanos se entregaron en la celebración de una fiesta.

Mientras tanto aparece del caso no seguir adelante sin que insistamos antes por un momento en la averiguación del autor de la pieza literaria que nos ocupa.

Como hemos dicho, este poema no lleva a su frente ninguna indicación que pueda darnos a conocer tan importante detalle; pero sin desanimarnos por eso, veremos que se encuentran en el cuerpo de la obra algunas circunstancias que debemos citar para que nos sirvan de punto de partida en nuestras investigaciones. Se hallan al final del *Canto V* y dicen así, refiriéndose a la época en que se juntaba en el Perú el socorro que debía mandarse a Chile:

.....

Se hizo una lucida compañía  
de bélicas personas y cursadas  
en armas, en conquistas y en entradas. [245]

Otros también sin éstos concurrieron  
gente voluntaria y escogida  
que como yo de grado se ofrecieron  
al reparo de Chile y la caída;  
las vidas por su rey sólo ofrecieron  
y yo al servicio suyo aquesta vida,  
que aqueste de continuo fue mi oficio  
y este ha de ser continuo mi ejercicio.

Aún diez y ochos años no tenía  
a la sazón que digo, y justamente  
los cuatro ya gastado en esto había  
yendo de clima en clima y gente en gente,  
unas veces debajo el mediodía  
y otras del equinoccio<sup>(246)</sup> y sol ardiente,  
jornadas intentando por partidas  
que aún no son por noticia conocidas.

Aliviaba primero entre fragoso  
abriendo por malezas el camino  
en busca del palacio suntuoso

llamado del Damaine de contino,  
donde del andado sol lumbroso  
está la gran figura de oro fino,  
a quien la guardia siempre haciendo fieros  
suceden a tres mil, tres mil flecheros.

Salvo de esta jornada cruel y dura  
donde sin sepultura en montes yertos  
quedaron de la hambre y desventura  
los más de los amigos caros muertos,  
(que poco la memoria del mal dura)  
acometiendo nuevos desconciertos  
en un frágil madero no medroso  
pasé el paso de Ancerma peligroso.

Por medio de una sierra que se taja,  
o son dos cordilleras casi iguales,  
tan rápido un corriente se abaraja  
que todo es remolinos y raudales.  
Nota en qué punto va quien por el viaje  
en doce horas le lleva no cabales,  
(si no lo hecha del mundo su destino)  
al fin de ochenta leguas de camino.

Al rico Zaragoza llegué a suerte,  
y pobre de salud a los humanos  
a donde la ministra de la muerte  
que siempre allí acomete a los más sanos  
me puso en un letargo y mal tan fuerte  
que fue dicha salir de entre sus manos:  
la Parca me dejó creyendo cierto  
que no estaba en mi juicio sino muerto. [246]

De aquí la cara pálida y difunta  
del pródigo Esculapio socorrido  
llegué donde Nichi su cuerno junta  
al del potente Cauca retorcido,  
dejándose al cerrar los dos en punta,  
formando un tal pirámide que subido  
cual sombra de la tierra desde el suelo  
no es mucho que llegara al primer cielo.

Después de lo que digo no contento  
de andar aventurado y peregrino,  
puesto como Colón el pensamiento  
de abrir a un nuevo mundo otro camino,  
buscando de San Jorge el nacimiento  
subí siguiendo a Trago y su destino;  
San Jorge que entre riscos propiamente  
dicen que como el Nilo tiene fuente.

Entre un muelle de peñas temerario  
donde de nácar tiene la orna viva,  
sale el sagrado viejo solitario  
y setecientas leguas se deriva:  
cruza sobre su frente de ordinario  
la grande cordillera fugitiva  
que tiene según fama las espaldas  
lastradas de oro fino y esmeraldas.

¡En el discurso de esto qué de cosas  
difíciles pasé, cuántas montañas  
de arcabucos rompí maravillosas,  
pues qué yermos pasé, pues qué campañas,  
qué empresas no emprendí dificultosas!  
Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,  
que al fin se quedó atrás el pensamiento  
que lo asedió el humano entendimiento.

Las venas vi y profundas tragaderas  
del cuerpo de quien todos somos hijos,  
los secretos del mar respiraderos  
que salen por conductos y escondrijos,  
los negros e infernales sumideros  
que el azufrado fuego brotan fijos  
y otras mil extrañezas que en el encierra  
aquesta casa grande de la tierra.

Víboras de corales vi funestas,  
sierpes de cascabeles sonadoras,  
la icotea que la casa lleva a cuestras,  
los grasos semibueyes nadadores

el perseo enemigo de las cuestas,  
los nietos de Saturno voladores,  
los micos que al pasarlos hacen sogas  
y el lagarto que el agua nunca ahoga. [247]

Sin estas animalías vi infinitas  
de tales calidades y figura  
que no pudo dejallas Plinio escritas  
porque ignoró su forma y su hechura:  
las siete maravillas exquisitas,  
de quien la fama antigua tanto cura,  
ya es vano exagerallas ni escribillas  
teniendo el mundo tantas maravillas.

Habiendo lo que digo, pues, pasado  
y de otro nuevo mundo los mojones,  
llegado contra el bárbaro alterado  
hallé ya desplegados los pendones  
y el ánimo de nuevo levantado  
a verme entre araucanas ocasiones;  
tuvo, entretanto, amigo, yo por bueno  
pasar al reino indómito chileno.

Haciendo el tiempo cierta la partida  
y más nuestra priesa la tardanza  
la prevención el término cumplida  
y claro el sentimiento la mudanza,  
oyendo el tardo son que nos convida,  
llenos de tierno afecto en ordenanza  
del caro pueblo al fin nos despedimos  
y al no distante puerto nos partimos.

Otro escuadrón formado diferente  
de nobles capitanes y varones,  
sacó de la ciudad alegremente  
al noble don Francisco de Quiñones;  
mostrando su sereno continente  
más claro que pudieran mil renglones,  
ser entre unión tan ínclita y granada  
el digno capitán de tal jornada.

Ya por donde a Telus. . . . .  
dejando alegre campo a las sirenas  
casó cada. . . . ; cada maroma  
izadas hasta el topo las antenas  
con grito, con aplauso, con caloma  
en las boyantes naves de vivos llenas,  
salimos de los márgenes vecinos  
contentos de ir por ondas peregrinos.

Estímulo que siempre solicitas  
el pacífico ser de los mortales,  
adulador que ausente facilitas  
hasta los imposibles celestiales,  
enemigo común de donde habitas,  
principio, medio y fin de grandes males,  
quien te llamó deseo y impropriamente,  
pues eres propio daño de la gente. [248]

Tú quitas los reposos a las vidas  
y del materno nido las avientas,  
por ti por donde agujas van perdidas,  
qué bienes y mejoras las inventas,  
por ti en destierro van a mil partidas,  
y en parte no sosiegas y contentas;  
más, quererte enfrenar será infinito:  
¡Oh! ¡de la vida mísero apetito!

Con dictamen algo ligero se ha creído por algunos que estos pormenores rezan con don Luis Merlo de la Fuente, el que fue presidente interino de Chile por el término de cerca de cinco meses a contar desde el 16 de agosto de 1610; fundándose en unas palabras de don Gaspar de Escalona y Agüero que se ven impresas al frente del libro de Santiago de Tesillo, titulado *Guerras de Chile, etc.*, y que expresan lo siguiente: «Prosiguió escribiendo los sucesos de su tiempo el doctor Merlo de la Fuente, en estilo métrico». Mas, a nuestro juicio, por las razones que van a leerse, estas palabras del antiguo oidor de Chile no pasan de ser también una ligereza de su pluma, estampadas con muy poco conocimiento de la materia.

En efecto, conste desde luego, según los versos precedentes, que nuestro ignorado autor fue apasionadísimo por la carrera de las armas,

Que aqueste de contino fue mi oficio  
y éste ha de ser de contino mi ejercicio.

Merlo de la Fuente, por el contrario, muy tarde, sólo cuando estuvo en Chile, recién vino «con valerosos sucesos a subordinar la toga a las armas», por citar la textual expresión del oidor Escalona.

Consta también de aquel pasaje que el autor del poema llegó a Chile con don Francisco de Quiñones, es decir, en el último año del siglo XVI, al paso que los archivos de la Universidad de San Felipe y San Marcos testifican que Luis Merlo de la Fuente sólo en 28 de abril de 1607 se presentó a incorporarse de licenciado en cánones, así como dos días antes, siendo ya alcalde de corte, se le había admitido de doctor en el claustro.

[249]

Réstanos todavía que citar un documento aún más importante, por ser casi totalmente auténtico, o más bien dicho, porque procede de una persona muy inmediata a nuestro don Luis.

Es el caso que un hijo de su mismo nombre habiendo sido acusado por ciertas faltas en el ejercicio de su cargo de oidor decano de la Audiencia de la Plata, publicó en Madrid un escrito<sup>(247)</sup> en que al propio tiempo que procura vindicarse, cita en su defensa los méritos de su padre, enumerados muy al por menor y con todo el interés de su afecto filial. Pues bien, aunque hace hincapié en los servicios prestados a las letras por don Luis como doctor y alcalde, se cuida muy bien el atribulado oidor de atribuirle ninguna obra literaria, limitándose a colacionar en su elogio lo que de él dijeron algunos escritores.

Pero en verdad que esta disensión, además de hacerse fatigosa, peca por inútil, pues tenemos a la mano la explicación del error en que incurrió Escalona y Agüero. Junto con un libro que en verso publicó en Lima don Melchor Xufré del Águila iba una larga carta que el gobernador de Chile Merlo de la Fuente escribía dando cuenta «de los sucesos ocurridos durante su administración». Algo había, pues, dado que hacer a la pluma el gobernador togado, y casualmente se hallaba lo suyo en un libro de versos. Pero el crítico posterior confundió lastimosamente los términos, y sin más diligencias aseguró que el doctor Merlo de la Fuente había continuado «los sucesos de su tiempo» en estilo métrico<sup>(248)</sup>.

Quede, por lo tanto, establecido que no existe poema alguno conocido [250] de Merlo de la Fuente, y en último resultado que el que analizamos ahora no le pertenece.

¿Quién fue entonces su autor?

Sin pretender dar precisamente en la dificultad, aventuraremos una opinión que el juicioso lector estimará como fuese de su agrado y aquella le mereciere.

Muy al acaso, casi desapercibida se encuentra en el Canto XXIII de la obra que compuso el capitán Hernando Álvarez de Toledo con el título de *Puren indómito* una estrofa, que dice así:

No os pido yo el favor, no de Elicona,  
hermanas nuevo del intenso Apolo,  
que don Juan de Mendoza es quien abona

mi heroica historia, y basta el suyo solo:  
el cual, pues, de Elio quiso la corona  
ya es bien vaya del uno al otro polo  
la fama eternizando las hazañas  
del Marte nuevo honor de las Españas.  
(Pág. 455)

Conviene con este motivo fijarse en dos particularidades que se desprenden con toda claridad de la estrofa citada, a saber: que existió un poeta llamado don Juan de Mendoza, muy inclinado a la guerra, y a quien las musas habían protegido una vez que se le ocurrió celebrar las mismas hazañas que ocupaban la mente del que vino siguiendo sus huellas, esto es, la historia de don Francisco de Quiñones de quien Álvarez de Toledo escribía en ese momento.

Según las declaraciones expresadas en los versos del poema que analizamos, el autor fue y tenía la intención de permanecer adicto a las armas, y nada de extraño nos parecerá por consiguiente que andando el tiempo y hablándose de él en estilo poético se dijese que había alcanzado a ser un Marte, apodo muy corrientemente dado en aquel entonces en poesía a algún valiente campeón.

Sabemos que este «nuevo honor de España» trató en su libro, y desde que salió del Perú, de aquel bueno de don Francisco de Quiñones que tan simpático fue siempre a nuestros poetas.

Pues, estas tres coincidencias de un escritor guerrero cantando [251] los hechos de un determinado personaje (que aunque no sea el único y principal, bastante, sin embargo, para justificar el dicho de Álvarez), ¿no es un vehementísimo indicio de que debe considerársele, mientras no haya prueba en contrario, como el padre de este poema en once cantos, tan agradable de leer?

Sería fácil llevar más adelante nuestras conjeturas registrando antiguos papeles por ver si entre sus renglones se ha consignado el nombre de algún Juan de Mendoza, por cuyos hechos pudiéramos llegar a cabal conocimiento de salvar nuestras dudas; mas toda diligencia nuestra ha sido completamente infructuosa a este respecto<sup>(249)</sup>.

Prescindiendo de lo que ocurre con el autor de los tercetos que se registran en los preliminares de la monumental obra de Rosales, vamos a buscar en ella misma alguna luz sobre el Juan de Mendoza que Álvarez de Toledo citaba con tanto elogio. En efecto, refiere el diligente y estudioso jesuita que don Juan de Mendoza «fue muchas veces capitán y teniente de gobernador y capitán general, [252] mostrándose gran soldado y *jugando tan bien la espada como la pluma*, porque era gran letrado y abogado de varias audiencias del Perú y Chile, y auditor general por Su Majestad».

Era don Juan descendiente de «ilustre sangre» por su padre el capitán Juan de Cuevas, uno de los primeros conquistadores y pobladores de este reino, y por su abuelo Andrés Jiménez Mendoza, «de los primeros conquistadores del Perú, que habiendo vuelto a España le envió otra vez Su Majestad al socorro de las guerras del Perú, y vino con un navío y gente que trajo a su costa<sup>(250)</sup>»... [253]

Aunque nacido en Chile, no necesitaba, sin embargo, nuestro don Juan más ejecutoria de nobleza que la de sus propios hechos, cuya valía tanto estimó el marqués de Guadalcazar, que habiendo ido de estas tierras al Perú, le envió de allá por sargento mayor, cabo y gobernador de un cuerpo de ciento y sesenta soldados que trajo a este reinos<sup>(251)</sup>. Si hubiera ido a España, dice un grave y juicioso sacerdote que le conoció, el rey le habría premiado con un gran puesto<sup>(252)</sup>. Radicado entre nosotros después de haber confiado su ventura a una de las hijas del famoso Bernal de Mercado, parece probable que jamás intentara tentativa tan peligrosa, prefiriendo morir tranquilo en la apacibilidad de en hogar antes que correr los albures del favor real<sup>(253)</sup>.

Siguiendo, ahora nuestro interrumpido análisis, el poema de Mendoza (que así nos atreveremos a llamarlo en adelante) por sus condiciones está más próximo que ningún otro en nuestra literatura (aparte de la *Araucana*) de ajustarse a los requisitos indicados por los preceptistas como característicos de la epopeya: acción bastante bien circunscrita, detalles un poco extensos, pero muy de las circunstancias, episodios como el de Guaiquimilla que distraen agradablemente la atención del lector, etc. El desenlace debió sí buscarlo el poeta antes del punto a que llega en realidad, pues concretándose únicamente al sitio y destrucción de las ciudades españolas por los araucanos en el año preciso en que expiraba el siglo XVI, el tema se habría semejado mucho al primero que honró Homero con su lira inmortal.

Reúne también el trabajo en cuestión el no despreciable mérito de alejar de su fondo la credulidad sistemática de aquel tiempo, que hoy nos parecería grosera, atribuyendo a Dios y a la Virgen con sus milagros y apariciones una intervención imposible de admitir en la forma que ciertos poetas le han dado. Cuando en las [254] obras paganas asistimos a las deliberaciones de los dioses y presenciamos de cerca sus rivalidades, odios y amoríos, y en seguida los vemos mezclarse con los simples mortales, interesándose por la suerte de determinados personajes, ya sabemos desde un principio que todo eso pasa en la mente del escritor y de ahí a los versos que ha de leer el público como realizado imaginariamente y contado sólo para amenizar la relación verídica (si tenía cabida) con fábulas cuyo carácter salta a la vista. Mas, en la generalidad de los otros poemas referentes a Chile, los autores no tratan de inventar ni de reír, sino de presentar a la consideración del vulgo sucesos que suponen obrados por Dios para castigo, enmienda o socorro de los mortales. Hay, pues, una diferencia esencial entre la máquina poética de los antiguos o de las naciones europeas de una literatura propia, de la que los autores de la colonia ofrecen, bien sea puramente católica y religiosa, bien confundida con las ficciones del paganismo, o puramente alegórica.

Si sólo en parte puede servir de título de disculpa a esos poetas el empleo del milagro, en cuanto refleja las creencias de una época: los que abusan de las citas mitológicas (y casi siempre han abusado los que han tenido este prurito) se hacen en extremo fastidiosos con sus repetidas alusiones a los caballos alados, a Marte y a Venus y a toda la falange de los ideados pobladores del alto Olimpo. Mendoza, evitando en lo que de suyo tiene la relación que compuso, ambos extremos, no pudo libertarse de la ocurrencia de poner en escena personajes alegóricos, destituidos de interés, como sucede siempre que de ellos se trata, e hizo, según ya sabemos, que la Venganza contara largamente al pirata holandés los grandes entuertos que desde el principio ejecutara en el mundo.



Pero, en resumen, no podemos menos de convenir en que si el autor de nuestro poema hubiese procedido con más cuidado en cuanto a la hilación del argumento, su trabajo habría sido excelente, y como obra literaria, acortada en la mitad, sería mucho más acabada, más condensada y expresiva, y, naturalmente, más artística también. [255]

Ahora, en cuanto a la forma, la estrofa empleada por Mendoza es la misma octava real acostumbrada por Ercilla y demás. El lenguaje es poco castigado, por más que se deslice con harta facilidad y de un modo desembarazado. Sin embargo, a veces peca de hinchado, como cuando dice:

Rumor de terremoto o torbellino,  
fuerza de tempestad, temblor de tierra,  
estrépito de trueno repentino,  
precipicio horrendo de una sierra,  
nafragio que Satán a mover vino,  
el ribombar de máquina de guerra:  
la furia de esto junto comparada  
a tan horrenda furia fuera nada.

*Canto IV*

O de ampuloso, al expresar que

Víase en su persona deleznable  
de la muerte un retrato bien al vivo,  
iba desnudo, sello miserable,  
hispérido, disforme, asombrativo  
pestífero y de modo abominable,  
que visto de cualquiera era nocivo,  
denegrido, medroso, sucio, horrendo  
espantable, espantado y estupendo.

*Canto III*

En otras ocasiones se nota poca energía y concisión en la frase, repitiéndose mucho y procurando sólo llenar la medida de los versos; hay algunos mal medidos, otros sin pulimiento alguno, palabras ajenas a la poesía: defectos que con las rimas pobremente elegidas, tomadas en muchas ocasiones por la facilidad con que se presentaban, traicionan en el autor tanto la prisa con que escribía como su intención de cumplir el propósito comenzado de redactar una historia y no de fabricar una obra de arte. Como que en efecto este poema aún inédito es una historia verdadera, como su autor lo declaró en muchos pasajes, procurando, según decía, «producir la certidumbre», referir la «verdad pura», escribiendo la «cierta historia», etc.

Ha encontrado el poeta en su inspiración más de un bello acento que sembrar dentro del apretado cinto de la verdad, y que concurren [256] a dar más realce al argumento. Ya es una, delicadísima comparación en que se confunden lo tierno de las imágenes con la verdad del boceto:

Cual en mercados suelen por enero  
ir cantidad de ciegos en hilera,  
«vamos bien», preguntando al delantero  
como si sólo aquel por todos viera;  
mas, él tan ciego y más que no el postrero  
responde un «me parece»; en tal manera  
los bárbaros andaban rodeando,  
ciegos tras ciegos todos ignorando.

*Canto III*

Y así sabe utilizar las desgracias del hombre como sus gustos e inclinaciones: en la estrofa que acabamos de ver son los «pobres ciegos» quienes le prestan una idea, aquí la afición del cazador y sus alegrías están manifestadas con viveza:

Jamás de las guaridas ya apartados  
la banda de los cuervos corredores  
fueron con tanto gusto divisados  
de los apercebidos cazadores,  
como los españoles esperados, etc.

*Canto III*

Ya es un guerrero que después de haber escapado con harta suerte de manos enemigas, vuelve riendas y se mete entre ellas al oír la voz de su asistente que lo llama:

Como al oír del nombre fiel paterno  
suele volver el padre acelerado:  
.....  
volvió el fuerte varón al ruego tierno, etc.

A veces hace gala de una gran naturalidad y de un colorido local inimitable:

.....Otros también sin estos acudieron  
gente aunque noble y rica no obligada  
que de ajenas provincias concurrieron  
por ser contra cristianos la jornada.  
Tiempo después de juntos no pudieron:  
que cuando la chicharra no callada  
marchaba de una siesta el curso ardiente,  
dieron sobre la plaza de repente, etc.

¿Quién que haya visto el campo y su vida en Chile no se creará [257] en él cuando se le habla de la *chicharra* que canta por la *siesta*?...

En ocasiones trata el poeta de darla de ingenioso, como por ejemplo:

Sólo un tiempo la guerra trae consigo  
y en éste al buen gobierno es necesario  
temer cuando temer convenga, digo,  
y ser, si conviniera, temerario:  
flaco ha de ser buscado el enemigo,  
y recelado, fuerte y voluntario:  
fuego que no se apaga amortiguado  
suele resucitar más esforzado.

Siempre que lo desea, el poeta habla con dulzura, sobre todo cuando la suavidad del asunto que trae entre manos así lo requiere. Esta estrofa se encuentra en el episodio de amor que tiene la obra:

La causa de la nuestra placentera  
tan súbita, improvisa y no pensada,  
era llegar la dulce primavera  
sazón de Anganamón regocijada,  
por ser la que de cárcel lastimera,  
a dulce libertad nunca esperada  
el mortal amor lo sacó sano  
de la enemiga mano del cristiano.

*Canto IX*

Y se vale de la siguiente para pintar los halagos de la seducción:

No vuelvas, aunque más te infunda pena,  
varón, tan de ligero al canto extraño,  
que es entonado canto de sirena  
que tierno al navegante causa engaño;  
es aprendida voz de canto llena  
que al hombre por su nombre lleva al daño;  
es un contrario al bien, un viento incierto  
que a naufragar te vuelve desde el puerto.

*Canto IV*

Pero si es necesario mostrarse enérgico pintando los sentimientos de los bárbaros de Arauco, es robusto, valiente:

Yo por el odio vivo (dice uno) y el interno  
que a Dios y a los cristianos he tenido [258]  
de serles enemigo juro eterno,  
y en procurar su daño endurecido  
hago al Pillán testigo sempiterno

y antes muerto seré que arrepentido.

*Canto III*

En la reunión que celebraron después de la muerte de Loyola, otro emite su opinión en estos términos:

También yo como tu jurando cierto  
serlo perpetuo suyo determino  
no solamente vivo pero muerto  
o bien o mal suceda de continuo:  
podrá faltar a todo su concierto  
y desviarse el sol de su camino,  
mas no en causa tan justa y tan expresa  
la fe de Anganamón y la promesa.

Y si faltare de ésta, que no creo,  
que faltara lo grave do su abismo,  
la clara luz me ciegue con que veo  
y ciego muera con agua de bautismo, etc.

Pinta de la manera siguiente el temor, de los indios amedrentados cuando huyen:

...Piensan que cada grito es un cristiano  
y un arcabuz cada gemido...

Seis veces dio su vuelta acostumbrada  
el soberano autor del claro día  
y aún no se oye de trompa la sonada  
ni bárbaro enemigo parecía;  
mas ya por la ciudad desamparada  
al puntar la sombra negra y fría  
resuenan las vecinas voces fieras  
de las vecinas trompas y extranjeras.

*Canto V*

Se encuentran también en el poema de Mendoza algunos de sus rasgos personales, como impregnados de su espíritu, de sus tendencias e inclinaciones. Ya es la manifestación de sus sentimientos de cristiano que le impide dar crédito a cosas de adivinos, o la idea que tiene de Dios. Proclama los efectos de la muerte:

Que al centro ha de volver al fin lo grave,  
y en poca tierra el cuerpo mayor cabe; [259]

y la vanidad de las cosas humanas:

¡Oh! celo sin sustancia de la vida,  
carga que apremia el ánimo gustosa,  
máquina de un cabello solo asida,  
visión que presto pasa deleitosa.  
ponzoña que más sed pone bebida,  
privanza en todos tiempos engañosos,  
¡oh! ¡cómo al fin tus gajes saboreamos  
vana prosperidad de los humanos!

*Canto V*

Amante de la gloria, por último, no podía menos de indignarse contra el espíritu de servilismo y de conquista:

¡Oh! mal haya el primero que ambiciando  
la ajena patria y libre señoría  
salió a hierro... trasgresando  
la ley universal de la paz pía;  
causa a quien peregrinos miserando  
hecha costumbre, y a la tiranía  
buscando los ajenos y sus males  
imitan hoy los míseros mortales.

*Canto VIII [261]*

▽△

## Capítulo XI

Hernando Álvarez de Toledo

*El puren indómito*

Su llegada a Chile.- Datos anteriores.- Excursión en Arauco.- Los piratas ingleses.- Otras noticias.- Los encomenderos de Santiago.- La *Araucana* de Álvarez de Toledo.- Su argumento.- Propósitos del autor.- Los araucanos.- Sus ideas religiosas.- Algunos rasgos de su carácter.- Mérito histórico del *Puren indómito*.- Crítica.- El amor.

En el año de 1581 zarpaba de las aguas de Cádiz con dirección a Chile una expedición compuesta de veinte y tres naves que llevaban a su bordo tres mil quinientos hombres, un gran número de familias de una posición distinguida, y a más seiscientos veteranos de Flandes. Entre éstos venían sujetos tan notables en nuestra historia como don Alonso de Sotomayor, Alonso García Ramón y Hernando Álvarez de Toledo. Malos fueron los vientos que corrieron a aquel convoy: en alta mar los elementos conjurados hundieron en las profundidades del océano a más de un bajel, y más de uno de los aventureros que

soñaran glorias y riquezas dejaron sus huesos confundidos entre el lodo y las algas. Era casualmente el tiempo en que las aguas se enardecen con los vientos y las lluvias del invierno, y en que las tormentas reinan sobre el mar.

Los expedicionarios arribaron al fin a las costas del Brasil, donde se vieron obligados a permanecer por algunos meses. Don Alonso de Sotomayor para quien bajo tan malos auspicios se [262] iniciaba su paso a América, no se resolvía a la inacción de una forzada estadía, e impaciente por arribar al lugar de su destino, comenzó por atravesar las desiertas pampas de la Argentina, y el elevado y majestuoso muro que la separa de Chile. Pero era siempre la naturaleza: y al hundirse y elevarse de las olas, fiel imagen de los vaivenes de la fortuna, sucedieron los deshechos huracanes de las montañas y el inclemente granizo de esas altísimas regiones. Mas, al cabo la constancia y energía del hombre pudieron más que las fuerzas ciegas, y don Alonso de Sotomayor acompañado de Álvarez de Toledo, llegó a la capital del país que iba a ser teatro de las hazañas guerreras del uno y de los cantos poéticos del otro.

¿Cuál era la historia anterior de este aventurero que llegaba a las playas del Pacífico acaso como tantos otros, desnudo de fortuna pero lleno de esperanzas, con sus despachos de capitán de ejército en las faltriqueras, bien terciada la capa y la espada al cinto? Álvarez de Toledo había nacido en España, de la cual como buen hijo de un suelo siempre caro, ha consignado en sus versos los recuerdos que ella le inspiraba a la distancia.

.....

Otras de que dan claro testimonio  
las antiguas historias de ordinario  
la del Salado y Navas de Tolosa  
que a nuestra España hacen más gloriosa<sup>(254)</sup>.

Al sol, al cielo, al campo, el aire cubre  
una nube de humo y polvo densa,  
cual las que en *nuestra España* por octubre  
se engendran de granizo y agua inmensa<sup>(255)</sup>.

Y el padre Ovalle que, cual los sepulcros que encierran las momias de los egipcios y que guardan en sus jeroglíficos la memoria de sus dueños, ha conservado casi los únicos pormenores que nos quedan de nuestro autor, señala un dato más, que precisa el lugar de su nacimiento y su alcurnia, noticiándonos que era un caballero andaluz. ¡La bella Andalucía, la patria de las hermosas [263] vio, pues, mecerse su cuna que tal vez estuvo tapizada en no toscos pañales y en la cual se dormiría al dulce son de las sentidas canciones de las nodrizas de su tierra!

Álvarez de Toledo antes de llegar a Chile traía ya un vasto caudal de experiencia de las cosas de la vida y de los hombres. Había atravesado las montañas de su país, había peleado en Flandes y hasta había encaminado sus pasos a la distante Noruega. He aquí por qué, como él mismo dice, no se extrañaba de encontrarse en medio de la sangrienta guerra de Arauco, sin asustarse de las crueldades de los bárbaros ni de las calamidades de otra especie, porque

Tuve, tengo y tendré constante pecho:  
infortunios he visto, y tempestades  
en el mar de Noruega y paso estrecho;  
muertes, naufragios, espantables guerras  
en partes varias y en remotas tierras.

*Canto XVI, pág. 320.*

Las escasas huellas de sus años de permanencia en Europa apenas sí podemos, pues, bosquejarlas, borradas con el tiempo y la distancia y con el olvido voluntario del hombre que echaba a su espalda los mejores días de su juventud y de su fama. Mas no sucedió lo mismo durante los años que residió en los valles chilenos, pues cuidó de darnos indicio de su paso, señalando en dos o tres ocasiones en el curso de su poema las acciones en las cuales le cupo algún papel.

Cual ciertos guerreros romanos que admira la historia, Álvarez de Toledo, establecido en Chile, alternaba la espada con el arado, encontrando tiempo todavía en sus veladas para robar al sueño algunas horas y dedicarlas al culto de las Musas. Era hombre diligente, entusiasta por el adelantamiento de su hacienda y de su nombre y que procuraba amoldarse en lo posible a aquel precepto del ingenioso poeta latino que aconsejaba con su ejemplo mezclar lo útil a lo agradable. Había alcanzado a ser poseedor de haciendas pobladas de grandes rebaños de ovejas que guardaban para él los rudos pastores indios, cuando la veleidad [264] de la fortuna, contra la cual aconsejaba precaverse y que por el tono de sus palabras parece sabía sobrellevar, le arrebató en un día tan floreciente situación.

El cacique Gonzalo Quilacán había reunido a sus compatriotas para tomar vengaza de una sorpresa de que habían sido víctimas. A este efecto resolvió dirigir sus huestes sobre la ciudad de Chillán, contando con la imprevisión del enemigo que se dormía al borde del precipicio y con las sombras de la noche que envolverían sus proyectos y sus hombres. El éxito coronó la empresa y el saqueo más espléndido sobrepasó sus más exageradas expectativas. Fue aquel un arreo completo de mujeres, de riquezas y ganados.

Álvarez de Toledo, que era alcalde ordinario de la ciudad, se encontraba a la fecha practicando la visita de su distrito por orden del gobernador don Francisco de Quiñones, y esa noche dormía en Itata a unas cuantas leguas del siniestro, sólo en compañía de dos hombres, entrambos sus cuñados. Al amanecer, un indio le dio la fatal nueva, y apurado de su dolor y de su ansiedad, en hora y media alcanzaba a las puertas de la saqueada población. Ahí supo que sus haciendas habían sido robadas, arreados sus ganados y que sus pastores habían sido cautivados. Su angustia primera no lo aniquiló, con todo, y veinte y tres horas después del asalto recorría ya las campiñas tras las pisadas de los bárbaros, registrando los bosques, vadeando los ríos y soportando la tormenta y la lluvia que todo lo empantanaba. La excursión se prolongaba ya todo el día y nada habían conseguido: a nadie habían rescatado y ni siquiera un indio se percibía en todo los contornos. Fatigados de tanto vagar inútilmente, se habían detenido, cansados y aburridos, a orillas de un caudaloso estero, cuando divisaron a la distancia levantarse con el crepúsculo de la tarde una gruesa columna de humo, y

Cual suele suceder perdiendo el tino  
al cazador incauto en la montaña,  
del mal hallado y áspero camino  
que revuelve en contorno la campaña, [265]  
y buscando la senda por do vino  
el humo vio salir de la cabaña,  
y dejando el intento comenzado  
allá encamina el paso acelerado;

Así, cuando nosotros descubrimos  
el humo espeso en la montaña Rala,  
los feroces caballos revolvimos  
a buscar la perversa gente mala, etc.

Bajo aquel pajizo techo se encontraban siete araucanos, solos, todos jóvenes y todos desarmados: les hicieron dos preguntas y sus cabezas rodaron confundidas con las cenizas del fuego a cuyo amor se calentaban. Los hispanos siguieron su marcha acelerada, pero detenidos por el arroyo, que convertido en torrente habían pasado a nado los enemigos en un remanso, dieron la vuelta a la ciudad cuando todo era tinieblas y descanso.

Después de esta excursión Álvarez de Toledo tuvo muy pronto oportunidad de encontrarse en una sangrienta correría que por poco no le costó la vida. En los días que siguieron al asalto de Chillán, el capitán Miguel de Silva recibió algunos refuerzos de Santiago, proponiéndose vengar con ellos aquella dasastrosa sorpresa. Reunió sus soldados y se puso en marcha. Los araucanos estaban parapetados en una especie de desfiladero llamado de Calbe, donde habían pensado prepararse por emboscadas y astucias una de esas fiestas terribles que no pocas veces les deparaba su constancia y su valor; pero, por fortuna, sus manejos entonces les salieron vanos y tuvieron que medirse cuerpo a cuerpo con los airados españoles. Álvarez de Toledo que no había sido de los últimos en el ataque y que procuraba con otros compañeros forzar las trincheras tras las que se abrigan los bárbaros, recibió una pedrada tan feroz que a no ser, como él mismo asegura por el fino temple de su celada, le habría hecho pedazos el cráneo; con todo, fue bastante para aturdirlo completamente, dejándolo privado de sentido por más de una hora y sin recuerdo alguno de lo que en el intermedio pasara.

Más tarde asistió a la batalla de Yumbel bajo las órdenes de Quiñones, y a no dudarlo, alguna buena parte le cupo en ella, [266] pues es manifiesta en su libro la complacencia con que recuerda sus menores peripecias, no olvidando en su descripción un tanto ampulosa, ni un nombre ni una circunstancia cualquiera.

Pero el acontecimiento más interesante, porque es característico de la época, en el cual alguna participación cupo a nuestro autor, es, sin disputa, el desembarco de la gente del corsario inglés Tomás Cavendish, que en 1587, después de avistar a Valparaíso, se había encaminado en busca de leña y agua a la hermosa bahía descubierta por Alonso Quintero. Cavendish se había dado a la vela desde el puerto de Plymouth, a mediados del año anterior, y ya el 6 de enero del subsiguiente «con una, navegación



comparativamente acelerada, se encontraba en medio del Estrecho de Magallanes, frente a la *ciudad del rey Felipe*, que los españoles habían fundado para cerrar aquel suprimiéndole del globo.

«Sus pilotos divisaron, al pasar a la vista de aquellos campos desolados, un grupo de hombres moribundos que desde un peñón les llamaban con señales. Eran aquellos los últimos restos de los pobladores que trajera a esos inclementes páramos el iluso Sarmiento, y uno de ellos... llamábase Tomé Hernández. A éste sólo dio asilo en su buque el egoísta navegante inglés para aprovechar su ingenio como práctico, porque era tal vez el único de sus compañeros que conocía el mar del Sur, dejando a los demás abandonados a una horrible muerte con una inhumanidad más horrible todavía. Cavendish, aunque valiente, no tenía el alma templada en heroísmo... El pobre refugiado vengaría, sin embargo, bien que con un engaño ingrato, a sus desventurados compañeros»<sup>(256)</sup>.

«Al primer anuncio de haberse avistado la vela sospechosa corrieron las fuerzas de Santiago, Quillota y Valparaíso a la ensenada en que Cavendish había buscado asilo, a las órdenes del animoso Ramiriáñez Bravo de Saravia, hijo del presidente de su nombre, y de don Pedro Molina.

»Entretanto, llevado de su mala inspiración y de la confianza que le inspiraba un país completamente salvaje y despoblado, el [267] capitán inglés había echado en tierra una partida de cuarenta o cincuenta exploradores. Guiados éstos por el astuto Hernández, que aunque libertado de la muerte se consideraba triste prisionero de *herejes*, adelantáronse hacia el interior y a lo largo de la costa, por el espacio de tres leguas, hasta divisar un valle ameno y anchuroso, cuyas praderas poblaban ingentes ganados, a que procuraban dar caza con sus arcabuces. Pero huían aquellos a su aspecto hacia los montes, mientras que innumerables aves agitaban el aire con bullicioso clamor al rededor de sus vegas y lagunas. Así describe aquel paisaje el mismo caudillo de la expedición, y no podía ser el último sino el que ofrece el río de Quillota cerca de su embocadura, entre Concón y Colmo.

»Los aventureros no habían divisado, entretanto, sino algún fugitivo vaquero que les acechaba desde lejos; pero a la vuelta de un bosque, se acercaron tres jinetes lo suficiente para que Tomé Hernández entrase en plática con ellos. Rógoles entonces con disimulo el último, se le allegasen para salvarle de su cautividad, y ejecutándolo aquellos, saltó el español a la grupa de un caballo y perdióse en el monte a la vista de los ingleses.

»Burlados éstos y sin guía, resolvieron retroceder. Pero ya venía sobre ellos la columna de Ramiriáñez, y un sangriento conflicto no tardó en tener lugar... Los ingleses se batían desde el primer momento con el acostumbrado denuedo de los aventureros, esforzándose por ganar el amparo de su buque y sus cañones. Y aunque al fin lo consiguieron, mediante un auxilio de quince arcabuceros que Cavendish despachó al sentir el fragor de la pelea, si no fuera por la ligereza con que se acogieron a un *peñón* metido en el agua donde no llegaban los nuestros, por los muchos tiros que disparaban sus navíos, no quedara hombre con vida»<sup>(257)</sup>.

Ovalle agrega que les hicieron catorce prisioneros, de los que «con no poca dicha suya, ahorcaron doce», convertidos en apariencia a la fe católica; que los principales que se

distinguieron en la acción los nombra el capitán Fernando Álvarez de Toledo, [268] que fue uno de ellos, en la primera parte de su *Araucana*, en la siguiente octava:

El capitán Gaspar de la Barrera,  
don Gonzalo, el de Cuevas y Molina,  
Campo Frío, Pasten y el de Herrera  
Angulo, Pero Gómez y Medina,  
Juan Venegas. Valor en gran manera  
descubre cada cual en la marina  
derribando cabezas enemigas  
cual diestro segador cortando espigas.

Muchos serían los encuentros que pudiéramos además citar en que nuestro autor se midió cuerpo a cuerpo con los indomables araucanos; mas poca importancia tienen si atendemos a que en esa época nada más común que el soldado antes de entregarse al sueño preparase la mecha de su arcabuz. Basta, pues, no olvidemos que, como dice el señor G. V. Amunátegui, acontecimientos como esos debieron ser muy frecuentes en la vida de Álvarez de Toledo<sup>(258)</sup>.

Más tarde, cual los cometas que divisamos una tarde, desapareciendo en seguida en la inmensidad de los mundos para no mostrarse más, perdemos el rastro de la vida del poeta en el silencio de las generaciones que pasaron también para no volver... Triste suerte la del hombre, cuyas obras permanecen... ¡pero el artífice, el instrumento al cual debieron su existencia y que valió más que ellas, va a descomponerse en un sepulcro para dormitar en el sueño eterno del olvido! Con todo, establecido en Chile, el cantor de Puren como encomendero, arraigado por los lazos de la familia y de la fortuna, es más que probable que terminase sus días en el país, y precisamente en Santiago<sup>(259)</sup>. [269]

Exhumando del polvo de los archivos y minuciosamente rebuscando entre los ya casi indecifrables borriones de los cuadernos de actas del cabildo de esta ciudad, podemos informarnos todavía que en 1.º de enero del año 1605, Álvarez de Toledo presentaba a la consideración de aquella grave y ceremoniosa asamblea un dictamen en que manifiesta su parecer respecto de quienes podían ser nombrados alcaldes y regidores para el entrante período: consideración acaso debida a sus años, a su posición y a su talento<sup>(260)</sup>.

Hay, sin embargo, un hecho que viene a interrumpir la monotonía de la serie interminable de encuentros belicosos en la sucesión de la vida del poeta andaluz, acaecido precisamente en el tiempo en que tranquilo veía llegar la vejez, abrigado de las lluvias [270] del invierno y de los fríos de la cordillera, calentándose al rededor de su brasero bajo el techo de tejas de su casa habitación de la plaza principal

Allá por el año de 1597 tuvo noticia el gobernador de Chile don Martín García Óñez de Loyola, que en la ciudad de los Reyes del Perú el visorrey don Luis de Velasco levantaba un tercio de soldados que había de conducir el maestre de campo don Gabriel de Castilla para auxiliarlo en la guerra de Arauco. Como a la fecha en que habían de desembarcar, él probablemente se encontraría lejos de la capital adonde primero habían de arribar, comisionó al capitán Nicolás de Quiroga, corregidor y justicia mayor de

Santiago, tanto «para que en ella, y sus términos y partidos de corregimientos levantase soldados para la continuación de esta guerra, y se tomasen caballos, y pertrechos, y bastimentos a cuenta de Su Majestad, y haciéndose cargo de ellos al factor y proveedor general, para los encabalar y aviar», como para repartirlos, entre los soldados que se esperaba llegarían.

Debía quedar constancia de la contribución de los vecinos por las libranzas que el capitán Quiroga tenía orden de otorgarles contra la hacienda real; «y por el recibo de los soldados a quien él diese, sería bastante recaudo para su descargo y se recibiese en cuenta»<sup>(261)</sup>.

Hasta la Real Audiencia pregonó y publicó provisiones o insertó carta real para que los encomenderos y moradores «acudiesen a la dicha guerra y llamamientos que para ella le fuesen fechos».

Mas, los honrados vecinos de la ciudad, siempre dispuestos a protestar contra toda exacción en detrimento de un caudal que tanto les costaba adquirir, lejos de obedecer a las provisiones del gobernador y a los requerimientos del principal tribunal del reino, levantaron la voz al cielo y formaron un alboroto intrincadísimo. El mismo capitán Hernando Álvarez de Toledo, que parece estaba totalmente cambiado de sus antiguos hábitos de guerra y que con los años le había cobrado extremado cariño a los [271] cordones de su bolsa era uno de los más grandes alborotadores.

El gobernador Óñez de Loyola, deseoso más tarde de informarse de un desacato tan enorme a su autoridad y de una manifestación tan poco conforme a la obediencia debida a los delegados reales, levantó en la ciudad de Santa Cruz (que había fundado), un expediente indagatorio en el cual puede registrarse la declaración de un cierto capitán Pedro de Escalante que presencié todo lo sucedido y cuya palabra impregnada de ese sabor expresivo del antiguo lenguaje, dice, en parte, así: «Vido este testigo que los vecinos de la dicha ciudad de Santiago [...] no acudieron a los llamamientos que por parte de Su Señoría les fueron fechos para venir este verano a la dicha guerra, ni quisieron ayudar a encabalar los dichos soldados, resistiéndose y haciendo corrillos, diciendo que Su Majestad por la real carta inserta en la dicha provisión no les mandaba sino que acudiesen a sus obligaciones, que esto era estar en sus casas y sustentar su república, y ansí no querían salir della, y que harto habían gastado ellos y sus padres: y que esta era plática general entre todos, y lo trataron y dijeron a este testigo diversas veces; y que querían hacer sus papeles y los andaban haciendo, y que los que particularmente trataban desto era el capitán Tomás de Pastén, [...] Hernando Álvarez de Toledo, y generalmente todos unánimes, conformes en resistir de no estar obligados a acudir a la dicha guerra; y haciendo impedimentos y requerimientos a el dicho maestre de campo por el bando que echó, y saliendo a los caminos a volver a los indios que de su voluntad venían con los soldados, por ser naturales de acá arriba... y publicando en la dicha ciudad nuevas de que estaba proveído nuevo gobernador, y que Su Señoría despachaba pliegos informes por el Río de la Plata a España, y otras invenciones y nuevas; todo dirigido a estorbo e impedimento, que fue tanto el que en la dicha ciudad se hizo que sólo salieron de ella dos encomenderos para la guerra, etc.»<sup>(262)</sup>. [272]

En dos de mayo de 1598 el capitán general Martín García Óñez de Loyola mandó sacar de la información un traslado en pública forma y enviarlo «a Su Majestad y visorrey del Perú e Real Audiencia».

Parece probable que Álvarez de Toledo muriese en Santiago, como decíamos, pues habiendo otorgado su testamento en esta ciudad extendió codicilo en 1631, en el cual pedía le enterrasen en el convento de Santo Domingo, amortajado en el hábito de San Francisco<sup>(263)</sup>.

¿Qué fue lo que escribió Álvarez de Toledo?... ¿Sólo el *Puren indómito*? ¡No, evidentemente, no! Parece que en el plan que se propuso, este libro era sólo, un intermediario entre uno anterior que tituló *Araucana*, y una continuación del *Puren* que apenas conocemos por dos versos que se le escaparon en él. En efecto, en el Canto XIX habla de los refuerzos que el virrey del Perú mandó a Chile a las órdenes de un militar Corona, y después de contar su llegada a Valdivia y su paso para Osorno, agrega:

Su fin diré, los triunfos y victoria  
en la segunda parte de esta historia.

Y sin embargo, leyendo el libro hasta el fin, se ve que en ninguno [273] de los cantos que siguen ha dicho de él una palabra, ni ha titulado tampoco parte alguna posterior la segunda de la obra. He aquí todo lo que nos queda de este libro: una promesa que no sabemos si alguna vez cumplió, o que acaso no pasara de ser uno de tantos proyectos que bullen en la cabeza de un autor.

Mas, respecto de su *Araucana*, ya dejamos de observar por la endija que apenas da paso a un rayo de luz para entrar en el salón alumbrado *a giorno*. Es cierto que siempre conjeturamos; pero las probabilidades son aquí certidumbre. Ya hemos visto la referencia que Ovalle hace a propósito de los ingleses en la octava de la primera parte de la *Araucana* que transcribe. En la página 222 de su *Relación* dice el mismo escritor, hablando de ciertos españoles que se distinguieron en un combate, «que los nombra el capitán Fernando Álvarez de Toledo, caballero andaluz muy valeroso y gran cristiano que se halló presente y es el que me ha dado la materia que toco de este gobierno (Sotomayor), en estas dos octavas de su *Araucana* que para honra de los contenidos en ella y de sus nobles descendientes, de que vienen hoy muchos, quiero yo poner aquí como las hallo en su autor»:

Oh gran don Luis Jofré, que siempre has dado  
gran muestra de valor en tu persona;  
hoy Miranda, Durán y Maldonado  
y el de Atenas, sois dignos de corona  
Aguirre, don Gaspar, y Juan Hurtado,  
Tobar, Luis de Toledo, ya pregonan  
la fama vuestros hechos sonora  
con los de Cerda, Silva y Espinosa.

Alonso de Rivero, Honorato  
Luis de Cuevas Fagúndez y el de Vera,  
Aranda, Alonso Sánchez y Serato,  
Pedro Gómez, Ortiz y el de Rivera,  
Pedro Pastén, Cisternas y Morato

Miguel de la Barría y Aguilera,  
cada cual firme anduvo hoy en la silla,  
y entre ellos Diego Vázquez de Padilla.

Varias otras son las referencias de Ovalle a la *Araucana* de Álvarez de Toledo, pues, en general, aparece que conocía perfectamente el manuscrito y que le daba la importancia de un documento [274] auténtico. Por el contrario, jamás tuvo la menor noticia del *Puren*, lo que haría suponer tal vez que trascurrieron algunos años entre la composición de aquella y la del último. Aquel historiador después de contarnos la muerte de Loyola, dice comenzando el capítulo XV del libro IV: «Aquí me hallo ya casi del todo sin ningunos papeles ni relaciones de la lastimosa tragedia que sucedió a las ciudades que habían fundado en Chile los españoles después de la que queda referida de su malogrado gobernador». Tales palabras no habrían tenido, en consecuencia, razón de ser, si hubiese visto las primeras octavas del *Puren* que cabalmente están destinadas a recordar esa muerte.

Sabemos también que ninguna de las once estrofas que Ovalle da como de la *Araucana* se encuentran en el *Puren*; y atendiendo a los sucesos a que hacen mención, ni siquiera podían tener cabida en él, pues todas ellas tratan de hechos anteriores a la muerte del gobernador Loyola<sup>(264)</sup>.

Antonio de León Pinelo en su *Biblioteca Oriental y Occidental* [275] (tomo II, tít. XI, pág., 659) insinúa «que la *Araucana* parece por el título obra diversa del *Puren*». A estamos al genuino sentido de estas palabras, es manifiesto que desconocía alguno de los dos [276] poemas; mas, es muy natural preguntarse ¿cómo supo que existía la *Araucana*? Por anotaciones extrañas, por las citas de Ovalle u otro autor, o realmente tuvo en alguna ocasión un ejemplar del libro en sus manos? Siendo efectiva esta hipótesis, además de ser un dato en favor de la realidad de la existencia del libro, sería una lejana esperanza para el porvenir, y nos podríamos lisonjear con que si Ovalle tuvo el manuscrito y alguien vio otro que acertadamente puede creerse no fue el mismo, habría ya una probabilidad más de encontrar en algún tiempo ese documento que sería un hallazgo para la historia y la antigua literatura de Chile<sup>(265)</sup>.

No es muy difícil formarse una idea del argumento de la *Araucana* de Álvarez de Toledo. El padre Ovalle manifiesta que la historia de los sucesos de que se ocupa en el libro VI de su *Histórica Relación* está tomada de la *Araucana* de Álvarez de Toledo<sup>(266)</sup>; ahora bien, esa parte del libro de Ovalle comprende el gobierno de Sotomayor en Chile, asunto que se explica perfectamente en la elección del poeta, siendo que había militado en [277] Flandes bajo sus órdenes, había sido su compañero de viajes y de peligros, y más que eso su jefe en la guerra de Arauco. Precizando más todavía la materia, podemos sentar que los Cantos IX y X estaban destinados a celebrar el famoso desafío de Alonso García Ramón y del jefe indio Cadeguala, episodio que por su carácter caballeresco debió llamar la atención del poeta hasta dedicarle, como lo hizo, dos de los capítulos de su crónica histórica<sup>(267)</sup>. La lectura del libro VI de la obra del padre Ovalle será también; por consiguiente, la historia de la *Araucana*, desnuda, es cierto de los encantos de la imaginación y de la armoniosa poesía. Y de aquí un nuevo y poderoso argumento en pro de la diversidad de obras, encerradas bajo títulos también diversos, *Araucana* y *Puren*, pues hasta comparar en ambas el resumen de esos cantos IX y X para convencerse de que evidentemente ninguna analogía tienen entre sí.

Tal es lo que nos queda del hombre que después de haber recorrido casi toda la Europa iba a cantar en sus versos, en el infeliz presidio de Chile, las proezas de sus compatriotas y el heroísmo y los sufrimientos y miserias de los indomables araucanos.

Álvarez de Toledo se muestra en su poema, más que un poeta épico simplemente un soldado que versificaba con facilidad, y que sin pretensiones, llamaba en su auxilio a la divina inspiración para consignar de una manera agradable los hechos de armas en que él mismo había figurado o que conocía minuciosamente por las relaciones de sus compañeros, repetidas en las noches a la luz de los fuegos del campamento. Y esto no es de extrañar atendido el objeto que se propuso: en su plan no entran las invenciones poéticas, los episodios de imaginación, ni la ficción, ni el amor: su diosa es la verdad. Es cierto que los acontecimientos que lo impulsan a cantar son dignos de la trompa épica; pero ni esta consideración, ni lo eximio de los actores pueden influir en su ánimo para que abandone la humilde encordadura de su instrumento. Variar lo cierto con lo fabuloso tiene atractivos, lo creo, decía: [278]

Pero como en razón no se consiente  
mezclar con la verdad las variedades  
de fábulas, por ser tan diferente  
las unas de las otras calidades,  
y porque cuando alguno mucho siente  
crédito no le dan a sus verdades,  
la una sola va pobre y desnuda  
porque la variedad engendra duda.

*Canto XI*

Así, sus narraciones no tendrán otro encanto que el de la verdad.

Porque tiene ella en sí tanta hermosura,  
tanta gracia, donaire y gentileza,  
tan agradable y bella la figura  
que no creó otra la naturaleza:  
no ha menester adorno o compostura  
que siempre ha sido amiga de llaneza,  
es vergonzosa, afable, grave, honesta,  
y más grave desnuda que compuesta.

*Canto XII*

Por el contrario, si algo puede deslumbrar la verdad,

Es ir con ellas fábulas mezclando.

Dichoso al cabo porque puede,

Ajeno de sospechas pena o miedo



batir las alas y tender la pluma,

.....

con la verdad más pura y acentrada

y sin ficción de caso o zuza incierta.

*Canto XXIII*

La composición en verso de una crónica histórica, tal fue lo que Álvarez se propuso; y por eso si pensamos por un momento que su obra se ajuste a las calidades de la epopeya, desde ese mismo instante nos veremos precisados a decir: ¡no existe! Ni siquiera guarda la forma del poema: nada de invocación, nada de máquina, nada de majestad, ningún nudo, ni siquiera desenlace. El tiempo mismo que ha elegido para la acción excluye la unidad, que exige un personaje en torno al cual se agrupen los acontecimientos, o un hecho a cuya realización se dirijan los esfuerzos [279] de los actores. Comienza por referirnos la muerte de Óñez de Loyola, y nos habla con admiración de don Francisco de Quiñones, y en este campo tan estrecho y en medio de sucesos inconexos tiene el poeta que correr; y por eso su libro, podría decirse muy bien, bajo este aspecto no es otra cosa que un paisaje al cual se divisa desde lejos y por la estrecha reja de una prisión: percibimos el arroyo que corre a trechos tranquilo, dormido, en otras impetuoso, agresor; ¡pero nos faltan las montañas, el conjunto, el aire, la luz!

Veinte y cuatro veces se ha sentado el viajero a descansar de la fatiga al pie de los árboles que con protectora sombra cubren el camino; y al concluir su jornada se ha encontrado con que las batallas, las pinturas y las declamaciones comprenden más de quince mil versos. El poeta ha marchado de aquí para allá, vuelto de nuevo a su punto de partida, de Chile al Perú, de Santiago a Concepción, de la orilla de los ríos a las oscuridades de los bosques seculares de Arauco, de las arenas que bañan las olas del mar a las estrechas gargantas de la cordillera, todo seguido, agrupado, en confusión. Como él dice,

Andaré de los pies de la manera

que anda la revuelta lanzadera.

No se ha escapado a su memoria ni un nombre, a no ser el de los cobardes, ni una fecha, la hora exacta del día, las aventuras del soldado más desconocido, un robo cualquiera, el color de un caballo, el más minucioso detalle. El modo de proceder que ha empleado en la obra ha sido probablemente la imitación exacta de lo que hacía en las filas al frente del enemigo, moviéndose en todo sentido, dando una palabra de aliento al entusiasta y valeroso, un reproche al tímido, una invectiva al enemigo. Estas mismas detenciones producen el efecto de que muchas veces deje olvidado el hilo de la narración, desviándose por los senderos que sólo después de largos rodeos retornan al camino, y perjudicando así la marcha regular de la acción y el interés dramático, y desarrollando inevitablemente en el lector cierto sentimiento de desagrado. [280] De aquí fluye también que muchas de sus estrofas se vean deslucidas, inarmónicas e ilegibles por el agrupamiento de nombres araucanos y españoles de los que más se distinguieron en los combates o que estima la posteridad merece conocer por otros títulos. Particularmente en el último canto cuando refiere la batalla de Yumbel, es donde más se hace notar este defecto que, aunque se trate de una crónica histórica, no es disculpable cuando se escribe en verso. Al hablar de su estilo nos detendremos algo más en este punto.

Para Álvarez de Toledo los araucanos son gente que puede mirarse de dos maneras, como una medalla con su revés y su derecho; que llegando el caso están dispuestos:

A vencer o morir determinados;

y que como defensores de la santa causa de la independencia, de su suelo,

La misma gloria y títulos merecen  
estos indios de Chile y más loores,  
pues por su cara patria ellos padecen  
muertes, penas, afanes y dolores;  
y en lo que más todos se engrandecen  
es preciarse de ser sus defensores,  
pues quieren más perder la dulce vida  
que verla de españoles oprimida.

*Canto X*

No es valor tampoco el que les falta,

Que como pocas veces son vencidos  
ni a volver las espaldas están hechos  
sienten en mayor grado la huida  
que perder en batalla alma y vida.

Pero son inconstantes, traidores, intratables, sin verdad, sin fe, sin ley, pueblo infame, vil canalla:

Muestra sernos amiga en lo de afuera  
pero no tiene dentro el pecho sano  
colmado sí de fraudes y novelas,  
de traiciones, engaños y cautelas;

.....

Arrogantes, soberbios y atrevidos  
traidores, desleales y embusteros  
como gente intratable que se cría  
sin fe, sin ley, sin rey, sin policía; [281]

.....

Que como son tan fáciles y estrechos  
de corazones y ánimos dañados  
cualesquiera victorias les obligan  
a que la parte victoriosa sigan.



Miradas estas expresiones en su conjunto, despojados unos bárbaros del prestigio que Ercilla les dio con su epopeya, podrían parecernos tal vez exageradas. Mas, atendida la época que Álvarez de Toledo ha delineado, y sobre todo cuando podemos cerciorarnos que sus epítetos no dejan de hallar en más de un caso la plena confirmación de su exactitud, asentimos al retrato de nuestro autor. Como salvajes son incultos, llenos de astucia, falaces; ¡pero bravos de corazón y entusiastas de patriotismo!

Los tiempos de Caupolicán, Tu capel, Lautaro, no habían pasado para el indio valeroso: era siempre su misma constancia, su misma sublime porfía, el mismo amor a sus hogares que sus descendientes habían heredado en sus almas; sus recuerdos dormían intactos en la memoria de su pueblo; en los festines se celebraban los triunfos obtenidos por sus padres de los más famosos jefes españoles; se halagaban con que el porvenir les reservaba la más completa libertad y el total exterminio de los invasores; pero les faltaba el genio, ese agrupamiento de grandes rasgos que dispersos uno a uno se habían repartido numerosos caciques, herederos del valor y de la gloria de aquellos grandes hombres que el suelo de Arauco hacía tiempo no producía ya... El cantor del *Puren*, ajustándose a la verdad y desechando de sus versos toda ficción poética, no prestó a los araucanos esa aureola de que los revistió Ercilla y que lo dominaron hasta el punto de prestarles a ellos, sus enemigos, todo el interés de su relato; y en ello fue justo.

Los enemigos del nombre español han sido estudiados todavía bajo otro punto de vista en el libro de Álvarez de Toledo. El poeta no se ha preocupado sólo de sus caracteres morales sino que ha consignado una porción de curiosas noticias sobre sus costumbres, usos, trajes, adornos, ceremonias, su táctica militar, sus conocimientos, sus diversiones. Como lo han observado muy [282] exactamente dos escritores nacionales, tiene el *Puren Indómito* el mérito de darnos a conocer de un modo cabal las relaciones de españoles y araucanos, el duro yugo de los primeros, la opresión de los segundos, la crueldad y lujuria de aquellos, la servidumbre de éstos. Pero sólo hasta aquí la historia, porque más tarde la ficción que tanto manifiesta detestar el poeta, se apodera de lleno de su espíritu, olvida el buen sentido y pone en boca de los indios pulidos y eruditos discursos en que se manifiestan conocedores de la mitología y muy particularmente de la historia romana. A pesar de ello, es de perdonarle este defecto tan común en los escritores de aquel tiempo que se ocuparon de nuestros indígenas, porque muchas de esas piezas son naturales y bastante fieles en la pintura de los caracteres. Hay una, sobre todo, en que se manifiestan las contradicciones en que los dominadores incurrieran predicando la verdad, la ley de Dios, y portándose en sus actos como decididos adoradores del vicio y la maldad, que constituye quizá el trozo más acabado del libro, y que puesto en boca de un indio es una amarga burla a los españoles:

.....

Dicen que a su Dios de ellos que le amemos  
y nunca jamás vemos que ellos le aman,  
y que su santo nombre no juremos  
y ellos solos le juran y difaman;  
el día santo mandan que guardemos  
mas para trabajar ellos nos llaman;  
a nuestro padre y madre que le honremos  
y a los suyos honrarlos nunca vemos.

Alegan que a ninguno no se mate  
y a todos nuestros deudos nos han muerto,  
que no hay ninguno, no, que bien los trate  
maltratándoles siempre sin concierto:  
dicen que el fornicar que no se trate  
y ellos fornican siempre al descubierto,  
y está la tierra llena de mestizos  
hijos bastardos de esos venedizos;

manda su ley católica y ordena  
según ellos continuo nos predicán,  
que no se tome alguna cosa ajena  
y aquesto por verdad lo certifican:  
la ley la tengo yo por santa y buena  
y por buena ellos todos la publican;  
mas son de nuestra sangre chupadores  
y de nuestras haciendas robadores. [283]

También en fe sagrada les defiende  
que falso testimonio no se diga,  
porque con él al prójimo se ofende  
y Dios por tal pecado les castiga:  
y veis que en otra cosa nunca entiende  
esa gente feroz nuestra enemiga  
si no es en levantarnos testimonios  
llamándonos de perros y demonios.

A la mujer casada la desean  
con mandarles no tengan tal deseo;  
las calles donde viven la pasean  
pensando enamorar con su paseo,  
que piensan no hay ningunos que los vean  
como ellos nunca ven su devaneo;  
a cuantas ven a todas las codician  
y en verlas solamente se delician.

Pues si miráis veréis la gran codicia  
que tienen todos ellos a lo ajeno,  
la envidia rencor, odio, avaricia,  
que tan de asiento moran en su seno:

no tienen ley con nadie y amicitia,  
ni de sus lenguas hay ninguno bueno;  
no aman a sus prójimos ni honran,  
mas antes los difaman y deshonran.

Veréislos en el templo pasar cuentas  
a todos a gran priesa en sus rosarios,  
que parece que rezan, y hacen cuentas  
de los indios que tienen tributarios;  
y cuando habrán crecido más sus rentas  
o menguado los gastos ordinarios:  
en el oro maquinan que atesoran,  
y nos dan a entender que a Dios adoran.

### *Canto III*

Estas estrofas nos muestran que si su autor no se hubiera visto obligado a referir hechos descarnados, habría podido elevarse a la altura que ellos nos hacen presentir; porque es digno de notarse que siempre que Álvarez de Toledo canta en su nombre, cuando no se ve atado por el tirante lazo de la verdad histórica, que excluye el vuelo de la imaginación, es realmente poeta. Sentimos en esos versos la energía que brota, un alma que no excluye el sentimiento y que sabe transmitir al lector todo el fuego de la pasión que lo domina, y hasta el odio y el desprecio que una conducta soez e indigna inspira a los corazones honrados. Es sólo de [284] lamentar que estos acentos libres y personales escaseen tanto en el *¡Puren Indómito!*

Tal como en los caminos adivinamos por la impresión que en el polvo han dejado las ruedas al pasar, quien nos lleva la delantera; así también necesitamos ocurrir y apoderarnos ansiosamente de los casi imperceptibles rastros que el hombre ha dejado de sí en el libro para el estudio de su carácter e inclinaciones. Pues bien, practicando este reconocimiento, diremos así de la obra de Álvarez de Toledo, podríamos aventurarnos a establecer que era religioso hasta la superstición, sin que sus escrúpulos lo impidiesen degollar a un enemigo indefenso, llegado el caso; valiente como soldado; como hombre, desconfiado; práctico en las cosas humadas; prudente, pero que no desperdicia la ocasión.

Su religión tiene mucho de tierno y mucho de grotesco: cuando habla del «Soberano Hijo de María», en sus súplicas a la Virgen, en la oración que supone pronunciada por Quiñones durante los azares de la tempestad, no carece de unción y es hasta conmovedor. En general, de sus palabras puede colegirse que a no ser él un predicador de aquellos contra los cuales tanto se indigna (lo que no creemos) su vida debió hallarse conforme con sus verdades de fe y con los preceptos de la religión que se enorgullecía de profesar. Pero como buen hidalgo español, de una nube que ve levantarse en el horizonte deduce su presagio de muerte; del volido de las aves, del canto de la lechuza, un presentimiento de desgracia. Las derrotas de los castellanos no las ocasionan su escaso número, sus descuidos y sus errores, sitio que son castigos que Dios les envía por sus culpas y pecados; y por el contrario, el indio que moría debía, naturalmente ir

. . . . .al fuego del infierno  
en donde penará por tiempo eterno.

En hechos perfectamente naturales ve la intervención de la Providencia, y en la feliz huida, de un soldado la realización de un milagro. En ocasiones, tanto se deja dominar de sus sentimientos [285] religiosos que a renglón seguido de una invocación a Apolo se dirige al Todopoderoso; en otras, contrapone los católicos (españoles) a los gentiles (araucanos); y en otras, dedica a la relación de las aventuras de un fraile, por ser sacerdote, tantas páginas como ha empleado en la descripción de las desgracias de todos sus demás compañeros. Pero aquí mismo, cuando va a imponernos de esas desgracias, por una oportunidad cuya delicadeza todos podemos apreciar, dice así, elevándose hasta Dios:

Eterno Padre, poderoso y alto,  
tu divino favor, Señor, me envía  
con el cual contaré sin quedar falto  
el sangriento destrozo de este día.

El Dios de los cristianos como padre de la poesía es un bello arranque y muy apropiado a las circunstancias, siendo que ya a referir, como hemos insinuado, la muerte de sus compañeros. Esto mismo lo hace dolerse profundamente y sentir volver «a sus tristes lágrimas» y a su «dolor de ardiente fuerza».

Sin embargo, está muy distante de ser fatalista, no cansándose de repetir que «lo que ha de ser no hay quien lo vede»:

Es un notable error en que caemos,  
pues es libre albedrío el que tenemos.

Que todos vivan preparados, que la muerte ha de ser cual fue la vida, y en la guerra el soldado, en el mar el marinero, el hombre en la desgracia

. . . . .haga en todo de manera  
que está a cualquiera trance apercebido.

Su profesión de soldado se trasluce a cada paso en sus versos: de su obra podría formarse un curso más o menos completo de táctica militar; las lecciones que da versan casi exclusivamente sobre la carrera de las armas, y muchos de sus cantos comienzan con reflexiones sobre este tema. Como soldado exige que se lleve el valor hasta el heroísmo, se indigna contra los cobardes, y dice:

Ni de hombres tales quiero haya memoria  
ni nombrarles sus nombres en mi historia. [286]

A él nada le importa que el botín de un asalto sea más o menos opulento o que los despojos de los enemigos sean crecidos, pues se contenta con su propia satisfacción,

Y con la fama eterna y soberana  
que en restaurar su propia tierra gana.

No estima los triunfos que cuestan sangre, porque

Más digna es la victoria de alabanza  
ganada por industria que por lanza.

En muchas de sus páginas deja traslucir la bondad de su corazón, predica el bien, el olvido de las injurias y el perdón; a veces lo domina la tristeza y se lamenta de las desgracias de los que tal vez fueron sus amigos; y en otras exhala la amargura de que su alma debió hallarse poseída con el conocimiento de los hombres que la experiencia de su vida agitada y sus largas correrías debieron darle. También en ocasiones repite la desconfianza que deben inspirar los prósperos vientos de la fortuna, que se complace en arrebatar lo que ayer nos ofreció con mano generosa, las peripecias de la existencia y los engaños que nos acarrea nuestra loca fantasía; que si la suerte nos halaga, es necesario no desperdiciar la buena oportunidad que probablemente ya en mucho tiempo no se presentará. La misma facilidad con que en su libro marcha sin transición de un asunto a otro, no es sino la imagen fiel con que desea se proceda en todo. ¡Cuántos desastres, cuántas oportunidades perdidas por haber sido tardo y dejado las cosas al tiempo; pero es necesario también que el juicio venga a decirnos cuándo, por el contrario, debemos retardar el paso y no dar un traspie por precipitados!

En los ejemplos siguientes veremos sus pensamientos arrojados aquí y allá, como el labrador esparce la simiente por los surcos pacientemente trazados por su mano que dirige el arado, mientras alienta con su robusta voz al manso buey, fatigado con el calor del mediodía y con el pesado trabajo:

El tiempo fácilmente nos engaña  
y así quien sin cimientos edifica  
no veréis que jamás se desengaña  
si máquina fantásticas fabrica: [287]  
la mucha diligencia a veces daña  
otra, la dilación nos perjudica,  
a su tiempo son buenas las espuelas  
y al suyo provechosas las pihuelas.

*Canto I*

Sigamos nuestra próspera ventura  
gocemos de la buena coyuntura.

.....

Quien de fortuna sabe la costumbre  
verá que es como sombra lo que ofrece  
pues no ha mostrado bien alguna lumbre

cuando en el mismo instante se oscurece:  
a quien más ensalzó en su excelsa cumbre  
poco en aquel estado permanece;  
es la mayor firmeza de sus bienes  
estar siempre sujetos a vaivenes.

No hay cosa estable ni segura,  
que a la segura, firme y más estable  
le viene sin pensar su desventura  
que es cuando suele ser irremediable:  
¡Cuán poco el tiempo próspero nos dura!  
¡Qué poco a poco pasa el miserable!  
Y es porque tras el raudal bien camina  
el espacioso mal a la cantina.

*Canto III*

Porque es la diligencia con cordura  
la madre de la próspera ventura.

.....

Mas, ¿dónde hallaremos uno bueno  
descuido de artificios y malicia?  
Que ya este mundo pérfido está lleno  
de maldades, traiciones y codicia.

*Canto IV*

Que como es sueño cuanto acá nos pasa...

.....

No quiero Dios que al mísero inocente  
hacienda, vida, ni honra se le quite,  
que nunca su bondad alta dispensa  
para que haga un prójimo a otro ofensa.

*Canto XV*

Con todo, es muy digno de llamar la atención lo poco, poquísimos, que Álvarez de Toledo se ha ocupado en su libro de sí mismo; silencio tanto más de extrañar cuanto que, como sabemos, [288] fue un actor notable en los mismos acontecimientos que consigna. Apenas si en el discurso de la obra se encuentran las dos o tres palabras que hemos citado acerca de su nacimiento, y el episodio del asalto de Chillán.

Pedro de Oña había hablado con entusiasmo de Chile «su patria querida», y Álvarez de Toledo, por el contrario, no pierde ocasión de desprestigiarla de un modo exagerado. No se figuraba que lo que él veía en el ejército, vanidad, favoritismo, odios, vicios, no

podía aplicarse con fundamento a las demás clases de la sociedad: por generalizar demasiado, lejos de respetar la verdad la ofendió con sus resentimientos de soldado y de su juicio falseado por lo que presenciaba junto a sí. Basta leer la estrofa siguiente para entrar en duda acerca de sus sentimientos imparciales y desapasionados sobre un respecto que historiadores dignos de fe están distantes de mirar como general:

En este reino mísero reinaban  
insultos, fraudes, trampas, odios, iras,  
adulterios, incestos no faltaban,  
envidia, ambiciones, ni mentiras:  
los vicios todos sin cansar se andaban  
tirando apriesa ponzoñosas viras  
a las mezquinas ánimas dolientes  
de aquellos miserables sus sirvientes.

*Canto XX*

Esto nos conduce naturalmente a examinar el mérito que como documento histórico pueda prestarse al *Puren Indómito*, y para ello debemos principiar por la averiguación de lo que el autor se propuso.

Ya hemos visto que desde las primeras páginas, Álvarez de Toledo declaró que no había sido su ánimo componer un poema en que pudieran tener cabida las ficciones de la imaginación, y ahora robusteceremos sus insinuaciones con algunos de los pasajes de su libro en los cuales manifiesta sus propósitos y las fuentes de que se ha servido en la composición de su crónica:

.....

Que yo lo he visto bien y soy testigo;

*Canto I [289]*

.....

También fui yo con ella juntamente  
no más de sólo a ver lo que pasaba,  
porque ha de ser de todo el coronista  
testigo de gran crédito y de vista.

Por lo cual digo en esto haberme hallado,  
y en todo o en lo más que ha sucedido,  
y de lo que no he visto me he informado  
de gente de verdad, y que lo vido:  
a la cual tengo de ir siempre arrimado  
pues es quien a decirla me ha movido,  
y no será pasión ni afición parte  
para que de ella un punto yo me aparte.

No tuve ni tendré jamás intento  
de quitarlo a ninguno lo que es suyo  
ni menos me pasó por pensamiento  
por cosa ser de que yo siempre huyo.

.....

*Canto II*

Ni entienda que es pasión lo que me obliga  
ni que por afición menos me obligo,  
para que la verdad llana no diga  
como en todo lo dicho atrás la digo:  
que por haber persona que la siga  
y yo la digo, trato en esto y sigo  
me siguen y persiguen cautelosos  
trapaceros, falsarios y envidiosos.

*Canto VIII*

.....  
Pero como es historia verdadera  
no lleva cuento o fábula de amores,  
porque de la verdad patente y pura  
es con lo que se adorna mi escritura.

*Canto XIV*

Siendo testigo de muchos de los sucesos que refiere, o habiéndolos sabido de sus compañeros, escribiéndolos a vista de todo el mundo, (lo cual dice que le ha acarreado persecuciones) no era posible que falsease la verdad, ni había tampoco fundamento para errores de bulto. Del contexto general del libro, como se expresa el señor Amunátegui, se palpa que no es una novela la que tenemos a nuestra vista.

Hay, además, métodos muy sencillos de comprobar la verdad [290] histórica del *Puren Indómito*. Si los documentos auténticos que nos han quedado de la época se encuentran conformes con las páginas correspondientes de Álvarez de Toledo ¿por qué dudar de la exactitud del resto de la obra? Si autores como el padre Ovalle han ido a buscar en la *Araucana* de Álvarez de Toledo datos para la composición de un libro histórico ¿por qué siendo el *Puren Indómito* la continuación de aquella sería menos exacta<sup>(268)</sup>?

Es necesario recordemos aquí aquellos pormenores que revelan la paciencia del cronista, que le han permitido tener siempre presente en su relato hasta la hora precisa de los acontecimientos que menciona, y de lo que manifiestamente no habría tenido necesidad de preocuparse si sólo se hubiera propuesto componer una obra de imaginación, en cuyo caso su modo de expresión sería muy diverso. Conviene también tomar nota de que su celo por la honra española no le impide cuando llega el caso confesar los desdoras que ha sufrido y asentar versos como los siguientes:



Perdieron la victoria los de España  
honra, gloria, el honor, fama y campaña;  
*Canto IV*

en lo que no hace más que cumplir a la letra el programa ofrecido de dar a cada uno lo que es suyo.

El señor Barros Arana en su introducción al libro de Álvarez de Toledo, se felicita de hallar en él «una relación fiel» y concluye:

«Hemos dicho que el padre Ovalle lo cita como una autoridad histórica; y añade que el padre Diego Rosales, autor de una voluminosa historia de Chile, escrita en la segunda mitad del siglo XVII y aún inédita, ha seguido página por página la relación de Álvarez de Toledo y aún ha tomado de él los presagios y milagros que anunciaron la muerte de Loyola. Más tarde, el sabio González Barcia, en su edición de la *Biblioteca Oriental y Occidental* [291] del licenciado Antonio de León Pinelo, cita el *Puren Indómito* en el capítulo consagrado a los historiadores de Chile».

De aquí, pues, el mérito del *Puren Indómito*: tenemos una epopeya menos, y un documento histórico más; menos una obra literaria que un libro de estudio; menos recreación y más fondo: por lo menos también lo uno vale lo otro.

Críticos hay para quienes el *Puren Indómito* no tiene mérito literario alguno, pues hallan que falta en él inspiración y sobra vulgaridad, sin que dejen de agregar tampoco que su forma externa es sumamente defectuosa.

Debemos desde luego no olvidar que el autor fue bastante modesto para declarar sinceramente lo que pensaba de su trabajo<sup>(269)</sup>: a su juicio sólo verdad hay en él, y seguro está de que no ha de despertar envidias; torpes y cojos son sus pies, y marcha en pos de los pasos de Oña, cual en un flaco rocín. Y a nuestro turno convengamos también en que ceñido el versificador, digamos, por el círculo de hierro inexorable de acontecimientos por sí mismos extremadamente prosaicos, habría necesitado más que inspiración para remontarse a regiones que los simples admiradores califican de sublimes: convengamos en que habría necesitado genio.

No es igualmente muy exacto que nunca sepa cantar como un poeta, pues, como lo hemos notado ya, citando vuela por sí mismo y deja la jaula en que yace aprisionado, exhala sus sentimientos en trinos que no carecen de armonía y elevación. Sus aptitudes se revelan, sobre todo, en el género descriptivo, para el cual tiene facilidad y muy buenas perspectivas. Así, comparaciones como las siguientes, en que campean delicadeza, buen gusto y energía, no son raras en él: [292]

No recibe contento tan crecido  
la madre cuando al hijo ve presente,  
que nueva tuvo cierta era perdido  
o mucho tiempo estado de ella ausente,  
como el que tuvo el bando descreído  
cuando oyó que alojaba nuestra gente, etc.

*Canto I*

Fue la mujer del preso mensajera,  
y como era del bárbaro querida  
más veloz fue, más rápida y ligera  
que cuando al agua ya la cierva herido.

*Canto III*

.....  
Al encuentro los bárbaros salieron  
cercándoles en torno la campaña,  
de la suerte que suelen los monteros  
a los venados sueltos y ligeros;

Más, como los cerdosos acosados  
que se ven de los mismos perseguidos  
y en una estrecha parte acorralados  
de lanzas y venablos mal heridos,  
que por entre los hierros afilados  
se arrojan de la muerte compelidos  
rompiendo los venablos y cuchillos  
con los agudos rábidos colmillos;  
de aquesta misma suerte los hispanos  
embisten a las armas contrapuestas, etc.

*Canto V*

.....  
Jamás fue cazador tan recogido  
por entre la montaña arrodillado  
cuando ha visto la hebra estar durmiendo  
como fue el escuadrón cruel, horrendo.

*Canto XV*

.....  
Y quién, cual las hormigas a la parva  
van y vienen cargadas con el grano,  
así, del pueblo unos salen y otros entran  
y cargados los míseros se encuentran.

*Canto VIII*

Cuál en festivos dios señalados,

desde balcones miran y barreras  
en el coso a los toros madrigados  
las vueltas que van dando y las carreras:  
desde el muro, ventanas y tejados,  
de los cubos, traveses y troneras,  
el bando de los nuestros pavoroso  
así miraba al infido furioso.

*Canto XI [293]*

No faltan tampoco ejemplos de armonía imitativa, como el siguiente que hace recordar el conocido de Fray Luis de León:

Desplegadas al viento las banderas  
suave y blandamente tremolando.

*Canto II*

Véase como describe la ruda actividad de uno de los pobladores de Arauco:

Al son horrible de la ronca trompa  
su gente el crudo bárbaro recoge,  
con menos brío orgullo, fausto y pompa  
manda que aquella noche allí se aloje;  
mas antes que la luz del alba rompa  
ni el bélico español lo desaloje,  
a Puren a gran prisa se retira,  
impaciente, furioso, ardiendo en ira.

*Canto VI*

El duro y corvo cuerno al punto arrima  
el furibundo bárbaro a la boca:  
en la infernal caverna y honda cima  
retumba el trepidante son que toca,  
poniendo gran terror, espanto y grima,  
en la región ardiente a do revoca,  
a cuyo ronco y bélico ruido  
acudía todo el bando fementido.

*Canto XI*

Como se nota, es muy fácil percibir en las dos estrofas anteriores la energía del araucano, su falta de cultura y su entusiasmo guerrero.

En contraposición, señalamos ahora el terror y sobresalto de que iban poseídos los españoles, temiendo una emboscada:

Cual suele andar huyendo el delincuente  
de la justicia a sombra de tejados,  
y a cualquiera rumor a voz que siente  
de temor vuelve y mira a todos lados:  
así va de ese modo nuestra gente  
la vista pronta y cuellos levantados,  
a cualquiera ruido que se ofrece  
que es el bravo enemigo le parece.

*Canto VII*

Oña comenzaba sus cantos por reflexiones filosóficas, y Álvarez de Toledo, imitándolo, da también principio a los suyos con consideraciones acerca de la religión o la milicia; ambos dejan traslucir [294] que el Virgilio ha sido su lectura favorita. El asalto de Chillán por los indios hace recordar en el *Puren* algunos de los rasgos de la toma de Troya; y el mismo Álvarez trae cierta referencia a este respecto. A continuación apuntamos los mejores pasajes del episodio:

No fue asaltada así tan de repente  
ni con tanto furor acometida,  
la troyana infortunada gente  
de la que en el caballo entró metida,  
como la muestra fue furiosamente  
de la soberbia bárbara atrevida,  
ni tan gran sobresalto y alboroto  
jamás se vio del norte al seco noto.

.....

Las temerosas vírgenes y dueñas  
como se ven así desamparadas,  
saltan cual corzas tímidas las breñas  
del gran temor y estrépito alentadas;  
y las madejas de oro o rubias greñas  
al amoroso céfiro entregadas,  
de las purpúreas plantas de alabastro  
sangriento queda el abreviado rastro.

El manto noctival adelgazaba  
por el híspero claro del oriente,  
y el lucero y vehículo llegaba  
las ruedas volteando al occidente,  
cuando la trompa bélica tocaba  
a recoger el bárbaro su gente,

que quiere retirarse antes que el día  
encubriese la poca que tenía.

Por aquí, por allí, por la otra parte  
cargada gente pérfida parece  
con los despojos, presa, o con la parte  
que su ventura a cada cual lo ofrece:  
quien paños, seda, plata, oro, reparte  
que cosa alguna de éstas no apetece,  
por tener una, dos o tres doncellas  
más hermosas que el sol y las estrellas.  
.....

Los astros, globos, signos y planetas  
la tierra, viento, fuego, el firmamento,  
truenos, rayos, relámpagos, cometas  
hicieron del conflicto sentimiento:  
las procelosas nubes, antes quietas,  
con gran revolución hacen lamento  
rasgándose con pena, tristes braman  
y en abundancia lágrimas derraman.

*Canto XVI* [295]

Hablando del talento descriptivo del poeta andaluz es indispensable fijarse que en sus batallas, engolfándose en detalles y hazañas de cada soldado en particular, olvida completamente el conjunto y no se preocupa en lo menor de los movimientos generales que dan grandiosidad a la acción y producen nuestro interés, preocupados de la suerte de los ejércitos y no de la de los personajes que no nos han sido presentados antes y que ni siquiera de nombre conocemos. Esto ha acarreado uno de los más serios defectos que afean el libro de Álvarez de Toledo, cual es el de esas interminables enumeraciones de nombres propios que destruyen la armonía, que no constituyen ni siquiera una versificación, y que hacen sin remedio abandonar su lectura. Muchas serían las estrofas que pudiésemos señalar compuestas bajo esta norma y que a veces el autor hace seguir de otra y otra; pero, en obsequio a los que nos acompañan en esta excursión de crítica literaria, nos limitaremos a la siguiente curiosísima octava:

Montero, Montes, Montanés, Montejo  
Calva, Calvo, Calvete y Moncalvillo  
Ovalle, Valle, Valladar, Vallejo  
Castillo, Castellanos y Costillo  
Lancha, Losada, Mármol, Marmolejo,  
Laso, Luengo, Delgado, Delgadillo,  
Barros, Barroso, Barrial, Barrera,  
Barrenan cuerpos y echan almas fuera.

*Canto XXIV*

Hay otras compuestas únicamente de verbos y sustantivos que lejos de reforzar la idea capital, sólo deslustran el verso y muestran redundancias de la peor especie:

Al bárbaro escuadrón bravo atropella  
y cual hambriento tigre despedaza,  
derriba, mata, hiende, pisa, huella,  
castiga, daña, espanta y amenaza:  
parte, corta, machuca, abre, degüella,  
atormenta, deshace y hace plaza,  
esparce, siembra, estrella y arrebata  
asuela, descoyunta y desbarata.

*Canto VI [296]*

Otras veces, entreteniéndose con los juegos de palabras, ha deseado pasarla de ingenioso; y así ha dicho:

Pues antes que éste tiempo vuele y pase  
volemos y pasémonos con tiempo,  
que el buen tiempo es razón se mida y tase  
para que no nos falte después tiempo:  
porque si el tiempo a tiempo nos faltase  
y nos queremos ir después sin tiempo  
nos dará un temporal de tiempo incierto  
que no deje tomar con tiempo el puerto.

*Canto VIII*

A este respecto, manifiesta el señor don G. V. Amunátegui, en su trabajo citado, «que este empleo de adornos inadmisibles, estas fastidiosas enumeraciones, indican ostentación y miseria intelectual, pretensiones literarias y carencia de títulos en que apoyarlas». Pero si hemos de estarnos a lo que Álvarez de Toledo nos anuncia, estas pretensiones son bien limitadas, pues él mismo reconoce que su estilo no es elevado sino humilde, sus cantos no los de la epopeya sino simplemente los que le parecieron convenir al asunto que trataba:

.....

Y el estilo tan pobre, humilde y basto;

.....

Aunque de la elegancia tan escaso.

.....

En canto llano canto y bajo tono.

Tales son las declaraciones que respecto de la forma externa de su obra ha consignado en sus versos; mas, ellas lo arrastran a veces tan lejos, que no sólo la poesía pero aún la prosa más vulgar, excluiría la bajeza del estilo y las comparaciones de que se sirve. Son notables bajo este triste aspecto las estrofas con que da principio a su canto IV, en que hablando de la conformidad que debe haber entre las palabras del predicador y sus obras, comparas aquél con el cedazo que echa la harina y se guarda el afrecho; y hablando de un escuadrón de indios, dice que se colocaron como los vaqueros que

Cuando quieren juntar todas las vacas,  
así les daban voces y matracas. [297]

Como versificador pudiera mirarse a Álvarez de Toledo como superior a Oña, si no fuera que sus expresiones no tienen esa sonoridad que debía corresponder a su entonación; a que es habitual en él la consonancia de una palabra consigo misma o sus compuestos; y por último, a la común carencia que en sus versos se nota de los principales acentos rítmicos. Su trabajo, por consiguiente, está muy distante de ser acabado bajo tal concepto.

Una circunstancia singular tratándose de un poeta, cuya imaginación los arrastra siempre a regiones más bellas que la realidad, por lo mismo que son ideales, que contribuye por mucho a la aridez de sus cantos, interminables relaciones de guerras y combates, es el voto que formulé en estos términos:

Pues tengo en el principio prometido  
de no contar hazañas de Cupido:

voto tanto más extraño cuanto que los asuntos se le ofrecían naturalmente a su pluma, como los dos versos señalados muy claro lo dejan entender. Todos sabemos cuánto placer no proporciona al alma fatigada con ver siempre ante sus ojos, maldades, muertes y odios, pinturas en que la pasión reemplace el modo ordinario de ser, y en que por un momento dejemos la prosa diaria de la vida para recrearnos con escenas que sólo a los poetas les es dado diseñar. Un paisaje siempre igual, por muy bello que sea, forzosamente con la frecuencia de verlo nos hace olvidar los encantos de la primera aparición y hasta pierde mucho del mérito que tendría mirado junto a otros de diverso género. La tétrica hermosura de los cuadros guerreros estaría, pues, muy bien al lado de la risueña fisonomía de los amores. Oña, que puede decirse vivió encerrado, sin más horizonte que el cielo de su cuarto y sin más práctica que el comercio de una vida sin aventuras, manifestó, por su propio estudio, ser un maestro en el arte, y sus amores de Fresia y Caupolicán no es lo que menos contribuye al realce del *Arauco domado*. ¿Cómo Álvarez de Toledo que tuvo a su disposición, más y más variados elementos para dedicarse al asunto, [298] que se manifiesta imitador de aquél, enmudeció completamente? Cuatro únicos versos es todo lo que el curioso lector puede hallar como extraviados en aquella enorme suma del *Puren Indómito*, que dicen así:

Que adonde halla entrada el niño ciego  
otro cualquier calor presto lo entibia,  
que a donde está este pérfido encerrado  
no quiere dar lugar a más cuidado.

¿Misterio?... ¡Simple aberración!

△

## Capítulo XII

Melchor Xufré del Águila

Compendio historial de Chile

El *Compendio historial*, etc.- Familia del autor.- La expedición al Perú de don García Hurtado de Mendoza.- Viaje a Lima.- Llegada a Chile.- Solicitudes al monarca.- Rasgos de desprendimiento.- Su vida en Chile.- Es nombrado alcalde de Santiago.- Su oposición al sistema de guerra defensiva del padre Luis de Valdivia.- Su fama de astrólogo.- Juicio crítico de algunas de sus obras.- Noticia sobre su *Tratado de cosas admirables del Perú*.- Detalles sobre el *Compendio historial*.

«La guerra contra los araucanos de Chile, y otras que se siguieron, prestaron más tarde ocasión y asunto para un poema macarrónico intitulado: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reino de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria*. Dirigido al Excelentísimo señor Conde de Chinchón, Virrey destos Reinos del Perú, Tierra firme y Chile. Compuesto por el Capitán don Melchor Xufré del Águila, natural de la villa de Madrid. *Lima*, por Francisco Gómez Pastrana, 1630, 4.º. Precede a la obra una larga parta que el doctor Luis Merlo de la Fuente, capitán general que fue de la guerra de Chile, escribió al autor, dándole cuenta de los sucesos ocurridos durante su gobierno, desde 1606 hasta 1628, quizá lo más importante de todo el libro, por las muchas noticias que da de aquella desastrosa campaña y demás ocurrencias del virreinato<sup>(270)</sup>». [300]

Fue don Melchor hijo legítimo de Cristóbal del Águila, caballero del hábito de Santiago, criado de Su Majestad y de su real consejo, y de doña Juana Xufré, ambos de los reinos de España.

Iba el año 1587 por sus fines y acababa la corte de España de nombrar por virrey del Perú a don García Hurtado de Mendoza. Hiciéronse aprestos de todo género para la salida de los expedicionarios que debía llevar el recién provisto virrey; ardían los jóvenes de entusiasmo, y era el rivalizar de todos porque se les contase<sup>(271)</sup> en el número de los que debían darse a la vela para las regiones de las Indias Occidentales.

En una de las compañías que salieron de España en aquel año, organizada para el marqués de Cañete, iba *a su propia costa* don Melchor Xufré del Águila que por aquellos años era ya gentilhombre de lanza «por cédula de Felipe».

Llegó la expedición a Tierra-Firme. Allí se encontraron con que Chile estaba sumamente trastornado y que las cosas de la guerra de Arauco andaban tan mal que peor no podía ser.

Como suele acontecer después del entusiasmo de la partida, sucedió a las primeras penalidades el desaliento más profundo. Desanimáronse los aventureros, despertaron los



soñadores de riquezas fáciles, aburriose sin más que el viaje la chusma, y cuanta gente venía para Chile dio la vuelta a España. Después de esto era en balde ofrecer paga alguna por que fuesen a la tierra en que combatían los araucanos.

Se hallaba en estas circunstancias don Melchor en Panamá, sin licencia para pasar a Chile, cuando apretando probablemente las noticias que llegaban del sur, comenzó un enganche forzoso. «Yo -dice él<sup>(272)</sup>-, como celoso del servicio del rey Nuestro Señor y deseoso de [301] ganar méritos para que Su Majestad me hiciese merced, me ofrecí a venir a servir a este reino a mi costa, como hasta allí había venido, sin recibir ningún sueldo ni socorro, ni ayuda de costa, dejando desierta mi provisión y provecho de ella, que me hubiese valido mucha cantidad de pesos».

Lo cierto del caso fue que obtuvo en Lima del virrey don García la licencia necesaria para hacer el viaje a Chile y volver cuando más le acomodase.

Oigamos expresar a él mismo lo que hacía por entonces en la ciudad de los Reyes y cuales eran sus propósitos ulteriores:

Hallábame yo en Linía en este tiempo  
con una lanza sola, que pagada,  
los menos años es, y della poco;  
y procurando merecer mayor  
merced de nuestro Rey, quise a mi costa  
a aquella ir, do fue ofrecido;  
y sin querer tomar socorro alguno  
(aunque se me ofreció el de capitanes  
vivos), por no acetar parte de premio  
o paga (que hasta hoy un solo peso  
ni un maravedí he recibido)  
de paga real habiendo en su servicio  
gastado más millares de ducados  
que tengo, a Chile fui y aventurero<sup>(273)</sup>.

Después agrega que aunque permaneció cuarenta años en Chile no ha de detallar en su libro cuanto vio y ejecutó:

Mas no penséis que he de decir por esto  
nada con más espacio, aunque de vista  
de casi cuarenta años soy testigo.

Arribó, por último, a Chile el 26 de enero de 1590; pero no pudo ir a la guerra hasta el siguiente:

Y aunque no luego, porque no tenía  
hechas las prevenciones don Alonso<sup>(274)</sup>,  
para el año siguiente entró a el estado

con un lucido campo y fuerza grande [302]

De cuatrocientos hombres de a caballo  
y mil amigos<sup>(275)</sup>, bastimentos tantos,  
que llevamos seis mil y más caballos;  
que iban de Santiago los vecinos  
con él, y a ciento y más llevaban muchos  
de bastimentos, con que sustentaban  
a diez y veinte y treinta camaradas.  
Y digóos de verdad, que yo tenía  
más de veinte de mesa de ordinario;  
testigos ellos son que algunos viven.

Como se desprende de sus palabras, don Melchor era hombre generoso, aunque amante del dinero, una especie de grande al cual jamás faltaban convidados a la mesa. Entretanto, de la lanza que el rey le había dado

...ni un peso solo (decía)  
he cobrado, ni he visto, ni otra cosa,  
oficio o renta que equivalga en algo,  
con que más empobrecí, más que debiera;

Al fin y al cabo, tuvo el desprendido capitán que hacer presente al rey la situación en que se veía, y pedirle que en remuneración de sus servicios se sirviese concederle alguna merced, especialmente de algún gobierno o corregimiento del Perú<sup>(276)</sup>. «Después que vine a este reino de Chile, (consta de su *Información*) he servido en la guerra con mucho lustre, con muy buenas armas y caballos, y sustentando muy costosamente muchos soldados a mi mesa, y hallándome en todas las ocasiones que se han ofrecido y en la entrada del estado de Arauco y su población; y habiendo ayudado a la población de la casa fuerte<sup>(277)</sup> con mis criados y mi [303] persona... y al presente me estoy aderezando para salir a la prosecución de la dicha guerra con nueva costa y gastos, y en *extrema necesidad*, porque tanto gasto sin ninguna merced, sueldo ni socorro me han puesto en tanto que si Su Majestad no me socorre habré de caer de mi puesto y quebrar las alas a otros, que siendo yo premiado, las cobrarán para servir a Su Majestad».

En verdad que tenía razón el capitán Xufre del Águila, pues rasgos de su generosidad y patriotismo más de uno apuntan los antiguos cronistas.

Cuenta Jerónimo de Quiroga que en tiempo de Bravo de Saravia, después de un asalto dado a Concepción, quedó la ciudad en mucha estrechez de bastimentos y que un vecino de Santiago el *general* Xufre del Águila provido reparó estos daños, pues a su costa les mandó por mar una embarcación de provisiones, y por tierra a su hijo con cien hombres pagados, que uno y otro sirvió mucho<sup>(278)</sup>. Consta, asimismo, que don Melchor se había hallado en el campo y ejército del gobernador don Alonso de Sotomayor; que asistió con García Ramón a todas las entradas que hizo contra los enemigos, aventurando su vida en servicio de la conquista; que García Óñez de Loyola le nombró capitán de una

de las compañías del fuerte de San Ildefonso, y por fin, que asistió con él a la fundación de Santa Cruz de Coya<sup>(279)</sup>.

Todo lo que el capitán Xufré había sacado de sus excursiones en el sur de Chile contra los indios sublevados, además de varias heridas, fue el llevar una pierna rota; con esto se retiró del servicio y se fue a Santiago por cabo y capitán de guerra de la ciudad.

«Viéndose pobre y no premiado -dice en una parte de su libro-, empezó a vivir de ordinario en campesina ociosa soledad, dedicándose algunos ratos a trazar sobre el papel la historia de los sucesos que en paz y en guerra había presenciado<sup>(280)</sup>». [304]

Es muy de creer que a poco de su llegada a Chile, himeneo lo hubiese enlazado ya, porque por ese entonces, aunque, como sabemos, tenía un título en la milicia, pasaba sus horas consolando la pobreza con los versos y entreteniendo su aislamiento con los afectos del hogar. Ya hemos visto que asociaba a sus hijos en sus buenas empresas, y a poco hablaremos de otro (por no asegurar si fue el mismo) que se encontró años después, quizá por asuntos de su padre, en la corte madrileña. Es un hecho, sin embargo, que don Melchor después de haber enviudado de doña Beatriz Guzmán, nieta de Juan Xufré, se casó en segundas nupcias en Chile con doña María Vega Sarmiento, donosa criolla de Concepción.

Hombre de aquel valer, avecindado en la ciudad, había de merecer fijar la atención y llevarse los sufragios para velar por los intereses del común; y en efecto, para el año de 1612 fue elegido alcalde en el cabildo de Santiago, en unión de don Rodrigo de Araya y Berrio<sup>(281)</sup>. Y en verdad que Xufré del Águila merecía esta distinción. Don Melchor había tenido a su cargo la construcción del puente sobre el Maipo, que hasta su época había estado interrumpido por la falta de un sujeto de su «ingenio y confianza»; Alonso Rivera le comisionó para que siguiese las cuentas de los protectores de la ciudad; y andando los años, en 25 de julio de 1627, don Luis de Córdoba le nombró para que visitase la real caja de la Serena, y, últimamente, por nombramiento de Rivera, visitador de las tierras de esta ciudad y sus términos.

Entre las fiestas que celebraba en Santiago la archicofradía del Rosario «se hizo más célebre la de la Resurrección, a cuyos maitines en la noche del sábado santo concurrían los capitulares veinticuatro [...] vestidos de blanco, llevando después en procesión con el Santísimo Sacramento las imágenes del Señor Resucitado y de Nuestra Señora a la iglesia catedral, donde se cantaba la misa con sermón, celebrándola en el altar mayor el prelado de Santo Domingo, y comulgando en ella los cofrades... Hace [305] elogio de esta procesión Villarroel, (núm. 6, art. 2.º, cuest. 20, Part. 2.ª, *Gob. Ecl. Pacif.*)».

Ocupaban los destinos de mayordomo y sus auxiliares los principales oficiales de la milicia, el corregidor y miembros del ilustre cabildo de esta ciudad, y posteriormente se estableció en las constituciones que fuese uno de los mayordomos el alcalde de primer voto, o el segundo si éste no era cofrade, eligiéndose regularmente de compañero algún regidor. Después hasta los presidentes fueron mayordomos, dando el ejemplo don Tomás Marín de Poveda, Ibáñez de Peralta, Ustariz, Cano de Aponte, alternándose en otros años varios de los ministros togados de la Real Audiencia. En marzo 26 de 1600, el capitán don Melchor fue elegido mayordomo; en abril 3 de 1605, diputado o auxiliar de mayordomo; en abril 5 de 1618, mayordomo, sucediéndole en este empleo años más tarde don Judas Tadeo de Reyes<sup>(282)</sup>.

Por la rotura de su pierna<sup>(283)</sup> no pudo el año en que fue elegido alcalde ir a la frontera, que andaba revuelta como nunca; pero como si el dios de la guerra se hubiese acordado de él aún en el destino pacífico que ocupaba, cuidando de recibimientos, etiquetas y procesiones, «estuvo la ciudad -dice Quiroga-, a pique de ser atacada por los indios, porque no se pudo juntar más de veinte hombres, los cuales dando la vuelta de Maule, hasta donde habían ido, hizo el alcalde barricar la ciudad y ponerla en estado da defensa»<sup>(284)</sup>.

En ese mismo año de 1612 comenzó a plantearse en Chile el sistema de guerra defensiva propuesto al rey por el jesuita Luis de Valdivia; pero el encomendero de Santiago a pesar de hallarse a mal traer, pobre y cojo, fue quien en la ciudad levantó más la [306] voz en contra de las nuevas ideas y por cinco años no cesó de clamar por unos principios tan en oposición con su índole y sus hábitos de soldado.

Quejábase de esto al rey el padre jesuita en su memorial sobre hacer la guerra defensiva a los araucanos, diciendo que «un caballero de Santiago, llamado don Melchor Jofré la contradecía siendo procurador de la ciudad; ya desengañado me escribió una carta que traigo original, cuya letra conocerá bien un hijo suyo llamado don Cristóbal que está en esta corte, y en ella me dice que después que han visto muchos que la guerra defensiva no ha traído daño de consideración y que antes ha dado lugar a poblarse tanto en cortijos la campiña, etc.»<sup>(285)</sup>.

Es un hecho que el capitán Xufre del Águila tuvo en el reino y hasta fuera de él opinión «de ser de los que dan demasiada creencia a pronósticos de la astrología»; tanto, que al fin se vio obligado a escribir en defensa propia el tratado que aparecía agregado a su *Compendio historial* con el título de *Discurso de lo que católicamente se debe sentir de la Astrología*. Reconoce su autor que «en él se ve muy claro que no es de esta seta envanecida, si bien tiene por cordura muy grande el no desestimar los avisos que a veces por impensados medios nos envía la *Divina Providencia*».

«Tanto este discurso -continúa Gayangos-, como el de *Avisos prudentiales en materias de gobierno y guerra*, que se reduce a sentencias tomadas de autores sagrados y profanos, y el primero y más importante, que trata de la guerra con los indios araucanos y purenes, están escritos en forma de diálogo, entre Gustoquio, capitán en Flandes, y Proyecto, alférez chileno, que habiendo acudido a la corte a ciertas pretensiones, se reúnen para platicar de asuntos militares».

«Otra obra parece escribió el autor, intitulada: *Tratado de cosas admirables del Perú*, que no ha llegado hasta nosotros, y cuya [307] pérdida no es muy de sentir, vista la calidad y quilates de la que acabamos de examinar»<sup>(286)</sup>.

No podríamos sin pecar de muy aventurados emitir un juicio respecto del *Compendio historial*, atenta la cortísima parte que de él conocemos; pero en verdad que por las muestras que hemos transcrito, su mérito literario debe ser escasísimo. Cuando su autor lo publicó, parece que definitivamente había abandonado a Chile, en cuyo suelo nos dice un cálculo fácil, (si ya no lo supiéramos por sus palabras) permaneció como cuarenta años, pues habiendo llegado, en Enero de 1590, daba a luz en Lima su poema en 1630<sup>(287)</sup>.

Las demás circunstancias de su vida tampoco las conocemos.

Tanto Nicolás Antonio, como Álvarez Baena, Pinelo y Rosell<sup>(288)</sup>, no han hecho la menor mención del capitán de la guerra de Chile. Parece, sin embargo, que en su tiempo el libro que compuso no careció de cierta boga, si nos atenemos a la mención que hacen de él escritores contemporáneos, entre los cuales, a lo que recordemos, no es quien menos lo aprecia como verídico el religioso autor de la *Crónica* franciscana en el Perú, fray Diego de Córdoba y Salinas<sup>(289)</sup>. [309]

▽△

## Capítulo XIII

Poesías sueltas

▽△

- I -

Poesía satírica

Núñez de Pineda y Bascuñán.- Fray Juan de Barrenechea y Albis.- La *Tucapelina*.- El padre López.- El padre Escudero.- Don Lorenzo Múgica.- Décimas contra dos jesuitas.- Sátira contra un sermón.- La gobernadora del «Puerto».- La comedia francesa.- La batalla de las Lomas.

Según hemos visto en la *Introducción*, después de Xufre del Águila y por cerca de siglo y medio la poesía de largo aliento puede decirse que se extinguió en Chile. Apenas si por incidencia algunos que escribieron en prosa en ese intervalo dedicaron algunas líneas a la versificación, como don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán en su *Cautiverio feliz*, y fray Juan de Barrenechea y Albis en su novela de la *Restauración de la Imperial*.

Núñez de Pineda y Bascuñán ha ocurrido a diversos expedientes más o menos fingidos para dar cabida a sus composiciones poéticas en el cuerpo de su obra principal.

Cuando no hacía mucho a que se hallaba prisionero en Arauco bajo la inmediata sujeción del indio Maulicán, otros caciques llegaron donde éste a solicitar que se les concediese la vida del español, lo que les fue otorgado. Quejábase Núñez de su mala suerte oculto entre un cañaveral, y lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas al ver pasar a su amo. Preguntóle luego por qué lloraba, [310] y al saberlo le dijo que no tuviese aflicción, que si había hecho muestra de aquella condescendencia era únicamente porque sabía bien que ése era el medio de salvarlo. «Estas razones -agrega el autor-, me obligaron a echarme rendido a sus pies, y con el agradecimiento debido decirle con sumisas razones lo que con palabras ni retóricos estilos podía el alma significarle; y así prorumpí gozoso el siguiente romance, que en su lengua escuchó el sentido de mi intento con agrado:

Estas mal medidas letras

que de un pecho ardiente salen,  
mi agradecimiento ofrece  
a ti, valeroso Atlante.  
En la guerra batallando,  
mal herido en el combate,  
desmayado y sin sentido,  
confieso me cautivaste.  
La fortuna me fue adversa,  
si bien no quiero quejarme  
cuando tengo en ti un escudo  
para mi defensa, grande.  
En la batalla adquiriste  
nombre de esforzado Marte,  
y hoy con tu cortés agrado  
eternizarás tu sangre.  
Porque el valor y el esfuerzo  
que lo asiste lo agradable,  
no ha menester más crisol  
para mostrar sus quilates:  
cautivo y preso me tienes  
por tu esfuerzo, no es dudable;  
mas con tu piadoso celo  
más veces me aprisionaste:  
mas, podré decir que he sido  
feliz cautivo en hallarme  
sujeto a tus nobles prendas,  
que son de tu ser esmalte.  
Vivas, señor, muchos años  
a pesar de los cobardes  
que como émulos se oponen  
a tus acciones loables.

Muy superior a estos versos fríos y amanerados es la composición descriptiva que vamos a ver. Contemplaba una vez el poeta la magnificencia de las obras del Criador y se sentía tan agradecido a los beneficios con que había permitido le tratasen aquellos salvajes, que «estando entre estos discursos varios, considerando también el estar ausente de mi padre, de mi casa y de los míos, [311] enternecida el alma y pensativa, ocurrieron al entendimiento los siguientes versos:

Entre marmóreos riscos,  
cuyas guirnaldas verdes Febo dora  
de famosos lentiscos,

principio cuyo humildemente adora  
una fuente risueña  
que por regar sus plantas se despeña:

Formó naturaleza  
de brutescos peñascos aposento,  
con tanta sutileza  
que suspensión causara al más atento,  
por ver que sus honduras  
labran techumbre para sus alturas.

Pabellones copados  
aquesta cumbre sirven de edificio,  
con arte originados  
de dos firmes columnas, que el bullicio  
de aquel cristal corriente  
los sublimó por cima de su frente.

Al son de sus corrientes,  
imitadoras lágrimas envía  
fenicio, viendo ausentes  
los bienes que en un tiempo haber solía:  
que siempre el desdichado  
jamás conoce el bien si no ha pasado.

La impresión que deja esta lectura es bastante agradable; hay rasgos de poesía en la parte puramente descriptiva, belleza en las imágenes y profunda verdad en el pensamiento que la termina.

En otra ocasión, su cautiverio lo incita a recordar la felicidad de pasados días y no puede menos de quejarse de la inconstante fortuna:

Rueda, fortuna, no pares  
hasta volver a subirme,  
porque el bien de un desdichado  
en tu variedad consiste.

Un tiempo me colocaste  
con las estrellas más firmes,  
y ahora me tienes puesto  
en la tierra más humilde.

Entonces me vi tan alto,  
que me pareció imposible  
ver mis glorias humilladas  
a los pies de quien las pise. [312]

Tan dichoso fui en un tiempo  
que me diste lo que quise,  
y hoy te me muestras contraria,  
quitándome lo que diste.

Tu natural inconstante  
con varios efectos vive  
abatiendo al que merece,  
sublimando al que no sirve.

Si tu inconstancia ignoraba  
quejarme fuera posible,  
pero es forzoso que ruedes  
cuando con tu ser te mides.

La esperanza me sustenta  
de ver que cuando me afliges,  
tanto más cerca me hallo  
de la gloria que me impides.

Que no pares en mi daño  
la rueda quiero pedirte,  
porque es mi dicha tan corta  
que presumo ha de estar firme.

Hablara el poeta más a nuestro corazón si en vez de entretenernos con sus glorias, se dirigiese a la fortuna en busca de una felicidad más cierta; si demostrase más inclinación a sentir que a reflexionar. Tal vez por esto sobresale en sus quejas aquella que comienza:

Tan dichoso fui en un tiempo  
que me diste lo que quise, etc.

Casi dictado por el mismo espíritu aparece un soneto en que pinta también lo poco duradero de los bienes terrenales, que cuando menos se piensa desaparecen, y el castigo que halla la propia vanidad en las vueltas que lleva consigo la vida; por lo demás vale muy poco.



¿Soy el dichoso yo, soy por ventura  
quien debajo del pie tener solía  
lo más sublime que corona el día,  
teniendo en poco la mayor altura?

¿Soy a quien jamás vio la desventura,  
por ver que con el cielo competía  
mi loco pensamiento, y que a porfía  
encumbrarse soñaba sin medida? [313]

Yo soy; más yo no soy, que el tiempo mueve  
lo que firme parece al pensamiento,  
pues vemos que al más alto se le atreve.

Ninguno en su vital estribe aliento,  
ni piense que la gloria se le debe  
hasta que tenga el fin feliz asiento.

Reconoce las ventajas del llanto que mitiga los dolores concentrados en este romance, cuyos tres primeros cuartetos son bastante naturales y agradables, aunque afeados los restantes por un conceptismo de mal gusto:

Dejadme, imaginaciones,  
dejadme llorar un rato:  
veré si llorando puedo  
dar a mi pena descanso.

Dejad que mis claras luces  
despidan de sí cuidados  
que tal vez al pecho afligen  
si quieres disimularlos.

Y pues estáis, ojos míos,  
tan llenos de pena y llanto,  
desaguard por esas fuentes  
el mar que os tiene anegado.

Dejad que se precipiten  
esos arroyos colmados,  
para que con su avenida  
salgan pensamientos varios.

Con valeroso desnudo  
arrojadlos al naufragio,  
que tal vez al atrevido  
lo favorecen los hados.

Al prudente sufrimiento  
se sujetan los contrarios:  
sufrid, que todo lo vence  
el tiempo con darles vado.

Y pues Jeremías fuisteis  
en lo afligido y llorado,  
sed Job en tener paciencia,  
que en ella hallareis el lauro.

Más no me admiro lloréis,  
pues con eso halláis descanso,  
que es propio del afligido  
mitigar un mal llorando. [314]

La musa de Bascañán con sus tendencias filosófico-morales y sus sentimientos religiosos, no tardó en convertirse en totalmente mística. No carecen de unción los siguientes versos que traducen bastante bien la conformidad del hombre ante los designios del Ser Supremo y que parecen inspirados por el espíritu que animaba a fray Luis de León.

Gracias os doy infinitas  
señor del impírio cielo,  
pues permitís que un mal hombre  
humilde amanezca a veros.  
En este pequeño bosque,  
las rodillas por el suelo,  
los ojos puestos en alto,  
vuestra grandeza contemplo.  
Consolado y afligido  
ante vos, Señor, parezco,  
afligido con mis culpas,  
consolado porque os temo.  
Diversos son mis discursos,  
varios son mis pensamientos,  
y luchando unos con otros  
es la victoria por tiempos.

La naturaleza flaca  
está siempre con recelos  
de los peligros que el alma  
tiene entre tanto tropiezos.  
El espíritu se goza  
en medio de mis tormentos,  
porque es docta disciplina  
que encamina a los avisos.  
Dichosos, son los que alcanzan  
tener aquestos recuerdos,  
guiados por nuestra mano  
para que no andemos ciegos.  
Trabajos y adversidades  
entre inconstancias del tiempo  
padezco con mucho gusto  
en este feliz destierro.  
En mí las tribulaciones  
han sido un tirante freno  
que ha encaminado mis pasos  
y refrenado mis hierros.  
Todos son, Señor, favores  
y de vuestro amor efectos,  
que atribuláis al que os huye,  
porque en vos busque el remedio.  
¡Oh! Rey de cielos y tierra,  
¡Oh! piadoso Padre Eterno,  
¡Oh! Señor de lo criado,  
¡Oh! Dios de Sabaath inmenso,  
vos, Señor, sois mi refugio,  
vos sois todo mi consuelo, [315]  
vos de mi gusto la cárcel,  
vos mi feliz cautiverio.  
Y lo que os suplico rendido  
y lo que postrado os ruego,  
es que encaminéis mis pasos  
a lo que es servicio vuestro.  
Que si conviene que muera  
en esta prisión que tengo,  
la vida que me acompaña  
con mucho gusto la ofrezco.  
En vuestras manos, Señor,

pongo todos mis aciertos,  
que nunca tan bien logrados  
como cuando estáis con ellos.  
Merezca yo por quien sois  
lo que por mi no merezco,  
y por la sangre preciosa  
de vuestro hijo verdadero.  
Y por los méritos grandes  
de María, cuyos pechos  
fueron de Jesús bendito  
en su humanidad sustento.  
Y vos, purísima Reina,  
escogida de ab eterno  
para hija de Dios Padre  
y para Madre del Verbo,  
del Santo Espíritu esposa,  
de las tres personas templo,  
corona de lo criado,  
señora del hemisferio.  
Patrocinad al que os llama,  
socorred con vuestros ruegos  
al que os invoca afligido,  
y al que está cautivo y preso.

Por eso tan pronto como se vio libre su primer pensamiento fue dar gracias a la Virgen que había permitido fuese rescatado de entre infieles, en el siguiente soneto, bastante regular por su forma como por su fondo:

¿Quién hay, Señora, que valerse quiera  
de vuestro santo nombre que no alcance  
con lágrimas orando, al primer lance  
lo que imposible al tiempo pareciera?

¿Quién hay que en vuestras manos se pusiera,  
Virgen sagrada, en peligroso trance,  
que el mayor trabajo no descansa,  
y su esperanza fin dichoso adquiera?

Bien manifiesto está en mi larga suerte,  
pues que entre tantos bárbaros contrastes  
quisisteis libertarme de la muerte. [316]

Gracias os doy ya fuera de debates,  
estimando el favor y si se advierte,  
jamás imaginado entre rescates.

En las composiciones anteriores merece llamar la atención la naturalidad con que el autor ha pulsado su lira, preocupándose más de lo que tenía que decir que de la manera de hacerlo, logrando, sin embargo, dar a sus pensamientos una forma bastante agradable. Pero no escapó del todo a la influencia de aquellos autores, por desgracia harto comunes en la época, que todo lo sacrificaban a la disposición de sus frases, esforzando la imaginación y el ingenio por producir curiosas combinaciones de letras y palabras, en forma de acrósticos, rimas de pie forzado, etc. Bascañán tradujo también una vez su devoción a la Virgen en otro soneto que, en contraposición al anterior, no tiene más mérito que el de completar con las iniciales de los versos las palabras *Santísima María*:

Un fin el que es i fue sin haber sido  
El principio crió el voluble cielo;  
Zegó hasta el cuarto día dar al suelo  
Han pródigo planeta el sol lucido  
Inmóvil por entonces fue tenido,  
Ni después, jeneroso en su desvelo,  
La tierra cambiándole el consuelo,  
Mostró su campo verde entre florido.  
Dosemejanza el cielo de María  
Mayores glorias cifra para el hombre  
El recibir el sol que en sí no cabe.  
Reconocidos, pues aqueste día  
Invoquemos, Señora, vuestro nombre:  
Dive, María, todos digan, Ave.

Sería difícil encontrar unas estrofas que se prestasen más a las censuras de la crítica, sobre todo si se han visto las otras que el autor fabricara en hora más feliz. Si es el primer verso, parece una adivinanza, que desdice del todo de la sublime pintura de Dios dada en dos palabras en los libros santos; en el segundo, insistir en que el «voluble cielo», o más bien expresado, las nubes es la obra del Altísimo que primero ocurre a la imaginación del poeta, nos parece un absurdo; hablarnos después de que el sol no fue criado hasta el día tal o cual, semeja un pensamiento [317] poco poético. Más adelante, es difícil de explicarse lo que el autor haya querido significar por las palabras «cambiándole el consuelo» que parecen referirse a la tierra respecto del sol, en cuyo caso habría dado a entender el autor todo lo contrario de lo que se propuso; y por último, la comparación que resume todo el soneto, además de ser muy remota, carece de todo gusto.

Bascañán deseó dar fin a su libro con el soneto que venimos de analizar y con un romance que ha titulado *Para un rato*, (que por demasiado largo insertamos entre los documentos) «para mayor honra y gloria de la Virgen Santísima Señora nuestra, en día

de su pura y limpia Concepción», que dan a conocer muy bien los religiosos sentimientos de que estaba animado. Pero existen de él, además, otras composiciones cortas sobre asuntos muy variados, muy dignas de llamar la atención porque con las del padre Oteiza resumen los ensayos de traducción que en la época colonial se hicieron en Chile. Todas ellas son versiones del latín y pueden dividirse en sagradas y profanas. Ya son descripciones, como ésta de la tempestad tomada de Virgilio:

Las densas nubes súbito quitaban  
de nuestra vista el cielo, luz y el día;  
las lóbregas tinieblas desataban  
sus tenebrosas lluvias a porfía;  
los varios elementos contrastaban,  
y el antártico polo despedía  
rayos de fuego entre nevadas puntas,  
intimando la muerte todas juntas<sup>(290)</sup>.

O la siguiente imitada de Silio Itálico, sobre el mismo asunto.

La tempestad deshecha  
horrible, tenebrosa y desusada  
violentos rayos hecha,  
y la tórrida zona destemplada  
abrazo el firmamento,  
rasgándose los polos con el viento<sup>(291)</sup>. [318]

Tiene también otra hermosísima de la noche, que Ovidio pintó, asimismo, en dos versos:

*Jamque quiescebant voces hominumque canumque,  
lunaque nocturnos alta regebat equos:*

Ya que la noche en su sosiego estaba,  
y las humanas voces suspendidas,  
y el can más vigilante no ladraba;  
ya que entre las estrellas más lucidas  
la luna en su carroza se paseaba,  
ostentando sus luces más crecidas,  
en nocturnos caballos obsequiosos  
que regía con pasos presurosos.

Imitada del mismo autor trae la siguiente octava real, bosquejando lo que será del mundo, cambiado su curso natural:

Producirá la tierra astros lucientes;

cultivaré los cielos el arado;  
los ríos caudalosos y las fuentes  
brotarán fuego; y éste a lo trocado.  
Lo natural, el mundo y sus vivientes  
irán sin ley y por camino errado;  
con que ya no habrá cosa en lo imposible  
que no parezca fácil y factible.

Se ha complacido igualmente, en sembrar su *Cautiverio* de algunos pensamientos en forma de sentencias, ya amorosos, como éste en que superando al original, presenta a nuestra vista todo un cuadro:

Cuando sus lágrimas vi  
de sus dos luces pendientes,  
entre suspiros ardientes  
con la boca las bebí:  
sus palabras recibí  
con apretados oídos,  
y con iguales gemidos  
los suyos correspondí<sup>(292)</sup>.

Ya morales, como cuando inculca «que no la edad larga ni los dilatados años son los que se pueden reputar por vida, sino es la que con salud y fuerza se conserva». [319]

Aquel que piensa que vive  
con edad prolija y larga,  
siendo la vejez tal carga  
que sólo de muerte sirve:  
se engaña, pues no apercibe  
ni sabe que la salud  
con vigorosa virtud  
es la vida más constante:  
que así Marcial elegante  
lo discantó en su laúd.

Y aún preceptos literarios, como el que ponemos a continuación por haberlo tenido siempre tan presente los poetas de la era colonial:

Del gran poeta<sup>(293)</sup> es opinión  
que las trágicas memorias  
son las más graves historias  
que muestra la descripción,  
y que entre su veneración

siempre se mezclan amores,  
que un jardín con varias flores  
es a la vista agradable,  
y así será más loable  
lo vario en los escritores.

Por último, brilla por su concisión el siguiente cuarteto:

Recélate con temor,  
y mira que tu contento  
puede ser que en un momento  
se trueque en pena y dolor.

Creemos del caso relacionar aquí un accidente ocurrido a Bascuñán en los últimos días de su cautiverio porque nos va a permitir conocer una muestra de la literatura del pueblo araucano en aquel tiempo.

Era un día de festejo en el patio de la estancia de Quilalebo. Se había formado un círculo de danzantes, en cuya última hilera se veía a los caciques e indios más graves y a algunos mocetones que llevaban de las manos a las *ilchas*, «por tener ocasión de hablarlas cuando tratan de casarse, que en estos convites suelen hacerlo las que están sin dependencia». Una española y su hija, cogieron al poeta de la mano y lo llevaron hasta el medio del [320] sitio en que al son de toscos instrumentos se cantaba y bailaba alegremente. Los recién entrados debieron hacer otro tanto, repitiendo las palabras de un romance que el buen Quilalebo, había compuesto a la despedida del cautivo cristiano, a nombre de su hija, por serle su ausencia de gran pesar y sentimiento. Entonaba el coro:

Abcudum in, ema  
amotualu gatu, pichi Álvaro emí  
chali tuaci mi a  
güi maya guan mai ta pegue, no el mi.

Palabras que explicadas en idioma castellano, y a su imitación en medida lira, son como sigue:

Mui lastimado tengo  
y triste el corazón porque me dejas;  
a despedirme vengo  
Álvaro, de tu vista, pues te alejas,  
y a decirte cantando  
que he de estar en no viéndote llorando.

«Esto cantaba con sus repeticiones y pausas, al son de sus instrumentos; [...] son versos medidos a imitación y semejanza de nuestras líricas endechas, etc. Unos con semblantes tristes por acercarse mi ausencia, y otros con los licores suaves placenteros, cantaban y bailaban con desmedidas voces, mudando aparatos tonadas diferentes y romances



varios; y en medio de su ruido y algazara sacaban las mujeres asadones de carne, de gallinas, longanizas y abundancia de mariscos y pescado fresco, entreverando pastelillos fritos, empanadillas, rosquillas y buñuelos; y estos refrescos fueron ordinarios en el discurso de la noche, con que la pasaron en continua boda, comiendo, bebiendo y cantando»<sup>(294)</sup>.

En todas las traducciones que hasta aquí hemos dado a conocer de Bascuñán si se nota que hay facilidad y desenvoltura en la expresión y no poca fidelidad, no puede decirse que tengan la concisión necesaria; más no falta tampoco esta buena cuanto difícil [321] cualidad en su ensayo de versión al castellano del salmo sexto de David, que dice así;

Que no me arguyas pido  
Señor, a tu grandeza,  
ni en tu rigor airado  
me pidas larga cuenta.  
Habe misericordia  
de mi flaca miseria,  
sana los huesos duros  
que con culpa se mezclan.  
El ánimo turbada  
está con tal silencio,  
que faltan los sentidos,  
¿y tú, Señor, me dejas?  
Trueca mis pensamientos  
y líbreme con fuerza  
de tu misericordia,  
sáname la conciencia.  
Porque no hay quien se acuerde  
de ti en la muerte eterna,  
¿y quién en el infierno  
alabará tu alteza?  
Trabajando en mi llanto  
adornaré mis mesas,  
y al lecho que me ampara  
daré lágrimas tiernas,  
las luces perturbadas  
con el furor se muestran,  
que entre mis enemigos  
me envejecieron penas.  
Los que obráis insolentes  
quidad de mi presencia,  
porque el Señor del mundo  
ha escuchado mis quejas.

Oyó mis rogativas  
admitió más promesas,  
porque las oraciones  
sus sentidos penetran.  
Todos mis enemigos  
avergonzados sean,  
conviértanse veloces  
y ríndanse con fuerza:  
glorias demos al Padre  
y al Hijo de su diestra  
con el Espíritu Santo,  
que para siempre reinan<sup>(295)</sup>. [322]

«Hallábame yo en el humilde lecho -dice Bascuñán-, en el sosiego y reposo del día, representando en él una viva imagen de la muerte, que su memoria al acostarme me hizo repetir mis devociones con afecto y acabarlas con el salmo sexto del Rey Profeta; que rumiando sobre él aquella noche, dolorido y lastimado de mis culpas y pecados cometidos contra nuestro Dios y Señor, le traduje por la mañana en nuestro castellano idioma de la suerte que mi corta inteligencia pudo penetrarle»...

El padre mercedario fray Juan de Barrenechea y Albis fue el otro escritor que junto con Núñez de Pineda y Bascuñán hiciera versos sin propósito deliberado y que les diera un sitio en sus

Miserere mei, Domine,  
quoniam infirmus sum.  
Saname, Domine  
quoniam conturbata sunt ossa mea,  
et anima mea  
turbata est valde.  
Sed tu, Domine usquequo?  
Convertere Domine  
et eripe animam meam;  
salvum me fac  
propter misericordiam tuam.  
*Quoniam non est in morte  
qui memor sit tui;  
in inferno autem,  
quis confitebitur tibi?  
Laborabi in genitu meo;  
lababo per singulas noctes lectum meum  
lacrimis mei  
stratum meum rigabo:*

*Turbatus est a furore  
oculus meus;  
inveteravi inter omnes  
qui operamini iniquitatem,  
quoniam exaudivit Dominus  
vocera fletus mei.  
Exaudivit Dominus  
deprecationem meam,  
Dominus  
orationem meam suscepit.  
Erubescant et conterbentur  
omnes inimici mei,  
convertantur et erubescant  
valde velociter.  
Gloria Patri et Filio  
et Spiritui Sancto,  
sicut erat in principio et nunc et semper  
et in secula seculorum. Amen. [323]*

obras. En la *Restauración de la Imperial* se encuentran algunas octavas reales, pero las más notables son las que pone en boca de su heroína al llorar en suerte y desventura, que dicen así:

Qué dolor nos oprime y pone en calma,  
esposo, en negras sombras de tristeza,  
que en tanta confusión sospecha el alma  
te arguya algún defecto en mi pureza.  
Dabas a tu pasión gloriosa palma  
y a tan intenso ardor dulce tibieza,  
si la mancha que enluta mis entrañas  
del presumido error con sangre bañas.

Y si es orden fatal, decreto justo  
porque en tanta pasión quede oprimida,  
que fortuna cruel usurpó el gusto  
de intempestivas flores de mi vida:  
a su disposición mi suerte ajusto,  
en tantas opresiones combatida,  
porque tus sentimientos tus pesares  
temple el rigor en mis purpúreos mares.

Así quedó triunfante, vencedora

que pues yo soy: en esto parecía  
cual roja clavellina que la aurora  
baña de perlas cuando rompo el día;  
el corazón del fuego que atesora,  
suspiros forma que al amor envía,  
no voces, que la acción que alientos mide  
en la garganta su dolor divide.

¡Ay! prenda dulce, dónde a mis enojos  
halló refugio el ánimo constante,  
que retratan las niñas de mis ojos,  
imagen de la muerte en tu semblante.  
Usurpe ya por míseros despojos  
la Parca injusta el aura respirante  
porque al imperio del amor rendida  
le ofrezca los deleites de la vida.

Ceda a la muerte, ceda su tributo  
mi aliento por mi mano dividido,  
observarás el bárbaro estatuto  
contra ley natural constituido;  
porque no vista el alma eterno luto  
de las nocturnas sombras del olvido:  
llévame el corazón porque así pruebas  
que de mi vida lo mortal renuevas.

Ven a abrir con tu diestra el pecho ardiente  
y en las fraguas verás de mi fe pura  
el corazón que es lámina viviente  
donde tu viva estampa se figura. [324]  
Con esta prenda el ánimo valiente  
de Marte las victorias te asegura  
porque justa venganza al cielo clama  
el ardor de la sangre que derrama<sup>(296)</sup>.

Estos versos, como se ve, no encierran más que pensamientos vulgares, vestidos de un ropaje muy sonoro, pero en realidad sin animación ni sentimiento. Fray Juan, pues, apenas si pasaba de ser un rimador.

Uno de los monumentos realmente curiosos, aunque de poca importancia, que nos queda de la antigua literatura colonial es un poema satírico destinado a burlarse de don Ambrosio Benavides, capitán general del reino, y de sus tenientes don Ambrosio O'Higgins y don Domingo Tirapegui con motivo de las fiestas que se celebraron en la

frontera en la restauración de la iglesia y misión de Tucapel en 1783, en que los padres de San Francisco estaban muy empeñados en aquel entonces.

Sin duda que supone bastante independencia de espíritu este ensayo de epopeya burlesca por los altos personajes en ella ridiculizados, en un tiempo que tan grande respeto merecían y se hacían tributar todos los que desempeñaban parte de la autoridad; y más todavía de creencias, por cuanto no escaseaban las picantes alusiones a los religiosos ministros del altar. En una sociedad pequeña y profundamente amiga de indagar lo que sucedía en la casa del vecino, como lo era aquella, debió quien se atrevía a reírse de cosas tan veneradas tomar exquisitas precauciones para que no se llegase a saber su verdadero nombre; y he aquí tal vez la razón por la cual el autor se ocultó bajo un pseudónimo, (que es también una sátira -Pancho Millaleubu, de la reducción de Tucapel) que nosotros no hemos podido descifrar aún. Es probable que por un motivo semejante esta pieza literaria no tuviese [325] otra circulación que la de los amigos íntimos, ni más popularidad que la de las reuniones de confianza entre la gente de buen humor que militaba en Arauco, siempre más o menos maldiciente y descontenta; pero lo cierto es que nadie había dado acerca de la *Tucapelina* la menor noticia hasta hoy en que la insertamos entre los documentos, merced a la complacencia del señor Barros Arana en cuyo poder hemos visto la copia que usamos.

La disposición del todo y de cada una de las partes de esta curiosísima composición es realmente poco menos que inclasificable, pero siempre difícil de entender. Bien sea que se elija al acaso una estrofa cualquiera, o que se aprecie el conjunto, aparece de lleno una especie de desorden, cuajado de transiciones violentas, de frases de doble sentido, de alusiones poco menos que incomprensibles. La sátira se muestra de este modo tan de lejos, envuelta en tanta sutileza, que le arrebató al lector mucho de su agrado; sin que falte naturalidad en el decir, pues por el contrario, el autor ha escrito fácilmente, al parecer guiado sólo de su genio juguetón.

Previa esta advertencia, diremos que la *Tucapelina*, que el autor llama *poema heroico*, consta de diez *décadas*, con igual número de octavas cada una, amén de una dedicatoria a la ciudad de Chillán puesta al fin como remate de la obra y destinada a ensalzar al pueblo de donde parece era oriundo Pancho Millaleubu.

La invocación con que comienza el poema es de lo más extravagante que darse pueda, mezclándose en ella el «nombre de Dios Trino, principio, medio y fin de cosas buenas», con alusiones a los críticos malévolos, al ingenio de Ercilla y a las inspiraciones de Apolo, a quien se dirige en estos términos:

Gobierna, pues mi pluma, sabio Apolo,  
para hablar del asunto dignamente,  
pues a mi corta esfera llegan sólo  
los ecos de un ladino balbuciente:  
la fama lo echará de polo a polo  
con su trompa sonora y elocuente  
mientras mi admiración rompe el silencio  
dudando de lo mismo que presencio.

E. 3, D. I. [326]

Supone el autor que en aquel momento ocurren en Chile grandes novedades: a la guerra atizada de continuo, ha sucedido la más profunda paz; circulan libremente las tropas del rey; el bravo territorio de Tucapel se ve poblarse de *patiru* y *huincas* (religiosos y españoles); los antiguos y denodados jefes indios parece que yacieran en profundo olvido en la mente de sus hijos. En el sur, se divisa a Chillán, que por gran auge y primor cuenta un colegio real de misiones:

Deste taller sagrado y seminario  
de santos y apostólicos varones,  
salen con un furor extraordinario  
a convertir los indios en misiones;

y en el poder a dos Ambrosios, en quienes se verifica

Las que fábulas cuentan de un Orfeo:  
el amansar las fieras son sus ocios,  
los cuatro Butalmapus son trofeo,  
el Tucapel rebelde, el araucano  
es vasallo leal, fiel, ambrosiano.

Sin embargo, algún tiempo atrás,

En profundas tinieblas sumergidos  
yacía Tucapel y su comarca,  
del gremio de su madre divididos  
por infieles a Dios y a su monarca.  
Su iglesia, altar y santos demolidos,  
el Estado despojo de la Parca.

El fuego había hecho estragos en las ciudades de los cristianos; los habitantes de la costa yacían arruinados o muertos, y todo por culpa de los indios, o mejor dicho, de los españoles, que apenas si les costeaban misioneros que se encargasen de instruirlos en las verdades de la fe; que los engañaban miserablemente en sus tratos, y que de continuo se veían amagados por los piratas extranjeros siempre dispuestos a obrar en el ánimo de los salvajes. Pero al fin los rebeldes,

Como pródigos vuelven a Francisco,  
perdido y disipado el patrimonio,  
su amparo solicitan y su aprisco  
en fe de primacía y testimonio  
de que sus hijos son en Cristo y fisco. [327]

Llega, por último, el suspirado día en que Tucapel no cabe de contento: el maestro de campo ha reunido a los jefes de la tierra en la plaza de Arauco para hacerles entrega de los padres que han de llevarlos a la fe y hacer su felicidad. El día 4 de noviembre de

1779 se celebran las vistas en una especie de anfiteatro que rodean los caciques más notables; ahí el general español

No hay verdad que no diga, no demuestre  
en defensa del rey, del sacerdocio,  
empeña su piedad y honor ecuestre:  
que castigar rebeldes sabría luego  
entrando por la costa a sangre y fuego.

Tantos caciques, todos respetables  
por vasallos, por fuerzas, por valor,  
manifiestan con señas muy palpables  
su lealtad a su rey, a su señor;  
la prudencia, bondad, dotes amables  
que adornan a su jefe y protector,  
arrastran con impulso poderoso  
a todo el Butalmapu belicoso.

Ya disuelven sus cortes y *cahuin*  
con vivas que resuenan todo el día,  
y aunque la envidia muerda mi chapín,  
el cielo y tierra llenan de alegría;  
este de sus miserias sale al fin,  
aquel llueve un maná, todo ambrosía:  
el Tucapel se rinde a Dios y al rey  
y la costa se amansa como un buey.

Los hijos del humano serafín  
vuelan tras de su amado Tucapel,  
las luces que ocultaba el celemín  
brillan por el muy alto coronel;  
la furia infernal lleva en San Martín  
viendo la costa toda en gran tropel:  
llevan a sus patrones en las palmas  
cincuenta y más caciques, millón de almas.

Ya los campos Elíseos se presentan  
del Tucapel soberbio y belicoso,  
y los padres en ellos se aposentan  
regándolos de llanto muy copioso:  
uno por uno ven, registran, cuentan  
los sitios de un país tan delicioso,

monumentos de su gloria pasada  
pero tristes asuntos de Iliada.

E. 4, 5, 6, 7 y 8, D. III. [328]

Todo ha cambiado, pues, en aquel palo de antiguo tan belicoso y rebelde; los caciques han dado sus hijos para que sean educados en colegio a costa de la nación; su fe y conversión no pueden ser más vivas y fervientes;

El estado feliz de la misión  
es a todos bien público y patente:  
de ser obra de Dios su fundación  
dan testimonio ilustre y convincente  
tres caciques, diez conas bien casados,  
cien párvulos y adultos bautizados.

A porfía se disputan los indios trabajar en la iglesia que levantan los padres a gran prisa y mucho ornato:

¿Quién obra este prodigio con efecto  
sino Dios en honor del cristianismo?  
¿Un edificio tal sin arquitecto  
entre tan vasto y pobre gentilismo?  
La indiferencia trocada en el afecto,  
en culto y devoción el ateísmo;  
¡Tucapel que pintó tan lobo Ercilla  
está a son de campana en la capilla!

E. 7, D. IV.

Concluida la obra, se trata de hacer el estreno, y aunque se teme que las indiadas de la costa vengan a dar un malón, en reunión privada determinan tener un *cahuin* gratulatorio a que asista todo el butalmapu; y a fin de que la fiesta sea más solemne y eficaz resuelven también que al efecto se llame a la primera autoridad del reino.

Disponen una lustrosa embajada compuesta de un famoso triunvirato, que en caballos ligeros como el viento partan a Santiago el día 10 de setiembre de 1780. Llegados a la gran capital, los enviados pasan a besar la mano a su dueño y señor, le dan mil abrazos,

. . . . .Y evacuados saludos, el decano  
parla con elocuencia varonil  
sobre estrenar su iglesia en el verano  
con gozo y complacencia muy gentil,  
si se digna de honrar su señoría  
su Mapu-Tucapel para este día. [329]



Todos tres reproducen sus instancias  
para obtener tal dicha si es posible,  
y dar al Butalmapu circunstancias  
que envidiable lo harán, pero invencible,  
y rival en valor a las Numancias  
con sola su presencia diligible,  
pues tiene en el reverso de su cuño  
los cuatro Butalmapus en un puño.

Tucapel es, señor, todo de Usía  
lo dice aquel triunviro respetuoso:  
¿qué fuera, pues, aún sin vos, aún en el día,  
sino un caos confuso y tenebroso?  
Su nuevo aspecto, verdor y lozanía  
se deben a ese sol tan generoso,  
que en su eclíptica de la paz amable  
gira toda la tierra infatigable.

¿Cuántos bienes nos trajo la misión?...  
Dedicada, señor, a vuestro nombre  
la fama lo publica sin pasión,  
y el polo hará inmortal este renombre.  
De Ambrosianos tenemos el blasón,  
que es una apoteosis para el hombre,  
y el vivir como dioses, de ambrosía,  
en Tucapel es pan de cada día.

.....

Pero ya es Tucapel nueva Castilla,  
y si Usía le honra será corte,  
presidiendo el estreno de capilla  
y siendo del cacique el bello norte;

Si tan grande favor no es asequible  
nombre día, señor, para la fiesta,  
un *Domingo* en la tierra muy plausible  
y en el que da su oráculo respuesta:  
vuestro amor a Millant es indecible  
desde que, nuevo Marte, fue a la testa  
de la tropa al destino de Valdivia,  
amansando los monstruos de otra Libia.

Es. 4, 5, 6, 7, 8 y 9, D. V.

Promete al fin el maestro de campo asistir a la ceremonia, y que habrá además *cahuin* y regalos y buena mesa, determinando que sea el 4 de octubre, en honor del «humano serafín».

Tan pronto como los enviados dan cuenta en Arauco de su comisión, vuelan los mensajes convocando a los amigos, disponen hospedajes los caciques, galpones y ramadas, y los *patirus* van como [330] piedras por esos ríos, andando día y noche de puntillas porque los adornos y el aseo de la iglesia sean cumplidos.

Llegan el cabo don Domingo Tirapegui, escoltado de algunos indios notables, el comisario de naciones, el intérprete y otros encumbrados personajes, y

Con esta comitiva hace su entrada  
por medio de ordenados escuadrones  
que a recibirlo salen de la indiada  
con vivas y saludos a montones:  
los *patirus* celebran su llegada  
echando todo trapo y esquilonas,  
rompiendo del placer todos los diques  
en fuego, luminarias y repiques.

E. 4, D. VII.

Díjose la misa en la capilla por demás iluminada; se escuchó el sermón con no poca devoción, y hasta hubo uno que otro de los indios circunstantes que se enjugó alguna lágrima furtiva motivada por la elocuencia y razones del predicador. Pero luego llegó el festín y sucedió la alegría;

Todos beben según su voluntad  
cual allá en el convite de Asuero,  
pues la tasa en beber según edad  
fue para Baltazar de mal agüero.  
Contando por mayor su sobriedad  
por siete causas beben que numero:  
la sed que fue y que vino, la ambrosía,  
el brindis que va y viene, noche y día.

Aquí toda la tierra balancea,  
la costa se nos pone de costillas,  
el humo se subió a la chimenea,  
bajó el fuego a talones y puntillas:  
también mi mancarrón aquí manquea  
solo puede pasar por las orillas;

y con el *pun, pon, pun*, y este trasnocho  
amanece de octubre al día ocho.  
E. 9 y 10, D. VIII.

Al salir el sol en este día memorable se reúnen todos de nuevo para recibir a Tirapegui.  
Reina gran silencio.

Al nombre de Millant y presidente  
rompo la parla el rey Pichipillán,  
como sacro real muy elocuente,  
con el gran Neculbud y Mariñán, [331]  
cara a cara se ponen, frente a frente,  
y la atención captada por don Juan,  
derrama en los asuntos que les toca  
raudales de ambrosía por la boca.

Con garbo solicita a Tucapel  
en asunto a la iglesia que ha estrenado,  
y que a su gran maestro coronel  
ese debe dar las gracias de su estado:  
que lo sea obediente, leal y fiel  
y cumpla la palabra que lo ha dado  
de vivir siempre en paz sin novedades  
en servicio de ambas majestades.

La noticia les da del parlamento  
de su jefe también y nuevo Alcides,  
de las prendas amables y talento  
del señor don Ambrosio Benavides,  
quien hace en su maestro nombramiento  
como en Hércules galo de estas lides;  
en lo sabio y discreto como el mismo  
en las hazañas, triunfos, heroísmo.

De aquí sigue la parla de agasajos  
a los caciques fieles de la costa,  
porque a la regia tropa en sus trabajos  
le dieron buen pasaje por la posta:  
cata aquí los más rotos más majos,  
y el español se vuelve una langosta,  
por su amado Millant corro la entrega,  
brama la envidia huinca siempre ciega.

Para corona y fin del parlamento  
a sus *cari-patirus* encomienda  
y a la escuela que tiene su convento  
de niños y de *gueñis*, como en prenda:  
a todo el Butalmapu muy contento  
a su hijito Reuqueant les recomienda,  
y luego se lo entrega a los caciques  
rompiendo del amor todos los diques.

Cada cual prontamente y con agrado  
lo abraza y acaricia con franqueza,  
el hijo de su padre deja el lado  
con gran serenidad y sin sorpresa:  
del bárbaro prolijo no ha mostrado  
ni miedo, ni temor ni otra flaqueza,  
verificando así, si bien adviertes,  
el dicho que de fuertes nacen fuertes. Etc.  
E. 3, 8, D. IX.

Después de esto se felicitan todos mutuamente, aplauden al [332] maestre de campo y se despiden hasta el próximo parlamento, con lo cual concluye el poema.

Después de este prolijo análisis en que el lector habrá tenido ocasión de penetrarse del estilo, tendencias y naturaleza de la composición, apenas insistiremos en dos o tres observaciones.

Se habrá visto que al poeta no le ha sido difícil mostrarse en apariencia serio y, en realidad, reírse en el fondo y darlo a entender con claridad, y lo que es más, que ha podido dentro del tema y hasta de las palabras elegidas como asunto de broma, hacer alarde de ingenio, especialmente hablando del *sol*, *ambrosía*, *maestría*, etc., refiriéndose a Tirapegui y O'Higgins. Sin embargo, a veces por hacerse ingenioso, da en la oscuridad y en un culteranismo que jamás ha sido bueno, como cuando dice en la estrofa segunda de la *Década VII*:

...Crepúsculos de un día paralelos,  
acróstico a la letra de ambrosía,  
pues se extendió hasta ocho un solo día;

con lo que quiere dar a entender que con la salida del sol en el día ocho de octubre llegó a formarse un acróstico, porque cabalmente ambrosía (por O'Higgins) consta de ocho letras.

Creemos que merece más disculpa este sistema cuando se trata de ocultar una sátira verdadera. Así, por ejemplo, en estos versos que están al final de la obra,

Al sol *tiran* en daño de la tierra  
a eclipsar por tener muy grandes alas;  
pájaros que le hacen cruda guerra  
y son en sana paz Perú de malas;  
mas el Hércules galo no la yerra,  
aunque a los tales dicen no entran balas;  
con las flechas de oro a puntería  
destos pájaros caza noche y día;  
en las demás proezas cosa es llana  
que se lleva también la *maestría*, etc.;

en la palabra *tiran*, refiriéndose a los pájaros que la mitología fingió símbolos de envidia, se lo dice muy claro a Tirapegui; y cuando agrega «que se lleva también la maestría», hablando aparentemente de la perfección con que se ejecuta una cosa, dirige [333] sus tiros a O'Higgins, indicando que al fin y al cabo se ha de salir con que lo hagan maestre de campo, o cosa parecida.

Muy distante del acierto ha estado el poeta en sus frecuentes alusiones a la mitología, y particularmente cuando vemos decir a uno de los indios que fueron de embajadores a Santiago:

En vos, señor, tenemos un Proteo  
allá en nuestros *patirus* un Vertuno, etc.

Por último, la versificación de la *Tucapelina*, además de no ser armoniosa, es dura, poco flexible y afeada sobre todo por palabras vulgares en exceso, ajenas al estilo poético; pero no puede negarse que el valiente Pancho Millaleubu ha tenido momentos felices en el manejo de su arma y que sin modelos de ningún género ha dejado un trabajo altamente nacional y de gran originalidad.

A continuación de este ensayo de epopeya burlesca nos parece oportuno mencionar las otras composiciones satíricas de aquella época de que conservamos noticia y que, ¡cosa singular! pertenecen en su mayor parte a los miembros de las órdenes monásticas.

«Entre los frailes de que hablamos, el que más fama tuvo fue el padre López, teólogo muy distinguido y uno de los hombres más espirituales de su tiempo. Era fraile dominico y pasaba por un improvisador admirable; vivió mucho tiempo en la provincia de Coquimbo, donde dejó recuerdos de su habilidad y buen humor. El padre López se va haciendo entre nosotros un personaje fabuloso; no hay chiste, no hay estrofa maligna de autor desconocido, a los que no se ponga la firma del espiritual dominicano, y sería un servicio notable hecho a la literatura nacional recopilar lo que nos queda de este Quevedo chileno. Nosotros damos en el *Apéndice* de este trabajo algunas de las estrofas que hemos podido recoger, y que creemos originales, del ingenioso improvisador.

«Todas las composiciones del padre López son de circunstancias, y casi todas ellas satíricas; el padre escribió muy pocas cosas serias, bien es que él encontraba muy pocas cosas serias en este mundo. Así parece demostrarlo al menos el cuarteto siguiente, [334]

que el padre improvisó en una circunstancia bien dolorosa. El bardo había sido llevado a la cárcel por la violación de yo no sé qué bando de policía, y habiendo ido a visitarle el guardián de su convento, el vate prisionero le dijo:

En esta casa, señor,  
nos castigan al revés:  
los yerros de la cabeza  
nos los ponen en los pies.

«El recibimiento era de los mejor calculados para hacer reír al guardián, y el guardián se rió grandemente de la ocurrencia. El padre López era enemigo de los jesuitas, no sé si por ligereza de carácter o porque se diera cuenta de su mala voluntad. Yo me inclino a creer que el padre no sabía por qué. Sea de esto lo que quiera, él hizo dos estrofas que nos autorizan a creer que no los miraba con buenos ojos. Un día que pagaba por en frente de la iglesia de la Compañía en el momento en que el reloj de la torre daba las dos y tres cuartos de la tarde, el padre improvisó la siguiente quintilla:

Tres cuartos para las tres  
ha dado el reloj vecino,  
y lo que me admira es  
que, siendo reló teatino,  
dé cuartos sin interés.

«En otra ocasión, pasando por delante de la imagen de un santo de la Compañía de Jesús, de cuya boca salía la palabra latina *satis*, el padre dijo:

Un *satis* de amor divino  
en esa boca se engasta:  
serás el primer teatino  
que, dándole, dijo basta.

«El padre López era muy buscado por todas las gentes de buen humor y estaba siempre en reuniones y jaranas; allí improvisaba sobre la materia que le proponían los asistentes, y en ocasiones con una desesperante oportunidad. Véase lo que le sucedió a una señora a quien él pidió un pie forzado para hacerle una quintilla. La señora, sea por mal humor o porque le disgustara ver a un [335] fraile en semejantes reuniones, quiso hacerle callar, y por única contestación a su pedido, «aquí tiene usted», le dijo, y le mostró la punta del pie. He aquí la brusca quintilla del irritado dominicano:

Os hacéis muy poco honor,  
pues viéndoos en tal postura,  
señora, se me figura  
que yo soy el herrador  
y vos la cabalgadura.

«Según hemos podido informarnos, este padre escribió varios sainetes que se representaron en algunos conventos de monjas, pero que no hemos logrado procurarnos. Durante su permanencia en Coquimbo, conoció allí a un cura llamado Clemente Morán, que andaba siempre muy desaseado; este cura también hacía versos, y con él sostuvo el padre López una correspondencia poética de la que se conservan algunas cartas. En ellas hay estrofas tan acabadas, tan graciosas, tan fáciles, que pueden ponerse al lado de las de muchos notables escritores españoles de aquella época. Aunque nuestros lectores tendrán ocasión de leer algunas de esas décimas en el *Apéndice* de este trabajo, vamos a copiar aquí una que nos parece digna de recuerdo tanto por la felicidad y donosura del verso, como por lo completo y picante del pensamiento:

.....

Sabrás, pues, de que soñé  
que estaba en un gran salón,  
en donde con prevención  
había un titiritero,  
el cual por ganar dinero  
costeaba la diversión.

Sacó un mono hecho pedazos,  
de una figura infeliz,  
con una sobrepelliz  
compuesta de mil retazos;  
tenía por embarazos  
sotana, *poncho* y gabán;  
en fin, era un charquicán  
de inservible trapería;  
y un letrero que decía:  
este es el doctor Morán.

«Esta décima que hemos hecho preceder de la terminación de [336] otra para que se comprenda el sentido, tiene un gran mérito a nuestros ojos; ella está compuesta con una sorprendente facilidad, los versos son naturales y acabados, el pensamiento feliz y picante y empapado con esa sorna tan propia de nuestras canciones populares que pinta con singular gracia nuestras bellas disposiciones para esta clase de poesía.

»Fuera de la poesía jocosa, que fue el género en que sobresalió el padre López, hizo algunas composiciones serias, entre las que se encuentra una a su hermana, que no hemos podido hallar, pero que era notabilísima, según dicen individuos competentes que la han oído recitar a personas de aquel tiempo.

»No pretendemos hacer un estudio detenido de las producciones del padre López; bastan las estrofas que hemos mencionado y las que se verán entre los *Documentos* para formar juicio del mérito literario del jocoso dominicano, y para señalarle como el único que en este género de poesía se elevó a una altura que nadie ha alcanzado en las épocas posteriores, si se exceptúa el clásico y castigado autor de la *Pajarotada*, que lo aventaja

en la corrección de la frase, en la fuerza de la expresión, pero no en la facilidad y soltura del verso...

»El padre Escudero fue otro de los religiosos conocidos en la época del coloniaje por la gracia y facilidad con que versificaban. Era también poeta satírico y pertenecía al convento de San Francisco. No le disgustaba al padre Escudero la vida regalada y alegre, tanto que habría podido decirse que no había nacido para el claustro. Sólo hemos podido procurarnos una décima, no de mucho mérito, que escribió en una circunstancia particular, que vamos a referir. Servía nuestro franciscano de capellán en una hacienda y fue despedido de ella por yo no sé qué disgusto ocasionado por la excesiva desenvoltura del franciscano. Salió de las casas de la hacienda, no sin llevar su escopeta, que no desamparaba por ser muy aficionado a la caza; cazando se fue por el camino, y cuando hubo reunido algunas aves las envió al dueño de la hacienda con esta décima: [337]

¿De usía olvidarme? ¿cuándo?  
No siendo mi amor profano;  
quiero poner en su mano  
las aves que andan volando;  
sin ser cura estoy cazando  
sin dejar bosque ni loma,  
y al pájaro que se asoma  
luego le dejo difunto;  
sí yo, pues, le pongo el punto,  
póngase usía la coma.

»A pesar de la fama de que gozaba el padre Escudero, si hemos de juzgar por esta décima, no creemos que fuese un buen poeta. En ella no hay más que el equívoco, no de muy buen gusto, que termina la décima, siendo muy digno de notarse que el padre al escribir esos pobres versos al hacendado que le había arrojado de su casa, no tenía ninguna oportunidad, y sí, una sangre fría que está muy cerca de la insolencia.

»Con el padre Escudero termina la serie de religiosos que más se distinguieron en la época que estudiamos, por su inclinación decidida a la poesía. Al lado de estos religiosos es preciso colocar a don Lorenzo Múgica, poeta satírico e improvisador sobresaliente, a quien comparaban con el padre López por la gracia y facilidad con que versificaba...

»Don Lorenzo Múgica fue capitán de artillería durante la dominación española, acompañó después a don José Miguel Carrera a la República Argentina, y sufrió tanto en el paso de la Cordillera que conservó siempre las huellas de aquel viaje desgraciado, viviendo enfermo hasta su muerte.

»Hemos dicho que Múgica era improvisador y vamos a citar algunas de sus improvisaciones. Un día venía de oír misa y llegaba tarde a casa de uno de sus amigos en que tenían costumbre de reunirse varios a jugar malilla. Nuestro poeta es reconvenido por su tardanza, y él se defiende en esta preciosa décima;

De un fraile largo y prolijo



la misa acabo de oír,  
que bien se pudo imprimir  
en el tiempo en que la dijo;  
no crean de que me aflijo  
de un acto tan reverente, [338]  
pero es claro y evidente  
que en el tiempo que tardó,  
no sólo a Dios consumió,  
conmovió a toda la gente.

»Esta décima improvisada por Múgica, es oportuna, es fácil, es acabada. En otra ocasión queriendo probar su habilidad, le dieron en una reunión por pie forzado de una décima este verso sin sentido:

Salero sin sal sino.

»Véase como se desempeñó Múgica:

La mujer que da en querer,  
para todos tiene sal,  
y es salero universal  
el amor de la mujer;  
mas si da en aborrecer  
aquello que más amó,  
no tiene sal, diré yo;  
por cuya razón se infiere:  
salero es con sal si quiere,  
salero sin sal, si no.

»No era posible salir más brillantemente del paso; pero si es admirable tanto talento improvisador, no lo es menos ese otro talento que poseía en tan alto grado Múgica: la oportunidad. Vamos a dar una muestra de él. Hallándose en Valparaíso, el mar arrojó a la playa una enorme ballena; todos fueron a verla y Múgica también; allí encontró a la mujer del gobernador, que era muy hermosa, y que viendo venir a nuestro poeta, le rogó dijera algo sobre aquel monstruo. Múgica apenas había tenido el tiempo de saludarla, y sin embargo, inspirado por aquella mujer tan hermosa, hizo en su presencia la oportuna y galante décima que sigue:

Este monstruo que aparece,  
despojo de este elemento,  
es tributo que contento  
el mar a tu planta ofrece;  
bien tu hermosura merece  
ofrenda tan desmedida;

no hubiera bruto con vida  
si allá en su instinto alcanzara,  
que con su muerte lograra  
la gloria de tu venida. [339]

»¿Es posible ser más oportuno, más gracioso, más brillante versificador? Lástima grande es que se conserven tan pocas composiciones de don Lorenzo Múgica, y desidia imperdonable que no se haya recogido lo poco que nos queda de él. Bien hacían los hombres de su tiempo en compararle con el padre López: es la misma escuela, la misma gracia, la misma oportunidad. Entre los *Documentos* damos algunas otras producciones de Múgica que nos ha sido posible recoger, y que son del género de las que hemos citado<sup>(297)</sup>.

»No seríamos justos si al terminar la nómina de poetas que se distinguieron en la época del coloniaje, no recordáramos que también el bello sexo se dedicó a la poesía y que muchas señoras gastaban sus horas de ocio en esta noble y elevada entretención. Entre ellas figuran las hermanas del padre López y las de don Lorenzo Múgica. Nada se conserva de lo que por aquel entonces escribieron; pero se nos ha informado que escribieron e improvisaron composiciones que no se cuidaron de guardar, o que confiaron a la memoria falaz de sus parientes y amigos. Algunas de esas señoras compusieron obras dramáticas que tenían un carácter religioso, y que fueron representadas en los conventos de monjas. Cuando se trata de escribir la historia sobre documentos públicos, o sobre los que nos han legado los actores de ella, el conocimiento de los hechos es cuestión de trabajo; pero cuando es preciso escribirla sobre las relaciones de particulares indiferentes o preocupados, la cosa suele ser cuestión de oportunidad, y todo el trabajo del mundo es incapaz de encontrar lo que nos descubre un incidente casual, una circunstancia inesperada. Tal vez se encuentran en alguna parte obras de las señoras que ya mencionamos, y no hemos sido bastante felices para descubrirlas, a pesar del trabajo que para dar con ellas nos hemos impuesto. Como quiera que sea, siempre resultaría que lo que estas señoras hubieron escrito no cambiaría el carácter dominante de la poesía del [340] coloniaje, mucho menos si se atiende a que ellas no pudieron menos de seguir e imitar los buenos modelos que en su propia casa tenían<sup>(298)</sup>.»

Hubo todavía en este orden curiosas manifestaciones del ingenio satírico de nuestros antepasados, que pintan muy bien los objetos generales que en aquel entonces tendían a despertar la risa del común. En nuestros días, la política presta un ancho campo al ridículo y llueven las caricaturas punzantes, auxiliadas del buril: en aquellos tiempos, los acontecimientos religiosos, que absorbían tanto de la vida ordinaria, la crónica doméstica con sus incidentes matrimoniales, eran de los únicos que se ofrecían a los poetas, de por sí insignificantes e incapaces de elevarse a las regiones que la fábula alcanzara con Lafontaine, o la comedia de carácter con Molière y Moreto. En los últimos tiempos de aquella era, por fin, sátiras sangrientas encendían las rivalidades de *chapetones* y criollos, que poco a poco y en silencio habían de madurar uno de los más poderosos elementos que impulsara a los chilenos a la independencia. Conocemos algunas de esta clase, pero tan atrevidas y groseras, que la decencia nos obliga a callarlas<sup>(299)</sup>.

En estas composiciones poéticas, como casi en la totalidad de las de corto aliento que nos haya legado la colonia, es inútil que procuremos descorrer el anónimo que las envuelve: sus autores creían trabajar para el momento, sin cuidarse por cierto de que con los años hubiese curiosos que procurasen averiguar su firma bien pagados se daban con que los íntimos supiesen de quienes eran los versos que debían aplaudir; y además, el que circularan confiados a la memoria de los oyentes, poco empeñados en este detalle, era una circunstancia poco a propósito para que en las [341] recopilaciones que algún clérigo o doctor intentase más tarde, pudiesen darse pormenores sobre el particular.

En las siguientes décimas, hechas al parecer por un religioso contra dos jesuitas que pretendían cambiar de hábito, no escasea la naturalidad de la dicción, ni falta gracia y fuerza en el chiste; pero se ven un tanto afeadas al final por el esfuerzo que el autor ha desplegado por parecer ingenioso:

Hermano, en días pasados  
a mi religión vinieron  
dos hermanos, que anduvieron  
en todo bien hermanados.  
Dicen vinieron errados  
en el camino los dos;  
el yerro fue para vos;  
mas, hermano, no te asombres,  
que muchos yerros de hombre  
serán aciertos de Dios.

Verdadera advocación  
fue la de ellos desde luego  
pasando por agua y fuego  
para entrar en religión;  
dándoles la aprobación  
con gusto los recibieron,  
y es cierto que conocieron  
(aunque nadie los reñía)  
eran de la Compañía  
por lo mucho que sufrieron.

Malicia ni aún por asomo  
de su venida tuvimos,  
el por qué nunca *supimos*,  
tratando sólo del cómo.  
En el aforro del Lomo  
pararon los peregrinos:  
si eran pollos o pollinos

entonces no se sabía,  
mas al tino se decía  
¡qué bien saben los teatinos!

Si es contra constitución,  
como lo expresa la mía,  
expulsos de compañía  
admitir en religión:  
la ignorancia en la ocasión  
disculpárame lo actuado.  
Y te ha causado enfado,  
hermano, lo sucedido  
tú quedarás desabrido  
pero yo bien sazonado. [342]

Dicen, hermano, pedías  
las *Aves* de la oración,  
y en casa por devoción  
te enviaron avemarías:  
eso menos rezareis,  
que no fue poco favor;  
mas, yo entonces sin temor,  
prodigio que no se sabe,  
viendo al niño con el *ave*,  
dije: ¡el ángel del Señor!

En la composición que va en seguida, obra de un fraile Pando, no escasea tampoco la facilidad de elocución; pero los términos bajos de que está sembrada y la frecuencia con que los acentos antirrítmicos golpean el oído, contribuyen mucho para hacerla aparecer menos que mediana. Sin embargo, no puede negarse que el pensamiento que la ha inspirado es bastante original y que el tema está bien desarrollado.

**Parabién a un sermón que se predicó por una maturranga, que todo es una ganga.**

Vide un sermón que me dicen  
predicó María Teresa,  
y no me admira el que fuese,  
por ser ella buena pieza.

Solo reparo que el dícere  
no dice con su viveza;  
sino que maldad haya sido  
por ser ella buena pieza.

Los textos mal ajustados  
vinieron para la empresa:  
sería en Teresa cuidado  
por ser ella buena pieza.

Dejemos la buena pieza  
y vamos a lo formal:  
¿no me dirás, motilona  
quién te metió predicar?

¿Las acciones de hombres doctos  
quién te metió remedar,  
si no mides los discursos,  
ni por donde has de empezar?

Con los autores que alegas  
puedes levantar el dedo,  
porque el uno es sacristán  
y el otro diz que es cerero. [343]

El gallo «coquirocó»  
te habrá cantado en el oído,  
y el *meme* de las abejas  
es lo mejor que he oído.

Bien discreta habéis andado  
en aspergear el convento:  
¡serían humos que quedaron  
de los ayunos de adviento!

Al síndico y capellán  
los dejastes aplastados  
con decirles las verdades  
delante de sus prelados.

Los criados, he oído decir  
que gravemente se quejan  
del cuero con que deseas  
sacudirles las orejas.

La vicaría de concina  
dice te la ha de guardar,  
y en las raciones que llevas  
diz que se la has de pagar.

Las vírgenes de campana  
dicen que no has de morir  
hasta que hagan el milagro  
de poderte sacudir.

¿A la *maulina* discurre  
que no se las has de pagar?  
Buscando están un santo nuevo  
por sólo hacerte canta.

Tomates por autor clásico  
a fray Marcos el sincero  
para que a tu gran discurso  
nadie le pusiese pero.

Con todo eso te olvidaste  
de atender a lo debido,  
que era haber puéstole el buey  
al niño recién nacido.

Mulas, borricos y gallos,  
las ovejas y pastores,  
las sacastes a pastear  
delante de los señores.

Le diste cuarenta días,  
te dieran de recreación,  
porque quedastes cansada,  
de tan hilado sermón. [344]

Porque te comían las pulgas  
pides las excomulgasen,  
sin mirar su sencillez  
y que no saben lo que hacen.

Si esto con tu familia haces,  
y que son tu propia sangre.  
¿Qué hicieras con los extraños,  
si los vieras muertos de hambre?

Discurrirás que has sacado  
gran fruto de tu sermón:  
pues a nadie le ha causado  
aún siquiera contrición.

Pues sabrás que todos dicen  
les causó gran tentación  
de risa, los disparates  
que dijiste en el sermón.

Sólo el provisor ha dicho  
que lo hicistes admirar,  
y que quiere echar un auto  
que al tomo no ha de llegar.

Éste es el fruto copioso  
de tu grandioso sermón  
para que monjas y frailes  
todos te echen maldición.

Y así, puedes retirarte  
al gallinero mejor  
de la torre, que le ha hecho  
tu querido provisor.

¡Ay! Si puedes afilar  
el ingenio con primor  
al sunsur de las palomas,  
que así harás otro mejor.

Anda docta delicada  
y de cortos pensamientos  
que otro hay que con más primor  
te aja tus atrevimientos.

Lo más curioso es que esta burla dirigida al parecer a una monja (que no debía ser de las menos, avisadas) no quedó sin contestación. Dejó la dama el silencio del claustro y salió

a la palestra a combatir las voces tan poco lisonjeras que con motivo de su decantado sermón circulaban de rejas afuera. Califica a su contendor en la dedicatoria de fraile *renacuajo*, y le dice: [345]

Mucho estimo tu atención  
y quedo tan obligada,  
cuando de tu gran talento  
debo quedar espantada.

A darte respuesta voy  
sin que te quede palabra  
de las tuyas, que no tenga  
correspondencia extremada.

¿El dícere del sermón  
adicionas? Pues repasa  
que no merece adición  
lo que es sólo bufonada.

Los textos mal encasados  
serán, como verbigracia,  
una mitra en tu cabeza  
sí no fuese en mojiganga.

El que se a motilona  
no me quita tener gracia  
para suplir aunque sea  
en burlesco nuestra falta.

Dícesme que de hombres doctos  
fuese una acción venerada:  
tú en esto no tienes parte  
y de esto no me hagas causa.

Pues no he sabido en mi vida  
que este cuidado te mata,  
supe sólo que en un teatro  
hiciste papel de farsa.

Este tu púlpito fue:  
no tienes que hablar palabra,  
y en camisa de once varas



no te metas, que es muy larga.

Los autores que nombré  
necesitaba la chanza,  
no hube menester mendrugos  
que allí entonces te encajara.

El salto fue menester,  
y tú por gallina enana  
te quedaste empollando  
sabandijas en tu cama.

Si el gallo cantó a mi oído  
no es fácil que al tuyo lo haga,  
pues en tu oído no hizo eco  
tu obrilla toda quebrada. [346]

Esa poesía no tiene  
cosa que desconcertada  
no se vea en vuestras obras,  
que nunca sirven de nada.

Que anduve discreta dices  
en el aspergue de casa,  
y aunque irónico lo dices  
en esto la verdad hablas:

Pues ninguna se ofendió,  
porque no fueron pesadas  
mis burlas y que ellas no son  
de un fraile de la Capacha.

Ni el síndico y capellán  
se han agraviado de nada;  
sólo si a ti se han quejado  
no sabré decir palabra.

Sólo el síndico si acaso  
para su obra comenzada  
lo negaron los capachos,  
se quejará de tu casa;

y también el capellán  
que en enfermedad tan larga  
lo ha faltado una jeringa  
porque es mayor quien la guarda.

Ni las criadas tampoco,  
que lo diré en vuestras barbas,  
aunque remilgado cuides  
de arrancarte las quijadas.

No escogí para lucir  
el autor que tú señalas,  
Pando, porque tú también  
me puedes servir de escala.

Aunque resumes de agudo  
y que a todos pones tacha,  
es esto lo peor que tienes  
aún siendo de mala traza.

El no haber sacado el buey  
fue porque hubo una falta  
de un cuerno; y ese eras tú  
que yo no sé donde andabas.

Recreación no pedí  
mientras (perdonen tus faldas),  
que petición imposible  
no es petición otorgada. [347]

Con lo hilado del sermón  
no me has de dar bofetada,  
que tú no sabes hilar  
sino trama de frazada.

Todo cabeza de pollo  
y la hebra todo anudada,  
todo motas disparejas:  
así es docta tu alabanza.

A mal tienes que pidiese  
contra las pulgas: ¡qué mala  
intención fuera la tuya  
si por ellas no abogaras!

Son semejantes a ti  
en morder y ser enanas,  
y cada uno dicen que  
debe amar su semejanza.

Si ninguno sacó fruto,  
y tú solo en la jactancia,  
advertid que solo en ti  
hace fruto la ignorancia.

Si a todos les causó risa,  
de esto me alegro en el alma:  
¡qué más gusto para mí  
que oír una carcajada!

No me prevengas que afile  
el ingenio, que si mandas  
contra ti lo afilaré  
hasta que echés las entrañas.

Docto, poeta delicado,  
dices, pero no me agravias,  
que esta verdad de tu engaño  
bien la puedes dar firmada.

Pues cierto es que con mi pluma  
ha de volar nuestra fama:  
¡Anda, chicuelo, y no más  
te metas conmigo en danza!

Como se ve, la réplica de la señora de toca había dejado muy atrás la invención de la cogulla frailesca; pues además de haberse defendido bien y reídose ella misma de su primera invención del sermón y del tono serio con que se había querido motejarla, no le escaseó a su antagonista los epítetos burlescos que un desquite bien justificado merecía. Todavía el estilo se resiente de dureza, a veces la frase de poca hilación, y la cultura, de los pequeños [348] pecados cometidos contra ella; pero la revancha estaba tomada y el dardo había herido en lo justo. ¡Pando desde entonces no volvió a reírse!

Parece que el espíritu femenino hubiese despertado en aquel entonces las iras de los que hilvanaban versos, como que se sintiesen molestos de conceder a las mujeres el mérito de una agudeza. Bastó también por aquella época que la señora gobernadora del «Puerto» dijera muy seria que haría mal su compadre don Luis Zañartu casándose en Chile, «por no haber quien lo mereciese respecto de sus caudales y gallardía», para que un poetastro (mejor que muchos de los de hoy) con ínfulas de galante saliese a la defensa de las beldades chilenas sacrificadas por un chiste de aquella advenediza gobernadora, y sin más ni más le dedicase estos versos:

Senda peligrosa es  
esgrimir contra una dama  
la pluma, sin que la fama  
tema calumnias después;  
pero viendo el interés  
de tanta deidad herida  
se sacrifica sin vida  
al golpe de la censura,  
por ser materia muy dura  
dejar sin cura la herida.

Pero en casos semejantes  
es moderada justicia  
no se quede la malicia  
en su dictamen pujante,  
y con reflexión bastante  
entienda esta dama bella  
no es suficiente centella  
la de su decir, hiriendo  
para no dejar luciendo  
a tanta brillante estrella.

Y así, señora, disculpa  
haga argumento a tu cielo  
defendiendo el patrio suelo  
a quien ofendéis sin culpa.  
Pues en cuanto el orbe surca  
la más infeliz ciudad  
encierra alguna deidad  
de mérito conocido,  
la que siempre ha merecido  
sujeto de calidad. [349]

Pues si la concha, en el mar

y el pedernal en la tierra,  
en su vasta cuna encierra  
diamante y perla a la par:  
¿por qué has de dificultar  
que una corte floreciente  
guarde prenda suficiente  
digna de mayor espera,  
y que compadre fuera  
peregrino en occidente?

Mucho tu pasión lo aplica  
de caudal y gentileza,  
de conocida nobleza  
todo lo que no se implica.  
Pero el modo en que explica  
tu lenguaje en proferir  
da licencia a discurrir  
ser preciso conceder  
o tu poco merecer  
o tu ningún distinguir.

Y es forzosa consecuencia  
malicie mi pensamiento  
que no ha sido tu tratamiento  
tanto como tu apariencia.  
Y que en Cádiz tu decencia  
no tuvo el culto preciso  
de tanto bello Narciso  
de los que tu esfera giran,  
puesto que tanto te admira  
de tu compadre el hechizo.

Suspende el herir violento  
contra inocentes deidades,  
sin negar las facultades  
que les dio su nacimiento:  
pues si tu destino atento  
te trasladó a esta región,  
a otra de mayor blasón  
envió el rey llenos de honores,  
de cuyos predecesores

guarda Chile sucesión.

Algo debió pesarle su ligereza y falta de tacto a aquella encofetada señora, y muy lastimado debió sentirse su orgullo vanidoso cuando al cabo de cuentas le dijeron,

Ser preciso conceder  
o su poco merecer  
o su ningún distinguir.

El mismo galán tan oficiosamente ensalzado no se sintió sin [350] duda en adelante muy bien con la apología que le dedicaran, pues de seguro le costaría a lo menos los malos ojos con que después hubieron de mirarle las estrellas de la hermosura chilena. Y en verdad que las décimas ni carecen de moderación y cierta finura ni dejan de estar insinuantes y bien dichas, haciéndose dignas de pasar por irreprochables, atentos los tiempos y la buena causa que defendían.

Réstanos todavía en materia de poesía satírica hacer mención de dos curiosísimas burlas, fundadas en dos hechos de carácter muy diverso y que anuncian ya la transformación que la sociedad chilena iba experimentando en sus hábitos en el primer decenio del presente siglo: nos referimos a las décimas compuestas acaso por don Manuel Fernández Ortelano<sup>(300)</sup>, ridiculizando una representación hecha en Santiago por cómicos franceses, y al *Canto encomiástico* sobre la llamada batalla de Las Lomas.

Son tan escasos los monumentos poéticos que nos quedan del período colonial y tan dignas de conocerse las décimas a la comedia francesa por los detalles que contienen respecto del aparato de las representaciones teatrales en Chile a principios del siglo y del desempeño de los actores, que se nos excusará el que, por largas que sean y por explotadas que las tengamos, vayan íntegras a continuación. [351]

**Décimas joco-serias y lúdrico formales que compuso un numen poético, y sin licencia de Dios, a la Comedia francesa, a sus farsantes, comparsa, música, expresiones y sentimientos, como asimismo a sus espectadores nacionales intrusos, supositicios por razón de moda y estado, con lo demás que verá el curioso lector, como dice ño Pedro Lozano.**

Pues por leyes de mi humor  
profeso la falsa secta  
de poeta, y por poeta  
debo ser murmurador,  
a divertiros, señor,  
con la francesa tragedia  
en más que quartilla y media  
voy, y no es tan escasa,  
porque lo que en ella pasa  
es un paso de comedia.

A Cádiz anduve entero  
y encontré de su distancia

la mayor parte de Francia  
en la cruz del mentidero;  
lo que allí observé no quiero  
reducir a estos borrones  
porque yo con mis razones  
no pretendo airar el ceño  
de quien puede ser tu empeño  
cuando tenga lamparones.

Entré al teatro y en él vi  
lo que nunca ver pensé;  
una sola vez entré  
y ciento me arrepentí;  
en su recinto advertí  
pompa, fausto, ostentación;  
estrépito, confusión,  
y entre otras mil maravillas  
vi prevenir las mantillas  
para el parto del ratón.

Recorrí la vista, y dado  
al asombro mi sentido  
aquí vi un introducido  
español afrancesado  
otro miró al otro lado  
que el propio estilo acomoda,  
y en su concurrencia toda  
observó lo mismo, pues  
es ya el parecer francés  
parte esencial de la moda. [352]

Dama vi allí tan extraña  
que indicaba por lo erguida  
estar como arrepentida  
de haber nacido en España;  
imitaba con tal maña  
la francesa simetría  
que pareció que decía:  
como yo francesa fuera  
maldito lo que sintiera  
ser hija de *Picardía*.

Allí se ven a manojos  
hombres tan extraños, que  
por ponerse a la *garée*.  
Un pie se descoyuntaban;  
de puro estirar les daban  
un vaivén y otro vaivén,  
y hasta vi algunos también  
que entre los polvos y harina  
en infusión de sardina  
pronosticaban sartén.

Visto, pues, todo este gran  
invento de Belcebú,  
y harto de oír *vi monsieur*  
*votre serviteur trois an*,  
con vigilante ademán  
volví al teatro mi zozobra  
y dije: si su autor cobra  
el precio de su desvelo  
sin duda que se irá al cielo  
pues hizo tan buena obra.

No niego que el edificio  
es tan noble constructiva  
que inventó el primor, y apura  
las leyes del artificio;  
pero eso por este juicio,  
que hago en concepto piadoso  
califico lo rumboso,  
porque es grande patarata  
prevenir jarro de plata  
para dar agua del pozo.

Aunque la fábrica apura  
aún la admiración más alta,  
con todo, tiene la falta  
de ser de muy poca dura;  
y es fácil la conjetura  
porque prevención igual,  
pompa tanta, fausto tal



es banquete de vecinos  
que ponen manteles finos  
y comen sopa sin sal. [353]

Lo demás que mi malicia  
notó de esta calidad  
lo miré de cantidad  
y lo alabé de justicia  
es todo ello una noticia  
del espíritu francés;  
pero como en ellos es  
el entremés rara fue  
es el teatro quien hace  
las veces del entremés.

Aquí llegó mi atención  
porque impidió lo restante  
el estrépito sonante  
de música confusión;  
en violín, trompa, violón,  
y oboes con primor ameno  
formaban rumor sereno  
la cerda, el bronce y el palo,  
porque no hay nada de malo  
que no tenga algo de bueno.

Esto sí escuché con justa  
aclamación de la idea,  
porque música y jalea  
a todo el mundo le gusta;  
la consonancia robusta  
de fugas y de traveses  
me suspendió varias veces,  
tanto, que dije aturdido:  
no pensé que tanto ruido  
hicieran tan pocas nueces.

Acabada la dulzura  
de una obertura, por quien  
dijo un *semis-paucis*: «bien  
Tocati estar la obertura»;

salió ostentando figura  
madama Quiquiriquí,  
y en la comparsa que vi  
noté ejércitos enteros  
de franceses aceiteros  
vestidos de *caniqui*.

Cuantas francesas soletas  
andan por los baratillos,  
o ya amolando cuchillos,  
o ya adobando silletas,  
salen a dar zapatetas  
en esta comedia rara,  
de conformidad que para  
los fines que llevo expuestos  
no se hallará un francés de éstos  
por un ojo de la cara. [354]

Estos, pues, antes infestos  
velazquillos de la farsa,  
que allá forman la comparsa,  
como acá los mete muertos,  
son espectáculos ciertos  
que a medida coyuntura  
hablan con tanta lisura,  
tal frialdad y manera  
que en buen concepto a cualquiera  
le dicen una frescura.

Traían estos postizos  
cómicos de estilo nuevo,  
arroba y media de sebo  
entre pindajos de rizos;  
de forma que para visos  
de esta femenil matraca  
hacen tan extraña saca  
que apuran el matadero  
los rebaños de carnero  
y las infundias de vaca.

Los más de ellos tan extraños,

tan raro aspecto tenían  
que más que hombres parecían  
sabandijas de mal año:  
prueba de este desengaño  
me dio un señor de Lamproza  
que traía en la pelusa  
de la chupa y los calzones  
hechas las informaciones  
para entrar a ser lechuza.

Con este acompañamiento  
y otros muchos mozarrillos,  
delgados de pantorrillas  
y gordos de entendimiento  
salió a luz y se dio al viento  
cierto farsante novel,  
que por lo pesado y fiel  
de su papel imagino  
que hizo un paso de molino  
o un molino de papel.

Traía el tal por nariz  
un prurito y por la hechura  
parecía una figura,  
de caveta de París:  
tal era el quiebro y deslíz,  
el arte y el desatino  
con que afectaba de fino,  
que yo dije en breve arenga:  
¡qué lástima que éste tenga  
lo que tiene un capuchino! [355]

Este, pues, que parecía  
un estanque de sosiego  
y hablaba en tono de ciego  
por tono de letanía,  
empezó su algarabía,  
que ni pude percibir,  
ni es fácil de definir;  
porque era tal, que a mi ver,  
no la pudiera entender

quien no supiera gruñir.

Accionaba a proporción,  
los conceptos explicaba  
y a veces se arrebañaba  
las olas del corazón;  
otras y más, en acción  
de expresar afectos guapos  
en dos vivos sacatrapos  
lo noté acciones tan toscas  
como si oseara moscas  
o repartiera sopapos.

Las damiselas, señor,  
que alternaban el trabajo  
iban por el propio bajo,  
y eran del mismo tenor.  
Todas las observé por  
que no achacasen a injuria,  
no pintarlas cuando hay furia  
en este número vario,  
que parece relicario  
de su mal versada curia.

Al verlas de un...  
No temí la adversidad  
porque por su frialdad  
son un anti-tabardillo:  
tanta es la magra y blanquillo  
de que se ponen porción,  
que a méritos de su unión  
parecen figura eterna  
de espadacín de taberna  
o estampa de bodegón.

Hacen su papel tan bien,  
con un ademán tan grato,  
que ni la danza de Bato  
en el portal de Belén;  
sólo de una, con desdén  
noté mi error y otro error;

mas, si he de hablar con rigor  
serio, y juicioso y legal,  
esta sólo lo hace mal  
pero las demás peor. [356]

Estas, pues, femíneas mapas,  
de quien con razón pudiera  
temer no se les cayera  
el mando de las papas;  
hurtando al suelo las tapas  
salieron, y era la acción  
de expresar una pasión  
pesarosa, hacer con grietas  
unas veces las *torbitas*  
y otras veces el *ponpon*.

A esto respondió el galán  
una cierta gringuería  
que no se la entendería  
el que escribió el Alcorán;  
ellas a él le hablan *pian*,  
a ellas él con baja voz,  
y a mí que, gracias a Dios,  
lo mismo que olas estaba  
por un oído me entraba  
y me salía por dos.

Como soy un hombre lego,  
tosco español, y tan raro  
que sé decir bien y claro  
lo que decía el gallego:  
a tientas y como ciego  
me admiraba de aquel caso;  
mas, aunque escuché un poco,  
de los cinco actos que vi  
el primero no entendí,  
pero el último tampoco.

Aquella rara invención  
en que celebra el discreto  
agudezas de Moreto

y lances de Calderón,  
aquí no tiene ficción;  
pero aún cuando la tuviera  
ni alargara ni luciera,  
que es el autor tan pelinazo  
que en su boca el mejor paso  
es un paso de escalera.

Lances aquí, ni apretones  
no busque el ingenio, pues,  
cada paso en ellos es  
ancho como sus calzones;  
mas, si ha de haber proporción  
de genio a traje se ve  
que así debe ser, porque  
hay calzón tan singular  
en que pudiera nadar  
toda la arca de Noé. [357]

Pretina hay tan dilatada  
en que su dueño podría  
llevar para todo el día  
la despensa de cebada;  
costosa y no acomodada,  
es invención tan sutil,  
pues como desde el cuadril  
tanto se extiende y dilata,  
se puede hacer una bata  
de lo que entra en un pernil.

Citando expresan que se aman,  
puestos los brazos en cruz  
hay a su *mondieu* y también *sus*  
qué sé yo como lo llaman;  
de tal manera se inflaman  
que se llegan a elevar,  
y aunque es concepto vulgar  
lo dije, al mirar su modo,  
grandemente lo hacen todo  
menos el representar.

Cuando es de celos el paso  
hacen sin naturaleza  
el caso con tal tibieza,  
como si no hicieran caso:  
si es relación o fracaso  
sucede el propio *entremei*  
porque esta comedia *ei*,  
por lo que yo a entender llevo,  
una relación de griego  
dicha en lenguaje francés.

Si acaso la simetría  
de alguna acción pide que  
quien la ejercita haya de  
hacer una cortesía,  
el cuerpo arquea a porfía  
como quien hilo devana,  
y con presunción ufana  
pone la corporatura  
como en aire de postura  
de alcarraza de Chiclana.

..... [\(301\)](#)

A este paso las más veces  
se sigue por hilación  
un tumulto o confusión  
de muchos arrastra *pieses*:  
no dudo que son corteses  
estos movimientos gratos, [\[358\]](#)  
pero quien los hace a ratos  
tiene gajes y estribillos  
de raspador de ladrillos  
o amolador de zapatos.

Después de esta tarabilla,  
se llegan hablar y ver  
monsieur de Patifurier  
i madama Coganilla,  
y con la pierna y rodilla  
hace la genuflexión:  
ella hace la propia acción

pero es con tal movimiento  
como si un mal pensamiento  
pusiera en ejecución.

Con tal flexible adoración  
suelen doblar las rodillas  
que se ponen de cuclillas  
para hablar con el galán;  
y este movimiento tan  
[aquí callo el adjetivo]  
parece que es instructivo, etc.

.....

Acabada esta página  
que en visos de espinicosa  
lleva por lo sentenciosa  
prólogos de pantomima,  
dice Monsieur Tagarnina,  
«Madama de *flan, flin, flon*»;  
ella lo responde al son,  
y después de este envoltorio  
queda todo el auditorio  
como el que ha visto visión...

Esta, señor, es la gracia  
de la tragedia francesa,  
que con mi desgracia empieza  
y acaba con mi desgracia  
y aunque con harta eficacia  
disimularlo procuro  
siento haya estado duro  
de mi crítica el compás;  
pero lo que siento más  
es mi medio peso duro.

Se nota en esta composición bastante método en la manera de tratar el asunto, descendiendo poco a poco de las generalidades para dar en los detalles referentes al desempeño de los actores, a sus trajes y maneras, etc. Pero, además de que el autor, tenía expedito [359] el campo para reírse, y reírse sin temor de que nadie le contestase, como porque el asunto admitía de por sí la ocasión de más de un chiste; con todo, no ha conseguido que lo acompañemos en sus bromas y descripciones, a trechos bien groseras. El único resultado de alguna utilidad y agrado que nos haya dejado es casualmente el bien serio de iniciarnos en las particularidades de aquellas



representaciones rudimentarias. La versificación empleada, si es verdad que no carece de cierta facilidad, en cambio, las frecuentes licencias de que usa, haciendo terminar el verso muchas veces de un modo que no es natural, pero que es amanerado, deslustran en alto grado la primera buena cualidad. Hay también estrofas malísimas, *ripio* puro, como aquella que comienza

Estas, pues, femíneas mapas, etc.,

que habría sido conveniente suprimir, junto con las otras que por el respeto debido al público y a sí mismo lo aconsejaban, por más que algunas no carezcan de gracia y donaire, como ser la que contiene la ridícula apología de la pretina usada por las cómicas.

No de tan largo aliento, aunque destinadas a recordar un hecho mucho más significativo y memorable, son las octavas que pondremos a continuación, compuestas con ocasión de la refriega habida en las Lomas el año de 1807. Para que se comprendan con exactitud las alusiones del poeta, transcribiremos en seguida la relación del suceso hecha por un testigo presencial:

«Tan luego como supo el gabinete de Madrid la ocupación de Buenos Aires por una expedición inglesa al mando del general Beresford en 1806, ordenó al capitán general de Chile don Luis Muñoz de Guzmán que pusiera el reino (así se llamaba en esos tiempos) en estado de resistir cualquiera invasión que se intentara por los ingleses. Para cumplir con esta orden, dispuso entre otras cosas que se disciplinasen las milicias de Santiago, comenzando por la instrucción teórico-práctica de los oficiales. Existía entonces el regimiento de Infantería del Rey, compuesto de dos batallones, y un batallón que se llamaba de Pardos, y tomó después que comenzó la guerra el nombre de Infantes de la Patria, y [360] dos regimientos de caballería, compuestos de la gente de los suburbios y quintas inmediatas a la ciudad.

»La instrucción del regimiento del Rey fue confiada a su sargento mayor don Tomás O'Higgins, excelente oficial que había servido en el regimiento de Hisbonia y hecho la campaña de los Pirineos contra el ejército de la República Francesa. Reunía todos los días en su casa toda clase de oficiales de capitán abajo, y después de las lecciones teóricas sobre el servicio, les hacía ejecutar bajo sus órdenes todas las evoluciones de táctica hasta los fuegos, en los diferentes accidentes que pudieran ofrecerse a una compañía o batallón. Instruidos los oficiales, pasaron éstos a disciplinar las clases de sargentos y cabos, y después la de la tropa, que se reunía diariamente en el Basural (hoy plaza de abastos) desde la madrugada hasta las diez de la mañana, y desde las cuatro de la tarde hasta que se ponía el sol.

»Para enseñar el servicio de campaña, se mandó construir un campamento en las Lomas, poco más de una legua de Santiago, conforme a las reglas de la castramentación y con la capacidad de poder acampar cómodamente una división de mil hombres de todas armas, que estuviese al frente del enemigo.

»En el mes de setiembre de 1806 caminaron para el campamento cuatrocientos infantes del regimiento del Rey; como cien artilleros con sus respectivas piezas, y cuatrocientos soldados de caballería, mitad del regimiento del Príncipe y mitad del de la Princesa, con sus oficiales y planas mayores de los tres regimientos. El general en jefe de esta división

era el capitán general, que iba casi todos los días al campamento, y en su ausencia mandaba el campo uno de los coroneles acampados que alternaban entre sí, como generales, de día.

»Después de un mes de servicio activo de campaña, hecho con la puntualidad y vigilancia como si el enemigo estuviese al frente, regresaba esta división a la ciudad para ser reemplazada con otra de igual fuerza y de la misma arma. Quedaban solamente en el campamento las planas mayores, las que no se retiraron hasta que se levantó completamente el campo. [361]

»No puedo omitir un episodio curioso, continúa el autor de estos pormenores, don F. A. Pinto, hablando de este campamento. A fines del primer mes de disciplina, quiso el capitán general que se diese un simulacro de batalla entre las tropas acantonadas y otras que debían venir de la ciudad a desalojarlas. No sé si hubo plan de ataque o de defensa, y más bien creo que no lo hubo porque jamás oí hablar de él. Salió, pues, de la ciudad una columna como de trescientos siete infantes, dos compañías de dragones de la frontera y algunas compañías de caballería al mando, si no estoy equivocado, del sargento mayor de plaza don Juan de Dios Vial.

»Luego que se supo en el campamento que se había puesto en marcha la columna agresora se mandó colocar en el camino una pequeña emboscada como de cuarenta hombres de infantería, detrás de una arboleda, con la orden de hacer fuego cuando pasase a su frente la columna en marcha. Esta que no tenía la menor noticia de tal emboscada, cuando siente el fuego (sin bala) sobre su flanco, se sorprende primeramente, y viendo la poca gente que le había desordenado, la cabeza, carga con todas sus fuerzas sobre la emboscada, la dispersa, maltrata, y quedan algunos heridos y un muerto. Se dijo en el campamento que los soldados de caballería habían sacado sus lazos, y tomando los extremos dos de ellos, hacían ronda a los dispersos y los volcaban de espaldas. El resultado fue que la mayor parte de ellos, muy mal parados, muchos con contusiones, y todos jurando vengarse de los agresores, en circunstancias que las tropas del campamento estaban armándose para recibir la columna, y con estas impresiones se incorporaron en la formación.

»La tropa acantonada se formó en batalla, fuera de las líneas del campamento, y cuando la invasora se formaba también a su frente, mandó el sargento mayor O'Higgins cargar las armas. Era yo ayudante mayor del regimiento del Rey, y me hallaba al lado del sargento mayor, cuando advertí que muchos soldados arrancaban los botones de su chaleco o casaca y los echaban dentro del fusil. Lo avisé inmediatamente al mayor, quién vio también hacerlo a algunos [362] otros. Concluida la carga, mandó descansar sobre las armas, y fue en persona a dar parte al coronel don Domingo Díaz Muñoz que estaba al lado del capitán general. Se habló de que aunque no alcanzasen los botones a ofender a la tropa opuesta, pero que conocida la intención de la del campamento, era de temerse que algunos se hubiesen proporcionado piedras, o dejasen la baqueta dentro a la segunda carga.

»El capitán general mandó entonces que la tropa acampada volviese a su campamento y la de la ciudad regresase, después de dar un descanso a la tropa sin romper las filas.

»Duró cuatro meses el campamento, en el que alternando aprendieron el servicio de campaña las milicias de Santiago, y en enero del año ocho fue abandonado enteramente.

»Un año entero estuvieron disciplinándose oficiales y tropas, y esta iniciación de nuestra juventud en el arte de la guerra exaltó su fantasía, y comenzaron a oírse conversaciones más o menos atrevidas sobre independencia. Y la opinión pública comenzó a pedir enérgicamente lo que hoy llamamos Diez y ocho de Setiembre»<sup>(302)</sup>.

Ahora que conocemos ya los materiales, veamos cómo han sido explotados en el *Canto encomiástico en honor de los furibundos lomeños del gran regimiento del Lazo, por la destreza con que lo manejaron en la famosa batalla de las Lomas*, el día 20 de setiembre de 1807.

Tiemble el inglés soberbio y no presuma  
que al guerrero Chile ponga espanto:  
si aquél domina la salada espuma,  
este le ofrece en tierra su quebranto,  
del oficial *Montad* la gran pluma  
a sus soldados entusiasmo tanto  
que puestas de sus sombras la trinchera  
acabaran con Londres toda entera.

Hipérbole no es esto; ya lo vimos  
en esa de las Lomas gran batalla:  
dicen que fue un ensayo, ya advertimos  
que en el ensayo tan valiente se halla  
el soldado chileno, que sentimos  
no llegase el inglés con su metralla:  
pues bale un *lacho* nuestro, lazo en mano  
más que todo el ejército anglicano. [363]

No es extraño que hubiesen allí heridos,  
que hubiesen muertos y otras bufonadas,  
cuentan los militares aguerridos  
que de esto hay en las guerras a patadas,  
y como están los nuestros tan instruidos,  
fueron perfectamente remedadas.  
Peleando a discreción, ya se ensayaron  
para rendirse así como pelearon.

¿Y qué mayor honor, qué mayor gloria  
que fallecer chanceando con dios Marte?  
¡Feliz quien de esta vida transitoria  
en gracia de ese dios a la otra parte!  
¡Aún para atemorizarse su memoria  
entre los hombres ha encontrado el arte

porque la fama de tan alta hazaña  
corriendo el orbe parará en España!

Que se disponga el premio y recompensa  
a los heridos tan gloriosamente,  
porque si el galardón no se dispensa  
su mérito se olvida indignamente.  
Muchos soldados se hallarán en prensa  
y su valor es justo que se aliente;  
pero si no se premia este servicio  
ninguno de las armas hará juicio.

Que se celebren fúnebres funciones  
por los muertos en lid tan peligrosa,  
que a sus viudas enjuguen los doblones  
el justo llanto y pena dolorosa;  
de negro tafetán vista pendones  
de San Pablo la torre majestuosa;  
si honramos del portero el heroísmo  
¿por qué no ha de obrar hoy el patriotismo?

¡Considerad, chilenos, los soldados  
que en las Lomas su sangre derramaron;  
considerad los brutos deslomados  
y lo que sus gentes toleraron!  
A estos considerad entusiasmados  
porque solo al inglés se figuraron,  
y decid: ¡qué porteños, ni qué bromas;  
no hay soldados como esos de las Lomas!...

Fue, pues, el episodio del lazo, aquella historia que los soldados de la emboscada llegaron contando al campamento, en la que el poeta se fijó especialmente para ridiculizar aquel hecho de armas entre serio y grotesco. Todavía supone un diálogo entre dos de los que se encontraron presentes en la función, que da a conocer como ésta se terminó: [364]

**Un nudillo que se desata a dos por tres:**

Dirasme que elogiarse no merecen  
los que solo son guapos sin cañones:  
sólo a tu gran cabeza se lo ofrecen  
estas disparatadas reflexiones;  
ellas a dos por tres se desvanecen

con sólidas y fuertes soluciones...;  
¡Más, bastará decirte que mis guasos  
enlazaron las balas con sus lazos!

**El Abanderado y el avenedizo Aventurero que arremetió contra la insignia real:**

*Abanderado.*- ¿Adónde vas, Quijote reanimado  
de las cenizas del campeón manchego?  
¡Detente, no atropelles lo sagrado  
del real pendón, que con respeto llevo!  
¡Teniéndole yo mismo enarbolado  
a levantar los ojos no me atrevo!

*Aventurero.*- ¡Suelta y calla! ¿No sabes, petulante,  
que esta es acción de un caballero andante?

**En una palabra:**

Finalmente, como iba de mi cuento,  
allí se terminó la *fraigirola*:  
unos marcharon al acampamento,  
y otros a la ciudad, que estaba sola.  
Sobró a los unos lazo y faltó bola:  
faltó a los otros bala, y sobró aliento;  
de unos y otros sobraron y faltaron:  
enterraron las viudas que quedaron.

**Un plus café al señor Ayudante Mayor de la plaza por disolutivo de sus magullones:**

¡Oh! tú que el escudero más lucido,  
en tu molida mole has remedado,  
si de Sancho fue *Panza* el apellido,  
la tuya por el suelo han arrastrado:  
a ti un lazo en las Lomas te ha tendido,  
por los lomos aquel fue bien manteado:  
¡Finge a esos *lachos*, antes que te amansen  
que tienes orden de que no te enlacen!

Este es el último ensayo satírico de corta extensión de que tengamos noticia que intentara la poesía antes de la revolución destinada a cambiar los destinos del pueblo que tan tímidamente la abrigara en sus hogares por cerca de tres siglos, y la entonación que hasta aquel entonces acostumbrara. Había, pues, ya abandonado [365]<sup>(303)</sup> los insignificantes acontecimientos de aldea o del claustro, y las frívolas conversaciones de las comadres de vecindario, para dirigir sus dardos a los objetos en que todos los hombres que sentían palpitar dentro de su pecho un corazón capaz de aspirar a la libertad, comenzaban a interesarse. La juventud, augusto porvenir de las naciones, anhelaba una esfera más vasta en que ejercitar su savia, que el campamento de las

Lomas le hiciera presentir. ¡Ah! ¡es que era yo, la aurora del diez y ocho de setiembre de 1810 que comenzaba a dibujarse por el horizonte con sus rayos indecisos, precursores de un porvenir brillante y feliz!

Ante sus dinteles termina nuestra tarea; pero para completarla debemos antes bosquejar las otras formas que asumiera la musa chilena en el período que venimos recorriendo: la fundada en los hechos o tradiciones, el complemento de la satírica, los elogios a los autores de libros, y los cantares de la inspiración popular.

△

## Capítulo XIV

Poesías sueltas

▽△

### - II -

Hechos explotados por la poesía

La *Visión de Petorca*.- La muerte del obispo Alday.- La avenida del Mapocho en 1783.- La visita de la diócesis.

De los acontecimientos que la poesía se haya encargado de hermostrar ninguno más querido para el pueblo, ninguno que haya acariciado más que la *Visión de Petorca*. Era por los fines del siglo pasado el mineral sitio concurrido de gente acomodada, de aventureros audaces y de incansables cateadores, una de esas colonias formadas al acaso, con sus días de esplendor, sus esperanzas de futura prosperidad y sus sueños de oro.

Entre todos aquellos cerros descollaba por su fama la mina llamada del Bronce Viejo, propiedad de la señora doña María del Rosario Muchastegui.

En los días en que corre esta narración, (octubre de 1779) siete hombres, apires y barreteros de la labor, habían dado con un riquísimo manto de oro.

Eran pobres, ambiciosos, gastadores. Quisieron hacerse ricos, y se propusieron una noche robar el escondido tesoro, cuyo secreto ellos solos poseían.

Fijada la hora, esperaron que las sombras de la noche ocultaran [368] sus proyectos. Sacaron del sitio en que el mayordomo las tenía colocadas sendas lámparas para alumbrarse en la tarea, y sin vacilar se entraron por la boca de la mina.

Quizá daban el primer barretazo, cuando ven que las luces comienzan a apagarse, como si un soplo invisible impeliese la llama. A poco, una oscuridad completa reinaba en aquellos pasadizos subterráneos, húmedos y poblados solo de emanaciones mortíferas...

Poco a poco sienten debilitarse su respiración; llenos de espanto dan voces que solo las profundidades repercuten, devolviéndoles sus propios ecos que los aterrorizan más y más. ¡Es el vértigo de la muerte que llega envuelta en el contacto de aquella atmósfera pestilente!

Cuando al día siguiente el mayordomo de la faena, notando la falta de algunos de sus peones y sus lámparas, sospecha cierta de robo, entró a registrar la mina, seguido de un amigo y de un arriero esforzado, dio bien pronto con los infelices, trocados en cadáveres en medio de la vida. Dos estaban de pie y con los rostros vueltos, como que intentasen un movimiento haciendo la cruz con la mano; tres inclinaban la cabeza sobre el pecho, también con la cara vuelta; otro como que descansara, sentado en un pequeño recodo, y el último, de bruces sobre una puente.

Despavoridos los exploradores ante tan extraño, espectáculo de la muerte, corrieron a la población a referir lo que habían visto. Juntose gran número de pueblo, que con el juez a la cabeza fue a dar fe de lo sucedido y a extraer los restos de los infortunados mineros, los cuales después de permanecer medio día en pública expectación, fueron decentemente enterrados a costa de sus compañeros de trabajo.

Este fenómeno natural, pero probablemente desconocido para aquellas buenas gentes, aparecía ante sus ojos con todos los caracteres de lo misterioso. Eran crédulos y supersticiosos; los pobres hombres habían perecido, además, al intentar un delito, y lo primero que ocurrió fue decir: ¡justicia de Dios!

Corrió por todo Chile el triste acontecimiento, yendo atemorizar [369] a los pequeñuelos de las más remotas aldeas; se hizo, pues, popular; y los versos que contaban la *Visión de Petorca* llegaron a ser del dominio de todos<sup>(304)</sup>.

«Por mucho tiempo se creyó que esos versos eran obra de un caballero llamado don Bernardo de Guevara; pero parece que últimamente se ha descubierto ser su autor el fraile agustino fray Sebastián de la Cueva, español de nacimiento, promovido más tarde por sus méritos a la dignidad de canónigo del Cuzco, y después a obispo de Cartagena, en cuya mitra murió»<sup>(305)</sup>.

Fray Sebastián que se creía poeta, y que lo confiesa, dice que se propuso despertar el recuerdo del suceso y divulgarlo por el mundo. Eligió para ello el romance octosílabo asonantado, y tejió su relación en una forma fácil, aunque llena de divagaciones, dividiéndola en tres partes de diversa índole, que abrazan quinientos versos en todo.

En la primera, después de una invocación a la musa Euterpe, cargada de erudición mitológica, da noticias de Chile y muy especialmente de Santiago:

Armario, taller y centro;  
mártir de las almas, como  
Adonis del galanteo;  
paraíso de delicias  
y de bellezas espejo;

corriendo hacia el norte se detiene en el cerro de Petorca:

Viven en su verde falda  
muchos nobles caballeros,  
mercaderes, oficiales,  
vecinos y forasteros,  
que a la multitud del oro  
han cifrado su comercio.

No se olvida tampoco de precisar la fecha de la historia, de un [370] modo tan extraño que le permite citar a Bossuet y otros autores, y elogiar al

Monarca de las Españas,  
señor don Carlos tercero,  
quien Dios guarde para ser  
de sus vasallos consuelo.

La *Segunda Parte* es mucho mejor que las otras y está consagrada a la verdadera relación del hecho, en una disposición sencilla y natural, inspirada por el pueblo y destinada a él. La tercera, finalmente, es la moraleja del cuento, aplicable a plebeyos y nobles, pobres y ricos, usureros y escribanos, etc.

Toda la composición se resiente del estado y educación del poeta, tanto que, a no saberse su nombre, no sería difícil caer en cuenta de que era obra de un sacerdote español de esos tiempos. Ha utilizado, pues, sus recuerdos mitológicos, prodigándolos con exceso; sus conocimientos de la Sagrada Escritura, que ha sembrado a manera de citas de un sermón, como para dar al conjunto cierto tono sentencioso y grave. Creemos, además, inútil advertir que como el autor narra la tragedia de Petorca con el propósito de ejemplarizar, ha visto en los hechos la intervención de la Divina Justicia, y en la muerte de los mineros un hecho digno de recordarse para futuras enmiendas.

Si las divagaciones del padre La Cueva pecan por inoficiosas, no puede decirse tampoco que sean buenas, pues tan minucioso ha deseado ser que contra lo que pide el lenguaje poético, ha medido lejos de haber pintado los sitios que ha querido dar a conocer. Pero, sin duda que algunas de sus descripciones no carecen de verdad y sentimiento, como aquella con que da principio a la *Segunda Parte*:

El veinte y cuatro de octubre  
cuando el animoso Febo  
desde el ocaso corría  
para el nadir contrapuesto,  
y la tenebrosa noche  
tendiendo su manto negro  
arrastraba sus capuces  
con muy temeroso ceño;  
cuando a su canto las aves [371]  
habían puesto silencio



y cada cual abrigaba  
en su nido los polluelos;  
cuando solo se escuchaba  
entre los peñascos huecos  
el tristísimo caístro  
de pájaros agoreros;  
de vos canes el latido,  
de los ríos el despecho,  
y en los árboles y riscos  
el azote de los vientos; etc.

Hay mucho de natural y de verdadero en los versos siguientes, que pintan la entrada que el pueblo hizo a la mina para reconocer los cadáveres, y el efecto que produjo en los circunstantes:

Juntando bastante gente  
a la mina descendieron:  
los miserables despojos  
de la muerte conocieron,  
que sin herida ninguna  
los siete estaban ilesos.  
Mandó el juez que los sacaran,  
y a la plaza del asiento  
los llevaron, donde al punto  
la noticia discurriendo  
en unas y otras personas,  
con muy lastimeros ecos  
y temerosa expresión  
parece que iban diciendo:  
¡Venid a ver la justicia  
que mandó hacer el Supremo  
soberano y absoluto  
juez de los vivos y muertos!

Y no poca elevación en estos conceptos:

Llegaron, pues, a la boca  
de la mina, cuyo seno  
parece que del abismo  
era un lóbrego bostezo,  
sin duda que el corazón,  
que adivinó verdadero

es un pronóstico fiel  
de los sucesos adversos.

Comenzaría a latir  
en los delincuentes pechos;  
discurriría en las venas  
la sangre con algún hielo,  
y el tímido animaría  
a los demás para el hecho  
con muchas voces tal vez,  
para esforzarse así mismo:  
que más valor finge siempre  
el hombre que tiene menos. [372]

No nos detenemos en este análisis porque el lector podrá registrar este curioso monumento literario entre las piezas que se incluyen al fin de la obra.

Otro hecho en el cual los poetas chilenos como que hubiesen querido rivalizar en lucir sus dotes y sentimientos artísticos, fue la muerte del obispo de Santiago don Manuel de Alday, ocurrida el 19 de febrero de 1788. Llegamos a sospechar que así como era corriente en la metrópoli sudamericana componer y publicar poesías en elogio de algún gran personaje (ordinariamente el rey o la reina), así también los ingenios santiaguinos debieron apresurarse cuando falleció su amado cuanto ilustre pastor, a dedicarle producciones destinadas a perpetuar el recuerdo de su inteligencia y sus virtudes. Juzgue el lector si no aparece esta idea de la serie de estrofas, más o menos prosaicas, desaliñadas, o excesivamente *cultas* que van a continuación:

¿Qué se hizo Alday? ¡Falleció!  
¿Quién lo destruyó? ¡La muerte!  
¿Y él que adquirió? ¡Mejor suerte!  
¿Y murió su fama? ¡No!  
¿Pues dónde está? ¡Se esculpió!  
¿En qué? ¿En un bronce inmortal?  
¿Y qué ha dejado? ¡Señales!  
¿De qué? De copiosa ciencia.  
¿Y de qué más? ¡De prudencia!  
¿Y habrá otro así? ¡No habrá igual!

Esta décima en forma de un catecismo, solo puede compararse con la siguiente explicación que otro autor da de la etimología del nombre del obispo, o del significado de cada una de sus letras:

En esta voz Alday, se comprendían  
cinco letras, cada una misteriosa:

la inicial expresa una arca hermosa  
de virtudes que más lo esclarecían;  
en la cuarta muchos lauros se exprimían,  
que a esta ciudad hacen tan hermosa;  
la D significaba prodigiosa.  
¡Cuántos dones en él resplandecían!  
Las tres primeras letras fenecieron;  
las dos que restan han quedado impresas,  
pues permanece el ¡ay! que produjeron;  
las que se redujeron a pavesas,  
para que en un puro ¡ay! viviendo Chile  
se acabe con el ¡ay! y se aniquile. [373]

No es tan malo el siguiente *Soneto* que pinta el dolor que cubrió a la nación después del suceso:

Todo Chile alterado se divisa,  
las campanas con lúgubres acentos,  
las gentes con gemidos y lamentos,  
reduciendo sus faustos a ceniza;

La iglesia viuda en llanto se eterniza  
viendo yerto a su esposo y sin alientos;  
triste música aumenta sentimientos  
y hoy trueca en dolor lo que era risa.

No hay corazón alegre, todo es pena,  
la Parca la remiten a los ojos;  
la ciudad de pesares está llena.

Lágrimas tributando por despojos:  
pero, con todo, ¡cuán estrecho el llanto  
para llorar a príncipe tan santo!

No faltan en esta composición algunos buenos pensamientos, por más que la versificación sea poco fluida y armoniosa; «eternizarse en llanto» es una expresión feliz, que es lástima se vea deslucida renglón de por medio con otra que lejos de aumentar el grado se emociona que se nos supone llegados, no hace más que impresionarnos desagradablemente. Porque, en efecto, después de haber dicho que la iglesia no se consolaría jamás «viendo yerto a su esposo y sin alientos» agrega que la música viene a aumentar el sentimiento: aquí se necesitaba algo más serio y conmovedor que no desdijese de lo precedente.

Esta pincelada, «no hay corazón alegre, todo es pena», es valiente y atrevida, aunque afeada también por el amanerado conceptismo de la «Parca, remitida a los ojos».

Por último, no carece de arte ni expresión la frase final en que exagerando el dolor del país que parecía ya no podía ser superado después de lo dicho en los cuartetos anteriores, insiste en que sin embargo no ha sido tan grande como lo mereciera príncipe tan excelso.

No de tantas pretensiones y más inclinado a la verdad es este otro; [374]

Triste ciudad a luto reducida  
ovejas sin pastor desconsoladas,  
en mares de sollozos anegadas,  
prodigio es que podáis estar con vida.

Ya se eclipsó la antorcha no lucida  
de cuantas han habido iluminadas,  
porque se miran las luces apagadas  
cuando la superior está extinguida.

Todo es ansia, penalidad y llanto:  
aquí el pobre se queja sin consuelo,  
allí la viuda llora su quebranto.

Todos a una imploran al santo cielo  
para que la Divina Providencia  
use, (viendo esta falta) de clemencia.

He aquí otra forma de versos, también llorando la muerte del obispo de Santiago:

Fúnebre mausoleo,  
monumento, catástrofe, que erguido  
con enlutado aseo,  
solicita que triunfe del olvido  
la memoria de Alday, cuya luz para  
se ha reducido a nueva arquitectura.  
Murió Alday, ¡dolor grave!  
Que un príncipe tributo dé a la muerte,  
sí, porque ya se sabe  
que el que es mortal se mira de esa suerte,  
y para éste fue honrosa la partida:  
¡Fue para renacer a mejor vida!

Si no contamos esta última exclamación, lo demás de las liras precedentes carece de todo mérito: la primera se ve afeada por la desacertada expresión *aseo* tan impropia del asunto a que se le aplica y tan ajena del lenguaje poético; y a la segunda la oscurecen completamente la vulgaridad que encierra y el pobrísimo lenguaje de los versos tercero y cuarto.

Increíble parece que en las quintillas que siguen pueda expresa el dolor con más pedantería: no siente, sin duda, quien habla tan sabio lenguaje:

Glorias insignes son  
las que allí ves por despojos,  
y si es que haces reflexión  
no sé que puedan tus ojos  
mirarlos sin compasión. [375]  
¡Apolo rompió su lira  
levantó Heráclito el llanto,  
Demócrito ya no aspira  
a la risa que usó tanto,  
y es porque Alday no respira!

¡Tristes muestras de la decadencia a que habían llegado nuestros de palabras, alucinados con la creencia de que para fabricar buenos versos era necesario, ante todo, hacer alarde de una ridícula y pretenciosa erudición, o pasar a salto de mata por sobre las pueriles dificultades en que de antemano se proponían tropezar en sus trabajos! ¡Era imposible producir nada más pobre, ni más pequeño a propósito de un acontecimiento justamente ponderado como grande: moría el padre del pueblo, el sacerdote bienhechor, el pastor venerado, y ni una lágrima, ni un acento de dolor se mezclaba al tañido de las campanas ni a las preces de los frailes pidiendo a Dios descanso por el alma de aquel hombre ilustre! Realmente después de esto, se apodera del crítico el desaliento y siéntese temeroso de que el lector lo abandone; pero así era ese tiempo, y es necesario estudiarlo.

En vida de este obispo ocurrió la memorable avenida del 16 de julio de 1783 que haciendo desbordarse a nuestro Mapocho de ordinario tan poco caudaloso, lo arrojó a estrellarse contra las murallas de los claustros del convento de las monjas de San Rafael. Las religiosas que sólo vinieron a tener noticia del suceso cuando ya la corriente invadía sus propios aposentos, se vieron con razón en extremo contristadas. Acogéronse a rezar a la iglesia, esperando por momentos su última hora, que hubiera llegado para ellas sin duda a no haber mediado alguna gente compasiva que, introduciéndose por el torno de la portería, les abrió un paso al través de las murallas y las salvó de esta manera. Un padre de San Francisco con el agua a la cintura penetró en el templo y sacó el Santísimo, y el prior de la Recoleta con tierna solicitud les ofreció a aquellas pobres mujeres un asilo en la Casa de Observancia en la cual estuvieron viviendo hasta la reedificación de su propia morada. [376]

Las diversas peripecias de este suceso, la salida que las monjas hicieron, y su traslación a la nueva vivienda, dio origen a que una de ellas escribiese un romance asonantado, que titulé *Relación de la inundación que hizo el río Mapocho*, que al parecer fue publicado en Lima ese mismo año<sup>(306)</sup>. El autor ha contado con sencillez, sin

preámbulos ni adornos, por más que en ocasiones la narración se ve afeada por el empleo de términos bajos y de hechos ajenos a la poesía. Sin embargo, no puede negarse que está impregnada de cierto tinte ingenuo y melancólico y de un profundo sentimiento religioso que la hacen parecer muy superior a las piezas que acabamos de registrar.

Cuando don Manuel de Alday y Aspee visitó en desempeño de su ministerio el territorio de Chile, llevó en su comitiva a dos jesuitas, uno de los cuales sospechamos que sea el autor de los versos siguientes, en que se refieren las incidencias de aquel viaje religioso.

Empezando por Lampa la visita  
el ilustre prelado se acredita  
lámpara luminosa con su anhelo,  
como el sol que es la lámpara del cielo  
y en benignos reflejos se declara:  
que a gente desvalida es quien la ampara  
con el afán y oficio que ejercita:  
buen pastor en su día se acredita.  
Por Chicaume, Polpaico, por Tiltil  
y otros parajes mil  
o pasando o haciendo detención  
a todos iba echando bendición,  
y bendita su mano si la daba  
también mil bendiciones recobraba.

Y la gente ansiosa  
salía de sus ranchos presurosa:  
devota y humillada  
salía a recibirlo arrodillada  
de Limachi, Colina, Limarí,  
de Quillota, Andacollo, Sotaquí,  
Ligua, Mincha, Chuapa y Copiapó  
(sin contar otros que los dividió)  
Elqui, Coquimbo, Guasco, Curimon,  
Aconcagua, Petorca y Renca son  
diez y siete curatos, que visita  
con diligencia pródiga exquisita, [377]  
y en las seiscientas leguas, (cosa extraña)  
procura dar tres veces vuelta a España.  
Va por arduas subidas y bajadas  
por los cachos, cachinas, totorales,  
por los cachos, cachinas, totorales,  
por médanos desiertos, sequedades,

por Llampaguis, Chuncalcos y Tilamas,  
Amilamas, los Burros y las Damas,  
y por más que le cueste buscando almas  
era la cuesta siempre de las Palmas;  
y aunque él con singular frecuencia  
todos al fin tenían su *Eminencia*,  
encumbrados en lo alto de la cuesta,  
en quien más el bajar que el subir cuesta.

Por más que cada cura  
con esmero su hospicio le procura,  
pero no obstante tanta diligencia  
también llegó a faltar la Providencia,  
porque por la distancia  
sin embargo de tanta vigilancia,  
sucedió, por acaso o por ventura,  
quedarse a buenas noches, más sin cura,  
y al último de mayo,  
no es extraño que hubiera algún desmayo.  
Era a la noche el toldo dormitorio  
y solía ser antes refitorio;  
y armado a la mañana ya su altar  
solo un día dejó de celebrar,  
comulgando en razón por asentado  
al obispo dejó descomulgado.

Al mediodía un medio total  
era un rancho palacio episcopal,  
y aunque en las poblaciones  
solían ser las más confirmaciones,  
también en la cabaña  
confirmaba la gente de campaña  
que al camino ocurría  
y mucha que de lejos aún venía.  
Los guainitas gritones  
lloraban por temor de bofetones.  
Acompañaba la caballería  
(aunque en Talca salió la infantería)  
con su estandarte, sables y picanas;  
con sus bandas ufanas  
enristraban sus lanzas los vecinos,

cada cual parecía otro Lonjino:  
el sombrero calado,  
el cabello tendido y bien peinado  
y los ponchos listados  
era uniforme vano de soldados.

No obstante, alguna vez se reducía  
toda la compañía  
tal vez a solo un cabo  
y un cabo tal vez se quedó al cabo. [378]  
Más cuando gente había  
era digna de ver su gallardía  
en sus escaramuzas  
dignas de celebrarlas muchas  
musas como es aquella que a la Musa pica  
del señor marquesito de la Pica  
que en militar afán  
se mostró Santiaguito capitán.

Los árboles sus ramas enlazaban  
y al príncipe formaban  
muchos arcos triunfales,  
aunque otros fueron artificiales  
y muchos guarnecidos, adornados  
portátiles, dóciles trasladados.  
A donde su ilustrísima pasaba  
también se disparaba  
truenos, y mosquetería  
en señal de alegría,  
y una vez reflexiando luces bellas  
el obispo pasó pisando estrellas  
si bien aunque el obsequio era muy justo,  
sin embargo, a las mulas les dio susto:  
mas cuando se asustaban  
hacían ademán de que bailaban.

Pero a más de estas señas manifiestas  
ocurrieron también algunas fiestas  
que el gozo celebró en pompa devota  
como las cuarenta horas de Quillota;  
la que solemnizó festivo esmero



y aparato *Guerrero*  
el *Corpus* celebrado en Limarí  
y otras muchas que vi,  
como en Coquimbo al corazón divino  
en las juntas de gracias del destino  
del insigne prelado.  
El día dos de octubre consagrado  
y en el Hiarmo (?) y también en Copiapó  
su piedad celebró  
del patriarca Ignacio la memoria  
con su tema de Dios *a mayor gloria*;  
y en Coquimbo, Manuel, que era el prelado  
(más con su apostolado)  
con él entrando doce en ejercicios  
parecían de Ignacio ser novicios.

Y al fin en breve cifra  
lo que se practicaba se descifra;  
se rezó cada día  
el sagrado Rosario de María;  
la salve se entonaba  
y cuando había gente se exhortaba  
con esmero, con plática o sermón.  
Con un triduo, y más días de misión  
de Jesús al Divino Corazón  
también se le cantaba una canción. [379]  
Y en música armonía  
todo el pueblo entonando respondía;  
más de doscientos fueron los sermones  
sobre dos mil quinientas confesiones.  
¿Los pecados confesados cuántos son?  
En uno solo. . . . .; en cuánto a ti un millón  
mas, punto aquí. . . . . Sin otras maravillas,  
visitó cuatro dieces de capillas;  
se cuentan doce mil confirmaciones  
pero las bendiciones a millones.

Como se ve, si el autor no carecía de cierto talento para describir, su tendencia a los juegos de palabras, su prurito constante por las antítesis de mal gusto, afean notablemente su obra en esas estrofas. Hay algunas escenas que están muy bien pintadas, y algunos datos curiosos que un historiador diligente puede aprovechar<sup>(307)</sup>. [381]

## Capítulo XV

Poesías sueltas

### - III -

Poesía mística

Dibujo de un alma, etc.- Fray Manuel Oteiza.

Muestras no despreciables del sentimiento religioso de los chilenos aplicado a la poesía, hemos visto ya en las composiciones intercaladas por Núñez de Pineda y Bascañán en su *Cautiverio feliz*, y para completar este cuadro sólo nos resta hablar de las traducciones de los Salmos hechas por el padre Oteiza y de un libro bastante original que se encuentra en el tomo 43 de la *Segunda serie* de M. S. de la Biblioteca Nacional de Santiago, con este título: *Dibujo de un alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística a la unión pasiva con Jesucristo. Trabajo de un contemptible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de 1798*. Léase, además, al frente de la primera página en malísima ortografía, que el libro «es de uso de la hermana Pilar, indigna capuchina, con licencia de la obediencia».

Aunque en el plan del autor los versos que él titula «Canciones» son sólo el pretexto para los comentarios que han de derivarse, es indudable que esas composiciones poéticas forman lo principal [382] de la obra, porque son su clave y el resumen de la enseñanza: tal es el motivo porque creemos que es este el lugar propio en que debemos examinarlas.

Véase ahora cómo expresa sus propósitos, suponiendo que habla esa alma, cuyos secretos dolores examina y cuyas esperanzas señala en un porvenir superior al que el mundo pueda ofrecer:

En medio de sus trabajos  
 quiere una alma tornar  
 este desahogo, sin que se piense  
 se quiere de su Dios quejar.  
 Confiésalo liberal y justo,  
 origen de toda bondad,  
 Lella se confiesa humilde,  
 depósito de la maldad.  
 Mal pudiera, pues, quejarse  
 sin aumentar su impiedad,

que más patente se haría  
en su mayor ceguedad.

Téngase, pues, entendido  
que lo que sigue diciendo  
es sólo para manifestar  
lo mucho que está padeciendo,  
sin comprender como sea  
ni qué nombre se pueda dar  
a un padecer que no tiene  
vocablos con qué explicar...

A continuación indica cuál sea la forma de sus sufrimientos:

...Él es un conjunto de penas  
en que el espíritu ahogado  
se halla, como indefenso  
en sus miserias atosigado.

Es un calabozo donde  
se puede sin ponderación  
decir: pierde su nombre  
la más apurada aflicción.  
Es una escasez tan grande  
que, al parecer, la pobreza  
puesta en su comparación  
se puede llamar riqueza:  
es una recopilación tal,  
y se malicia tan apurada,  
que de los alquimistas del vicio  
se encuentra muy ignorada.

Es una proveída oficina  
de los desperdicios del mundo,  
en que se alimenta ciego  
El corazón más inmundo; [383]  
es un lastimoso edificio  
que en sus ruinas sofocado  
se presenta al desengaño  
en su sepulcro encerrado;  
es un árido desierto  
de sabandijas poblado,

incentivos horrorosos  
del original pecado.

Es una abastecida botica  
donde se hallan refinados  
de la concupiscencia y soberbia  
los mortíferos bocados;  
es un entretrejido de pena  
en confuso laberinto  
en que el vicio con orgullo  
se bracea en su recinto;  
está al fin la vivienda  
en que el miserable espíritu  
pena, sin poder quejarse  
ni haber do consuelo halle.

En esta tenebrosa noche  
en que está el alma metida  
quiere levantar los ojos  
A la región de la vida...

De estos tristes lugares, oscuras cárceles del espíritu, va a tender el alma su vuelo a las regiones superiores;

. . . . Levántase presurosa  
sacudiendo su cobardía,  
y al querer el vuelo dar  
se mira como desfallecida.  
Repréndese con viveza  
volviendo al puerto alentada,  
y al querer supeditarse  
retrocede acobardada.

No desiste de la empresa  
por no parecer desconfiada;  
mas faltándole el aliento,  
queda la nave encallada.  
Echa al aire los afectos  
de su helado corazón,  
y retroceden rendidos  
a encerrarse en su prisión:  
quiere aligerar la carga

con que se mira agobiada,  
y faltándole las fuerzas  
reconoce no poder nada.

Quiere impetrar el socorro  
en cualidad de necesitada,  
y se le responde que sufra  
en su caverna encerrada. [384]  
En este laberinto de penas,  
queriéndose algo sosegar,  
repara en que sus enemigos  
la acechan para acabar.  
Determina defenderse,  
pareciéndole puede echar  
manos de sus actos, para  
poder de sí misma triunfar.

Pero aquí viene la lucha: a ese ímpetu primero, hijo de los cielos, sucede el desaliento, sublévanse sus sentidos, halágale el mundo y la tentación le promete desde luego fáciles goces, mostrándole abierta para más tarde la puerta de la infinita piedad:

Que bien puede de pronto  
del mundo sus brindis gustar,  
reservando para después  
la dieta que quiero guardar.  
Cuando sea tiempo, lo dicen,  
nosotras te prometemos  
concurrir para tu ayuda,  
según te conviene sabemos.  
A tan infernal propuesta  
tiene por bien el callar,  
atendiendo a que no tiene  
tribunal donde apelar.

¿Qué debe la infeliz hacer  
en aprieto tan desmedido?  
No lo sabe el pobre espíritu  
en sus penas sumergido:  
quiere a la fuga entregarse,  
a modo de decir, aburrido,  
y le detienen los pasos  
en su caverna metido;

quiere desde lo profundo  
la vista un paso explayar,  
buscando algunos recuerdos  
que la puedan alentar.

Y lo hacen que retroceda  
puesto en mayor ceguedad,  
para que sin consuelo pene  
en su amarga soledad,  
solicita mano echar  
de las riendas de la razón,  
para contener en sus límites  
su rebelde condición,  
usando animosamente  
del freno de su libertad,  
mediante el debido concurso  
del acto de su voluntad; [385]  
pero crece su amargura  
al querer este paso dar,  
sintiendo esta noble potencia  
resuelta a quererse entregar,  
olvidada de los deberes  
con que debe agradecida  
por no ofender a su Dios  
exponer gustosa la vida.

Después de esta especie de introducción o preámbulo, advierte el escritor que «su doctrina se dirige a las almas de buena voluntad que después de estar resueltas a guardar la santa ley del Señor y las obligaciones debidas al desempeño de los deberes de su estado, se contraen con resolución a buscar en los aumentos de la caridad la inefable unión activa o pasiva (si su Majestad se las quiere dar) con su Dios, determinadas a pasar por agua y fuego, según la divina disposición». Por el contrario, agrega, aquellas almas a quienes los trabajos y sufrimientos que Dios les envía no los miran como pruebas de un cariño paternal, sino que se inquietan y desconsuelan; «con las tales almas, mientras sigan su errado sistema, no habla esta doctrina, pues ella se encamina a manifestar al alma cómo ha de concurrir con la gracia para conseguir en la desnudez de sí misma la unión de su voluntad con la de Dios, para cuyo feliz logro es preciso, después de renunciar el alma su propio querer, el que abraza con resignación, confianza y buena voluntad todas las cosas, reconociéndolas como dadas o permitidas de Su Majestad a su favor para su provecho y espiritual labor; y así reconocerá lo que dice San Pablo, que todas las cosas cooperan a su bien, al alma que ama a Dios».

«Grandes -dice después-, son los trabajos que padece el espíritu en estos tiempos, encerrado en tan horrorosa sepultura; pero mucho mayores son las utilidades que le resultan si se sabe aprovechar de las proporciones que en él se le presentan,

principalmente en orden al conocimiento propio, sin cuya ayuda no podría entrar en posesión de la preciosa joya de la santa humildad... Mucho importa en la vida espiritual la santa libertad de espíritu, firme confianza y perseverante tesón en sacudir y arrancar todo lo que abate y aprisiona el espíritu; el que, siendo precario, para surgir [386] a su región y asentar su morada en ella, el que tome dominio sobre su porción inferior, es, por consiguiente, serle preciso aplicar su diligencia, vestida de estas como preciosas cualidades, para de providencia ordinaria, con el tiempo de sí misma, conseguir la unión activa de su voluntad con la de Dios... El alma que de veras anhelase a la felicidad de que tratamos, debe intrépida determinarse a sufrir, no sólo lo poco que queda apuntado, sino también lo mucho que resta por decir: cierta de que, no pudiendo cosa alguna por sí, lo podrá todo con la gracia de su Dios, si con su debida cooperación lo obliga a que lo conforte»...

Dadas estas explicaciones, se entra propiamente en los comentarios de cada canción. Ahí manifiesta que el hombre se vio en un principio en estado de inocencia, pero que después por su pecado hallose sometido a una ley inexorable que lo arrastra a la maldad, por más que sus aspiraciones sean a lo bueno, sujeto a las tentaciones, pero pudiendo dominarlas con el espíritu y la razón. Ésta es, pues, la lucha que presencia nuestro interior todos los días, y que el alma ha comenzado por revelarnos en los versos trascritos; pero más allá se asienta la victoria, guardando sus lauros para el valiente que desafía y aborda sereno el peligro: ¡él solo también será ceñido con la corona del triunfo! Y continúa:

En situación tan crítica  
el vigilante Tinoco  
se presenta a la palestra  
encubierto y oficioso,  
extendiendo con armonía  
y compasiva merced  
de calamitosos conceptos  
su más mortífera sed.

Para que perturbada la mente  
y desnuda su razón,  
sin rienda los apetitos  
corran tras su inclinación  
a sepultarse irritados  
en el sensitivo bocado,  
que le quedó de herencia  
al corazón estragado.

En vano fatigas, le dice,  
a tu voluntad oprimida  
después que la tengo del todo  
a sus apetitos rendida: [387]

y para prueba, repara  
cómo toda su afición  
se abalanza ciegamente  
a ponerse a mi jurisdicción.

Y pues te hallas ya perdida  
y de Dios abandonada  
confórmate con el tiempo  
y quedarás consolada,  
gustando del bien y mal  
ínterin con más proporción  
te se facilita el ascenso  
a tu deseada región.

Esto es lo que el Señor por ahora  
quiere, puesto que en el padecer  
te quita aún los advertivos  
para poderte de mí defender,  
negándote todo recurso  
y dejaste en tu soledad  
sin rienda para que puedas  
gozar de tu libertad.

A tan infernal consejo  
y doctrina tan depravada  
el alma sin perturbarse  
le corresponde alentada.  
Diciendo para confundirlo  
y espolear su infelicidad,  
que se contente a la puerta,  
como perro con ladrar.

Si antes, el alma le dice,  
me mordiste, bestia fiera,  
fue porque ponerme quise  
do no era razón lo hiciera;  
más ahora que me encuentro  
de mi bendito Dios sostenida  
me río de tus amenazas  
aún figurándome perdida.



A que guste me convidas  
de los brindis del sentido  
y yo, solo concurras deseo  
a mi dichoso martirio,  
persuadida como me hallo  
y determinada a separar  
la voluntad de cuanto me pueda  
a tu jurisdicción acercar.

Y pues el cuerpo en donde  
te cuentas encastillado,  
ufanamente triunfante  
con las fuerzas que te he dado; [388]  
yo le declaro la guerra  
con firme resolución  
de acudirle cuanto pueda  
con la santa mortificación.

Siendo su objeto la dirección del alma para el cielo, divide este camino en tres estaciones: *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva*; entra en seguida a hacer el diagnóstico de cada uno de estos estados, manifestando los signos en que se conocen y las cosas que deben practicarse para llegar a buen término, algo como los grados de penitencia establecidos entre los antiguos cristianos. Llama a la primera «la fuerza laboriosa y penosa que cuasi de continuo necesita hacerse el alma para contener sus potencias mal habitadas; la segunda, aquella en que se comienza a encontrar prácticamente la verdad que el alma busca y desea; y la tercera, aquella en que, ilustrado el entendimiento con las verdades católicas, y su voluntad inclinada a la virtud y amor del Sumo Bien sobre todas las cosas, como única aspiración de su voluntad». Algunas veces, apartándose de su plan, tomando vuelo a impulsos de su exaltación y violentamente impresionado, hace que el alma prorrumpe en exclamaciones dirigidas a sus enemigos espirituales y corporales:

Apuradas ya las voces  
de la humana explicación  
parece debía el espíritu  
sepultarse en su aflicción;  
mas, como de este silencio  
se pudiera originar  
el que presumirse pudiese  
que terminó su penar;

O que falto ya de fuerzas  
sin al término haber llegado  
de su purgativa prueba

espiritual nominado,  
en la que la divina influencia  
las potencias afligiendo  
a su original pureza las va  
con maravilloso arte volviendo.

Sigue, aunque ya sin aliento,  
queriendo darse a entender  
al ministro que presume  
podrá a su bien concurrir, [389]  
enseñado de la experiencia  
o de la divina luz ilustrado,  
pues si uno u otro no encuentra  
será su trabajo doblado.

Como lastimosamente sucede  
a el alma en esta mansión  
en que pierde los arrimos  
de la activa comprensión;  
topa con algún ciego  
que después de atribularla  
la pone al afanoso; y aunque  
pasa de su anterior sacarla.

Conténtanse los directores  
inatentamente mirar  
a los instrumentos activos,  
para que lo procure actual  
el alma, según le conviene  
y los debe ejercitar,  
dejando lo que no entienden,  
si desean acertar.

¿A dónde estáis, Dios mío?  
Reclama el alma afligida:  
¡Oh! parece todo es acabado,  
yo me siento ya perdida,  
pues los efectos todos  
de que me hallo revestida  
me anuncian mudamente  
que mi causa está concluida.

Mis potencias se pierden  
cuanto a poder rastrear  
para sus preceptivos actos  
lo que me afano en buscar;  
pues oscurecido el entendimiento,  
y la voluntad aniquilada,  
la memoria sólo anuncia  
estar de mi Dios dejada.

Esto mismo me persuade  
lo práctico de la experiencia,  
pues de la virtud sólo poseo  
meramente la apariencia;  
esto es, de la moral hablando  
en cuya activa actuación  
se me hacen sólo perceptibles  
los dejos de mi concepción.

Ocultándoseme del todo  
el semblante que debiera  
minorarme mi trabajo  
pendiente de lo que espero. [390]  
¡Oh qué dolorosa vista  
espera el alma afligida  
al verse por todas partes  
de malicia entretejida!

Auméntase su dolor  
al sentirse como despojada  
de las teologales virtudes  
de que debe estar adornada;  
pues si cree, espera y ama  
es a modo como soñado  
que solo visos lo deja de  
aquello a que estuvo habituada.

Faltándole la experiencia  
de todo movimiento vital,  
perceptible a las potencias  
en su parte espiritual:

lo que eficazmente persuade  
al espíritu en su aflicción,  
lo vano de su confianza  
anunciándole su perdición.

¿Y qué remedio nos queda  
para enmendar lo perdido,  
extinguidas ya las sendas  
que debía haber seguido,  
para por ellas buscar  
en el aprehensivo modo  
el blanco de sus afanes  
donde se encierra su todo?

¿Adónde te escondes, Dios mío,  
y como en tal situación  
significáis no conocéis  
la obra de tu misericordia,  
como si parte no tuviera  
en lo que debe buscar,  
y como si el fallo cerrado  
no tuviera ya que esperar?

El morir me fuera alivio  
en mi vergonzosa orfandad;  
mas, de este consuelo me privan  
los vicios de la eternidad,  
de que rodeada me siento  
sin tener donde apelar,  
ni quien mis voces oiga,  
caso que las pudiera dar.

Pero esto no se esconde  
a mi extremada aflicción,  
para que se redoble el trabajo  
con signos de desesperación; [391]  
a modo aburrido, sin tino  
me revuelvo en mi aflicción,  
ignorante de lo que pasa  
en mi espiritual región.

Pues de ella sólo se anuncia  
a mi espíritu atribulado  
en una congoja suma  
el que todo está acabado,  
por un modo tan extraño  
que a la esperanza agotada  
le afligen las mismas especies  
en que debe estar estribada.

¡Oh y qué temperamento es este  
en que habitadora me hallo;  
si purgatorio le nombro  
es aún poco lo que digo,  
pues los efectos siento  
que no los puedo explicar:  
de albores o vislumbres son  
del infierno en su penar!

Pues sin Dios y sin recurso,  
virtudes, ni actividad  
vivo sin saber el cómo,  
esquilmado en mi soledad,  
hecho la burla y escarnio  
de mi ropaje inferior,  
y como sin sustancia vital,  
cuanto a la porción superior.

Aquí es el agonizar  
sin asenso ni descenso,  
entrada ni salida  
a la inclemencia suspenso.  
Crucifixión en el espíritu,  
pobre y desamparado,  
se asemeja en sus congojas  
a su Salvador crucificado.

¡Oh similitud dichosa,  
si para poderte alcanzar  
es preciso me resuelva  
a por el infierno pasar:  
el ánimo pronto lo abraza,

según su sentir superior:  
¡mueran los reclamos de todos  
de mi porción inferior!

¡Al arma, ánimo mío!  
Os toca mi resolución;  
¡sepúltense los alegatos  
de mi baja condición, [392]  
y supeditándome a mi misma,  
de mi Jesús amparado  
muramos a lo visible todo  
en su sepulcro encerrado!

En este sepulcro místico,  
de todo consuelo olvidada  
aguardemos, alma mía,  
la felicidad deseada;  
sin que haya ya más querer  
que el de la santa voluntad  
de mi amabilísimo Dios,  
en el tiempo y la eternidad.

La tranquilidad de espíritu del que escribía, inspirado del amor de Dios y del prójimo, como que se trasmite a sus lectores; respiran sus palabras unción, y sin duda que sus exhortaciones sabrían volver la calma a una inteligencia atribulada, pero dispuesta a dejarse conducir; y son, además, perfectamente oportunas para mantener el fervor de esas mujeres que encerradas en un claustro y en la soledad del silencio de sus viejas paredes, ven deslizarse sus días y el mundo, que sólo perciben por los confusos ruidos que llegan hasta ellas. Aburridas, fatigadas, habrían de encontrar un nuevo cordial que, reanimándolas, las sostuviese al atravesar la senda que habían emprendido. Este desfallecimiento lo ha comprendido el autor, y por eso en sus páginas no se cansa de repetirles: ¡buen ánimo, siempre adelante!

Para llegar a este resultado, en ninguna parte de la obra se hace gala de erudición, ni de los recursos teológicos: su lenguaje es el de la piedad, e hijo del corazón y de un acendrado misticismo. La paciencia, la humildad, la abnegación de sí mismo, el sufrimiento, el anonadamiento del propio albedrío, haciéndolo depender de Dios; la virtud en general; el amor a Dios, sobre todo; la fe, la esperanza, la caridad; tal es su doctrina. «La fe muestra el objeto, y la esperanza anhela a la consecución de lo que está prometido al verdadero creyente; y la santa caridad, alma de las precedentes virtudes, les da vida y las anima, haciéndolas partícipes de su incremento, esto es, aumenta la intención de sus actos mediante su sufragio, a proporción del grado de amor de que ella se encuentra penetrado». [393]

El método del libro es, pues, mostrar en una mano el sufrimiento como prueba, y en la otra, el cielo como término. «Preciso es, le dice al Alma, que muráis aniquilada y

desamparada en medio de aflicciones y tormentos, a imitación de nuestro amantísimo, Redentor, para que sepultando nuestro anterior maculado y viciado ser, y olvidada la memoria, figura y semblante de lo que fuisteis, acompañéis dentro de la oscura purgativa influencia divina y los aflictivos vapores de nuestra corrompida tierra encerrada en tu lóbrego sepulcro, al que quiso morir para darte la vida y ser sepultado para convidarte a su sepultura, en la que extinguida tu corrupción, pudieses retener libre de tu ropaje viejo, para gozar, libre de las dolencias del pecado, de los principios de la verdadera vida, que espero de Su Majestad gozaremos por entero en la entera permanente vida. Amén. Alabemos sin cesar a Jesús María y José».

Vale, pues, este ignorado escritor mucho más por la ternura y religiosidad de sus pensamientos, que por la forma en que los ha vertido, a no juzgar más que sus versos. Al paso que sus ideas se acercan a las de la *Imitación de Cristo*, sus estrofas es de lo peor que pueda hallarse aún en la misma literatura colonial: desaliñadas, triviales, sin entonación alguna, apenas con forma poética, de seguro que la confesada a quienes estuvieron confiadas y en cuyo servicio se compusieron, debió preferir, como nosotros, que el honrado sacerdote lejos de maltratar las musas y atormentar su ingenio, hubiese traducido sus sentimientos en la prosa de la cual nos dejó muestras no tan malas.

Un religioso que se hizo notable en la colonia por su ingenio poético fue el agustino fray Manuel Oteiza. Nacido en Santiago por los años de 1735, profesó en 1759, y, andando los años, llegó a graduarse de maestro en filosofía.

Oteiza descolló principalmente por sus aptitudes para la oratoria sagrada. En las parentaciones que se celebraron en esta ciudad a la memoria del conde de la Unión, él fue el encargado de la oración fúnebre, y en un viaje que hizo a Linia, el virrey en [394] persona asistió a cierto sermón que predicó poco antes de volver a su patria.

«El padre Oteiza -dice don Carlos Aguirre Vargas-, era en Santiago predicador de gran fama, mimado, por el público devoto y solicitado con afán para las principales solemnidades religiosas, donde lucía la abundancia de su versación en las Sagradas Escrituras y padres de la Iglesia, y la elocución de una palabra fácil, elegante y persuasiva.

»El obispo de Santiago le encomendó un año uno de los sermones de tabla de la catedral, el que debía predicarse el último día de la festividad de la Purísima Concepción, y si mis recuerdos no me engañan, el padre Oteiza residía a la sazón en la estancia conventual de su orden en Melipilla.

»Llegado el día de la fiesta, la concurrencia de fieles que inundaba nuestra vastísima catedral se estrechaba ansiosísima de oír al famoso predicador sagrado. Ocupaban el templo el presidente, el obispo, la Audiencia, los dos cabildos, el eclesiástico y el secular, todas las corporaciones, gran parte del clero, los más ilustres y nobles vecinos, y un gentío inmenso de todas clases y condiciones, todo según era de estilo en las grandes celebraciones religiosas de este pueblo de Santiago, esencialmente religioso.

»Con anticipación envió el obispo a preguntar por el padre Oteiza al provincial de San Agustín para que se le anunciase que debía ir ese día a predicar el sermón encomendado de antemano. No fue poca la sorpresa del obispo al imponerse de que a su recado contestaba el provincial con que Oteiza no había llegado a Santiago: «Diga usted a S. S.

Itma. (contestó el provincial) que al padre Oteiza se le ha mandado llamar de Melipilla, y ya tres días, con recado urgente, y no se ha aparecido todavía».

«Era preciso esperar, con todo. A Oteiza se le había hecho saber la comisión de que predicase el sermón de Purísima, y no era concebible que burlase así la orden del diocesano y la expectativa de toda la concurrencia. El obispo aguardó hasta última hora, desazonado e impaciente por cada momento de tardanza.

»Vino el momento de la predicación y el religioso no llegaba. [395]

»Trascurridos algunos momentos, verdaderas horas de ansiedad, subió pausadamente a la cátedra sagrada un fraile agustino de reposado continente, se arrodilló en ella cortos instantes, levantose en seguida con la frente alzada, cruzose de brazos, y con aire de gravedad paseó sus miradas desde uno a otro ámbito del templo. Después quedose impasible y mudo ante la general expectación, ante el asombro de muchos y ante la impaciencia del obispo, como si desafiara por un capricho inexplicable, la justa indignación de su prelado y el aparato de aquella imponente solemnidad.

»Habrà adivinado, el lector que aquel tan impertérrito fraile no era otro que fray José Manuel Oteiza, el famosísimo orador conocido de todo Santiago el cual acababa de llegar de Melipilla en aquellos instantes mismos, y sin pasar a su convento, como quien entra a casa propia y al seno de los suyos, se exhibía en el púlpito del más soberbio de nuestros templos en aquel día y delante de tan lucida concurrencia.

»Viendo el obispo que el decantado predicador no se dignaba abrir los labios, sino que continuaba mudo como la estatua de la contemplación, envió al maestro de ceremonias a que le hiciera entender que si se le había confiado un sermón era para que predicase, y que si hasta entonces había tenido la paciencia de aguardarlo no era para que se contentase con exhibir su figura ante las primeras autoridades del reino y aquel respetable concurso, como lo hacían y de que se hallaba corrido y avergonzado.

-¿Y qué quiere su Ilustrísima que haga? -contestó con sorna el agustino al maestro de ceremonias.

-¡Que predique usted! -contestó este.

-¿Y sobre qué? -agregó el fraile, con el mismo tono de sorna.

-Sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima, que es la fiesta de hoy - contestó incomodado el maestro de ceremonias.

-Dígale a su Ilustrísima que está bien, que ya voy a predicar -fue la respuesta del empecinado fraile.

»Esta escena había pasado a vista de todos los fieles que apenas [396] si salían de una sorpresa para caer en otra, con tanta dilación y tan extraños incidentes; lo que los había movido a escándalo cuando no a curiosidad. Unos pocos, los más cercanos a la cátedra, se habían enterado del anterior diálogo; pues, el fraile, maldito lo que se había cuidado de no hablar recio.



»Por felicidad, iba a llegar el desenlace de una situación tan embarazosa. Aquello no pasó de ser una mala jugada. El predicador hizo la señal de la cruz, pronunció el texto latino de su discurso, y volviéndose al auditorio, derramó con ademán severo al principio, tierno y persuasivo después, los raudales de una elocuencia flexible y conmovedora, llevada en alas de una voz insinuante y robusta, y artísticamente envuelta en frases melodiosas.

»El escándalo había quedado suspenso por cerca de hora y media en los labios elocuentes del fraile y en el corazón conmovido de los que le escuchaban. Aquel sermón era, a no dudarlo, una pieza maestra digna de imprimirse, un triunfo más agregado a los muchos que el insigne predicador se había conquistado a boca de todos.

»Pero, ¿el escándalo y la burla?

»El agustino tomó desde luego sus providencias. Del púlpito pasó al caballo que por ahí cerca había dejado; y, cuando se mandó en busca de la persona del predicador, inmediatamente de acabada la fiesta, ya éste no se encontraba ni en su convento, ni en parte ninguna, que se supiera. Algunas personas le habían visto salir a caballo, pero nadie sabía adonde, mucho menos su prelado, el provincial de San Agustín.

»Motivos que no son del caso mencionar, dice un cronista, la hicieron pasar las cordilleras de los Andes y permanecer de conventual en el convento de su religión de la ciudad de San Juan de la frontera. Salvado como por milagro de una fiera que le acometía en una de esas travesías tan frecuentes en la provincia del Tucumán, principió vida más severa y se consagró con ejemplar constancia al lleno de sus obligaciones religiosas»<sup>(308)</sup>. [397]

Este talento de improvisación, Oteiza lo poseía no sólo en el púlpito, sino que sabía aplicarlo también, a la poesía. Es conocida aquella décima suya hecha a una flor que había nacido al acaso en un cráneo que yacía medio descubierto en un cementerio.

Flor hermosa y delicada  
entre fealdad espantosa,  
que cuanto tienes de hermosa  
has de morir de asustada.  
¿Dónde irás, firme o cortada,  
sin tener infausta suerte?  
Cortarte es dolor muy fuerte;  
dejarte es muerte crecida;  
pues dejarte con la vida  
es dejarte con la muerte.

Pero la principal obra poética de Oteiza es su *Liberto penitente*, o sea el pecador arrepentido que a imitación de David implora misericordia por medio de la penitencia.

El tema de esta composición está basado en los salmos de la Escritura, cuyos textos ha parafraseado el religioso agustino dándoles cierta unidad para tejer un argumento. Oteiza supone que un pecador después de conocer el mundo comienza a sentir el

arrepentimiento de sus faltas; y que sucesivamente, merced a sus súplicas y a la gracia divina, va pasando por los respectivos estados de la vida purgativa activa, pasiva e iluminativa.

La manera como haya llenado sus propósitos nuestro autor peca desgraciadamente por la pobreza de su ejecución. Liberto llora continuamente, se lamenta en todos los tonos, sostiene diálogos con su corazón, pero sin que jamás logre interesarnos por sus místicos dolores, ni por las atribuciones de su alma. Todo lo que consigue es abrumarnos sobremanera con sus continuas jeremiadas y con sus insulsos lamentos. El libro que pinta sus emociones es detestable, el monumento más completo de majadería que se haya escrito entre nosotros.

Esta obra está incompleta, pues su autor solo alcanzó a terminar las dos partes primeras, que evidentemente ha sido donde pudo interesarnos más vivamente por su héroe. Dividida en libros cada uno de éstos en capítulos, y éstos a su vez en párrafos, forma [398] el tejido de cada uno de ellos, según lo que significa cada una de las letras del alfabeto hebraico. Así, por ejemplo, la cuarta letra de ese alfabeto se llama *Daleth* que en castellano significa *temor*, de lo cual Oteiza toma pie para ponderar que el santo temor es uno de los mayores bienes que el alma pueda desear.

Libro inferior a los dotes que sus contemporáneos atribuyeron al autor, habría valido más para su fama que no hubiese llegado hasta nosotros. [399]

▽△

## Capítulo XVI

Poesía satírica

▽△

- II -

La ensalada poética

Lugar honroso merece en nuestros estudios un saladísimo libro, la más notable producción de su especie en toda la historia colonial, y que, como uno anterior de que venimos de hablar, se conserva también en nuestra *Biblioteca de Santiago*. Llábase *Ensalada poética joco-seria, en que se refiere el nacimiento, crianza y principales hechos del célebre don Plácido Artela, compuesta por un íntimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso que jamás ha subido a este monte, y aún apenas llegó alguna vez a sus faldas*; llegándose a descubrir que su autor fue don Manuel Fernández Ortelano<sup>(309)</sup>.

En un prólogo tan original como chistoso, parte en prosa y parte en verso, ha hecho alarde el escritor de su independencia de espíritu y de los propósitos que le guiaban.

Doy al diablo, declara, el oficio de poeta,  
que sin poder valerme una peseta...

Pero de nada le servía tan triste convicción (hasta ahora achaque común de nuestros literatos) cuando se sentía en vena, ni siquiera le detenía el temor de los «critiquillos»,  
[400]

Que en Santiago muchos son.

Pues si alguno notase:

Que sobra o que falta alguna partícula,  
o echase de menos algún adminículo,  
aunque le parezca ser cosa ridícula,  
quiero que llegue al horno de un químico  
y se purifique sobre una cráticula.

Este mundo, expresa después, se compone de locos, unos más y otros menos: unos que hacen o escriben versos, aunque saben poco, y otros que los enseñan, aunque no los saben. «El autor de esta obrilla no es profesor de la secta de los que abominan la confesión, y por consiguiente, no rehúsa, confesar que tiene muchos defectos»; y

Por más que a mi vena, exhausta y exigua,  
parezca imposible asunto tan arduo,  
cantar me he propuesto en metros poéticos  
las obras insignes del grande don Plácido...

...Así, pues, mi *Ensalada*  
ha de formarse  
de versos diferentes,  
según me agrade:  
pues en mi mano  
está hacer, como dicen,  
la capa un sayo.

Parece que el libro circuló al principio en cierta forma, y que después experimentó algunas adiciones o correcciones; más, como discurría muy bien el autor,

Si no se emprenden las cosas difíciles  
Nunca se consiguen los grandes aplausos.

Por lo tanto,

Con solas mis fuerzas, aunque son tan débiles,

a surcar me arrojé este inmenso piélago,  
sin miedo a tormentas, ni marinos monstruos,  
ni de padecer funestos naufragios.

Cantaré, cual cisne, en dulces cadencias,  
o relincharé como el hipopótamo,  
tanto que las gentes se queden atónitas  
de ver tal potaje raro y misceláneo. [401]

No temo que salgan contra mí los críticos,  
pues también hay muchos discretos y sabios,  
que discernir saben lo espeso y lo líquido  
y no precipitan juicios temerarios.

Mucho menos temo la turba de Zoilos  
en que abunda tanto el globo terráqueo,  
hago lo que debo: los echo al desprecio,  
y siempre me río de simples y fatuos.

Cuando me cansare de hablar a lo heroico,  
me echaré a lo chusco, pues soy medio jándalo,  
y también diré palabritas místicas,  
pues tengo un poquito o un mucho de zaino,

Algún retacito correré de histórico,  
tal cual pensamiento parecerá enfático;  
mas, la mayor parte serán simplísimos,  
tanto que no puedan pasarse sin ácidos.

Quizás un poquito de mi amor platónico  
te dejaré ver, si no miento el cálculo;  
verteré sentencias como un gran filósofo,  
y predicaré como un misionario.

Y si sucediere (aunque es remotísimo)  
que a cantar no acierte nada de encomiástico,  
quedaré muy fresco, pues no soy colérico,  
antes tengo mucho del humor flemático<sup>(310)</sup>.

Venga lo que viniese, no importa:

Iza, iza; demos las velas al céfiro.

Levantemos anclas, como hacen los náuticos,  
y vamos corriendo por rumbos incógnitos,  
pues ningún suceso ha de ser trágico.

Pero basta de preámbulos, y vamos al argumento.

Plácido, hijo de su padre, y nacido de su madre, era un muchacho oriundo de Estella en Navarra, tierra

De santos un gran montón,  
que yo no pienso cantar  
porque pasan de un millón. [402]

Grandes prodigios hubo el día del nacimiento del héroe,

Y los principales son,  
que nació mi Placidito,  
con pasmo y admiración  
de los presentes, en cueros,  
pues ni aún camisa sacó.

.....  
Que ladraron dos perritas  
a quien un perro mordió,  
que relinchaba un caballo,  
y que un burro rebuznó;  
que se vio salir la luna  
redonda como un doblón;  
y que el sol salió también,  
(pues la gente lo observó)  
al lado opuesto de donde  
el día antes se ocultó.

Lloraba y mamaba el muchacho,

Comía desde chiquito  
y bebía con primor  
agua o vino, según era  
lo que a sus manos llegó.

Apenas adolescente era ya un portento,

Pues en menos de quince años  
enteramente aprendió

leer, escribir y contar,  
que es cosa de admiración.  
Tan plácida como el nombre  
era su conversación;  
plácidos eran sus juegos;  
plácida su diversión;  
con placer comía siempre,  
con placer siempre durmió;  
con placer rezaba, y era  
plácida su devoción;  
con placer oía misa,  
con placer iba al sermón,  
y aún con placer admitía  
los azotes que le dio  
ya el maestro y ya su padre  
cuando los necesitó,  
aunque nunca picardía  
chica o grande cometió.

Hallábase un día el muchacho encaramado en una parra, comiendo uvas a más y mejor, cuando a un pájaro travieso se le ocurrió picarle un párpado; [403]

Con cuyo dolor  
cayó sobre un cántaro,  
donde se rompió  
un jeme del cráneo.

Cae, pues, plácido de golpe a la cama. Sin saber cómo, presentose cierto médico famoso que recetó al enfermo un soporífero que lo dejó como muerto. Con todo, el pobre Plácido va muy mal, se confiesa y sacramenta, exclamando en esta décima:

Dios me llama, Dios me quiere,  
con mi Dios me quiero ir,  
que vivir aquí es morir,  
y sólo vive quien muere  
y pues ya nada hay que espere  
de esta vida miserable,  
nadie me trate ni hable  
de cosas que el mundo tiene;  
pues lo que a mí me conviene  
es pensar en lo inmutable.

Prorrumpe en seguida en acción de gracias a su Criador, preparándose para pasar a mejor vida. En este desesperante estado, desahuciado ya el médico, se presenta cierta mujer amiga de la madre de Plácido, que le dice que el doctor es un ignorante y que ella recetará; y ante la gran parentela reunida, tomando una guitarra de manos de «la tía de la abuela», canta estas seguidillas:

En mi jardín hay yerbas  
tan excelentes  
que con ellas se quitan  
mil accidentes;  
pero la *ruda*  
casi todos los males  
lueguito cura.

Hay ajenjos muy buenos  
y estomacales  
para los que padecen  
de frialdades,  
pero no llega  
su virtud a la *ruda*  
ni con cien leguas.

Hay yerba buena,  
aunque es amarga  
que para las lombrices  
está aprobada,  
que su virtud no iguala  
la de la *ruda*. [404]

Dale con ruda,  
verás como el divieso  
luego madura;  
pues los pone blanditos  
aunque estén tiesos.

Dale con *ruda*  
verás como el divieso  
luego madura.

.....  
.....  
.....  
.....

Si tienes a tu hijo  
rota la testa,  
ponle emplasto de *ruda*  
que poco cuesta.

Aunque se halla un enfermo  
ya desahuciado  
con aplicarle *ruda*  
lo verás sano,  
pues la exquisita  
virtud de aquesta yerba  
es infinita.

Siempre con este emplasto  
mezclarás grasa  
sin sal, o bien de chancho,  
o bien de vaca;  
y no eches mano  
de médico, botica,  
ni cirujano.

Y así luego corriendo  
voy a sanarte  
a Plácido tu hijo,  
y a consolarte:  
aquí está pronta  
la *ruda*, y verás prima  
si yo soy tonta.

Aplícase al enfermo cierto remedio muy conocido, el cual produciendo su natural efecto hasta cicatriza la herida; con cuyo motivo exclama la madre:

Dios, con benéfica mano  
sano,  
viendo lo que yo me aflijo  
a mi hijo,  
cuando a su bondad plació  
me dio.

Mil gracias le daré yo  
mientras me dure la vida,  
pues que viéndome afligida  
*sano a mi hijo me dio.* [405]



Ya en vez de la pena, siento  
contento;  
ya yo tengo en vez de susto  
gusto;  
y en lugar de padecer  
placer.  
De mi Dios el gran poder  
alabaré a toca llena,  
pues me da en lugar de pena,  
*contento, gusto y placer.*

Bien lejos podéis ya iros  
suspiros;  
ya no vertiré yo tantos  
llantos;  
no arrojaré ya sentidos  
gemidos  
Dios con benignos oídos  
mi triste oración oyó,  
y de un golpe me quitó  
*suspiros, llantos, gemidos.*

Ya se mira en dulce calma  
mi alma;  
ya se ve fortalecida  
mi vida.  
Ya logra consolación  
mi corazón.  
Y con sobrada razón  
a mi Dios la mente elevo,  
pues por tal favor le debo  
*alma, vida y corazón.*

Restablecido Plácido, lo primero que hace es irse a misa; y al saberse que está ya bueno, vienen a darle la enhorabuena las muchachas del lugar, las viejas, el cura y el corregidor, etc., etc.; comenzando los festejos por una danza de las aldeanas al uso del país y al son del tamboril, del pito y del pandero.

El sacristán no ignora  
la junta de las mozuelas,  
y por eso a todas velas  
vino, y dentro se zampó.

Vino y más vino bebió  
hasta ponerse repleto,  
y ajustándose el colete,  
y estirando los calzones,  
dio fin a tales funciones  
con el siguiente *Soneto*:

Aunque yo soy un pobre sacristán  
tengo algunos versitos de *retén*,  
bien que limados con primor no *estén*,  
más no parecen pasto de un *patán*. [406]

A veces golpes doy como un *batán*,  
aunque procuro irme *ten* con *ten*,  
para que no me fría en su *sartén*  
el mismo que me tienta, que es *Satán*.

Quisiera sabio ser como *Platón*,  
o tener la elocuencia de *Agustín*  
para elogiar a Plácido. El *bastón*

tridente yo me tomo de *Plutón*,  
y haciendo en la campana el *retintín*,  
alegre tocaré: *tan, ten, tin, ton*.

Con esto termina propiamente la acción principal. Pero fue el caso que al autor se le perdió su *Ensalada* y púsose a llorar con acento tan triste que da pena oírlo:

Cual reo sentenciado  
a muerte, que ya puesto en la capilla,  
loco y desatinado,  
el pelo arranca, hierde la mejilla;  
así yo, inconsolable en mi fracaso,  
cien locuras intento a cada paso.

Cual noche tenebrosa  
que con truenos, relámpagos y rayos,  
terrible y espantosa,  
sólo infunde deliquios y desmayos;  
así y pena incomprensible y rara,  
solo muerte y sepulcro me prepara.

Cambia luego de tono, y dirigiéndose a su *Ensalada*, le dice:

...¿Por qué de mi te apartas,  
te escondes y retiras?

¿Por ti no despreciaba  
paseos a frutillas,  
los toros, las comedias,  
y otras diversioncillas?

Encerrado contigo,  
no daba alegres risas  
como cuando Cervantes  
su Quijote escribía?

¿Y no llegó tal vez  
a temer mi familia  
que estaba perturbada  
mi pobre fantasía? [407]

¿Tanto que resolvieron  
por curar mi manía  
quitarme los papeles  
en donde yo escribía?

A fin de que parezca su tesoro, fija un cartel anunciando la pérdida, y ofreciendo tres cuartillos o un real por albricias. Mientras tanto, la *Ensalada* ha caído en manos de varias gentes que se entretienen en criticarla. Rompen el fuego dos buenos religiosos, uno de los cuales se propone nada menos que copiarla entera. Salen entonces dos santas monjas a la palestra:

Amada hermanita,  
mi prima Isabela,  
ayer con cautela  
me entregó esta obrita;  
porque la portera  
es tan reparona,  
que no nos perdona,  
ni una friolera.  
Y vuestra prelada  
aunque es tan santita  
de cualquier cosita  
se enoja y enfada.

Según me insinuó,  
lindas poesías  
tiene; y pocos días  
ha que la luz vio<sup>(311)</sup>.  
Preciso es leerla  
entre hoy y mañana,  
pues luego a su hermana  
tiene que volverla.  
Fuerza es nos privemos  
hoy del locutorio,  
aunque un purgatorio  
por ello pasemos.

Estos versos tan fáciles, que tan bien ocultan el trabajo del poeta, hacen recordar a Iriarte, con cuyo estilo tantos puntos de contacto se advierten, y por eso no podemos menos de transcribirlas íntegras:

Lea usted primero,  
yo la escucharé,  
y después leeré  
el trozo postrero. [408]  
Se daban tal prisa,  
que se la engullían,  
y pausas hacían  
con gozo y con risa.  
Ni un sólo renglón  
quedó sin repaso,  
aunque el tiempo escaso  
era su opinión.  
Después de acabada  
la crítica hicieron,  
y acordes dijeron:  
«Fría es la *Ensalada*».  
Mil versos mejores  
lindos y bonitos  
hemos visto, escritos  
por varios autores.  
Aquellas endechas  
fueran buena cosa,  
si a la Dolorosa  
estuvieran hechas.  
Yo acomodaré

aquella letrita  
y en su novenita  
las injeriré;  
pues tales injertos  
solemos hacer,  
con riesgo de ser  
derechos o tuertos.  
El sáfico-adónico  
también nos gustara  
si asunto tratara  
devoto o heroico.  
Mas, a un San Juanito  
se acomodará,  
y así quedará  
tal cual alegrito;  
tanto que el autor  
si le llega a ver  
cruces se ha de hacer  
de nuestro primor.  
La chamberga está  
tal cual graciosa,  
y alguna cosita.  
De gusto nos da.  
La glosa en quintillas  
está pasadera,  
con tal o cual bolera,  
y las redondillas.  
Al punto escribieron  
estos pasajitos,  
y en varios ratitos  
se los aprendieron.  
Y aún toda enterita  
copiado se hubiera  
si prisa no diera  
la buena primita. [409]

Una solterona se lamenta después de que el autor haya dedicado tan poco a la buena tía, «aquella rara gracia curativa»; pero el poeta sabe de buen origen que la tal dama pasa de los cuarenta, y que no se olvidó de sacar una copia de la receta de la *ruda*, pues adolece de cierto mal para el cual puede mucho la prodigiosa yerba.

Un chacarero, con lenguaje algo brusco, critica en la *Ensalada*, (y no sin razón) el empleo de ciertas frases poco «morales», pues, como él dice, por decencia debía haber callado ciertas cosas que no había para qué nombrar.

Tercian en seguida, gallegos, navarros y andaluces, que en el lenguaje de su tierra dan al pasar algunos alfilerazos al pobre poeta.

Llega el turno a los médicos. Uno de ellos quiere acusar el libro al «gobierno superior», y sublevar con el mismo objeto a los boticarios; pero otro colega que le escucha impasible, le responde:

Amigo, muy majadero  
es usted (aquí entre nos),  
pues lleva a mal que se burlen  
de un ignorante hablador,  
indigno de ejercer  
tan útil y tan grande profesión.  
¿Quién ha dicho que el poeta  
a todos nos comprendió  
en su censura? A los necios  
tan solo se dirigió;  
y ojalá que no fuera  
cierto que hay hombres  
como el que pintó.

Una vieja rabiosa pregunta muy admirada:

¿Cómo no se ha estorbado  
el que tales sonseras  
al público haya dado?

La misma hace en seguida muy donosamente la crítica de la sociedad, y especialmente de las mujeres de la época, en estos términos:

.....  
Tan sólo de las hembras  
pudiera yo esperarlo,  
pues en día tienen  
más juicio que los machos. [410]  
¡Mas, no, no! Las mujeres  
de modo se han trocado  
que en nada se parecen  
a las que yo vi antaño.  
Entonces las casadas

sentadas en su estrado  
remendaban vestidos  
del hijo y del criado;  
daban leche a sus pechos  
al fruto de sus partos,  
y con dos faldellines  
estaba hecho su gasto.  
pero hoy de camiones  
tres baúles o cuatro  
quieren tener, y aún no  
su gusto está saciado.  
Y entregan sus hijitos  
¡Lástima da el pensarlo!  
A negras y mulatas,  
por ahorrar de cuidados.  
Entonces las solteras,  
cerradas en sus cuartos  
sólo a misa salían  
al templo más cercano:  
éstas no concurrían  
a bodas, ni a fandangos,  
a comedias, ni toros,  
como hay están usando.  
Metidas en sus huertas  
cultivaban sus manos  
las flores y las yerbas,  
y en nada más pensaron.  
Y no por este encierro  
maridos les faltaron,  
pues las solicitaban  
los hombres más honrados,  
y al tálamo llegaban  
sin haberlos tocado  
un dedito siquiera,  
cuanto más;... pero callo.  
Mas, hoy ¡válgame el cielo!  
Antes que esté bien claro  
el día ya se ven  
andar callejeando;  
y las noches les duran  
hasta que clareando

otra vez viene el día,  
y aún no se han contentado.  
¡Y si sólo esto fuera!  
Más ¡ay! que a los dos lados  
llevan tales personas  
que no es decente hablarlo.  
Sauces de la Alameda  
¿cuántos, cuántos desvaríos  
vuestras hojas oyeron,  
ya que ojos os faltaron? [411]  
¡Qué chistes al oído!  
¡Qué apretones de manos!  
¡Yo lo vi, yo lo vi,  
que no me lo han contado!  
Plaza de toros, dime,  
los feos y nefandos  
males que por las noches  
has visto y has palpado, etc.

Con estos principios juzga el libro la vieja y lo condena naturalmente, aconsejando al autor que

Se deje de *Ensaladas*,  
rece muchos rosarios,  
oiga bastantes misas,  
y pida a Dios perdón de su pecado.

Dos poetas que se reúnen a comentar la historia de la famosa cura de Plácido, tienen el siguiente diálogo:

-Dime, amigo, ¿leíste la *Ensalada*?  
-Entera la leí, por vida mía.  
-¿Y qué te pareció? -¡Bachillería!  
¡Ripio y más ripio; y de provecho, nada!  
Y a ti ¿qué te parece? -Que infundada  
es tu opinión y nace de manía.  
-¡Pues qué! No entiendo yo de poesía  
para hacer una crítica acertada.  
-Que lo entiendas o no, de mí te juro  
que la tal *Ensalada* me ha gustado,  
pues su lenguaje es agradable y puro;  
metros bastante lindos ha mezclado;



tiene gracia y concepto, y te aseguro  
merece este papel ser estampado.

Y en verdad, que debemos admirar sobre todo en este agudo e ingenioso juguete, la sorprendente facilidad con que el autor maneja las cuerdas de su lira, amoldándola a todos los tonos, desde el más risueño y festivo, hasta el solemne y profundo con que se dirige al Supremo Ser. Así, por ejemplo, lo vemos expresarse muy felizmente por boca de la madre de Plácido, cuando pinta las gracias de su hijo en estos términos:

Mi Plácido hermoso  
quince años cumplió  
y en ellos creció  
gallardo y airoso [412]  
su padre gozoso  
en él se miraba  
y lo contemplaba  
con tierno reposo.

La madre era exceso  
lo que le quería  
pues casi la había  
trastornado el seso.

Y como travieso  
nunca el niño fue  
creía ella que  
no pecaba en eso.

Aprendió a cantar  
la jota y folías,  
y otras melodías  
que vio en su lugar.

También a bailar  
al son de la gaita,  
tanto que su *taita*  
llegó a chochear.

Con el tamboril  
y el pito bailaba,  
y zapateaba  
a lo pastoril.

Y así el femenil  
afecto arrastró  
y celos causó  
al sexo viril.

Verdad es que atento  
siempre se mostraba  
y a nadie causaba  
algún sentimiento.

Padres más de ciento  
sus hijas le dieran  
si en él conocieran  
querer casamiento.

Pero no pensó  
en tal niñería  
ni su fantasía  
se lo imaginó.

Soltero llegó  
hasta el año veinte  
en que un accidente  
raro sucedió. [413]

Mas, ya me he cansado  
de tanta coplita,  
y así a otra cosita  
me veo tentado.

Es muy poco usado  
el metro que emprendo,  
mas, en todo entiendo  
que es bien delicado.

Difícil nos parece, y por lo tanto aplaudimos, que el mismo hombre, mudando a poco de asunto, y con el asunto el metro, cante las magnificencias de Jesucristo y el arrepentimiento humilde de un pecador, como lo ha hecho:

¡Dios inmenso, benigno y poderoso,  
que con entrañas llenas de clemencia

al corazón más feo y asqueroso  
admites compasivo a tu presencia!  
¡Escúchenme, Señor; mira piadoso  
que soy hechura de tu omnipotencia,  
y pues tu cuerpo y sangre hoy he gustado  
espero no salir desconsolado!

Tú, Señor, que penetras lo escondido,  
lo pasado, presente y venidero,  
sin que suceda ni haya sucedido  
cosa que no la sepas por entero:  
mira este pecador que dolorido,  
con arrepentimiento verdadero  
confiesa vergonzoso y humillado  
la grande fealdad de su pecado.

Bien sé que contra ti pequé, Dios mío,  
sin que a ofenderte nadie me forzara,  
pues que me diste libre el albedrío  
para que a bueno o malo me inclinara;  
pero tan grande fue mi desvarío  
que a tu ley santa le volví la cara;  
y por esto merezco en fuego eterno  
padecer para siempre en el infierno.

Mas ya que tu piedad me ha tolerado  
tantos años de ofensas y de agravios,  
las llagas de tus pies, y tu costado  
aplico reverente hoy a mis labios.  
Lave tu sangre, lave mi pecado  
y borre de mi alma sus resabios;  
pues si mil años más vivir pudiera  
siempre te amara y nunca te ofendiera. [414]

Hasta hoy me tuvieron mis locuras  
sujeto de la culpa a las pasiones:  
¡Desátame las fuertes ligaduras  
de que mi yerro fabricó eslabones;  
olvida ya, Señor, mis travesuras,  
pues humilde te pido me perdones;  
acábase esta vida transitoria

y la eterna concédeme en tu gloria!

Tiene, además, cuadros muy notables por lo fino de la burla y lo propio de la expresión. ¿Quién no aplaudirá oyendo al grave y pedante doctor disertar sobre la enfermedad del muchacho, formando ridículo contraste con las expresiones de la tía curandera? He aquí estas pinceladas de mano maestra:

Apareció otra vez el noble Febo  
alumbrando los montes y las selvas,  
y el médico también sin que lo busquen  
vino a ver al enfermo, cuidadoso.  
La madre le contó que ya orina,  
estaba en aptitud de levantarse,  
pues la noche pasó muy descansado,  
como si tal no hubiera sucedido.  
Tomole el pulso, examinó la orina,  
y también la nariz aplicó al vaso,  
cuyo olor le causó muy poco gusto,  
según se echó de ver en el semblante.  
No registró la herida, porque dijo  
que para nada lo necesitaba,  
pues sólo los que son médicos nuevos  
necesitan hacer aquel examen.  
Y como era tan inteligente  
formó un juicio diverso del de aquella;  
sin embargo, no digo cosa alguna,  
y mandó proseguir como hasta entonces.  
Pero al tercero día, como sabio,  
vio que no daba treguas el asunto,  
y arqueando las cejas, y poniendo  
los ojos muy abiertos y espantables,  
encarado a las gentes que allí estaban,  
y arrimando el polvillo a las narices,  
dijo en tono de réquiem  
este discreto y mísero pronóstico:  
«Señores y señoras: nuestra vida  
es más débil que el barro quebradizo,  
y cuando Dios dispone darla acabo  
en vano son los médicos más hábiles.  
Así, pues, aunque yo soy uno de ellos,  
y he cursado treinta años esta ciencia  
veo que nuestro enfermo ya no tiene

remedio, y morirá sin falta alguna.  
Y porque ustedes lo comprendan todo  
les diré la razón en que me fundo. [415]  
Hipócrates escribe: cuando veas  
exaltado de modo el humor sanguino  
que no obedezca, a tópicos y eméticos  
en vano esperarás curar tal hombre;  
Aberraes también en otra parte  
nos dijo: si la pleura está engrifada  
y no cediese a cataplasmas tónicas  
se morirá tu enfermo sin remedio.  
Pero más claramente el Avicena,  
que escribió treinta libros de este asunto,  
comentando a Galeno, aquel asombro  
de la sabia y sagrada medicina,  
pues, asienta por cosa indubitable  
y que nunca burló sus experiencias,  
que cuando no aprovecha el sinapismo,  
y los sesos están escorbutados,  
solo Dios sanar puede a tal paciente,  
y debe retirarse luego el médico:  
por tanto, abandonemos esta cura,  
pues es inútil continuar recetas;  
Plácido morirá de aquí a dos días,  
semana, más o menos a lo sumo;  
apronten luego la mortaja,  
y quédense con Dios hasta otra vista».  
Pasmado se miró aquel auditorio,  
de haber oído un médico tan sabio  
y que con tal primer contado había  
el arte de curar cabezas rotas, etc.

Bastante bien se inicia la escena: la aparición del «noble Febo, relacionada con la del cirujano, que llega sin que nadie lo llame; el examen que hace de las circunstancias del caso, despreciando las que pudieran darle alguna luz, son rasgos felices. El discurso en que el hijo de Hipócrates expone su opinión, desahuciando al enfermo, no carece tampoco de interés, pues está adornado de naturalidad y de un aire de pedantería muy oportuno y medido, y además de buenos pensamientos, como aquella vulgaridad de «la vida es frágil», y aquella fijación del plazo en que ha de morir el enfermo. Pero así como creemos que el autor no ha sacado todo los recursos que la materia le ofrecía en el empleo de términos médicos citados disparatadamente; por el contrario, juzgamos de mal gusto la inclusión que el doctor hace de sí entre los hábiles de la profesión, cosa que debió dejarse a la apreciación del vulgo circunstante. Necesario es abultar las líneas de

una fisonomía cuando se trata de ponerla en escena para que resalte bien la figura y se produzca el contraste; pero todo el efecto [416] se pierde cuando por tender demasiado la cuerda se inutiliza el instrumento.

Cayó al fin la *Ensalada* en manos de un amigo del autor, en circunstancias que, muy guardada en una casa, se preparaban ya para quemarla, «vestidita y calzadita», y aconsejándole que se dejase de escribir versos que a lo más habían de acarrearle sinsabores, remitiósela sin tardanza a su dueño, el cual, loco de gusto se puso a saltar y bailar al son de esta letrilla:

Albricias, alma mía,  
ya llegó el día  
que tu alegría  
acábese ya el susto,  
renazca el gusto  
que despertaba  
tu corazón.

**Estrillo:**

*Vénganlo a ver,  
porque mi Ensaladita,  
Linda, bonita,  
y fresquecita  
pareció ayer.*

Ya cesó mi tormento  
y sentimiento;  
mi descontento  
ya feneció.  
Ya dieron fin los malos  
y ansias mortales  
con que mi alma  
casi se ahogó.  
*Vénganlo a ver...*

Todo el mundo ha sabido  
lo sucedido  
cuando perdido  
mi bien se vio.  
Mas ya me lo trajeron,  
y en él me dieron  
placer tan grande  
cual fue el dolor:

*vénganlo a ver...*

Ya duermo, ya pasee,  
ya me recreo,  
y mi deseo  
ya se sació; [417]  
ya se acabó mi pena  
y la cadena  
que me oprimía  
ya se rompió  
*vénganlo a ver...*

Ya no hay porque afligirme:  
sino reírme  
y divertirme  
¡Hagámoslo!  
Bailemos y dancemos  
Versos continuos  
con regocijo,  
como es razón.  
*Vénganlo a ver...*

Ya me llevo la palma,  
pues que mi alma  
la dulce calma  
tener logró;  
en vez de los azares,  
justos pesares,  
ansias y penas  
que padeció.  
*Vénganlo a ver...*

No quiero tener juicio,  
pues más perjuicio que beneficio  
me ocasionó.  
Las locuras y excesos  
mis embelesos  
son; pues el gozo  
me emborrachó.  
*Vénganlo a ver...*

Pues ya mi *Ensalada*  
está cansada,  
y fatigada  
de la canción,  
dejémosla en sosiego,  
hasta que luego  
continuar pueda  
la diversión.

*Véngalo a ver,*  
*porque mi Ensaladita,*  
*linda, bonita*  
*y fresquecita*  
*pareció ayer.*

A fuer de imparciales debemos declarar, sin embargo, que la *Ensalada* no es igualmente apreciable en toda su versificación, [418] pues se ven en ellas lunares que no le hacen honor, especialmente en el empleo del sáfico-adónico, usado en la obra sin asonantes aunque en general con todos sus acentos típicos, como el siguiente:

Plácido lindo, Plácido gracioso,  
mucho mi afecto hacia a ti me arrastra,  
mucho me debes, mucho es mi cariño  
mucho te amo.

No pensamos, pues, como la monja parlera, que los tales versos serían buenos sólo a condición de tratar asuntos devotos. Pero desde Homero acá dormitan a veces los poetas, y no ha de parecer justo que hagamos hincapié en defectillos disculpados en demasía con el buen humor y los entretenidos conceptos del poeta.

Como hemos dicho, fue el autor de esta producción notable intitulada *Ensalada poética* don Manuel Fernández Ortelano, nacido en España «de clase distinguida», y la escribió allá por los fines de 1804. Cuando vino la revolución, Fernández se hizo patriota y publicó en el número tercero de *La Aurora* las siguientes estrofas en que celebra los beneficios del nuevo régimen:

Albricias, Chile: ya la hermosa Aurora,  
nuncio feliz del bello y claro día,  
va saliendo; y verás dentro de un hora  
cuánto la oscura noche te encubría.  
Saltando de alegría,  
con solo sus crepúsculos te veo:  
aquieta tu deseo,  
pues el sol se apresura



a descubrir al mundo la hermosura  
de tu fecundo suelo, que ignorada  
era de muchos, de otros no apreciada.

Cuantos preciosos frutos, cuantos dones  
el sabio autor de la Naturaleza  
repartió en varios reinos y naciones,  
a Chile los dio juntos. ¡Qué riqueza!  
Pero el ocio y pereza,  
o no los conocía, o sin aliento  
para darles fomento,  
por los lazos y trabas  
con que reprimiendo tanto tiempo entrabas  
hacía inútil en la mayor parte  
a la naturaleza, al genio, al arte, [419]

¡Pobre Chile! millones de millones  
tu feraz suelo pudo haber rendido,  
si te permitieran extracciones,  
y libre tu comercio hubiera sido  
temporada has tenido  
que por falta de azogue abandonabas  
tus minas, y dejabas  
de sacar plata y oro:  
con eso te privastes de un tesoro,  
que dando vueltas a una y otra mano  
llenara al labrador y al artesano.

Tiempos también tuviste, en que comprabas  
tan caros los efectos del vestido,  
que no usabas camisa, o si la usabas  
quitabas a tu boca el pan debido.  
Fácil hubiera sido,  
pues tienes lino y lana, echar telares;  
pero las auxiliares manos  
te hacían falta:  
tu sufrimiento a toda luz resalta,  
viéndote carecer trescientos años  
de fino lienzo y de hermosos paños.

Otras manufacturas deseaban

tus producciones, y tener debías;  
pero los profesores te faltaban,  
y traerlos de fuera no podías.  
Ya llegaron los días  
de que te se permita establecerlas:  
quiera el cielo que a verlas  
nuestro ojos alcancen;  
en que muchas familias afiancen  
útil y decorosa substancia,  
saliendo de escasez y de indolencia.

La imprenta facilita esos objetos,  
haciendo difundir buenos escritos,  
pues en tu suelo hay varios sujetos,  
que a voces te lo piden, y aún a gritos  
se excusaran delitos  
si tus hijos están bien ocupados:  
el afán y cuidados  
de aumentar sus labores.  
Esforzará a los pobres labradores:  
y no habrá un hombre sólo que no quiera  
contribuir al bien que tanto espera.

El gobierno ya puso de su parte  
lo que poner debía: puso imprenta.  
Esto ha sido arbolar el estandarte  
con que a todos provoca y nos alienta  
tomar a nuestra cuenta  
la parte que podamos en tus bienes.  
¡Oh, chileno! Si tienes [420]  
justo amor a tus suelo,  
alza las manos hacia el santo cielo:  
y pídele devoto que bendiga  
a quien con tal Aurora, así te obliga<sup>(312)</sup>.

Fue elegido más tarde miembro del primer congreso nacional<sup>(313)</sup>; pero cuando vino la reconquista española todo pudieron perdonarle los nuevos mandatarios menos estos versos en que hablaba del despotismo del gobierno español. El infeliz fue obligado a cantar la palinodia, publicando una *Explicación* (que corre impresa) *del objeto que se propuso para escribir la Canción*, en la cual hace esfuerzos inauditos por torcer el sentido de lo que dijera en el entusiasmo de un noble arrebató.

## Capítulo XVII

Poesías sueltas

### - IV -

Elogios de libros y autores

Don Jerónimo Hurtado de Mendoza.- El *Cautiverio feliz*.- Don Antonio Campusano.-  
Un ingenio de diez y nueve años.

La composición de un libro en los días de la colonia importaba de por sí un verdadero acontecimiento, una obra magna digna de despertar la atención de toda la sociedad y los aplausos de quienes o eran los amigos del audaz que se atrevía a realizar empresa semejante, o iban a encontrar en ella solaz, pasatiempo o instrucción. He aquí el motivo de los elogios (escritos casi siempre en verso) que con frecuencia suelen verse al frente de las obras trabajadas en aquellos tiempos. Muchas veces el autor de éstas, o por propia satisfacción, por condescendencia o por rutina, insertaba poesías laudatorias al frente de sus propias páginas, para que sirviesen de recomendación del trabajo y de la persona que lo escribía, y diesen también en ocasiones una ligera idea de la materia de que iba a tratarse, explicación en no pocos casos necesaria por los enmarañados, difusos y extraños títulos que la encubrían.

No fue en Chile en extremo común esta clase de poesías, pero tampoco tan escasa que no podamos exhibir algunas muestras: [422] las llevaba el *Arauco domado*, y no faltan, asimismo, en la *Ensalada poética*, que venimos de examinar; pero ahora debemos concretarnos a las que se hallan al frente de la obra del jesuita Rosales, en el *Cautiverio feliz*, y a las que registra la *Relación del Obispado de Santiago de Chile* de don José Fernández de Campino (1744).

Probablemente algún deudo del mismo hombre que había escrito aquel poema inédito que fue dedicado a doña Mariana de Austria, cuando leyó la *Historia general* de Chile de Diego de Rosales en que tan minuciosa como exacta cuenta se daba de los hechos de los guerreros españoles en la conquista de Chile, aunque ya viejo, descolgó su lira, sepultada con la edad en el olvido, y entonó en alabanza del jesuita los tercetos siguientes, que revelan gran facilidad en la versificación, una notable seriedad en los pensamientos y un método de exposición que traicionan al autor de obras de más largo aliento.

Al eco grato de tu dulce historia,  
a la elocuente voz con que süave  
das vida a la virtud y a Chile gloria.

¡Oh! ¡gran Rosales! Despertó del grave

sueño en que ya mi Musa he sumergido  
el genio en que la edad larga no cabe.

A descolgar del tronco del olvido  
volvió mi gratitud el instrumento  
que en la primera edad sonó atrevido

debida acción: debida al docto aliento  
con que del español immortalizas  
lo que obró en este polo su ardimiento.

Sepultadas en pálidas cenizas  
de un ingrato silencio, sus hazañas  
estuvieron hasta hoy que las atizas;

ya de luz militar el orbe bañas  
con la noticia de sus hechos cierta,  
sin nota de poéticas marañas.

Siguió Ercila, siguió la senda incierta  
del alto monte, y con valiente estilo  
de esta noticia nos abrió la puerta; [423]

Pero corriendo el fabuloso hilo  
que piden los asuntos de un poema,  
no halló en sus versos la verdad asilo.

Otros en literario honroso tema  
de este asunto emprendieron, y en su vuelo  
uno se despeñó y otro se quema.

Cada cual de estos es pobre arroyuelo  
que en una o otra ocasión corriendo escasos,  
apenas lame su licor el suelo.

Sólo tú, grande océano, en tres pasos  
del orbe bañas sus espacios todos,  
sorbiendo a todos los distantes casos.

Aún cuando el mar del sur en sus recodos  
ignoró el español, errado diente

que a la gentilidad limpió sus codos,

en aquel siglo oscuro en que potente  
el inca dominó con su braveza,  
de Chile la nevada altiva frente;

tu pluma con histórica destreza  
potente nos describe su conquista,  
primera luz de la chilena alteza;

hasta que Almagro prosiguió a su vista  
de este descubrimiento lo remoto  
en cuanto Copiapó de Arauco dista.

Valdivia cuerdo y más diestro piloto  
pobló con genial fuerte osadía  
lo que está en ser y lo que vemos roto.

En general histórica armonía  
nos lo engarza tu grave magisterio,  
arrebatando la atención más fría.

Alto el lenguaje, por el grave imperio  
se explaya como río caudaloso  
huyendo en culto ambágico misterio.

Ostenta en lo moral lo sentencioso  
en la verdad con rígida censura  
lo cierto afirma, excluye lo dudoso.

Cuantas yerbas y plantas la espesura  
de estos montes alienta, los describe;  
su calidad, su efecto y su hermosura. [424]

Porque a la diligencia que concibe  
nada se le escondió de cuanto vario  
vegetativo o sensitivo vive.

En las costumbres que al tesón voltario  
de una larga misión notó el recelo,  
lo más oculto enseña del contrario.

¿Qué mucho, pues, qué mucho, si su celo  
en seis lustros que acude a su doctrina  
estas noticias brujuleó el desvelo?

Al fin en esta tabla peregrina  
hallarías, oh lector, aquella parte  
que a tu propio natural se inclina.

Si guerras quieres ver del crudo Marte,  
escrito en sangre de estas dos naciones  
sus tragedias verás, leerás su arte.

Aquí en varias belígeras cuestiones  
en que hay casi dos siglos que contienden,  
los casos te darán admiraciones.

El bélico tesón con que defienden  
la patria cuatro bárbaros desnudos  
contra el rayo español en que se encienden.

Sólo al bote que arrojan sus membrudos  
brazos, de la disforme horrible lanza,  
sin fuegos, sin arneses, sin escudos.

Siete ciudades gimen su mudanza  
desmanteladas al coraje fiero  
que así se restituye, así se avanza.

El fin de tanto capitán guerrero  
y la defensa con victoria tanta  
le niegan a esta guerra el paradero.

Mas si le tiene, ¡oh! Musa, carta, canta  
sólo tu asunto y deja al discursista  
la ocasión diga que mordaz levanta.

Si más quietud en más sagrada lista  
basta tu natural, ya te lo ofrece  
el Evangelio la feliz conquista.

La mies fecunda admirarás que crece  
en tan fieros y adustos naturales  
lo que imposible a la razón parece. [425]

¿Pero qué mucho, si habrían inmortales  
armados de constancia y osadía  
los que aún el orbe es poco a sus raudales?

La militar ardiente Compañía  
de Jesús, que imitando sus proezas  
la caridad de Ignacio les es guía.

Aquí verás vencer las asperezas  
con que el mar de Chiloé quiebra su istmo  
en islas, en corrientes, en malezas.

Naufragar les verás aquel abismo  
en la debilidad de embarcaciones  
sólo por aumentar el cristianismo.

¿Cuántos de gran veneración, varones  
al peligroso trato de esta vida  
su vida han andado entre estas aflicciones?

Al fin de aquello y de esto entretejida,  
con partes eruditas y cabales,  
la general historia te convida.

Venera con aplausos inmortales  
¡Oh lector! La fragancia que derrama  
Rosa que da el rosal de este Rosales.

Y tú, Chile, que vives ya a la fama  
resucitando señor del olvido  
por la voz docta que tus hechos clama,

con respecto al trabajo agradecido  
prevee a sus desvelos la corona  
del oro que Andacollo da bruñido.

Pero es vil el metal: pide a la zona

que le ministre de sus luces bellas,  
que a tanta erudición y a tal persona  
sólo es corona digna la de estrellas.

Era natural que mi libro como el de Núñez de Pineda y Bascuñán que, a más de tratar historia tan curiosa como la de su prisión entre los indios se hallaba atestado de referencias a la Sagrada Escritura y de citas de la erudición a la moda, despertase el entusiasmo de los que se daban de poetas y ocupaban puestos de distinción en la Jerarquía eclesiástica; propio era, por consiguiente, que tales personajes (también de los únicos que pudieran realizarlo) fuesen los que enviasen al autor una palabra de aliento [426] y felicitación, envuelta en el pomposo estilo mitológico de tanto valor por esos días. El reverendo padre maestro fray Florián de La Sal, provincial de la Orden de la Merced en Santiago, dirigió a Bascuñán en alabanza suya y de su libro, las siguientes estrofas que el padre califica de Soneto y que, sin ser despreciables, no ostentan otro mérito que el de una vulgar medianía:

Ninguno como vos, Marte elocuente,  
unir supo tan bien las facultades,  
con la pluma mostrando suavidades,  
con la espada mezclando lo prudente.

En vos de Chile, capitán valiente,  
estas solo se han visto calidades:  
con la pluma escribir divinidades,  
con la lanza matar bárbara gente.

Con estas armas de Minerva y Palas,  
solo vos, Bascuñán, habéis podido  
defender nuestra patria con alientos:

y más si lo ligero de sus alas  
llegaren por su dicha al regio nido:  
que entonces lucirán los documentos

en vos de Chile, capitán valiente.

*Laus Deo.*

Otro religioso de la misma Orden, tal vez por seguir el ejemplo del provincial, después de haber leído el libro, cobrole afecto al autor, según así lo declara, y le dedicó las siguientes décimas, que demuestran menos soltura en el manejo de la pluma y menos brío en el pensamiento que en la composición del reverendo La Sal:

Vibrar la lanza en la guerra  
con denodado valor,



dando al bárbaro temor,  
alborotada la tierra:  
es acción que en vos se encierra  
con opinión aprobada,  
adquirida y heredada  
de vuestros progenitores,  
que fueron conquistadores  
de esta nación obstinada.

No es esto lo que me admira,  
sino es que esté reluciendo,  
entre el militar estruendo,  
la pluma, que letras gira, [427]  
con imitación de lira  
en la Sagrada Escritura,  
y en decir la verdad pura;  
que solo el gran capitán  
don Francisco Bascuñán  
puede escribir con lisura.

Cuando Fernández de Campino sacaba en limpio su trabajo para remitirlo a la corte española, una de las notabilidades de Santiago, personaje encumbrado y de copete, nada menos que todo un rector del Colegio Real de Beca Azul, don Antonio Campusano, paisano y amigo del autor, se propuso celebrarle en este *romance*:

Grande honor de las montañas  
noble, discreto Campino,  
por cuya, pluma desata  
sus siete bocas el Nilo;  
pues las campañas corriendo  
con el vuelo de giros,  
haces que retrate Chile  
la fecundidad de Egipto,  
y que en sus inundaciones  
juntos corran pluma y río,  
arreatado al profundo,  
volando ella en lo florido;  
pues en cada rasgo forma  
un rayo del sol tan limpio  
que a su dorada madeja  
le vi cortando hilo a hilo;  
pues la tinta de tu pluma,

sin hipérbolos fingidos,  
bañada de luz parece;  
corre el globo cristalino,  
al primer rasgo diseña  
la falda del alto Olimpo,  
porque es elevada cumbre  
de tu elocuencia el principio:  
Fénix; pues, único en todo,  
solo para ti se dijo  
lo de *rara avis in terris*,  
pues en ninguno se ha visto.  
No tendrá la envidia que  
morder nada en el estilo,  
pues al perderos de vista  
errará todos los giros  
para informarme que pedía  
de los monarcas el quinto,  
que puede ser el primero  
sobre todos los Filipos,  
sus ciudades y sus plazas,  
sus fuentes y sus castillos, [428]  
con el cañón de tu pluma  
darán fuego al enemigo;  
la cordillera en tu boca,  
paréntesis es altivo  
de dos mundos, y su punta  
le sirve al sol de obelisco.  
Atalaya que descubre  
con un continuo registro,  
del sol el primer aliento  
y el último parasismo,  
sin que de la narración  
te impida el rumbo, pues fijo  
sigues el norte seguro.

Del asunto que has cogido  
son en ti las digresiones  
en los lances más precisos  
divertimiento del alma  
y alegría a los sentidos.  
Bien es, que desde el nuevo mundo

des por noticia al antiguo,  
di, la altura de los montes,  
profundidades de los ríos,  
de los fuertes el valor,  
de los ingenio lo vivo,  
que faltan algunos curas  
por sobrar muchos obispos;  
con que a Chile de las sombras  
más oscuras del olvido  
sacar a luz, porque Fénix  
renazca así de sí mismo.

Las gracias ceden a Manso  
de la elección, que en voz hizo;  
pero mal oigo que no es:  
es elección lo preciso,  
y no se llama lisonja  
porque entre los elegidos  
aun fuerais único vos,  
porque sois hombre de un siglo,  
pues tienes de oficial real  
tan dignamente el oficio:  
ya se ve que en esa tu pluma,  
propia para reales libros,  
ella se remonta tanto,  
que el más elevado risco,  
siendo precipicio a todos,  
para ella ni aún es peligro.  
Mejor Factonte corre  
los globos de zafiro,  
sin que al golpe de los rayos  
rendido hayas los estribos.  
Tanto desempeño, solo  
pudo fiarse a tu pico,  
pues como de águila sabia [429]  
revolar sobre el Olimpo;  
porque entre ti están las noticias,  
pues de todas sois archivo.  
Y perdonad: que no es fácil  
a vuestros vuelos seguirlos,  
que si me arrepiento es

de lo poco que os he dicho.

Era imposible decir nada más pomposo; ni nada más absurdo también, convengamos en ello. Esas metáforas tan exageradas y de tan mal gusto, esas hipérbolas, vanas, esa especie de pretendida hilación que se desea establecer en las comparaciones desde el principio hasta el último, ese lenguaje ligado continuamente por el «pues» y sembrado de términos mal sonantes, hacen poquísimos honor al talento y criterio del jefe del real Colegio Azul y lo colocan en lugar inferior al de un ingenio de diez y nueve años que dedicó, asimismo, a Campino el siguiente romance:

Si el arroyo en las montañas,  
su natal tiene, ¡oh! Campino,  
hoy en raudales desata  
tu montañez pluma el Nilo,  
sierpe de plata corriendo  
este reino en dulces giros;  
siempre más creciendo en Chile  
que el cocodrilo en Egipto.  
De noticia inundaciones  
al discurso nuestro río,  
de elocuencia tan profunda  
nos da en estilo florido.  
Unes tan bien con tu forma  
la materia, y es tan limpio  
tu decir, que a su madeja  
no se enreda el menor hilo.  
Águila, tu airosa pluma  
retratar los no fingidos  
mortales rayos parece  
como espejo cristalino.  
Tú sutil aire desdeña  
la atmósfera del Olimpo,  
y su alta delgada cumbre  
de ti puede traer principio.  
De la relación el todo  
tu pluma fue; y así dijo  
bien aquel que nunca *in terris*  
igual se verá o ha visto  
aquella elegancia que  
nacer parece en tu estilo. [430]  
¡Ay! muere; porque a su vista  
caen de la envidia los tiros.  
Tu bello rasgo pedía

ser sin segundo ni quinto,  
de Alejandro el primero  
sin igual en los Filipos  
del pensamiento, a las plazas  
del discurso; a los castillos  
lo valiente de tu pluma  
será el mayor enemigo;  
lo más humilde en tu boca,  
por su corte tan altivo.  
Es más que elevada punta;  
mas que soberbio obelisco  
vuestra erudición descubre,  
con bien perspicaz registro,  
de los montes el aliento,  
de tierras el parasismo.  
El ser de tu narración  
es por su acierto tan fijo;  
por su verdad tan seguro,  
que en ninguna te he cogido.  
La faz de tus digresiones  
me obliga en casos precisos  
a decir que tiene alma  
en cualesquiera sentidos,  
vital aliento del mundo,  
de comprensión mar antiguo.  
Te elevas más que los montes,  
y corres más que los ríos.  
De nuestra tinta el valor,  
de nuestros rasgos lo vivo,  
puede igualar a las nuestras  
de Ambrosio, Agustino, obispos.  
Por ti de tiranas sombras  
el Chile, puesto en olvido  
saldrá a luz como fénix,  
con buen olor de sí mismo,  
siempre juzgué que eras *manso*;  
más hoy muy bravo te hizo  
tu alto ingenio; pero no  
es culpable lo preciso.  
Y así clamo sin lisonja  
que pocos los escogidos

son; si han de ser como vos  
raro, aún en el de otro siglo.  
Tu vuelo de águila real  
loar deseo por oficio;  
mas ¡ay! que es pobre mi pluma  
para estamparte en los libros.  
Deje, pues, empeño tanto  
de penetrar ese risco  
de demarciones todas  
tan altas, que ya peligro,  
en la línea que tú corres:  
al que en cunas de zafiros [431]  
nació monarca de rayos  
haces perder los estribos.  
Y si tanto pudo solo  
la primera vez tu pico  
no queda duda que había  
poder, aún sobre el Olimpo.  
Venid, pues, honra de Chile,  
noble galán y lucido,  
biblioteca de noticias  
y de erudición archivo:  
y basta porque si es fácil  
a bajos vuelos seguirlos,  
no al tuyo, que tan algo es,  
según lo que queda dicho.

Esto no es poético indudablemente; pero no se resienta de aires tan afectados, ni le falta facilidad en la dicción; tanto más si se toma en cuenta que en cada cuatro versos se han empleado las palabras finales de la composición interior, o sus pies forzados. Así, pues, los principales defectos que afean el romance tienen su origen en la imitación que su autor se propuso; lo que no obsta, sin embargo, a que se le califique de inservible. [433]

▽△

## Capítulo XVIII

Poesías sueltas

▽△

Fúnebres.- Amorosas.- Morales.- Varias.

Parece a primera vista que por ser tan comunes en todas las edades y países las composiciones poéticas de corto aliento, no debieran tampoco escasear en Chile. Pobre, por consiguiente, ha de mirarse el caudal de las que presentaremos en seguida; pero es necesario que se tenga presente que, si bien es perfectamente posible que en realidad fuesen muchas las que se elaboraron, por la falta de imprenta, y especialmente de publicaciones periódicas, destinadas a registrar esta clase de trabajos, quizá en su mayor parte no han podido transmitirse a los que han venido después. Aún estamos persuadidos que han de quedar todavía muchas que hayan escapado a nuestras investigaciones y que sólo el tiempo y los buenos propósitos han de restituir más tarde a las letras.

Después de haber gobernado a Chile don Manuel de Amat por espacio de seis años fue promovido al virreinato del Perú. Los chilenos como que hubiesen sentido altamente esta separación, si hemos de creer al menos al ignorado autor de un romance publicado en Lima, sin fecha de impresión<sup>(314)</sup>, 8.º, con el título de *Llantos del Reino de Chile*, etc., que dice así: [434]

Ya el pabellón de la noche  
mas que Noruega me ha vuelto,  
que como se fue mi sol,  
todo es sombras mi hemisferio.  
Fuese don Manuel de Amat,  
en cuyo recto gobierno  
mis villas y mis fronteras,  
mis ciudades y mis pueblos  
perdiendo las posesiones  
de sus útiles proyectos  
de las creces que deseaban  
ya la esperanza perdieron:  
en Manuel perdí a quien siempre  
elegir sabía lo bueno,  
como reprobado lo malo,  
en que estaba muy concierdo.  
Y de *Amat* no sé qué diga,  
que como pasó a otro término,  
como ya no está presente  
parece que es de pretérito.  
Pero no, no dije bien,  
presente lo considero,  
que está lejos de no amar  
un Amat aunque esté lejos.  
Mas, aunque su amor no pierda,  
como ya en mí no lo veo,

fuera de mí salgo ya  
porque no lo miro adentro.  
Ojos que habéis visto tanto,  
¿cuándo veréis, o en qué tiempo  
gobernador tan cabal  
y en todo sin más ni menos?  
¿Cuándo todas las fronteras  
con sus crecidos aumentos,  
así en fortificaciones  
como en marciales pertrechos?  
¿Cuándo en villas y ciudades  
veréis tan igual modelo,  
que además de lo político  
ha pasado a ser discreto?  
¿Qué de Polibio parece  
las acciones aprendieron,  
o que se las regulaba  
otro Nerva o Marco Aurelio?  
¿Cuándo de los malhechores  
y de haraganes malévolos  
me veréis, ojos, tan libre  
y a ellos los veréis tan presos?  
¿Cuándo el mérito premiado,  
sin otros medios que el mérito,  
y castigado el delito  
sin tener otro remedio?  
¿Cuándo en la mi capital  
en ocho días no enteros  
veréis, sin valer padrino,  
a nueve en tres palos puestos? [435]  
¿Cuándo palacio tan franco  
para grandes y pequeños,  
y que siendo para todos  
nadie para palaciego?  
¿Cuándo todos los despachos  
con asesores diversos,  
porque no saliesen a una  
los que eran varios decretos?  
Y sin duda que a Claudiano  
siguió en semejante acierto,  
que así debe ser



todo superior perfecto.  
No sé yo, ojos míos, cuando  
lo menos miraréis de esto,  
fuera de lo que habéis visto,  
pues lo que he dicho es lo menos.  
¿Cuándo todo esto veréis  
vos, ojos míos, chilenos?  
¡Pues dejas ya de ser ojos  
si todo no habéis de verlo!  
Pero mis ojos ya os doy  
que lo veáis todo en efecto,  
nada de nuevo veréis,  
pues ya lo visteis primero,  
que en otros es nada aquel todo  
que en Amat visteis completo.  
Mas ya de vista se pierde,  
no lo extrañéis, ojos tiernos,  
porque se pierde de vista  
el bien que no se está viendo.  
Que aunque es para visto siempre  
un superior que es tan bueno,  
como es cosa nunca vista  
los ojos han de perderlo.  
Pues llorad, ojos, llorad,  
ayudadme a hacer el duelo  
que aunque pierdo ganaré:  
sepan cierto lo que pierdo.  
Y vos, ¡oh! Perú famoso,  
vos, Rimac, capite excelso,  
en nombre del Perú todo  
enjugad mi llanto eterno;  
con alegraros feliz  
recibiendo con festejos  
al objeto de mi llanto  
por de tus gozos objeto:  
mírate en él y remírate,  
atentamente advirtiéndolo  
que entra a tu reino a gozar  
lo que no pudo este Reino  
por estorbarlo acá el fisco  
que en vos no es impedimento.

Goza de nuestro Fiscal  
el más moderno consejo,  
que en él lleva vinculado,  
como en toda letra experto, [436]  
los aciertos conocidos  
por los mejores aciertos.  
La experiencia lo ha obligado,  
que tiene de sus talentos,  
viendo que en varios asuntos  
tan recto lo ha estado viendo,  
que le consta su dictamen  
ser el dictamen más recto,  
el más fundado, el más útil,  
el más suave en lo más recio,  
el más desinteresado,  
por lo que, el más justiciero.  
Todo es patente; y en suma  
cuanto pueda un consejero  
tener para un gran monarca  
tanto tiene, así lo creo.  
Dije poco: pues lo sé,  
y esto que es decir saberlo,  
como es decir verdad clara,  
mas manifiesta el concepto.

Admitimos sin mayor esfuerzo la personificación de un pueblo, de una ciudad, de una pasión, etc., cuando en los cantos líricos o en las grandiosas concepciones de una epopeya, la magnitud de los acontecimientos, y sobre todo la agitación del alma del poeta se trasmite hasta nosotros en un lenguaje elevado y grandioso; pero es de malísimo efecto cuando como en el trozo anterior se inicia sin antecedentes y sirviendo solo de pretexto al autor para hacer entrar en su relato la enumeración de los méritos del personaje elogiado.

Si el fondo de la composición es defectuoso, la realización del plan no le va en zaga. ¿Qué decir de las miserables sutilezas en que se entretiene a propósito de si los ojos vieron o no vieron, o del doble significado, que puede envolver el apellido del protagonista, hablándonos de pretérito y futuro, como si estuviéramos en alguna clase de gramática? ¿Qué del empleo de términos que serían prosaicos hasta en el habla común, como cuando al referirse a la horca, dice *palo*, y otros semejantes?...

Entre estas poesías sentimentales ninguna que merezca más la atención que la *Despedida de la Compañía de Jesús al Reino y ciudad de Santiago de Chile*, que a la letra es como sigue: [437]

Adiós, amado Reino,

república querida;  
adiós, que ya se parte  
la querida y amada Compañía.

En brazos de la pena,  
del dolor conducida  
a un mísero destierro  
anegada en mil llantos se encamina.

¡Ay! ¡Dios y qué congojas  
al corazón lastiman  
en el preciso lance  
de tan triste y violenta despedida!

Separación sensible,  
tristísima partida,  
pues destruye en un punto  
una unión que por siglos se medía.

Llegose finalmente  
mas, labio, no lo digas;  
pero en vano es callarlo  
si el llanto, aunque no quiera, lo publica.

Llegose ya, lo digo,  
llegose ya aquel día,  
en que naufragó el gusto  
sin esperar jamás tomar orilla.

Me arranca ya mi suerte  
¡oh! clausula homicida,  
me arranca de tu suelo  
y a extranjeros países me destina.

¡Oh! ¡cuántas al presente  
especies se me excitan,  
que a mi infausta memoria  
en confuso tropel la martirizan!

Tus gremios y tus clases,  
tu juventud florida

son un objeto triste  
del inmenso dolor que me fatiga. [438]

¡Oh! Príncipe sagrado,  
honor de nuestra mitra,  
a quien, si hubiera visto  
la antigüedad, viera con envidia.

Ilustre presidente  
cabeza la más digna,  
de quien al Reino todo  
influencias felices se derivan.

Senado regio, agosto,  
en quien reinar se mira,  
sin ceño temeroso,  
con piadoso semblante a la justicia.

¡Oh! Sagrado congreso,  
taller de la doctrina,  
cuyas brillantes luces  
son ardores fogosos que le animan.

Sagrado sacerdocio,  
ilustre clerecía,  
cuyo arreglado porte  
sus audacias al vicio le limita:

estado religioso,  
de virtud oficina,  
cuyos hijos, al mundo  
con sus grandes ejemplos santifican.

¡Oh! Vírgenes sagradas  
cuyo candor de vida  
en la tierra os granjea  
el blasón de celeste jerarquía.

Cabildo sabio y noble,  
cuya eficacia activa,  
reprimiendo el desorden,

sustituye el buen orden y armonía.

Nobleza generosa,  
en quien la sangre limpia,  
es el menos motivo  
para hacer llamarte distinguida.

Amada, humilde plebe,  
porción la más sencilla,  
del pueblo a quien por eso  
con más tierno desvelo yo servía.

Republicanos todos  
y padres de familia,  
de quienes la prudencia  
en el orden doméstico se admira. [439]

Matronas respetables,  
de quienes nuestros hijos  
honestidad aprenden,  
previniendo el desvelo a su malicia.

Juventud estudiosa,  
a quien yo conducía  
a la sólida gloria  
que la virtud y ciencia se concilian.

¡Oh! Niñez inocente  
de mi amor las delicias,  
en quien logré abundantes  
de las buenas costumbres las primicias.

República estimada,  
cuyo blasón hoy día  
es el ser fino amante  
de tu fina y amante Compañía.

Tendré presente siempre  
que todos a porfía  
me amasteis con exceso  
igualmente exaltada que abatida.

Jamás podré olvidarme  
que en lágrimas sentidas  
llorasteis mis desgracias  
como propias, no más que por ser mías.

Grabada en mi memoria  
llevaré siempre fresca  
vuestra llorosa imagen  
que retrató mi triste fantasía.

Formela aquella noche  
en que se dio a mi vida  
el golpe más terrible  
que ha escuchado esta vasta monarquía.

Aquella en que sus guardas  
la llave y la malicia  
echaron a mis puertas,  
y yo mi libertad lloré perdida.

En ella tristemente  
contemplé sumergidas  
a toda vuestras clases  
en profunda y mortal melancolía.

Y las calles y plazas  
con fúnebre armonía  
de vuestro amargo llanto  
los lamentables ecos repetían. [440]

Se vio poblado el viento  
de voces expresivas,  
que en ayes y suspiros  
desahogaban el pecho en que nacían.

Borrarse es imposible  
de la memoria mía  
que al eco de este golpe  
la palidez cubrió vuestras mejillas.

Terrible fue el impulso  
de quien le dirigía,  
terrible fue sin duda  
pues abrió en nuestros pechos tanta herida.

Al ver llorar mi pena  
tanta alma compasiva,  
confesaré gustosa  
que con exceso soy favorecida.

Corresponder no puedo  
como mi amor me dicta  
no obstante que profeso  
el ser por mi instituto agradecida.

Mas, por recuerdo os dejo  
en cada casa mía  
un triste y lamentable  
monumento o padrón de mi desdicha.

En todos mis umbrales  
colocaréis encima  
un fúnebre epitafio  
que mi vida y mi muerte así describa:

### **Epitafio**

Aquí vivió otro tiempo  
aquella Compañía  
cuya vida es misterio,  
cuya muerte es al mundo como enigma.

¡Murió pero no yace  
dentro de esta urna fría;  
desterrada del mundo,  
aún lugar negó el mundo a sus cenizas!

¡Logró una feliz muerte  
por premio de su vida,  
ufana de que en ambas  
probó ser de Jesús fiel Compañía! [441]

Todos saben en Chile que en la noche del 25 de agosto de 1767 cumpliase en Santiago la orden del rey Carlos III que disponía la expulsión de sus dominios de todos los individuos que formaban la Compañía de Jesús.

Tal vez en ninguna parte más que entre nosotros asumía el hecho proporciones tan colosales por la influencia y riquezas que la orden de San Ignacio había llegado a adquirir; era aquel un trastorno que afectaba a todas las clases sociales, desde el encumbrado magnate hasta el humilde plebeyo, al abogado como hijo de los campos.

Estos sucesos son, pues, los que la composición que acaba de leerse está destinada a recordar. Supónese en ella, como en los *Llantos del Reino de Chile* la personificación de un ser colectivo, en nuestro caso la Compañía de Jesús, que en tono humilde y sentido, despidiéndose de los chilenos en términos lisonjeros, les cuenta lo acontecido, les habla de sus recuerdos en el pasado y se queja de las desgracias que le reserva un porvenir incierto ante golpe tan inesperado.

El metro elegido se presta bien al tono general de los sentimientos que se ha querido expresar, bastante tranquilos, sin las amarguras del desterrado y casi como el arrepentimiento de un pecador sumiso. A limarse un poco más, no puede negarse que tenía condiciones para haber lucido. Los adioses siempre tienen algo de conmovedor. Pero, a pesar de todo, el pueblo recibió bien la composición y conservó en la memoria esos acentos que le fueran dirigidos al partir tal vez por uno de los expulsos, más probablemente por algún aficionado que creyó interpretar los sentimientos con que se iban.

Es cosa singular que de las dos composiciones amorosas de que tengamos noticia, nacidas en la colonia, las dos lamenten una ausencia y una de ellas sea obra de un padre jesuita chileno. Esta dice así:

Por la ausencia de su amante  
se puso hábito la noche,  
con triste manto de sombras,  
y ropa do confusiones. [442]

Cual entretela de plata  
que a ventanillas de golpes  
se asoma en cambiantes visos,  
brilla en diamantinos broches.

De su ausente el sol admite  
estos nítidos fulgores,  
mas por lucientes memorias  
que porque de ellos se adorne.

Al paso de sus tristezas  
con soledades mayores



un amante, que de humilde  
deja en silencio su nombre.

Con discurso de suspiros,  
del alma tácitas voces,  
si algún lugar deja el llanto  
se ocupan estas razones.

¡Oh! Tú, fuente de tinieblas,  
que por breve espacio corres,  
hasta que tu hija el alba,  
viendo al sol, de placer llore.

Atiende en mis soledades  
mis tristes emulaciones,  
pues ve de sombras el alma  
confusos los horizontes.

Si en las luces que te adornan,  
prendas del sol reconoces,  
si en fe de volver te empeña  
la luna, estrellas y norte.

Si ausente te da esperanzas  
de que veas sus candores,  
si muerto te resucita  
para gozarlo más joven.

¿Qué te entristece suspensa?  
¡Déjame a mí que me asombre  
en un siglo de una ausencia,  
eternidad de aflicciones!

¡Si en los que ausentes sentimos  
se admiten computaciones,  
tú por un sol te entristeces,  
yo suspiro por dos soles!

Si el lenguaje no es muy propio, de cierto que la idea es bellísima. Compara el poeta su amor a la distancia con los tormentos [443] de la noche que llora la ausencia del sol que la deja en tinieblas pero que pronto ha de volver; ¡y si la noche tiene razón al quejarse

de la corta separación del astro, cuánta no le asiste a él para suspirar por los ojos que lo alumbran, esos dos soles de su alma!

Trata también de amor la siguiente redondilla, especie de égloga trabajada con bastante naturalidad y muy verdadera, y sin afectación cuando expresa los sentimientos que se atribuyen a los pastores. Tiene, además, la triste ventaja de haber sido escrita en vista de este pie forzado:

*El pastor sentía que  
se ausentase, y también no;  
dejó de llorar, pues vio  
a su pastora sin fe.*

¿Qué tienes, Fileno amado?  
(Le decía una pastora  
a su dueño.) ¿Por qué llora  
tu corazón angustiado?  
¿Qué tienes atribulado?  
Dime: ¿cuál la causa fue  
de tu mal, que no la sé?  
Fileno más se oprimía,  
y sin decir qué sentía  
*el pastor sentía que.*

Ella ausentarse quería  
al ver que no contestaba,  
y él, aunque celoso estaba,  
su ausencia no resolvía.  
¿Qué haré? En su interior decía:  
¿que se ausente?... ¿Pero yo  
sin lo que mi pecho amó  
viviré? Y en la más fiera  
contradicción, él quisiera  
*se ausentase, y también no.*

En mucho tiempo Fileno  
no había visto a Lisidora  
y por esta causa llora  
de tristes angustias lleno;  
pero tranquilo y sereno  
al oírla y verla quedó,  
satisfacciones oyó;  
y como en su padecer

su llanto era por no ver,  
*dejó de llorar pues vio.* [444]

Entonces lo que sentía  
Fileno explicó: la ausencia  
y celos son la dolencia  
que a su espíritu oprimía.  
Mas, la dama que sabía  
que falsa la causa fue,  
de su llanto no hay por qué,  
dijo, y le hizo confesar  
que no debía sospechar  
a su pastora *sin fe*.

Las poesías morales que conozcamos están reducidas a una *Descripción de la vida del hombre*, escrita en octavas, y a un *Soneto* y otras estrofas sobre el mismo tema.

Corre el Nilo soberbio y presuroso,  
sin reparo en el mismo precipicio;  
sigue en los campos con igual bullicio  
hasta que llega al mar tan orgulloso.  
Para el curso, sintiendo que ambicioso  
perdió con su inquietud dulzura y juicio:  
pues esto mismo el hombre triste advierte  
cuando entra al mar amargo de la muerte.

El hombre sabe desde que a luz nace  
que su vida es un tránsito a la muerte;  
mas, con engaños la razón ferviente  
y con caducos bienes se complace.  
Es error grande cuanto dice y hace  
pues que el fin se aparta de se aparta;  
pero ¡ay! que sin recuerdo de lo eterno  
cae cuando menos piensa en el Averno.

El hombre nace aborto del error,  
como hijo del engaño y vanidad;  
su soberbia la tiene por honor  
y juzga vilipendio la humildad;  
es su aplauso común el torpe amor,  
el fausto, la ambición y autoridad,  
y entre crueles, mortíferas prisiones

cautiva es la razón de las pasiones.

Es el hombre en el mundo peregrino,  
pero, perdido por su gusto, errante,  
y entre falsos deleites vacilante,  
se aparta de su término y destino.  
En fin conoce como erró el camino  
anegado en un piélago inconstante,  
cual náufrago infeliz que combatido  
en las ondas parece sumergido.

Aunque el hombre consiga ser señor  
del orbe todo, nada ha conseguido,  
pues si se lleva de un vano esplendor  
y pierde el alma, todo lo ha perdido. [445]  
En su ambición le embriaga el falso honor;  
tarde advierte el tiempo que fin dormido;  
¡cual Augusto que fue del orbe dueño  
conoce ya al morir que el mundo es sueño!

El hombre nace con tristeza y llanto;  
siente vivir, y su nación la indica  
en tiernas voces en que ya se explica,  
y con quejas que dicen dolor tanto.  
Más con el tiempo el hombre se complica,  
pues que pasa la vida a ser su encanto,  
y anhelando solícito vivir  
el que sintió nacer siente morir.

Sin que los pensamientos en que abunda esta composición sean elevados y poco vulgares, hay dignidad en el modo de exponerlos y cierta verdad en el fondo. Sin embargo, la carencia de grandes defectos (que no pueden imputársele), indican cierto adelanto sobre el común de las poesías que hemos examinado; aunque por cierto sin implicar por eso una belleza. Lo más notable tal vez que hay en toda ella es esa última antítesis en que presenta al hombre llorando cuando nace, quejoso del regalo que se le ofrece, y a pesar de eso, llorando también más tarde cuando tiene que abandonarlo.

Mucho de parecido por las ideas, tienen con las anteriores (aunque de más fácil lenguaje y de más ligereza en las figuras), las siguientes estrofas, que no estamos distantes de atribuir a un mismo autor, por varias circunstancias:

En mí tengo la fuente de alegría;  
siempre la tuve, más yo no lo sabía:

feliz llamo al que es menos desdichado  
y contento al que menos ha llorado.

Fija tu voluntad en aquel estado  
que te impusiere Dios, y en esta vida  
gozarán la alegría prometida  
a quien busca su fin con gran cuidado.

Muy contento voy volando  
como pajarillo erguido,  
que buscando el dulce nido  
por el bosque va pasando.  
Cuando al pasar voy tocando  
los laureles, van cayendo [446]  
las semillas, y saliendo  
de los ramos sacudidos  
pajarillos, que escondidos  
estaban dentro durmiendo.

Con juicio y voluntad muestre cordura  
quien quisiere lograr dicha segura;  
en cualquier suceso, si es Dios el autor,  
nadie desconfíe y hará lo mejor.

Esta paz no tiene precio,  
vale más que plata y oro;  
que criando el mundo hace aprecio  
sin la paz, todo es vileza;  
la carestía y pobreza,  
teniendo paz, es tesoro.

Vive afligido el monarca  
si de la Paz el semblante  
se lo esconde; y de la Parca  
temiendo el golpe, desprecia  
honra y riqueza, y no aprecia  
cetro y corona brillante.

Canta alegre el pajarillo  
siempre que la paz lo espera  
con dulce rostro, y sencillo

la envidia no lo enflaquece,  
y goza cuanto apetece  
teniendo paz verdadera.

Con riqueza a manos llenas  
nadie está libre y segura  
de aflicciones ni de pesar,  
y el pobre más desdichado  
con paz está regalado  
con un poco de pan duro.  
Si conozco yo el cabal  
valor del bien por el precio,  
con razón mi dicha aprecio  
padeciendo tanto mal.

Queda alegre el pastor, queda sereno  
si el tarro de la leche encuentra lleno:  
¡la tristeza al soldado lo enajena  
si no tiñe el acero en sangre ajena!

Al parecer, estos versos no se hallan completos, pérdida muy poco de sentir si se atiende a la vulgaridad de los conceptos que encierran y a las insignificantes promesas que dejan entrever.

Entre las composiciones sueltas, nótese la siguiente dedicada «al deseado natal» del marquesito de la Pica, formada sobre estos versos disparatados: [447]

*Llegó a ver cómo nacía  
el que nace en sus estados,  
a la cuarta ya frustrado,  
nueva luz en quinta vida.*

He aquí cómo se desempeñó el poeta:

A un tierno, lucido infante,  
que para grande ha nacido  
se ha dado por entendido  
el afecto, y así cante,  
para que a ninguno espante  
que en la luz que recibía  
pasto de luces había,  
y así el hemisferio alegre  
por su natal celebre

*llegó a ver cómo nacía.*

A ser señor de la Pica  
nace esta estrella en su oriente,  
y así su estrella fulgente  
por felice lo publica;  
mil veces clama y repica  
su centro, pues ve cifrados  
a su fortuna los grados,  
y por ser tan peregrino  
nace en su estado divino  
*el que nace en sus estados.*

Para quitar desconsuelos  
nació el nuevo marquesito,  
deseado como exquisito,  
que causó tantos desvelos.  
Y pues propicios los cielos  
en el poderoso prado  
de la Ligua, son ya sembrados  
como un oro aquesta flor,  
quinto lo que vio el amor  
*a la cuarta ya frustrado.*

Naced y gozad, ¡oh! niño,  
desde tu primera infancia  
de la gracia la ganancia,  
de las gracias el aliño;  
que si a breves laudes ciño  
tu alta nobleza adquirida  
ved que ya ha sido en ti nacida,  
pues en sus luces el mundo  
dio a ti, como sin segundo  
*nueva luz en quinta vida.*

Los disparates del pie forzado no fueron, pues, superados muy bien, ni era tampoco para menos. ¡Era un carácter bastante curioso [448] en aquella literatura el apurar el magín para no ser entendido de nadie! Y si no, aquí van otras estrofas formadas sobre el mismo artificio, hechas sobre dos pensamientos contradictorios:

*Es la mujer lo más bueno,  
es la mujer lo más malo:*

*es para el hombre veneno,  
es para el hombre regalo.*

Nacen aves, peces, flores,  
árboles, plantas y frutos,  
y otra variedad de brutos  
unos entre otros mixores.  
Nacen hombres superiores;  
astros del cielo sereno;  
el mundo encubre en su seno  
infinitas hermosuras,  
pero entre las criaturas  
*es la mujer, etc.*

Nacen sierpes venenosas  
enroscadas por las viñas;  
nacen fieros basiliscos,  
y víboras ponzoñosas;  
nacen otras varias cosas  
que por muchas (?) no señalo,  
y en todo esto no igualo  
a la mujer, porque es cierto  
que entre lo que hay descubierto  
*es la mujer, etc.*

La mujer que a muchos ama,  
según contemplo y presumo,  
es un torbellino de humo  
que no descubre su llama.  
Pero si ésta adquiere fama  
de venir sin rienda o freno  
es causa que viva lleno  
de celos el que la adora;  
con que así la que es traidora  
*es para el hombre, etc.*

Cuando la mujer intenta  
mostrarse afable y rendida  
le da al hombre tanta vida  
que ningún mal le atormenta:  
de esperanzas se alimenta,



pues ninguno encuentra malo,  
ni pasa algún intervalo;  
por lo que claro se infiere  
que la mujer cuando quiere  
*es para el hombre, etc.* [449]

La facilidad con que corren los versos anteriores demuestra que el buen humor del poeta habría producido algo mejor de lo que nos ha dado, a no haberse visto estrechado por la traba del pie forzado, más tirante aún que la misma rima; y si como dice un popular autor, ésta obliga a hacer grandes a las hormigas, corre vehemente peligro de no entenderse a sí mismo quien a tales caprichos se sujeta, que es en lo que ordinariamente vienen a parar los escritores de una escuela que probablemente no volverá ya.

Para poner fin a esta revista bastante pesada de nuestras antiguas producciones poéticas, sólo nos resta que citar vinos versos dedicados *A todos y a cada uno de los vasallos del gran rey don Amor propio, esposo de la Excelentísima reina doña Vanidad mundana*, escritos también sobre este estribillo:

*La vela de bien morir,  
la cruz y una calavera,  
la pila de agua bendita  
ten siempre a tu cabeza.*

El día se ha de llegar  
en que te hayas de morir:  
para acabar de espirar  
*la vela de bien morir.*

Si amas a tu Redentor  
y a la muerte que te apena,  
razón será de que tengas  
*la cruz y una calavera.*

Si quieres satisfacer  
a la justicia infinita,  
buen medio será tener  
*la pila de agua bendita.*

Cuando te echas a dormir,  
en la muerte considera,  
y los instrumentos dichos  
*ten siempre a tu cabeza.*

Dadme tu divina luz,  
Jesús;  
dadme la sabiduría,  
María;  
te pido me des tu fe,  
José:  
esto pido se me dé,  
y con muy justa razón,  
pues vive en mi corazón  
Jesús, María y José. [450]  
Yo pido a Dios que me dé  
fe,  
y le pido con confianza  
esperanza;  
le pido humildad,  
caridad.  
Te pido Dios de bondad  
el remedio de mis males,  
las virtudes teologales  
fe, esperanza y caridad.

Los cuales versos, en resumen, no pasan de ser consejos religiosos dados por un creyente, sin inspiración alguna, y en una forma que apenas si llega a la prosa mal hilada. [451]

▽△

## Capítulo XIX

### Poesía popular

«La poesía popular ha existido en el país desde el coloniaje, y aunque en todas épocas ha tenido, poco más o menos, el mismo carácter, en la época de la colonia tuvo una inmensa boga en la gente del pueblo, entre la que había improvisadores cuya memoria dura todavía. La historia del famoso torneo poético que tuvo lugar en el siglo pasado entre el indio Taguá o Taguao y don Javier de la Rosa, prueba de una manera incontestable el valor que daba el pueblo al talento poético en aquellos tiempos.

»Era Taguá un indio joven, enjuto, de color cobrizo, de poca barba y de aspecto sombrío; sus ojos negros y brillantes tenían algo de profundamente melancólico; la nariz era aguileña, el labio grueso, el pelo largo y cerdoso. Tenía poca talla, pero era fuerte y atrevido. He ahí como pinta a Taguá la imaginación del pallador de nuestra época. Era Taguá el más hábil pallador que se conocía en el sur de Chile, y en donde

quiera que penetrase el bardo, famoso, el pueblo le respetaba y le aplaudía. Por largo tiempo pasó [452] Taguá siendo la admiración, de cuantos le conocían y haciendo las delicias de las chinganas que honraba con su presencia.

»Entretanto, un hombre salido de una familia honorable pero pobre, viéndose sin fortuna y teniendo probablemente bellas disposiciones para ser un calavera entró en el pueblo y se hizo *pallador*, alcanzando una fama que no dejó de alarmar a los admiradores de Taguá: ese hombre era don Javier de la Rosa. Los dos poetas estuvieron mucho tiempo sin conocerse más que de fama, y aunque sus partidarios los impulsaban a que se juntasen un día con el fin de saber cuál era más fuerte improvisador, ninguno de los dos bardos quería tomar la iniciativa por temor de comprometer su dignidad, poniendo a prueba una habilidad que cada uno por su lado consideraba incuestionable. La casualidad hizo que los dos bardos se encontrasen sin pensarlo en la fiesta de San Juan, que se celebraba en un pueblecito del sur. Los *rotos* se dividieron, tomando unos el partido del indio y otros el de don Javier de la Rosa. La chingana estaba llena de gente que contemplaba con admiración aquellos dos gigantes de la poesía popular; la *palla* principió al fin. Por largo tiempo los dos bardos estuvieron a la misma altura; los espectadores los animaban con frenéticos aplausos, y hubo un momento en que la mirada penetrante del indio parecía fascinar a su adversario; pero don Javier de la Rosa duplicaba su habilidad a medida que las horas pasaban, y el indio veía llegar la noche sin haber podido hacer callar a su inteligente competidor. Ya era más de media noche y Taguá se sentía fatigado, al pago que su adversario estaba como si acabara de principiar la lucha; el indio se rindió al fin, y la muchedumbre dio la palma de la victoria a don Javier de la Rosa.

»Sólo algunos sinceros admiradores acompañaron a Taguá en su derrota; con ellos salió de la chingana y tomó el primer sendero que encontró. A una hora de camino del lugar de la lucha, sobre una pequeña eminencia, el indio que después del torneo no había pronunciado una sola palabra, pareció balbucear, sus piernas se doblaron, y cayó en el suelo como un cadáver. Los que le acompañaban trataron de levantarlo, pero fue imposible. [453] El indio se había clavado el puñal en el corazón y estaba muerto.

»He ahí como cuenta el pueblo esa famosa lucha en que el indio Taguá se confesó vencido por la primera vez, y en que había de mostrar que no podía sobrevivir a tan humillante derrota. Esta leyenda singular es lo único que nos queda de la poesía popular de la época del coloniaje<sup>(315)</sup>».

△

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

